

Utopía

Revista de Ciencias Sociales

15
2000

Presentación
PARA UN DIAGNÓSTICO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA (XV)

ESTUDIOS

Chaime Marcuello Servós:
José Luis Villanueva Pérez:
María Antonia García de León:

«Bienvenido Mr. Marshall» y la cooperación al desarrollo: mito, arquetipo y realidad
La OCM del aceite: la punta del gran iceberg de las reformas comunitarias
Sobre las Tesis Doctorales (el caso de las Ciencias Sociales)

DOSSIER:

JUVENTUD, 2000: EL FUTURO COMO PRESENTE

Juan González-Anleo:
Javier Elzo:
Antonio Guitérrez Resa:
Joaquín García Roca:
José Ángel Bergua:
Felipe Ruiz Alonso
y Carolina Mesa Tejada:
Vidal Díaz de Rada
y José I. Ruiz Olabuénaga:
Javier Callejo:
José M.ª González González
y Antonio Romero Ramírez:
Fernando F. Fernández:

La difícil identidad de la juventud
Los jóvenes españoles del 99: la modosa revolución de lo cotidiano
Juventud y solidaridad
Mapas culturales para la nueva condición juvenil
De la definición de juventud a la indefinida jovialidad

Una radiografía de la juventud europea

La juventud española ¿colonia americana?
La lógica remediática del consumo de los jóvenes

La problemática laboral de la juventud: entre la esperanza y la necesidad
Sentido y dirección de los «cambios-sociorreligiosos» en los adolescentes
y jóvenes españoles, desde la «transición democrática»: —décadas 70-90—,
en clave de «desarrollo integral humano/cristiano»

Jóvenes y Contracultura

Teorías y delincuencia juvenil

Algunas notas sobre los jóvenes y su música

Rituales de los ultras del fútbol

El «conflicto intergeneracional» en los adolescentes de Alcorcón-95: tipología y características

La juventud rural: situación y perspectivas

NOTAS

Francisco J. Carmona Fernández:
Jesús Camarero Santamaría:
Julio Lois Fernández:

Quo vadis?. Iglesia en España. Reflexiones en torno a un proyecto de futuro
De los Estados de bienestar a las sociedades neoliberales: efectos sociales regresivos
El desafío ecológico en el momento presente
(aportación del cristianismo a la construcción de una apuesta ecológica positiva)

CRONICA

José Sánchez Jiménez:

Convenio entre la Universidad Pontificia de Salamanca
y la Fundación Pablo VI, del cardenal Herrera Oria

SOCIEDAD Y UTOPIA

(Revista de Ciencias Sociales)

Edita:

Facultad de CC.PP. y Sociología «León XIII».
Fundación Pablo VI.

Consejo Editorial:

Manuel Álvarez Rico.
Angel Berna Quintana.
Luis Buceta Facorro.
Tomás Calvo Buezas.
Manuel Capelo Martínez.
Juan González-Anleo Grande de Castilla.
Luciano Pereña Vicente.
José Sánchez Jiménez.
Octavio Uña Juárez.
Carlos Valverde Mucientes.

Consejo de Redacción:

Tomás Calvo Buezas.
Fernando Fernández Fernández.
Juan González-Anleo Grande de Castilla.
Luis González Carvajal.
Luis Rodríguez Baena.
Saturnino Rodríguez Martínez.
Francisco Salinas Ramos.
José Sánchez Jiménez.

Dirección:

José Sánchez Jiménez.

Secretario:

Francisco Salinas Ramos.

Secretario Ejecutivo:

José Manuel García Lirio.

Redacción, Administración y Suscripciones:

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «León XIII».
Paseo Juan XXIII, 3.
Teléf. 91 514 17 07 - Fax 91 553 52 49.
28040 MADRID.

Publicación semestral.

Suscripción:

- España: 3.000 ptas. IVA y gastos de envío incluidos.
- Precio de este ejemplar: 1.500 ptas.

JUVENTUD, 2000: EL FUTURO COMO PRESENTE

Sociedad y
Utopía
Revista de Ciencias Sociales

Por dificultades de Secretaría resulta imposible la devolución de aquellos trabajos que el Consejo de Redacción decida no publicar. De aquellos trabajos que el Consejo de Redacción decida publicar se comunicará a los autores correspondientes el número de la Revista en el que saldrán publicados.

SOCIEDAD Y UTOPIA no se identifica necesariamente con los contenidos de los artículos que aparecen y se recogen en sus páginas. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los artículos sin la previa autorización de la Revista.

I.S.S.N.: 1133-6706

Depósito Legal: M. 9.891-1993

Imprime: Gráficas Arias Montano, S. A.
28935 MÓSTOLES (Madrid)

Diseño: A. Jiménez Lara

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Presentación	5
PARA UN DIAGNÓSTICO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA (XV)	9
ESTUDIOS	
Chaime Marcuello Servós: <i>«Bienvenido Mr. Marshall» y la cooperación al desarrollo: mito, arquetipo y realidad</i>	17
José Luis Villanueva Pérez: <i>La OCM del aceite: la punta del gran iceberg de las reformas comunitarias</i>	33
María Antonia García de León: <i>Sobre las Tesis Doctorales (el caso de las Ciencias Sociales)</i>	51
DOSSIER: JUVENTUD, 2000: EL FUTURO COMO PRESENTE	
Juan González-Anleo: <i>La difícil identidad de la juventud</i>	83
Javier Elzo: <i>Los jóvenes españoles del 99: la modosa revolución de lo cotidiano</i>	93
Antonio Guitérrez Resa: <i>Juventud y solidaridad</i>	109
Joaquín García Roca: <i>Mapas culturales para la nueva condición juvenil</i>	125
José Ángel Bergua: <i>De la definición de juventud a la indefinida jovialidad</i>	137
Felipe Ruiz Alonso y Carolina Mesa Tejada: <i>Una radiografía de la juventud europea</i>	153
Vidal Díaz de Rada y José I. Ruiz Olabuénaga: <i>La juventud española ¿colonia americana?</i>	181
Javier Callejo: <i>La lógica remediática del consumo de los jóvenes</i>	191
José M. ^a González González y Antonio Romero Ramírez: <i>La problemática laboral de la juventud: entre la esperanza y la necesidad</i>	207
Fernando F. Fernández: <i>Sentido y dirección de los «cambios-sociorreligiosos» en los adolescentes y jóvenes españoles, desde la «transición democrática»: —décadas 70-90—, en clave de «desarrollo integral humano/cristiano»</i>	219
Martín Gómez-Ullate: <i>Jóvenes y Contracultura</i>	231
Luis Buceta Facorro: <i>Teorías y delincuencia juvenil</i>	243
Pedro González Blasco: <i>Algunas notas sobre los jóvenes y su música</i>	255
Bernado Bayona Aznar: <i>Rituales de los ultras del fútbol</i>	275
Ángel Hermoso López: <i>El «conflicto intergeneracional» en los adolescentes de Alcorcón-95: tipología y características</i>	299
Francisco Entrena Durán: <i>La juventud rural: situación y perspectivas</i>	321

NOTAS

Francisco J. Carmona Fernández: <i>Quo vadis?, Iglesia en España. Reflexiones en torno a un proyecto de futuro</i>	341
Jesús Camarero Santamaría: <i>De los Estados de bienestar a las sociedades neo-liberales: efectos sociales regresivos</i>	355
Julio Lois Fernández: <i>El desafío ecológico en el momento presente (aportación del cristianismo a la construcción de una apuesta ecológica positiva)</i>	365

CRÓNICA

José Sánchez Jiménez: <i>Convenio entre la Universidad Pontificia de Salamanca y la Fundación Pablo VI, del cardenal Herrera Oria</i>	377
RECENSIONES	387

Presentación

Nos abrumaron con la llegada del día uno de enero del 2000. Sólo en los Estados Unidos de América, cuando faltaban seis semanas para el evento, el 10 por ciento de los ciudadanos creía que podía pasar algo terrible; un 39 por ciento proyectaba sacar más dinero que de costumbre de los bancos, y un 17 por ciento se hallaba ya almacenando comida, agua y otros productos de primera necesidad en previsión de que la «hecatombe» que se venía profetizando no les dejara al descubierto.

Se precipitaron así las inquietudes y se generaron las más variopintas expectativas. Surgieron dudas y se ofertaron a la vez desde los medios de comunicación formas variadas de tranquilidad y de sosiego. Se recurrió y se experimentó con avances y ensayos virtuales, y se trató de afinar incluso en el más mínimo detalle, de modo que quedase perfectamente constatado que el sistema informático, los computadores de que depende nuestra vida en sociedad desde la ordenación del tráfico a la conducción de aguas y programación de vuelos, no confundieran fechas ni acabaran provocando «cataclismos» que parecían sonar a desastres escatológicos impensables. Se nos trataba de tranquilizar indicando que debía tenerse cuidado con ascensores, con cajeros automáticos, con la ordenación hospitalaria, con sistemas de seguridad o con complicadísimas operaciones científicas, estratégicas, sanitarias, económicas, bancarias; con cuanto dependiera de unas máquinas maravillosas, para la mayoría desconocidas, aunque para todos dignas de respeto y, al final —para el profano como es lógico—, cargadas de «fe», de «creencia», de sentimiento y convicción de «seguridad» frente a todo tipo de riesgo.

Todos se referían, todos opinaban sobre un *fin de siglo* no igual a los anteriores. Porque el siglo XX, nuestro siglo —aparte de señalar en su final el inicio de milenio— ha sido y es significativamente distinto de todos los anteriores. Hace ya años —desde los mediados sesenta— salieron a la luz cargados de curiosidad algunos relatos en torno al 2000. Comenzaban recordando o refiriéndose a las vivencias, representadas o escritas, de diez siglos atrás, del *año mil*; trataban de orientarse desde prospectivas y deseos apenas diferenciados, se cargaban, cuando menos, de duda y vacilación, y hasta se hablaba y escribía de la llegada de una nueva Edad Media; una Edad oscura, imprecisa y llena de interrogantes y de sospechas.

Poco más tarde, sin embargo, ya en los ochenta, el optimismo parecía cundir de nuevo; pero al final de la década, cuando caía el *muro de Berlín* y se manifestaba en plenitud el fracaso catastrófico del *socialismo real*, de nuevo los interrogantes acabaron dominando e imponiéndose frente a las excelencias de la «globalización», del «pensamiento único», del «fin de la historia» a que supo referirse y proclamar con acierto propagandístico el historiador Francis Fukuyama.

Más recientemente aún, el Papa Juan Pablo II aventuró un mundo de proyectos y de esperanzas a través de su carta encíclica, *Tertio Millenio Adveniente* (En Vísperas de Milenio); y en los últimos meses de 1999 las referencias, las expectativas y las apuestas en torno al nuevo milenio afloraban constantes y en cascada, como si desde ahora fuera posible proyectar para tan lejos en un mundo en el que los pronósticos se hallan cada vez más pendientes de cambios casi inabordables por su rapidez.

El siglo XVIII, la Edad de la razón y de la observación y del experimento, pudo engendrar las revoluciones intelectual, técnica y política que permitieron consagrarlo como el «Siglo de las Luces», la Ilustración. El precedente de la *Declaración de Derechos* en unos Estados Unidos de América independientes del Imperio Británico, y el apoyo en otro texto básico, en el marco de la Revolución Francesa, la *Declaración de Derechos del Ciudadano* que sirve de umbral a la liberación del Tercer Estado frente a la nobleza eclesiástica y civil, rompían así la antes necesaria jerarquización de los hombres por razón de sangre y de herencia. Los esfuerzos en pro de la libertad y de la igualdad no generaron, sin embargo, la fraternidad utópica de los pensadores de la Ilustración; y la transformación del lema revolucionario, trastocando la «fraternidad» en «propiedad», potenció una *revolución burguesa* que, aunque igualó jurídicamente a todos los hombres, mantuvo y afianzó desigualdades sociales cuya superación permanente no ha logrado acallar la voz, la exigencia de derechos y las reivindicaciones de cuantos sufren males que las declaraciones solemnes y los códigos y tratados jurídicos persisten en señalar, como efecto de su todavía reducida aplicación, como inhumanas e ilegales.

En los inicios del 2000, con más medios, mejor técnica, más riqueza y mejores formas y vías para acabar con injusticias, guerras, sufrimientos, marginaciones y exclusiones sociales, continúan, a pesar de todo, padeciendo hambre y necesidad más de 800 millones de personas; y son, en total, unos 1.200 millones los que sobreviven por debajo de los niveles básicos de pobreza. Aunque el salto técnico, el desarrollo humano y las expectativas globales han crecido, la vida sigue sin generar esperanza en amplios sectores del Tercer Mundo y en los que progresivamente han ido conformando, también dentro de regiones y países del Primero, ese Cuarto Mundo que nos atenaza, aunque no acabe de inquietar, por lo visto, suficientemente.

Ha sido el siglo que acaba un siglo de «extremos» y de «contrastes»; y a lo largo del mismo se han sucedido y se han entrecruzado *superávits* y *déficits*, luces y sombras; episodios catastróficos de gran calibre, como dos guerras mundiales y dos no menos grandes y cruciales totalitarismos —el nazi y el soviético—, más las ingentes catástrofes naturales, las miserias y guerras multifocales con que se despide el milenio.

Pero ha sido igualmente, y no con menos fuerza y eficacia, el siglo de importantes avances, de progresos tecnológicos y científicos cruciales, de cambios sociales nunca antes imaginables, de la independencia de la mayoría de los países y del inicio de una lucha nueva: la del logro de un *Estado de Bienestar* que, liderado y conformado por los Estados Unidos, ha convencido y conseguido hacer del mismo, en buena medida, un siglo americano. Se han desarrollado los poderes económico y militar, ha crecido y se siguen fomentando la creatividad —la tecnológica en primera instancia—, se han combinado como nunca las responsabilidades, las relaciones y los poderes económicos y políticos que han hecho grandes y fuertes a los países desarrollados, se han modelado valores nuevos que responden con su impronta y su atracción a la patente y al logotipo americanos

(individualismo, libertad, economía de mercado, fuerte y acelerada movilidad social); y se acepta y proclama como logro, en expresión del sociólogo Baudrillard, la «utopía realizada». A lo largo de este siglo se ha triplicado la población del orbe; se ha multiplicado casi por cuatro la *renta per cápita* mundial aun cuando su distribución y reparto dejen mucho que desear; se han potenciado, gracias a los avances de la medicina, de las vacunas y de los antibióticos, la vida, la salud y el triunfo sobre muertes que durante largos siglos fueron inevitables. La lucha contra el analfabetismo, el desarrollo de los transportes, los avances y aplicaciones de la ciencia, de la técnica y del derecho a la humanización del trabajo, están en muchos casos alcanzados, se están consiguiendo en otros, se sigue luchando por hacerlos realidad en los lugares más atrasados, y se sabe y espera que merece la pena comprometerse en acceder a los mismos. Hoy día, gracias a la revolución y desarrollo de la electrónica y a la perfección y ampliación de los *media* que tanto se sirven de ella, ha sido posible y, al final, obligado llevar las ideas, las noticias y los conocimientos y expectativas al más lejano rincón del mundo. Han aumentado y se han perfeccionado los países democráticos; se ha impuesto el sufragio femenino; ha crecido y se ha desarrollado la aplicación de una legislación social que a principios de siglo apenas se hallaba en mantillas; y se ha hecho realidad, completa, en ejecución o en espera y perfeccionamiento, como se ha indicado antes, no ya sólo el *Estado del Bienestar* como dato y como clima, sino incluso su influencia que trasciende lo estrictamente económico y político para ser vivido y exigido como un derecho, y como una obligación por parte de los poderes públicos de asegurarlo, ampliarlo y reproducirlo. Los efectos de este proceso han traído bienestar y paz, sobre todo en el plano individual; aun cuando sean muchos los sectores sociales, y todavía más los países que no han accedido a sus primeras mieles. El antropólogo Julio Caro Baroja lo matizaba a la perfección cuando indicaba y refería la «marcada contradicción entre la trayectoria vital individual —la niñez, la juventud la vejez han pasado serenamente y sin grandes sobresaltos— y los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad».

Hay que aceptar, por lo tanto, la historia de este siglo que acaba —como señalaba a fines de 1999 Günter Grass, Premio Nobel de Literatura y Premio Príncipe de Asturias— «con todas sus promesas y oportunidades, pero también con sus crueldades, sus crímenes y sus sombras». A ello precisamente dedica una sugestiva novela, la última, titulada *Mi siglo*; y en ella reúne y relaciona cien relatos, uno por cada año, con rico y sugerente conjunto de particularidades, interpretaciones, objetivos y destinos que se entrecruzan, y que le sirven como excusa o como vía para dar la importancia debida a unos seres que pasaron por la vida de forma anónima; que soportaron la historia en vez de ser protagonistas de la misma; y que vivieron y murieron en grises anonimatos experimentando, sufriendo o gozando, la ausencia en unos casos, o la relativa plenitud en otros, de unos *derechos* que, a pesar de sus avances y progresos, continúan sin ser para todos ni de todos.

Importa, pues, desde ahora *el futuro*, el mañana, el devenir que se manifiesta y perpetúa, pese a todo, como presente; y que obliga e impele como nunca a seguir planteándose, reflexionando y practicando en torno a múltiples interrogantes, expectativas y soluciones a inacabables vacíos e insondables «agujeros» que no acaban de encontrar las soluciones oportunas, viables o, cuando menos, esperanzadoras.

Nuestro humilde proyecto de atender cada vez y de manera monográfica a grandes problemas que acusan hoy por hoy «vacíos» de obligada atención, nos llevaron a propo-

ner para el año 2000 la atención a la *juventud* y a posibilidad de poner medianamente orden en la afluencia de datos en torno a la misma, asuntos, responsabilidades, expectativas y progresos que las «nuevas generaciones» deben ir poniendo en movimiento. El *dossier* de este número presenta y aventura datos, procesos, interrogantes, proyectos y expectativas que deberían servir para algo más que para una información o disfrute simplemente teóricos.

Las nuevas formas de movilidad mundial —que cabría resumir en esa constante *afluencia migratoria* hacia el Norte desde el cono Sur—, sin un solo día en que los medios de comunicación no traigan a escena hambrunas, carencias, catástrofes de todo tipo que no nos vuelven locos precisamente porque los escenarios de tragedia y dolor se suceden más deprisa que la capacidad humana de comenzar a situarlos, digerirlos, atenderlos someramente y olvidarlos, ojalá que no de forma definitiva, se hacen presentes e imbrican de forma y con fuerza cada vez más sorprendentes. *Inmigrantes en España*, el *dossier* de nuestra Revista para el próximo otoño, pretende asomarse lo más seria y eficazmente posible a estas realidades que en los últimos meses se enriquecen y se agravan con sucesos de muerte, persecución, linchamientos, pateras, etc. Mientras tanto, Holanda, con objeto de mantenerse en «el tren de cabeza» del crecimiento europeo, demanda mediante incentivos consumistas, 175.000 trabajadores, desde peones de la construcción hasta ingenieros informáticos; Alemania anda a la «caza y captura» de 75.000 informáticos indios; Austria se vería seriamente perjudicada de no contar con personal para los ingratos trabajos que los nativos rechazan; y Dinamarca se esfuerza en educar a los «nuevos daneses», inmigrantes e hijos de inmigrantes a los que se facilita incluso clases de danés.

Son ciertamente estas últimas, de no ser por su motivación y prisa, noticias gratificantes; y ojalá se amplíen de forma y manera que logren superarse las estrategias que hoy por hoy insisten más en las demandas y oportunidades de mercados europeos que temen cualquier tipo de desabastecimiento, que en las ventajas a medio y largo plazos capaces de ser consideradas y medidas más allá que como respuesta a coyunturas de corto espectro.

Nuestra Revista, por último, quiere dejar constancia de la reciente renovación y expectativas de mejor futuro de su Consejo de Redacción. La presencia en el mismo del *Instituto Superior de Pastoral*, de la Universidad Pontificia de Salamanca, y de la *Facultad y Escuela de Informática*, ambas de la Fundación Pablo VI, dentro de la misma Universidad, darán su mejor fruto una vez atendidos los prismas, las expectativas y los resultados que esta ampliación comporta.

Desde la dirección de SOCIEDAD Y UTOPIA queremos dar las gracias y celebrar la incorporación al Consejo de Redacción del Dr. D. Luis González-Carvajal, director del Instituto Superior de Pastoral, y de D. Luis Rodríguez Baena, profesor de la Facultad y de la Escuela de Informática. Sean bienvenidos, pues, Centros y personas, a esta humilde, callada y entrañable actividad que nos ha hecho posible permanecer a lo largo de los últimos ocho años en constante relación con nuestros lectores, en cuanto nos resulta posible; a un servicio que se siente suficientemente compensado y gratificado cuando la presencia activa de nuestro Profesorado va resultando, hoy por hoy, más eficaz que creciente.

PARA UN DIAGNÓSTICO
DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA (XV)

Para un diagnóstico de la sociedad española (XV)

LA REINVENCIÓN DEL FUTURO Y EL SACRIFICIO DE LOS MEJORES

Hace veinticinco años, tras la muerte de Franco, en la sociedad española se hizo finalmente posible un cambio político y social que venía gestándose y madurando desde los mediados años sesenta, cuando en la Universidad, en los Institutos de Bachillerato y Centros de Formación Laboral, en muchas empresas y en asociaciones de todo tipo pudieron definitivamente hacerse presentes aquellas generaciones de españoles, las nacidas a lo largo de los últimos cuarenta y en los cincuenta, que se sentían lejanas cuando no ajenas a una guerra civil que comenzaba a ser «historia» para la mayor parte de ciudadanos no inmersos ni tentados por la nostalgia.

La juventud accedía, por fin, a la palestra, al escenario de la política una vez superados cargos, símbolos, personas, leyes e instituciones cuya trayectoria a lo largo de los primeros setenta no debe ser tampoco olvidada y, menos aún, vilipendiada.

Los jóvenes se manifestaban y se cotizaban como un «valor» en alza; y la juventud ofrecía y se manifestaba dispuesta a transformaciones y cambios que en la mayoría de los casos trataban de anudar el respeto a realidades conseguidas y el esfuerzo por modificar cuanto supusiera continuación, estancamiento, pervivencia de instituciones, formas, personas, nostalgias más o menos redivivas. La opción por la «reforma», la búsqueda de un «Centro» no suficientemente definido, el hallazgo masivo de opciones de futuro dignas de la más urgente y generosa «reinvención» constatan de manera suficiente que si la «transición» salió bien, el papel de las «nuevas generaciones» fue necesario, esencial, obligado y, por encima de todo, de sentido común.

Aquellos jóvenes —recuérdense las referencias a la «generación» del Rey, a los líderes entre treinta y cuarenta y cinco años— impulsaron nuevos supuestos, nuevas visiones y más recientes posibilidades de trabajo, de éxito en todos los campos; e incluso llegaron, por pura ley del péndulo, a denunciar como falso o inservible cuanto no tuviera en su favor «pocos años», bríos juveniles, noveles experiencias, promesa de futuro, y hasta ciertas dosis de olvido, cuando no erradicación, de cuanto oliera o supusiera compromiso con el «pasado». Sólo pudieron salvarse de aquella denuncia difusa los que habían logrado ir situando los nuevos objetivos, más o menos circunscritos a «neos» de plural procedencia, en la escala, por encima de todo, de un principio esencial: la *juventud*.

* * *

Han pasado veinticinco años; y ahora, en el umbral del nuevo siglo, los que fueron jóvenes entonces deberían ir progresivamente dejando el paso, cediendo responsabilidades, y ofertando libertades a las «nuevas generaciones» que no parecen hallarse dispues-

tas a repetir cuantas pasiones, transformaciones y proyectos —que dieron ya sus frutos— sucesivamente se manifiestan obsoletos, inservibles y condenados a acabar en un olvido más o menos espeso.

Los partidos políticos padecen hoy esta crisis; las empresas e instituciones se ven forzadas a planteamientos nuevos en dependencia de nuevas tecnologías, de modos de información y de formas de comunicación apenas imaginables hace una década. Y las «nuevas generaciones» vienen empujando y forzando el «cambio», la entrega del «testigo»: un testigo que ha roto, como nunca, los valores, las pasiones, los modos de pensar y de actuar que dieron sentido al siglo XX, y que apenas permiten alumbrar las exigencias del mundo venidero.

Tienen hoy las sociedades más avanzadas, y tiene, por supuesto, la sociedad española —y así se explicita suficientemente en el siguiente *dossier*—, una *juventud* con un capital fabuloso al que la misma sociedad no parece querer dar crédito ni apoyos para su rentabilidad y eficacia como proyecto.

Los jóvenes presentan, por todo ello, una falta de confianza en las instituciones, una contradicción entre valores solidarios en alza y la permanencia en un vacío que les frena ante cualquier reto ligado al sacrificio, a la abnegación cercana, a actitudes altruistas capaces de anteponerse al logro inmediato del triunfo, de la seguridad y del éxito.

Las familias continúan siendo, en múltiples ocasiones, altamente funcionales; pero ganan terreno en un proceso de socialización del que dependerá el mañana de la misma sociedad el «grupo de amigos», los «medios de comunicación de masas», y, bastante más lejos, la escuela, que desgraciadamente, tampoco ofrece, más allá del acceso a un título, proyectos de futuro, de vida, de desarrollo humano. ¿Qué está pasando para que se haga de nuevo imprescindible «reinventar» el futuro, sin sacrificar en ello a los mejores, a las generaciones hoy jóvenes?

* * *

El gran «haber» de nuestro siglo, valedero para el siguiente, ha sido el de la *conquista de la prosperidad*, tanto económica como cultural creciente, que cambió la vida material, las formas de relación y de conducta, los horizontes vitales e incluso las creencias básicas tanto inmanentes como las referidas a la trascendencia. Pero en el reverso de la moneda se acumulan —y debe recordarse para aprender a evitarlo y erradicarlo— la incapaz ampliación y distribución de riqueza y de saber, la duda, el hastío e incluso el horror ante la vida y su función; el auge del irracionalismo, la vuelta a tentaciones totalitarias justificadas como lucha por la seguridad de especies, razas, naciones; la ausencia de éticas eficaces cuando las «religiones» se escoran con reivindicaciones antiliberales y radicalnacionalistas; el «malestar moral» de sociedades que, a pesar de su influencia, su hegemonía o su posmodernidad, también sufren y mantienen en sus entrañas bolsas de pobreza, criminalidad lacerante, recurso indiscriminado a la violencia, crisis de las familias, neurosis y ansiedades colectivas. Todos estos males crecen y se extienden con rapidez inusitada a sociedades y grupos más recientes y, de momento y aparentemente, menos predispuestos a estas recientes sorpresas.

Los más graves problemas, sin perspectivas inmediatas operables de solución, continúan siendo, pese a todo, el *problema demográfico* y la *destrucción del mundo y de sus recursos*, por la que siguen clamando los grupos ecologistas, dotados de amplios cuadros

juveniles, que no ven suficientemente atendidas sus denuncias y sus sugerencias de desarrollo «sostenible» por parte de Estados, gobiernos o instituciones internacionales. A pesar de la abrumadora superioridad técnica y militar de los países del Norte sobre los del Sur, que los primeros han tratado de demostrar eficaz y disuasoria —guerra del Golfo, conflictos yugoslavos, etc.—, lo realmente conseguido fue que, aun cuando se puedan ganar batallas, no acaban por ello las guerras contra el Tercer Mundo ni se garantiza el control de sus territorios, personas y culturas. Al menos en la apariencia, y con mucha frecuencia ya en la realidad también, fracasan los programas, nuevos o viejos, utilizados con una perfección modélica para manejar más que para mejorar, como indicara Hobsbawm, «los asuntos de la especie humana». Los dogmas económicos de un mercado sin restricciones y de una competencia ilimitada ni han producido el máximo de bienes y de servicios ni han generado en las juventudes actuales el máximo de felicidad ni unos tipos creíbles de sociedad «libre».

¿Estamos, acaso, abocados a la «nada»? ¿Nos parapetamos en la depresión colectiva y negamos cualquier alternativa a unas sociedades transformadas, protagonistas y afirmadoras de lo «nuevo»? Yehidi Manuhin, el músico inglés recientemente fallecido, resumía en 1992 este siglo XX —el suyo— como «el que despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad, y destruyó todas las ilusiones e ideales».

* * *

¿Qué hace, pues, la sociedad con las «nuevas generaciones»? Mejor dicho, ¿qué les oferta y cómo les brinda posibilidades y ocasiones de ir progresivamente perfeccionando su propio porvenir?

La creciente ruptura entre cultura actual y fe ha venido igualmente a agravar esta débil herencia o capital de «valores fuertes» que en otras ocasiones se han manifestado o utilizado como «reserva». El lenguaje religioso parece poco oportuno para satisfacer las necesidades y «vacíos» éticos que tanto la sociedad como los jóvenes detectan implícitamente o de forma patente. Da la impresión de que, viendo a la juventud como parte de un todo, las instituciones religiosas, lo mismo que las culturales, creen que los jóvenes se han desviado y no encuentran el camino al que por necesidad deberán en su momento volver.

Quizás la pregunta, el interrogante, debiera ser otro: ¿Qué pueden hacer los jóvenes por sí mismos? ¿Cuál deberá ser su papel en la sociedad? ¿Qué podrían hacer o proyectar en favor de la sociedad misma?

En este caso el problema no sería de la juventud, sino de la sociedad. Si la juventud es «reflejo» de la sociedad ¿acepta, hoy día, este papel y este fugaz retrato? ¿Acepta ser reflejo de la sociedad de que forma parte? ¿Plantea, ordena, responde a lo que la sociedad necesita de ella?

Si se atiende a las expectativas que geógrafos de la población y demógrafos nos ofrecen, la juventud, de no ponerse remedio con inyecciones prontas de inmigrantes, será una «minoría» en sociedades de viejos y de muy pocos niños. Esto viene a cambiar cualquier asomo de experiencia, de mirada al pasado útil para la proyección del futuro.

Las «jóvenes generaciones» no tienen hoy la posibilidad de servirse de experiencias poco válidas, y deberán «reinventar» un futuro que para ellas deberá tener exigencias y prisas de presente. Los valores dominantes de solidaridad, de atención y apoyo en los

amigos, de refugio en la familia en muchas ocasiones porque no pueden, o no quieren, constituir la propia, deberían servir a cuantos hoy ejercen responsabilidades familiares, educativas, culturales, religiosas, etc., a reconsiderar los fallos con que se diagnostican y atienden los problemas de cuantos no logran en sus años de formación y preparación para la vida, por las razones que sean —déficits educativos, desviaciones familiares, drogadicción, trabajo escaso y mal retribuido, etc.—, encontrar su camino, su futuro, su deuda con unas instituciones, procesos, ideas y valores que, aun cuando no hayan cumplido su función y sus fines, han sido pista de despegue para que las nuevas sociedades y las generaciones que las compongan y desarrollen puedan a su vez, en el oportuno momento, entregar el «testigo» sin sacrificar a los mejores, sin perjudicar a nadie.

En el «Cantar de Mío Cid» se dice en determinado momento, al considerar la equivocada conducta del rey con su fiel caballero: —¡Dios! ¡Qué buen vasallo si hubiera un buen señor!

Las sociedades actuales no se hallan exentas de una consideración similar cuando, conscientemente o no, echan de menos la falta de confianza de los jóvenes en las instituciones que les arropan. ¿Fallan los jóvenes; o vienen fallando las sociedades?

* * *

Habrà, pues, que *probar de nuevo*; y será obligado que nuevas ideas, nuevas formas de producir y repartir, relaciones sociales libres, políticas de servicio e ideas y actitudes religiosas vuelvan su cara y compromiso a los nuevos hombres, a las sociedades y países no gastados y a la apuesta por unas expectativas y unas certidumbres que abran pistas a lo correcto, bueno y justo. Pero, por encima de todo, y tal como aún recientemente señalara el sociólogo R. Dahrendorf, «no debemos renunciar al intento de mejorar la *calidad de vida*». El *progreso* y la *felicidad* que abrieron al mundo a las revoluciones contemporáneas necesitan, para ser plenos, ampliar su órbita, profundizar sus objetivos y ampliar el trato humano y la *calidad de vida* —la material, la social, la cultural y la espiritual, la relativa a la trascendencia— a todo ser humano, especialmente si a él le toca el proyecto y ordenación del porvenir, y a todo rincón del planeta.

ESTUDIOS

«Bienvenido Mr. Marshall» y la cooperación al desarrollo: mito, arquetipo y realidad

CHAIME MARCUELLO SERVÓS*

Sinopsis

Este trabajo propone una revisión crítica de la cooperación internacional al desarrollo. Para ello se utiliza como referencia mítico-simbólica la película *Bienvenido Mr. Marshall*. Así, se comienza rememorando el argumento. Luego se señalan los hitos más relevantes del guión, acentuando los elementos que después van a servir como referencia para la tesis de este trabajo. Esto es, estamos ante una narración arquetípica de lo que sucede en las relaciones de cooperación al desarrollo. Berlanga sin proponérselo construyó una narración mítica en la que aparecen articuladas de forma tragicómica las claves que entran en juego en los procesos de cooperación entre países ricos y pobres. Los excesos del *film* se reconducen para ofrecer una teoría respecto de los actores, sus roles y su posición en la arena de la cooperación internacional y en las teorías de desarrollo. Tomamos el guión para reformar una visión crítica respecto de la cooperación internacional al desarrollo.

Abstract

This paper proposes a critical review of the foreign aid, i.e., international cooperation to the development. For this aim, the movie *Welcome Mr. Marshall* is used as myth-symbolical reference. Thus, it is started remembering the film's argument. The most relevant milestones of the movie are indicated stressing the elements that will be used as reference for the thesis of this work. This is, our proposal is that we are before a archetypal narration than what happens in the relationships of international cooperation. Berlanga, unintentionally, built up a myth in the one which appear articulated in a tragicomedy the keys that operate in the cooperation processes among poor and rich countries. The excesses of the film prepare to offer a theory with respect to the actors, their roles and their position in the sand of the international relations and development theories. We take the script to reinforce a critical vision with respect to the foreign aid.

* Universidad de Zaragoza.

1. PARA EMPEZAR

La película de Berlanga, además de ser una magnífica muestra del cine español, se ha convertido en un testimonio cómico y burlesco del imaginario de la época. Con la distancia ha pasado a ser un certificado que refleja, —con sus bromas y juegos de palabras—, mucho más de lo que dicen los diálogos de un guión escrito y tejido por sutilezas. *Bienvenido mister Marshall* es una película arqueológica. Permite recobrar la conciencia colectiva de la historia reciente de la sociedad española. Es una obra de arte que refleja el espíritu de un pueblo y de una época. Es una vasija llena de contenidos, símbolos y lecturas de aquel mundo. Nos permite acceder a una interpretación de la *cosmovisión* en la que se produjo.

2. UNA LECTURA DEL ARGUMENTO

El argumento de la obra es muy sencillo. Un pueblecito español, un pueblo de Castilla, ve alterada su vida cotidiana porque les anuncian que van a recibir la visita de los *americanos*. Los americanos del norte son esperados con ansiedad porque se supone que solventarán todas las necesidades del pueblo. Por eso engalanan las casas, las calles y preparan un gran fiesta. Todo está listo para que lleguen esos magníficos visitantes. Pero cuando llega el día, no se detienen. Pasan a toda velocidad. Llevan mucha prisa y el pueblo se queda compuesto y sin novia.

La película está concebida como un cuento. Por eso está narrada con una voz en *off* que acota y anota las secuencias. De hecho, el narrador comienza diciendo: «*erose una vez un pueblecito español...*» En ningún momento pretende ser un relato realista. Juega constantemente con detalles de ficción imposibles del todo que, curiosamente, dejan patente que estamos ante una lectura verosímil de la vida cotidiana del lugar, uno cualquiera de la España de entonces.

El *film* quiere reflejar la vida de un pueblo normal y corriente de la década de los cincuenta. No sólo porque el *atrezzo* de los personajes es fiel a los usos de la época, sino porque además cumple con el listado *canónico* de lo que ha de tener un pueblo: su plaza con la fuente, su iglesia, su ayuntamiento con el reloj, su escuela unitaria y diminuta, su café y sus casas. Pero es un pueblo que, incluso, tiene su autobús de línea que enlaza con el ferrocarril del pueblo cercano y otros de los alrededores. Si esto es así, aunque el pueblo está centrado en la agricultura ha dado un paso de gigante en la escala de modernidad. La comunicación por carretera mediante el autobús supone que estamos en un pueblo que ya ha entrado en la era moderna. E incluso para más modernidades, como más adelante se ve, tiene salón de cine donde se proyectan películas de vaqueros.

La vida del pueblo se estructura con patrones comunitarios. Los rasgos de las sociedades modernas descritos por la *Gesellschaft* de Tönnies todavía no han calado en Villar del Río. Como dice el narrador: «*las cosas más importantes de la vida suceden en la plaza*». Esto es, los bailes, el mercado, las corridas de toros y las noches de luna. Es una lectura idílica de la vida rural, sí... pero muestra el ritmo social de la mayor parte de la sociedad española de los 50. Los estragos demográficos de la emigración todavía no habían

hecho mella en los pueblos. La industrialización estaba por desarrollarse y España era, sin lugar a dudas, un país pre-industrial, premoderno... claramente subdesarrollado.¹

Y esto se palpa en el elenco de habitantes y relaciones que el narrador nos presenta al comienzo de la historia. *Genaro*, el conductor del autobús, es el hombre que enlaza la comunidad con el resto del mundo, incluso se encarga de traer las películas para el cine del pueblo. *Don Pablo*, el alcalde, dueño del café y de otras muchas cosas del lugar. Aunque su imagen de sordo afable, representada por Pepe Isbert, no dice nada del caciquismo de los alcaldes de la época, se apuntan algunos pequeños detalles que reflejan la jerarquización social —caciquil—, de esos años de postguerra. *José*, el cartero y «*encargado del servicio de Correos y Comunicaciones*» que conoce a toda la población. El *señor cura*, don Cosme. Vestido con su sotana y su bonete, es un cura barrigón, guardián de la moralidad y de la fe como corresponde al modelo estereotipado de la época. La *señorita Eloísa*, soltera y guapa maestra, responsable de la educación de los chavales del lugar, en la escuela pequeña e infradotada como las de los pueblos de entonces. Don Luis, «*el hidalgo, sin mancha, ni dinero*» baluarte de sus antepasados. El barbero en su barbería, con sus clientes y contertulios socios del equipo de fútbol de la localidad. El médico, *don Emiliano*, hombre de ciencia e ilustrado como ningún otro. El boticario, que además es el presidente del equipo de fútbol. Doña Raquel y doña Matilde, *cotillas oficiales*, con su sede en la mercería de don Pedro. El señor Jerónimo, secretario del ayuntamiento, siempre dormido. Julián el pregonero. Los desocupados de siempre, soñando en «*las cosechas que jamás han tenido*». Los trabajadores del campo, sudando de sol a sol.

Con esa población y en esa localidad «*todo va... ni bien ni mal, como cualquier día*». Las cosas funcionan a su ritmo. Al ritmo que el pueblo define desde dentro, como siempre ha sido. Pero las cosas cambian con el ruido de las sirenas de un coche oficial escoltado por dos motos. El secretario se despierta azorado buscando al señor alcalde: *¡el delegado general ha llegado!* Este acontecimiento provoca un gran revuelo en la comunidad. Se desatan los comentarios. Unos no dudan en decir que es la guerra. En la escuela, los niños ensayan el canto de alabanza a la autoridad: «*¡Viva, viva! el señor delegado!*». Algunos padres hacen que sus niños repitan como sonsonte: «*la cosecha ha sido mala, la cosecha ha sido mala...*»

Y el revuelo se organiza mientras el alcalde pasea por sus campos a la cantante y su apoderado. Éstos han llegado a Villar del Río para ofrecer su espectáculo en el café de don Pablo quien en el paseo de bienvenida, montados en su carromato, les cuenta las maravillas de la última cosecha y del resto de la vida del lugar.

Todo eso mientras el pueblo entero se ha conmocionado ante la visita de la autoridad, la autoridad venida de fuera, vestida con trajes negros y pertrechada con maletines. Ante el temor y el revuelo recurren a la campana. Y el sonido de la campana, como ya se hacía desde la Edad Media, avisa y reclama a toda la población. Estamos en un mundo que todavía escucha el sonido de la campana y le da sentido a su tañer. Un mundo que no ha sido atravesado por la modernidad.

1 Siempre que aceptemos los cánones del supuesto desarrollo de los países dominantes.

El diálogo del alcalde y los representantes de la autoridad, refleja la estructura jerarquizada y autoritaria de la sociedad española de la época. El que manda, manda. A él hay que abrirle la puerta y escucharle aunque no diga nada. Viene de fuera, con coche y escolta. Representa el poder ante el que se dobla toda la comunidad... aunque no se sepa ni el nombre del pueblo. Es un poder conocido, un delegado que ha visitado la localidad en otras ocasiones prometiendo mejoras y beneficios. Entre ellas, el ferrocarril. Un ferrocarril que el alcalde le recuerda mientras el delegado ironiza diciendo: «yo siempre repito lo del ferrocarril».

El progreso y la modernidad que el ferrocarril llevó a lo largo de España todavía no estaba en Villar del Río. Como en tantos otros lugares. Se deseaban los avances del desarrollo, pero no dependían sólo de sus esfuerzos. El régimen decidía desde la autoridad central. El poderoso visitante promete y repite en sus promesas todo lo bueno que va a traer.

Pero en esta ocasión ha venido a comunicar un evento mayor. Y ha venido en persona, porque no hay teléfono. Ni se necesita... El asunto es que los buenos amigos americanos van a visitar Villar del Campo... perdón, del Río. Americanos del Norte, con su *European Recovery Program*, con su Plan Marshall. Unos «camaradas» que merecen una gran acogida y un gran recibimiento:

«—El pueblo debe arder en fiestas, tiene que hablar desde el balcón, de la agricultura de la industria.

—¿De qué industria?

—Da lo mismo, sólo saben inglés, no le entenderán de todos modos.»

Hay que arder en fiestas, los niños tienen que agitar sus banderitas porque los americanos, ellos, tienen dólares. Luego hay que recibirlos como se merecen... porque si lo hacen bien entonces traerán el tren. Es un mundo de contrastes: como la boina del alcalde y el sombrero del delegado.

La vida cotidiana de la localidad se ve alterada. El alcalde recurre a Manolo, el apoderado de la cantante porque es un hombre que dice haber vivido en Boston 15 años y saber mucho de qué gusta a los americanos. Mientras tanto en el pueblo se opina sobre la proclamada visita. El cura en su foro de contertulios resalta que «mejor es aceptar que dar». Pero con cuidado, pues, cuando se desconoce la intención del donante no se debe admitir regalo alguno. El enemigo puede venir escondido, son muchos los disfraces del mal: «¿qué son esos americanos?». Don Luis, el hidalgo, sabe que son indios. Indios o descendientes de aquellos indios que se comieron a sus antepasados. Que engañaron en la guerra de Cuba. Por eso: «no será mi mano la que se abra ante su bolsa». De nuevo, ¿quienes son esos americanos?

La maestra da una conferencia apuntada por su mejor alumno, Pepito, y explica a la población qué son esos americanos: «los mayores productores de...» todo. Como don Cosme vocífera, «los mayores productores de pecados» con millones de toneladas anuales. Por eso Villar del Río tiene que responder con algo a cambio: «por cada grano de trigo, un alma que salvar». El nacionalcatolicismo aflora con la pasión de la época y muestra la situación premoderna del lugar. La secularización no ha calado todavía. Como recalca don Cosme, «a ellos les sobrarán locomotoras, a nosotros nos sobran almas para exportar». E insiste en las miserias de la sociedad norteamericana: divorcios, asesinatos, violaciones, atracos, robos... «¿Qué nos van a dar los americanos?».

La pregunta es respondida en la película con un fragmento del NODO que recoge la intervención del general George Marshall exponiendo su plan: *«más cosas, para más pueblos, más pronto»*. Los ejemplos de Francia, de Nápoles son sólo una muestra. Y el pueblo se sumerge en un silencio ensañador que se regodea en la maravillas que van a suceder.

Pero la vida sigue. No se han puesto en marcha todavía. Y sólo la presencia de los *camioneros* de obras públicas, con su maquinaria engalanada y el rumor de que en otros pueblos ya están preparados, moviliza al alcalde para convocar a las *«fuerzas vivas»... dentro de dos horas en el ayuntamiento*. La realidad es abarcable, quienes gobiernan están identificados, se sabe dónde está el poder y las estructuras sociales quedan definidas. Ante un evento de tal magnitud no pueden permanecer con los brazos cruzados. En un ejercicio de creatividad, intentan definir lo que se debe hacer. Las voces críticas del cura y del hidalgo —del clero y la nobleza— rechazan sucesivamente las colgaduras, el arco triunfal, los fuegos artificiales, las carreras de sacos, la tómbola, las flores o la innovación tecnológica de una fuente con luz y *chorrito* incorporado. Las propuestas de las *fuerzas vivas* no convencen ni al clero ni a la nobleza.

El alcalde propone recurrir a Manolo el representate y artista por ser un hombre que conoce a los americanos después de haber vivido en Boston. La propuesta tampoco le parece correcta a don Luis, el hidalgo, que remacha su posición: *«me opongo a toda clase de recibimiento que se les haga a los yanquis»*. El resto de las *fuerzas vivas*, no se opone a la propuesta de don Pablo, quien acto seguido se pone manos a la obra con Manolo.

La propuesta de este especialista exige dinero y materiales que no están en el pueblo. Por eso, se van a la capital donde *compran de fiao* para montar un espectáculo a medida de los americanos. Así no sólo se quedarán cuatro días regalando dólares. Estarán cuatro meses. Ante tal posibilidad, están dispuestos a organizar un auténtico festejo con copla incluida.

Mientras eso sucede un funcionario representante del Delegado llega como inspector al pueblo. Espera desesperadamente en el ayuntamiento a que aparezca el alcalde. Cuando lo hace le recuerda el mensaje del delegado. Los americanos estarán pasado mañana en el pueblo... y el pueblo sigue igual que siempre: *«¿qué dirán los americanos?, ¿qué impresión se llevarán?»*.

A lo cual contesta el alcalde: *«Yo pensaba que no se iban a llevar nada, que traían»*. El inspector se marcha enfurecido recordando la autoridad del delegado y el escarnio que significará no cumplir: *«Los otros pueblos vecinos ya estaban preparados»*.

El pueblo se moviliza bajo la dirección de Manolo. En poco tiempo, consiguen transformar un pueblo castellano en uno andaluz. El motivo es obvio. El delegado ha ofrecido un premio a quienes reciban mejor a los americanos. Lo que significa hacerlo como a ellos les gusta. Y Manolo que ha vivido con ellos recuerda que son *«gentes nobles, pero infantiles»*. Se creen que España es Andalucía, toda con guitarras, toros y flamencos por todas partes. Por eso, hay que esforzarse y ensayar el recibimiento de estos amigos que vienen dispuestos a dar y regalar.

La voz crítica y embravecida del hidalgo recuerda que son *jindios!* y lanza su perorata a todo el pueblo que escuchaba atentamente en la plaza:

«¿De dónde ha salido el dinero para comprar estos sombreros, para organizar esta pifñata? ¿No hay nadie que tenga orgullo y dignidad? Vergüenza... Mequetrefes».

A lo cual, mientras don Luis se marcha, el alcalde replica desde el balcón del ayuntamiento. Primero, recordando el mal carácter de don Luis. Segundo, justificando la compra a crédito que se pagará con lo que den los americanos. Los días buenos están a punto de venir: ¡Viva Andalucía!

Y el pueblo se transforma con paredes y calles de cartón piedra. Unos aprenden a torear, otros a bailar flamenco. Se arregla el reloj de forma manual. Porque los americanos han de ver que el reloj en marcha. El pueblo se ha transformado en un verdadero pueblo andaluz con el que agradar a los americanos. El ensayo general es un éxito y todos tienen claro su papel en la representación. Todos saben el estribillo de la copla inventada para la ocasión:

«Americanos, vienen a España guapos y sanos.
Viva el tronío, vienen a España con poderío.»

Ahora sólo falta que cada una de las personas del pueblo pida lo que desea. Por eso se organiza un fila en la plaza del pueblo ante una mesa presidida por las *fuerzas vivas*, incluida la maestra que toma nota. No hay que disputar, cada uno puede pedir lo que quiera. Los mil doscientos habitantes han ejercido su derecho a pedir una sola cosa. De todo lo que se les puede ocurrir o necesitar, una sola cosa.

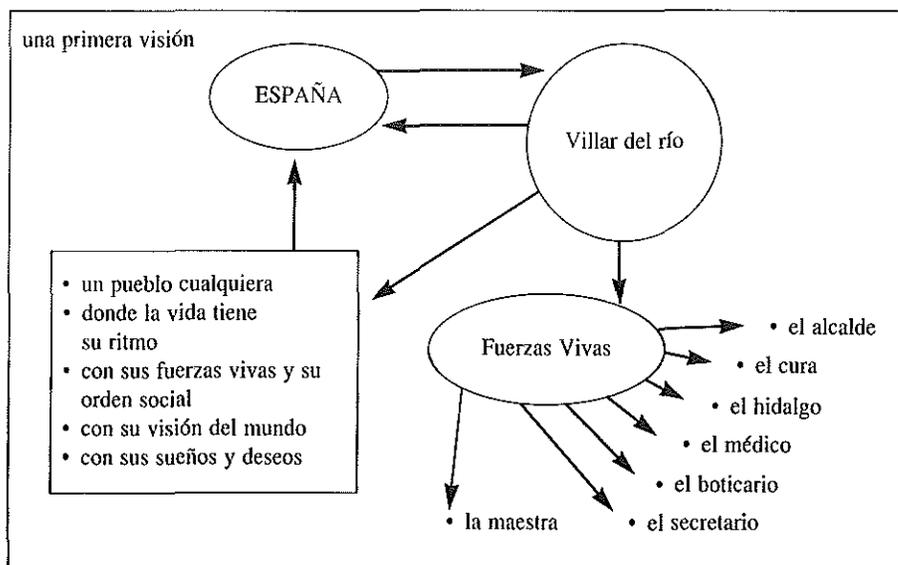
La película está a punto de terminar. Pero antes repasa de una manera brillante los sueños de algunos de los más destacados personajes del cuento. «*Es el momento en el que todo lo que se ha sentido o deseado secretamente alguna vez salga de pronto*». Es el momento de los sueños. Y son sueños que no tienen desperdicio. Comienza por don Cosme que vive una pesadilla enfrentado ante el tribunal de actividades antiamericanas. Sus declaraciones públicas le llevan a la horca de manos de los capirotos negros del KuKuxKlan. Pero como le recuerda el narrador: «*los infieles sólo son peligrosos en sueños*». Sigue con don Luis. Sentado en una silla de su casa se ve a sí mismo zarpando en un viejo galeón como conquistador que va a las Indias. Y toma tierra. Entra en contacto con los indios. Los mira con respeto y cierta superioridad justo antes de que éstos lo introduzcan en una gran olla para cocinarlo. Se despierta azorado, pero sin darle importancia al sueño. El alcalde, don Pablo, también tiene su sueño particular. Es el *sheriff* de un pueblo del Oeste. Entra en el salón como un verdadero pistolero. El ambiente es el propio del *Far West*: inglés, bailes, poker, whisky, tiros, malos modos y el forajido buscado por la justicia. De un amago de duelo, se pasa a la contemplación de la guapa cantante y se termina con una pelea en la que el *sheriff* recibe un disparo que despierta al alcalde a los pies de su cama. Pero, como dice la voz del narrador: no tiene que preocuparse, terminará matando al malo y casándose con la guapa. El último sueño es el de Juan, uno de los labradores esforzados del pueblo. Trabaja de sol a sol y no le alcanza para sacar adelante a su familia. Su sueño viene de unos reyes magos que viajan en un aeroplano. Mientras está con su familia labrando ven aterrizar con paracaídas un tractor, dentro de un embalaje enorme con las letras USA pintadas ostentosamente. Toda la familia se sube al ansiado regalo y dejan atrás la yunta de bueyes. El narrador resume el momento del pueblo recordando que están en la víspera más importante de su historia: mañana llegan los americanos. Y a la mañana todo el pueblo espera en silencio el aviso del vigía de la torre. Cuando distingue a lo lejos la comitiva de los visitantes dice un: *¡ya están aquí!* Entonces el pueblo estalla en un clamor de cantos y vítores. Como estaba previsto... pero los americanos pasan a toda velocidad. No se detienen.

La voz del narrador nos cuenta el final, que no es como imaginamos: «no crean que el pueblo está triste porque los americanos hayan pasado de largo». Todos aportan su parte para colaborar en el pago del crédito con el que habían costeado la inversión en los festejos. Todos colaboran. Sólo hay dos personas tristes. Manolo y Carmen, el apoderado y la cantante, que se marchan después de haber tomado cariño al pueblo y sus gentes. Los velocísimos americanos han pasado, ninguna influencia, ningún recuerdo. Todo va quedando en orden... El narrador termina diciendo: «un hombre sueña mirando al cielo. En definitiva, ¿quién no cree en los Reyes Magos?... Colorín, colorado este cuento se ha acabado».

3. DE LA FICCIÓN A LA TEORÍA

Si ahora volvemos sobre lo que nos han mostrado en el cuento, encontramos una serie de rasgos del imaginario de la época que podemos rescatar en el siguiente cuadro:

CUADRO I

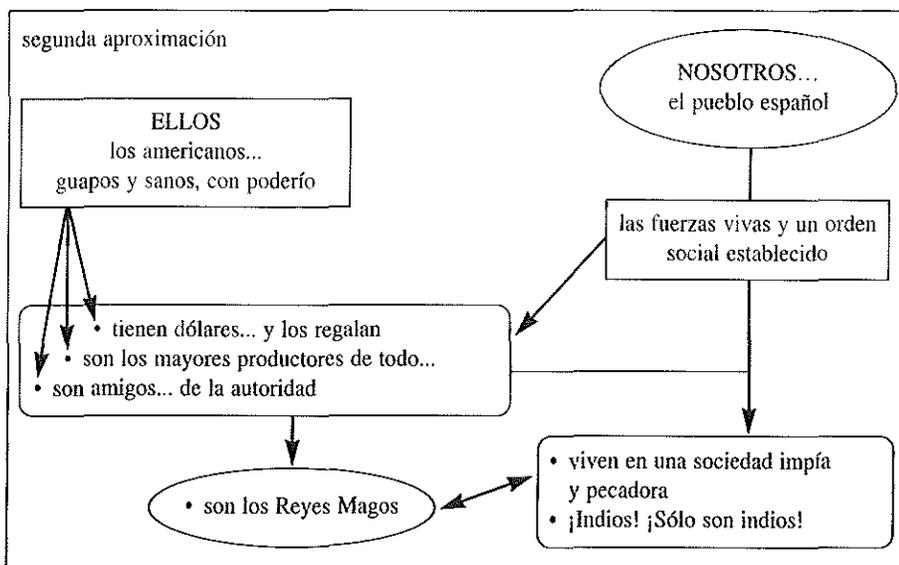


En el cuento de la película, queda claro que estamos ante un pueblo cualquiera que podría ser de cualquier parte de España. Aunque es de Castilla no importa. Se transmite implícitamente que todos los pueblos —toda España con ellos—, son iguales en lo que a la historia del cuento respecta. Cada pueblo, a su modo, tiene una vida con ritmo propio, un ritmo poco acelerado, relativamente constante y repetitivo. Cada pueblo tiene sus fuerzas vivas y su orden social, similares y equivalentes, independientemente del lugar del que se hable. E incluso parece ir más lejos y postular unas formas de ver el

mundo que también son comunes, tanto en los *sueños* como en los *deseos*. Por lo menos en la España rural y premoderna, donde se da un equilibrio entre lo de siempre y las innovaciones de la modernidad. Todavía no han llegado muchos de los adelantos del desarrollo de entonces, pero ya se ve cine y hay autobús de línea. A pesar de la relativa dosis idílica del guión, las clases sociales se distinguen con claridad. No se acentúan las críticas —la época no permitía más—, pero se perciben diferencias socioeconómicas importantes. Aunque sólo se nombran de pasada, como quien no quiere la cosa, en el pueblo están «*los desocupados de siempre*» y «*los que trabajan de sol a sol*», mientras que los personajes más llamativos se dedican a otras cosas y están en una situación distinta.

Sin entrar en esta faceta de la película, lo que nos interesa es descubrir la imagen que se destila del americano, de *Mister Marshall* que promete *más cosas, para más pueblos y más pronto* en las imágenes del NODO. Ese donante lejano y siempre protagonista en las relaciones de cooperación.

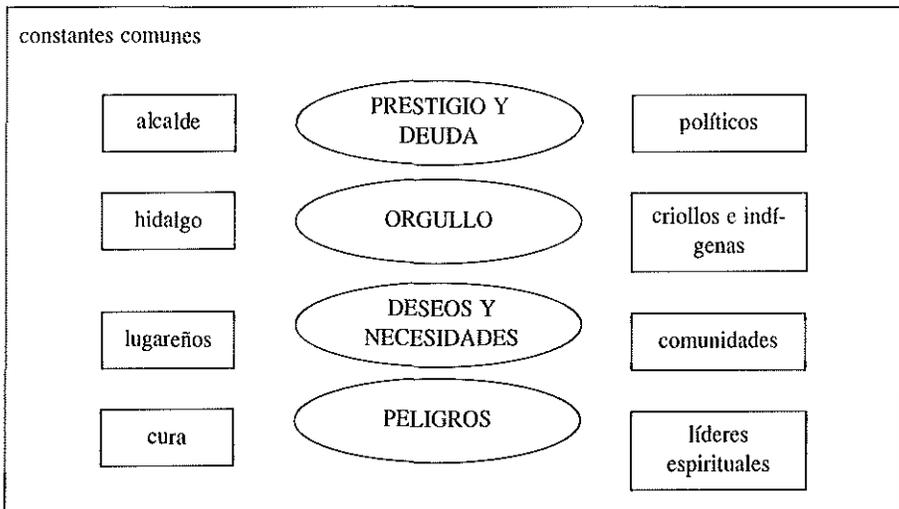
CUADRO 2



Queda claro que tienen los dólares, las mejores estadísticas productivas, y son la autoridad del mundo. Son una autoridad a la que le sobran locomotoras... *pero les falta salvación de almas*. Son ricos y nobles, *pero muy infantiles*. Con todo, pesan más sus posibles donativos que los prejuicios. Y esto a pesar del orgullo de la casta y de la raza que los conquistó. Son *ellos*. Vienen a organizar un revuelo como nunca se ha visto en el lugar. En un mundo organizado de forma pseudo-feudal y jerárquica, llámense señoritos o delegados, los que mandan imponen lo que hay que hacer. El pueblo —mejor dicho, sus *fuerzas vivas*— debate, se organiza y monta lo que hay que montar para agradecer al generoso visitante... Si el *experto* dice que quieren casas andaluzas, toros y fla-

menco, pues casas andaluzas, toros y flamenco. No se puede negar nada a quien viene a dar. La caja de los sueños se abre. La cooperación que prometen los funcionarios venidos de la capital es sólo el anticipo de los deseos que se cumplirán. El desarrollo está al alcance del bolsillo de los que van a dar. Sólo hay que poner la mano... y olvidarse de cualquier otra cosa. Aun cuando lo de Cuba esté fresco y aunque sean dineros que no se sabe para qué se dan. Todo, incluso el endeudarse con tal de que lleguen los americanos guapos y sanos... En este pequeño resumen aparecen una serie de modelos que se encuentran vigentes en muchas contrapartes de la cooperación internacional —cosa que afirmo desde mi experiencia en el ámbito Centroamericano—. En este sentido, la película de Berlanga es un reflejo arquetípico del comportamiento que se establece desde un gran número de los receptores de las políticas de cooperación internacional al desarrollo.

CUADRO 3



Los denominamos como *arquetipos* porque son modelos primigenios y universalizables de lo que sucede en las relaciones habituales de cooperación internacional al desarrollo, tanto oficial como no oficial. Ahora sólo destacamos cuatro rasgos. No son los únicos que se encuentran en el trabajo de campo, pero sí los más habituales. En las contrapartes receptoras de la ayuda externa, aparece siempre el equilibrio entre los *deseos* y las *necesidades* derivados de la situación en la que se hallan frente a los *peligros* que puede suponer la intervención exterior. También entra en juego el *prestigio*, que puede llevar a no medir las *deudas* que se contraen y, al mismo tiempo, se trata de una cuestión de *orgullo* que suele brotar desde los grupos sociales más conscientes de sus recursos y de su identidad.

La venida de este *Mister Marshall* aunque sea un relato de ficción nos recuerda que España comenzó siendo un Estado receptor de ayudas, con una sociedad masivamente alejada del progreso y del desarrollo. Un Estado y una sociedad que tenían su ritmo y su orden

del mundo, en una época que todavía estaba lejos de los cambios generalizados por la industrialización. Se sabía de su existencia... sí, pero en Villar del Campo sólo se tiene al alcance el autobús de línea, se ha visto el coche del delegado junto con las motos de su escolta y las maquinarias que pasan arreglando las carreteras —de entonces—. Se aspira al ferrocarril, se conocen los aviones, se sueña con los tractores... y se ve cine con el cual el mundo alejado se introduce en la fantasía personal y colectiva de una manera silenciosa. Aunque los americanos están muy lejos, no se conocen y sólo uno —además *foráneo*—, de los supuestos 1.200 habitantes dice haber vivido en los EE.UU. Todos parecen soñar con alguno de los estereotipos de los americanos del norte. Y esto era así en los pueblos más abiertos, otros muchos vivían sumergidos en su propio mundo llevando un ritmo ancestral.

4. ¿QUIÉN NECESITA LA COOPERACIÓN/AYUDA INTERNACIONAL?

Ese modo de vida en la que las gentes del pueblo se movían —dentro de los patrones conocidos, ¡*lo de siempre!*—, no gustaba a las autoridades. Los funcionarios del Estado que llegan de la capital rechazan las paredes, las casas y las cosas... los muros *de siempre*. Al americano hay que recibirlo como se merece. Al americano, que nos trae dólares, hay que agasajarlo y mostrarle que nuestros pueblos no están atrasados... del todo. Incluso se puede poner en funcionamiento —aunque sea con mano, de manual— el reloj de la torre. El americano desde el punto de vista de la autoridad —señores vestidos con su traje negro— tiene que ver un mundo en fiesta, una España alegre y vital. ¿Qué otra imagen puede dar un Estado con tanta historia como España?

En la obra de Berlanga, existe un hiato evidente entre la sociedad y el Estado. Los primeros ven alterada su vida, para nada. Los americanos —donantes— pasan con mucha prisa... siempre tienen muchas prisas. Como el delegado, como el gobierno, que viaja con los mismos coches y las mismas escoltas.

La cooperación la ven pasar por Villar del Río, pero no se queda. El prestigio internacional es un asunto de la autoridad central. La solución a las cosas cotidianas y a las deudas contraídas es un asunto de los de siempre.

En el régimen franquista, las ansias de prestigio formaban parte intrínseca de su retórica —a pesar de las autarquías—. La firma del pacto con los americanos, en 1953, supuso precisamente la posibilidad de salir al escenario internacional donde se había perdido el prestigio. Se trataba de recuperarlo. Y hasta 1981 la carrera del Estado español —incluidos los gobiernos de la dictadura y los democráticos— estuvo orientada a salir del *ranking* —bochornoso— de país subdesarrollado.

5. EL ARGUMENTO EN SU CONTEXTO

La narración de la película es posible porque la ayuda norteamericana existió. Y se convierte en una narración paradigmática en tanto en cuanto refleja un contexto y lo supera. Va más allá del caso particular. Ésta es nuestra propuesta para modelizar críticamente la cooperación internacional tal y como se ha venido produciendo.

Sabemos que el franquismo jugó, en este ámbito, con un doble modelo derivado de dos planos de acción: por una parte el plano económico, por otro el simbólico-cultural.

En el primero, se tenían que solucionar los desastres de la guerra y de la postguerra. La economía española no funcionaba. Mientras, se veía que los países vecinos iban superando desastres tan tremendos como los propios. La exclusión de los planes de recuperación europea era una de las primeras razones para sentir desagradablemente esa desigualdad. La mirada en el plano económico conminaba a modificar todo lo modificable con tal de adquirir el nivel de los países occidentales. Pero las transformaciones que se exigían eran de dimensiones estructurales muy hondas. La industrialización de un Estado no se improvisa. Ante ese problema, el gran proveedor de esa ayuda necesaria era el *amigo americano*. La cooperación era, pues, necesaria, aunque el precio a pagar fuera claudicar ante los «yanquis» —o indios, como dirá el hidalgo de Villar del Campo—. En definitiva, ambos tenían delante al mismo enemigo: el comunismo.

En el segundo plano, el simbólico-cultural, el franquismo optó por cultivar la idea de *Hispanidad*, de *Madre Patria* que miraba al orbe identificando a sus hijos, ya emancipados. Quería recuperar el prestigio internacional construyendo una comunidad hispanoamericana de naciones. Quería incluso constituirse en «*la piedra angular*»² de ese conjunto de pueblos que se podían aglutinar dentro del mismo modelo cultural y lingüístico. Esto dio pie a una retórica hueca, de contenidos poco prácticos, y a una *política de sustitución*,³ con la que se suplía la deslegitimación internacional proveniente de los países europeos. La cooperación no podía ser relevante en la dimensión económica. En ese caso se era un país receptor—subdesarrollado—. Por eso se acentuaba la segunda vía. Mostraba su *fuerza* en esta otra. Aunque fuese una *fuerza* impotente, que sólo ocupaba un pequeño lugar como Institutos de Cultura Hispánica, permitía articular una justificación interna. La sociedad española no *necesitaba* otras agencias exteriores.⁴

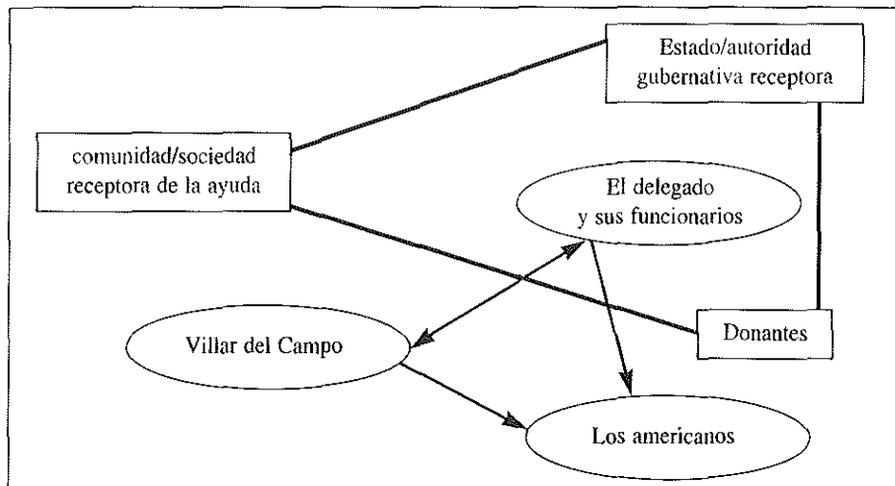
La etapa del franquismo, vista con la perspectiva que nos permite nuestra época, en el ámbito de la cooperación internacional no nos dice mucho más. Un poco de cooperación cultural, otro poco de cooperación técnica desde el ministerio de trabajo y nada más. De hecho, si nos limitamos a lo que es habitual en los análisis propios de la materia, nos encontramos que lo que importa es pasar cuanto antes la página de la historia y saltar a la etapa democrática, donde ciertamente comienza la cooperación española con el talante y el vigor de un país que quiere ocupar un puesto en el mundo... del CAD. Pero, frente a esa realidad teórica y práctica, queremos abundar un poco más en el período franquista. Los arquetipos y las categorías que se destilan de esa etapa de la historia de España nos permiten elaborar un marco de reflexión que consideramos de plena vigencia. En ese contexto y a partir de él, el *argumento* de Villar del Campo no ha encontrado un sustituto mejor:

2 Esta metáfora la utiliza ANTONIO FERNÁNDEZ POYATO (1995, pág.157) citando, a su vez a ARENAL y NÁJERA (1992) quienes se basan en DELGADO (1988)

3 La noción de *política de sustitución* (MORÁN, 1980) recalca el cambio de mirada. Dicho de un modo más llano, si Europa no hacía acaso, había que buscar otros interlocutores.

4 La valoración que realiza FERNÁNDEZ POYATO (1995, pág.158) al respecto desdeña esta dimensión de la política de cooperación del franquismo. Basta un ejemplo: «*este tipo de acercamiento a la realidad latinoamericana fue un lastre que históricamente ha distorsionado nuestras relaciones de cooperación con los pueblos de raigambre española y portuguesa del continente americano...*». Esto es así, porque en el discurso de numerosos politólogos y economistas la cooperación se hace relevante cuando entra de lleno en el plano económico o en aspectos político-militares de incidencia internacional.

CUADRO 4



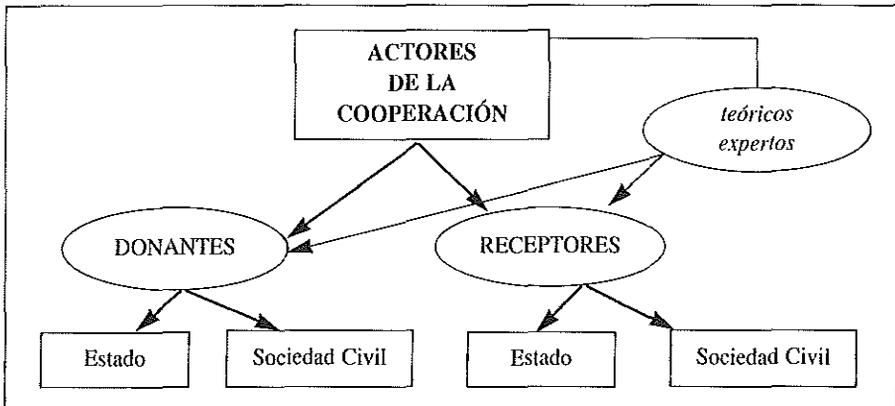
En la historia cotidiana de una comunidad, que vive en su pequeño mundo —*sub-desarrollado*, porque tiene lo de siempre—, se descubre que van a venir unos americanos que dan dólares. Lo que traducido a su lenguaje son pesetas: solución a la escasez. El descubrimiento no es casual. Interviene la autoridad competente: el Estado. Eso sí, a través de sus funcionarios. Una acción que nos sugiere que, en estos casos, el Estado siempre es una metonimia. La comunidad despierta de su letargo rutinario y espoleada por el delegado gubernativo entra en acción y se adentra en el *reino de los sueños*. La figura del americano *se imagina* de tres modos. Uno, por lo que cuentan y prometen tanto el delegado como su equipo. Dos, por lo que sabe un personaje ajeno a la comunidad, pero que dice haber vivido en Boston. Tres, por la propia creación onírica de los miembros de la sociedad de Villar del Campo. Este juego a tres bandas se sigue reproduciendo en las comunidades que conocemos que reciben ayuda o cooperación internacional.

En el caso de la película de Berlanga, los americanos no se detienen, ni siquiera se paran a mirar. Pero tampoco dejan en el pueblo nada que tenga que ver con ellos. Como mucho, lo que dejan son *deudas*: una consecuencia inevitable tras el crédito pedido para comprar los materiales *necesarios* con los que acondicionan el pueblo. Incluso en esto, las similitudes con la realidad son más de las que podían haber imaginado los guionistas —salvando las distancias—.

En la cooperación internacional al desarrollo, se cumplen unos esquemas casi equivalentes. Los donantes tienen la capacidad de incidir en la vida cotidiana de las comunidades, de la sociedad y del gobierno que entran en el juego. Los receptores son capaces de redefinir sus rutinas para acoplarse a las acciones de ese actor extraño y extranjero. En la retórica de los países donantes, la cooperación se formula como una acción, al menos entre dos, que operan juntos obteniendo beneficios mutuos. Pero este tipo de argumentos, forma parte de los postulados normativos y está lejos de las prácticas. La misma ima-

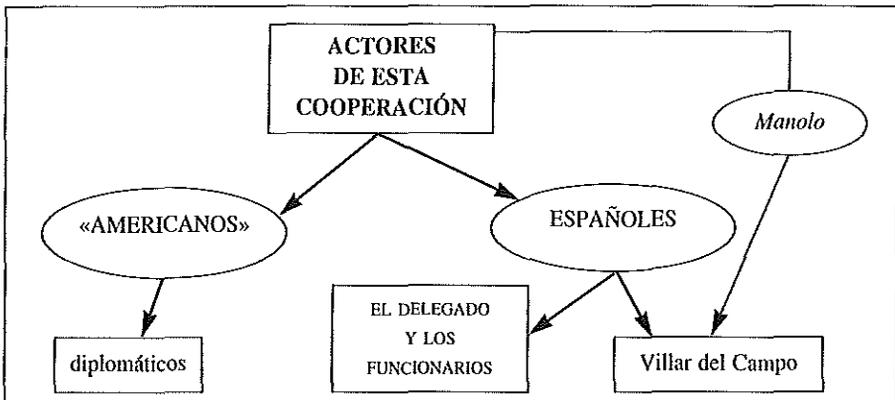
gen ficticia de Villar del Campo nos remite a esta realidad. Los americanos son los que dan: *donantes*. La población de Villar del Campo y los funcionarios del Estado, a su ruego, son quienes reciben: *receptores*. En ese mismo contexto, pueden aparecer personajes de segundo orden, pero no secundarios, que condicionan la acción por las dos partes: *los expertos*. En este caso, es un asesor de los receptores. Un técnico que conoce el mundo de los donantes, un profesional que sabe cómo adecuarse a los modelos de financiación de las entidades proveedoras de ayuda. En la cooperación internacional al desarrollo, hay muchos personajes como Manolo, que asesoran a otros tantos personajes equivalentes al que representa Pepe Isbert. En el ámbito de la cooperación, los actores se agrupan como en la realidad imaginaria de Villar del Campo:

CUADRO 5



Los personajes *ficticios* se pueden ubicar en su propia red de actores de la cooperación. Lo cual nos permite elaborar un cuadro como el siguiente:

CUADRO 6



En esta ficción, aparecen las huellas de los dos planos de acción en los que el régimen franquista articuló su cooperación internacional: el económico y el simbólico-cultural. En el primero, la posición de los españoles es de debilidad. Necesitan ser ayudados por el progreso prestado por *los mayores productores del mundo*. Así, los tractores vienen del cielo y los americanos se convierten en los Reyes Magos. Ellos traen la evolución tecnológica. El ritmo social, que es similar al de los siglos anteriores, necesita de grandes transformaciones para acceder al mundo capitalista de producción en masa. Pero también se evidencia que esa magnanimidad y generosidad pasa por el pueblo como una exhalación que ni siquiera se detiene a mirar. Los progresos, si han de llegar, están en las manos de la propia población afectada. Lo cual se ajusta en buena medida a lo que fue la historia. El régimen franquista fraguó desde dentro de sí mismo los logros socioeconómicos que hoy disfrutamos.⁵ No entramos a valorar los costes sociales de esa modernización, pero lo cierto es que la industrialización y la inmersión en el modelo económico occidental se fue consolidando de la mano del régimen.

En el segundo, la cultura propia y las convicciones sociales no necesitan de *los mayores... pecadores*: aquí sobran almas. La estructura simbólica y cultural se sustenta en un tejido consolidado. Demasiado anclado en el pasado, y muy firme en sus convicciones. Sólo comienzan a interesar las formas venidas de fuera en su aspecto onírico. Lo cual apunta a una reconstrucción de la propia realidad y a una forma de entender lo propio alejada del «*exterior*». Pero el españolismo nacionalcatólico llevaba en sus entrañas la ruptura con el tradicionalismo hispano que pensaba y repensaba constantemente la idea de una *España eterna*. Esto es así por varias razones. Primera, el debate sobre el europeísmo había cuajado en una afirmación de la diferencia y la altanería hispana, con más vigor,⁶ desde finales del XIX. Segunda, apoyado en este discurso, el franquismo insistió en la singularidad de lo español. Tercera, la reacción social latente, durante y tras el franquismo, fue el rechazo y la búsqueda de aire fresco de otros modelos y referentes. Como señala Sotelo (1990, pág. 8):

«No en balde el que el franquismo hubiera justificado la dictadura en la diferencia —una cultura singular demandaría un régimen político también excepcional— ha contribuido decisivamente a invalidar el viejo discurso sobre la singularidad de España.»

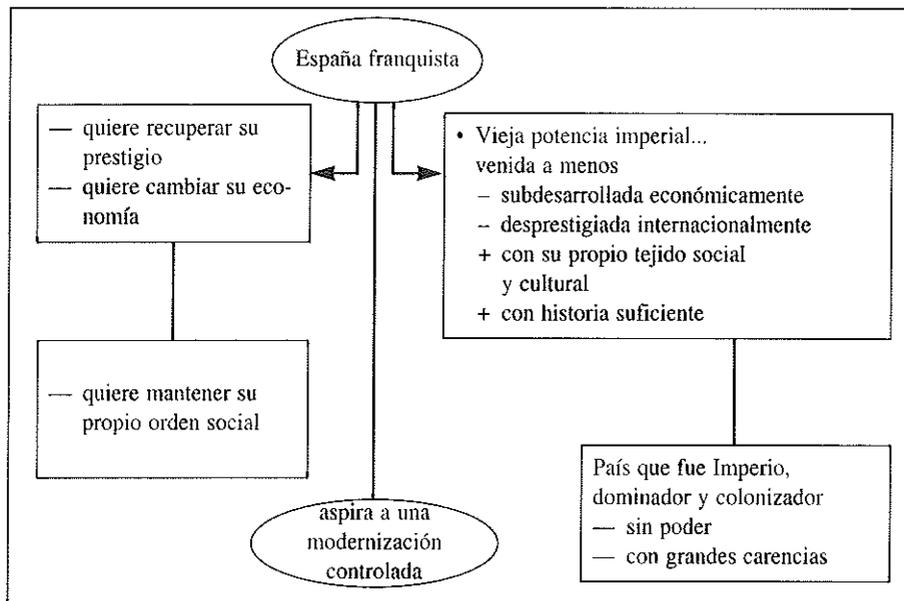
5 A este respecto nos sirve de apoyo una aportación de IGNACIO SOTELO (1991, pág.12) que no tiene ningún viso de ser proclive al franquismo:

«La forma en que ha transcurrido la transición, con las muchas ventajas propagandas hasta el empacho, ha comportado también costos muy altos que tendemos a silenciar. Uno de los que considero más graves y con mayores repercusiones es que ha obnubilado nuestra visión de lo que históricamente han significado los cuarenta años de franquismo, máxime cuando sus logros socioeconómicos no fueron nada despreciables. La España actual se configura en un largo proceso de modernización que se inicia en la década de los cincuenta con la apertura económica al exterior y una gradual instalación en la comunidad atlántica. Pero la modernización —primero socioeconómica en los años sesenta y luego política a la muerte del dictador— se llevó a cabo dentro de las coordenadas culturales impuestas por el régimen, de las que tampoco se libró la cultura de la oposición, que no pudo ser más que reacción visceral a lo existente.»

6 El acento sobre cuáles fueron las fechas no es tan relevante como los ecos que quedan en el consciente y en el inconsciente colectivo. Desde la época de la Reforma lo europeo no tuvo, en general, buena prensa en la península.

Pero, además, la reforma estructural y generalizada de la economía española en la década de los 60 supuso una reordenación social y cultural que ni el propio régimen podía calcular. Los afanes de modernización económica afectaron al orden sociopolítico y a la secularmente temida —también deseada— modernización cultural de España.

CUADRO 7



La recuperación del prestigio internacional suponía adaptarse a los patrones exteriores tanto económicos como culturales. A largo plazo, la defensa recalcitrante del modelo sociopolítico franquista no podría ser sostenible. De hecho, al margen del caso, todo proceso de cooperación supone la apertura a la acción externa. En el caso de las comunidades, que son claramente receptoras, las modificaciones producidas por los donantes pueden ser muchas: más acentuadas en el orden social puesto que se alteran las relaciones entre los actores sociales de las comunidades al crearse nuevos grupos de poder con acceso a recursos económicos.

La superación del aislacionismo hispano comenzó con esos balbuceos de cooperación. La vieja patria imperial, a pesar del orgullo de sus hidalgos necesitaba salir de su autosuficiente pobreza y desastrosa. La experiencia española de cooperación internacional al desarrollo arrancó dentro del propio régimen franquista, el cual era el responsable mayor de su enconamiento internacional, pero estamos de acuerdo con Fernández Poyato (1995, pág. 158) en que «no fue sino hasta la desaparición del Régimen franquista e iniciada en España la transición democrática, que se produce una lenta evolución de la política exterior española que, al abandonar los planteamientos paternalistas del an-

tigo régimen, permitirá que se produzcan una serie de actuaciones que con el tiempo irán dibujando lo que más tarde se convertirá en una política de cooperación».

La historia imaginaria de Villar del Campo trasciende así la ficción para recordar las claves del juego existente entre donantes y receptores. Unos tienen los recursos y el poder, los otros tienen que pasar por lo que no son e incluso no quieren para agradar al poderoso y así conquistar sus favores. La historia de la cooperación internacional al desarrollo es un juego retórico de dominación y buena voluntad. Ha triunfado la primera. Quizá en el futuro las cosas cambien.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAL, C., y NÁJERA, E. (1992): *La comunidad iberoamericana de naciones: pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España*. CEDEAL, Madrid. Delgado (1988).
- FERNÁNDEZ POYATO, A. (1995): «Evolución de la política de cooperación para el desarrollo: del hispanismo a la globalización», en monográfico sobre la Cooperación al Desarrollo, revista *Sistema*, n.º 127-128, septiembre 1995, págs. 157-168.
- MORÁN, Fernando (1980): *Una política exterior para España*. Planeta. Barcelona. Sotelo, I (1991, pág. 12).
- SOTELO, I. (1991): «La cultura española actual: apunte para un diagnóstico», en *Revista de Occidente*, n.º 122-123, julio-agosto. págs. 5-14.

La OCM del aceite: la punta del gran iceberg de las reformas comunitarias¹

JOSÉ LUIS VILLANUEVA PÉREZ*

INTRODUCCIÓN

Hasta hace pocas fechas prácticamente nadie sabía qué era una OCM, ni qué eran las ayudas a la producción, ni la cuota por países, ni una subvención al kilo de aceite, y tampoco casi nadie creía que pudiera formarse tanto revuelo en España por la reforma de un sector agrícola. En la actualidad es probable que sigamos sin saber qué es realmente una OCM (Organización Común de Mercado), pero sí hemos sido testigos de las grandes movilizaciones y manifestaciones que llevaron a cabo los oliveros españoles en contra de la reforma del sector del aceite de oliva. Reforma que se terminó firmando a finales del mes de junio de 1998 en Luxemburgo y que comenzó a mostrar la punta del gran iceberg de las reformas agrarias hacia el que se dirige la nave europea.

Unos años antes de esta reforma, Loring Miró (1992: 266) nos había avisado: *resumir en una frase breve la situación actual de la agricultura sería: en adelante nada va a seguir siendo lo que ha sido en los últimos treinta años*. Propugnaba este autor la entrada, a partir de la última década del siglo, a un escenario nuevo, completamente distinto, donde la producción agraria de alimentos y materias primas se transformará radicalmente. Una transformación inducida no desde el propio sector primario, sino desde otros ámbitos sociales, políticos y económicos. Y la Unión Europea abarca todos estos ámbitos y tiene además suficiente entidad para poder llevar a cabo la transformación. A pesar de esto, sería absurdo pretender que España hiciera como el avestruz y metiera la cabeza bajo tierra para sobrevivir al margen del ámbito de la Unión Europea.

Desde la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea en 1986 se han ido fijando una serie de objetivos macroeconómicos comunes a cumplir por todos los países miembros, objetivos con una clara orientación neoliberal y de corte monetarista, tal y como propone y promueve el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

* Universidad de Granada.

1 Es necesario reconocer desde un primer momento la importante aportación a este artículo de FERNANDO AGUIAR, quien desde su curso de doctorado sobre *Teoría de Juegos* impartido en la Universidad de Granada alentó al autor a profundizar en el conocimiento de esta teoría y su aplicación a los distintos ámbitos de la realidad social, y de FRANCISCO ENTRENA quien puso todo su conocimiento y toda su paciencia en la lectura de los diferentes borradores de este artículo. Vaya para ellos el agradecimiento, eximiéndoles de todos los fallos del artículo, que son única y exclusivamente imputables al autor.

En los últimos años (para nuestro propósito e interés desde la entrada de España en la Comunidad en 1986), el objetivo macroeconómico fundamental a lograr ha sido el ahorro, a pesar de que de estas medidas restrictivas se desprenda un empobrecimiento relativo, cuando no exclusión, de una parte de la sociedad. Este ahorro prioritario, en palabras de Entrena (1992: 48), da lugar a un *paulatino incremento de los niveles de dependencia del campesinado con respecto a organismos y sistemas de toma de decisiones que están fuera de su capacidad de control*. Es la actualización de la idea weberiana de política. Para el gran pensador alemán *política significará... la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen* (Weber: 1988, 84), y de esa distribución de poder es de donde el pequeño y mediano agricultor está siendo desplazado, de ahí es de donde se está generando la creciente dependencia que siente hacia organismos e instituciones que escapan a sus posibilidades de actuación, control e influencia.

El mundo agrario se encuentra en la actualidad más aislado que nunca, aunque jamás estuvo más vinculado a organizaciones nacionales o supranacionales. Nunca antes tuvo dicho mundo tan marcada la dirección a seguir en su producción y actuación, aunque jamás tuvo en teoría tan amplia gama de posibilidades donde poder elegir.

La reforma del sector del aceite de oliva fue la primera de las reformas agrarias que ha emprendido la Unión Europea; después le tocará el turno a otros sectores como el vacuno, la leche, el vino, etc.; sectores también a reformar según las directrices marcadas por la Política Agrícola Común (la cual, no lo olvidemos, absorbe cerca del 50% del presupuesto comunitario). En el presente artículo intentaremos explicar, valiéndonos de la teoría de juegos, el desarrollo de la negociación que se llevó a cabo y que dio lugar a la reforma del sector olivarero. Partiendo de la situación previa a la reforma y con los cambios y transformaciones que ésta trajo consigo procuraremos explicar los comportamientos de cada uno de los actores que *jugaron* en esta reforma: en primer lugar, la Unión Europea, promotora de la reforma; en segundo lugar, el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación español que debía defender a los olivareros españoles sin contravenir las disposiciones previamente aceptadas por el Estado español al firmar la PAC; y en tercer lugar, los olivareros españoles.

Pero antes tendremos que conocer algo más sobre las reglas del juego que vamos a jugar.

LA TEORÍA DE JUEGOS

La teoría de juegos busca predecir el modo en que deben comportarse los individuos racionales cuando interactúan o cuando sus respectivos intereses entran en conflicto. Estos individuos interactúan tal y como lo hacen porque tienen diversos objetivos y determinadas creencias acerca de cómo conseguir esos objetivos. Cuando los individuos se encuentran e interactúan, dan lugar a procesos sociales. Y desde la perspectiva de las ciencias sociales la Teoría de Juegos sería en palabras de Ovejero (1993: 23), *una herramienta formal, como lo es el análisis, la aritmética o cualquier otra pieza del magnífico edificio de la matemática*. La GT (Game Theory o Teoría de Juegos) se entiende

como un lenguaje formal que debe interpretarse en los diversos sistemas reales en los que se aplica, en los diversos contextos explicativos. Pese a lo dicho, no tiene sentido afirmar que la teoría de juegos vaya a solucionar los problemas de la teoría social. En algunos aspectos, y siguiendo a Hardin (1991: 82), *la teoría per sí ha sido menos importante que el esquema sobre el que fue construida, el cual ha acabado dominando incluso los tratamientos verbales de la interacción social.*

Este esquema al que se refiere Hardin parte de una serie de supuestos restrictivos, de los que se deducen inferencias, *que pueden ser utilizadas para interpretar la realidad en todas aquellas situaciones en las que la conducta de un individuo interacciona con la manera de actuar de otro* (Riba i Romeva, 1993: 141-142).

En nuestro caso los individuos o jugadores son instituciones (los olivaderos, el Ministerio de Agricultura y la Comisión Europea). Estos serían los *dramatis personae* de nuestro juego del olivar. Los distintos juegos que se pueden llevar a cabo, todos ellos emparentados más o menos con la teoría formal de la decisión racional, pueden resultar más o menos versátiles en su función *de maquinaria teórica capaz de generar, como consecuencias propias, un gran número de predicciones sobre relaciones concernientes a diversos conjuntos de variables sociológicas cuyas consecuencias nos parecen contraintuitivas o al menos enigmáticas.*²

Muchas veces se ha acusado de inutilidad a todas aquellas teorías científico-sociales que, tal y como hace la teoría de juegos, utilizan instrumentos formales para elaborar sus conceptos y elaborar sus hipótesis. Pero esta acusación es a todas luces inconsistente. Lo único que se pretende con la teoría de juegos, al menos ese es el propósito que impulsa nuestro caso, es llegar a una mejor comprensión, y a ser posible, interpretación del hecho social a estudiar construyendo un marco analítico-descriptivo preciso que elimine los errores que normalmente acompañan a las descripciones interpretativas: enormes sesgos subjetivos y diferentes connotaciones, muchas veces equívocas, en las nociones empleadas. Coincidimos con Domenech (1987: 223) en que *el valor predictivo (o retrodictivo) sobre la conducta de los agentes políticos no es muy interesante; pero proporciona una informativa interpretación de un episodio crucial de la vida política española reciente.*³

Vamos a dar por sentado, tal y como precisa la Teoría de Juegos, que todos nuestros jugadores son agentes racionales, esto es, que siempre actuarán en defensa del interés propio, del interés más conveniente a sus propósitos. Esta es una imagen muy idealizada de los jugadores pero necesaria para que podamos iniciar el juego. Partiendo de esta idea cada uno de los jugadores podría intuir cuáles serían las *estrategias* más racionales de los otros jugadores. Así el Ministerio sabría cuál sería la estrategia de la Comisión Europea gracias a la propuesta de reforma que previamente ésta le presentó, así como la estrate-

2 LIZÓN, Ángeles: *De «El soldado americano» a la teoría de juegos de estrategia: un miniepisodio en la relación investigación-teoría*, pag. 26. La cita proviene originalmente de un artículo de R. BOUDON, publicado en 1979 bajo el título de «*Generating models as a research strategy*».

3 El hecho crucial concreto al que se refiere ANTONI DOMÉNECH en su artículo es la transición española. No hemos querido variar un ápice sus palabras ya que creemos que sirven perfectamente para nuestro caso. Sólo una salvedad: el hecho crucial reciente para nosotros ha sido la negociación de la OCM del aceite de la Unión Europea.

gia racional de los olivereros a través de las diferentes reuniones y acuerdos que se celebraron entre ambas partes. La Comisión a través de las noticias aparecidas en la prensa de las manifestaciones en contra del borrador de reforma por parte de los olivereros sabría la estrategia de éstos, además de poder prever una defensa de intereses de sus agricultores por parte del Ministerio de Agricultura español. Los olivereros o al menos sus organizaciones representativas, gracias al borrador de reforma, conocen las intenciones (estrategia racional) de la Comisión Europea y por medio de sus reivindicaciones, acuerdos y reuniones con el Ministerio de Agricultura y con su máxima representante, la ministra por entonces Loyola de Palacio, la estrategia que esta institución pensaba defender ante la Comisión. Estos serían los parámetros dentro de los cuales debía hacerse la elección de una estrategia por parte de cada uno de los jugadores. Cada uno de ellos necesitaría una estrategia que tomase en cuenta las estrategias de los demás. Se producirían de este modo unas elecciones interdependientes, en función de las de los otros jugadores, que son estratégicas. Esto es base suficiente para que nosotros podamos comenzar el juego, analizando las estratégicas elecciones racionales de los jugadores en un escenario donde cada agente racional sabe que los demás agentes también son racionales en el sentido al que antes hacíamos referencia.

Construir un modelo en términos de teoría de juegos requiere: en primer lugar conocer con profundidad a los jugadores y definir sus respectivos intereses (los jugadores son los olivereros españoles, el Ministerio de Agricultura del gobierno español, y la Comisión Europea con el comisario de agricultura al frente, Fischler en aquellos días); y en segundo lugar conocer el campo de juego, conocer de dónde parte y adónde quiere llegar cada uno de los jugadores. Por tanto, es necesario conocer cuál era la situación de partida antes de la propuesta de reforma del sector olivarero. Ésta era la siguiente: existía una cantidad máxima garantizada de aceite de oliva cifrada en 1.350.000 toneladas para toda la Unión Europea, lo que suponía la no existencia de ninguna cuota o cupo para cada país miembro; no había ayudas a la aceituna de mesa, pero sí una subvención teórica al kilo de aceite de 242 pesetas y unos precios y compras en intervención, lo que permitía entregar a la Administración aceite a precios de garantía entre 270 y 280 pesetas por kilo entre el 1 de julio y el 30 de octubre, manteniéndose así los precios en el mercado en torno a las 300 pesetas el kilo; las mezclas de aceite estaban autorizadas y existían dos tipos de ayudas: al consumo, cifradas en 18 pesetas/kilo, y un sistema de ayudas al pequeño productor. Desde esta situación de partida comienza el juego. El primer jugador en mover ficha fue la Comisión Europea con la intención de reformar el mercado.

La intención del comisario Fischler expresada en el borrador de propuesta para la reforma de la OCM del aceite era aplicar una cuota para cada país de la Unión, donde se asignaba a España una cuota de 625.210 toneladas, cantidad bastante lejana de las 947.000 toneladas que se recogieron en la campaña de 1997. Aunque bien es cierto que se trató de una cosecha récord y que es difícil hablar siempre de estas cifras, parece obvio que gracias a las mejoras técnicas, al riego por goteo y a las nuevas plantaciones de más de 200.000 hectáreas en los últimos cuatro años, la cosecha media no deba de bajar en el futuro de 750.000 toneladas.

La serie histórica de producción española de los últimos años por campaña (no por años naturales) ha sido la siguiente:

Campaña	Producción (miles Tm)	Campaña	Producción (miles de Tm)
1988-1989	399,4	1993-1994	542,0
1989-1990	550,8	1994-1995	462,4
1990-1991	639,4	1995-1996	356,0
1991-1992	592,9	1996-1997	947,4
1992-1993	623,0	1997-1998	869,0

Esta serie jugará un importante papel estratégico a la hora de llevar a cabo las negociaciones entre los distintos jugadores. Dependiendo de la interpretación dada a esta serie así debía ser la cuota asignada a España. (625.210 toneladas según la Comisión, en torno a 1 millón según los olivieros españoles). Un hecho es irrefutable: las cifras que presenta esta serie de producción por campaña dan una media real durante el período de 598.930 toneladas.

Al conocerse la propuesta del comisario Fischler los olivieros tuvieron que decidir cuál debía ser su estrategia más racional. Ante la propuesta de reforma del sector los olivieros españoles tenían dos reivindicaciones fundamentales; por un lado una cuota nacional de producción ajustada a la producción real o una única cuota comunitaria como se tenía hasta entonces, y por otro lado el mantenimiento de los precios y la política de compras en intervención que garantizasen un precio mínimo. Los olivieros afirmaban que si la UE eliminaba esta red de seguridad, el mercado quedaría desprotegido y los precios podrían bajar a unas 250 pesetas por kilo.

Nuestro tercer jugador, el Gobierno, representado por el Ministerio de Agricultura, no tenía una estrategia clara, sino todo lo contrario. Se caracterizó en un primer momento por variar constantemente de estrategia de negociación: alargando la negociación para integrarla en el conjunto de decisiones sobre la Agenda 2000, para luego acelerarla; encabezando la propia ministra Loyola de Palacio manifestaciones y enfrentándose a la Comisión Europea para después convertirla en su aliado; no entendiéndose con los principales productores de aceite de oliva de la UE; amagando y luego rehusando el recurso al Tribunal de Cuentas de la UE para poner de relieve los fraudes en otras tierras.

Estas eran las opciones originales de nuestros jugadores. ¿Cómo se llegó a la reforma definitiva? ¿Qué caminos y negociaciones se dieron? A estas preguntas y a otras más trataremos de dar respuesta en el próximo epígrafe.

A JUGAR

Sólo el Ministerio de Agricultura español estaba capacitado para jugar frente a la Comisión Europea. Los olivieros a pesar de desplazarse a Luxemburgo mientras se desarrollaban las negociaciones no tomaron parte en el juego, sino que se resignaron a ser meros espectadores. Pero esta pasividad no implicaba que ellos no hubieran participado previamente en otro juego. Antes de que se produjeran las negociaciones, o que se desarrollara el juego entre la Comisión Europea y el Ministerio de Agricultura, los olivieros habían sido jugadores en defensa de sus propios intereses. Este juego previo se desarro-

lló en España y los jugadores fueron por un lado los olivaderos que defendían las reivindicaciones a las que antes hacíamos referencia y por otro el Ministerio de Agricultura, que durante todo el proceso tenía el papel de colchón amortiguador, de jugador enlace entre los olivaderos y la Comisión Europea. De una parte el Ministerio debía defender los intereses de sus ciudadanos y de otra debía cooperar con la reforma del sector que la Unión Europea, de la que forma parte, quería llevar a cabo.

UN PRIMER JUEGO

Antes de las negociaciones de Luxemburgo se desarrolló un juego previo entre el Ministerio de Agricultura español, representado por la entonces ministra titular de dicho Ministerio Loyola de Palacio, y los olivaderos representados por la Mesa del Aceite, especie de asociación creada a tal efecto para la defensa de los intereses de sus agregados.⁴ La Mesa del Aceite, una vez conocida la intención de la Comisión Europea de reformar el sector, tenía a su disposición dos estrategias posibles: ceder (a la que llamaremos estrategia C) o no ceder (estrategia N), es decir, aceptar esa reforma que partía de una oferta inicial para España de 625.210 toneladas o luchar contra lo que ellos creían una injusticia.

Por su parte, Loyola de Palacio se encontraba en una situación delicada. Su obligación y máximo deseo era poder estar de acuerdo con ambas partes, tanto con sus propios olivaderos como con la Comisión Europea. Misión imposible a todas luces. Ante esta imposibilidad le quedaban dos estrategias igualmente: aceptar las peticiones y demandas de los olivaderos e intentar defenderlas ante la Comisión Europea (estrategia A) o no aceptar esas peticiones y demandas (estrategia n) colocándose al lado de la Unión Europea.

Si colocamos en una escala ordinal de preferencias las distintas estrategias de los jugadores tenemos que para la Mesa del Aceite esta escala sería: $NA > CA > Nn > Cn$. Es decir, la Mesa del Aceite prefiere en primer lugar no ceder ante la reforma impulsada por la Comisión Europea y que el Ministerio defienda sus demandas y peticiones en la posterior negociación (estrategia NA); en segundo lugar ceder a la reforma si el Ministerio se compromete a defender los intereses de los olivaderos españoles (estrategia CA); en tercer lugar, no ceder ante el proyecto de la OCM del aceite aunque el Ministerio no acepte sus reivindicaciones ya que a través de movilizaciones es probable que se puedan conseguir algunos logros (estrategia Nn); y en último lugar de preferencia estaría la situación en la que la Mesa del Aceite cede ante la reforma del sector y el Ministerio se alinea del lado de la Comisión (estrategia Cn). Si ahora medimos ordinalmente esta escala de preferencias de la Mesa del Aceite asignando números que respeten el orden de preferencias, tenemos lo siguiente:

4 Entre las razones que ayudan a explicar la enorme dimensión social que la reforma del sector del aceite de oliva ha tenido en España, además de su importancia sectorial en el total de la agricultura española, está la unidad de acción que han tenido todos los productores del sector agrupados en torno a la Mesa del Aceite. La experiencia ha demostrado que la unidad, sobre todo en asuntos de política agraria europea, es siempre beneficiosa.

$$NA = 4 > CA = 3 > Nn = 2 > Cn = 1$$

En el caso del Ministerio el orden de prioridades sería: $AC > nC > AN > nN$, es decir, en primer lugar aceptar las demandas y peticiones de los olivaderos y que estos cedieran ante la reforma, única situación en la que el interés del Ministerio de estar a bien con las dos partes podría cumplirse en mayor medida (estrategia AC), ya que los olivaderos pondrían de su parte en la reforma y el Ministerio los defendería en las negociaciones aunque con la tranquilidad de que una reforma tal y como fue planteada en primera instancia por el comisario Fischler sería aceptada por el sector, y por tanto cualquier mejora en la reforma se tornaría un logro del Ministerio; en segundo lugar, no aceptar las demandas de la Mesa del Aceite y que ésta acepte la reforma (estrategia nC). Es necesario recordar aquí que España depende más de la Unión Europea que de sus propios olivaderos, con lo cual en la prioridad de intereses de la ministra de Agricultura estará por encima la satisfacción y buena armonía con la Comisión antes que con la Mesa del Aceite; en tercer lugar, aceptar las demandas de los olivaderos y que éstos no cedan al intento de reforma, defendiendo los intereses de la Mesa del Aceite frente a la intención de la Comisión (estrategia AN); y en último lugar, no aceptar las demandas de los olivaderos y que la Mesa del Aceite no ceda a la reforma (estrategia nN), estrategia en la que estaría a mal con las dos partes: no aceptaría las demandas de los olivaderos enfrentándose a ellos y éstos no cederían a la reforma, con lo que la Comisión Europea tendría en contra, aunque no defendiendo unos mismos intereses, al Ministerio de Agricultura español y a los olivaderos. Si medimos ordinalmente esta escala de preferencias del Ministerio asignando números que respeten el orden de preferencias, tenemos lo siguiente:

$$AC = 4 > nC = 3 > AN = 2 > nN = 1$$

Si representamos matricialmente ambas escalas de preferencias obtenemos el siguiente resultado:

		MINISTERIO	
		Aceptar (A)	No aceptar (n)
MESA DEL ACEITE	Ceder (C)	3,4	1,3
	No ceder (N)	4,2	2,1

Ante la representación gráfica de las estrategias combinadas de ambos jugadores, observamos que hay una estrategia dominante por parte de ambos jugadores, de la Mesa del Aceite y del Ministerio. Si la primera eligiera la estrategia de No ceder (N) podría conseguir su máxima rentabilidad 4 en el caso de que el otro jugador eligiera la estrategia de Aceptar (A), siempre mejor que si eligiera Ceder (estrategia C) donde sólo alcanzaría el valor 3. En el caso de que el Ministerio eligiera la estrategia de No aceptar (n), el valor 2 que la Mesa del Aceite obtendría al elegir la estrategia No ceder (N) sería superior al valor 1 de la estrategia Ceder (C). Por su parte, si el Ministerio eligiera la estrategia de no aceptar podría alcanzar una buena situación 3 pero también la peor 1 en función del comportamiento de la Mesa del Aceite. El Ministerio parte con la ventaja al igual que la Mesa del Aceite de que sea cual sea la estrategia que el otro jugador elija, ceder o no ceder, si el Ministerio elige la estrategia de Aceptar mejoraría siempre su resultado en com-

paración con la estrategia de no aceptar. Por su parte, si la Mesa del Aceite eligiera Ceder obtendría 4, mejor que 3; si la Mesa eligiera No ceder obtendría 2, mejor que 1. Así pues, el Ministerio tiene una estrategia dominante que además coincide con su obligación ética y moral de defender los intereses de sus asociados, en este caso los olivaderos. La estrategia dominante del Ministerio sería aceptar las demandas y peticiones de la Mesa del Aceite. Esta información es conocida igualmente por la Mesa del Aceite que prevé la elección más racional del Ministerio. La elección más racional de la Mesa del Aceite sería no ceder ante las demandas de reforma del sector, maximizando sus posibles beneficios, lo cual traería el mayor beneficio (4) para sus intereses, produciéndose la estrategia NA con unos valores ordinales de 4,2, donde la Mesa del Aceite no aceptaría el intento de reforma de la Comisión Europea y el Ministerio de Agricultura defendería esta posición de sus olivaderos en las negociaciones. Esta fue finalmente la estrategia elegida. El Ministerio de Agricultura defendería los intereses de los olivaderos españoles ante la Comisión Europea, sabiendo que éstos no aceptaban la reforma del sector del aceite en los términos en los que se había presentado hasta ese momento.

El resultado del juego tiene una trampa intrínseca. La Mesa del Aceite no iba a participar en las negociaciones, es decir, en el próximo juego, entre el Ministerio de Agricultura y la Comisión Europea. Fue la ministra de Agricultura, Loyola de Palacio, la encargada de jugar durante las negociaciones de Luxemburgo. Así pues, la responsabilidad recae de pleno sobre este jugador (ministra de Agricultura), que partiendo de conocer perfectamente los intereses de los olivaderos, gracias al juego que acabamos de describir, tendrá la responsabilidad de optar por la estrategia más conveniente (racional) a sus intereses.

EL JUEGO DEFINITIVO

Cuando la ministra de Agricultura se presentó ante la Comisión Europea para negociar la reforma de la OCM del aceite de oliva conocía perfectamente la intención de ésta de asignar una cuota a España de 625.210 toneladas así como las intenciones de los olivaderos españoles de no aceptar con los brazos cruzados tal medida. El juego que previamente la ministra y la Mesa del Aceite habían jugado carecía de fuerza vinculante, con lo que a pesar de conocer el resultado, el Ministerio se enfrentaba (con mayor información ciertamente) a un nuevo juego sin tener la obligación de respetar el resultado del anterior. Aceptar las 625.210 toneladas sería un fracaso frente a sus olivaderos; pero no acatar la intención de reforma de la Unión Europea podría traer consecuencias negativas para España a medio y largo plazo. Una solución intermedia se presentaba como la más deseable. La Unión Europea pretendía garantizar para todo el conjunto de la Unión 1.350.000 toneladas de aceite, con una cuota para España de 625.210 toneladas, lo que suponía un 46,31% de la producción garantizada. La ministra llegó a la negociación con una cartera de intenciones y medidas entre las que destacaba: subir la cantidad total garantizada de aceite de oliva para el conjunto de la Unión a 1.850.000 toneladas y una cuota para España de 811.700, un 43,88% de la producción. De esta manera trataba de agradar a ambas partes. Por un lado y con la idea de seducir a la Comisión Europea, la cuota asignada a España se reducía en un 3,5% del total, mientras que el cebo para los

olivareros españoles consistía en aumentar la cuota asignada a nuestro país en 186.490 toneladas, un 30% más de asignación. Esta medida aunque no convencía ni a unos ni a otros resultaba la más favorecedora a las intenciones del Ministerio.

Desde este punto de partida se inició el juego definitivo que acabaría con la firma de la reforma de la OCM del aceite de oliva. Para el Ministerio dos eran nuevamente las estrategias posibles: ceder o no ceder, es decir, aceptar la reforma del aceite que propugnaba la Comisión (estrategia C) o defender su propia propuesta de reforma (estrategia N), las 811.700 toneladas. Por su parte también se reducían a dos las estrategias de la Comisión Europea: seguir con su intención de reformar el mercado del aceite en los términos previstos en el borrador (estrategia R) o aceptar la propuesta de la ministra de Agricultura española sobre las nuevas cantidades de la reforma (estrategia A).

Las escalas ordinales de preferencias de los jugadores podrían representarse de la siguiente forma:

— Para el Ministerio de Agricultura: $NA > CA > CR > NR$

Es decir, el Ministerio prefería en primer lugar no ceder ante la reforma impulsada por Fischler y defender su propia reforma y que la Comisión aceptara su propuesta (estrategia NA), de esta manera conseguiría llegar a un acuerdo con la Unión Europea y mejorar considerablemente la situación de partida de los olivareros españoles; en segundo lugar ceder a la reforma que propugna el comisario Fischler si la Comisión Europea se compromete a aceptar las cantidades ofrecidas por el propio Ministerio; en tercer lugar, ceder ante el proyecto de la OCM del aceite acatando la decisión de la Comisión (estrategia CR); y en último lugar de preferencias está la situación en la que el Ministerio no cede ante la reforma del sector y la Comisión sigue adelante con su intención de llevar a cabo la reforma tal y como tenía originariamente prevista en su borrador de propuesta (estrategia NR). Esta última estrategia sería la más negativa para los intereses del Ministerio ya que habría fracasado frente a sus dos interlocutores; por un lado habría abandonado a los olivareros al defender algo distinto a lo que ellos esperaban que defendiera y por otro la Comisión habría encontrado poca colaboración y cooperación por parte de España en una reforma que pese a su oposición se habría sacado adelante. Si ahora medimos ordinalmente esta escala de preferencias del Ministerio asignando números que respeten el orden de preferencias, obtenemos lo siguiente:

$NA = 4 > CA = 3 > CR = 2 > NR = 1$

— Para la Comisión Europea: $RC > AC > AN > RN$

El orden de prioridades de la Comisión Europea sería en primer lugar seguir con su intención de reformar en los términos previstos en la propuesta del comisario Fischler la OCM del aceite y encontrar colaboración y asentimiento por parte del Ministerio de Agricultura español (estrategia RC), ya que no se modificaría de esta manera su intención original; en segundo lugar, aceptar las nuevas cifras aportadas por la ministra española Loyola de Palacio para llevar a cabo la reforma si ésta acepta la reforma que prevé la Comisión (estrategia AC); en tercer lugar, aceptar las cifras nuevamente del Ministerio español aunque estos no cedan a la intención primera de la Comisión, sino que defiendan sus cifras (estrategia AN); y en último lugar, reformar el mercado del aceite tal

y como estaba previsto pero sin contar con el apoyo, sino más bien con la oposición de España (estrategia RN). Es necesario recordar que esta estrategia sería la más negativa para la Comisión Europea porque España es el principal productor de aceite de oliva no sólo comunitario sino mundial, con lo cual la Comisión debe estar interesada en contar siempre con el apoyo del principal productor a la hora de llevar a cabo la reforma del sector. Si ahora volvemos a medir ordinalmente esta escala de preferencias de la Comisión Europea asignando números que respeten el orden de preferencias, tenemos lo siguiente:

$$RC = 4 > AC = 3 > AN = 2 > RN = 1$$

Representando matricialmente el juego obtenemos el siguiente resultado:

		MINISTERIO	
		Ceder (C)	No ceder (N)
UNION EUROPEA	Aceptar (A)	3,3	4,2
	Reformar (R)	2,4	1,1

Nos encontramos ante una matriz de datos cuyos resultados coinciden con lo que en teoría de juegos se llama el juego del gallina.⁵ Ninguno de los dos jugadores cuenta con una elección de estrategia clara o dominante. No ceder por parte de ambos les llevaría al peor resultado posible (estrategia RN) (1,1), aunque la variación en uno de los dos jugadores llevaría al otro a maximizar su beneficio alcanzando la máxima puntuación (4). Hemos de contar con la colaboración entre ambos jugadores. Si el juego se desarrollara en una sola tirada sin posibilidad alguna de negociación la situación sería radicalmente distinta, pero en nuestro caso, sí hubo negociaciones y posibilidad de cambiar de estrategia por parte de ambos jugadores. La solución más racional les lleva a coincidir en la estrategia AC, con un resultado beneficioso para ambos de 3 y 3, lo cual conlleva cooperación entre ambos jugadores. El desarrollo de esta cooperación se realizó en las negociaciones previas antes de llegar al acuerdo definitivo. Así pues para ambos jugadores la situación AC es favorable. Esta estrategia implica la aceptación por parte del Ministerio de Agricultura del intento de reforma de la Comisión Europea y la aceptación por ésta de las nuevas cifras aportadas por la ministra Loyola de Palacio. Ambos jugadores se guardan la posibilidad de cambiar de estrategia si el otro lo hace primero, manteniendo tras la firma del acuerdo un plazo de tres años para la reforma definitiva. Cediendo un poco ambos jugadores logran llegar a un acuerdo intermedio, que sin llegar a satisfacer a nadie consigue un rendimiento aceptable (3,3), el segundo mejor resultado para ambos jugadores individualmente y el mejor en conjunto. Gracias a la colaboración por ambas partes se logra una reforma que es un camino intermedio entre los intereses de los dos jugadores.

5 El juego del gallina cuenta con dos equilibrios con estrategias puras (no mixtas): (Reformar, No ceder) y (No ceder, Reformar). Para una mayor comprensión del juego de la gallina, ver Capítulo 6 (*Juegos con agentes racionales*) de *Filosofía de las Ciencias Sociales*, Martín Hollis.

CONCLUSIONES PARTICULARES

La reforma de la OCM del aceite, firmada a finales de junio de 1998 en Luxemburgo por la ministra Loyola de Palacio y el comisario de Agricultura de la Unión Europea Fischler, acordó garantizar una cantidad máxima de 1.777.261 toneladas (ni 1.350.000 de la Comisión, ni 1.850.000 de España), asignando una cuota para España de 760.027, esto es un 42,76% del total (ni 625.000 de la Comisión, ni 811.700 de España). Además la ayuda que antes de la reforma existía de 242 pesetas teóricas por kilo de aceite se ha reducido un 5% para disponer de más fondos y aumentar la cuota, junto a otro 2,4% de la ayuda que antes se destinaba a hacer el registro oleícola. Esta es la parte de la subida (de 1.350.000 a 1.777.261) que tienen que pagar los oliveros. La otra parte del aumento de la cantidad garantizada será aportada por la Comisión, un total de 128 millones de euros (unos 22.000 millones de pesetas). Todo esto significa que habrá más toneladas con derecho a ayuda, aunque la cuantía de la misma por kilo sea inferior, unas 222 pesetas, caso de no haber penalizaciones por exceso (aspecto muy probable en el caso español).

La novedad más importante de la reforma es la aplicación del sistema de cuota por países. A España se le asigna una cuota de 760.027 toneladas, cantidad que es probable que signifique graves penalizaciones si se mantienen las actuales producciones que rondan el millón de toneladas. Para España es negativo que su cuota se halle por debajo de sus producciones reales, pero es aún más grave que los demás países hayan logrado cuotas por encima de sus cosechas, lo que significará cobrar la ayuda total de 222 pesetas, mientras que en España habrá penalizaciones.

Otra novedad de la reforma consiste en que por primera vez se aplicará la ayuda para la aceituna de mesa para unas 32.000 toneladas.⁶ Lo negativo es que esas 32.000 toneladas se deben incluir en la cuota total de 760.027 toneladas. De esta manera, la UE le pasa a cada Estado la patata caliente de la aceituna de mesa, cuyas ayudas comunitarias autoriza siempre que se detraigan de las cantidades asignadas para cada país al olivar. El conflicto interno está garantizado y deberá ser resuelto por la Mesa del Aceite si consigue mantenerse unida.

Se ha perdido la batalla además en otras cuestiones importantes. No habrá en el futuro precios ni compras en intervención, medidas que se sustituyen por el almacenamiento privado. Está por ver todavía el mecanismo que se fija para estos almacenamientos y por saber si tendrá eficacia para no dejar hundir los mercados. La desaparición del mecanismo de intervención deja al mayor productor mundial de aceite de oliva en manos de las multinacionales, que tendrán mayores facilidades para imponer un precio bajo en las grandes cosechas. También es negativo para España el hecho de que sigan sin prohibirse las mezclas sabiendo que es un grave riesgo para el aceite de oliva español ya que en la actualidad se está produciendo aceite en diferentes países con semillas, avellana o almendra. De haberse prohibido las mezclas, esta prohibición hubiera redundado en un beneficio de la calidad y el principio de la denominación de origen del aceite español, elementos sobre los que en gran medida reposa el futuro comercial de este sector.

6 El olivar español ocupa más de 2,2 millones de hectáreas de superficie agrícola; sólo unas 200.000 hectáreas se dedican a la producción de aceituna de mesa.

La reforma está firmada, pero basta aplicar las cantidades acordadas a las cifras de la campaña de 1997 para hacernos una idea de su idoneidad. España habría recibido en 1997, si hubiera estado en vigor la reforma firmada, 153,8 pesetas por kilo; Italia, 197,2; y Grecia, Portugal y Francia, que produjeron menos de la cuota que tienen asignada, cobrarían la subvención máxima permitida de 221,8 pesetas por kilo y acumularían sobran para la siguiente campaña.

Dada esta situación, ¿qué opinión tuvieron al respecto los diferentes actores sociales españoles implicados en la reforma? Un breve recorrido por los periódicos de los días en los que se llevó a cabo la negociación y el acuerdo posterior nos puede servir para conocerla. Así, desde el punto de vista del gobierno, al frente de cuya delegación se encontraba la ministra Loyola de Palacio, la sensación general tras el acuerdo fue de victoria; victoria frente a la Comisión, pero victoria en especial frente al comisario de Agricultura, Fischler. La propia ministra se mostraba «razonablemente satisfecha» por el «positivo» acuerdo alcanzado en Luxemburgo porque «*garantiza más jornales y el porvenir del sector olivarero*».

El resto de partidos políticos tenían opiniones algo divergentes a la de la ministra. José Borrell, entonces candidato del principal partido de la oposición a la presidencia del Gobierno, afirmó que la reforma aprobada en Luxemburgo era «*muy negativa*» para España y el resultado de una «*nefasta*» negociación del Ejecutivo español por lo que «*la ministra debería dimitir*». El eurodiputado de Izquierda Unida Salvador Jové⁷ tampoco se mostró muy contento por el acuerdo a pesar de que la propia ministra tuviera palabras de elogio para él: «*Ha dado un ejemplo de lo que debe ser la defensa de los intereses de España, haciendo abstracción de la tentación de recoger un puñado de votos*». Jové calificó el acuerdo de «*insuficiente*» para afrontar las necesidades del sector. Por ello instó al Gobierno a que «*dé explicaciones claras*» a los agricultores y aplique medidas complementarias para compensar el «*grave perjuicio*» que la reforma supondrá para la supervivencia del olivar.

En resumen, como en otros ámbitos más delicados de la vida nacional (terrorismo) una vez más hemos asistido al espectáculo lamentable del intento sistemático de utilización de un asunto de interés nacional en beneficio de uno u otro partido. Dado el diferente color político de los gobiernos nacional y andaluz, no han faltado enfrentamientos dialécticos sobre la actitud de unos y otros en la defensa del olivar y el aceite.⁸ Sobran aquí las palabras para calificar el lamentablemente habitual comportamiento de los políticos españoles.

Otro de los actores sociales implicados directamente en la reforma fueron los sindicatos de asalariados, los cuales también participaron en las críticas a la reforma alegando que España se ha quedado marginada y en condiciones de inferioridad respecto a sus competidores italianos y griegos. El portavoz de la Mesa del Aceite, Antonio Luque, manifestó que de esta reforma esperaba «*algo más*». «*Ya que no se han conseguido los ob-*

7 El eurodiputado Salvador Jové, presidente de la Comisión de Política Agraria del Parlamento Europeo, elaboró un informe que sirvió de base al dictamen emitido por el Parlamento el 18 de diciembre de 1997, en el que se manifestaba contrario a las ideas básicas de la propuesta del comisario Fischler.

8 *La batalla del aceite... y otras batallas*, pág. 19.

jetivos mercados, la única alternativa que queda es la de hacer un esfuerzo para forzar una reestructuración y ordenar el mercado». Juan Aguilar, secretario general de la Federación de Trabajadores de la Tierra de UGT, aseguró que los olivares se encuentran ante una derrota «sin paliativos, que produce un empeoramiento general de la situación debido a los errores y a la estrategia calamitosa seguida en la negociación por Loyola de Palacio». Una posición muy similar es la mantenida por la Federación del Campo de CCOO: «la reforma es totalmente insuficiente y queda totalmente alejada de la realidad de la producción del aceite de oliva en España».

En cuanto a las organizaciones profesionales agrarias, no todas fueron igual de críticas con la reforma: ASAJA (Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores), tipificada habitualmente como organización de centro-derecha que defiende la «independencia política» y el respeto hacia las diferentes posiciones ideológicas, identificándose con un discurso empresarial en el que ocupa un lugar preeminente la defensa de los intereses y beneficios económicos, señaló que el pacto final, a pesar de considerarlo insuficiente, «puede ser aceptable, teniendo en cuenta que hay algunos logros importantes, como es el caso de la aceituna de mesa». Por su parte, la UPA (Unión de Pequeños Agricultores) acusa a la ministra de Agricultura de haber negociado una reforma que beneficia a los grandes propietarios dejando en situación de indefensión a las pequeñas explotaciones. Y la COAG (Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos) mantiene que Andalucía va a perder 143.793 millones de pesetas por campaña con la reforma del mercado del aceite de oliva aprobada en Luxemburgo.⁹ Es de destacar que estas dos últimas organizaciones agrarias, UPA y COAG, defienden unos discursos que enfatizan lo público como área importante de actuación que no debe ser abandonada, considerando, a diferencia de ASAJA, que el Estado ha de seguir cumpliendo una función de equilibrio para compensar las desigualdades inherentes al mercado.

Hay opiniones para todos los gustos tal y como vemos entre los diferentes actores sociales implicados en la reforma. Entre ellos no se ponen de acuerdo para calificar una reforma que ya está firmada. Pero surge la siguiente pregunta: ¿y ahora qué? En la OCM del aceite se ha luchado por el mantenimiento de las subvenciones, reafirmando aún más la idea generalizada de que España ha obtenido y obtiene fundamentalmente de Europa subvenciones. Así se desprende, para el caso concreto andaluz, de un estudio llevado a cabo por el IESA a comienzos de 1997, donde se afirmaba que más del 40% de la población andaluza mayor de 18 años consideraba que la integración en Europa había beneficiado a Andalucía. Pero hay un grave error de enfoque en estas apreciaciones: es cierto que Andalucía recibe en torno a 200.000 millones de pesetas en forma de ayudas para la agricultura, lo que supone en torno al 30% de la renta agraria regional, pero esta inyección anual de liquidez no se traduce en medidas que solucionen los problemas del sector. La desigualdad en el reparto de las subvenciones agrarias es patente tal y como

9 Recordemos que el aceite de oliva representa para Andalucía entre el 15% y el 20% de la producción final agraria y en ella se produce más del 75% del aceite de oliva español, el 36% del comunitario y el 27% del mundial. Además recordemos también que del olivar se dice —como antes del algodón y de la remolacha— que es un cultivo social, porque «da mucho empleo», y se cifran en torno a unos 45 millones de jornales los que genera al año.

ponen de manifiesto los datos que ofrece el Consejo de Redacción de la Revista de Fomento Social en un artículo dedicado al tema del aceite. Según esta revista, las subvenciones a los agricultores almerienses representan menos del 5% de la renta agraria provincial, frente al 35-40% de Córdoba, al 30-35% de Jaén, al 30-50% de Sevilla. Además el desempleo (principal problema de la región) es paradójicamente menor en aquellas provincias menos subvencionadas (Almería, Huelva, Málaga). Por último, las subvenciones destinadas al olivar presentan un llamativo grado de concentración que responde al esquema 80-20 del Informe Mac Sharry: es decir, aproximadamente el 20% de las explotaciones olivareras más grandes, reciben el 80% del total de las subvenciones. En otras palabras, las ayudas se concentran en los estratos más ricos de productores. Resumiendo, las ayudas al sector agrario y al mundo rural provenientes de la Unión Europea no pueden ser negadas, pero es necesario que nos preguntemos si, tal y como muestran los datos antes mencionados, ésta y no otra es la dirección adecuada hacia la que deben dirigirse las energías destinadas al mundo rural.

Desde nuestro punto de vista, en el ámbito más específico del aceite de oliva es necesario trabajar en otros frentes:

- a) *Control de las plantaciones:* En los primeros años de la década de los 70, se produjo en España una profunda crisis en el sector del olivar motivada por el desmesurado incremento que las plantaciones habían tenido durante la primera mitad del siglo. En la actualidad la demanda de aceite de oliva es más inelástica que entonces debido fundamentalmente al mayor nivel de vida de los ciudadanos que prefieren aceites de mejor calidad y al éxito de la dieta mediterránea. Pese a esta inelasticidad en la demanda de aceite de oliva el incremento masivo de plantaciones hace prever en un futuro no muy lejano una nueva crisis del mismo trasfondo que la que tuvo lugar en los años 70. Por ello, creemos que es necesaria una mayor disciplina y un mayor control de las plantaciones por parte del propio sector, siendo a la vez juez y parte en este proceso donde los principales interesados son ellos mismos.
- b) *Mejora de la calidad:* Debe crecer el interés de los propios productores de aceite de oliva en mejorar la calidad de sus productos. Las mezclas no se han prohibido en la reforma firmada, así que la mejor manera de luchar contra el fraude de las mezclas de aceites debe venir de un aumento en los controles de calidad y de las denominaciones de origen, que redunden a su vez en una desacreditación de todos aquellos aceites cuyo origen y calidad no estén perfectamente catalogados.
- c) Por último, un tercer frente al que se debe prestar atención es la organización de los productores frente a las multinacionales que dominan el sector del envasado y la comercialización. Antes de la entrada de España en la Comunidad Europea, los olivareros españoles, especialmente los andaluces, vendían gran parte de su producción, a granel, a los italianos, quienes la utilizaban para incrementar su producción real y cobrar así mayores subvenciones por parte de la Comunidad a la que ellos pertenecían desde su fundación. De esta manera, los productores españoles eliminaban las labores de transformación y comercialización del aceite, y poco a poco empresas multinacionales fueron haciéndose con el sector industrial del aceite en España, un sector no especialmente rentable en la década de

los 70 por el escaso volumen de transformación que se generaba en la Península. Ahora bien, en la actualidad aunque la distribución sigue estando en manos de multinacionales extranjeras, no todo está perdido: queda la producción. Aquí es donde el sector debe reforzar su papel en los circuitos del producto. Los productores deben aunar sus esfuerzos para luchar contra las condiciones abusivas, casi monopólicas, que las empresas multinacionales del envasado les imponen.

Pero la actuación no debe quedar sólo en el bando de los productores de aceite de oliva. Una vez firmada la reforma del sector, el Gobierno español no debe creer que todo está hecho, que no necesitan más defensa sus olivereros. Nada más lejos de la realidad. Nuevos ámbitos de actuación deben ser abiertos. Entre ellos, nos atrevemos a aventurar los siguientes: la vinculación de las ayudas comunitarias a las mejoras de las explotaciones y a la diversificación de actividades dentro del medio rural; el establecimiento de un tope máximo a la hora de recibir las ayudas en función de niveles de renta; la introducción de primas por calidad del aceite; la limitación de las ayudas a la plantación; destinar una parte de los fondos comunitarios a la realización de estudios socioeconómicos sobre el aceite de oliva para tener un mejor conocimiento, más cercano a la realidad, del producto; etc.

CONCLUSIONES GENERALES

En la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, el olivar español pasó por diversas etapas en las que se llevaron a cabo importantes transformaciones tanto en el cultivo del olivo como en la producción y comercio del caldo. Zambrana Pineda (1985) ha dividido esta etapa en tres grandes subperíodos: en las décadas centrales del siglo XIX se produjo un avance de los plantíos, favorecido por la liberalización del mercado de la tierra y por los altos precios del aceite, propiciados por una creciente demanda exterior; una segunda época, caracterizada por la crisis agrícola y pecuaria en el sector oliverero, producida por la competencia de otras grasas en los usos industriales, que trajo consigo el inicio de la modernización de las almazaras, como única salida posible a la crisis finisecular; y por último, a finales del siglo XIX, se abrió un tercer período, en el que las exportaciones, ayudadas por una fuerte depreciación de la peseta, recobraron un ritmo alcista.

A partir de entonces el destino de las exportaciones cambió sustancialmente. De abastecer, en gran medida, a las grandes industrias europeas, se pasó a satisfacer el consumo alimenticio de muchos hogares de fuera de nuestras fronteras. Cambio motivado por el considerable avance en la calidad de los aceites. Durante la primera mitad del siglo XX, se recuperaron los olivares abandonados, se expandió la superficie, aumentó la productividad y se mejoró especialmente la calidad del aceite. El olivar se convirtió de esta manera en el cultivo más progresivo de la «trilogía mediterránea». Pero el crecimiento incontrolado y desordenado de las plantaciones durante la primera mitad del siglo trajo consigo un grave problema. Mucho antes de la entrada de España en la Unión Europea se produjo una profunda crisis en el sector motivada por el excesivo incremento de las plantaciones y por una falta de rentabilidad del cultivo. Ante tal situación se

puso en marcha en 1972 un «Plan de Reestructuración y Reconversión del Olivar» con el objetivo de reconvertir el olivar marginal y fomentar el olivar productivo. No fue ajeno a esta crisis el incremento que se produjo en el consumo del aceite de semillas, provocado por la enorme diferencia de precios y costes con el de oliva. El plan de 1972 se trataba de un *masivo programa subvencionado de arranque de olivos*.¹⁰

España se incorporó en 1986 a la Comunidad Europea y tras la firma de la PAC, la situación europea ha empezado a vivir una nueva coyuntura en la que los excedentes, y sobre todo cómo tratar de no acrecentarlos aún más, han pasado a ocupar un papel prioritario en las políticas de actuación en el ámbito agrario. Dentro de este marco se encuentran todos los intentos de reforma que la Comisión Europea ha emprendido en los diversos sectores agrícolas. El olivar ha sido el primero que ha tocado la médula espinal de la agricultura española, pero no será el último.

Los debates que se producen en la actualidad —el del aceite no es más que uno de ellos, la punta del iceberg— y la profunda redefinición que está sufriendo la política agraria europea, ponen de relieve la imperante necesidad de afrontar el futuro del mundo rural desde posiciones y perspectivas más globales y duraderas en el tiempo. La concepción de lo rural como *entidad homogénea, localista, claramente diferenciada*,¹¹ lo rural tradicional construido socialmente en un contexto de relativa autarquía, ha sido superada históricamente. Lo rural ha cambiado; y ha cambiado debido a dos grandes procesos sociales que han afectado al mundo rural: la modernización y la globalización. Este último, ese tránsito que la sociedad ha llevado, lleva y seguirá llevando desde el ámbito del Estado moderno a otro tipo de sociedad que se desenvuelve a escala supranacional, es el marco general al que nos debemos remitir para insertar en el conjunto global la reforma del sector del aceite llevada a cabo por la Unión Europea. Porque como ha dicho Vidal-Beneyto, *la dimensión rural sigue siendo un componente esencial de las identidades colectivas de nuestros países y del modelo europeo de sociedad* (*El País*, 16-X-1999).

Con este artículo hemos pretendido exponer la nueva situación en la que entra a partir de ahora el olivar español, así como la agricultura española en general. Una situación en la que la interdependencia con los demás países productores de la Unión Europea se acrecienta aún más. Por medio de la teoría de juegos quisimos mostrar el comportamiento de los actores que jugaron en la reforma, tratando de encontrar la mayor o menor racionalidad de cada uno. Pero, tras todo lo dicho, podemos preguntarnos: ¿ha añadido algo la teoría de juegos como instrumento metodológico a la comprensión del problema? Creemos que sí. Pero al igual que las opiniones de los distintos actores sociales sobre la reforma, las respuestas posibles son muchas y variadas. Nosotros nos hemos limitado a exponer unos hechos y a dejar que cada uno saque sus conclusiones.

De estas conclusiones dependerá que, posteriormente, cuando haya que enfrentarse a nuevas reformas en otros sectores agrícolas, tengamos más o menos camino andado a la hora de llevar a cabo nuevas actuaciones o comportamientos por parte de los actores sociales implicados. El conocimiento del pasado y su comprensión nos ha de servir para aclarar el presente e iluminar el futuro; y el resultado de todas estas reformas de sectores

10 *La batalla del aceite... y otras batallas*, pág. 22.

11 ENTRENA DURÁN, F., *Cambios en la construcción social de lo rural*, pág. 13.

agrícolas que se nos avecinan tocan de lleno a la sociedad española, ya que como dijo Amin (1978): *sea cual sea el modo de producción, la instancia económica, en última instancia es determinante, si aceptamos la realidad de que la vida material condiciona todos los demás aspectos de la vida social.*

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir (1978): *El desarrollo desigual*, Ed. Fontanella, Barcelona.
- DOMÉNECH, Antoni (1987): «El juego de la "transición democrática"», *Arbor*, n.º 503/504, vol. 128, págs. 207-229.
- ENTRENA DURÁN, Francisco (1992): *Maastricht y las consecuencias para el mundo rural español*. Actas de la semana «Maastricht y el mundo rural de España», págs. 37-51 celebrada en Madrid (Madrid), Edita: Movimiento Rural Cristiano, Zaragoza, Volumen núm 1.
- *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*, Ed. Tecnos, Madrid.
- HARDIN, Russell (1991): *La acción colectiva y el dilema del prisionero*, capítulo 2 de la obra compilada por JOSEF M. COLOMER: *Lecturas de Teoría Política Positiva*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales. El título original del artículo de HARDIN es «Collective Action and Prisoner's Dilemma», capítulo 2 de la obra *Collective Action*, Baltimore, John Hopkins University Press, págs. 16-37.
- HOLLIS, Martin (1998): *Filosofía de las Ciencias Sociales*, Barcelona, Ariel, 1998.
- INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES AVANZADOS DE ANDALUCÍA (1997): *Evolución de la opinión pública en Andalucía, 1987/1997*.
- LIZÓN, Ángeles (1995): «De "El soldado americano" a la teoría de juegos de estrategia: un miniepisodio en la relación investigación-teoría», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 12 septiembre-diciembre 1995, págs. 5-28.
- LORING MIRÓ, Jaime (1992): *Crisis de la agricultura capitalista y crisis del capitalismo*, Revista de Fomento Social, XLVII.
- OVEJERO, Félix (1993): «Teoría, juegos y método», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 5 mayo-agosto 1993, págs. 5-33.
- REVISTA DE FOMENTO SOCIAL (1998): *La batalla del aceite... y otras batallas*, Consejo de Redacción, núm. 53, págs. 3-29.
- RIBA I ROMEVA, Clara (1993): «La implantación de la reforma educativa», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 5 mayo-agosto 1993, págs. 141-160.
- WEBER, Max, *El político y el científico*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- ZAMBRANA PINEDA, J. F. (1983): «El olivar español, 1870-1930», artículo extraído del volumen II de *Historia agraria de la España contemporánea*, págs. 301-320.

Sobre las Tesis Doctorales (el caso de las Ciencias Sociales)

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo analiza la producción de tesis doctorales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, a lo largo de toda su historia (1944/1988). El estudio tiene en cuenta las particularidades de la institucionalización académica de esta disciplina, las reglas del juego implícitas en el hecho de hacer una tesis (lógica académica) y el desarrollo de la producción sociológica general como marco de referencia (lógica social y científica). Los resultados ponen de manifiesto que la investigación sociológica española de importancia ha sido elaborada fuera de la Universidad. La tendencia general es que las Tesis sean investigaciones de escasa entidad, en las que predominan los ensayos de temas políticos y teóricos. Muchos aspectos claves de la realidad española, como la Estructura Social, no son apenas abordados en estos trabajos, que se rigen por una lógica más académica que científica.

Otra dimensión explícita (e implícita a veces) de este trabajo, es el tema y problema intelectual de la «elección de objeto». ¿Qué se investiga? ¿Qué queda por investigar? ¿Cuál es la especial cartografía de las Ciencias Sociales en España, sus planos ya alzados pero también sus lagunas? ¿Quién dirige la elaboración de estas singulares mujeres («mujereamiento» como dicen los hispanoparlantes)? ¿Hay una visión de conjunto por parte de los directores de las tesis, o bien es la propia dialéctica de las relaciones humanas, las modas sociales y/o intelectuales del momento, o la libre espontaneidad la que preside la lógica de elección de objeto? En el marco de una sociedad y sociología reflexivas como frutos de la modernidad (Giddens: 1993) estas preguntas parecen absolutamente pertinentes. Igualmente, desde un plano meramente del quehacer intelectual, conocer las aportaciones de la metateorización para nuestro trabajo (Ritzer: 1993).

Los mencionados derroteros, creemos hacen especialmente útil este trabajo para los aprendices del oficio (doctorandos). Se elaboró para la sesión novena del R.C. 23 Congreso Mundial de Sociología de Madrid («chairwoman» M.^a A. García de León) y ha sido publicado en una versión más amplia en inglés y en japonés, en colaboración con G. de la Fuente (vid. bibliografía final) cuyos epígrafes se han eliminado aquí. El tiempo transcurrido hace que el texto tenga ya un cierto carácter histórico y que próximamente

* Universidad Complutense de Madrid.

la autora vuelva a dicha línea de investigación y/o bien la aliente entre nuevos doctordos, cosa que de hecho está teniendo lugar.¹

1. SOBRE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

La sociedad española registró su primer ciclo industrial moderno en el período 1960-68 y logró la consolidación de una estructura industrial muy débil, creada entre los años 1939 y 1959. La circunstancia histórica de la dictadura franquista (1939-1975) ocasionó una especie de esquizofrenia social, es decir, una notable divergencia entre un país moderno en sus dimensiones socioeconómicas y, a la vez, un país atrasado en los campos político y cultural. Las primeras elecciones democráticas se celebraron en junio de 1977 y un campo político moderno, al estilo de los países europeos, se consolidó al inicio de los años ochenta.² Ahora bien, crear y consolidar una comunidad científica es un proceso más lento y requiere una inversión de personal, recursos económicos y tiempo que en España aún no se han dado.³ En ese aspecto, España ha tenido y tiene la condición de «país periférico» (en relación a los países desarrollados de Europa occidental y de Norteamérica). Condición que tiene como principal efecto una gran dependencia científica y tecnológica (Pérez Díaz, V., 1987).⁴

- 1 De hecho, tras el Congreso Mundial de Madrid, 1990, surgió una línea de «Sociología de la Sociología», o «La Sociología como profesión» que ya está presente en todos los Congresos Nacionales sucesivos. Cito algunos «papers» al respecto, algunos aún sin publicar: GARCÍA DE CORTÁZAR, M.: *La financiación de la investigación sociológica en España*, Madrid, 1990 (mímeo); VARELA, J., y ÁLVAREZ URÍA, F.: *La galaxia sociológica* (mímeo); CANCIO, M.: «La institucionalización de la Sociología: el caso del CIS, de la ideología proclamada a la práctica real», en *IV Congreso de Sociología, Grupo de Trabajo: La Sociología Hoy*, Madrid, 24 a 25 de septiembre de 1992); LÓPEZ CALVO, L.: «Un análisis de la evolución temática en la producción bibliográfica de la Sociología española (1940-1983)», en *IV Congreso de Sociología, Grupo de Trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y profesionalización*, Madrid, 24 a 25 de septiembre de 1992); MIGUEL, J. M. de: «Investigación de la investigación sociológica en España», en *IV Congreso de Sociología, Grupo de Trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y profesionalización*, Madrid, 24 a 25 de septiembre de 1992); RODRÍGUEZ, J. A.: «La Sociología académica», en *IV Congreso de Sociología, Grupo de Trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y profesionalización*, Madrid, 24 a 25 de septiembre de 1992).
- 2 Sobre la falta de sincronía en el proceso de modernización de la sociedad española, F. ORTEGA, «Las contradicciones entre sociedad y política: el caso de la transición democrática española». *Revista de Occidente*, núm. 107, abril de 1990.
- 3 El sociólogo JUAN LINZ, en fecha muy reciente, ha declarado respecto a la Universidad española: «La ausencia de buenas bibliotecas es su gran fallo, porque simplemente no tiene bibliotecas, y sin ellas no se puede hacer ciencia». *El Diario Vasco*, 7-X-89. Sobre la falta de comunidad científica, vid. PINILLA DE LAS HERAS: *op.cit.*, en bibliografía.
- 4 Es interesante advertir las similitudes que se producen entre países tan distantes geográfica y culturalmente como Finlandia y España, pero parecidos por su posición estructural en las relaciones «centro/periferia» de las ciencias sociales, descritas para ese país por V. STOLTE-HEISKANEN: «The role of centre/periphery relations in the utilisation of the Social Sciences», *International Sociology*, vol. 2, núm. 2, págs. 189-203, junio 1987. Coherentemente con esa posición estructural, el «centro» ignora y/o relega casi toda la información de la «periferia». Un análisis de cómo el «centro» refleja sesgadamente, tanto cuantitativa como cualitativamente, la realidad social de otros países (el caso de Francia, Italia y España) está en GARCÍA DE LEÓN, M.^a A.: *Rich sociology and poor sociology: The case of the ethnocentric American Sociology*, 1988 (Mímeo, 17 págs.).

Toda investigación sobre cualquier aspecto de la sociología española debe tomar en consideración esta premisa básica: una débil comunidad científica en general (insuficiencia influenciada por el franquismo, pero con causas anteriores) y una precaria comunidad sociológica en particular. En bastantes países europeos la sociología comienza después de la II Guerra Mundial, pero está respaldada por Universidades más fuertes que la española, con una larga acumulación en las disciplinas de Derecho, Filosofía e Historia, fuentes de las que tradicionalmente se ha nutrido la sociología, lo cual constituye una base poderosa de partida.⁵ Además de esta carencia de base, a la sociología española hay que sumarle los obstáculos específicos del régimen franquista que originan una tardía institucionalización académica de la disciplina: en 1972 se crea la licenciatura de sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Su centralismo y/o madrileñismo es otro dato a tener en cuenta, ya que sólo después de 1985, surgen otros centros y lugares donde poder cursar la licenciatura.⁶

Hasta 1972 la sociología española vive en precario, dispersa en algunos departamentos universitarios y escuelas especiales (Ceisa, San Bernardo, ...) o bien es importada por quienes realizaron estudios en el extranjero (un dato más de país periférico). A esta generación de sociólogos que empieza a publicar en torno a 1965 (Jiménez Blanco, del Campo, Castillo, Cazorla, Giner, Linz, Moya, Pérez Díaz, Seara, de Miguel y Díez Nicolás) habría que considerarlos los fundadores de la moderna y actual sociología española. La modernidad de estos sociólogos puede caracterizarse por su ruptura con la filosofía social que invadía toda la sociología anterior, y su conexión con corrientes sociológicas internacionales. Además, esta generación converge con la modernización y el desarrollo económico español, y aunque sigan existiendo obstáculos políticos, ello no impide que encuentren financiación, por parte de Bancos y Cajas de Ahorros, para llevar a cabo sus investigaciones. Una vez más encontramos la asincronía entre la dimensión política y la socioeconómica en la realidad española: por un lado, la interdicción política, por otro, la incapacidad de otras racionalidades —tales como la filosófica o la teológica— para explicar procesos y problemas materiales en una sociedad en transformación, facilita el despliegue de la razón moderna que aporta la sociología (Ortega, F., 1983). Pese a lo anterior, la importancia de la Iglesia, que se constituye en un foco notable de la producción sociológica, sigue siendo grande, como grande fue su papel en toda la vida española durante el franquismo.

En una apretada síntesis de la sociología española podríamos distinguir estas fases: 1.^a) La *protosociología* española, desde finales del siglo pasado hasta la Guerra Civil, cuyos focos más notables son la Institución Libre de Enseñanza (1876) especie de Universidad libre, el Instituto de Reformas Sociales (1904) que promovió la investigación de las condiciones de vida de las «clases trabajadoras, agrícolas e industriales» y la

5 En los números 55, 61 y 74 de la Rev. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* pueden encontrarse referencias a la génesis de la sociología en diversos países europeos.

6 Un análisis más minucioso del citado proceso de institucionalización en: M.^a A. GARCÍA DE LEÓN: *Sobre la sociología española* (Mimeo, 43 págs.). Vid. también A. REDONDO: *Sociología y planificación de los Servicios Sociales*, Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, Madrid, 1985. Asimismo, véase la bibliografía especializada incluida al final del «paper».

Junta de Ampliación de Estudios (1907) que hizo posible estancias de formación en el extranjero, relativamente numerosas para la época. En este contexto también se realizó una gran labor de información y de traducción. Así, bastantes obras fueron traducidas antes al castellano que al inglés, v.gr.: *El suicidio*, de Durkheim; *Soziologie*, de Simmel; *Protestant Ethic*, de Weber, etc. Si en un principio la influencia fue sobre todo la del positivismo francés, en los años veinte y treinta la élite intelectual española —y su incipiente sociología— se orienta claramente hacia el pensamiento alemán. 2.^a) Etapa de una dilatada posguerra (1940-1960) presidida por la figura de E. Gómez Arboleya (1910-1959). Sobre este sociólogo hay un acuerdo, ampliamente compartido, de señalarlo como el primer sociólogo moderno español en la acepción actual del término por su enfoque nuevo de la disciplina.⁷ Fue el maestro de parte de los sociólogos antes citados, que continuaron su formación en el extranjero. 3.^a) Etapa del desarrollo español (1960-1972), que registra un cierto volumen de producción sociológica, pero la disciplina sigue viviendo en precario (sólo con dos cátedras). Esta etapa culmina con la institucionalización académica de la sociología. 4.^a) Etapa actual, o de normalización del papel de la sociología en la sociedad española, tanto académica como profesionalmente. La palabra «sociología» en la actualidad simboliza un *toque de modernidad*, de estar al día, de tal modo que continuamente salpica el discurso de políticos, periodistas, etc. La confusión entre el orden del ser (lo social) y el orden del conocimiento (lo sociológico) es muy frecuente y se llega a hablar de «los problemas sociológicos de España» (sic). Ahora bien, la sociología en España es algo de minorías, pero, no obstante, se trata de unos profesionales que han alcanzado grandes cuotas de poder político y social, siendo más influyentes de lo que cabría esperar, dado lo reducido del colectivo y su novedad.

2. INVESTIGACIÓN SOBRE LA INVESTIGACIÓN

Esta idea enunciada en el título preside nuestro trabajo, es decir, investigar las investigaciones que politólogos y, sobre todo, sociólogos han realizado a través de sus tesis doctorales durante casi cincuenta años.⁸ Para llevarlo a cabo, la introducción histórica realizada no trataba de ser una aportación erudita o meramente histórica, sino un marco de referencia con el que contrastar las tesis y hacernos las siguientes preguntas: 1.^a) ¿Hasta qué punto las tesis doctorales (dejando aparte cuestiones sobre su número) reflejan en su temática la historia de la sociología española? 2.^a) ¿Qué significaba hacer una tesis en el período considerado y qué variaciones temporales se observan? 3.^a) ¿Quiénes eran los productores de tesis y cuáles sus características? 4.^a) ¿Quiénes han sido los directores de tesis y qué podía significar dirigir una tesis? 5.^a) ¿Se aparta la te-

7 En la obra colectiva *Sociología en España* (S. GINER, comp.), CSIC, Madrid, 1990, puede leerse un artículo de E. GÓMEZ ARBOLEYA. (Existe versión en inglés de esta obra).

8 El título y ciertas ideas para el tratamiento del tema provienen del núm. 74 de la *Rev. Actes de la Recherche en Sciences Sociales*.

mática de las tesis de la producción sociológica general o es similar? 6.^a) ¿Qué diferencias pueden observarse de la comparación de las tesis con la producción sociológica de otros países? 7.^a) Por último, ¿qué conexión o desconexión guardan estos productos académicos que son las tesis, con los problemas de la realidad social española que las circunda?

Intentaremos responder a estas preguntas-hipótesis. Muchas respuestas quedarán sólo esbozadas, para ser objeto de posteriores investigaciones en el marco de una línea de trabajo iniciada hace algunos años, cuyo objetivo global es trabajar en la *sociología de la sociología española*.⁹

En nuestra opinión, el interés de esta línea, donde se ubica el estudio de las tesis, radica en lo siguiente: A) La necesidad de conocer al sujeto del conocimiento o, en términos bourdieanos, la necesidad de «socioanálisis» (Bourdieu, P., 1982). B) Tratar de tener una visión clara de la propia disciplina, más allá de su intensa fragmentación en especialidades.¹⁰ C) Intentar lograr una cierta transparencia, inexistente en el campo sociológico español, por tener una débil comunidad científica con escasos hábitos profesionales y cauces establecidos para el trabajo intelectual; estando, por el contrario, el campo sociológico recorrido por grandes tensiones de poder, en gran medida extraacadémico, que aún lo hacen más opaco. D) Contribuir a llenar un vacío bibliográfico. Bastantes obras de reflexión sobre la sociología en España son, o bien análisis históricos de la disciplina, o bien ensayos cuyo eje es la polémica interna entre intelectuales en un campo nuevo más que una clarificación de un aspecto concreto de la sociología. E) Por último, este campo de investigación se nutre tanto de la sociología del conocimiento como de la sociología de la ciencia, y también de la sociología de la educación. A este respecto hay que subrayar la práctica carencia de estudios sobre el nivel de doctorado, estando, sin embargo, hace años implantada la sociología de la educación. Probablemente esta carencia se deba a la preocupación por cuantificar, característica durante años de esa disciplina, y dado que el doctorado y las tesis son fenómenos minoritarios, no han sido considerados. Pero, sobre todo, puede estar influida esa carencia por lo reciente que ha sido la regulación del 3.^{er} ciclo (doctorado) y la creación de Institutos universitarios hace apenas unos años.

3. SELECCIÓN DE LA MUESTRA Y PROCEDIMIENTO

Para el análisis de la sociología española se ha centrado la atención en la producción académica de tesis doctorales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, desde 1944 al último año disponible, 1988. Se han

9 La citada línea de investigación está compuesta por un equipo que trabaja en aspectos concretos de la sociología española, incluidos en la Sesión 9.^a del RC 23 del *XII Congreso Mundial de Sociología* (ALVAREZ URÍA, F.; DE LA FUENTE, G., GARCÍA DE CORTÁZAR, M.^a L., GARCÍA DE LEÓN, M.^a A., ORTEGA, F., y VARELA, J.).

10 A estos efectos son ilustrativos el propio programa del XII Congreso Mundial de Sociología, el del III Congreso de Sociología Española (1989), etc.

analizado las tesis elaboradas en las distintas etapas de la institucionalización académica de estas disciplinas: en la primera fase como Facultad de Ciencias Políticas y Económicas (de 1944 a 1974) y después con la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, tal como existe en la actualidad. En total, se han analizado 427 tesis.*

Justifica nuestra elección el hecho de que esta Facultad de Ciencias Políticas y Sociología haya sido la única (estatal) en España hasta 1986 y, por tanto, una institución clave en el desarrollo de la sociología española. La muestra elegida es casi un censo de la investigación académica en las Ciencias Sociales de la que se pueden extraer, por tanto, conclusiones significativas sobre sus tendencias y sobre las características de la comunidad científica. En esta primera etapa del trabajo quedan fuera de nuestro análisis: 1) la producción sociológica realizada en otras facultades fuera de Madrid, dentro de Departamentos de Sociología o en nuevas facultades de Sociología, alguna más antigua, otras creadas recientemente (Deusto, 1966; León XIII, 1964; Barcelona, 1986; UNED, 1987; Granada, 1989; País Vasco, 1988; Alicante, 1989), y 2) las tesis elaboradas en universidades extranjeras por sociólogos españoles que, dado el carácter periférico de nuestra producción científica, tienen notable relevancia. Sin embargo, el análisis posterior que se presenta sobre los artículos publicados en la principal revista sociológica nacional, REIS (de 1978 a 1988) corrige en cierta medida estas carencias.

Además, en los trabajos preparatorios de esta investigación se entrevistó a diversas figuras relevantes de la Sociología española, que nos proporcionaron, cada uno su particular versión sobre el desarrollo de esta disciplina. Un cuestionario básico fue aplicado entre alumnos de Doctorado de los cursos 1988/89 y 1989/90, con el objetivo de indagar las motivaciones para elegir el tema y el director de la Tesis Doctoral.

Los datos sobre las tesis se han sistematizado para su tratamiento informático: a) seleccionando los factores claves para su análisis, b) definiendo el contenido de estos factores de acuerdo con las hipótesis de nuestro estudio y de manera que pudieran ser comparables internacionalmente. Previamente se había llevado a cabo una revisión bibliográfica sobre la Sociología española y sobre Sociología de la Sociología de otros países. La relación de obras consultadas se encuentra en el anexo bibliográfico.

El listado que aparece en la página siguiente recoge las variables que se han considerado así como las diferentes posibilidades o categorías que se contemplan en cada una de ellas. Su definición, en muchos casos, ha sido una tarea compleja porque la diversidad entre tipos, metodologías, etc., de investigación no está establecida de forma clara ni en la práctica ni en la teoría. Por otra parte, la definición de las reglas sociológicas ha ido evolucionando históricamente con el desarrollo de la disciplina. Proponemos, pues, una serie de categorías tentativas, que pretenden ser, ante todo, operativas para contrastar las hipótesis de nuestra investigación, de acuerdo con el marco teórico elegido.

* La memoria de licenciatura de C. BERMEJO sobre *Cuarenta años de investigación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, 1943/4 a 1983/4*, nos ha proporcionado datos básicos sobre la producción de tesis en este período. La producción desde 1984/5 a 1987/8 ha sido consultada en los anuarios publicados por la Universidad Complutense: «Resumen de Tesis Doctorales».

LISTADO DE VARIABLES Y CATEGORÍAS CREADAS
PARA LA INFORMATIZACIÓN DE TESIS DOCTORALES

1. Sexo del autor/a de la tesis: a) hombre, b) mujer.
2. Nacionalidad: a) española, b) extranjera, c) N.S.
3. Año de lectura: a) década de los 40, b) ídem 50, c) ídem 60, d) ídem 70, e) ídem 80.
4. Clasificación por especialidades del III Congreso de Sociología Española y Áreas de Trabajo de la ISA.
5. Áreas: a) Sociología, b) Ciencia Política, c) Derecho, d) Historia, e) Otras.
6. Tipo de estudio: a) teórico, b) teórico sobre un autor clásico, c) teórico sobre un autor actual, d) empírico, e) N.S./N.C.
7. Orientación/Escuela: a) marxismo, b) funcionalismo, c) otras orientaciones, d) N.S./N.C.
8. Metodología empleada: a) cuantitativa, b) cualitativa, c) mixta, d) ensayo, e) N.S./N.C.
9. Ámbito del problema: a) internacional comparativo, b) nacional, c) autonomía, d) local, e) de otro país, f) no procede.
10. Hábitat: a) rural, b) urbano, c) no procede.
11. Sector: a) agrario, b) industrial, c) servicios, d) no procede.
12. Época: a) actual, b) histórico, c) atemporal.
13. Tipo de problema: a) de España, b) de otro país, c) abstracto.
14. Objeto investigado: a) Estado, b) Sociedad civil, c) campo jurídico, d) otros, e) no procede.
15. Colectivo investigado: a) élites, b) c. desfavorecidas, c) no procede.
16. Director de tesis: a) Campo, b) Sosa, c) Botija, d) Ollero ..., hasta dieciocho directores tratados individualizadamente que han acumulado el 70% de tesis doctorales, y una última categoría de «otros».
17. Facultad: a) Sección de Cc. Políticas, b) Sección de Sociología.

En primer lugar, hemos partido de las principales características del autor/a (sexo, nacionalidad) y del contexto de su trabajo (año de lectura y director de la tesis). Todo ello debía permitirnos obtener información sobre la composición de la comunidad investigadora y sobre su evolución en el tiempo. La lectura de especialidades y áreas y escuelas de las tesis tenía por objetivo la comprobación de las orientaciones temáticas y teóricas de la sociología española. Para la definición de las especialidades se ha tenido en cuenta las clasificaciones de las áreas de trabajo de la Asociación Internacional de So-

ciología y del IV Congreso español, celebrado en 1989. Se ha distinguido un total de 41 campos que abarcan todas las especialidades de la disciplina.

«Grosso modo», se trataba de discernir si las tesis eran estudios con una base empírica y cuyas proposiciones podían ser contrastadas con algún tipo de evidencia o tenían por objeto asuntos teóricos, la discusión de conceptos, sistemas de pensamiento, etc. En segundo lugar, se observó si se había llevado a cabo una recolección de datos, bien con métodos cuantitativos o cualitativos, o si se trataba de reflexiones de tipo especulativo y sobre datos secundarios, a lo que hemos llamado «ensayos».

Nos interesaba especialmente ahondar en el tema de las investigaciones para testar hasta qué punto la producción sociológica académica conectaba con los problemas de la sociedad española, hasta qué punto la condición de país periférico ha influido en las líneas de estudio tanto o más que estos problemas (Stolte-Heiskanen, V., 1987) o en qué medida han sido otros aspectos prácticos, como el director de tesis, los que han orientado el desarrollo de investigaciones y la creación, por tanto, de «escuelas» o corrientes.

Para ello se han definido una serie de indicadores, tales como el ámbito y el tiempo de los estudios. Se ha distinguido el hábitat investigado (rural/urbano), si el objeto de estudio ha girado en torno al Estado o a la sociedad civil y, contemplando otro aspecto, si se ha centrado en colectivos sociales de élite o en minorías o grupos desfavorecidos. Asimismo, se ha considerado si las tesis hacían referencia a procesos, características o problemas de nuestro país, de otros países o bien temas ajenos a cualquier evidencia social («abstractos»). Todos estos factores se han analizado para el conjunto de las tesis, pero la tardía creación de la sección de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas aconsejaba también la distinción fundamental de los dos períodos habidos en el desarrollo de esta disciplina: un período preinstitucional hasta el curso 1978/9 y un período que se denominará «moderno», a partir de dicho curso en el que aparecen los primeros Doctores en Sociología.

4. LAS TESIS DOCTORALES Y SUS SESGOS

El ayer y el hoy de las tesis doctorales está marcado por la fecha en que comienzan a salir regularmente los primeros licenciados de sociología (1978). Con anterioridad a esa fecha, el doctorando sólo tenía un único departamento de sociología al que acudir y siete departamentos de Ciencias Políticas. La Facultad de Cc. Políticas acoge a ese único departamento desde los años sesenta. En la actualidad está compuesta por las dos Secciones de Ciencias Políticas y Sociología. En esa situación, hay un cierto trasvase de licenciados que hacen tesis de tema sociológico en Departamentos de Ciencias Políticas y viceversa: un buen número de politólogos que, una vez constituidos los estudios de sociología, hacen sus tesis en sus nuevos Departamentos.

Algunos datos para cuantificar la producción de tesis doctorales: en la última década analizada (1978-88) se han realizado el 53% de las tesis de esa Facultad, mientras que el resto (47%) se han hecho a lo largo de treinta y cuatro años, desde 1944 a 1978 (Cuadro 1). Las tesis de tema sociológico, pese a los pocos años de existencia de la licencia-

tura, han superado a las tesis de materias comprendidas en Cc. Políticas en la última década (58%). También el alumnado matriculado en sociología es algo superior (3.054 alumnos en sociología y 2.481 en Cc. Políticas, en el curso 1986-87).

CUADRO I
TESIS DOCTORALES POR DÉCADAS, TEMA Y SEXO

DÉCADAS	TOTAL FACULTAD			TEMA SOCIOLÓGICO			
	Total	Mujeres	%	Total	%	Mujeres	%
1948-1949	7	-	-	-	-	-	-
1950-1959	56	5	8,9	12	21,4	2	16,6
1960-1969	52	4	7,7	9	17,3	-	-
1970-1979	119	28	23,5	40	33,6	11	27,5
1980-1988	193	53	27,4	112	58,0	35	31,2
TOTAL	427	90	21,0	173	40,5	48	27,7

Dentro de una Universidad tan masificada como es la Complutense, puede advertirse que su Facultad de Cc. Políticas y Sociología es de los centros de menor alumnado. En el cuadro 2 se reflejan datos relativos al tercer ciclo por Facultades sólo para el curso 1985-86, pero la situación para Ciencias Políticas y Sociología es bastante estable a lo largo de los años ochenta.

La producción de tesis en relación al alumnado es más alta en esa Facultad que la media: 1/215 tesis/alumno. Como dos extremos opuestos, podemos observar la relación tan baja que exhibe Derecho, centro en el que se producen pocas tesis (1/1.216 tesis/ alumnos matriculados y el caso opuesto de Medicina (1/72 tesis/alumno). Para explicar estos datos habría que tener en cuenta los siguientes factores: a) los beneficios académico-profesionales que obtiene el alumno con la realización de las tesis, v.gr.: de cara a la promoción médica en hospitales son muy importantes y la tesis ha llegado a ser prácticamente obligatoria, como se evidencia en el alto número de las tesis producidas; b) el paro de los licenciados según carreras; c) el mercado de trabajo en general de los titulados superiores (García de Cortázar, M.^a L., 1987). Observando la relación tesis/prof. se constata que las carreras de ciencias tienen una alta producción en comparación con las de letras, es decir, se obtiene una tesis con un reducido número de profesores. Entre las de letras, Cc. Políticas y Sociología manifiesta una relativamente alta producción. En conclusión, las posibilidades de encontrar empleo según licenciaturas afecta mucho a la realización o no de la tesis y, en cualquier caso, las Facultades de alumnado reducido, como es el caso de Políticas y Sociología, tienen, en términos relativos, una notable producción de tesis, elemento de reproducción de la propia Academia. Hay que tomar en consideración también estos dos factores: la orientación «per se» hacia la investigación de la sociología, lo cual fomenta la realización de tesis, y el número tan elevado de tesis que realizan los estudiantes extranjeros.

CUADRO 2

ALUMNOS, TESIS DOCTORALES Y PROFESORES POR FACULTADES (1985-1986)

FACULTADES	Alumnos matriculados		Alum. que terminaron	Alumnos de doctorado		Tesis doctorales		Profesorado		
	Total	% Mujeres	Total	Total	% Mujeres	Total	% Mujeres	Al.mat/ tesis	Total	Prof./ tesis
TOTAL	578.531	52,7	47.538	28.117	38,8	2.684	35,9	215	27.224	10,1
C										
Biológicas	26.751	54,7	2.617	1.346	41,2	197	51,0	135	1.005	6,1
Físicas	9.856	27,3	638	461	25,8	69	31,8	142	420	6,1
I										
Geológicas	2.767	35,8	330	188	18,1	31	32,2	89	199	6,4
E										
Matemáticas	9.022	50,5	764	478	33,5	33	30,0	273	418	12,6
N										
Químicas	17.918	47,1	1.466	1.181	36,1	173	43,0	103	1.190	6,8
C										
Informática	8.600	32,7	329	264	26,9	18	5,5	477	340	18,8
I										
Medicina	47.678	50,6	7.856	12.211	36,5	658	25,3	72	5.893	8,9
A										
Psicología	33.984	70,9	2.630	507	41,8	50	46,0	679	412	8,2
S										
Farmacia	22.729	69,5	2.009	940	53,6	148	70,0	153	1.249	8,4
Veterinaria	13.032	37,8	859	357	40,3	62	45,0	210	681	10,9
Econ. y Empr.	72.307	35,7	4.270	448	26,6	95	22,0	761	2.488	26,1
L										
Polít. y Soc.	5.108	55,4	653	308	6,2	28	35,0	182	338	12,0
E										
Información	16.617	53,0	1.220	241	34,9	30	50,0	553	517	17,2
T										
Derecho	137.412	46,5	7.584	772	31,2	113	26,0	1.216	2.695	23,89
R										
Fil. y Letras	6.665	66,2	313	1.360	54,1	103	33,0	64	2.663	25,8
A										
Filología	48.815	72,5	4.659	1.702	45,2	119	48,7	410	1.121	9,4
S										
F. C. Educac.	34.299	66,0	3.244	1.618	46,3	103	33,0	332	1.048	10,1
Geog. e Hist.	54.695	60,4	5.233	1.917	45,4	124	39,5	441	1.076	8,6

FUENTE: CIDE, 1988 (excluidas las facultades minoritarias).

4.1. Tesis «versus» realidad social

Si sintetizadamente hubiera que caracterizar las tesis producidas hasta 1978, tesis que provienen de Cc. Políticas sobre todo y escasamente de la sociología, habría que calificarlas de «utópicas», en la acepción literal del término griego, tesis sin lugar, tesis sin realidad social, como rasgo predominante salvo excepciones. A través de varias vertientes se produce este escapismo, esta especie de «ceguera» hacia la realidad social española, de la que, sin embargo, las tesis y sus autores forman parte y, se supone, son sus investigadores: A) Tesis «retro» o la mirada hacia la Historia, refugiándose en ella. Esta vertiente tiene una curiosa y significativa modalidad: investigar la Historia y sus conflictos políticos sobre todo, como medio de escapar a la prohibición de toda actividad política que imponía el régimen franquista a la sociedad española. En este sentido, uno de los temas estrella lo constituye el estudio de la II República española, sus partidos políticos, sus sindicatos, sus reformas sociales, etc., es decir, estudiar lo que era inexistente durante el franquismo y tal vez añorado o idealizado por el director y/o el doctorando.¹¹ El 24% de las tesis elaboradas en este período son de Historia. B) Tesis que podríamos denominar «de corte diplomático», es decir, tesis que versan sobre los contenidos típicos que constituirían la especialidad profesional de un diplomático de carrera: Derecho Constitucional, Relaciones Internacionales, Teoría del Estado, etc. Temas especializados, pero cosmopolitas, en el sentido de concernir a muchas pero a ninguna realidad social concreta. Suponen estas tesis el 31%. C) Tesis técnicas, eminentemente jurídicas, que quedaban absorbidas en el estudio de los propios engranajes formales del Derecho, en tanto que tal disciplina, sin ningún referente social. Éstas alcanzan un 15,3%. Fuera de estos tres apartados quedaría un 22,8% de tesis propiamente sociológicas.

Evidentemente, la influencia de un régimen político como la dictadura franquista que declaraba sobre el papel: «las clases sociales no existen»,¹² y que había eliminado los partidos políticos, sindicatos, etc., debía dejarse sentir sobre el doctorando a la hora de elegir tema de tesis, y sobre el director al aceptar éste u otro tema. Pero esta sola causa no agota la explicación de unas tesis doctorales tan alejadas de la realidad social en general y, en particular, de la realidad española. Una explicación más compleja de este fenómeno hay que buscarla en los siguientes factores concurrentes: 1.º) La ambigüedad del inicio de las ciencias sociales, muchas veces a caballo entre el Derecho, la Filosofía, la Historia, y no necesariamente interesadas en la observación social. Ambigüedad que permanece mucho más allá de esos comienzos y que provoca que, en muchos casos, sea una cuestión bizantina discutir si una tesis es de Derecho o pertenece a Ciencias Políticas, si es de Filosofía o de Teoría del Estado, etc., etc. 2.º) Los productos de las ciencias sociales, v.gr.: las tesis doctorales, se mueven con el tiempo, sus definiciones son cambiantes,

11 Otros repertorios de tesis estudiados también ponen de manifiesto la II República española como tema sumamente escogido como tesis, ADES: *Catálogo de tesis doctorales del archivo de la Universidad Complutense 1900-1987*, Madrid, 1988.

12 Una extensa recopilación de textos políticos del régimen franquista puede verse en *El cambio cultural en las clases sociales en los últimos treinta años*, Premio del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1973. GARCÍA DE CORTÁZAR, M.ª L.; GARCÍA DE LEÓN, M.ª A., y GARCÍA MARTÍNEZ, J.: Después parcialmente publicado bajo el título *El Régimen del 18 de julio, modelo ideológico*, Akal, Madrid, 1980.

como cambiante ha sido también el oficio de politólogo o el de sociólogo. En suma, la Historia de las ciencias sociales se está haciendo, y parte importante de ella está ocurriendo ante nuestra mirada. El estudioso/a de este tema tendrá que tener en cuenta, debido a lo que se acaba de apuntar, las siguientes cautelas: a) las presiones/poderes sociales que circundan estas ciencias y las definen en un sentido u otro, b) no caer en la actitud etnocéntrica de interpretar los productos de las ciencias sociales según nuestro momento, c) tener presente una idea de la relatividad de lo definido en Ciencias Sociales, tan cambiante como la realidad que lo alberga.

Ahora bien, si las tesis doctorales de ciencias sociales no reflejan la sociedad porque en muchos casos son, por ejemplo, «disputatio filosoficae» (*factor 1* de los citados) o porque no tenían esa «obligación», ya que en los años 50, o 60, eran muy distintas de su perfil actual (*factor 2*, citado) creemos que hay un *tercer factor*, complementario con los anteriores, que explica ese irrealismo más comprensivamente: las ciencias sociales en España han sido típicamente un objeto de «haute culture», cuyo estilo no ha sido, por lo general, el realismo (o, como se dice en términos literarios, el «realismo social»). En tanto que cultura de clase, las ciencias sociales de la época no se plantearon, por lo general, la cotidianidad, ni las condiciones de vida de los jóvenes, de las mujeres, los obreros o los ricos, por ejemplo; por el contrario, manifiestan una cierta «ceguera» en la observación social. A lo largo de 1944-1978 sólo se han realizado una tesis de estructura social, una de cambio, una de familia, una de educación, dos urbanas y cero rurales, por dar algunos ejemplos. Ahora bien, el objeto «par excellence» de las Ciencias Sociales en ese período es el Estado y todo lo que a él concierne: tratados internacionales, conflictos, leyes, etc. Sobre este objeto se realizaron 65 tesis (el 32,2%). La dominancia del análisis político ha sido destacada también como rasgo fundamental de la sociología sudamericana (Smelser, N. J., 1989).

A la falta de incidencia de las tesis doctorales sobre una realidad social concreta, tal vez convendría el diagnóstico weberiano sobre los sociólogos, como intelectuales salidos de las clases dominantes que se refugian en construcciones intelectuales fantásticas. Sin embargo, lo de construcciones intelectuales habría que aminorarlo, dado que la Universidad española de los más oscuros años del franquismo, distaba mucho del rigor y de la altura intelectual propios de la Universidad alemana.

Lo anterior sugiere dos factores más para la interpretación del carácter de las tesis doctorales estudiadas: Un *cuarto factor*: la Facultad de Ciencias Políticas nace en los años cuarenta como un centro para la formación de élites, y el alumnado que recluta es de origen social elevado; son estudios que sólo se pueden estudiar en Madrid, lo cual implica ya una selección; son estudios atípicos y muy raros para la sociedad española de la época, que sólo los «elegidos» saben para qué valen; en ciencias políticas y/o sociología no se da la nitidez o inmediatez de estudios-profesión que se puede dar en los estudios de medicina, ingeniería, etc., que son más accesibles a la percepción común (Saint Martin, M., 1989).¹³

13 El carácter de élite los estudios de Ciencias Políticas lo analiza M. DE SAINT MARTIN, de los cuales los alumnos esperan sobre todo un complemento de «cultura general», mientras que, en contraposición, el alumnado de la Escuela Normal Superior (Sèvres) espera convertirse en profesores o investigadores. «Structure du capital, différentiation selon les sexes et "vocation" intellectuelle», *Sociologie et sociétés*, Vol. XXI, núm. 2, oct. 1989, págs. 9-25.

Probablemente sea debido a ese carácter elitista del centro y a la rareza de esos estudios para los propios españoles, el dato tan notable de que el 25,3% de las tesis doctorales producidas hayan sido hechas por extranjeros que en los años cincuenta llegaron a alcanzar el elevado porcentaje de un 44,6% entre los autores de tesis. Aparte los alumnos que vinieron por algún tratado diplomático y/o relaciones internacionales españolas (Mundo árabe, Sudamérica, Formosa, ...) cabe advertir en general que los extranjeros que venían a España en esas décadas (país que casi no ha recibido inmigrantes hasta la actualidad) tenían un origen social alto. Pues bien, este tipo de extranjero se integró en los productores de tesis. En suma, un alumnado de élite, tanto españoles como extranjeros, interesado y motivado por temas de élite (o de «clase») más que por un análisis detallado de la realidad social.

«Last but not least», el *quinto factor* para interpretar esa especie de irrealismo de las tesis es el nivel de exigencia requerido y la finalidad para la que se hacen. Dudábamos antes que fueran «construcciones intelectuales fantásticas» porque no llegaban, por lo general, a la categoría de construcciones intelectuales: la mayoría de las tesis son ensayos formales, piezas académicas bien construidas, para superar un trámite, es decir, el ritual que es el propio acto de lectura de tesis. En las décadas que tratamos, en España prácticamente todo lo que tuviera que ver con investigación no dejaba de ser un nombre vacío de contenido. El ensayo era el producto típico de tesis, de él nos ocuparemos más adelante (véase el epígrafe 4.). Por otro lado, también parece que el «ensayismo» ha caracterizado a la producción sociológica en general (Pinilla de las Heras, E., 1988).

En esa asintonía que estamos analizando, de las tesis con la realidad, hay que destacar este sesgo importante: la sociología y ciencia política producidas por las tesis no concuerdan con la descripción de la realidad sociológica de los 60, 70, caracterizada por bastantes autores como «oposición democrática crítica» al franquismo (Giner, S., 1977). La literatura sociológica de las tesis no parece reflejar ese aire marxista, esa efervescencia de cultura de izquierdas y esa agitación social que se vivieron durante aquellos años en la Facultad de Cc. Políticas y Sociología, probablemente la Facultad más politizada. Por último, también se observa una disonancia entre tesis y literatura sociológica general (libros y revistas) en el sentido ya apuntado de irrealismo o no contaminación de las primeras por la realidad social circundante; por el contrario, la literatura sociológica sí refleja los temas que estaban en el ambiente, los temas propios de su tiempo. Los cinco factores explicitados arriba ofrecen vías para comprender y profundizar el estudio de esa disparidad entre tesis y realidad, y también explican el por qué de un cierto conservadurismo de las mismas o su acuerdo con el «status quo».

¿Qué cambios se advierten en las tesis después de 1978 y ya entrados en la década de los ochenta? ¿Qué nuevos rasgos introduce la sociología en la producción de tesis doctorales, una vez que sus departamentos se han consolidado y la producción de tesis sociológicas comienza a ser incluso superior a la de Ciencias Políticas, y no algo residual en el marco de esas ciencias? Con las subsiguientes matizaciones, puede observarse que la línea temática no cambia en gran medida, ni se transforma el fenómeno que hemos descrito como tesis «versus» realidad. El rasgo más notable es la caída de las tesis de Derecho y/o de tema jurídico, que prácticamente desaparecen, y las de Historia. Se mantie-

ne la focalización de tesis sobre el Estado y sus aparatos, que suponen un 30% del global de las tesis revisadas después de 1978. Teoría sociológica, sociología de la cultura y antropología son nuevas áreas que reflejan una cierta pujanza. Llama la atención en las tesis de Cc. Políticas el escaso estudio de temáticas concretas (cuadro 3), como son el análisis de instituciones políticas específicas (5904, código de la UNESCO) o de sistemas políticos determinados (5907), siendo dominantes las tesis sobre ideologías políticas y sobre relaciones internacionales.

En las tesis de sociología, llama poderosamente la atención que temas relevantes para la sociedad española, auténticos problemas sociales —como, por ejemplo, el paro— no han sido apenas contemplados por la mirada sociológica de los doctorandos y/o sus directores. Asimismo, es un dato muy notable que una sociedad como la española, con uno de los procesos de cambio social más fuerte de Europa, no haya sido investigada más, en relación al cambio social por sus doctores (ver cuadro 3, realizado con los códigos de la Unesco para facilitar comparaciones internacionales y cuadro 4, de tesis de sociología por especialidades). Este rasgo recorre casi toda la producción sociológica de tesis, v.gr.: tampoco fue estudiado, salvo excepciones, un fenómeno tan crucial para la sociedad española como fue la emigración, tanto del campo a la ciudad, como al extranjero, donde llegó a haber más de siete millones de españoles.

Más allá de coyunturas políticas y sociales concretas, creemos que los cinco factores explicativos examinados, especialmente la consideración de las tesis como típicos productos de la cultura culta y su consideración de «trámite» y no como trabajo de investigación que debe aportar nuevos datos, son decisivos del escaso acercamiento de las tesis doctorales a la realidad española y su bajo interés por el diagnóstico social de los conflictos que la aquejan. Tal pareciera, salvando las distancias cronológicas, que en las tesis reina un tanto el espíritu que G. Brenan describe en la Universidad de Salamanca de 1773; en ella, desconociendo toda empiria, se debatía hasta fechas tardías «qué lenguaje hablaban los ángeles y si el cielo estaba hecho de metal de campanas o de una mezcla de vino y agua».¹⁴

Las tesis doctorales como productos cultos se desenvuelven, como tendencia, fuera de los derroteros de la realidad y de otros parámetros. Así, es significativo que las tesis doctorales no guardan relación alguna con la especialidad que cursan los alumnos en la Facultad, v.gr.: la especialidad «Ecología y Población» que, en 1983, aglutinaba al 27% del alumnado, y la de «sociología industrial», el 14%, y, sin embargo, son casi nulas las tesis en esos campos.

14 Las tesis doctorales como productos de la cultura culta están más allá de los parámetros de la realidad. Un buen ejemplo, paralelo, lo ofrece el «cine de autor», también producto culto por excelencia. Hasta tal punto había ignorado y/o filtrado ese cine la realidad social española que (la anécdota la proporciona P. ALMODÓVAR) en un ciclo cultural español en Japón el público preguntó al director que si en España todavía no habían aparecido las grandes ciudades. GARCÍA DE LEÓN, M.^a A., y MALDONADO, T.: *Pedro Almodóvar, la otra España cañí. Sociología y crítica cinematográficas*, BAM, 1989, 2.^a edic. (Tampoco en las tesis doctorales aparecen casi las ciudades y/o el factor urbano).

CUADRO 3
 TESIS DOCTORALES CLASIFICADAS
 SEGÚN CÓDIGOS DE MATERIAS DE LA UNESCO

MATERIA	Código UNESCO	1985	1986	1987	1988	TOTAL
Antropología Social	5103	1	1	1	3	6
Demografía	52					3
Fertilidad	5201				1	1
Demográfica histórica	5204		1			1
Tamaño población y evolución d.	5207			1		1
Ciencias Económicas	53					1
Otras Ciencias Económicas	5399			1		1
Historia	55					1
Hist. especializadas	5506			1		1
Derecho y Ciencias Jurídicas	56					3
Derecho Internacional	5603		1			1
Derecho Nacional y Legislación	5605	2				2
Ciencias Políticas	59					36
Relaciones Internacionales	5901	2	2	1	4	9
Políticas Sectoriales	5902	3		1	1	5
Ideologías Políticas	5903		2	2	3	7
Vida Política	5905		1	1		2
Sociología Política	5906	3	3			6
Teoría Política	5908			1		2
Administración Pública	5909			1		2
O.E. de las Ciencias Políticas	5999	3	2			5
Psicología	61					4
Psicología Social	6114	2	1		1	4
Sociología	63					26
Sociología Cultural	6301	1	1	1		3
Sociología General	6303		2	1	2	5
Conflictos Internacionales	6304				1	1
Sociología del Trabajo	6306	1				1
Cambio Social y Desarrollo	6307	1			1	2
Comunicaciones Sociales	6308		2			2
Problemas y Conflictos Sociales	6310			3		3
Soc.de Asentamientos Humanos	6311			2		2
O.E. Ciencias Sociológicas	6399			4	3	7
TOTAL		19	19	22	20	80

Fuente: *Resumen de tesis doctorales*, Universidad Complutense de Madrid.
 Elaboración propia.

CUADRO 4

ESPECIALIDADES O ÁREAS A LAS QUE PERTENECEN
LAS TESIS DOCTORALES (1944-1988)

Sociología Política	8	4,6	3
Antropología	18	40,4	8
Teoría Sociológica	16	9,2	1
Sociología de la Cultura	12	6,9	5
Sociología de la Organización	9	5,2	2
Sociología del Trabajo	8	4,6	2
Sociología de la Religión	7	4,0	0
Sociología Jurídica	0	0,0	0
Sociología de la Mujer	8	4,6	6
Sociología de la Educación	10	5,8	4
Administración	2	1,2	1
Cambio Social	7	4,0	1
Psicología Social	8	4,6	1
Sociología del Ocio	6	3,5	2
Nacionalismo	2	1,2	1
Sociología Electoral	2	1,2	0
Emigración	4	2,3	1
Sociología Urbana	6	3,5	2
Sociología Económica	5	2,9	0
Sociología de la Juventud	5	2,9	1
Población	4	2,3	2
Sociología Metodológica	4	2,3	0
Marginación	4	2,3	1
Estructura Social	3	1,7	0
Sociología de Asistencia y Servicios Sociales	2	1,2	0
Sociología de la Familia	3	1,7	1
Sociología Militar	1	0,6	0
Sociología de las Profesiones	3	1,7	0
Sociología Rural	1	0,6	0
Sociología del Lenguaje	2	1,2	1
Sociología de la Vejez	1	0,6	0
Sociología Comparada	0	0,0	0
Sociología del Conocimiento	1	0,6	1
Futuro	0	0,0	0
Sociología de la Salud	1	0,6	1
Sociología de la Sociología	0	0,0	0
Ecología	0	0,0	0
Total tesis sociológicas	48	173	48

4.2. Orientación y metodología de las tesis doctorales

En 1979, J. de Miguel y M. G. Moyer hacían un balance del recorrido de la sociología española: «The forties were the years of stagnation for sociology; during the fifties, general theory and abstract sociology predominated; in the sixties concrete empirical studies and structural functionalism grew, but without developing the theoretical aspects or teaching methods relevant to either; and Spanish sociology in the seventies was characterized by the criticism of functionalism, the growth of a Marxist sociology, and the progressive specialization of the profession. What is left for the eighties?». ¹⁵

Si se aplica este esquema a la producción académica que hemos analizado, se observa que el desarrollo de la Sociología en la Facultad madrileña no se ajusta a este modelo y que, en cierto modo, va por detrás de la producción que se hace extramuros de la Universidad (en organismos oficiales, en el extranjero, en escuelas críticas). Resalta la pobreza investigadora de estos trabajos y el escaso debate sustantivo en el que parecen encuadrarse, como luego explicaremos. En cualquier caso, los resultados estadísticos de las variables «tipo de estudio», «orientación» y «metodología» (ver listado de variables y categorías) ponen de manifiesto el tardío desarrollo de la disciplina en las tesis doctorales y la escasa penetración de las metodologías propiamente sociológicas en estas investigaciones. Como veremos, la lógica interna de la producción de tesis, analizada en el epígrafe anterior, domina su estilo y orientación, sin dejar penetrar demasiado la influencia del ambiente intelectual general.

Siguiendo con el análisis propuesto por los autores citados «supra», se observa que, a lo largo de las cuatro décadas analizadas, la mayoría de estos trabajos son «ensayos», es decir, bien estudios de corte histórico o bien especulaciones o recapitulaciones sobre diversos objetos teóricos o empíricos, fundamentalmente sobre datos secundarios o documentación bibliográfica. En los años cuarenta constituyen el 100% de las tesis presentadas, el 89% en los años 50, el 84% en los 60 y aún el 72% y el 59% en los años 70 y 80, respectivamente. A pesar de la tendencia ensayística de la mayoría de las tesis, la investigación epistemológica ocupa un pequeño lugar: uno de cada cuatro estudios son teóricos desde 1978, frente a uno de cada tres en el período preinstitucional, bien sobre la obra de autores, o bien son reflexiones sobre conceptos o sistemas de pensamiento. Sin embargo, apenas aparecen tesis sobre autores actuales, lo que sería un indicativo de la conexión con teorías y debates candentes: no existen en el período preinstitucional y suponen un 0,9 del total en la etapa moderna.

Sólo se puede hablar de una presencia importante de investigaciones empíricas típicamente sociológicas en los años 80, en los que estas investigaciones suponen el 44% del total de las tesis (en los 70 aún representan apenas el 19%). Llama la atención la «elevada» proporción de los estudios cualitativos, que dobla el porcentaje de las investigaciones cuantitativas en los años 70 (12/6) y lo triplica en los años 80 (28/9). Este fenómeno contrasta con las tendencias dominantes en la sociología española que conoce grandes estudios de encuestas y estadísticas (FOESSA en los 70 y los estudios del CIS en los años 80, por ejemplo) e invierte también las tendencias internacionales que priman los

15 Vid. «Sociology in Spain», en *Current Sociology*, vol. 27, núm. 1, 1979.

estudios cuantitativos (Grant *et al.*, 1987). A nuestro juicio, esto puede explicarse por diversas razones. En primer lugar, por la aparente mayor facilidad de un estudio de casos para el doctorando, que puede carecer de recursos (y de formación) para llevar a cabo una encuesta y que no parece habituado a fundamentar su trabajo en estadísticas. En segundo lugar, hay que destacar la elevada proporción entre los estudios cualitativos de los trabajos de campo antropológicos, disciplina que está ligada institucionalmente a la Sociología en España, a diferencia de otros países.

Como es sabido, desde los años 50 la Universidad se convierte en uno de los principales centros de la oposición al régimen franquista y algunas facultades como la de Ciencias Políticas y Económicas primero y Ciencias Políticas y Sociología después, son núcleos donde se desarrollan ideas intelectuales y políticas de izquierda. Los años 70, especialmente, conocen una proliferación de publicaciones y estudios de corte marxista, como señalan de Miguel y Moyer.

Pero este ambiente intelectual apenas se refleja en el contenido de las tesis doctorales. Observando la categoría «orientación/Escuela» de las tesis, se advierte que apenas un 2% están dedicadas en los años 70 y 80 al estudio del marxismo como teoría o a la aplicación de alguno de sus conceptos o esquemas teóricos a algún tema concreto. Esto puede sorprender en un primer momento pero es, hasta cierto punto, lógico dado el perfil sociopolítico tradicional de los directores de tesis en los años 60 y 70, y el carácter más ritual y académico que de investigación del ejercicio de la tesis. Parece como si los directores hubieran actuado como un filtro en las orientaciones teóricas y los doctorandos se hubieran autolimitado a estilos y temas poco conflictivos, sin proponerse traducir a investigación sociológica ciertos problemas sociales de España.

Esta característica aparece más claramente si comparamos la producción de tesinas, que comienzan a ser leídas en 1978. En ellas la temática es más variada, y las posiciones teóricas más «radicales» figuran en un porcentaje más elevado (16%). Ello, sin duda, porque la presión académica sobre estos trabajos es menor, no sólo por la inferior trascendencia profesional que tienen las memorias de licenciatura, sino también porque los directores están más diversificados, detectándose incluso la presencia de «simples» profesores titulares entre ellos (Bermejo, C., 1986).

Estos resultados junto con el perfil ensayístico, algo etéreo y poco comprometido, que se desprende de los datos anteriormente comentados, nos llevan a la conclusión, una vez más, de que las tesis doctorales han sido, al menos hasta hace poco, unas investigaciones relativamente alejadas de las reglas metodológicas estrictas de la producción sociológica y del ambiente intelectual (del «air du temps» sociológico).

4.3. Ámbito geográfico y temporal de las tesis doctorales.

Con el objetivo de analizar las tesis desde todos los ángulos posibles, se ha considerado también la dimensión espacial y temporal de estos estudios. En los que se refiere al primero, queríamos testar el grado de «etnocentrismo» en cuanto al tema elegido. A primera vista puede parecer que éste es muy bajo, ya que el 27,4 de las tesis tienen por objeto otros países y casi un 12% un ámbito internacional. «Sólo» el 41% estarían dedicadas a nuestro país. Sin embargo, hay que tener en cuenta que una gran parte de las pri-

meras y de las segundas están elaboradas por estudiantes extranjeros (el 41 y el 59%, respectivamente) que sí manifiestan un claro etnocentrismo al elegir así sistemáticamente su país como «su tema».

Si distinguimos los dos períodos considerados, preinstitucional y moderno, parece que los estudios de ámbito nacional se han mantenido constantes a lo largo del tiempo (sólo han descendido de un 30 a un 26%), mientras que ha aumentado el interés por los estudios locales (que han pasado de representar el 2% al 12% de las tesis) y por los estudios de ámbito autonómico (que han doblado su proporción del 3 al 7,6%). Estos últimos no tienen gran importancia, debido en parte a la localización geográfica de la Facultad cuya producción ha sido analizada (Madrid).

Ya se dijo al principio que uno de nuestros objetivos era detectar la vinculación de los temas investigados en las tesis doctorales con los problemas de nuestro país y/o con las tendencias de la comunidad científica internacional. El ámbito espacial no nos parecía suficiente para calibrar esta conexión, de ahí que se haya clasificado si el tema estudiado correspondía a una problemática específica o relacionada con nuestro país, en varios períodos considerados (Histórico, Franquismo, Transición, Democracia Consolidada) o a otro país.¹⁶

El cuadro 5 muestra los resultados de estas variables para el global de las tesis en los dos períodos considerados. En él puede observarse que el régimen franquista no ha atraído mucho la atención de los doctorandos durante su apogeo, y aún mucho menos después de su terminación. Las escasas tesis dedicadas a este período se han centrado, por una parte, en temas relativos al sistema político y a sus relaciones con otros países y potencias y, en lo que se refiere a procesos sociales, a la emigración, el desarrollo económico, el crecimiento demográfico y las transformaciones industriales y agrarias de los años 60.

CUADRO 5
PROBLEMÁTICA A LA QUE SE REFIEREN LAS TESIS
DOCTORALES EN LOS DOS PERÍODOS
CONSIDERADOS (PORCENTAJES).
TOTAL = 427 TESIS

PROBLEMÁTICA	Período Preinstitucional (1944-1977)	Período Moderno (1978-)
Tema Histórico	20,3	15,6
Régimen Franquista	21,8	1,8
Transición Política	5,5	6,7
Democracia Consolidación	-	35,1
Otro País	27,2	20,0
Tema Abstracto	19,3	19,1

¹⁶ La conexión con un problema español no tiene por qué coincidir exactamente con un ámbito nacional. Valgan dos ejemplos: en los años 50, en pleno auge los problemas del reconocimiento internacional del régimen franquista, una tesis acerca de la ONU puede considerarse relevante para la problemática de esta etapa. En la actualidad, las tesis sobre las experiencias y los partidos socialistas de otros países europeos pueden considerarse conectadas con la problemática de la democracia española ya consolidada.

Pero este relativo vacío es más acusado en el caso de una etapa tan relevante como lo ha sido la Transición Política, que no merece más de un 6% de las tesis elaboradas después de 1978. La pobreza investigadora sobre este tema nos parece aún más significativa, teniendo en cuenta que la experiencia de esta transición y su teorización por parte de diversos estudiosos españoles ha supuesto una aportación al campo de la Sociología Política Internacional y se ha constituido en un modelo a aplicar al estudio de otras sociedades (Giner, S., y Moreno, L., 1989). Si analizamos qué sociólogos han elaborado diferentes estudios sobre este objeto, encontraremos que son un núcleo pequeño de profesionales, en gran parte los que hemos calificado de «fundadores» de la Sociología española. Grupo de alta productividad que concentra los estudios sobre temas claves y que está muy bien integrado en la Comunidad Internacional. Esta «acumulación» investigadora en torno a este grupo se explica en parte por lo reducido de la comunidad sociológica española hasta escasas fechas, por la elevada calidad de estos profesionales, pero también porque la lógica de la «ventaja acumulativa», es decir, la tendencia a la concentración de recursos y de cauces de publicación también funciona en la Sociología española (Allison *et al.*, 1982).

Dentro de la etapa actual, de democracia consolidada, se han investigado una amplia gama de temas: los nacionalismos y la evolución del socialismo, las relaciones industriales, el mercado de trabajo, la secularización de la sociedad española, la incorporación de la mujer, la delincuencia y la droga, así como los procesos de adaptación y equiparación a Europa. Pero como la dispersión por el momento es muy grande, todavía no pueden señalarse líneas de estudio determinadas.

En definitiva, parece que las tesis oscilan entre la historia más alejada y los temas de la actualidad más inmediata, dejando una serie de franjas temporales recientes (v.gr.: franquismo, transición) en las tinieblas del desconocimiento o de las generalizaciones comunes.

4.4. Masculino/Femenino, dos estilos diferentes de tesis

Hasta bien entrada la década de los años sesenta, la presencia de mujeres en la Universidad española es casi simbólica y muy desigual en relación a los efectivos masculinos en dicha institución: las mujeres suponen un 19% (en valores absolutos, 11.932) en el período 1956-60, y son 34.677 (30%) en el curso 1967-68, dentro del total del alumnado universitario, alcanzándose el 50% de participación femenina en el curso 1986-87.

Tal presencia minoritaria de las mujeres en la Universidad, lógicamente afecta a su menor participación en el nivel de doctorado, ya de por sí restrictivo para todo el alumnado. Sólo en la década de los 70 se puede hablar de tesis doctorales realizadas por mujeres (el 23,5% del total de tesis en esa década, y el 27,4%, en los ochenta) siendo casi anecdóticos los datos anteriores a dichas décadas (Cuadro 1, página 59).

La producción de tesis por parte de las mujeres es menor que la de los hombres, no sólo porque históricamente haya habido menos mujeres en la Universidad, sino porque la antesala a la carrera docente que puede significar la realización de la tesis aún está lejos del horizonte escolar y social de las mujeres (Cuadro 2, página 60). En general, el mundo intelectual aún es extraño al modelo cultural femenino en el que se han socializado las mujeres y, por el contrario, próximo y ventajoso para el modelo cultural masculino. in-

cluso en ámbitos donde la presencia de las mujeres está consolidada hace ya tiempo, por ejemplo en las licenciaturas de letras y de Cc. Sociales, las actividades cualificadas como organizar congresos, presentar ponencias, dar conferencias ..., se observa que están monopolizadas por los hombres.

Estamos indicando dos factores para la interpretación de la actividad intelectual de las mujeres en general (v.gr.: la realización de tesis), por un lado, la vigencia de modelos culturales diferenciales para sexo, por otro, el fenómeno del poder masculino en la Academia. Ambos factores provocan estos resultados: A) Una menor actividad investigadora por parte de las mujeres (González Blasco, P., 1980). B) Una obstaculización masculina al ejercicio de actividades muy cualificadas por parte de las mujeres. Obstaculización no deliberada, en la mayoría de las ocasiones y que discurre por los mecanismos inconscientes que subyacen al modelo cultural masculino (alentar más, a través de muy diversas actitudes, al alumnado masculino que al femenino, cooptar para actividades científicas prestigiosas a colegas masculinos y postergar a las mujeres...). En este contexto, también se da el fenómeno de la autolimitación femenina, más por *realismo*, midiendo sus desventajosas condiciones, que por «falta de ambición» como suele aducir una interpretación psicologista de los datos. C) Una producción intelectual diferente que autoriza a hablar de un estilo propio de las mujeres al investigar, al realizar sus tesis, al escoger sus temas... Estilo que no es una opción deliberada, sino que es forzado en el contexto de los factores que se acaban de apuntar; estilo que no es una «naturaleza» y que, probablemente, veremos alterarse con el transcurso del tiempo y a medida que las mujeres vayan igualando su posición profesional con los varones.

Dorothy Smith ha observado lo siguiente para el caso de la sociología y el desenvolvimiento en ella de las mujeres, a efectos de construir una perspectiva crítica: «la primera dificultad es la de cómo esta disciplina es pensada —sus métodos, esquemas conceptuales y teorías— habiendo estado basada y construida en un universo social masculino (incluso cuando las mujeres han participado en hacerla). Una segunda dificultad es la existencia de dos mundos y dos bases de conocimiento y de experiencia que no están en igualdad» (Smith, D. E., 1974). Muchas otras autoras coinciden en señalar estas dos perspectivas y modos de hacer la sociología según el sexo: Juteau-Lee analiza las «visions partiales, visions (des) minoritaires en sociologie» (1981), Grant, L., y Ward, K. analizan cómo las mujeres se orientan más que los hombres hacia métodos cualitativos, García de León, M.^a A., y de la Fuente, G., describen el modo dominante masculino de hacer sociología (1989), D. Smith habla de «Male-stream theory» (1987), Loehle, C. (1987), indica los obstáculos de las mujeres investigadoras para obtener «grants», etc., etc.

Lo que se ha advertido por diversas autoras como características de la producción sociológica diferencial de hombres y mujeres, también se ha observado en el caso de las tesis doctorales analizadas: las mujeres realizan tesis sobre objetos concretos, claramente delimitados, prevaleciendo los métodos cualitativos de investigación, y marginan, por lo general, en su elección de objeto a investigar, aspectos ideológicos, jurídicos o políticos. Las áreas o especialidades en que se desenvuelven preferentemente las tesis realizadas por mujeres son: Antropología, donde han realizado la mitad de las tesis de este área, igual es el caso de sociología de la cultura y sociología de la educación, siendo mayoritarias en sociología de la mujer (cuadro 4). Se inclinan más hacia la Sociología que ha-

cia la ciencia política; abordan más, como objeto, colectivos de la sociedad civil que temas en relación al Estado y/o sus aparatos; tratan en menor medida que los hombres temas relativos a otros países y temas internacionales. Las mujeres que han realizado sus tesis en el área de la Ciencia Política, eligen sobre todo temas históricos. Si tuviéramos que sintetizar en un solo término el rasgo que definiría las tesis doctorales realizadas por mujeres, éste sería el de *concreción*.

Otro dato importante: no se advierte en las tesis producidas por mujeres la divergencia que se ha subrayado en otros epígrafes, entre literatura sociológica general y las tesis, en el sentido de un alejamiento de éstas de la realidad social española y sus problemas, y no contaminación por el clima intelectual que sí reflejaba la literatura sociológica. Ello se debe a las características que hemos descrito como propias de las tesis de mujeres. También es importante apuntar y preguntarse si la condición de «outsiders» de las mujeres en la Academia y en el mundo intelectual en general, no les permite un mayor grado de libertad en la elección del objeto, una menor autocensura y una mayor diversidad de intereses al no tener éstas interiorizados ni fijados rígidamente los códigos y temas propios de la cultura académica que tradicionalmente ha sido masculina.

4.5. La dirección de tesis

No se puede interpretar adecuadamente este importante paso que es la dirección de tesis de cara a socializar al futuro aprendiz de sociólogo-profesor, sin tener en cuenta estos datos del contexto académico español, antes de 1983, fecha de la Ley de Reforma Universitaria: 1.º) Lo que se ha llamado «catedraticocentrismo», es decir, el giro absoluto de toda actividad universitaria de relieve en torno a la figura del catedrático, máxima jerarquía docente. 2.º) La existencia precaria del resto del profesorado (dada su condición provisional basada en contratos renovables año a año) que lo situaba, dicho metafóricamente, como corte del catedrático y/o pálidas sombras para hacer las tareas más rutinarias y sin brillo: impartir clases en una universidad masificada y degradada como centro docente. 3.º) La precariedad de nuestra comunidad científica era causa, entre otras muchas cosas, de que la elección del director de tesis se hiciera buscando el poder académico (el del catedrático) y no tanto el interés intelectual, en muchos casos inexistente tanto por parte del director como del dirigido, en un contexto en que hablar de investigación era una mera apariencia.¹⁷ Hablamos en pasado, pero ciertos rasgos descritos continúan en la actualidad.

¿Qué significaba dirigir una tesis doctoral para el catedrático? ¿Cumplir con una obligación administrativa como gestor de un Departamento, convocar el tribunal, etc.? ¿Ganar un futuro colaborador que le descargara de tareas enojosas? ¿Ganar influencia

17 Con la Ley de Reforma Universitaria (1983) se ha constituido un cuerpo de profesores, los Profesores Titulares de Universidad, que tienen igual capacidad de docencia e investigación que el catedrático y están en la actualidad dirigiendo bastantes tesis doctorales. También ha habido una cierta apertura a otros profesores de actividades, antes concentradas en los catedráticos o agregados, v. gr.: un profesor ayudante, que sea doctor, puede impartir, en la actualidad, un curso de doctorado, cosa impensable hace unos años.

social en general? Todo ese entramado de intereses subyacía, en general, a la dirección de tesis, propio de una Universidad que no investigaba y cuyas tesis, en la mayoría de los casos, eran firmadas por el director (compromiso de poder académico) pero no dirigidas (ausencia de relación intelectual). Por otro lado, la Universidad no imponía al catedrático la obligación de investigar, ni le daba medios para ello y, por el contrario, le sobrecargaba de actividades meramente burocráticas al cargo de un Departamento. A ese clima institucional, hay que añadir que el catedrático podía compatibilizar su actividad universitaria con otra serie de actividades extraacadémicas (consulta médica, bufete, ...) a las que su condición de catedrático daba más brillo y prestigio social.¹⁸ Ahora bien, la política ha sido la actividad «par excellence» a la que realmente han sido proclives los catedráticos españoles hasta tal punto de haberse llegado a hablar de una «profesocracia» como sinónimo de Gobierno.¹⁹ En la actualidad, es la única actividad que es compatible con la Universidad. Podría considerarse el siguiente efecto de círculo vicioso en el profesorado universitario español: la debilidad de comunidad científica le hace alejarse de la Universidad, y ese continuado alejamiento (casi estructural) hace que difícilmente se llegue a consolidar una comunidad científica. Si tratamos específicamente el caso de los sociólogos, podríamos, sin duda, indicar que su gran tentación ha sido y es la actividad política; como es sabido, actividad sumamente absorbente y que inevitablemente ha actuado en detrimento de la actividad científica y en perjuicio del desarrollo de su correlativa comunidad. Hasta tal punto es intensa esta implicación en la política por parte de estos profesionales que se podría decir «el político o el sociólogo», rememorando un tanto alterado el famoso título de Weber.²⁰

El citado cúmulo y diversidad de intereses en torno a la figura del catedrático (y del sociólogo), pueden ser un indicativo de que el tiempo dedicado a la dirección de tesis necesariamente debía ser escaso y ésta considerada como una actividad menor. ¿Qué significaba para el licenciado hacer la tesis? En una universidad sin medios ni ambiente de investigación, hay que indicar que se trataba, salvo notables excepciones, de realizar un ejercicio académico brillante, que le abriera las puertas hacia el profesorado; por otro lado, hay que advertir que hasta fechas recientes no se ha exigido tener la tesis realizada para poder estar en ciertas categorías docentes universitarias. Todos estos datos indican que si bien la tesis doctoral siempre ha sido un elemento importante de la socialización académica del futuro profesor, sin embargo, sólo en fechas recientes ha sido considerada como un producto imprescindible de la investigación científica.

En los datos recogidos se observa una gran concentración de tesis doctorales alrededor de unos pocos catedráticos. Otro dato notable en la práctica ausencia de otras cate-

18 Importante es la observación etnográfica que A. NIETO efectúa sobre la figura del catedrático español, e imprescindible para quien quiera conocer los mecanismos ocultos de poder, por otro lado «vox populi», que dominan la Academia española. Las observaciones de A. NIETO son privilegiadas, dada su propia condición de catedrático y de presidente del Colegio Superior de Investigaciones Científicas. A. NIETO, *La tribu universitaria*, Tecnos, Madrid, 1984.

19 Sobre la intensa actividad política que caracteriza al profesorado español: A. NIETO, *ibidem*; M.^a A. GARCÍA DE LEÓN: «Discriminated elites (Spanish Women in the political field)», «De la Universidad al español», Suplemento de Educación de *El País*, 17-III-1987.

20 La obra aludida de MAX WEBER es *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid.

gorías de profesores en la dirección de tesis. En la etapa de 1948-74 hay un total de 150 tesis y un colectivo de 40 directores, lo que significa una media de 3,75 tesis/director. En la etapa 1974-84, es decir, antes de la Ley de Reforma Universitaria, el número de tesis suma un total de 197 y hay un colectivo de 58 directores, de los cuales 36 corresponden a Cc. Políticas y 22 a Sociología. La relación tesis/director es de 3,39 tesis, teniendo la sección de Cc. Políticas una media de 2,86, siendo la media de Sociología más elevada: 4,27 (Bermejo, C., 1987). En síntesis, a lo largo de los cuarenta y cuatro años observados, quince catedráticos concentran la dirección del 56,7% del total de tesis doctorales. En la actualidad se observa una cierta tendencia a la diversificación de la dirección de tesis. Confirmando ésto, se advierte que la categoría «otros» se expande: de tener sólo un director en la década de los años 40, pasa a 16 directores en los cincuenta, 30 en los setenta y 83 directores en la actualidad.

**DIRECTORES DE TESIS DOCTORALES
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIOLOGÍA DE LA U.C.M. 1944-1988**

Directores	Tesis	%
Del Campo	33	7,7
Sosa	26	6,1
Pérez Botija	21	4,9
L. Cepero	17	4,0
Truyol	17	4,0
Ollero	17	4,0
Morodo	15	3,5
G. Seara	14	3,3
Moya	14	3,3
Maravall, J. A.	13	3,0
Lisón	12	2,8
M. Cuadrado	12	2,8
Díez del Corral	11	2,6
Beneyto	10	2,3
Martín López	10	2,3
Otros	185	43,3

Nota: Sólo se han especificado los nombres de directores con 10, o más, tesis dirigidas.

Aparentemente en contradicción con la ya mencionada concentración de dirección de tesis, se observa una cierta dispersión temática. Parece como si el director no dejara su impronta sobre las tesis, no hubiera líneas claras de investigación. La elección del objeto a investigar en la tesis parece elegido discontinuamente y/o propuesto por el propio doctorando o ceñido a sus circunstancias personales. En general, no se ad-

vierte la existencia de Escuelas sociológicas que impongan sus temas y estilos de investigación.

Un ejemplo muy notable del acoplamiento tesis/doctorando es el del importante caso de los estudiantes extranjeros que suponen el 25,3% del total de autores de tesis. Este colectivo característicamente centra su tesis sobre un tema de su país (generalmente de índole política), en más de un 64% de los casos estudiados, y un 20% en un aspecto de relaciones internacionales. No se advierte una influencia clara del director sobre el tema, ni un acercamiento al estudio de la sociedad española o de su sociología, como se advierte en el caso de países con centros notables de investigación.²¹ Probablemente estos datos sean un indicador más de la débil comunidad científica española y de su condición de «país periférico» en relación a las Ciencias Sociales (y en muchos otros aspectos) que no impone pautas al investigador, al contrario de lo que es característico en los países «centro», es decir, países dominantes científicamente (Stolte-Heiskanen, V., 1987). En una encuesta realizada entre los alumnos de doctorado (1988-89 y 1989-90) se advierte que ellos, como los extranjeros citados, también llevan, mayoritariamente, «su tema» al director; éste es un síntoma más de no encontrar líneas de investigación o temáticas consolidadas, a las que incorporarse o adherirse. Pero, en general, cabe advertir que la elección de un tema de investigación es un proceso complejo en que intervienen múltiples factores (Busch, L. *et al.*, 1983).

No se puede disociar sujeto y objeto, en nuestro caso, director de tesis y tesis. De este modo, la dirección de tesis debe entenderse dentro de la historia de esa Facultad y en general, en la dinámica que originó el campo de las ciencias sociales en España. Citando a Bourdieu, «mutatis mutandi»: «La verdad del profesor de la Sorbona reside en toda la historia de la Sorbona, a lo largo de la cual se ha constituido la situación presente de ésta en el espacio universitario» (Bourdieu, P., 1984).

5. CONCLUSIONES

1. Las Tesis Doctorales, productos intelectuales con una lógica propia

La sociología española es un ejemplo de ciencia social con una posición periférica en la Comunidad Internacional, es decir, desarrollada sobre todo a través de influencias exógenas. Ahora bien, las Tesis Doctorales por ser productos inmersos en pleno corazón de la Academia, tienen una lógica propia, que las aísla relativamente de esas influencias externas. Esta es la divergencia observada entre tesis y literatura sociológica en general.

21 Por poner un ejemplo: dos sociólogos españoles han realizado sus tesis doctorales sobre un actor actual francés, PIERRE BOURDIEU, pero no se conoce el caso opuesto: extranjero que haga su tesis sobre un sociólogo español actual. Los españoles son J. SÁNCHEZ HORCAJO (publicada en las monografías del CIS, núm. 23) y J. MASCARÓ.

2. Observando los límites del conocimiento social

Los contenidos de las Tesis y sus lagunas (y posiblemente éstas son más significativas y elocuentes que los primeros) nos permiten penetrar en los mecanismos de producción del conocimiento social y avanzar en el intento de hacer una Sociología de la Sociología en España.

3. La distancia entre Tesis y realidad social

Este es el rasgo principal observado. Un ejemplo notable sería el de los doctorandos de los años 60 y 70, implicados, por lo general, en una intensa conflictividad política, la cual queda como temática «filter out» de las Tesis. Más allá de este caso, muchos temas claves quedan fuera del trabajo académico.

El distanciamiento de la realidad se produce también en el caso de los Directores de las Tesis, que compatibilizaban en muchos casos, Universidad y trabajo en Organismos Públicos, «consultings», asesorías..., donde abordaban temas muy concretos (urbanismo, empleo, educación...) que sin embargo, también eran «filter out» como tendencia de las Tesis que dirigían.

4. Las Tesis en el contexto de una Universidad con escasa investigación

Las Tesis estudiadas son productos de escasa entidad desde el punto de vista de la investigación: abundancia del ensayismo, baja penetración de las metodologías propiamente sociológicas, preeminente uso de datos secundarios y poca aportación de datos originales... En una Universidad con débiles recursos personales y financieros y con un bajo control sobre los objetivos de la investigación, la *lógica académica* acaba imponiéndose y prevaleciendo sobre la lógica del trabajo científico.

5. Necesidad de estudios monográficos

Los análisis que los sociólogos han realizado sobre la sociología española adolecen de un cierto generalismo. Son revisiones históricas a modo de balance, que no profundizan ni inciden sobre aspectos sustantivos. La investigación concreta que hemos llevado a cabo sobre las Tesis Doctorales pone de manifiesto la necesidad de proseguir con estudios entre los que destacaríamos: el tratamiento singularizado de cada etapa histórica de la sociología española, el estudio de la socialización académica del doctorando, el análisis de los procesos que están en la base de la dirección de tesis, la observación de colectivos concretos como son el destacado caso de los doctorandos extranjeros y el modo específico de hacer sociología que reflejan las Tesis Doctorales de las mujeres. Otra vía importante de investigación la constituiría el contraste de la muestra estudiada con la producción universitaria en otras Facultades y Departamentos de Sociología del Estado español.

BIBLIOGRAFÍA

A) General

- ALLISON, P. D.; KRAUZE, T. D., y SCOTT LONG, J.: «Cumulative Advantage and Inequality in Science», *American Sociological Review*, vol. 47, 1982.
- BOURDIEU, P.: *Leçon sur la leçon*, Ed. Minuit, París, 1982.
- *Homo Academicus*, Ed. Minuit, París, 1984.
- BRENAN, C.: *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1962.
- BUSCH, L. *et aliter*: «Perceived criteria for research Problem Choice ...», *Social Forces*, vol. 62:1, sept. 1983.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, M.^a L.: *Educación superior y empleo en España*. Ministerio de Trabajo, Madrid, 1987.
- GARCÍA DE LEÓN, M.^a A.: *Rich sociology and poor sociology: The case of the ethnocentric American Sociology*, 1988 (Mimeo, 17 págs.).
- «Sociological Thesis in Spain», Autoras: MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN y G. DE LA FUENTE, en *Emerging Sociology*, Ed. JOSEF LANGER, Ed. Avebury, London, 1992.
- «Sociological Thesis in Spain», Autoras: MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN y G. DE LA FUENTE, en *Shakaigaku to Joropa*, Eds. KAJITANI, M., y LANGER J., Ed. Oufun, Tokyo, 1993.
- *Para unas Ciencias Sociales Reflexivas*.
- «Para una Historia de las disciplinas académicas. El caso la sociología en España (1940-1990)», *Rev. Complutense de Educación*, Vol. 5, núm. 2, 1994.
- GIDDENS, A.: *Consciencias de la Modernidad*, Alianza Ed., Madrid, 1993.
- GLICK, TH.: *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de entreguerras*, Alianza Universidad, Madrid, 1986.
- GONZÁLEZ BLASCO, P.: *El investigador científico en España*, CIS, Madrid, 1980.
- GRANT, L.; WARD, K. B., y LANG RONG, X.: «Is there an Association between Gender and Methods in Sociological Research?», *American Sociological Review*, vol. 52, 1987.
- JUTEAU-LEE: «Visions partielles, visions partiales: visions (des) minoritaires en sociologie», *Sociologie et Sociétés*, Vol. XIII, 2, octubre 1981.
- LINZ, J. J.: «Intellectual Roles in Sixteenth and Seventeenth Century in Spain», *Daedalus*, summer 1972.
- LOEHLE, C.: «Why women scientists publish less than men?», *Bulletin of Ecological Society of America*, 68(4), 1987.
- PÉREZ DÍAZ, V.: *El retorno de la sociedad civil*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1987.
- PINILLA DE LAS HERAS, E.: *Crisis y anticrisis de la sociología. (Una introducción a la problemática sociológica)*, Ed. Barcanova, Barcelona, 1988.
- RITZER: *Teoría sociológica contemporánea*, McGraw-Hill, Madrid, 1993.
- SMELSER, N. J.: «External influences on Sociology», *International Sociology*, vol. 4, núm. 4.
- SMITH, D.: «Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology». *Sociological Inquiry*, 1974.
- STOLE-HEISKANEN, V.: «The Role of Centre- Periphery Relations in the Utilisation of the Social Sciences», *International Sociology*, vol. 2, núm. 2, 1987.
- *Cognitive and Institutional Trends in the Development of Finnish Sociology*, University of Tampere, Finland (mimeo), 1989.
- THEORY: *Feminist Trends: Moving sociology from the «Malestream»*, mayo, 1987.

B) Especializada sobre la sociología española

- ALMARCHA, A.: «Cien años de la sociología de la educación en España. 1877-1977», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 2, Madrid, 1978.
- BERKER y BARNES: *Social Thought, from Lore to Science*, New York, Dover Publications, 1938.
- CANCIO, M.: «La institucionalización de la Sociología: el caso del CIS, de la ideología proclamada a la práctica real», en *IV Congreso de Sociología*, Grupo de trabajo 28: La Sociología Hoy, Madrid, 24 a 26 de septiembre de 1992 (mimeo).
- CASTILLO, J.: «Apuntes para una Historia de la Sociología en España», DUNCAN, G.: *Historia de la Sociología*, Labor, Barcelona, 1988.
- CAZORLA PÉREZ, J.; JEREZ MIR, M.; GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- COTARELO, R.: «Sociología de la pobreza y el bienestar», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- DÍEZ NICOLÁS, J.: «Sociología de la Población», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- GARCÍA, S.: «Sociología urbana», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, M.: *La financiación de la investigación sociológica en España*, Madrid, 1990 (mimeo).
- GARCÍA DE CORTÁZAR, M.; VARELA, J., y ÁLVAREZ URÍA, F.: *La galaxia sociológica* (mimeo).
- GARCÍA DE LEÓN, M.^a A.: «Quiénes son los sociólogos españoles», *Suplemento de Educación, El País*, 19-5-1987.
- *Sobre la Sociología Española*, 1987 (Mimeo, 43 páginas).
- GARCÍA DE LEÓN, M.^a A., y DE LA FUENTE, G.: «Androcentrismo y Sociología», en *Manual de Sociología de la Educación*, F. ORTEGA (comp.). Ed. Visor, Madrid, 1989.
- GINER, S.: «La sociología española durante la dictadura franquista», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- GÓMEZ ARBOLEYA, E.: «Sobre el porvenir de la sociología francesa», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 75, Madrid, 1954.
- «Sociología en España», en J. L. ROUKEC (ed.): *The Recent Trends in Sociology*, New York, Philosophical Library, 1958.
- HERMET, G.: «La sociología empírica en España. Presentación general y bibliografía», *Revista Anales de Sociología*, núm. 45, 1968-69.
- ITURRATE, J. L.: «Sociología en España. Notas para su historia», en *La Sociología. Diccionario del Saber moderno*, bajo la dirección de J. CAZENEUVE, y D. VICTOROFF. Ed. Mensajeros, Bilbo, 1974.
- LLERA, F. J.: «Sociología de la Transición Política», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- LÓPEZ CALVO, L.: «Un análisis de la evolución temática en la producción bibliográfica de la sociología española (1940-1983)», en *IV Congreso de Sociología*, Grupo de trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y Profesionalización, Madrid, 24 a 26 de septiembre de 1992 (mimeo).
- MENDIZÁBAL, A.: «La sociologie espagnole», en G. GURVITCH: *La sociologie au XXe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1947.

- MIGUEL, A. de: *Sociología o subversión*. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1972.
- *Homo Sociologicus Hispanicus. Para entender a los sociólogos españoles*, Barral Ed., Barcelona, 1973.
- «Sociology in an authoritarian society: A pessimistic reflection on the case of Spain», en TOM BOTTOMORE: *Crisis and Contention in Sociology*, London, Sage, 1975.
- MIGUEL, J. de: «Investigación de la investigación sociológica en España», en *IV Congreso de Sociología*, Grupo de trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y Profesionalización, Madrid, 24 a 26 de septiembre de 1992 (mimeo).
- MIGUEL, J. de, y MOYER, M. G.: «Sociology in Spain», *Current Sociology*, vol. 27, núm. 1, 1979.
- MORENO, L.: «Sociología en la España finisecular», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.
- ORTEGA, F.: «La sociología de la educación en España», en FOESSA, *Informe Sociológico sobre el cambio social en España, 1975-1983*. Euramérica, Madrid, 1983.
- ORTI, A.: «De la guerra civil a la transición democrática: resurgimiento y reinstitucionalización de la sociología en España», Conferencia de apertura del I Congreso de Sociología, Zaragoza, 1981.
- PEREDA, C., y PRADA, M. A.: «La investigación sociológica en España: su lugar en una sociedad de clases», *Rev. Documentación Social*, núm. 50, 1983.
- RODRÍGUEZ, J. A.: «La sociología académica», en *IV Congreso de Sociología*, Grupo de trabajo: La Sociología Hoy, Institucionalización y Profesionalización, Madrid, 24 a 26 de septiembre de 1992 (mimeo).
- SASTRE, V.: *Anuario de la sociología española*, Euramérica, S.A., Madrid, 1980.
- OP. COLECTIVA: *Sociología española de los años setenta*. Op. colectiva. FIES, Madrid, 1971.
- TEZANOS, J. F.: «Desigualdades y clases», en GINER, S., y MORENO, L. (Comp.): *Sociología en España*, CSIC, Madrid, 1989.

c) Instrumental

- ADES: *Catálogo de tesis doctorales del archivo de la Universidad Complutense. 1900-1987*. Madrid, 1988.
- BERMEJO, C.: *La investigación de la Facultad de Cc. Políticas y Sociología en el período 1943-49/1983-84*. Memoria de licenciatura, dirigida por L. R. ZÚÑIGA.
- «Cuarenta años de investigación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, 1943-44/1984-84 (Tesis Doctorales y Memoria de Licenciatura)», *Cuadernos de Ciencia Política y Sociología*, núm. 19.
- BROUT, T.; SOLER, M., y TORNOS, T.: *La dona. Repertori bibliogràfic. 1970-1984*.
- COMISIÓN INTERMINISTERIAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA: *Clasificaciones Científicas*, M.E.C., Madrid, 1990.
- DÍEZ NICOLÁS *et al.*: *Cincuenta años de Sociología en España. Bibliografía en lengua castellana*, Ed. Universidad de Málaga, 1984.
- Directorio*. Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. Madrid, 1989.
- Directorio de Sociólogos*, CIS, Madrid, 1984.
- DURÁN, M. A.: *La investigación sobre la Mujer en la Universidad Española Contemporánea. (Para un catálogo de tesis y memorias de licenciatura sobre la mujer)*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.

IGLESIAS DE USSEL, J.: *Elementos para el estudio de la Mujer en la sociedad española: análisis bibliográfico, 1939-1980*. Editorial Ministerio de Cultura, Madrid, 1980.

IGLESIAS DE USSEL, J.; CAPEL, R.: *Mujer española y sociedad. Bibliografía*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1984.

La mujer en la bibliografía española, 1984-1988, Cuadernos bibliográficos núms. 1 y 2. Instituto de la Mujer, Madrid.

Publicaciones del III Congreso de Sociología Española. San Sebastián, septiembre de 1989.

REIS. Índice del núm. 1 al 42. 1988.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID: *Resumen de tesis doctorales* (publicación anual).

DOSSIER:
JUVENTUD, 2000:
EL FUTURO COMO PRESENTE

La difícil identidad de la juventud

JUAN GONZÁLEZ-ANLEO*

I. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD

Hace más de un cuarto de siglo afirmaba el gran patriarca de la sociología norteamericana de los años sesenta, el profesor de la Universidad de Harvard, Talcott Parsons, que el rasgo más significativo de la cultura juvenil era, junto a la preocupación por el sentido de las cosas, el desasosiego y zozobra por las cuestiones de identidad.

Desasosiego perfectamente lógico a la luz de la anomia y ritmo de cambio de la sociedad y de la impotencia de la generación adulta para proporcionar a los jóvenes una orientación directa y una clara y detallada definición de su situación.¹

Esa huidiza identidad perseguida existencialmente por los jóvenes y conceptualmente por los psicólogos y los Sociólogos, que no acaban de aclararse, se nos aparece como un sentimiento consciente de posesión de una individualidad única, pero en momentos de desasosiego personal reviste la forma de nostalgia, de aspiración a la continuidad de la experiencia vivida y a la solidaridad con los ideales de un grupo, una categoría social, una comunidad.

Es por ello la identidad una garantía de mismidad y de persistencia en la biografía personal.

Y así lo vio Erik Erikson en su trabajo pionero sobre la pérdida y crisis de identidad de soldados en la II Guerra Mundial que habían perdido traumáticamente su yoidad y continuidad.

Desde la perspectiva del sagaz psico-historiador, bien representado por Erikson, la identidad o self o yo mismo se presenta bien en forma de concepto de sí mismo, bien en forma de experiencia de sí mismo.²

La sociología acepta este punto de partida y da un paso más internándose en la jungla de la compleja trama social de reconocimientos y no reconocimientos, afiliaciones y controles sociales, clases y categorías.

Para su autoubicación en ese espacio de reconocimientos, controles y categorías el joven necesita una carta o mapa bosquejado sobre percepciones o imágenes —de sí mismo y de entorno social—, y sobre representaciones vivas de su proyecto vital y de los cauces de su acción.

* Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid, Decano de la F. de Sociología «León XIII».

1 TALCOTT PARSONS: «Youth in the context of american Society», en *Youth: Change and challenge*, Daedalus, winter 1962, pág. 109.

2 ERIK H. ERIKSON: *Identity, youth and crisis*, Faber, Londres, 1968, pág. 180.

La identidad, finalmente, es conferida, mantenida y transformada socialmente, es una construcción social (Berger y Goffman), y al originarse en las expectativas vinculadas a los roles que ocupamos e internalizamos, los períodos de más intensa socialización son los más propicios a la confusión y crisis.

2. LA JUVENTUD: CONCEPTO Y REALIDAD

Entre esos períodos de confusión y crisis, figura en posición eminente, la JUVEN- TUD, término tan lábil y de tan penosa elaboración conceptual como el de identidad.

La adolescencia inicia así su andadura a través de la historia del pensamiento como etapa contradictoria de turbulencia y melancolía, euforia y disforia, egoísmo y altruismo, soledad y ansia de amistad y vida grupal.

Fue Rousseau quien, no sólo fue el primero en estudiarla desde una perspectiva pedagógica-moralizante, sino el responsable de enriquecer la imagen de la adolescencia con las señas de revolución y naturalismo, por una parte, y pasión y primitividad, por otra.

A todos estos rasgos G. S. Hall y Sigmund Freud añadieron la nota de la sexualidad como el gran motor de la «turbulencia e impulso» de la adolescencia, aunque Hall sitúa la juventud antes de la adolescencia, de 8 a 12 años, como etapa maleable, monótona y de amplias oportunidades, e identifica la adolescencia (12 a 25 años) con la etapa que hoy denominamos juventud.³

Medio siglo después Hollingshead, aunque conservando el término tradicional de «adolescencia», abrió la etapa de la reflexión sociológica sobre la juventud con esta definición, ya clásica:

*«Sociológicamente la adolescencia es el período en la vida de una persona en la que la sociedad en la que ella actúa deja de considerarlo como un niño y no le concede el status pleno de adulto, sus roles y funciones».*⁴

Adolece claramente de negatividad esta definición: el joven no es un niño ni es un adulto. Pero ¿qué es?

Kenneth Keniston es, a mi juicio, quien con mayor éxito se ha aproximado a un concepto satisfactorio, tanto por su comprensividad o contenido como por su dilatada validez, al menos para las sociedades desarrolladas.⁵

- a) En la juventud, comienza Keniston su caracterización, la norma es una ambivalencia omnipresente hacia sí mismo y hacia la sociedad que no deriva necesariamente hacia el rechazo de la sociedad o hacia el activismo político pues puede también orientarse hacia la transformación personal mediante alguna de las vías culturalmente disponibles en cualquier época histórica: las drogas, el trabajo duro, la conversión religiosa, la introspección, etc., pero siempre tras un sondeo cauteloso del mundo adulto y de sí mismo y de su respectiva fuerza, vulnerabili-

3 ÁNGEL AGUIRRE BAZTÁN: *Psicología de la adolescencia*, Boaixaren, Barcelona, 1994. págs. 5-13.

4 A. B. HOLLINGSHEAD: *Elmtown's Youth*, Science Editions, NewYork, 1949, pág. 6.

5 KENNETH KENISTON: Youth: «A new stage of life», en ROLF E. MUUSS: *Adolescent Behavior and Society*, Random House, NewYork, 1975, págs. 43-51.

- dad, integridad y posibilidades, sondeo que, a diferencia de los ensayos adolescentes, suele conducir a compromisos más duraderos.
- b) Fenomenológicamente, la juventud es una etapa deslumbrante, mezcla de enajenación y de omnipotencia, enajenación nacida de la desilusión con la sociedad y del sentimiento de incongruencia entre sí mismo y el mundo adulto; omnipotencia, el sentimiento de absoluta libertad, de vivir en un mundo de puras posibilidades, en el que el yo es a veces experimentado como arcilla en las propias manos, capaz de total transformación; y el mundo, el no-yo, maleable en grado sumo, abierto a la utopía y a la creación de una sociedad nueva.
 - e) Característica central de la juventud es su tendencia al rechazo de la socialización en cuanto transmisión de roles, de pautas, de cultura, de historia. Emergen, en contrapartida, nuevos roles y nuevas identidades, específicamente juveniles, y por esta razón condenados a la temporalidad, aunque pueden durar meses o años e inspirar profundos compromisos, que a veces perduran y reflorecen en la adultez.
 - d) Los jóvenes conceden gran valor al cambio, al movimiento y al desarrollo personal, lo que condiciona su visión del adulto, el «carroza», cuya declaración del cambio personal es motejada de parálisis.
 - e) Rasgo final: los jóvenes se asocian a veces con otros jóvenes en contraculturas marcadas por su deliberada distancia del orden social existente.

Si fenomenológicamente la juventud es una etapa deslumbrante de enajenación y omnipotencia, estructuralmente, la juventud ha de ser visualizada dentro de una compleja red de relaciones sociales como producto o construcción social determinada por el lugar que ocupa en la estructura jerárquica de la sociedad, por las relaciones que establece con las demás instancias y categorías sociales, por su condición ingénita de proyecto social estrechamente ligado a los designios de los adultos, que le asignan como tarea esencial la preparación para la vida activa y el trabajo y un status incompleto, casi marginal, negándole en mayor o menor medida la participación y el protagonismo sociales.⁶

3. LA DIFÍCIL IDENTIDAD DE LA JUVENTUD

Los jóvenes españoles disfrutan de un capital educativo inimaginable hace un par de décadas: escolarización primaria total, escolarización secundaria en torno a un 70%, y de 1.700.000 universitarios, el 30% del tramo de edad entre 18 y 25 años; de unas oportunidades muy altas de viajar, conocer países y culturas, estar informados, dominar las novísimas tecnologías, consumir productos y servicios, ocio y cultura; y de unos ámbitos de libertad como jamás ha disfrutado juventud española alguna: libertad relacional, sexual, religiosa, ideológica —pese a la tesis del «pensamiento único»— y de expresión.

6 JOSÉ LORENZO ENCINAS: *Bandas juveniles*, Trillas, México, 1994, págs. 31-34.

Pero muchos jóvenes, nos confiesan las encuestas, o no saben en qué proyecto valioso invertir ese triple capital o carecen de motivos, ideales o modelos sugerentes para utilizarlo y hacer algo merecedor del esfuerzo inversor, y carecen, sobre todo de un puesto de trabajo sólido y estable, la plataforma imprescindible para ponerse en marcha.

Desde esta perspectiva mi hipótesis de trabajo reza así:

La juventud española de los 90 está así atrapada entre una estructura económica neoliberal que niega a los jóvenes un puesto de trabajo y la asunción de responsabilidades adultas con él vinculadas, y una cultura postmoderna que tiende a enervar valores, enfriar utopías, achatar proyectos y recortar trascendencias.

Es desconcertante esta conjunción o coincidencia entre un sistema económico, gran generador de riqueza pero cruel e inmisericorde con el buscador de empleo, y una cultura permisiva y hedonista blanda, no sacrificial, incapaz de inculcar un espíritu de lucha, una fortaleza interior. Bell ya había dicho algo sobre esta contradicción del capitalismo.

Lo más duro es que esta extraña alianza descargue toda su negatividad sobre una generación juvenil tan bien dotada de recursos de toda índole y liberada como nunca hasta ahora de las históricas maldiciones que durante tantos siglos han cortejado a nuestros hombres y mujeres: la incultura, la pobreza, la precariedad, la estrechura de horizontes, la represión...

Los jóvenes son las grandes víctimas del paro, y, como suele acaecer, los más indefensos por su bajo nivel educativo o de clase son los más castigados por el azote del desempleo.⁷

Pero para todos la conquista juvenil del espacio social exterior —formación para el empleo, puesto de trabajo, pareja y hogar autónomo— se ha retrasado notablemente como consecuencia del desempleo. Luis Garrido cifra este retraso de la integración laboral en unos seis años, tomando en consideración el impacto del paro, la temporalidad de los primeros empleos y la prolongación de la etapa de formación.⁸

Ajenos a esta situación de paro, coinciden los estudiosos del fenómeno, van:

- la inactividad, aburrimiento y falta de objetivos, con la lógica des-identificación con una sociedad culpable y con un incremento de la anomia juvenil;
- la exclusión social con sus conocidas secuelas, que el CES denuncia con estas palabras: «(El desempleo) tiene efectos sociales muy graves, especialmente de exclusión social, que lleva parejos la falta de participación y reconocimiento, el aislamiento y la pérdida de autoestima, lo que puede derivar en delincuencia, drogadicción y xenofobia...; (en conclusión) el paro y el subempleo de los jóvenes no sólo representa un despilfarro en recursos humanos, sino que puede constituir una amenaza para la cohesión económica y social».⁹

7 JUAN GONZALEZ-ANLEO: «Efectos sociales del desempleo», en *Corintios XIII*, núm. 83, julio-septiembre 1997, pág. 165.

8 LUIS GARRIDO y MIGUEL REQUENA: *La emancipación de los jóvenes en España*, Instituto de la juventud, Madrid, 1996, págs. 239-43.

9 *El País*, 16 agosto 1997.

No todos los problemas de los jóvenes ni todas los riesgos para su identidad plena proceden, sin embargo, del paro o del sistema capitalista neoliberal.

El clima, la cultura postmoderna, ha privado a los jóvenes de los marcos de referencia iluminadores del «músculo moral», que la dura lucha por un puesto en la sociedad competitiva exige hoy, de la capacidad de abnegación, sacrificio, de la fortaleza interior siempre necesarias y hoy necesarias, imprescindibles y urgentes.

4. LA JUVENTUD ESPAÑOLA DE LOS 90. IMÁGENES Y PROYECTO

Los jóvenes españoles nacidos a partir de 1968 y que ahora cuentan entre 15 y 30 años constituyen la generación juvenil que nos interesa. «Jóvenes», según los mismos jóvenes de 1990, son todos los comprendidos entre 15 años y medio y 30 años y medio.¹⁰ Aceptémoslo.

Siguiendo la propuesta metodológica de Martín Serrano, podemos encuadrarlos en tres etapas axiológicas o períodos históricos en las que está vigente entre los jóvenes una determinada representación de su propia condición, es decir, una imagen en la que su propia condición, una imagen en la que se integran valores individuales, objetivos vitales e imperativos de acción; y todo en función de la interpretación del mundo que le ha tocado vivir.

La juventud actual pertenece plenamente a la tercera etapa, que el autor denomina «del pasotismo», centrada en la elaboración de proyectos ideales, y que, iniciada en 1969, se extiende hasta 1982, año del triunfo absoluto del PSOE en las elecciones generales.

La etapa del pasotismo, iniciada en 1982, corresponde a la «generación de los ochenta, la de los jóvenes que se encontraron condenados a serlo», de la que escribe bien y breve Josep M. Lozano en su brillante análisis de las tres generaciones juveniles: la de los sesenta, setenta y ochenta.¹¹

«Generación del pasotismo», «dedicación a actividades puntuales», «jóvenes que se encontraron a sí mismos condenados a seguir siéndolo» porque el paro les bloqueó su integración en la sociedad...

Etiquetas, nombres y rasgos diversos, pero todo apunta a una misma e idéntica juventud con serios problemas de identidad, derivados de la ausencia de horizontes, de las falsas rebeldías, de las contradicciones e incoherencias y de los obstáculos institucionales a su autorrealización.

1.º *La imagen que de sí misma tiene esta la juventud* es cruda, realista, poco halagüeña. La investigación de 1994, nacional, destaca:

- * *tres rasgos positivos*: la tolerancia y ausencia de prejuicios (46%), la solidaridad y generosidad (44%), y la independencia, sobre todo (55%);

10 MANUEL MARTÍN SERRANO: *Los valores actuales de la juventud en España*, Instituto de la juventud, Madrid, 1991, pág. 16.

11 JOSEP M. LOZANO Y SOLER: «De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes», *Cuadernos Christianisme i justícia*, 4 1 septiembre 1991, págs. 5 y 6.

- * *tres negativos*: el consumismo (51%), el egoísmo y el vicio (52%), y la carencia de sentido del deber y del sacrificio (34%);
- * *y uno neutro*: la rebeldía (51%), que difícilmente puede ser considerada como señal de identidad de la juventud actual pues ni la familia ni el conflicto político proporcionan motivos o pretextos.

Y ha sido el consumo el que ha ocupado esta plaza vacante, la de la falsa rebeldía, y se ha convertido, junto con la independencia, en señal de identidad de los jóvenes hoy. Con dos matices:

- * *La independencia juvenil* no se identifica con la emancipación, tan erizada de dificultades sino con la autonomía personal, que implica privacidad en cuanto espacio de creación del propio carácter y de nuevas formas de vida y experimentación.¹²

La independencia/autonomía de los jóvenes se traduce también en un recelo generalizado a la heteronomía respecto sobre todo a la familia y a la Iglesia. El único criterio aceptable es «lo que a uno le salga de dentro, sin hacer caso a lo que digan los demás». Así en tres ámbitos centrales de la vida: en política (54%), en religión (75%) y en moral y costumbres (68%).¹³

- * El *consumo*, que los jóvenes asocian con la autonomía y la autorrealización, fue rechazado por los jóvenes de los años sesenta como enemigo declarado, precisamente, de la tan preciada autonomía. En los años noventa se ha desarrollado un doble proceso: los jóvenes han aceptado axiológicamente y prácticamente el consumo; y la sociedad ha mitificado a los jóvenes en él; en la etapa anterior lo había mitificado en el sexo y la acción política.

2.º *La representación del entorno* en el universo juvenil es un mecanismo fundamental en la construcción social de la identidad de los jóvenes. «Representación», en sentido durkheimiano, incluye percepción, valoración, adhesión y participación. ¿Entornos representados? Tres fundamentalmente: la familia, la política y la religión.

a) Veamos el primero: la valoración de las relaciones familiares y de la familia misma como factor de felicidad es muy alta. Se percibe la familia como la fuente principal de felicidad, se reconoce la gratificación derivada del «estar en casa», por razones de apoyo y cuidados materiales y porque se los acoge bien,¹⁴ pero aunque un 77% viven en casa de los padres, el 55% querían tener un hogar propio, según la última encuesta de la juventud española del Instituto de la Juventud.¹⁵

12 *Jóvenes españoles 1994*, op. cit., pág. 11.

13 JUAN GONZÁLEZ-ANLEO: «La juventud española de 1996», en *Evangelizar en la escuela*, Maristas Bética, 1997, pág. 27.

14 *Jóvenes españoles 1994*, op. cit., págs. 55-56.

15 *Vida Nueva*, 9-16 agosto 1997.

La familia es la principal donadora de sentidos, de ideas clave sobre el mundo y la vida, como ha revelado la encuesta de 1994. En 1989 era superada por los Medios de Comunicación de Masas (34%), los amigos (31%) y los libros, los libros amigos (28%). En 1994 emerge como fuente indiscutible, sin rivales: 50%, frente al 35% que asignan ese papel a los amigos, o el 30% a los MCM.

b) *Los amigos constituyen* el entorno más cercano y cálido para los jóvenes después de la familia, y los que proporcionan mayor satisfacción vital y dicen las cosas importantes sobre las ideas e interpretaciones del mundo y sobre los problemas cotidianos, siempre, claro está, después de los padres.

Los amigos, el grupo, la pandilla, son el «alma» de la gente joven, principio vital que hay que tener siempre presente, activo, cerca, sin el cual no puede un joven imaginarse una actividad cualquiera, sobre todo el disfrute del tiempo libre: el 71% de los jóvenes pasan con los amigos las tres horas largas de tiempo libre fuera de casa, en días laborables y las cinco horas los días festivos, el 27% con la pareja y sólo un 1% con los padres.¹⁶

c) *¿Cómo perciben los jóvenes de la generación de pasotismo el entorno político?* Con desinterés, ya lo hemos visto, pero con exigencias, reclamando el derecho irrenunciable a participar en política aunque sea casi inexistente la pertenencia juvenil a partidos políticos: sólo el 1%, porcentaje idéntico al correspondiente a los sindicatos y a la mayor parte de los movimientos sociales: grupos feministas (1%), ecologistas (2%), cívicos (2%), pacifistas (1%) y similares.¹⁷

Todos los jóvenes, prácticamente, se ubican en el espacio democrático, sin fisuras, y escorados ligeramente hacia la izquierda, en el punto 4,61 de la escala de posicionamiento político de 1 a 10, con una mayor inclinación los hombres que las mujeres, los mayores que los más jóvenes, los de clase baja (entre 4,34 y 4,72) que los de clase media (4,72) y alta (5,22), los no creyentes (3,42) que los católicos (5,46).¹⁸

¿Y los universitarios?

La encuesta de Demoscopia de abril de 1997 sobre 4.000 universitarios proporciona copiosa información.¹⁹ Los hallazgos más relevantes fueron éstos:

- Aunque el 39% se declara de izquierdas, el 28% de centro y el 15% de derechas, los votos fueron preferentemente para el PP (36,8%), seguido de IU/IC, el 17,7%, el PSOE, el 16,9%, CIU, el 3,4% y el PNV, el 1%.
- La izquierda abunda más en las carreras de Humanidades (56%) y menos en las de Ciencias de la Salud (32%) y especialidades técnicas (37%).

¹⁶ *Jóvenes españoles 1994*, op. cit., pág. 203.

¹⁷ *La solidaridad de la juventud*, Instituto de la juventud, Madrid, 1995, págs. 65-72.

¹⁸ *Jóvenes españoles 1994*, op. cit., pág. 211 y ss.

¹⁹ *El País*, 20 a 24 de abril de 1997.

- En Cataluña el partido más votado por los universitarios fue *CIU*, seguido por el *PSOE*; en el País Vasco, el *PNV*, con la cuarta parte de los votos, seguida por *HB* con cerca del 20% e *IU*, con un 18%, datos estos últimos que contrastan con los generales de toda España.

d) Entre las representaciones juveniles del entorno, la de la *Religión*, en cuanto tradicional y en otros tiempos omnipresente agencia de donación de sentidos, ocupa —en teoría— un lugar relevante. En teoría, porque la explosión de Derechos y Libertades, el rechazo de autoridades y tutelas y, sobre todo, la secularización, algo contenida hoy, han operado en un doble sentido, de deconstrucción y reconstrucción de la religiosidad juvenil. Ambas operaciones están muy condicionadas por la coexistencia en la sociedad española, ahora, de la *Modernidad*, con su exaltación de la razón, la ciencia y la técnica, y la *Posmodernidad*, que rechaza todo relato vertical, de transcendencia, ultramundana, proclamar la plena autonomía del yo y el narcisismo hedonista, que para muchos se queda en simple permisividad ética.

La *deconstrucción de la religiosidad juvenil* ha borrado buena parte de la memoria religiosa del universo juvenil: ritos y calendarios sagrados, oraciones tradicionales, figuras y acontecimientos del cosmos cristiano, etc. Ha minimizado el papel de las instituciones religiosas clave: ciertos sacramentos, buena parte de las normas, sobre todo las de cariz biopolítico —sexo, cuerpo, vida—, pertenencias y fidelidades. Ha hecho descender la transcendencia a la preciosa pero incompleta cotidianidad. Ha transformado lo grave, el Misterio fascinante e inefable en lo leve, la Religión light, sincretista, algo blanda, poco amiga de las escatologías, amable y permisiva, seña *de identidad* de la generación joven.

Los datos más recientes del mundo universitario, los obtenidos por Demoscopia en abril de 1997, ilustran este dramático algo melancólico proceso de deconstrucción religiosa: se declaran católicos practicantes el 19% de los universitarios —no todos cumplen con el precepto dominical—. Un 43% se confiesan también católicos, pero no practicantes, un 21% indiferentes agnósticos y un 13% ateos, no creyentes. Pero sólo un 27% dice no creer en Dios, la tercera parte de los varones y la quinta de las mujeres, y hasta un 42% de los de ideología de izquierdas. En sentido amplio, de forma global, la población universitaria se divide dicotómicamente entre un 51% de personas religiosas y un 47% de no religiosas, y es aquí donde la *biografía persona* parece tener una mayor influencia: una mujer que haya estudiado en un colegio religioso, que se defina de derechas o de centro, y que siga estudios de Ciencias de la Salud, en Humanidades y en técnicas tiene bastante más posibilidades de declararse persona religiosa; y bastante menos un varón, estudiante en colegio público, de izquierdas y de carrera humanística (40%).

Frente a la Iglesia católica la actitud es algo difusa, contradictoria: *por una parte* los jóvenes estudiantes declaran en su mayoría, el 66%, que «son miembros de la Iglesia y piensan continuar siéndolo»,²⁰ *pero por otra*, los universitarios de 1997 no creen, también por mayoría, 76%, que la Iglesia sintonice con las necesidades y preocupaciones de la gente como ellos.

20 *Jóvenes españoles 1994, op. cit.*, pág. 17.

La reconstrucción procede con mayor lentitud y no sin algunos titubeos:

1.º Se ha depurado y enriquecido la imagen de Dios: el 70% creen en el Dios revelado en Jesucristo, aunque en esta creencia se mezclan ideas ortodoxas con otras que lo son menos, dudas con certezas, imágenes tradicionales con conceptos del Vaticano II..., tributo que el consumidor religioso paga a la moda del «bricolage espiritual», el arriesgado y valioso proceso de personalización de la religiosidad propia.

2.º A ese «Dios desconocido» se eleva la oración de 6 de cada 10 jóvenes. Oraciones tradicionales y oraciones libres, peticiones de ayuda, sobre todo, oración individual o con amigos... La «sorpresa de la oración en los jóvenes», de la que habla el profesor Elzo.²¹ Rezan sobre todo los que se declaran católicos practicantes, lo que quizás significa que una religión puramente existencial, sin apoyo institucional puede florecer al margen de la Iglesia y de sus prácticas tradicionales, pero es poco frecuente y es difícil.

3.º *El proyecto y la acción.* El tercer elemento constitutivo de la identidad juvenil es la representación del proyecto —fines— y de la acción —medios— a él conducente.

Los jóvenes se perciben mediocrementemente interesados en ideales, *sin* proyectos o programas para transformar el mundo, sólo *con* planes más o menos puntuales, y con una firme voluntad: preservar sus «nichos de relación» propios, sin obsesión alguna por la emancipación.

Es la «*generación de la madriguera*» de la que habló Leavitt, cuyos valores políticos son la democracia, el orden, la prosperidad y el éxito económicos y, muy destacada, la libertad, más la negativa —el espacio libre de obstáculos e intervencionismos— que la positiva, el desarrollo pleno de las potencialidades personales. Esta generación aspira, con el oportuno retraso y en un clima, previo sobre todo, de permisividad sexual, a formar una familia, preferentemente por medio de un matrimonio religioso; en la familia se valoran las actitudes más que el afecto, el amor y el sexo más que el bienestar económico, la fidelidad sexual hacia la pareja más que la fidelidad personal hacia el vínculo.

El *proyecto profesional*, sobre el que tanto tiene o tendría que decir la Universidad, está lastrado en su punto de partida por la falta de claridad y discernimiento en las opciones vocacionales y por una creencia infelizmente implantada entre los jóvenes: que el trabajo duro no conduce al éxito.

Esta falsa creencia recomienda que nos planteemos un incómodo interrogante:

¿Trabajan y estudian de verdad los universitarios?

El estudio de Miguel Vallés de 1991²² precisó el tiempo total que dedicaban a clases, bibliotecas y estudio propiamente dicho. Con 5,7 horas diarias de media, el 20% dedicaba menos de 3 horas, el 34% entre 4 y 6 horas, y el 43% dedicaba 7 o más horas. El estudio revelaba también que dedicaban algo más tiempo las mujeres que los hombres, y

21 *Jóvenes españoles 1994*, op. cit., págs. 157-61.

22 MIGUEL VALLÉS y MÓNICA RAMOS: «Los estudiantes de la Complutense», op. cit., págs. 738-741.

más en las Facultades nuevas de *Sociología, Psicología, Pedagogía, Informática y Bellas Artes que en las clásicas.*

Sin olvidar que en el estudio de la Complutense se descubrió que simultaneaban trabajo y estudio el 27%, más los hombres (31%) que las mujeres (23%). Lo que está claro es que menos de la mitad de los universitarios tienen una jornada escolar comparable a la del trabajador medio.

En contrapartida *su vida de ocio* es intensa como lo es, en general, la vida de los jóvenes españoles que dedicaban al ocio en 1989, 5 horas largas en días laborables, y en 1994 más de 6 horas.

Tenemos, es evidente, la juventud más trasnochadora de la Unión Europea, con horas inverosímiles de recogida nocturna, especialmente en el largo fin de semana que ya arranca para muchos el mismo jueves.

Y no parece que tanto ocio esté dedicado a la cultura; un par de datos: sólo el 46% leen el periódico todos los días, más hombres (51%) que las mujeres (41%), sólo el 17% escucha tertulias en la radio y el 32% debates en TV, aunque los de la CMU registran un 25% que escucharía tertulias de la radio y un 36% vería debates de TV.

Ante la cortedad de estos proyectos y la preferencia por los planes y las acciones puntuales se impone una evidencia, el *presentismo* de la generación joven como seña inconfundible de identidad.

Los jóvenes no esperan demasiado del futuro, el 34% lo avizoran con desesperanza, el 70% creen que hoy es más difícil que nunca para los jóvenes el abrirse camino y el 62% temen sobre todo el futuro laboral, el no encontrar trabajo.²³

Reacción unánime: vivir en el presente, enfriar las utopías, ignorar la política, supervalorar el pragmatismo y la gratificación inmediata.

El símbolo del presentismo y seña clave de identidad juvenil es la *NOCHE*, el mito de la noche que tan bellamente comenta José Luis Abellán, la noche que suspende el tiempo, el calendario y el reloj, aparca la disciplina y el control social, borra momentáneamente al adulto y sus reglas; proporciona a los jóvenes un espacio vital propio en el que florece la transgresión, mayor o menor.²⁴

La noche posee un vertiginoso potencial movilizador por sus ingredientes mágicos aunque no conduzca a ninguna parte pero abre el portillo a la esperanza, necesidad absoluta de la generación juvenil y de todas las generaciones jóvenes o adultas de todos los tiempos.

23 «Encuesta Demoscopia», *El País*, 24 abril 1997.

24 *El País*, 7 de marzo 1995.

Los jóvenes españoles del 99: la modosa revolución de lo cotidiano

JAVIER ELZO*

En estas páginas perseguimos realizar un breve trabajo con los resultados mayores del libro «Jóvenes Españoles 99»,¹ recientemente publicado, no como resumen de lo que se dice en cada capítulo sino pensando, al modo ideal típico weberiano, en algunos elementos emergentes en esta juventud española de final de siglo y comienzos del nuevo milenio.

Distinguiremos tres apartados en el texto. En un primer momento señalaremos, como proemio, tres prenotandos que pensamos siempre deben estar presentes en todo trabajo sobre la juventud. A continuación, y en correspondencia lógica con el primero de los prenotandos presentaremos una redacción resumida del primer capítulo del libro, una tipología de los jóvenes españoles. En fin, en el tercer punto, y siguiendo el segundo de los prenotandos, ofreceremos una visión sintética de estos jóvenes españoles de nuestros días.

No nos hemos servido del aparato de citas y bibliografía habitual en estos trabajos, referenciando al libro para ello, aunque al final del texto presentamos una muy resumida selección de libros y artículos en los que nos hemos inspirado para buena parte de nuestra reflexión.

1. TRES TESIS DE BASE PARA UN ESTUDIO DE LA JUVENTUD

A modo de introducción de todo estudio sobre la juventud considero necesario realizar tres consideraciones básicas y que conforman como sus presupuestos al modo de prenotandos expresados y desarrollados en diferentes momentos de mi actividad intelectual en los últimos años y que han sido objeto de publicación, aquí y allá, aunque, a decir verdad, en publicaciones de distribución muy restringida, cuando no en la denominada literatura gris.

1.1. La categoría sociológica de ser joven

Si alguna constante hay en los trabajos de la Fundación Santa María es, junto a la insistencia en el estudio del ámbito de los valores, la afirmación de que no se puede hablar

* Universidad de Deusto.

1 ELZO, J. (Dir); ANDRÉS ORIZO FR.; GONZÁLEZ-ANLEO, J.; GONZÁLEZ BLASCO, P.; LAESPADA, M. T.; SALAZAR, L.: *Jóvenes Españoles 99*. Fundación Santa María. Ed. S. M., Madrid, 1999, 492 páginas.

de la juventud como si se tratara de una categoría uniforme. La juventud de determinada nacionalidad, enclave geográfico, u otra calificación que la determine, considerada como una categoría de análisis, e incluso como objeto de estudio, no es uniforme, más allá de lo que una delimitación en el factor edad pueda ofrecer. Lo mismo cabe decir de la adolescencia. De ahí que en todo estudio sincrónico de un colectivo joven determinado haya que ser extremadamente cuidadoso con las afirmaciones generalistas pues pueden ocultar o difuminar más que revelar y desvelar la heterogénea realidad juvenil. De ahí, también, la afirmación, repetidas veces señalada en diferentes trabajos del equipo de redactores del estudio, de que no hay que hablar de la juventud sino de los jóvenes. Precisamente el que cada vez se elaboren más tipologías de la juventud es signo de este planteamiento, reflejo obvio, aunque olvidado de la plural realidad juvenil. Nosotros hemos elaborado para este estudio dos tipologías, la primera de las cuales, basada en el ámbito de los valores, principalmente, cubre todo el primer capítulo y del que ofreceré un extracto en el siguiente apartado. La segunda tipología es más específica y centrada en la dimensión socioreligiosa y que no retendremos en este texto.

Una cuestión harto debatida es la delimitación de lo que joven quiere decir. Si hubiera de hacer una delimitación de la adolescencia y de la juventud en razón de la edad propondría la siguiente clasificación, con una variación de un año arriba-abajo. Preadolescencia: 12-14 años. Adolescencia: 15-17 años. Jóvenes: de los 18 a los 24 años. Juventud prolongada, 25 a 29 años y, por último, si se me permite el barbarismo, denominaría como «tardojóvenes» a los que aún considerándoseles jóvenes tendrían entre los 30 y los 35 años, pensando en la definición social de la juventud.

Pero la definición social de lo que es ser joven, más allá de la variable edad, es cuestión todavía más debatida. Es conocida la clásica definición que delimita el paso de la condición joven a la del adulto por la emancipación familiar y la inserción laboral, aunque no necesariamente en el mercado del trabajo remunerado. Aunque esta definición exige mayor profundización, no por ello deja de ser de lo más pertinente.

1.2. La contextualización del ser joven

Pese a lo anterior, sin embargo, sí parece legítimo, realizando un estudio sincrónico, además de propiciar tipologías o clasificaciones de diversos modos de ser joven (o de hacerse jóvenes) presentar algunos rasgos prominentes del joven del momento concreto de estudio, sea basándose en consideraciones de orden estadístico (mayor frecuencia de tal o cual característica), sea en comparación con los jóvenes de otra sociedad concreta, o en razón de estimaciones «idealtípicas» que, más allá de su frecuencia estadística, ofrecen algunas notas singulares o propias de esa juventud. Es evidente que cabe hablar, por ejemplo, de los adolescentes españoles de los años 90 respecto de los del 80, o respecto de los adolescentes de otro lugar, de los años 90.

Para llevar a cabo este intento adopto la hipótesis de partida de Mannheim, cuando señala que para poder hablar de adolescentes y jóvenes de tal momento histórico o de tal enclave geográfico solamente la vivencia de experiencias compartidas puede originar situaciones generacionales. Esto es, el ser joven se construye en razón del contexto histórico que le ha tocado vivir, del modelo o modelos de sociedad propuestos en el que se

está haciendo, de las estructuras sociodemográficas de la sociedad en la que vive, de los grupos sociales que la componen, de los valores dominantes en ascenso y descenso, de los pesos de los diferentes agentes de socialización, etc., etc.

Estamos en consecuencia ante un doble fenómeno: de diferenciación juvenil, por un lado, de contextualización en una sociedad, por el otro. La sociedad española en este caso, en la que, como se muestra a lo largo de este estudio, las diferencias intergeneracionales no son muy grandes. No hay que olvidar que los jóvenes no son algo separado de la sociedad, un estamento fuera o al margen de la sociedad. Son y están en una misma sociedad que los adultos y los mayores. Estamos ante una realidad de inclusión y diferenciación social, al mismo tiempo. Andrés Orizo lo dice con estas palabras: «El proceso de individualización de la sociedad y la búsqueda de la diferencia —rasgos de la posmodernidad— favorecen la proliferación de estilos de vida, de grupos, tribus, tipos y microtipos. Los jóvenes —más que los adultos— ya no se obligan a un solo, único, estilo. Pueden probar y cambiar».

Este segundo prenotando implica el estudio de los entornos, de todo orden, en los que estos colectivos de jóvenes de fin de siglo se han formado o, más simplemente, han crecido. Es lo que hemos llevado a cabo en alguna publicación nuestra, sobre la base de los trabajos anteriores al presente, y que aún no hemos podido actualizar con los resultados y reflexiones del estudio del 99.

Pero antes debemos hacer un tercer prenotando que nos parece muy importante. Me refiero al modo de socialización particular del joven de hoy, que hace de él un adolescente y un joven condicionado, ciertamente, pero no determinado.

1.3. El adolescente y el joven, un actor social condicionado pero no determinado

En efecto la insistencia en la contextualización no ha de entenderse como si de un determinismo se tratara. El entorno, en el sentido más amplio del término, condiciona pero no determina. Más aún, entre los jóvenes y adolescentes de la llamada postmodernidad, en el ámbito occidental, la socialización se realiza más bien desde la experimentación grupal (compartir y ensayar conductas y valores) con otros adolescentes y jóvenes, y no tanto desde la reproducción de lo transmitido por otras instancias históricas de socialización como la familia, la escuela, las iglesias, los partidos políticos e, incluso, los medios de comunicación social. Estos factores clásicos de socialización parecen haber perdido su capacidad de socialización, aunque la familia parece estar recuperando, en los últimos tiempos, importancia, fundamentalmente como estructura en la cual la socialización de los adolescentes se lleva a cabo. Precisando más, cabría decir que, respecto de los agentes tradicionales de socialización que acabo de señalar, los jóvenes actuales adoptan una actitud de recepción distante, lo que hace que, más que reproductores aún críticos de normas, valores, cosmovisiones, etc., los jóvenes deconstruyen y reconstruyen, desde sus experiencias —principalmente, aunque no exclusivamente, grupales—, lo que los agentes tradicionales de socialización les transmiten, produciendo así construcciones nómicas personales que, desde la perspectiva de los agentes de socialización, pueden ser vistas como incoherentes, fragmentarias, heterodoxas, etc., pero que, sin embargo, para los propios jóvenes tienen la virtualidad de ser propias, por construidas por ellos

mismos y, no pocas veces aunque no siempre, con una coherencia interna difícil de percibir desde fuera. De ahí que quepa decir que estamos, muy probablemente ante la juventud más pretendidamente autónoma de todos los tiempos. En este proceso, precario muchas veces, los jóvenes construyen sus propios esquemas y modelos de comprensión de la realidad social en la que viven y con la que se hacen. Es como un gigantesco puzzle conformado por fichas de diversas características (imperativas, sugerentes, provocativas...) provenientes de diferentes instancias (familiares, escolares, mediáticas, del grupo de pares...) con las que elaboran, generalmente sin modelo referencial, sus propios e individuos constructos adaptados a las diferentes realidades que conforman su vida (recreativa, de estudios, de trabajo, familiar, amorosa...), constructos que hacen validar por el tamiz de la experimentación y de su utilidad personal. Desde esta perspectiva sitúo yo la calificación de «individualista» que se atribuye al joven de hoy, sin dar necesariamente (ni sobre todo únicamente) a esta apelación la connotación de egoísmo o autismo social, sino más bien la de autoconstrucción del ser joven.

Anotemos también que parece evidente que una situación vivencial puede determinar, no solamente condicionar, sólo en casos muy extremos (por ejemplo de extrema pobreza) dejando a salvo deficiencias biológicas o psicológicas en los sujetos, individualmente considerados.

Así mismo, en fin, no nos parece que deba entenderse la juventud, con sus comportamientos actitudes y valores, como una simple cristalización, acorde con la edad, del entorno en el que les ha tocado vivir, pues la juventud puede ser también adalid y prefiguración de nuevos modos de ser, estilos de vida, sistemas de valores, etc.

2. UNA TIPOLOGÍA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

En este punto presentaremos, en primer lugar, los aspectos metodológicos básicos para la configuración de la tipología para, en un segundo momento, ofrecer un resumen sintético de la misma.

2.1. Presupuestos y metodología para la constitución de la tipología

Como es sabido, una tipología es un intento de distinguir, en un universo concreto, una serie de grupos lo más heterogéneos entre sí cuanto homogéneos internamente. Técnicamente, diríamos que tratamos de construir grupos con gran varianza intergrupala y escasa intragrupal. El objetivo del ensayo es muy claro: diferenciar, dentro de un único universo, grupos diversos a tenor de una serie de características (comportamientos, actitudes y, principalmente, valores, etc.) sobre las que se desea investigar. De ahí que sobre un mismo universo quepan tantas tipologías cuantas quiera el investigador (y se lo permitan los datos recolectados). Es pues preciso tener muy en cuenta que la tipología que se presenta a continuación no es la única tipología posible, sino una entre las muchas posibles.

La razón de ser de las tipologías es de carácter teórico. En efecto, como hemos repetido en las sucesivas investigaciones sobre la juventud española que ha patrocinado la Fundación Santa María, si alguna característica presenta la juventud es la de su plurali-

dad, de tal suerte que todo predicado, cualquier predicado, que complete el enunciado «la juventud española es...», ciertamente supondría una simplificación. En base a este supuesto Pierre Bourdieu dijo aquello, tanta veces citado, de que «la jeunesse n'est qu'un mot» y aunque Roland J. Campiche, tomando pie de esa frase, titulara el primer capítulo del libro, que él mismo dirigió, sobre las culturas jóvenes y las religiones en Europa (Campiche, 97,11) «la jeunesse est plus qu'un mot», es evidente que ambas expresiones son exactas. La juventud es una etapa de la vida, ciertamente, aunque difícil de delimitar; de ahí que sea más que una palabra. Los que tenemos ya más edad de la que quisiéramos, sabemos, sin ningún género de dudas, que la juventud es más que una palabra. Sin embargo, sabemos también que la juventud no es una categoría uniforme de análisis y que hay que hablar más de jóvenes que de juventud, a la hora de analizar los fenómenos asociados a una edad determinada de la vida. De ahí los títulos de los trabajos de la Fundación desde el año 1989: «Jóvenes españoles 89, 94 y 99» (el presente estudio), en lugar de «La Juventud española 82, 84» como se titulaba precedentemente.

Sentado lo anterior, es preciso determinar con qué factores, con qué variables o características vamos a construir nuestra tipología. Ésta ha sido un tema de larga discusión en el equipo redactor del estudio.² Al final optamos por trabajar con cuatro grandes cuestiones, que tenían en común el universo de valores de los jóvenes españoles. Estamos pues ante una tipología, de las tantas que sería posible elaborar, construida primando, casi exclusivamente, como se verá a continuación, el universo de los valores dominantes en la juventud española de hoy.

Hemos seleccionado, en efecto, en primer lugar, la importancia que los jóvenes españoles conceden a una serie de aspectos importantes de su vida, como la familia, el trabajo, los amigos, «ganar dinero», un total de 10 ítems, tradicional primera pregunta de los cuestionarios de valores, enriquecida este año con nuevos ítems. En segundo y tercer lugares utilizamos cuestiones con las que ya elaboramos la tipología del año 94 y que siempre han resultado muy pertinentes (también las utilicé en los estudios sobre los jóvenes vascos). Son las cuestiones referidas a los niveles de justificación de una larga serie de comportamientos y la cuestión que mide los niveles de confianza en una lista de instituciones.

2 En un primer momento propusimos realizar un ensayo tipológico similar al que se realizó en la anterior investigación del año 1994, por razones de comparabilidad y estudio de la evolución en los cinco años que separaban ambos estudios. Ello hubiera supuesto mantener los mismos presupuestos teóricos del año 94, no modificar las cuestiones que nos sirvieron en la elaboración de la tipología, manteniendo intactos los diferentes ítems utilizados, exactamente 44 indicadores. (El detalle de la constitución de la tipología del 94 lo explico en una nota a pie de página similar a la presente: ELZO, 94, 219). Nos pareció que era demasiado hipoteca, máxime habida cuenta de que algunas cuestiones utilizadas habían perdido actualidad y de que, por el contrario, era preciso introducir nuevos ítems ante la evolución de la sociedad y de la juventud en ella. En mis estudios sobre la juventud vasca también he trabajado con tipologías, aplicando el principio, esta vez no retenido, de la comparabilidad con resultados satisfactorios, aunque más de orden técnico (de validación de resultados) que teóricos y de contenido. (Ver ELZO, 90, capítulo 10).

Para la elaboración técnica de la presente tipología se ha seguido un procedimiento similar al utilizado en la investigación de la Fundación del 94, explicado en la correspondiente edición, a la que remito al lector interesado. Solamente añadiré aquí que, más allá de la mera pertinencia estadística, siempre presente en todas las fases y ensayos de la elaboración de la tipología, en la selección final, cuyos resultados ahora presento, ha sido determinante la pertinencia sociológica de los resultados que íbamos obteniendo, como explico en el cuerpo del capítulo.

Como se ve, las tres cuestiones se refieren a cuestiones nómicas, a sistemas de valores, entendiendo el término «valor» en la doble acepción con la que es utilizada en sociología, que recordamos brevemente. En una primera aproximación cabe decir que en los ámbitos de la filosofía y la sociología se entiende por valores las definiciones de lo bueno y de lo malo, de lo aceptable y de lo rechazable, de lo admitido y de lo prohibido, de lo que hay que hacer y de lo que hay que evitar. Esta definición puede parecer a primera vista muy abstracta, pero deja inmediatamente de serlo cuando nos damos cuenta de que esas definiciones de lo bueno y de lo malo se incorporan al contenido de las actitudes individuales, y las ponemos de manifiesto en nuestra conducta externa cuando interactuamos con los demás miembros de la sociedad a la que pertenecemos. También el término «valor» cabe entenderlo como un criterio de acción social al cual se adhiere de forma más emocional que meramente racional (lo que no quiere decir, en absoluto, que se trate de algo irracional), y que no es puesto en duda a corto plazo. Es exactamente lo que controlamos en la pregunta 12, así como en la pregunta 1.^a del cuestionario, cuando pedimos a los jóvenes que nos digan la importancia que conceden a determinados aspectos (la familia, el trabajo, la política, etc.) y en la pregunta 13, al solicitarles que nos indiquen la confianza que otorgan a las instituciones (el Parlamento, la OTAN, la Iglesia, el sistema de enseñanza, etc.), sabemos si aceptan o rechazan las instituciones que la sociedad se ha dado y que la encuadran.

En fin, el último elemento del que nos hemos servido para configurar nuestra tipología, si bien pretende medir una dimensión comportamental de los jóvenes (las actividades que realiza en su tiempo libre) es evidente que también, aunque de forma indirecta, refleja su universo valorativo. Es la pregunta 41b del cuestionario, de la que al final hemos retenido 15 de las 17 actividades sobre las que se les inquiriere a los jóvenes.³ En definitiva, nos hemos servido de 53 informaciones diferentes, referidas a cuatro grandes ámbitos, para elaborar nuestra tipología. Como se ve, hemos privilegiado netamente, en la constitución de la tipología, el universo de los valores, de los sistemas de valores, de los jóvenes españoles. Podríamos haber elaborado la tipología atendiendo a otras cuestiones o a otros enfoques. Podríamos, en efecto, haber elaborado la tipología en base a condicionantes sociodemográficos seleccionados entre la edad, el género, hábitat, estatus ocupacional, clase social, nivel de estudios, autonomía de pertenencia, etc., bajo la hipótesis de que las situaciones «materiales» son las que informan (condicionan o determinan) opciones «inmateriales». Hemos optado, siguiendo en ello la tradición de los trabajos de la Fundación Santa María, por privilegiar, en la elaboración de la tipología, los factores nómicos, aunque, una vez elaborados los tipos, hayamos analizado también el perfil sociodemográfico de los mismos. Además sostenemos, desde el inicio de nuestros trabajos, la hipótesis subyacente de que, en la constitución y formación de los valores, tanto individuales como colectivos, los factores sociodemográficos, aun siendo importantes, no son determinantes, salvo en casos extremos (de pobreza o enfermedad graves, por ejemplo) por tener los valores su espesura propia y, en todo caso, su propia dinámica, que va más allá de los condicionantes materiales, aun sin olvidarlos totalmente, de los que la edad y el género, y por este orden, nos parecen los más importantes.

3 En este caso, hemos prescindido, por las mismas razones que las señaladas en la nota predecedente, de los films «ir al cine» y «escuchar cintas, compact-disc».

Resumen sintético de la tipología resultante

Como hemos indicado páginas arriba ésta no es *la* tipología de los jóvenes españoles sino *una* tipología, entre muchas posibles, de los jóvenes españoles. Antes de presentar de modo resumido lo esencial de cada tipo resultante, creo interesante relevar, muy breve y escuetamente, algunas notas.

En primer lugar, algunas coincidencias con otras tipologías. El tipo n.º 1.º de la presente tipología, al que hemos denominado «antiinstitucional» ya lo encontramos nítidamente en la tipología del año 1994. Con una proporción similar, el 5%. El elemento determinante en ambos casos es la legitimación de la violencia política (el terrorismo) y también el vandalismo callejero. En todos los intentos de tipologización, siempre han estado presentes. Estamos, pues, ante un grupo homogéneo y bien definido.

Por otro lado, en otra tipología reciente que he elaborado, en base a jóvenes vascos esta vez, y con otras cuestiones, he encontrado un colectivo muy similar al tercero de la presente tipología. Lo denominaba bajo la etiqueta de *apocado* y *retraído*, y lo caracterizaba «en su constitución por el retraimiento ante una serie de estímulos y factores habituales del modo de ser juvenil. En primero, y muy especial, lugar por el hecho de no salir con amigos, “ni de marcha ni en plan tranquilo”... No es amante de novedades, no es experimentador, no es buscador de nuevas sensaciones, no busca el éxito en el trabajo, tampoco ganar dinero (pese ser un grupo con bastantes jóvenes ya trabajando), no es un deportista arriesgado, tampoco amante de las aventuras. ...son los que menos tabaco, alcohol y drogas ilegales consumen... y provienen de estratos sociales algo más bajos que los de la media poblacional». (Elzo, 99). Como se ve, un perfil con elementos muy similares al que hemos encontrado en la presente tipología, lo que nos hace pensar, con base fundamentada, que hay un colectivo importante de jóvenes, en nuestra sociedad, que han optado, voluntaria o involuntariamente, por el retraimiento, el apocamiento, la seguridad de la vida «sin historia y sin historias».

El lector atento observará que hay muchas afinidades entre el primer colectivo y el quinto, al par que hay también algunas similitudes entre los grupos 2.º y 4.º Los dos primeros tienen el eje conductor del anti-institucionalismo, del anticonformismo, de la búsqueda del placer, como uno de los nortes y ejes de la vida. Son los amigos las principales fuentes de su socialización. Les diferencia, les distingue a los unos de los otros, fundamental pero no exclusivamente, la actitud «pro-violenta» de los primeros.

Los colectivos 2.º y 4.º están más integrados socialmente. Son los que más a gusto se sienten en su vida. Son los que más contentos viven, más centrados, más felices. Son los más institucionales, sin que quepa decir que no sean moderadamente críticos. Les diferencia fundamentalmente la coloración religiosa de los *altruistas*, *comprometidos*, y la dimensión, básicamente laica, secularizada, de los segundos.

En definitiva, tenemos dos ejes que atraviesan los valores y sus sistemas en esta tipología. El primero y principal, el eje institucional-antisistema o ácrata (aunque esta expresión esté en desuso, es la que mejor los define) y el eje religioso (ligth así y todo) laico o secular. En medio, en tierra de nadie, aunque en parte voluntariamente autonegocados, están los jóvenes retraídos, apocados, «out».

No es baladí resaltar que en el caso de los grupos 1.º y 5.º, los anti-institucionales y los *libre-disfrutadores*, hay mayoría de chicos, a diferencia de lo que sucede en los otros

dos grupos mentados, el *altruista*, *comprometido* y el *institucional*, *ilustrado*, donde las chicas son mayoría. Esto es, en el eje «institucional-antisistema, ácrata», las chicas se encuentran en el primer polo. Se saben ya en el lado vencedor, si no en la práctica de la dirección, financiera y tecnológica del mundo adulto, donde todavía, como último reducto, aún mandan los hombres, sí montadas en la ideología montante. De todas formas creo que, estadística, y quizás también sociológicamente hablando, son los jóvenes de los grupos 3.º y 4.º, los *altruistas*, *comprometidos* y los *libredisfrutadores*, los adalides de las nuevas generaciones, al menos a corto plazo.

Los anti-institucionales del grupo 1.º, con manifestaciones de violencia política y vandálica, tendrán poco eco social, pese al que puedan encontrar en los medios de comunicación social. No digo que no existan. Incluso hay manifestaciones de auge de posturas intolerantes y xenófobas en nuestra sociedad. Pero no adquirirán la forma, burda y primaria, que se manifiesta en estos jóvenes (lo que no quiere decir que sea menos peligrosa, por sibilina). Estos jóvenes dejan el paso a los *libredisfrutadores*, uno de los dos grandes modelos de juventud en la España de fin de siglo, el de los jóvenes que viven para la fiesta. El otro modelo dominante es el de los *institucionales*, *ilustrados*, laicos, escasamente religiosos, moderados consumidores festivos de algunas drogas, practicantes del ocio cultural... Los jóvenes del grupo 2.º, los *altruistas*, *comprometidos*, sospecho que, estadísticamente, son flor de un día por lo de *comprometidos* y en lento retroceso por lo de *altruistas*, al menos en lo que tienen de «coloratura» religiosa.

En efecto, vamos a la institucionalización del humanitarismo, por un lado, por lo que la dimensión del compromiso en las ONG adquirirá perfiles que los asemejen a los jóvenes del grupo 4.º Por el otro, en lo que a la dimensión religiosa institucional, católica en España, se refiere, cabe decir que, muy probablemente irá clarificándose, decantándose hacia formas más minoritarias, de tal suerte que, más que hablar de reconstrucción de lo religioso, como señalaba en el estudio del 94, dentro de poco habrá que hablar de construcción, de nuevo cuño, de la dimensión religiosa en los jóvenes (aun con un peso de catolicidad de siglos que no se borra tan fácilmente) lo que supondrá, al menos durante un período no muy corto de la historia, unas cotas de singularidad y minoría social.

He aquí, de forma resumida, la tabla con los cinco tipos resultantes.

UNA TIPOLOGÍA DE JÓVENES ESPAÑOLES EN CINCO GRUPOS

N.º	Denominación	N.º de jóvenes	Porcentaje
1	Anti-institucional	193	5,00 %
2	Altruista, Comprometido	471	12,22 %
3	Retraído Social	1.094	28,30 %
4	Institucional, Ilustrado	1.143	29,67 %
5	Libredisfrutador	951	24,68 %
TOTAL		3.853	100 %

De forma muy resumida, hasta esquemática, con los riesgos que ello conlleva, así es cómo cabría presentar a los cinco grupos resultantes:

Grupo n.º 1: Anti-institucional (193 jóvenes, 5,00 %)

Este grupo, compuesto por un escaso 5% de jóvenes españoles, de los que dos tercios son chicos, se define, de forma clarísima, por representar al contingente de jóvenes españoles que se distinguen de los demás por legitimar y justificar dos formas de comportamientos violentos: el terrorismo y el vandalismo callejero. Tienen una confianza muy escasa en todo tipo de instituciones, como la Iglesia, las FFAA, la Policía y el Sistema de Enseñanza, así como en las instituciones públicas, como los Parlamentos (del Estado o el de sus Autonomías), la OTAN, las grandes empresas, la Justicia, etc. Conceden menor importancia que sus coetáneos a la familia, al trabajo, al hecho de llevar una vida digna y moral, a los estudios, al par que justifican en muy alto grado el aborto y el suicidio, la eutanasia y el divorcio. También justifican, más que la media, emborracharse a propósito, no pagar el bus, tomar drogas (marihuana o similares), aventuras extramatrimoniales, hacer ruido las noches de los fines de semana, impidiendo el descanso de los vecinos. Son los jóvenes que menos contentos dicen estar de la vida que llevan. Tienen la mayor tolerancia vecinal hacia los drogadictos, punkis y okupas, miembros de ETA, gente dada a la bebida. Por el contrario, son los que menos aceptan a trabajadores inmigrantes y extranjeros entre sus vecinos. En los parámetros de la religiosidad institucional católica, arrojan valores notoriamente inferiores a los de la media poblacional, y, en algunas dimensiones, los más bajos valores. Políticamente, es el colectivo que más a la izquierda se sitúa, con una más que notoria superrepresentación de jóvenes votantes a HB. Grandes consumidores de tabaco, alcohol, cannabis y demás drogas. Estamos ante el grupo que, en más alto grado, afirma haber sido víctima de acciones violentas, al par que agente activo (agresor) de la violencia. Hay notoriamente más vascos y navarros, y menos andaluces y valencianos.

Grupo n.º 2: Altruista, comprometido (471 jóvenes, 12,22%)

En resumen, tres notas sirven para definir a este grupo, con un 55% de chicas, que comprende al 12,22% de jóvenes españoles: son prácticamente los únicos que colaboran en una ONG, así como en una organización religiosa, y los que en mayor proporción realizan algún trabajo eventual. Son los que en más alto grado consideran la religión como algo relativamente importante en sus vidas. Conceden más importancia que la media, aunque menos que los del grupo cuarto, a la familia, el trabajo, a llevar una vida moral digna, a los estudios, a formarse profesionalmente. Por el contrario, son los que menos valoran el hecho de ganar mucho dinero y llevar una vida sexual satisfactoria. Dan la más baja justificación de la eutanasia, el aborto y el suicidio de los cinco grupos que conforman esta tipología. Se sienten contentos con la vida, más contentos que la media de sus coetáneos. Son los más religiosos (católicos) de los cinco grupos de la tipología, los que más a la derecha se sitúan y los que más a la derecha sitúan a sus padres. Son los jóvenes que antes llegan a casa las noches de los fines de semana. Están entre los que menos drogas, legales e ilegales, han consumido, aunque en este punto no hay grandes diferencias en los consumos de los componentes de los grupos 2.º, 3.º y 4.º Han sido víctimas de la violencia en proporciones muy similares a las de la media poblacional, pero victimarios en mucha menor proporción. Mayor presencia de andaluces y castellanos que en la media poblacional.

Grupo nº 3: Retraído social (1.094 jóvenes, 28,3% del total)

Joven muy retraído socialmente, como en un segundo plano respecto de las corrientes y hábitos mayoritarios de sus coetáneos. De extracción social algo más baja que la media, con una mayoría masculina, se dan en su grupo dos características que en su contraposición lo delimita y define muy bien: son los más jóvenes y los que en menor grado están estudiando. Además, los que estudian, lo hacen singularizándose en este punto de los demás, porque así lo piden sus padres y no porque estudiando piensen realizarse. Al retraimiento social se une el retraimiento personal. Son los que menos leen, los que a menos conferencias y coloquios asisten, los que menos trabajan con un ordenador... Preocupados por las drogas como uno de grandes problemas del país, aunque las consumen en menor cantidad que sus coetáneos, por el contrario están algo menos sensibilizados por los problemas de pobreza, marginación y medio ambiente. Son los que menor confianza conceden a los sindicatos. Rechazan más que la media a los drogadictos, homosexuales, personas con sida, punkis y okupas, y menos que la media a los neonazis, sin que pueda decirse en absoluto que lo sean o que simpaticen con los neonazis o gentes de la extrema derecha. Aunque cabe decir que, sociológicamente, son de una derecha moderada, lo esencial a resaltar, en este punto, es que son los jóvenes para quienes la política es menos importante en sus vidas. Realmente resulta difícil decir qué es importante para ellos en la vida. Al menos algo, que por el interés que les suscite, los diferencie de los demás. Se distribuyen con relativa uniformidad por toda la geografía española.

Grupo nº 4: Institucional, ilustrado (1.143 jóvenes, 29,67% del total)

Estamos ante un joven que tiene la máxima confianza, de los cinco grupos de nuestra tipología, en las instituciones públicas (Parlamentos, OTAN, Justicia, Policía, FFAA, Prensa, Sindicatos, UE, Enseñanza, Seguridad social, grandes empresas), presenta los más bajos valores de los cinco grupos en los parámetros de la transgresión y del hedonismo (emborracharse, tomar drogas, aventuras extramatrimoniales, relaciones sexuales entre menores, engañar en el pago de impuestos, mentir en interés propio, hacer ruido las noches de los fines de semana, causar destrozos en la calle, el soborno) y que visita museos y exposiciones, asiste a conferencias, lee libros y trabaja con el ordenador con mayor frecuencia que los demás. Es el colectivo con mayor presencia femenina de los cinco grupos. Son los que más contentos dicen estar con la vida y los que en mayor grado manifiestan tener libertad para escoger sus opciones preferentes. Se llevan muy bien con sus padres, con la menor distancia en las formas de pensar, padres e hijos, de los cinco grupos, en casi todas las cuestiones. Más religiosos que la media, especialmente a la hora de considerar los nuevos movimientos religiosos como formas válidas de religión. El que más en el centro político se sitúa, el más partidario del euro, con superrepresentación de jóvenes de CIU y también del PP así como, aunque algo menos, del PSOE. Ninguno de HB. Consumen menos droga que la media poblacional y son, notoriamente, los que en menor grado han sido víctimas o victimarios de diferentes modalidades de violencia, puesta a la consideración de los jóvenes. En definitiva, grupo con aceptación razonable de las instituciones públicas, relativamente ilustrado, con valores más laicos que tradi-

cionalmente religiosos, «de centro», consumidor moderado de drogas, abierto al nuevo mundo, es quizás, con el joven del grupo 5.º, uno de los dos prototipos, estadísticamente hablando, que mejor representa uno de los dos perfiles del nuevo joven (la nueva joven, mejor, en este caso) en este final de siglo y, probablemente, adalid del próximo. Más catalanes y, sobre todo, gallegos, y menos vascos y navarros que en la media, dicho sea, repito, con el cuidado que las bajas submuestras imponen.

Grupo n.º 5: Libredisfrutador (951 jóvenes, el 24,68 % del total)

Colectivo de edad ligeramente superior a la media, con predominancia masculina, con mayor presencia de habitantes en las grandes ciudades, el que de más dinero de bolsillo dispone y que, básicamente, es un disfrutador, un «libredisfrutador», para quien lo esencial de la vida es «andar por libre» y «pasarlo lo mejor posible». Así, son los que en más alto grado valoran el hecho de ganar dinero, llevar una vida sexual satisfactoria, estar con sus amigos y conocidos, así como el tiempo libre y el ocio (notoriamente, más que la familia), ir de bares y cafeterías. El resto es secundario para la gran mayoría. Los jóvenes de este grupo son anti-institucionales, aunque en menor medida que los del grupo primero, bien que, la mayoría, lo son más por distanciamiento vital, desinterés y ninguneo del papel de las instituciones que por distancia crítica o ideológica, aunque entre ellos hay un subgrupo (alrededor del 15 ó 20%), bastante ideologizado. Pero, todos o casi todos, no justifican prácticas violentas en la manifestación de su rechazo institucional. Son, después de los jóvenes del grupo 1.º, los que menos contentos dicen estar con la vida que llevan. El lugar de socialización por excelencia para ellos lo encuentran entre los amigos. Presentan muy escasos valores en los parámetros de la religiosidad católica, pero no así en las modalidades pseudorreligiosas (horóscopos, videntes, etc.) donde siguen la media e incluso la superan ligeramente, así como en los nuevos movimientos religiosos. Políticamente, se posicionan más a la izquierda que la media, aunque son pocos los que lo hacen en izquierda extrema. Máximos bebedores de alcohol los fines de semana, también consumen más drogas ilegales que la media poblacional. Es, junto al grupo anteriormente presentado, el grupo 4.º, el otro modelo dominante en esta sociedad de fin de siglo. Algunos andaluces y castellanos menos, algunos madrileños y valencianos más, y bastantes más vascos que en la media.

3. UNA PRESENTACIÓN IDEALTÍPICA DE LOS JÓVENES ESPAÑOLES DE CAMBIO DE MILENIO

Quizás lo primero y esencial a señalar es que estamos ante una juventud que valora por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro, del gran relato, de las grandes cuestiones sociales y políticas. Hace años, con motivo del estudio del año 89, señalaba que los jóvenes querían insertarse, aun críticamente en la sociedad, a diferencia de la generación anterior que pretendió cambiarla, e incluso algunos, los más pudientes, los de clase social más alta y sin problemas de empleo y dinero, pretendieron cambiarla radicalmente. Los jóvenes del 99, ya lo apunté tí-

midamente tras el estudio del año 94, han dejado de lado, no solamente toda ínfula revolucionaria sino también las demandas de integración social: sencillamente se saben dentro, aunque aparcados, en «stand by». Además muchos se sienten felizmente aparcados, temerosos de pasar de la realidad virtual del nicho escolar y familiar a la realidad real de una intemperie competitiva, dura, ramplona y pesetera, en la que «el que vale vale y el que no al Indautxu» como decíamos metafóricamente en mi juventud para significar que uno no servía para el Athletic.

Se ha dicho muchas veces que los jóvenes son apolíticos. Y los datos que encontramos en este trabajo parecen avalarlo. Pero cabe preguntarse si el apoliticismo de los jóvenes en realidad no habría que entenderlo desde, al menos, dos claves complementarias: por un lado su acentuación por el mundo proxémico, por el pequeño relato, el presentismo, los problemas en lo cotidiano, etc., y por el otro en la incapacidad que ellos perciben del mundo de lo político de resolver el problema que más les importa, a saber, la perspectiva del paro a medio plazo, y su sensación de exclusión social en el presente, bajo formas diversas, sea «aparcados» en la enseñanza, sea en modos de diversión alejados, sea, incluso, bajo la forma de ser «jóvenes-objeto» de dádivas, atenciones obsequiosas, estudios más o menos sesudos (como el presente trabajo, que no leerán más de cuatro), prédicas de todo tipo... al par que, salvo unos pocos, la mayoría viven en «stand by», muchos, demasiados años, cobijados en el techo (nicho dicen otros) familiar.

En todo caso y ateniéndonos a los criterios tradicionales digamos que los jóvenes españoles del 99 se posicionan en el punto 4,56 en una escala donde 1 indica el punto extremo de la izquierda y 10 el de la derecha. En otras palabras, están en el centro izquierda. Ese punto era de 4,61 el año 94, luego la juventud española se ha escorado ligeramente a la izquierda en estos últimos cinco años. Venía del 4,74 el año 89 y de 4,24 el 84. Esto es, la juventud se ha ido escorando hacia la derecha entre los 84 y 89, el momento de máxima credibilidad del socialismo en el poder, y a partir de ahí se va colocando algo más a la izquierda, ya el socialismo a la defensiva y con la derecha en el poder estos últimos años pero sin llegar, ni de lejos al punto 4,24 del año 84. La juventud, tenida como conformista, muestra con estos datos lo contrario. Siempre rebeldes frente al poder. Cuando gobierna la izquierda ellos se escoran a la derecha y ahora que gobierna la derecha se escoran hacia la izquierda. Como siempre, afortunadamente, una trainera por delante de la sociedad adulta.

Los jóvenes de hoy no quieren otra revolución que la de todos los días, la que les haga sentirse mejor en su piel, más cómodos, más asentados, más felices. Son presentistas. Pero de ahí no se concluya que sean egoístas, por utilizar por comodidad de expresión un término moralista que a menudo se les aplica, demasiado rápidamente. En efecto estos jóvenes no aceptan la injusticia, son solidarios, puntualmente solidarios es cierto, pero toda la sociedad lo es y, de hecho son ellos (algunos, claro) los que no dudan en «perder» uno o dos años de su vida para irse, por ejemplo, a América latina en un programa de cooperación al desarrollo, o trabajar por implementar el 0,7% en España, protagonizar en Euskadi la revuelta contra ETA y los suyos, acabar con el servicio militar obligatorio y demás alternativas paramilitares... Son los jóvenes los que en mayor grado aceptan al diferente, sea bajo la forma de singularidad sexual (así con los homosexuales, auténtica revolución en la normalización de las prácticas sexuales) sea como consecuencia de haber contraído alguna enfermedad problemática (así con el SIDA), sea con los

emigrantes, las gentes de otra raza, etc. Es verdad que hay un riesgo evidente de aumento de actitudes xenófobas en la sociedad española. También en su juventud, pero hay que añadir, a renglón seguido, que son los jóvenes los más receptivos, cuando no los propulsores, de muchas políticas de mestizaje social y cultural. Más aún, no creo equivocarme si digo que el gran dilema de conjugar el mantenimiento de la historia y de la tradición, de la singularidad regional o nacional propias con la globalidad y uniformidad planetaria así como con el aumento inevitable de la, se a va resolver, en gran medida, en la práctica consuetudinaria de los jóvenes, en el intercambio universitario, en los desplazamientos laborales, en los viajes, en los chats de Internet, en una práctica cada día mayor de encuentros, lazos, intercambios, etc. No en todos los jóvenes. No en los «retraídos sociales» de nuestra tipología. Pero estos están «out»... aunque siempre potencialmente peligrosos.

No quiero olvidarme de un punto desgraciadamente de moda: la violencia juvenil. No se puede en un estudio de estas características controlar los perfiles de los sectores minoritarios radicalmente violentos: skin heads, jóvenes de Jarrai, etc. Pero podemos determinar, amén de actitudes ante la violencia, la cuantificación de comportamientos violentos en los jóvenes. Resaltaría aquí dos ideas. En primer lugar decir que hay tantos jóvenes violentos como jóvenes que han sido violentados, aunque en no pocos casos se trate de los mismos jóvenes. En efecto, y será la segunda nota, hay dos espacios donde se manifiesta prioritariamente la violencia juvenil: en los lugares de ocio y diversión donde los jóvenes violentos son, al mismo tiempo, los violentados (y aquí la correlación con los consumos abusivos de alcohol y drogas es evidente), y, segundo espacio de violencia, en la propia familia, gran cifra negra de la violencia. Algunas cifras. El 16% de los jóvenes españoles dicen que sus padres le han pegado (sin que podamos precisar más), mientras que el 14% señalan que han participado activamente en peleas con sus padres. Por otra parte el 11% significan haber sufrido alguna agresión física por desconocidos, cifra que se dobla entre los que dicen haber consumido más de 20 veces cannabis en su vida.

Los jóvenes propugnan con mayor énfasis las «virtudes públicas» que las «virtudes privadas». Así la permisividad cívica es cada vez menor (con la excepción de las molestias que originan los fines de semana) al par que son más tolerantes con la mayoría de las virtudes privadas, como el aborto, el suicidio (en alarmante crecimiento), la eutanasia (que lleva años siendo más legitimada que el aborto) y el divorcio, pero lo son cada vez menos con las «aventuras fuera del matrimonio», dato este que siempre he interpretado como la de una implícita demanda de fidelidad, de norte y hasta de seguridad.

A pesar de antes señalado quiero decir que otro rasgo central de estos jóvenes es el de su implicación distanciada respecto de los problemas y de las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar las preocupaciones y el tiempo disponible. Siempre he pensado que en la utilización del tiempo libre durante los fines de semana el problema mayor no está (aunque también) en la ingesta abusiva y compulsiva de alcohol y otras drogas con las consecuencias sabidas, sino en una especie de autismo social, aderezado de fusión orgiástica de pares, que los deja tirados al día siguiente para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevar-

se a cabo durante las horas diurnas. Por eso he insistido, y lo repito aquí, que en los actuales jóvenes hay un hiatus, una falla, entre los valores finalistas y los valores instrumentales, cuestión que también resalta González Blasco en las últimas líneas de su capítulo. Lo digo con mis palabras: los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas, (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.) a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficits que presentan en valores tales como el esfuerzo, la auto-responsabilidad, el compromiso, la participación, abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho, etc. Pienso que la escasa articulación entre valores finalistas y valores instrumentales está poniendo al descubierto la continua contradicción —amén de la dificultad— de muchos jóvenes para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal, allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida.

Cada vez menos religiosos, estamos ya de lleno ante una generación que no ha sido socializada religiosamente. No solamente no saben nada ni de fe ni de cultura religiosas, sino que ni sienten la necesidad de saber nada. Es un mundo que les he es ya lejano, más aún, inexistente. La pregunta religiosa ha desaparecido de su horizonte vital. Este es uno de los puntos en los que observamos mayores diferencias en la evolución de los datos de los diferentes estudios que llevamos realizando estos últimos años. Salvo cambios radicales todo hace pensar que dentro de poco habremos de utilizar, aplicándola a España, la expresión que hace años leí en un texto de Touraine, refiriéndose a su país, como «la France ex-catholique».

Tienen unos equipamientos materiales como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio, a bajo costo y con escasa exigencia, inéditos. Tienen consejerías, concejalías, institutos y demás entidades específicos para la juventud, por doquier. Nunca se han construido más equipamientos juveniles que estos años. Tienen descuentos (como los mayores, dicho sea de paso, cuyos análisis tienen muchos aspectos comunes con los estudios de la juventud) en mil sitios o circunstancias. Para viajar por ejemplo. Se dicen razonablemente satisfechos, contentos con su familia, con la escuela, con sus amigos y, los estudiantes, hasta con sus profesores. Aunque consideren el paro como el principal problema, de hecho se nota ya que sienten menos angustia ante el futuro que los jóvenes de no hace más de cinco años. Además ya sabemos que, dado el bajón de la natalidad española, los jóvenes españoles son cada vez menos numerosos, en un momento de bonanza económica.

Se sienten y, cuando se les pregunta, se dicen libres, pero no están libres. Tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años, demasiados años, en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen. Nunca tantos jóvenes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no estén muy condicionados por la impronta familiar. Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Esta es su ventaja y su riesgo. De ahí que algunos se hagan JASP y dirijan empresas u ocupen altos cargos

rozando la treintena y otros traspasen esa edad descolocados, desbrujulados, los más afortunados viviendo de sus padres, los otros, sencillamente malviviendo, errando, la mayoría de los jóvenes estando en medio de ambos polos. Todo se juega en el itinerario personal, en el tránsito individual de la adolescencia a la vida adulta, precisamente en la juventud.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUINAGA, J., y COMAS, D. (1997): *Cambios de hábito en el uso del tiempo*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1996): *Sistemas de valores en la España de los 90*, Madrid, CIS, Siglo XXI.
- CAMPICHE, et alii.: *Cultures jeunes et religions en Europe*, Ed. du Cerf, París, 1997.
- ELZO, J. (dir.): *Las culturas de las drogas en los jóvenes: ritos y fiestas* (Pendiente de publicación).
- ELZO, J., y LAESPADA, M. T. (1996): «El alcohol y la noche», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 37, INJUVE.
- ELZO, J., et al. (1994): *Jóvenes españoles 94*, Madrid, Fundación Santa María, Ediciones SM.
- ESTER, P.; HALMAN, L., y MOOR, Ruud de (1993): *The Individualizing Society*, Tilburg University Press.
- FERENCZI Thomas (compilador): *Quelles valeurs pour demain?* (textes du neuvième Forum «Le Monde», Ed. du Seuil, París, 1998.
- Futuribles*, núm. 200 (juillet-août, 1995). «L'Evolution des valeurs des Européens», París, 1995.
- GONZÁLEZ ANLEO, J.: «La religiosidad española: presente y futuro», en AA. VV.: *La Iglesia en España*, Edit. PPC., Madrid, 1999.
- GONZÁLEZ BLASCO, Pedro: «Reflexiones sobre los valores y su uso en sociología», en KAIERO A. (editor), *Valores y estilos de vida*, Ediciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 1994.
- INGLEHART, R. (1998) (1.ª edic. en inglés: 1997): *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS, Siglo XXI.
- MARTÍN SERRANO, M. (1994): *Historia de los Cambios de Mentalidades de los Jóvenes entre 1960-1990*, Instituto de la Juventud, Madrid.
- PINILLOS, Jose Luis: *El Corazón del Laberinto*, Editorial Espasa, 1997, 361 páginas.
- RUIZ OLABUÉNAGA, J. I. (1998): *La juventud liberta: género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao.
- SARTORI, G. (1998): *Homo Videns. La Sociedad Teledirigida*, Taurus, Madrid.

Juventud y solidaridad

ANTONIO GUTIÉRREZ RESA*

Tiempo ha que escribía Max Scheler sobre la «Necesidad e inevitabilidad de la destrucción de los valores», así como sobre el «artista del placer».† Al modo que tienen de ocurrir las cosas sin que podamos hacer nada, lo sentiremos como inevitable o como «trágico» según el filósofo. Lo que decía Max Scheler no es ni más ni menos que lo que ocurre en la actualidad cuando nos referimos a los valores y los comparamos con los de antaño: unos valores van quedando en desuso, y otros cobran nueva actualidad. En el caso de la solidaridad, que la entendemos como valor social y como rasgo que caracteriza a los jóvenes, según el CIS/Instituto de la Juventud (1997) ocupa el tercer lugar porque es citada por el 56% de los jóvenes, detrás del consumismo (90%) y del trabajo (56%). Ahora bien, la solidaridad como rasgo heredado de los años 60 ocupaba entonces el cuarto lugar con el 28%, mientras que en 1994 se trata de un rasgo que caracteriza al 25,9% de los jóvenes y en 1999 al 27,9%. Luego los jóvenes se ven a sí mismos igual de solidarios hace 6 años que acabando el siglo XX y en sintonía con el puesto que ocupaba la solidaridad en la generación de los sesenta.

La solidaridad ocupa el sexto lugar de trece rasgos, con el 27,9% en 1999, mientras que otros rasgos como el consumo, la rebeldía, la independencia, el presentismo, y la lealtad a los amigos, están por delante y caracterizan a los jóvenes en general. Es el modo que tenemos de medir la solidaridad de los jóvenes. Seguramente que no es satisfactorio del todo porque las cosas son más complejas, pero se trata de un método que cumple unas reglas y construye o define una realidad: en este caso, y de modo cuantitativo, la solidaridad de los jóvenes. No medimos a los jóvenes por modelos tipos, y sin base empírica, como aquellos que le servían a M. Scheler para clasificar a los hombres según tales ideales: el artista en el arte de la vida, el conductor espiritual de la civilización, el héroe, el genio y el santo. No obstante, merece la pena prestar alguna atención al «Artista del Placer» como modelo, porque parece reunir bastantes características de las que hoy en día definen a nuestra sociedad y a los jóvenes de fines de siglo. Para Max Scheler el artista del goce se rige por el principio del placer sensorial agradable que nos conduce al sumo placer por encima de cualquier otro valor superior. Luego cualquier sacrificio tendría sentido si existen valores superiores a lo agradable y al placer. Es claramente egoísta porque el placer lo disfruta cada uno y busca en el lujo nuevas cualidades de lo agradable. «El artista del goce es un nieto y no un abuelo (decadencia)». Posiblemente aquel nieto ha alcanzado la juventud en la actualidad, caracterizándose además de lo dicho por

* Universidad de Zaragoza.

1 MAX SCHELER: *El santo, el Genio, el Héroe*, Nova, Buenos Aires, 1971, págs. 101-102 y 157-169.

ser tolerante, trabajador, egoísta, maduro, con poco sentido del deber y del sacrificio, y finalmente generoso. En definitiva, un complejo abanico de características, de valores, que se combinan en diversas proporciones y definen a los jóvenes de nuestros días. Cabría hablar posiblemente de aguas revueltas porque se combina la generosidad y el egoísmo, de una «Ética para naufragos» en cuyo océano cada sujeto busca y afirma aquellas evidencias morales que son para él las más claras y las mejor justificadas,² porque no parecen existir valores permanentes, fijos, inmutables.

1. ÉTICA Y SOCIOLOGÍA DE LA SOLIDARIDAD

Si hablamos aquí sobre ética y sociología de la solidaridad en relación con los jóvenes es porque los valores éticos o valores más objetivos, y la solidaridad como uno de ellos, dependen de las circunstancias, se han relativizado. Luego lo que es bueno o malo lo entendemos según sea útil para nuestras vidas, incluida la solidaridad. Toda una definición social además de lo aceptable o rechazable, de lo admitido o prohibido, realizable o evitable que nos sirven de referentes cuando actuamos ante los demás. No obstante, y a pesar de lo dicho, podemos precisar algo más añadiendo que: cuando se habla de ética no se habla únicamente de posibilidades relacionadas con el sexo, ni de un sistema ideal pero sin excesiva validez práctica, ni de algo que sólo se entiende en el contexto de la religión, ni finalmente, de algo puramente relativo, subjetivo, donde no entra el uso de la razón.³

La ética va del bien y del mal, de lo que es bueno y lo que es malo; claro que hay cosas buenas y malas que no nos convienen, para nuestra salud, en nuestras relaciones humanas. Precisamente por eso, porque debemos ensayar desde nuestra libertad individual y creatividad aquello que nos va bien, es por lo que semejante modo de vivir, saber vivir, arte de vivir, constituye en definitiva la ética. Ahora bien, «nos ha sorprendido constatar que la sociedad actual valora la libertad por encima de todo, pero una libertad sin voluntad. Este divorcio de dos conceptos que siempre estuvieron emparejados nos parece un acontecimiento notable».⁴

En el día a día nos movemos, actuamos, como nos recuerda Fernando Savater, por órdenes, por costumbres, y hasta por caprichos. Son las motivaciones, las que nos mueve a actuar; sin embargo, sabemos por experiencia, que aquello que hacemos, en el momento en que desaparece el miedo que lo provoca o el cansancio de la rutina, lo dejamos de hacer y probamos otros modos de actuar, de vivir, permitiéndonos hasta determinados caprichos.⁵ No obstante cuando las cosas se ponen difíciles, o cuando reflexiona por sí mismo, uno suele actuar, decide actuar, en función de su bienestar personal, de lo que

2 JOSÉ ANTONIO MARINA: *Ética para naufragos*, Anagrama, Barcelona, 1995, págs. 36-55.

3 PETER SINGER: *Ética práctica*, 2.ª Edición, Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1995. Texto que plantea problemas como las minorías étnicas, la igualdad para las mujeres, el uso de los animales como alimento o para la investigación, la conservación del medio ambiente, el aborto, la eutanasia, la obligación de los ricos de ayudar a los pobres.

4 JOSÉ ANTONIO MARINA: *El misterio de la voluntad perdida*, Anagrama, Barcelona, 1997, pág. 38

5 Incluso el capricho como un deseo tornadizo nos mueve a la acción en un momento determinado. Se trataría de un sentimiento superficial. Ver JOSÉ ANTONIO MARINA (1996): *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona, 1996, págs. 30 y ss.

más le conviene para su vida. Luego se trata de lo bueno para cada uno de nosotros, de lo bueno porque nos ayuda a vivir como seres humanos que somos, de acuerdo con nuestra reflexión y razón.⁶

No es tan fácil de acertar con aquello que es bueno para cada uno de nosotros porque el contexto social en el que nos movemos confluyen cuatro ámbitos básicos que en definitiva nos dividen. Nos referimos a los ámbitos del dinero, el poder, las ideas y las relaciones humanas.

RUPTURA DE LA UNIDAD PERSONAL AL «VIVIR EN CUATRO MUNDOS»
(Dificultad de lograr compatibilizar los cuatro principios)

Ámbito	Orden	Principio	Estructuras
Dinero	Económico	Eficacia	Propias burocráticas
Poder	Político	Legitimidad	De participación
Ideas	Cultural	Gratificación/ autorrealización	Sancionadoras/ otorgadoras de estatus
Relaciones	Social	Comunicación	Relaciones

FUENTE: Pedro González Blasco (1999): *Jóvenes españoles 99*.⁷

Cada uno de estos ámbitos tiene un orden propio, con estructuras propias y con principios propios. Ámbitos que tratamos de combinar y armonizar para conseguir nuestro propósito de vivir la vida más agradable prefiriendo unas cosas antes que otras. Sólo que elegir supone esfuerzo, posibilidad de equivocarse, y desde luego identificarse ante los demás, construirse progresivamente, autorrealizarse.

Intentamos decir que la ética trata de valores y que por tales entendemos los que nos ayudan a vivir bien, lo que es bueno para nosotros, lo que nos permite ser lo que queremos ser. Y lo que decimos sobre los valores no es algo baladí, porque está asumido por la sociedad que unos valores tienen más aceptación que otros. En economía, por ejemplo, también existen los «valores» que cotizan en bolsa, operando con valores intangibles o valores añadidos, entre algunos de los significados que son útiles para la citada ciencia. Ahora bien, descartando los valores objetivos o permanentes, nos vamos a referir a los valores sociológicos

Los valores, como la solidaridad, nos sirven para lo que acabamos de decir: para vivir cada día mejor, para proyectarnos, para autorrealizarnos. Premian o castigan lo que hacemos, nos sirven de instrumentos para otras cosas, solucionan nuestros problemas e incluso constituyen esas utopías que perseguimos en ocasiones. Los valores refuerzan lo que hacemos, nuestra conducta, porque en caso contrario significa que no tienen éxito, que no sirven para conseguir lo que nos proponemos ni refuerzan nuestras acciones anteriores. Precisamente por lo que estamos diciendo, porque los valores objetivos, los

6 Ver Ética para AMADOR DE FERNANDO SAVATER, Ariel, Barcelona, 9.ª edición de 1992.

7 PEDRO GONZÁLEZ BLASCO, en JAVIER ELZO, FRANCISCO ANDRÉS ORIZO, JUAN GONZÁLEZ-ANELO, PEDRO GONZÁLEZ BLASCO, MARÍA TERESA LAESPADA, y LEIRE SALAZAR: *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santamaría, Madrid, 1999, pág. 190.

absolutamente permanentes, no parece que existan, nos inclinamos más bien por los valores para nosotros, para quienes vivimos con ellos y de ellos. Es el caso de la solidaridad como valor que nos ayuda a vivir. Pero ¿A cuántos jóvenes?

Nos interesa saber cuántos practican la solidaridad, cuántos jóvenes son voluntarios. No de otro modo vamos a salir de dudas. De este modo si hablamos de la sociología de la solidaridad es porque de algún modo queremos medirla, saber qué consideración tiene entre las personas jóvenes. Qué puesto ocupa la solidaridad entre las prioridades que manejan los jóvenes para vivir como mejor saben hacerlo. No olvidemos que ya a principios de la década de los años 90 el 59% de la sociedad se inclinaba mayoritariamente porque lo que es bueno o malo dependía completamente de las circunstancias del momento, mientras que para el 23% existían líneas directrices absolutamente claras sobre lo que era el bien y el mal, aplicándose siempre a todas las personas, cualesquiera que fueran las circunstancias. En otras palabras, las circunstancias y lo relativo eran dominantes.⁸ Queda bastante claro que la mayoría de los jóvenes, como el conjunto de la sociedad, se orientan por valores como la solidaridad, que están sometidos al paso del tiempo y a situaciones concretas.⁹

El joven solidario, entonces, es aquel que se conduce, que actúa, que es voluntario en una organización dedicándole unas horas a la semana durante dos o más años. Lo hace porque se pone en el lugar de los demás. Se trata de jóvenes concretos capaces de actuar voluntariamente que alcanzan un determinado porcentaje y que únicamente ellos demuestran un comportamiento solidario. No obstante quiero acabar este punto y preparar el siguiente, refiriéndome a esa aparente contradicción entre el individualismo existente y la solidaridad... ¿es que son compatibles? «Los hechos sociológicos son contradictorios, lo que puede ser un síntoma de un cambio cultural. Se dice que los norteamericanos son cada día más individualistas, pero según las encuestas, ochenta millones de americanos participan en algún tipo de actividad humanitaria de carácter voluntario. Cada voluntario dedica una media de cinco horas a esas actividades, lo que haciendo cuentas arroja veinte millones de horas de servicio sin ánimo de lucro. Por otra parte, crecen vertiginosamente las comunidades virtuales, las tribus informáticas, las interacciones, comienza a hablarse de ciberdemocracia. —Los datos no casan con los marcos teóricos que teníamos—. Tal vez está apareciendo una nueva autonomía, a tiempo partido. A ratos individualista, a ratos diluida en la Red, a ratos compasiva, a ratos egoísta. Están sucediendo cosas muy interesantes».¹⁰

2. CAMBIO DE VALORES

No es que cambien los valores como cambian los precios de las cosas en el mercado. Sin embargo ya venimos diciendo que los valores ontológica y metafísicamente, como algo independiente, no se aceptan. Lo que entendemos por valores en cuanto dependientes de la sociedad, de los sujetos que la componen, sí que van cambiando, transformán-

8 FRANCISCO ANDRÉS ORIZO (1991): *Los nuevos valores de los españoles*, S. M. Madrid, 1991, págs. 93 y ss.

9 Ver RICHARD RORTY: *Objetividad, relativismo y verdad*, Paidós, Barcelona, 1996, pág. 39. Ver del mismo autor: *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, págs. 15 y 110; *Pragmatismo y política*, Paidós I.C.E./U.A.B.P., 1998, págs. 23 y 66.

10 JOSÉ ANTONIO MARINA: *El misterio la voluntad perdida...*, págs. 226-27.

dose como el conjunto de la misma sociedad. La sociedad expresa sus preferencias y las jerarquiza, colocando unas delante de otras. Es así como nos planteamos hablar de cierto cambio de valores, cosa que solemos hacer sociológicamente, midiendo cada cierto tiempo colectividades amplias de personas o muestras —válidas y en ciertos niveles de significancia— de las mismas.¹¹ Por eso precisamente, las preferencias, lo que deseamos, nos interesa en cuanto refleja el comportamiento del conjunto según los valores deseados.

Las referencias que hacemos en este apartado tienen que ver con los valores de los jóvenes españoles, porque es un modo de saber con más profundidad lo que sienten, piensan y hacen, y porque los jóvenes son el relevo generacional que constituye la posibilidad de cambio y transformación de nuestra sociedad. También debemos aclarar que cuando hablamos de los jóvenes lo hacemos al mismo tiempo de la sociedad, aunque teniendo en cuenta que como parte diferenciada participa de la sociedad a la que nos referimos. Cada vez hay más elementos comunes entre jóvenes y adultos y no existe por tanto ninguna ruptura generacional que los separe y distinga netamente. Como recuerda Andrés Orizo «El fenómeno forma parte de un proceso general de convergencia entre la sociedad española y las europeas occidentales en cuanto a valores y disposiciones básicas se refiere (Andrés Orizo, 1997)... Los mismos jóvenes acusan este proceso y en cada encuesta se ven más cerca de los padres, de la gente mayor, o son éstos los que se han acercado a los primeros. Si se pregunta a los adultos y mayores, en cambio, se registran reticencias y reservas con respecto a tal acercamiento, que disminuyen dentro de los límites familiares (EUROPEAN COMMISSION, 1993)».¹² Si jóvenes y adultos comparten valores como el respeto por la vida, la paz o la libertad, en cambio participan más activamente los primeros en valores como la igualdad-solidaridad, amor-emoción, tolerancia y autenticidad-verdad. También comparten jóvenes y adultos determinados valores instrumentales como el sentido de la responsabilidad, las buenas maneras, el respeto por los demás, el afán de superación y la lealtad. Si embargo los jóvenes no comparten tanto o están para ellos más bajos, valores como la honradez, la disposición a trabajar duro, el sentido de lo religioso y el sentido de la economía y del ahorro. Por contra superan a los adultos en alegría de vivir, disfrute, imaginación, independencia, dominio de sí mismo y autocontrol.

CATEGORÍAS Y RASGOS DE LOS JÓVENES

Herencia clásica (años 1960)	Herencia posmoderna (año 1999)	Las virtudes «de siempre»
Rebelría (43%)	Consumismo (46%)	Espíritu de trabajo (25%)
Independencia (38%)	Tolerancia (27%)	Lealtad (30%)
Presentismo (32%)	Egoísmo (22%)	Madurez (21%)
Solidaridad (28%)	Poco sentido del deber (21%)	
Generosidad (14%)	Poco sentido del sacrificio (17%)	

FUENTE: Juan González-Anleo.¹³

11 PEDRO GONZÁLEZ BLASCO: «Reflexiones sobre los valores y su uso en la sociología», en *II Jornadas de Sociología*, abril de 1993: Valores y Estilos de Vida, Universidad de Deusto, Facultad de CC. PP. y Sociología, Bilbao, 1994.

12 Citado por ANDRÉS ORIZO en JAVIER ELZO, FRANCISCO y otros: *Jóvenes españoles 99...* pág. 62.

13 JUAN GONZÁLEZ-ANELO en: *Jóvenes españoles 99...* pág. 76.

El mundo y la sociedad cambian y cambian también los valores porque surgen del conjunto de variables sociológicas, económicas, tecnológicas, culturales, etc. De entre esos valores de antes y de ahora comprobamos que el valor básico del voluntariado es la solidaridad y que se mantiene en un más que aceptable porcentaje, teniendo presente además que en otros estudios la solidaridad y la responsabilidad, son dos de los rasgos que caracterizan a los jóvenes y que los citan como tales más del 50%. Luego sin negar que se esté produciendo un cambio de valores, aquellos más directamente relacionados con el voluntariado como la responsabilidad, el compromiso, la solidaridad, sin perder vigencia se combinan con la predominancia de algunos de los nuevos valores y señas de identidad de la sociedad de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

EL CAMBIO DE VALORES

Valores de la modernidad	Valores de la posmodernidad
Lo holístico	Lo fragmentario
Lo absoluto	Lo relativo
La unidad	La diversidad
El gran relato	El pequeño relato
Lo universal	Lo particular
El Estado, el país	La ciudad, la región
Lo objetivo	Lo subjetivo
El esfuerzo	El placer
Lo fuerte	Lo light
El pasado/el futuro	El presente
La razón	La emoción
La ética	La estética
La certeza	La duda
Responsabilidad	La responsabilidad diferida
Secularización versus religión	Espiritualidad versus religión
El día	La noche
El trabajo	La fiesta
La utopía	La quimera
La construcción	La deconstrucción
La familia versus la comuna	La familia versus la pareja
Lo masculino	Lo femenino
Lo leído/hablado	Lo visto

FUENTE: J. Elzo.¹⁴

14 JAVIER ELZO en: *Jóvenes españoles 99...* pág. 407.

Es importante subrayar también el carácter claramente femenino de los voluntarios que participan en las distintas organizaciones. Aunque es importante el dato por sí mismo, adquiere especial significado cuando comprobamos el alza de los valores femeninos, así considerados por los jóvenes de género masculino.

BIPOLARIDAD: ¿VALORES MASCULINOS VERSUS VALORES FEMENINOS?

Más bien masculinos	Más bien femeninos
1 El cambio	1 La permanencia
2 La razón	2 El corazón
3 La ciencia	3 La fe
4 Nivel de vida	4 Calidad de vida
5 Competencia	5 Cooperación
6 Riesgo	6 Seguridad
7 Placer	7 Moral
8 Libertad	8 Igualdad
9 Uniformización	9 Personalización
10 Simplificación	10 Complejidad

FUENTE: Jacques Antoine: *valeurs de Société et stratégies des entreprises*. P.U.F. Paris, 1996, pág. 143.¹⁵

Además de constatar el alza de los valores femeninos, hemos de tener en cuenta que quienes más practican la solidaridad, los voluntarios, son mujeres (61%) y no hombres (39%). Posiblemente las causas por las cuales las mujeres se comprometen más efectivamente como miembros de las organizaciones de voluntariado, pueden ser varias: mayor disponibilidad de tiempo, más sensibilidad de conjunto con las necesidades de los demás, mayor predisposición a ayudar a otros, como también lo hacen aún en el interior del grupo doméstico, vivir en proporción mayor que los hombres en los tramos avanzados de edades, y quizás también una educación y socialización más orientada hacia la ayuda y servicio a los otros. Lo cierto es que, considerando los voluntarios activos de las organizaciones de voluntariado, nos encontramos con mayor número de mujeres que de hombres y que por colectivos se ocupan de las personas mayores, infancia, disminuidos físicos y marginados sociales; los hombres en cambio se ocupan más de enfermos y juventud. Añadamos que la ideología referida a los principios valorativos e ideas que caracterizan la forma de pensar y de actuar de la organización es un factor que atrae sobre todo a las mujeres y a partir de los treinta años, sean católicas practicantes o ateas.

Y no sólo eso, la permanencia, la calidad de vida, la cooperación, igualdad, moral, personalización, son valores femeninos que los encontramos entre los voluntarios/as. No en vano las conclusiones más importantes sobre los voluntarios tienen mucho que ver con los valores femeninos citados porque la mayoría son creyentes, católicos practicantes, se sienten personalmente satisfechos con su labor, autorrealizados, lo hacen movidos

por las necesidades humanas y tienen sentido de la responsabilidad y el compromiso. Precisamente la responsabilidad, el compromiso y el trabajar en equipo, son las tres principales características que se exigen a los voluntarios en su actuación. Incluso las mujeres confían más que los hombres sobre el destino que se da a los fondos económicos recibidos en las organizaciones.

El valor de la religiosidad también ha cambiado. La religiosidad práctica está en declive porque en la actualidad únicamente el 12% de los jóvenes dice ir semanalmente a la iglesia. Simplemente es un detalle externo de los valores religiosos, de los valores que siempre se han considerado referentes básicos para la ordenación de la vida, teniendo en cuenta que existen numerosas manifestaciones de religiosidad. Podemos decir entonces que determinados valores, creencias y normas que se han transmitido tradicionalmente están en claro declive porque se ha operado una transformación del esquema de valores en la sociedad; en otras palabras la sociedad se ha secularizado y sobre todo en aquellos países con mayor desarrollo del estado de bienestar. Más importante para nuestros intereses es saber que hay un progresivo descenso de jóvenes que dicen pertenecer a asociaciones de tipo religioso (3,5%) si lo comparamos con otros tipos de asociacionismo. Sí parece lógico pensar que son los jóvenes católicos practicantes los que más pertenecen (14,7%) a asociaciones religiosas porque tan sólo el 0,1 de los no creyentes/ateos pertenece a una asociación religiosa. Algunas de las creencias religiosas se mantienen (vida después de la muerte) pero descienden otras como creer en Dios y en el pecado.

Hablamos de jóvenes que practican la religiosidad porque para ellos mismos se espera de una persona religiosa un comportamiento ético, «ser una persona honrada», y una actitud de desprendimiento, «ayudar a los necesitados, marginados, excluidos...».16 Hemos de tener presente que así lo piensan el 45% de los jóvenes. Luego básicamente es persona religiosa quien cree en Dios y mantiene una actitud ética y humanitaria, a pesar de que entre los jóvenes existe una idea más amplia de lo que para ellos significa ser una persona religiosa.

Podemos decir, desde el punto de vista más práctico, que los jóvenes católicos practicantes son más deseables que otros porque son los que con más frecuencia trabajan como voluntarios en asociaciones de carácter solidario: 9,5 frente al 4,9 de media. También pertenecen a asociaciones religiosas diez veces más que los católicos no practicantes, y pertenecen a grupos y asociaciones benéficas cuatro veces más que los católicos no practicantes. Y son los que alcanzan un porcentaje mayor de asociacionismo, teniendo en cuenta que el 59% no pertenecen a ninguna asociación, frente al 77% de los católicos no practicantes, el 73% de los indiferentes agnósticos y el 72% de los ateos/no creyentes.17

Existe una notable relación entre los jóvenes que trabajan como voluntarios, pertenecen a asociaciones religiosas y benéficas y al mismo tiempo son personas religiosas. Queremos decir que las motivaciones son de orden religioso y humanitario y no de otra índole. Si es así podemos explicar que exista tan gran diferencia entre las actividades de ocio (colaborar con una ONG y en asociaciones religiosas) que les gustan a los jóvenes (57%) y aquellas de las citadas que realmente practican (9%).

16 JAVIER ELZO/JUAN GONZÁLEZ ANLEO en: *Jóvenes españoles 99...* pág. 286.

17 Id.: *Ibid.*, pág. 315.

3. JÓVENES SOLIDARIOS DEL 99

Los jóvenes a los que nos referimos tienen entre 15 y 24 años de edad y se los ha clasificado en cinco grupos: 1. Antiinstitucional, 5%; 2. Altruista, comprometido, 12,22%; 3. Retraído social, 28,3%; 4. Institucional ilustrado, 29,67% y 5. Libredisfrutador 24,68%. A primera vista el grupo que más nos interesa conocer es el de los jóvenes altruistas comprometidos que alcanzan el 12,22%. Como es obvio los cuatro grupos restantes además de no ofrecernos tanto interés, observamos que aunque alcanzan por separado tres de ellos porcentajes superiores, en su conjunto los jóvenes no constituyen un grupo homogéneo con claro dominio de uno de los grupos citados.¹⁸

El grupo de jóvenes (12,22%) altruista, comprometido, que son los que más confían en las organizaciones de voluntariado queda definido de la siguiente manera: un 55% son chicas, casi los únicos que colaboran en una ONG, así como en una organización religiosa, y los que en mayor proporción realizan algún trabajo eventual. Al hilo de estas tres características ya podemos confrontar lo que decíamos en el apartado anterior: la diferencia que existe entre los valores éticos más consistentes y los valores sociológicos. Si entendemos por los primeros los que encarnan este grupo de jóvenes altruistas comprometidos, podemos precisar y añadir: que sobre todo son los más religiosos (católicos), que además de valorar bastante a la familia, los estudios y la formación profesional, le conceden importancia a llevar una vida moral digna. Se pone de manifiesto que para el 12,22% de los jóvenes hay un conjunto de valores que definen claramente lo que es bueno para ellos. Sin embargo, para la mayoría, no podemos dejar de lado que si es complicado averiguar lo que es bueno, todavía lo es más saber por qué hay que hacerlo. Posiblemente sea así porque únicamente el 12,22% de los jóvenes lo pone en práctica. Luego si está tan claro que «debemos hacer el bien» ...¿por qué no hacen el bien todos los jóvenes? Si no lo hacen es porque no lo desean hacer, supongo; porque no lo consideran bueno. Luego ese deber hacer el bien sin más, no está tan claro y, nos resulta impositivo mientras no salga de nosotros mismos. Precisamente por esto último «Es urgente enlazar la moral con los sujetos que la hacen y la aceptan. Sin esta reconstrucción genealógica, los derechos y deberes se reciben como imponentes osamentas de organismos muertos». ¹⁹ Por eso Max Scheler hablaba de la subjetividad de los valores, «una especie de conciencia de algo en la cual nos son dados, a saber: en el percibir sentimental». ²⁰

El grupo de jóvenes altruistas y comprometidos es además quien menos valor le da a ganar mucho dinero, a llevar una vida sexual satisfactoria. Por el contrario están más contentos de la vida que la media, son los más tempraneros en llegar a casa los fines de semana, quienes menos drogas consumen, y quienes menos justifican la eutanasia, el aborto y el suicidio. Se sitúan políticamente más a la derecha que nadie y los que más sitúan a la derecha a sus padres.²¹

18 Nos referimos siempre que hablamos de Jóvenes 99 al estudio de JAVIER ELZO, FRANCISCO ORIZO, JUAN GONZÁLEZ-ANLEO, PEDRO GONZÁLEZ BLASCO, MARÍA TERESA LAESPADA y LEIRE SALAZAR: *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santamaría, Madrid, 1999.

19 JOSÉ ANTONIO MARINA: *Ética para náufragos...* pág. 230.

20 MANUEL A.; SUANCES MARCOS: MAX SCHELER. *Principios de una ética personalista*, Herder, Barcelona, 1976, pág. 62.

21 JAVIER ELZO en: *Jóvenes españoles 99...* pág. 36.

Este grupo de jóvenes altruistas y comprometidos, seguramente vive los valores que acabamos de mencionar porque a ciencia cierta los ha experimentado. De este modo distinguirá entre los valores vividos y los valores pensados. Y la experimentación de los valores está claro que afecta positiva o negativamente a las metas personales. Por eso mismo «Entiendo por valores vividos aquellos que están dados en una experiencia sentimental, en la que me encuentro implicado, que afecta a mis metas vitales, que me satisface o me mortifica. El valor deseable de una acción se percibe en el deseo...».²² Luego los valores, los que acabamos de mencionar y otros, se perciben directamente sin necesidad de más justificaciones. Es la experimentación el camino que escogemos no tanto para rechazar «las transmisiones paternas de estatus, roles y esquemas y diseños vitales, sino en un inédito grado de libertad y autonomía de los socializados receptores, los adolescentes y jóvenes, para utilizar y articular los elementos transmitidos por los agentes socializados: valores, normas, representaciones, creencias y perspectivas».²³ Naturalmente que pensamos lo que vivimos, pero he querido subrayar la necesidad de vivir sentimentalmente para que los valores éticos sean tan reales como la vida misma. Ahora bien, lo que deseamos unos y otros, a unos nos mueve a actuar de un modo y a otros de diferente manera. Así sucede porque lo quiero hacer, a pesar de que podría hacer otra cosa. ¿Qué está sucediendo? Que nos movemos a actuar por los valores sentidos y pensados al mismo tiempo o separadamente. Es posible que nuestro grupo de jóvenes altruistas y comprometidos, una los valores sentidos con los pensados haciendo prevalecer la voluntad o «la inteligencia valerosa» a la hora de actuar. No podría ser de otro modo teniendo en cuenta lo que nos cuesta a lo largo de nuestra historia particular, llegar a evidencias relativamente seguras. Aun con todo queda claro que nos podemos equivocar con la evidencias relativamente seguras, con las percepciones sentimentales, cuya mejor garantía es que la mayoría de la gente lo desea. Por eso mismo los valores que manifiestan tener los jóvenes son una clara manifestación del proceso personal de integrar lo heredado con sus experiencias positivas y negativas hasta llegar a definir su propia personalidad.

Desde el punto de vista sociológico lo que estamos viendo en la juventud son cinco grupos y sólo dos se aproximan al 30%. Existen otros tres grupos y por tanto ninguno prevalece, teniendo que admitir que se nos presentan cinco estilos de vida. Sabemos algunos de sus aspectos y comportamientos, pero nos falta tantos y tantos detalles que difícilmente podemos completar tales sistemas de vida. No obstante, el conjunto de los jóvenes parece reproducir al sujeto posmoderno «que se dispersa en fragmentos holográficos para después bostezar, descansar en la amargura o volver al seno de la cultura vigente, como las focas vuelven al mar después de la escapada. Es probable que las morales de su perdido mundo hubieran decepcionado a los naufragos, pues cuando se les pregunta por la felicidad suelen responder con una sarta de deberes; cuando cada cual busca solución para su vida, hablan de universalidad».²⁴

Entre los cinco estilos de vida que presenta la juventud española, si el grupo Altruista-comprometido (12,22%) es el que más confía en las organizaciones de voluntariado,

22 JOSÉ ANTONIO MARINA: *El laberinto sentimental...* pág. 233.

23 JUAN GONZÁLEZ-ÁNELO en: *Jóvenes españoles 99...* pág. 124.

24 JOSÉ ANTONIO MARINA: *Ética para naufragos...* pág. 100.

el grupo Retraído social (28,3) es el que en menor grado confía en las organizaciones que comentamos, junto a los miembros del grupo Antiinstitucional (5,00%); también el grupo Altruista es aquel con dominancia femenina igual que el grupo de jóvenes Institucional-ilustrado (29,67%), que por el contrario apenas si colabora con organizaciones de voluntariado pues únicamente lo hace el 2% aunque le gustaría hacerlo el 61%. Es evidente que tan sólo hemos hecho referencia a la confianza en las entidades de voluntariado y a la participación en las mismas.

Las organizaciones de voluntariado ocupan un espacio que está creciendo entre los jóvenes de ambos sexos, de modo que los movimientos sociales y las organizaciones de voluntariado están siendo la expresión de su compromiso y solidaridad, indicando en definitiva el auge que tiene la solidaridad entre los jóvenes. Tal y como decimos la aceptación de los movimientos sociales es bastante alto, alcanzando la mayor aceptación los que tratan de ayudar a los enfermos de SIDA (media: 3,35) y los que se refieren a la defensa y promoción de los derechos humanos; otros grupos o movimientos como ecologismo, pacifismo, ayuda a inmigrantes, refugiados y en favor de la mujer alcanzan medias que van entre 3,12 y 3,26. Los movimientos menos aceptados son aquellos en favor de gays y lesbianas (2,85) y en apoyo de la objeción de conciencia (2,84); y en último lugar los grupos Pro Vida (antiaborto) (2,40) y los movimientos nacionalistas (2,12). A la vista de estos resultados se puede comprobar que aun a pesar de la apertura de los jóvenes a todo lo progresista, los grupos de apoyo a gays y lesbianas no están entre los primeros. También se puede observar que todo aquello que pueda significar conservadurismo y que limita la libertad, como los grupos Pro Vida (antiaborto), no son de los más aceptados.

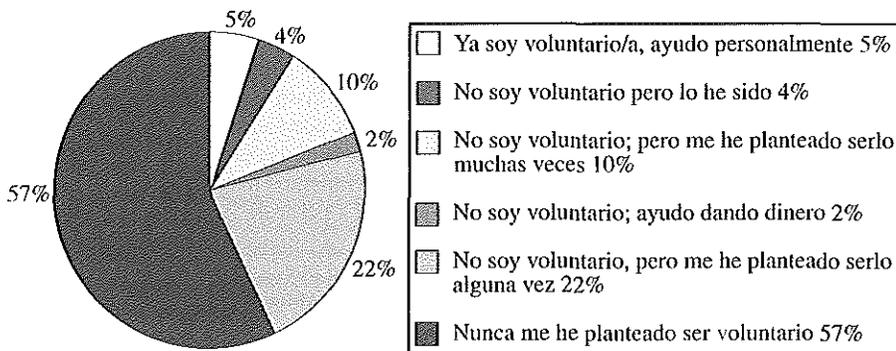
Si los jóvenes aceptan los movimientos sociales, sin embargo se comprometen públicamente bastante menos en instituciones sociales o políticas. Tengamos presente que siete de cada diez no pertenecen a ningún tipo de asociaciones, y que cuando lo hacen es sobre todo en las deportivas (12%), peñas cofradías y otro tipo de organizaciones regionales y locales (6%), asociaciones educativas, artísticas y culturales (6%), grupos juveniles (6%) y scouts, guías y otros similares (5%), de tipo religioso (4%) y de carácter benéfico-social (3%), así como ecologistas (2%).

La conclusión que sacamos después de presentar los datos anteriores es que, a pesar de la moda social de las organizaciones que parecen atraer a los jóvenes, «la capacidad de movilización real de esas organizaciones para captar un compromiso más concreto es muy limitado e integran de hecho a muy pocos jóvenes».²⁵ Las preferencias por un tipo u otro de asociaciones no ha cambiado apenas para los jóvenes, porque desde 1984 hasta hoy las asociaciones más frecuentadas por los jóvenes son las deportivas, grupos juveniles, organizaciones culturales, religiosas, siendo estas últimas las que pierden atractivo.

Los jóvenes frente al movimiento del voluntariado nos ofrece una realidad escasa, ya que únicamente el 5% de los jóvenes entre 15 y 25 años es voluntario en alguna organización de voluntariado. Y no cabe pensar que limiten la participación o que la oferta de campos de actuación sea escasa o que los horarios no sean flexibles. Seguramente habrá

que pensar que los jóvenes son reacios al compromiso social público, porque de hecho es bastante escaso, a pesar de que un 4% de los jóvenes ha sido voluntario alguna vez. Los socios suponen el 2% y casi un tercio de los jóvenes (32%) los que no participan aunque se lo han planteado alguna vez (22%) o muchas veces (10%). Se corroboran así los resultados de estudios anteriores en los que se valora entre un 20-30% las posibilidades de crecimiento del voluntariado que no acaba de concretarse en el compromiso de los jóvenes con las citadas entidades. Y si los hombres muestran menos disposición a comprometerse que las mujeres, en la práctica no se comprometen unos más que otras con las asociaciones.

POSIBILIDAD DE TRABAJAR COMO VOLUNTARIO/A EN UNA ORGANIZACIÓN



FUENTE: Pedro González Blasco, 1999, pág. 248.

Los jóvenes participan más en el voluntariado conforme aumenta la edad. También crece la participación conforme se asciende en la clase social. Los universitarios participan más en los primeros años de Universidad, y en general los jóvenes que se identifican con la derecha; lo mismo sucede con los creyentes, católicos practicantes, que son los que en mayor porcentaje relativo pertenecen a asociaciones de voluntariado, «bajando los porcentajes al bajar el nivel de práctica entre los creyentes y manteniéndose los increíbles-indiferentes en un nivel intermedio de participación». Parados y estudiantes aunque se lo han planteado en mayores porcentajes no han llegado a comprometerse, mientras que los jóvenes que trabajan por cuenta propia, parece que se han visto obligados a dejar el voluntariado por falta de tiempo.

Podemos decir para concluir este apartado que el espacio del voluntariado no es grande ni muy importante para la socialización de los jóvenes de hoy.

4. SOBRE EL PROGRESO DE LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS JOVENES MADUROS

El 5% de los jóvenes españoles entre 15 y 25 años es voluntario en alguna organización de voluntariado y un 4% más ha sido voluntario alguna vez antes. Es lo que sabe-

mos y hemos comentado en el apartado anterior. No obstante si nos referimos a la sociedad en general se dobla el porcentaje (10%) de las personas voluntarias, teniendo presente que el potencial de crecimiento para el voluntariado lo podemos situar, tanto entre los jóvenes como en la población en general, entre el 30% ó 35% que es el techo marcado por países como Holanda, Suecia o Gran Bretaña. La previsión del crecimiento del voluntariado puede reforzarse si consideramos que la gran mayoría de los voluntarios no cuentan con tradición familiar en el voluntariado.²⁶ Y entre los jóvenes, el voluntariado aumenta con la edad, posiblemente porque aumenta la libertad y la autonomía personal para poder tomar decisiones. También intervienen otros factores que se han mencionado con anterioridad como elementos favorecedores del voluntariado entre los jóvenes y que no siempre se verán confirmados conforme aumente la edad.

PROGRESO DE LA SOLIDARIDAD

JÓVENES 99 (15-24 años)	JÓVENES MADUROS (30-35 años)
Alcanzan el 5%	Alcanzan el 10% y pueden llegar al 30%.
Según la edad más solidaridad/voluntarios	Más solidaridad/voluntarios hasta los 35 años.
De derechas	De centro Izquierda.
Más voluntarios en clase social alta	Clase social media, media-baja.
Católicos practicantes	Católicos practicantes y agnósticos, ateos.
Estudian/trabajan, con tiempo disponible, mujeres	Estudian-trabajan, solteros, mujeres, disponen de más tiempo hasta los 35 años.
Son voluntarios por... los amigos	Son voluntarios por... la experiencia, contacto directo.

La mayoría de los voluntarios de las organizaciones de voluntariado que se estudió en la Comunidad de Madrid tenían 35-37 años de edad media, mientras que el estudio de los Jóvenes españoles 99 comprende el corte entre los 15 y 24 años. Ahora bien, especificando la edad de los voluntarios estudiados en la Comunidad Autónoma de Madrid casi seis de cada diez de ellos (55%) tienen una edad menor de 35 años. Luego la mayoría de ellos son jóvenes pero con una edad relativamente madura. Ahora bien, el grupo de edad de los voluntarios entre 16 y 24 años alcanzaría el 29% y sería el grupo que por edad, lo podríamos comparar mejor con el estudio de Jóvenes españoles 99. Podemos añadir que en conjunto el perfil de los voluntarios, además de tener los 36-37 años de media de edad, son mujeres, solteros, modestos económicamente, de clase social media y media baja, con un empleo o estudiante, con un nivel de educación formal más bien alto, creyentes, católicos practicantes y políticamente de centro o centro izquierda. En consecuencia, si tenemos en cuenta las edades de los voluntarios en la sociedad en general, no son tan jóvenes como se ha venido diciendo, están trabajando y también los hay estu-

26 PEDRO GONZÁLEZ BLASCO y ANTONIO GUTIÉRREZ RESA: *La opinión pública ante el voluntariado*, Consejería de Educación y Cultura, Comunidad de Madrid, Madrid, 1997.

diando. No se trata de una actividad diferenciada el ser voluntario como si por estar ejerciendo tales funciones fuera incompatible con el ejercicio profesional. Precisamente porque trabajan y también estudian, su compromiso como voluntarios les permite compaginar ambas actividades. Es más, ejercen como tales voluntarios durante la semana y fines de semana indistintamente.²⁷

El progreso de la solidaridad con los años es un hecho. También se sigue constatando que hay más voluntarios entre las mujeres que entre los hombres, entre los católicos practicantes más que entre los no practicantes. Sin embargo hemos de precisar estas afirmaciones, que aun siendo ciertas tienen marcados límites en algunas ocasiones. Es el caso del crecimiento de la solidaridad, del voluntariado, con los años. Parece ser que cuando se sobrepasan los 35 años decrece en general el número de voluntarios. Posiblemente a partir de esa edad tanto hombres como mujeres se están ubicando socialmente y disponen de muy poco tiempo para dedicarlo a los demás. Coincidiendo con las expectativas una mayoría de los voluntarios (56%) son personas solteras, que posiblemente disponen de más tiempo libre y corresponden a edades más jóvenes.

Entre los jóvenes españoles crece la participación solidaria, el voluntariado, conforme se asciende en la escala social. Más adelante no es así porque el asociacionismo voluntario está conformado por un segmento social y económicamente medio y modesto, según su propia autclasificación; es más, los voluntarios procedentes de la clase media-baja son los que proporcionalmente llevan más años en la organización (70% con más de 10 años). Sin embargo los voluntarios que se autocalifican como ciudadanos de clase alta suelen emplear mayoritariamente (50%) entre 6 y 10 horas semanales de dedicación al voluntariado. Los voluntarios de clase baja dedican de 3 a 5 horas semanales a la organización la mayoría de ellos (58%). Finalmente, trabajadores y estudiantes, mayoritariamente, emplean un tiempo semanal «moderado» —de 3 a 5 horas— condicionado por sus otras ocupaciones, lo cual no impide que lo hagan indistintamente, los más jóvenes, los días laborables y festivos (52%).

Porque hayamos hablado de la relación entre tiempo libre y voluntariado, en ningún caso parece que las organizaciones de voluntariado sean aparcamientos para desocupados o jubilados. En su composición los contingentes más significativos son las personas empleadas (35%) y los estudiantes (24%). Estructura ocupacional que coincide, en cierto modo, con la estructura relativamente joven por edad del voluntariado. Añadamos que más de la mitad del voluntariado (51%) ha completado estudios secundarios y que el 33% son universitarios.

Si el progreso de la solidaridad, de los voluntarios, es mayor entre las mujeres, aumenta con los años, con la disponibilidad de tiempo libre, y con mayores niveles educativos, con respecto a las creencias religiosas hemos de añadir algo más. Teniendo presente las creencias religiosas de los voluntarios y su autoidentificación religiosa, podría deducirse que los valores de tipo religioso y cristiano en el caso español, motivan especialmente a las personas creyentes para trabajar gratuitamente por otras personas. «Darse a otros» y «gratuidad» son valores cristianos y éstos son conceptos básicos en el en-

27 PEDRO GONZÁLEZ BLASCO: *El voluntario madrileño*, Consejería de Educación y Cultura, Comunidad de Madrid, Madrid, 1998.

tramado de las organizaciones de voluntariado. Efectivamente, entre los miembros de organizaciones de voluntariado nos encontramos una sobreestimación de creyentes católicos «practicantes». Pero también en las organizaciones de voluntariado encontramos representados en mayor proporción a lo que se da, tanto en España como en la Comunidad, a los agnósticos y ateos. Lo mismo ocurre en caso de los «creyentes de otras religiones». Por tanto, parece que vivir el catolicismo en un cierto nivel de prácticas motiva efectivamente a trabajar en organizaciones de voluntariado y que éstas suponen también una especie de «trabajo por los demás» para laicos que, sin ser creyentes, desean ayudar a otros semejantes. Los que menos se integran en esa labor voluntaria y gratuita por los demás son los católicos «nominales» o «no practicantes» que están claramente sobrepresentados en las organizaciones de voluntariado. Parece que esos católicos no practican no sólo su religión, sino también la caridad sistemática hacia otros semejantes. Los indiferentes religiosamente siguen también esa pauta hacia los demás.²⁸ Efectivamente, hay también más voluntarios entre los católicos practicantes (40%) que entre los no practicantes (31%), pero nos encontramos con un 10% de agnósticos, 9% de ateos y 8% de indiferentes, lo que no ocurre entre los jóvenes españoles.

El progreso de la solidaridad, del voluntariado, si entre los jóvenes se vincula a los que se identifican con la derecha, más adelante nos encontramos que los voluntarios se sitúan en una media de 4,58 sobre diez. Lo que decimos corresponde con lo que comúnmente se da entre la población española que se sitúa, mayoritariamente, en el centro ligeramente orientado a la izquierda del espectro político.

Los voluntarios menores de 30 años suelen utilizar como canales para conocer la organización los «amigos» y la «experiencia», mientras que los voluntarios de edades intermedias (31-65 años) utilizan el «contacto directo», y los mayores suelen hacer caso sobre todo a su propia experiencia.

28 Es el comentario que hace PEDRO GONZÁLEZ BLASCO y con el que coincidimos totalmente. Ver PEDRO GONZÁLEZ BLASCO: *El voluntario madrileño...* págs. 21-22.

Mapas culturales para la nueva condición juvenil

JOAQUÍN GARCÍA ROCA*

La realidad de los jóvenes se insinúa fragmentariamente y no puede asegurar su independencia con respecto a las convulsiones sociales; se arraiga en un suelo donde florecen y sobreviven las disposiciones morales e intelectuales que orientan los modos de pensar, sentir y querer las personas; hay una especie de invisibilidad que va formando el sustrato que se almacena, hasta formar una especie de magma donde germinan unos determinados trayectos biográficos y otros encuentran obstáculos. En ese suelo están los «hábitos del corazón» (Bellah), el «ethos» previo a las conductas que orienta las actuaciones cotidianas, la urdimbre afectiva que cultiva lo que realmente importa, los códigos no escritos que marcan el latido de la acción. El suelo tiene una especial densidad que acumula, conserva y resiste el tiempo; su movimiento es como los grandes desplazamientos telúricos, que lanzan murmullos incansables pero con la lentitud del tiempo geológico.

Me propongo dilucidar las connotaciones de fondo que afectan los mundos juveniles y exhumar las formas subrepticias cuyos murmullos pueden ser percibidos por los actuales observatorios sociológicos.¹ El *sismógrafo* posibilita vincular los fenómenos de la juventud a las realidades sociales más amplias, desvelar los dinamismos y las oportunidades sociales que se abren en un determinado momento e incluso, captar señales a distancia, a pesar de la intensidad tan aguda de los rumores.² Es necesario elaborar las tablas para navegar en el interior de las turbulencias sociales y en las transformaciones culturales que viven o padecen los jóvenes. En el reciente testamento de Ernesto Sábato, se lee que «los jóvenes son herederos de un abismo y deambulan exiliados en una tierra que no les otorga cobijo»; con gran acierto, afirma el autor argentino que el posible desconcierto y descreimiento de los jóvenes «arde como una fogata en el propio comedor de nuestra casa... Ellos se acercan tímidamente como quien busca una tabla en el mar, después de un naufragio».³

En segundo lugar, quisiera contribuir a *descodificar las nuevas necesidades* de los jóvenes, que están naciendo de sus entrañas, e identificar sus disponibilidades y expectati-

* Universidad de Valencia.

1 El último observatorio de la juventud, que merece mi mayor consideración, es el informe sobre *Jóvenes españoles 99*, de la Fundación Santa María, a cargo de ELZO, ANDRÉS ORIZO, GONZÁLEZ ANLEO, GONZÁLEZ BLASCO, TERESA LAESPADA, y SALAZAR: SM. Madrid, 1999. Citas en el interior del texto.

2 Mis intentos de construir sismógrafos pueden verse en GARCÍA ROCA, J.: *Constelaciones de los jóvenes*, Cristianismo i justicia. Barcelona, 1994; *La antropología que emerge en la sociedad de conocimiento*, Ponencia del Congreso de Centros La Salle. Bruño. Madrid, 1999, págs. 70-90.

3 SÁBATO, E.: *Antes del fin*. Seix Barral. 1999, págs. 170, 179, 187.

vas en el momento actual. ¿Para qué están disponibles los jóvenes? Señalar las nuevas disponibilidades y expectativas de los jóvenes importa a todo aquel que se interese por las buenas prácticas socio-educativas. Para ello, es necesario perforar el *imaginario social de los jóvenes*, nuestros modos de proyectar y de desear el ser joven, que emergen como una especie de magma en los significados latentes de la vida cotidiana y en las representaciones sociales que destila una determinada organización social.

Ser joven es una construcción social que está sometida a una historia.⁴ No siempre se ha sido joven de la misma manera y cada vez más la condición juvenil se presenta profundamente diferenciada: se es joven de distinta forma en el pueblo que en la ciudad, cuando se tiene cubiertas todas las necesidades o cuando se vive en la intemperie, cuando se malvive en las fronteras de la subsistencia o se dirige una agencia bancaria... Su realidad no es homogénea ni uniforme, sino diversa y plural: cualquier rasgo que se le atribuya a la juventud puede ser negado por algún grupo de jóvenes. No existe un joven como es debido ni un modelo ideal de ser joven; ni tan siquiera hay un arquetipo, «aunque pueda resaltarse lo propio, lo específico, lo ideal típico de esta juventud».⁵

La juventud es hoy el principal-revelador de las convulsiones sociales y el sismógrafo de la nueva sociedad emergente. Los principales definidores de la juventud son hoy el mercado, las transformaciones del trabajo y el surgimiento de la sociedad de la información. Nos encontramos ante un espacio social surcado por intereses y asediado por ejércitos de publicidad. Los jóvenes son el vehículo básico de la producción, del consumo y de la distribución. Se produce aquello que demandan los jóvenes, y éstos demandan aquello que previamente el mercado ha creado como necesidad. Se consume aquello que tiene el prestigio de lo joven. Las transformaciones en el trabajo cierran y dificultan las puertas de entrada a la producción y con ellas, a los factores de inserción en la sociedad, al tiempo que constituyen la identidad social de los jóvenes. Pero las transformaciones más radicales están vinculadas a las transformaciones del trabajo y a la sociedad del conocimiento.

EL NACIMIENTO DE LA CONDICIÓN JUVENIL

La configuración del ciclo vital se ha vertebrado en torno a la centralidad del trabajo productivo, que se convirtió no sólo en la puerta de entrada de los ingresos económicos, sino también de los bienes sociales, del estatuto de ciudadanía e incluso de la protección social. El salario se convirtió en el *acceso mayoritario a las rentas económicas*, a las posiciones de *poder y de prestigio* y la *protección social* contra los riesgos de la existencia. Finalmente, el trabajo es la realización de la *identidad social*, que distribuye el papel que

4 LEVI, G.; SCHMITT, J. C.: *Storia dei giovani*. 2 voll. Roma-Bari. Laterza, 1994.

5 La última fotografía disponible de la juventud, que nos ha ofrecido la Fundación Santa María en *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid, 1999, ha desvelado la profunda diversificación del mundo juvenil en lo que se refiere a sus valores y posiciones ante las instituciones familiares, políticas o religiosas: un 5% se identificarían como *grupo antiinstitucional*; un 12,22%, como *grupo altruista, comprometido*; un 28,3%, como *retráidos sociales*; un 29,67%, como *grupo institucional ilustrado*; el 24,68 % se identifica como *libre disfrutador* (Cfr. ELZO, J.: *Ensayo de una tipología de los jóvenes españoles basado en sus sistemas de valores*, págs. 13-38 y 411.

cada cual desempeña en la sociedad: se es empleado o desempleado, antes que hijo de tal familia o perteneciente a tal pueblo; se es empleado o desempleado, antes que feliz o desdichado. El trabajo no es solamente un modo de producción, sino el factor de inclusión fundamental que distribuye el espacio social. De este modo, el trabajo es más que el empleo y el no-trabajo es más que estar en el paro.

El viejo ciclo vital: la juventud como noviciado

Mientras el trabajo pudo ser el eje estructurador de lo social y de la identidad personal, las etapas de la vida se configuraron por su relación a la producción. La representación del ciclo de la vida, que la sociedad industrial ha consagrado, se construye sobre tres segmentos con una modulación lineal y teleológica: los que se preparan para producir (jóvenes), los que producen (adultos) y los que salen de la producción (viejos).

La infancia y la juventud, según este modelo, es la etapa de la vida preparatoria para entrar en la producción y, en consecuencia, para asumir en su día responsabilidades sociales. La producción dispone de un auténtico poder demiúrgico que convierte a los jóvenes en los portadores del futuro y en el grupo socialmente ascendente. El mito de la exaltación de la juventud como el espacio de lo fuerte, de lo potente y de lo bello, se enraza en este hecho que justifica el desplazamiento de las gratificaciones. Al identificar producción e identidad social, se creaba una etapa de la vida sustraída a la responsabilidad y a la participación social. Las consecuencias no se hicieron esperar: al retrasar cada vez más la entrada en el trabajo a causa de las exigencias del sistema productivo, se ha inducido una infantilización y un alargamiento de la etapa juvenil.

La *edad adulta*, por su parte, se caracterizó fundamentalmente por desempeñar una profesión y una actividad productiva: la identificación con la producción le concedía la capacidad social de desempeñar una profesión en el mercado laboral. Porque son productivos, se les reconoce a los adultos la capacidad de mandar y de gobernar e, incluso, se les otorga la legitimidad para construir un hogar: puedes casarte cuando tienes trabajo. A los adultos les pertenecía el presente, y lo más próximo al presente es la gestión del gobierno. La centralidad de la producción conllevaba la hegemonía del adulto, que fue un eje básico en la construcción de la sociedad industrial; al adulto se le atribuye el presente, el ejercicio del poder, la responsabilidad de la ciudad. Sólo el adulto detenta la propiedad de las formas de gestión de lo existente, detenta el ejercicio del gobierno. Así se forja la imagen de un adulto ocupado y sobrecargado, mientras el joven vive como parásito e invitado de piedra en una sociedad que él no construye. El destino del joven es alcanzar la edad adulta, ya que ella da reconocimiento social, estatus e identidad personal.

Las *personas mayores*, por su parte, son la mano de obra desechada por el sistema productivo, excedentes inútiles del mercado y, en consecuencia, condenados al ostracismo social. La última etapa de la vida se interpretaba como senilidad y se le asignaban los atributos de pasividad, dependencia e inutilidad. No importa que gocen de salud, de autonomía, de inquietudes sociales o culturales: si son inservibles para la producción, recaerá sobre ellos una sombra de desvalimiento. A ellos no les pertenece ni el presente ni el futuro y, a lo máximo, se les concede la función conmemorativa: han sido, pero ya no son.

El nuevo ciclo vital

Los nuevos contextos sociales y culturales están convulsionando el viejo ciclo vital y, en su lugar, se perfila otro de largo alcance. Las personas mayores, más allá de las añoranzas y de las resignaciones, han comenzado a organizarse como sujetos históricos que no sólo reclaman una pensión que les permita escapar de la pobreza o un club donde pasar sus horas muertas o un taller donde simular que también ellos pueden producir, sino también el derecho a una vida digna, activa y participativa; los jóvenes, por su parte, aunque siguen percibiendo el paro como el problema número uno, se niegan a desplazar las gratificaciones y, en lugar de realizar un noviciado hacia un futuro productivo que cada vez les resulta más incierto, reclaman otras motivaciones, otras actividades, otros sentidos para vivir. Dejan de vivir en una sala de espera, para considerarse en una estación-término.

Con la crisis de esta centralidad, la juventud ha dejado de ser un período de transición a la vida adulta, para convertirse en una nueva etapa de la vida del individuo que dispone de elementos suficientes y propios que la hacen ser autónoma. El viejo modelo reducía la juventud a unos años, relativamente cortos pero difíciles y angustiosos, de inserción a la vida adulta. En el nuevo modelo, la juventud se considera como estación término, que se alarga, como un territorio donde se puede vivir en acciones afirmativas, de manera desacomplejada. Los síntomas son múltiples: el retraso de la emancipación juvenil, la prolongación de su estancia en el hogar, la disminución de la nupcialidad, la prolongación de los estudios. El trabajo sigue siendo el gran motivador de los estudios (30%), pero empieza a ganar espacio la dimensión expresiva-afectiva: la realización y satisfacción personal (13,5%).

Este nuevo ciclo afectará a las políticas pro-juventud, que en el fondo eran medidas de transición a la vida adulta con el fin de que dejaran de ser jóvenes para incorporarse cuanto antes a la edad adulta. Las medidas se orientan ahora a que puedan disfrutar mejor de su condición de jóvenes y del deseo de multiplicar experiencias vitales, enriquecer su itinerario mediante la participación, la creación cultural, la expresión de la solidaridad, la experimentación y la movilidad geográfica. Afectará igualmente al papel de la juventud en la gestión de los asuntos públicos; difícilmente aceptarán ser tan sólo representados por los adultos, para alcanzar la condición de actor autónomo en todos los ámbitos: políticos, económicos, culturales o religiosos. Sin su participación, no habrá solución para los asuntos colectivos. Si la producción se domiciliaba en la etapa de la adultez, que confiere reconocimiento social, la dignidad ahora no tiene domicilio propio, sino que impregna todas las etapas de la vida. Asimismo, transforma el concepto de educación que, en lugar de situarse en la etapa primera de la vida, se convertirá en educación de por vida. Empieza a romperse la idea del tiempo de la vida que se dedica a estudiar y el tiempo que se dedica a trabajar. En las tres fases de la vida está presente —aunque en distinto grado— la educación o en forma de reciclaje o de formación permanente para satisfacer las demandas de una sociedad cada vez más compleja y cambiante.⁶ Y sobre todo, se transforma el concepto de dignidad social, que se domiciliaba

6 GIARINI, LIEDTKE: *El dilema del empleo, el futuro del trabajo. Informe al Club de Roma*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1998, pág. 228.

en la adultez en razón de la productividad: ninguna etapa de la vida puede considerarse instrumento o función de otra.

NUEVOS MAPAS CULTURALES

Los mundos juveniles asisten al nacimiento de otros valores que constituyen hoy sus estrellas polares. No cabe duda que, en ese universo tan convulsionado y diferenciado, hay una juventud desorientada y desmotivada que busca a veces compulsivamente su identidad personal en la drogodependencia, en las sectas o en la violencia gratuita; hay otra que ha convertido el neodarwinismo en el valor necesario para sobrevivir en la civilización del desempleo; pero hay otra juventud que elabora otros registros. El momento actual puede ser visto como un intento por encontrar nuevos mapas cognitivos, que sean capaces de configurar el ciclo vital. Están naciendo nuevas estrellas polares que crean en su entorno campos magnéticos en un gran sector de la juventud. Para estas causas y para estos reclamos están disponibles. Todo aquello que se sitúa en la antesala de estos vectores o los fragiliza o los niega, deja de tener crédito social.

«Tenemos necesidad de nuevos cantos»

Los postulados del ciclo vital que hizo posible la sociedad industrial se han convulsionado y, en su lugar, nacen otros ejes con capacidad de configurar la realidad. De este modo, estamos pasando de la centralidad de la producción a la seducción de la actividad; de la pasión por el poder, a la seducción de la participación; de la pasión por la competitividad, a la seducción de las prácticas solidarias.

«Tenemos necesidad de nuevos cantos», decía una joven sindicalista, el 1 de octubre de 1996, a las puertas de la Daimler, en Stuttgart. Pero «¿quién los escribirá?», se preguntaba *Le Monde Diplomatique*.⁷ Con los cantos llegan las motivaciones y, si hiciera falta, también las resistencias. Decir que no hay lugar para el canto en las generaciones jóvenes es un ejercicio de ceguera que se alía con la derrota y con la impotencia colectiva.

La solidaridad, el reconocimiento, la participación y la comunicación son los mimbres de los nuevos cantos que tienen hoy capacidad de movilizar los dinamismos vitales de los jóvenes. En primer lugar, la *solidaridad* es un componente de la nueva configuración del nuevo ciclo vital, que empieza a formar parte del imaginario juvenil; muchos jóvenes ven en ella la estrella polar de sus valores y de sus motivaciones, que se construyen con relatos de fraternidad y se escriben con los mimbres de una historia esperanzadamente solidaria. La máxima confianza se otorga a unas instituciones no oficiales: a las organizaciones de voluntariado —ONG, en primer lugar—, así como a las antiguas genéricas organizaciones de carácter benéfico-social (Andrés Orizo, pág. 76).

7 *Le Monde Diplomatique*, Diciembre, 1996

En segundo lugar, el *reconocimiento* que se despliega en aquellas actitudes racionales que activan las capacidades de las personas y la importancia del grupo de iguales. Los mayores, antes de ser improductivos, son personas; los niños, antes de ser marginados, son niños; los jóvenes, antes de ser delincuentes, son jóvenes; los pobres, antes de ser parados, son agricultores. Ellos son parte de la solución y no sólo parte del problema. Los jóvenes han dejado de ser *objeto* de atención para considerarse *sujeto*. Sin su protagonismo, no hay solución posible a ningún problema.⁸ Esta demanda de reconocimiento ha generado el ascenso del grupo de amigos como espacio de socialización que tiene mayor relevancia a la hora de transmitir ideas y sentido.

El reconocimiento se alía, así, con la recuperación del protagonismo de los jóvenes. De este modo, *la participación* como ejercicio de la voz y gestión de los riesgos que les afectan, es la práctica más acreditada; se trata de trabajar a partir de sus potencialidades endógenas. Nada se puede superar, resolver o mitigar por la vía impositiva, sea por coacción física, moral, jurídica o administrativa, sino que precisa una solución que pase por la colaboración. El enfoque de la cooperación, en lugar de recurrir a presiones condenatorias o a restricciones legales o a coacciones morales que reducen significativamente las posibilidades de elección, aspira a fundarse en las decisiones racionales de los jóvenes —«el actual prestigio de la familia democrática, en la que prevalece el diálogo, la comunicación y la recompensa, se debe en gran medida al ejercicio de la participación y la consulta» (González Anleo, pág. 132)—, a quienes se les ofrece un amplio margen de elección, garantías de seguridad personal y colectiva y la posibilidad de informarse a través de la confrontación, la negociación, el diálogo y la convergencia.

Finalmente, *la comunicación*, que supone la proximidad y las relaciones cálidas, los nichos afectivos y ecológicos, constituye un nuevo referente de la condición juvenil. Cuando se ha institucionalizado la distancia real entre las personas y el encuentro y acercamiento entre la gente se ha fragilizado, el contacto humano es un nuevo articulador de las expectativas de los jóvenes. Una demanda de contacto que ha elevado la noche a uno de los signos más potentes del mundo de los jóvenes, que da sentido a la monotonía o a la frustración de lo cotidiano. Es el lugar de reunión por antonomasia y sin concurrente. Es un rito en el que se suspende el tiempo propio del trabajo que se mide por el reloj. A través del contacto, el tímido se convierte en un extrovertido, el electricista en un héroe, en un bailarín frenético e indomable. Los cuerpos se juntan en una especie de comunión y «las grandes ideas se trasladan a la vida diaria y a las relaciones próximas» (Elzo, pág. 412).

La institucionalización de la incerteza

La adultez, como etapa biológica y social, se ha configurado en torno a cuatro referentes: terminar los estudios, encontrar trabajo estable, ponerse a vivir por cuenta pro-

8 GARCÍA ROCA, J.: *Público y privado en la acción social*, Ed. Popular, Madrid, 1992

pia, casarse y tener hijos. Quien cumple estos requisitos puede asumir responsabilidades sociales y, en particular, ejercer el poder social. En todos sus accesos, la entrada a la adultez es un camino de obstáculos, que está bloqueado por la coyuntura socio-económica actual.

Cuando se les pregunta a los jóvenes sobre cada uno de los indicadores de adultez, contestan «no sé»: no sabe si tendrá trabajo, no sabe si dispondrá de una casa, no sabe cuando terminará los estudios ni siquiera si podrá casarse.

Su entrada en la adultez está sometida, pues, a la duda y a la incerteza; vive en una profunda inseguridad e incertidumbre. Si la decisión depende de las oportunidades externas que la sociedad le brinda y de las preferencias internas de cada individuo, la opción de vida está sometida a una doble incerteza: la incerteza sobre las capacidades individuales y la inseguridad sobre las opciones potencialmente disponibles. Se instalan, de este modo, en la inseguridad y en la incerteza.

Hay factores estructurales como la desocupación juvenil o el subempleo, la rigidez del mercado de la vivienda, los estereotipos acerca de la autonomía que se consigue a través del matrimonio..., que obligan a posponer la decisión sobre la autonomía personal. Cuando se acerca la entrada en la Universidad, asistimos con preocupación al esperpento de este desplazamiento de la decisión. Hemos observado hasta qué punto se desplaza la elección de los estudios: hasta el mismo día de la matriculación, muchos jóvenes no saben qué hacer profesionalmente; unas veces, porque no está en sus manos decidirlo —depende de la nota que saquen en la evaluación el poder o no cursar unos estudios—; otras veces, porque la confusión les domina hasta el momento de verse obligados a decidir. Se desplazan las decisiones que suponen compromisos definitivos.

Al quedar hecho añicos el trabajo como configurador de la realidad social, se han producido unas consecuencias importantes. No sólo se retrasa el acceso a la autonomía personal, ya que se vive en condiciones de dependencia, sino que se debilitan los estímulos para crecer y para asumir responsabilidades con respecto a la propia existencia y de las generaciones futuras. Los efectos son visibles: se alargan los estudios y se prolonga la juventud como resultado de la dificultad creciente de inserción en el mercado de trabajo, como resultado de la reestructuración de la fase posindustrial; se alarga la permanencia en casa, como nicho ecológico y de defensa que amortigua el riesgo de la adultez; según los datos del Informe de la Juventud 1999, más del 90% de los jóvenes españoles viven con sus padres, y retrasan el momento de su emancipación.

Las consecuencias son previsibles. Ocho de cada diez jóvenes dependen económicamente de sus familiares; además de instalarse en la paradoja de una sociedad que al tiempo que exalta a los jóvenes, violenta su realización, tienden a prolongar indefinidamente el momento de la decisión. Asimismo, ante la complejidad del mundo, hay una renuncia a usar la razón y, con gran frecuencia, los jóvenes muestran su vulnerabilidad hacia propuestas sectarias, irracionales y fundamentalistas.

De este modo, se dibuja la insólita paradoja en la que vive hoy la juventud española, como afirma González Anleo: «mayor posesión de recursos formativos que ninguna otra generación juvenil, una gran emancipación moral y normativa, pero una emancipación tardía y costosa» (pág. 123).

De la grandeza de la transgresión a la miseria de la exclusión

«Los jóvenes españoles del 99 se sienten felices, contentos y libres, y con más medios que juventud alguna haya tenido nunca... El 82% de los jóvenes dicen estar contentos con la vida que llevan, bien insertos en la sociedad» (Elzo, pág. 424). En las últimas décadas hemos asistido a un cambio sustantivo, que ha ido desde una generación moral que vio en el NO el signo distintivo de la condición juvenil, a la emergencia de una generación social que rechaza la exclusión. Para los primeros, su imaginario colectivo se orientaba al rechazo de lo existente, dignificaba la transgresión y valoraba la disidencia; para los segundos, estar marginado y excluido es la tragedia mayor que le puede acontecer y la inclusión social, lo que justifica sus esfuerzos. Las protestas estudiantiles de los últimos años están orientadas a aumentar la calidad de la enseñanza, a gestionar la igualdad de oportunidades, a lograr una mayor fiabilidad democrática. La generación moral estuvo motivada por lo que todavía no existía y por un mundo otro; la generación social está preocupada por la gestión de lo que existe. El valor básico de la generación moral fue la justicia; por el contrario, el valor emergente de la generación social es la solidaridad. Si ayer estar integrado era una miseria, hoy la miseria consiste en estar excluido.

Como aseguran los autores de la última encuesta sobre la Juventud 1999 en España, los jóvenes dicen estar contentos con sus padres, discuten menos con ellos y consideran la familia como una institución muy importante en sus vidas. En la actual generación joven se encuentra el mayor número de hijos e hijas que han interiorizado las creencias transmitidas por los padres: se trata de la generación más integrada que existe desde hace 30 años. La paradoja social sigue siendo que nos encontramos ante unas generaciones que han conseguido que sus hijos y sus hijas les crean, pero no han sido capaces de ofrecerles un proyecto entusiasta.

Asistimos a la primacía de los derechos, que se ha convertido en el signo mayor del progreso moral de los jóvenes; y los valores religiosos y políticos cotizan a la baja en el universo juvenil. La creciente importancia concedida por los jóvenes a los derechos que como grupo social tienen, es la expresión de la centralidad del valor del reconocimiento. Si algo no toleran los jóvenes, es no ser reconocidos. Y en consecuencia, no hay ninguna estrategia que no pase por ser reconocidos en sus capacidades y dignificados en sus potencialidades.

Asistimos hoy en el universo de los jóvenes a un bajo interés por los valores políticos y a la vuelta de lo social, que se despliega en actividades asociativas, en organizaciones de voluntariados y en nuevas formas de expresividad; la utopía ha cambiado de domicilio y ofrece un lugar desde donde crecer humanamente.

TRANSFORMACIONES DE LAS EXPERIENCIAS BÁSICAS

El siglo XX se cierra con el advenimiento de la sociedad de la información, que se configura como el nuevo domicilio de los jóvenes, cuyos sacramentales son los ordenadores, las telecomunicaciones, los teléfonos móviles y, sobre todo, Internet. Cuando irrumpe una innovación tecnológica, se acompaña de cambios en la residencia mental,

que a unos extasía y a otros horroriza; en cualquier caso, está llamada a transformar no sólo la producción de bienes y servicios, sino también los estilos de vida.

La *sociedad de la información*, que es una transformación sólo comparable a la mutación antropológica acontecida en el Neolítico, está llamada a configurar el nuevo ecosistema de los jóvenes, a favorecer una nueva experiencia del tiempo, del espacio, de la razón y del propio cuerpo y, sobre todo, activará una nueva concepción de la ética.

El ecosistema humano de los jóvenes

La primera consecuencia de la sociedad del conocimiento afecta al modo de realizarse *el ecosistema humano de los jóvenes*. La tecnología actual ha creado un nuevo entorno humano que se constituye en el nuevo hogar para los jóvenes. Cada tecnología, desde el Neolítico hasta la Revolución Industrial, ha sido el factor decisivo en la configuración del nuevo ecosistema humano. La información convulsiona los hábitos familiares, induce movimientos migratorios, revoluciona las técnicas de reproducción y control de la vida humana e incide poderosamente en el nuevo imaginario de los mundos juveniles.

La vida humana se sostiene sobre dos ejes bien conexos: la dependencia y la singularidad. Ambos son expresiones insustituibles, ya que no podemos ni renunciar a la dependencia afectiva ni dejar de expresar nuestra singularidad: ambos factores se alimentan recíprocamente hasta constituir un ecosistema. La *dependencia* alude a la vinculación que el ser humano establece con la naturaleza y con los otros; el hecho de estar ligado y vinculado constituye al ser humano en un ser domiciliado. Los nichos son los lugares donde el ser humano encuentra refugio y se desarrolla relacionamente; la vida humana es, de este modo, un espacio surcado por palabras, gestos, afectos, imágenes, símbolos, no como algo inesencial, sino como algo formalmente constitutivo. Las encuestas de la juventud, desde 1960 hasta 1999, nos advierten que el principal anclaje de los jóvenes españoles es a través de la familia.

La *singularidad*, por su parte, alude al hecho por el cual cada ser humano es único sobre la tierra, alude a todos los aspectos de la existencia donde habitan nuestras más radicales diferencias y donde se marca nuestra irreducible particularidad. Alude a la condición de actor y de autor, que se despliega principalmente en los estilos de vida.

El proyecto biográfico del joven consiste en promover auténticos procesos de singularización y sólidos lazos de interdependencia, fortalecer los mecanismos de dependencia y fomentar el surgimiento de la singularidad. El dilema mayor que la sociedad del conocimiento impone a la cultura juvenil consiste en la contradicción entre ambos factores, hasta el extremo de vivirse de modo excluyente: la singularidad se afirma a costa de la dependencia; la libertad, a costa de la vinculación; la autonomía, a costa de la convivencia.

Aquí reside la mayor paradoja de los próximos años: las condiciones sociales empujan hacia la dependencia, haciendo olvidar el valor de la independencia; y por otra parte, la sociedad de la información empuja hacia la singularidad, que pone en nuestras manos la construcción de la realidad virtual.

Una generación virtual

El primer efecto de la sociedad de la información consiste en transformar el ecosistema humano, situando a las personas en una especie de desarraigo, en una tierra de nadie; de ahí que la realidad virtual ha encontrado en los jóvenes un territorio privilegiado. Las tecnologías de virtualización poseen una capacidad de sugestión incomparable; no en balde las tecnologías punta se han volcado sobre lo lúdico (videojuegos, cascos virtuales...). Los jóvenes habitan rodeados de imágenes virtuales de tres dimensiones generadas por los ordenadores, imágenes de síntesis interactivas y de gran contenido realista, en las que están todos los elementos que caracterizan nuestra experiencia de la realidad, sin excluir la posibilidad de inmersión y participación del observador, tanto a través de la vista como del tacto y del oído.

Este espacio virtual, que apenas tiene presencia de gravedad, produce una especie de desanclaje y *desarraigo* que permite ignorar el peso y la densidad de la vinculación y de la dependencia. Si la sociedad industrial requería una juventud pragmática y positivista, la sociedad del conocimiento induce una juventud creativa, imaginativa e incluso soñadora, capaz de diseñar mundos alternativos.

La experiencia de lo real está sometida a dos consecuencias decisivas. Lo percibido se identifica con el que percibe, el objeto con el sujeto; la realidad es como una mera extensión y ampliación del sujeto, y viceversa. En esto reside la causa de aquella sensación de náusea que se experimenta cuando alguien se quita el casco y tiene la sensación de inestabilidad física y de pérdida de equilibrio. Interactuar con la realidad virtual equivale a interactuar con la realidad real. Las generaciones virtuales vivirán la aventura de una continuidad entre natural y artificial, entre el deseo y la realidad, desde la centralidad de la visión; la realidad virtual convierte un mapa en una especie de cuasi-territorio.

La idea de que el mundo sea un haz de posibilidades, de realidades múltiples que pueden sobreponerse, coexistir y pasar continuamente de una a otra, hace que la imaginación se convierta en autónoma, como la enfermedad se hace independiente cuando se opera a través de lo virtual.

Hasta tal punto que, cuando no se puede cambiar el mundo, se puede ir a un mundo otro. El secreto del viaje que emprendió tras el cometa la secta solar, a través del suicidio colectivo, reside en esta convicción: no nos gusta el mundo que tenemos y en nuestras manos está diseñar otro.

La experiencia del tiempo

La sociedad de la información ha modificado profundamente la experiencia del tiempo: el tiempo real vence al espacio real, descalifica las distancias y la extensión en beneficio de la duración; es el muro del tiempo al que la historia se enfrenta ahora. Por primera vez, la historia se va a desarrollar en un tiempo único: el tiempo mundial; si hasta ahora los acontecimientos tenían un lugar en tiempos locales, espacios locales, regiones, naciones, ahora se ha implantado el tiempo instantáneo. La perspectiva que nos permitía ver a distancia y oír a distancia, ha sido sustituida por el aquí y el ahora. La primacía de la inmediatez, sobre la extensión y la distancia, cualifica los modos de esperar e incluso, los modos de desesperar. Se inaugura la primacía del aquí y ahora, *hic et nunc*.

La experiencia del espacio

Se ha producido una perturbación de lo real, un auténtico traumatismo, una especie de pérdida de referencia del ser. Además del desdoblamiento de la realidad sensible entre lo real y lo virtual, se ha transformado la experiencia del espacio. Un anuncio de teléfonos portátiles dice: «La tierra nunca ha sido tan pequeña». Nace así una nueva perspectiva. Nosotros hemos vivido en los últimos siglos con la perspectiva espacial que descubrieron los artistas italianos del Quattrocento, era una perspectiva visual y auditiva. Nace ahora la perspectiva táctil, la del contacto, el telecontacto, tocar a distancia, sentir a distancia. Se amplía la interactividad y amigabilidad. Los jóvenes de los países del Sur que conviven conmigo se conectan a los amigos, a sus redes; es un capítulo esencial en la construcción de una sociedad más amable.

Los jóvenes protésicos

En la sociedad de la información se fragiliza un concepto de razón que ya no está conformada desde la racionalidad instrumental como positivismo o pragmatismo, que eran funcionales a la sociedad industrial; más bien será la razón informática la que nos instalará en una cadena de cambios imprevistos, donde lo único previsible es el cambio.

Una vez domiciliados en la realidad virtual, el cuerpo es sobrante, no goza de mucha estima e incluso puede desencadenar el desprecio, ya que resulta anticuado y obsoleto para navegar por el ciberespacio. Dos posiciones son posibles. Algunos pensarán que debe abandonarse el cuerpo como se destruye un instrumento que ya no sirve: fue el caso de la secta solar. Otros pensarán que debe recrearse a través de técnicas adecuadas, en función de un modelo ideal. Nacerán así los jóvenes protésicos, que amplían y rehacen su cuerpo con prótesis destinadas a suplir o ampliar las prestaciones de nuestro cuerpo.⁹ Aparece, como observamos actualmente, un cuerpo rodeado de artefactos que sustituyen y completan las prestaciones del organismo. Lo que ayer fueron las prótesis dentarias y ortopédicas, hoy son el walkman para los oídos, los cascos virtuales para la visión, el teléfono móvil para la comunicación, los patines para los pies. Se inicia, de este modo, un mundo de artefactos a través de un proceso de *artificialidad del cuerpo*.

El karaoke, metáfora de lo ético

La sociedad de la información y la pérdida como productor hará resentirse la condición de sujeto agente, es decir, su dimensión política y moral,¹⁰ debilitará su condición de autor. En términos de Zubiri, su condición antropológica de agente que ejecuta y de actor que reproduce y representa, desplaza su condición de autor. Esta transformación ha

9 MALDONADO, T.: *Critica della ragione informatica*. Feltrinelli, Milano, 1997, pág. 141

10 BILBENY, N.: *La revolución en la ética. Hábitos y creencias en la sociedad digital*. Anagrama, Barcelona, 1997, pág. 185.

encontrado ya su propia metáfora en la actualidad y vigencia del *karaoke* como práctica social que desvela, no obstante su obvia preexistencia, una tendencia profunda en el imaginario social de los jóvenes. Cantar sobre una base registrada convierte la creatividad en un acto reproductor, capaz de representar algún guión previo. La generación que elevó el cambio a la categoría política por excelencia, deja paso a la reproducción; sólo se exige repetir las canciones amadas. El *karaoke* es la negación de un acto innovador. Es una ceremonia que minimiza todo protagonismo, para convertir al joven en consumidor. Con la técnica del *karaoke* asistimos a la exaltación de la autoreferencialidad. Lo que se le pide al participante en el *karaoke* es convertirse en *medium*, definirse como actor provisorio de la trama mediática.

De la definición de juventud a la indefinida jovialidad

JOSÉ ÁNGEL BERGUA*

Resumen

Este artículo justifica la necesidad de reconsiderar el marco teórico con el que la sociología de la juventud suele operar. Al tratar al joven como un sujeto al que le faltan las responsabilidades del adulto y que está en situación de espera para ingresar en el centro de la sociedad, se cubre su identidad con unas carencias que lo convierten en jerárquicamente dependiente del adulto. Este tratamiento teórico es, en realidad, extensión del sistema de valores o ideología hegemónicos. Recuperar la jovialidad exige dar cuenta de esa otra parte de lo social que se insinúa en la estructura profunda del discurso sociológico de la juventud y que es la socialidad.

Abstract

The present article justifies the need for a reconsideration of the theoretical framework with which youth sociology usually operates. In dealing with the youth as a subject that lacks the responsibilities of the adult and that is waiting to enter the center of society, his/her identity is covered with a series of lacks that make him hierarchically dependent on the adult. This theoretical approach is, in fact, an extension of the dominant value system or ideology. Recovering the alterity of youth demands accounting for sociality, that other part of the social that is hinted at in the deep structure of the sociological discourse on youth.

«El hombre es el animal que se ha encontrado y encuentra siendo finito. Durante miles y miles de años no se ha resentido de ser y estar siendo finito. Por el contrario, desde hace dos mil años y quinientos más se ha complacido en, y perfilado y cultivado su finitud —y la de todas las cosas—, por el procedimiento de de-finir todo y de de-finirse a sí mismo. Sin caer en la cuenta de que definir y definirse es, real y verdaderamente, encerrar y encerrarse...
...Desfinitarse y desdefinirse son modos de hacerse transfinitos»

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

* Universidad Complutense de Madrid.

Respecto a los jóvenes, son necesarias dos aproximaciones distintas que pueden ser planteadas con dos preguntas. La primera, de carácter general, «¿Quiénes son los jóvenes?», exige una respuesta global y cuantitativa acerca de cómo la infraestructura económico-demográfica de la sociedad produce población juvenil. La segunda, más concreta, «¿qué hacen los jóvenes?», requiere una respuesta local y cualitativa relativa a los cambios y conflictos que la juventud protagoniza en la superestructura cultural. Lo que voy a hacer en este artículo es mostrar la definición y modelos que mejor responden a la primera pregunta y los obstáculos que esa misma aproximación presenta cuando se ha de responder a la segunda cuestión. Dejaré para otra ocasión la propuesta de un modelo teórico y metodológico alternativo que permita dar cuenta de cómo los jóvenes disienten o difieren del orden sociocultural instituido.

1. LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE JUVENTUD

Para que la sociología se pueda hacer cargo del estudio de la juventud es necesario que el concepto se deshaga de algunas significaciones que connota por influencia directa de la costumbre. Así, los sentidos que habitualmente se le adjudican, («locura», «espontaneidad», «desorden», etc.), aunque reportan una utilidad inmediata en las negociaciones semánticas con las que se construye la interacción social cotidiana, no permiten la elaboración de un concepto muy operativo. También lo impiden otro tipo de definiciones, ya científicas pero psicológicas, como la de Hall, primer teórico de la «adolescencia». Según este autor, la juventud sería una clase de edad comprensible en términos similares a la adolescencia (desarrollo de la personalidad, el intelecto, la sexualidad, la afectividad, las condiciones psicomotoras, etc.) (Coleman/Husen, 1989: 19; Undiks, 1990: 24-26). Esta definición no resulta muy útil para la sociología pues la juventud es abstraída de su contexto social. Y tampoco resultan válidas otras aproximaciones que, aun poniendo el acento en el espacio social en que se desenvuelve la juventud, dan tanta importancia al aspecto histórico-mentalista o superestructural que lo aísla del económico-demográfico o infraestructural. Es lo que sucede cuando, atendiendo a la influencia de los jóvenes en las sociedades actuales, se dice de esta clase de edad que es la protagonista de un vínculo de «solidaridad» alrededor de la música rock y que, en consecuencia, es la creadora de una nueva categoría sociológica internacional (Yonnet, 1988: 10 y 146). Esta observación resume los resultados de la contemporánea extensión de la cultura juvenil por lo social a nivel mundial, lo que también sucede con otra clase de subculturas, pero no se refiere a las condiciones estructurales de su existencia.

Entender la juventud operativamente, en aras de la manipulación cuantitativa que del concepto deba realizar la sociología, implica constatar, en primer lugar, su oposición a la clase de edad adulta haciendo constar las características que la determinan como clase de edad específica. En esta línea joven es para la sociología estandard o clásica (Garrido, 1980; Gil Calvo, 1985; Zárraga, 1985) quien todavía no ha adquirido la condición de adulto, y el ingreso en esta clase de edad se da por la asunción de una cuádruple responsabilidad: productiva (asignación de un status ocupacional, laboral o profesional estable), conyugal (asignación de una pareja sexual estable), doméstica (asignación de un domicilio estable y autónomo) y parental (asignación de una prole dependiente). A esta carac-

terización habría que añadir que el joven no es aún adulto pero que está en condiciones de serlo pues podría material y formalmente, a diferencia del niño, hacer casi todo lo que un adulto hace en sociedad.

Pues bien, desde este sólido punto de partida es posible realizar la aproximación cuantitativa al hecho social juvenil mencionada antes si nos interesamos por los mecanismos que retrasan o impiden ese acceso al orden de las responsabilidades adultas, pero enfatizando y priorizando la responsabilización laboral, pues es obvio que el acceso a las responsabilidades conyugales, parentales y domiciliarias dependen, en la mayor parte de los casos, del logro de la autonomía económica, y ésta en el mundo actual se adquiere en el mercado de trabajo. Según esta distinción e indicación de la realidad debe entenderse que la producción social de juventud la efectúa el binomio mercado de trabajo-escuela y depende del funcionamiento combinado de las infraestructuras económica (relativa al modo de producción) y demográfica (relativa al modo de reproducción) de la sociedad.

Por lo que a la infraestructura demográfica respecta la producción social de juventud depende de las tasas de natalidad que se dieron entre 15 ó 16 y 29 años antes del momento presente (Gil Calvo, 1985: 37). Pero ¿qué hace fluctuar la tasa de natalidad? Pues parece que en las sociedades que han superado la transición demográfica son los ciclos de expansión y recesión económica los que promueven, respectivamente, altas y bajas tasas de natalidad. Para justificar este acomodo de lo demográfico a lo económico los teóricos que se han interesado por este asunto entienden que los individuos actúan de un modo estratégico. Es por esto que la tasa de nupcialidad, y con ella la tasa de natalidad, se entiendan influidas por el grado de bienestar que experimentan los sujetos que las protagonizan en relación al de su infancia: si es en la madurez (en términos relativos) tan alto o mayor que antaño, será proclive al matrimonio y se presumirá un incremento de la fecundidad, pero si por el contrario el bienestar relativo es inferior, tenderá al celibato y hará disminuir, también presumiblemente, la tasa de natalidad (Weeks, 1990: 72). Pero no sólo influye lo económico en lo demográfico. También sucede lo contrario, pues una estructura demográfica joven hace aumentar en épocas de crisis la tasa de dependencia y, como resultado de ello, hace disminuir la tasa de ahorro, por lo que las inversiones y la creación de empleo también disminuyen pues se tiene que producir más simplemente para mantener el mismo nivel de vida (Weeks, 1990: 284). Se forman entonces ciclos demográficos anudados a los económicos que, por resonancia de sus movimientos expansivos y recesivos, amplificarán los efectos de las cúspides y las simas.

A partir de este modelo, es posible relacionar la natalidad y el desempleo. En efecto, si convenimos que el desempleo juvenil depende decisivamente del desajuste que se produce en el mercado laboral entre una amplia oferta de fuerza de trabajo nueva y una menor demanda de la estructura ocupacional, hay un indicador, el cociente Easterlin, que cuantifica la previsibilidad del desempleo juvenil relacionando el tamaño de las cohortes de los varones adultos (entre 30 y 64 años) con el de las cohortes de jóvenes (entre 16 y 29 años). El cociente resultante expresa las posibilidades de los jóvenes de incorporarse al mercado de trabajo y obtener empleo: cuando el indicador asciende expresa que hay comparativamente menos jóvenes que adultos, y que, por lo tanto, es posible el pleno empleo para los primeros, pero si desciende, a causa del mayor tamaño de las cohortes de los jóvenes, se presume una mayor tasa de desempleo. Se alude siempre a jóvenes y adultos varones porque son los que más cerca han estado siempre del pleno empleo.

Pues bien, un aumento de la natalidad antecedente supondrá un aumento posterior del tamaño de las cohortes a los 15-29 años y por lo tanto un aumento del indicador y de la tasa de desempleo juvenil. Dicho más claro, y por lo que a España respecta (Gil Calvo, 1984: 73; 1985: 48 y ss.; 1986: 180-182), entre 1955 y 1975 los escasos jóvenes de entonces se vieron inmersos en una onda económica expansiva que facilitó el empleo, la nupcialidad y una alta fecundidad de la que ha resultado, en los años 80 y en los 90, un incremento del tamaño de las cohortes juveniles. Como además estamos en una fase económica recesiva el incremento de la tasa de desempleo ha sido inevitable. Sin embargo, en base a este modelo es posible prever también que la bajísima fecundidad protagonizada por los maltratados jóvenes de hoy dará lugar, en la próxima fase expansiva, a un tamaño de las cohortes jóvenes más reducido que facilitará el empleo y reactivará la fecundidad.

Aclarada con el modelo Easterlin la interdependencia económico-demográfica que explica la producción de juventud desempleada queda por explicar cómo se produce juventud escolarizada según los teóricos del capital humano. Desde esta perspectiva se analiza la libertad estratégica del sujeto para invertir lo más productivamente su tiempo (Thurow, 1983; Becker, 1983). En principio varones y mujeres, terminada la escolarización obligatoria y según el plan de socialización clásico, parece que tienden a apostar por una inversión de su tiempo distinta (Becker, 1983: 198-200; Fernández Méndez De Andrés, 1993: 49): mientras ellos dan prioridad a la productividad económica, ellas en su mayoría han solido apostar por la hipergamia y la reproducción doméstica. Ahora bien, una vez que los dos géneros han apostado por la inversión en productividad salarial, y teniendo en cuenta que la acumulación de educación formal incrementa los salarios por término medio, caso de España, un 5% a ellos y un 6% a ellas, ¿qué se hará: trabajar o aumentar la escolaridad? Pues bien, parece, según los teóricos del capital humano, que los adolescentes proseguirán sus estudios mientras el valor actual de las ventajas que esperan de una instrucción más intensa sea superior a la suma del coste inherente a esta instrucción y a los ingresos que el interesado deja de percibir por seguir estudiando (Rodríguez, Rodríguez, 1993: 85). De esta manera, y enlazando con el modelo Easterlin, sucederá que en épocas de recesión económica, con un amplio tamaño de las cohortes y altas tasas de desempleo, el joven se verá obligado a seguir con sus estudios afectando a las tasas de ahorro familiar, mientras que en épocas de bonanza económica el sujeto liberará dicho ahorro al preferir incorporarse al trabajo antes que aumentar su escolaridad, más aún si la cohorte a la que pertenece es pequeña y por lo tanto la tasa de desempleo baja. Por lo tanto, la escolaridad y el desempleo tienen una relación directamente proporcional, mientras que la de la escolaridad y el empleo es inversa.

Estos son a grandes rasgos los dos modelos teóricos que mejor explotan la definición al uso de la juventud y más exhaustivamente permiten explicar la combinación de factores que intervienen en la masiva producción de jóvenes en las sociedades contemporáneas. Citémoslos, aunque nos repitamos con algunos de ellos, pues son importantes.

En primer lugar, en Europa nos encontramos desde mediados de los años 70, como consecuencia de las altas tasas de natalidad de los años 50 y 60, con un crecimiento sin precedentes de la oferta global de fuerza de trabajo y de población potencialmente joven, y esto tanto en términos absolutos como relativos. Ese incremento es causado principalmente, como ya se ha indicado, por la masiva afluencia de *babyboomers* pero también

por la presencia cada vez mayor de mujeres, que vinculan desde los años 80 su independización de la familia de origen no al mercado matrimonial sino al laboral, lo que hace que los jóvenes varones encuentren un inesperado competidor en la búsqueda de trabajo y que el modelo de emancipación tradicional, según el cual los chicos buscaban trabajo y las chicas varones, haya entrado en crisis.

En segundo lugar, este vertiginoso aumento de la demanda de empleo coincide con una disminución de la disponibilidad de puestos de trabajo causada por la crisis económica iniciada a mediados de los 70 y por la revolución científico-técnica. De ese desequilibrio resultará un incremento del desempleo y la inserción de los jóvenes demandantes de empleo en la economía informal o sumergida.

En tercer lugar, el acceso a la autonomía económica se verá dificultado también por la aplicación de políticas económicas neoliberales que, tomando en muchos casos como coartada la situación de jóvenes y mujeres, logrará abaratar los costes del factor trabajo flexibilizando las formas de contratación, lo que dará lugar a una mejora del ambiente económico del que deberán aprovecharse las empresas para resultar más competitivas en las economías abiertas contemporáneas, pero también a una inserción inestable y precaria de los afectados en la estructura ocupacional. Es por esto que para muchos autores (Sanchís, 1992: 65-66; Bilbao, 1989: 59 y ss.; Garonna y Ryan, 1988: 37) la situación de los jóvenes y otros colectivos discriminados por el mercado trabajo se ha convertido en una magnífica coartada que justifica la desregulación del mercado de trabajo.

En cuarto lugar, las exigencias de cualificación planteadas por la actual sociedad del conocimiento, tan ávida de innovaciones científico-técnicas, así como la voluntad de los jóvenes de resultar más competitivos en el mercado de trabajo, han motivado el incremento y extensión de la inversión en capital escolar de lo que ha resultado también un alargamiento del período de espera.

Por otro lado, no es sólo el mercado de trabajo el que bloquea el tránsito hacia la emancipación del joven pues también el acceso a la independencia domiciliar presenta dificultades. Debido a la especulación de años atrás, a los rígidos sistemas de herencia y a la creciente autonomía y longevidad de los mayores el precio de las viviendas se ha disparado y los jóvenes han visto bloqueados, también de este otro modo, sus proyectos emancipadores. Pues bien, es en gran medida debido a estos dos obstáculos, el laboral y el domiciliar, que en 1991 un 85% de los jóvenes de entre 20 y 24 años y un 53% de los que tienen entre 25 y 29 años permanecían en su familia de origen como hijos dependientes (Alberdi, 1995: 171).

Desde este infraestructural punto de vista es posible también abordar la otra cuestión que planteábamos al principio, ¿qué hacen los jóvenes? Así, por ejemplo, se puede mostrar la experiencia de tan difícil y dilatado tránsito a la vida adulta y predecir que, con esa socialización, la aceptación del resto de instituciones será menor y que las actitudes contraculturales tenderán a extenderse, lo que afectará gravemente al sistema (Petras, 1996; Bourdieu, 1991: 142). En este sentido ya se ha comprobado (Sanchís, 1988: 137; Berge-re, 1989: 27-55) que el exceso de formación de los jóvenes hace que el encuentro con el desempleo o el trabajo precario favorezca la realización personal a través de la esfera del ocio y devalúe la importancia que antaño tuvo la consagración al trabajo, asunto que incide en la contradicción cultural del capitalismo denunciada por Bell (1987: 45 y ss.) y en la «revolución cultural del tiempo libre» ensalzada por Dumazidier (1988: 21 y ss.).

Por otro lado, el mismo prestigio de los sindicatos y sus reivindicaciones socioeconómicas, uno de los pilares sobre los que se edificó el Estado del Bienestar, parecen caer también en picado ante este nuevo *ethos* de los *baby boomers* puesto que se afilian mucho menos que sus padres (Heinze, Hinrichs, Offe y Oik, 1992: 137-138; Fundación Santa María, 1984: 45 y 197; Pérez Díaz, 1993: 358-365).

Por último, es posible también mostrar que la exclusión real del mercado de trabajo y la obligación de emanciparse, así como la seducción ejercida por el mercado de la diversión, que toma a los jóvenes como modelo de consumo, puede dar lugar a situaciones de doble vínculo similares a las que padecen los esquizofrénicos en ciertas familias (Watzlawick, Beaven y Jackson, 1985: 196 y ss.; Gil Calvo, 1985: 15), y producir en los jóvenes conductas sociales anómicas. Avello Flórez y Muñoz Carrión (1989) han sugerido que el consumo compulsivo de drogas, el vandalismo y otras conductas percibidas por el orden instituido en términos de anomia pueden tener su origen en la actual situación de doble vínculo que padecen los jóvenes de este final de siglo.

2. DESCONSTRUCCIÓN DE LA SOCIO(IDEO)LOGÍA DE LA JUVENTUD

La gran importancia de los jóvenes actualmente no viene dada sólo por su relevancia cuantitativa (porque sean incorporados marginalmente al sistema o porque se escolaricen más de lo que lo hicieron quienes hoy son sus padres), ni tampoco porque sus conductas, reflejen anómicamente la injusta gestión del orden instituido llevada a cabo por las políticas neoliberales. Es legítimo suponer que su importancia viene también dada por la activación, en esa cada vez más larga espera, de novedosas y creativas prácticas sociales que, en realidad, están en la base de un cambio, iniciado, en muchos casos, por generaciones de jóvenes anteriores, y que siempre son observadas por la sociedad con estados de ánimo que oscilan entre la preocupación, la sorpresa y la esperanza (Lozano i Soler, 1994: 41-49). Esta relevancia de los jóvenes entiendo, y este es un modo de puntuar y proporcionar sentido a la realidad distinto al de la sociología de la juventud positivista, que no es sólo el reflejo de las condiciones infraestructurales mencionadas. Creo, con Reguillo (1991: 22), que es superestructural o sociocultural y que responde a una lógica distinta, aún cuando las características de la infraestructura en este final de siglo faciliten su manifestación.

En efecto, si la juventud es el sujeto social que está interviniendo en tan importantes cambios socioculturales, es posible y legítimo suponer que esto sucede porque son capaces de diferir del orden instituido y esto necesariamente debe aludir a cierta diferencia sociocultural de los jóvenes respecto al centro de gravedad de la sociedad instituida. Esta apuesta por la diferencia juvenil que propongo no es muy distinta a la que en el ámbito de las mujeres efectúa el feminismo de la diferencia (Violi, 1991; Irigaray, 1992), ni a la que respecto a la cultura popular ha servido de base para interesantes reflexiones (Bajtín, 1990; García Calvo, 1991). Sin embargo, la definición estándar del hecho social juvenil propuesta más atrás no reconoce esta diferencia, o al menos no del todo, por cuanto para ella la juventud es un tiempo de espera para acceder al orden de las responsabilidades adultas y, por lo tanto, una carencia respecto a los objetos de valor que poseen los adultos. De este modo, la potencial alteridad de los jóvenes es re-presentada y suplantada por

el modelo standard en términos de falta, de no-ser. Pues bien, esto sucede porque los enunciados teóricos no son sino la extensión de los metarrelatos ideológicos de dominación. Pero antes de iniciar su deconstrucción debo realizar una importante observación epistemológica, pues este apartado va a pivotar en torno a ella.

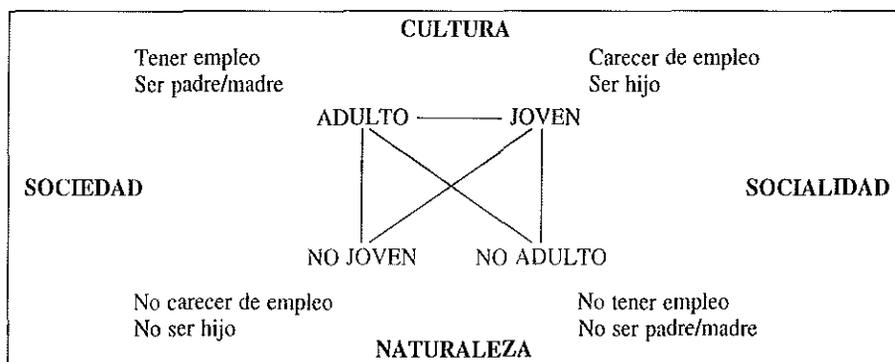
Según la cibernética de segundo orden (Von Foerster, 1991: 83 y s.) lo que denominamos realidad es fruto de la acción objetivadora de un sistema observador que, en primer lugar, ha distinguido partes en la realidad trazando líneas o fronteras, y después ha indicando cuáles de ellas son las relevantes y cuáles las accesorias o subordinadas. Es por esto que si aludimos a un sistema observado, en este caso los jóvenes, es necesario mostrar hasta donde sea posible el modo como fue producido; es decir, el modo como la sociología de la juventud clásica, y más exactamente el agente social que como sistema objetivador la enunció, decidió distinguir partes y elegir lados relevantes en lo social. Este proceder constructivista se opone radicalmente al paradigma objetivista clásico pues si en este caso se habla exclusivamente del objeto, en el que proponemos debe pasar a considerarse la enunciación misma productora de objetos. Pues bien vamos a intentar desconstruir el construido objetivado por la sociología de la juventud estándar en tres movimientos.

2.1. Análisis del enunciado

Para iniciar la desconstrucción podemos utilizar el cuadro semiótico propuesto por Greimas (1982: 262-264) y alcanzar así la estructura profunda o matriz lógica de la que emerge la definición de la juventud mencionada más atrás. Los términos objeto superiores («adulto» y «joven») que forman el eje semántico de la «edad» están vinculados por una relación de contrariedad o presunción recíproca. Ambos forman el metatérmino de lo «social» entendido como un orden formado por conglomerados de distinciones relativas a las instituciones laboral y familiar, las que al discurso estándar interesan, que colocan a jóvenes y adultos en posiciones diferentes. Frente a este orden de lo social, y en relación de contradicción con él (es decir, que no se pueden dar uno y otro a la vez), aparece el metatérmino de lo «natural» que engloba los términos objeto «no-adulto» y «no-joven». En él se diluye el orden de las distinciones, faltan por lo tanto las instituciones, y desaparece la oposición entre jóvenes y adultos. Efectivamente, con la negación del «empleo» y el «desempleo» y la abolición de las posiciones «padre»-«madre» e «hijo», el trabajo y la familia desaparecen lo que hace que no se pueda distinguir a jóvenes de adultos. Estamos ante la indistinción de lo natural que, por preceder y exceder el orden de lo social, resulta impensable (Levi-Strauss, 1985: 70 y 102).

Si pasamos a considerar los metatérminos laterales, vinculados también —como el eje semántico— por una relación de contrariedad o presunción recíproca, comprobamos que lo «social» tiene dos partes o vertientes complementarias. Por un lado la «sociedad», que posee los núcleos sémicos que afirman las posiciones dominantes de las instituciones laboral y familiar (se tiene «empleo» y se es «padre» o «madre») y, en consecuencia, niega las posiciones de dependencia (no se tiene «desempleo» y no se es «hijo»). Este orden que niega para los sujetos las posiciones dependientes y afirma implícitamente el dominio, sólo puede ser el orden de la responsabilidad. Se expresa así la parte más dura,

sólida y visible del organigrama social, la que ocupan los adultos. Se entiende que hablar desde este lado de los jóvenes suponga aludir a una carencia, una falta, un todavía-no. Así que lo social visto desde este lado es pura relación de dominio. Pero en la estructura profunda aparece otra parte de lo social, opuesta a la «sociedad», que afirma las posiciones dependientes (no tener «empleo» y ser «hijo») y niega todo dominio (ni tener «empleo» ni ser «padre» o «madre»). En esta parte de lo social, que denomino, siguiendo a Maffesoli (1985: 15), «socialidad», no hay afirmación de las posiciones dominantes sino de las dominadas y además se niega implícitamente el dominio. Así que no hay «deseo» de reproducir el orden jerárquico, como sucede en la «sociedad». Al contrario, si lo hay, debe orientarse hacia su aniquilación.



Tenemos entonces dos modos de existir que conforman lo social y se oponen a lo natural como exterioridad absoluta. Por un lado aquel que afirma la jerarquía y pretende contener la sociabilidad en unas instituciones estables que deben ser renovadas; por otro, aquel que niega cualquier dominio y disipa las estructuras en una sociabilidad evanescente. El primero afirma el orden y en nuestro caso está habitado centralmente por el adulto, el segundo se alía al desorden y, al menos en potencia, es vivido por el joven. La sociología de la juventud estándar arranca de una concepción de lo social que se inspira de su lado duro, la sociedad, y subordina cualquier sociabilidad a ella. De ello suele resultar una exclusión del hábitat de lo juvenil, la socialidad, una incompreensión de su particular sociabilidad, y en general un falseamiento de la amplia realidad que compone lo social. Aunque esta segunda vertiente de lo social no encuentra cabida en los modelos de los ciclos económico-demográficos y del capital humano, parece que puede ser capaz de proporcionar un mejor punto de partida para analizar los modos de diferir y de disentir del orden social instituido que tiene la juventud.

Que lo social está formado por una dimensión que niega permanentemente el orden de la sociedad es algo reconocido. Maffesoli, por ejemplo, dice a propósito de ella que «es refractaria a la unidad, refractaria a toda unidimensionalidad representativa u organizacional» (1990: 270). Respecto a la juventud, y por lo que a su relación con la institución laboral se refiere, ya Brown (1988: 22) observó que «tiene una exuberancia que rebasa los confines de la necesidad elemental y se remonta por encima del trabajo a la esfera superior o acaso inferior del juego». Y en relación a la institución familiar aludió a

su antítesis, la «fratria», arquetipo del grupo de iguales, que supone, como ya señalara Freud, el asesinato del padre y la posesión de la madre. Esta transgresión del juego de espejos edípico abole no sólo la institución familiar sino el carácter exterior de cualquier ley que pretenda ordenar lo social y alejar el peligro de la indistinción natural. En efecto, tal como nos sugiere Anzieu, «la muerte del padre fundador es un trabajo psíquico interno que todo grupo tiene que efectuar en el plano simbólico (y algunas veces en el plano real) para acceder a su propio poder soberano y convertirse en su propio legislador» (1986: 215). Es de este modo como los grupos sometidos se convierten en grupos sujeto o soberanos, según la acertada observación de Guattari (1976: 59 y 96).

De lo anterior se deduce que la sociología al uso de la juventud, aun partiendo en su estructura profunda de un reconocimiento de lo joven como potencialmente autónomo, no expresa en el enunciado esa alteridad. Sucede más bien que, representándola en términos de carencia o falta respecto a la identidad adulta, acaba con su hábitat y su existencia misma. Lo mismo parece suceder con la mujer cuando el psicoanálisis descubrió en su edipizado inconsciente solamente la «envidia del pene», y con el pueblo o la gente cuando las élites políticas y culturales descubrieron en sus prácticas una falta de Cultura.

Si esto se deduce del enunciado queda por ver qué función tiene en el campo social donde se inscribe. Se trata entonces de pasar a la segunda fase de la deconstrucción y añadir no al enunciado sino a la enunciación según nos sugiere el modelo actancial y de las modalizaciones (Greimas, 1989: 57-106; Lozano, Peña Marín y Abril, 1989: 56-86). Más exactamente, se trata de continuar desmontando los supuestos del modelo teórico clásico o estándar, esta vez haciendo que se manifieste la posición de la sociología de la edad en el campo social que hemos descubierto.

2.2. Análisis de la enunciación

Aunque en el enunciado de la sociología de la juventud estándar como en el resto de las ciencias en general, el sujeto de la enunciación está impersonalizado, podemos encontrar en su discurso huellas de la posición social que ocupa o de los intereses a los que sirve. En la definición propuesta aparecen dos «roles actanciales», el «joven» y el «adulto», distintamente relacionados con los dos «objetos de valor», el «trabajo» y la «familia»; mientras el adulto los posee, está en relación de «conjunción» con ellos, el joven no los posee, está en relación de «disyunción». Se adjudican entonces dos estados distintos: mientras el del adulto es «actual», el del joven es «virtual». Lo podemos expresar así:

ADULTO: $S1 \wedge 01$ (trabajo)

$S1 \wedge 02$ (familia)

JOVEN: $S2 \vee 01$ (trabajo)

$S2 \vee 02$ (familia)

Sin embargo el «programa narrativo» (PN) completo no es únicamente descriptivo, también imprime una «modalización» actualizante (del orden del «hacer» ser) pues indica que el «joven» debe apropiarse los objetos de valor propuestos por la enunciación:

$PN=F [S1 \wedge (01, 02) \rightarrow S2 \vee (01, 02)]$

Pues bien, es en este paso, la conversión del arbitrario estado de uno de los roles actanciales en norma «natural», como el sujeto de la enunciación señala o deja rastro de su identificación con él y delata su auténtica posición social. Efectivamente el impersonalizado sujeto de la enunciación que sostiene el concepto habitual de «juventud» utilizado por la sociología de la edad no puede ser otro, dado el tono normativo que imprime a su estado, que el adulto. Entonces, en último término, el discurso de la sociología de la juventud clásica no es sino la ideología de un rol actancial que impone su mundo, la sociedad, al otro: primero, proponiendo los objetos de valor que él posee y después, sancionando la necesaria transformación del joven en adulto apropiándose de ellos:

$$S2 \rightarrow [S1 \wedge (01, 02) \rightarrow S2 \vee (01, 02)]$$

Más allá de lo textual, se deduce la existencia en lo social de una relación de poder de la que el discurso sociológico no es sino su extensión ideológica. Ahora queda claro que la representación de la identidad juvenil en términos de falta o carencia no es un error o defecto teórico sino una prolongación de la «violencia simbólica» (Bourdieu y Passeron, 1970: 19) con la que la sociedad del adulto domina a la sociedad del joven. La diferencia entre las violencias físicas y las simbólicas es que, según una afortunada observación de Ibáñez (1985: 1-2), mientras con las primeras lo que interesa es vencer, con las segundas de lo que se trata es de convencer, que el vencido asuma los argumentos del vencedor. Esta abolición de la exterioridad juvenil que se logra con la violencia simbólica es en algunos casos reconocida con preocupación por el mismo discurso sociológico positivista cuando reconoce que «hay tipos de jóvenes que se parecen más a determinados adultos que al propio resto de los jóvenes», y es que «tales jóvenes sólo son jóvenes en términos demográficos, pero ya no lo son en términos sociales» (Gil Calvo y Meléndez Vergara, 1985: 256). De todas formas, nunca la violencia simbólica es del todo efectiva por sí misma, así que es necesario que las ciencias sociales investiguen para conocer mejor lo que se resiste a la asimilación y las políticas sociales diseñen estrategias de reasimilación o control. Y así, como sucede con otras alteridades psíquicas, la juventud será tratada solidariamente por la sociología, la psicología, la psiquiatría y la policía o la asistencia social (Varela y Álvarez Uría, 1986: 74).

2.3. La re-presentación de la alteridad juvenil

Una vez vista la estructura profunda del enunciado y las condiciones sociales de la enunciación, queda por mostrar en esta desconstrucción que ensayo cómo ejecutan la sociedad en el plano ideológico y la sociología en el plano científico la traducción o re-presentación de la alteridad juvenil. La relación entre los dos términos que estamos manejando se parece a la que se da en las que los lingüistas llaman «oposiciones privativas» (García Calvo, 1989: 406). Efectivamente, si transformamos el par «adulto»/«joven» en «hombre»-«mujer»/«joven», no alteramos sustancialmente el sentido, ya que en la lengua abundan ejemplos de usos que igualan los significados de «adulto» y «hombre»-«mujer» («cuando seas un “hombre”-“mujer”», «ya eres todo un “hombre”-“mujer”», «se comporta como un “hombre”-“mujer”», etc.), y obtenemos una típica oposición privativa. En ellas, como ha señalado García Calvo, «la diferencia se establece de modo

que uno de los términos ("hombre"- "mujer") es lo que ambos son en común, mientras que el otro tiene sobre eso alguna nota diferencial». En nuestro caso «hombre»-«mujer» son los términos sin marca, a los que se les atribuye el ser del par (engloba por géneros a los adultos y a los jóvenes: todos son hombres o mujeres), mientras que «joven», el término marcado, posee la diferencia, algo más. El problema estriba en que ese exceso de significado al que apunta el término marcado, «joven», no cabe en el par por el monopolio que el no marcado, «hombre»-«mujer», ejerce sobre la significación. Lo mismo sucede en otras oposiciones privativas como «hombre»/«mujer» (en la que el término no marcado, «hombre» designa el ser del par, la «humanidad», y el término no marcado, «mujer» debe padecer también cierta indefinición), «señores»/«pueblo» (según García Calvo el término no marcado «señor» designa tanto a «los de arriba» como el título que cabe y debe adjudicar a todos, incluso a «los de abajo», que son así expropiados de su alteridad) o «ciudadano»/«campesino» (pues aunque todos somos «ciudadanos», lo son sobre todo los que viven en la «ciudad», mientras que los «campesinos» son además otra cosa) En todos los casos el primer término del par se designa a sí mismo y a su opuesto mientras que el segundo se ve obligado a padecer cierta indefinición pues es algo más de lo que el primer término dice de él.

El sentido de su opuesto lo construye el ser del par mediante la exclusión real de aquello que es ontológicamente diferente y la inclusión abstracta en un sistema de diferencias reguladas o tolerables de aquello que es parecido; dicho de otro modo, la heteronomía se practica segregando lo insemiotizable e incorporando lo semiotizable (Deleuze y Guattari, 1988: 173 y ss.). El mecanismo que efectúa este doble movimiento de exclusión y traducción es la representación (re-presentación: volver a presentar) que primero selecciona y luego reemplaza lo elegido por un representante (Ibáñez, 1990: 18). En la sociedad del consumo y de la comunicación masivas no es difícil observar que los jóvenes son representados de dos modos sólo aparentemente diferentes: bien edulcorando su imagen para presentarlos como modelo de consumo ante los adultos, para que así narcoticen su miedo al envejecimiento y a la muerte, bien asociándolos al vandalismo, las drogas, etc., para convertirlos en uno de los graves peligros que acechan a las aseguradísimas y temerosas sociedades contemporáneas (Espín Martín, 1986: 59). No es exagerado, ni mucho menos, decir que la sociedad percibe a los jóvenes en términos de riesgo y que la sociología de la juventud se inscribe en una estrategia de aseguramiento de la sociedad. El Instituto de la juventud se creó en España en 1961 ante la ola de desórdenes públicos protagonizada entonces por los jóvenes y desde el comienzo se planteó dos objetivos básicos: averiguar cómo son los jóvenes y proponer cómo se debe tratar a esa juventud (Sáez Marín, 1995: 166-167). No es de ningún modo casual que esta estrategia de dominio y control planteada por el franquismo siga siendo válida, aunque hoy se exprese de un modo «paternalista», y que la protesta política de ciertos jóvenes, el consumo de drogas, etc., sigan siendo objeto de vigilancia,

Este modo de representar o traducir no sólo tiene lugar en el par «hombre»/«joven» pues, como ya he observado, lo efectúa todo centro signifiante («hombre», «señor», «ciudadano») respecto a sus términos marcados («mujer», «pueblo», «campesino», etc.). Lo que sí resulta singular es que ha sido en Occidente, y sobre todo en su edad moderna, donde y cuando más ha proliferado. Mientras en otras culturas se ha solido simbolizar la alteridad reconociendo las diferencias ontológicas de los «otros», en la nuestra han

sido sistemáticamente abolidas. Así, si los indios *yanomano* de la selva amazónica se llaman a sí mismos «hombres» utilizando el término *yanomano* y el resto de pueblos son designados como «no hombres» (Clastres, 1981), desde la Revolución Francesa Occidente ha convertido la *humanitas* romana, que inicialmente fue utilizada para oponerse a los bárbaros del exterior (Heidegger, 1985: 75), en un concepto universal que abarca a todos los pueblos del planeta. Parecida es la implicación del concepto ético de salvación en la religión cristiana: primero, los judíos se designaron a sí mismos como el pueblo elegido por su dios, y de esta manera expulsaron simbólicamente de la salvación a los otros; posteriormente, el cristianismo cerró la operación considerando a toda la humanidad como pueblo elegido (Nietzsche, 1982: 127-130). En último término, mientras fuera de Occidente se realiza una exclusión explícita a partir de definiciones restrictivas que hacen manifiestas las diferencias ontológicas, nuestro orden cultural anula las alteridades inclusivamente, imponiendo una sustancia universal definida según los atributos propios y construyendo un sistema de diferencias tolerables. De ahí que el etnocidio, la exterminación de las otras culturas exteriores e interiores, haya sido tan habitual.

Del mismo modo, en las sociedades primitivas el joven y otros sujetos no centrales, como el esclavo, el dominado o la mujer, son simbolizados con figuras que están en situación de ambivalencia por lo que se dice de ellas y lo que designan (Balandier, 1989: 96). Suelen ser objeto de desconfianza a causa de su diferencia así como motivo de sospecha y víctimas de acusaciones. Estas alteridades son entonces tanto chivos emisarios del orden al que son sometidos como representantes de un potencial desorden. Más allá de que exista asimetría y una relación de violencia conviene reconocer que las relaciones entre el centro y las periferias son simbolizadas conflictualmente, de modo que la alteridad es reconocida. Así, los *lugbara* de Uganda y los *kasai* de Zaire, si seguimos a Balandier (1989: 100-102), inscriben la guerra entre adultos y jóvenes en la oposición religión/brujería, y los *buma* de Zaire relacionan estos antagonismos con «una teoría general que hace del enfrentamiento la ley de toda vida». También en Grecia encontramos reconocida de un modo parecido la alteridad juvenil. Según Vernant (1986: 23) la diosa Artemisa, la nodriza por excelencia, la que conduce los hijos de los hombres a la sociabilidad plena, era también la cazadora, frecuentaba las tierras baldías exteriores a la ciudad, «las fronteras donde se establece contacto con lo otro, donde se codean lo salvaje y lo civilizado». Es precisamente este componente salvaje del joven el que los ritos de iniciación intentan conjurar inscribiendo en el cuerpo de los adolescentes la marca de lo social a través de la tortura (Clastres, 1974: 152 y ss.). Como vemos, todo se juega con la máxima transparencia: se reconoce la alteridad real del joven, se hace explícito el dominio del adulto y su mundo sobre él y a la postre es la violencia física, la relación de poder de base, la que más cuenta.

Todo cambia cuando la dominación simbólica oculta la violencia de base, el orden se hace más exigente, el potente equivalente general de la responsabilidad (cívica, económica o cual sea) se espesa y la alteridad juvenil es sometida al intercambio regulado de diferencias. En la modernidad inventada por Europa este proceso fue inicialmente instrumentado por la educación escolar que, más allá de la positiva valoración de la que hoy es objeto, según un clásico de su estudio, Mannheim, debe ser entendida como «la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las generaciones jóvenes para adaptarlas a sí mismas y, en consecuencia, a su medio físico y social» (Azevedo, 1973: 84), en institu-

ciones específicas, en instituciones específicas. La genealogía de la escuela primaria española realizada por Varela (1989: 79) permite comprobar que en el Plan de Reforma dirigido al Conde de Floridablanca el 1 de octubre de 1787 se afirma lo mismo pero de un modo más contundente y explícitamente político: «Toda la felicidad pública de un Estado depende en gran parte de las semillas que se siembran en los corazones tiernos de los jóvenes... Se arraigan más profundamente las primeras máximas y verdades que oyeren, se conservan más largo tiempo y vienen, por último, a dar fruto muy abundante y sazonado... Así como un campo inculto y abonado solamente ve brotar espinas y malezas, de la misma suerte, el descuido de la crianza y primeras instrucciones de esta clase de gente, nace una general corrupción de sus costumbres y una entera ignorancia de las obligaciones que tiene cada uno como cristiano, como vasallo y como miembro del cuerpo político». Es precisamente esta definición de la escolaridad la que, según observara Carlos Lerena (1989: 53), impulsa sociologías de la educación y prácticas pedagógicas que consideran al alumnado según un listado de carencias: «no tiene medios, no tiene estímulos, no tiene aspiraciones, no tiene aptitudes».

3. EXODUCCIÓN

Hoy, del mismo modo que en la época que vio aparecer la Escuela Universal, la pedagogización y civilización de los jóvenes es un asunto que preocupa cada vez más obsesivamente a ciertos adultos, al Estado y a parte de la sociedad española. Pero no se realiza sólo en las aulas ni tiene por objeto los arbitrarios culturales clásicos. Las campañas para moralizar a los jóvenes acerca de las drogas, la violencia, la sexualidad y otros asuntos percibidos por la sociedad como graves peligros tienen lugar, además de en las aulas, en la radio y la televisión. Pero es que además son cada vez más obsesivas y afectan a arbitrarios culturales cada vez más discutibles. Quizá esto suceda porque la definición de lo peligroso y la aspiración a la seguridad son cada vez más exigentes entre los adultos y la sociedad moderna. De todos modos, no está garantizado que esta estrategia de control adulta resulte del todo efectiva pues, si seguimos las sugerencias del psicoanálisis (Alemán, 1988), una práctica que convierte el asunto de las represiones y sublimaciones en su campo de estudio, parece que en cada caso de re-presentación o alienación siempre se produce un suplemento de sentido, el «goce», que permite a lo latente insinuarse y dejar constancia de que hay una realidad bien distinta de la instituida, al menos en potencia. Pero esa otra cosa que se insinúa, como no cabe del todo en el registro del orden en que es inscrito y pensado, sólo aparece como negatividad, permanente desdefinición y desdefinición de lo instituido y su modo de pensar. En mi opinión la alteridad juvenil que insiste y nunca consiste en lo que la sociología de la juventud y la sociedad dicen de ella remite a la jovialidad, un modo de ser y existir de la gente, el flujo laminar primordial de lo social. Dice Jünger (1988: 70-71) del hombre que «siempre hay poderes que intentan colocarle sus máscaras propias, poderes que unas veces son totémicos, otras mágicos y otras técnicos». Pero también observa que «desde los tiempos más remotos viene repitiéndose una y otra vez el mismo espectáculo: el hombre se quita la máscara y a ese acto sigue la jovialidad, la cual es el reflejo luminoso de la libertad».

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, I. (dir.) (1995): *Informe obre la situación de la familia en España*, Madrid, Ed. Ministerio de Asuntos Sociales.
- ALEMAN, J. (1988): «Goce», en REYES, R. (dir.): *Terminología científico social. Aproximación crítica*, Barcelona, Ed. Anthropos, págs. 438-441.
- ANZIEU, D. (1986): *El grupo y lo inconsciente. El imaginario grupal*, Madrid, Ed. Biblioteca nueva.
- AVELLO FLÓREZ, J., y MUÑOZ CARRIÓN A. (1989): «Cultura juvenil: la comunicación desamparada», en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Félix: *Comunicación y lenguaje juvenil*, Madrid, Ed. Fundamentos.
- AZEVEDO, F. De (1973): *Sociología de la Educación*, México, Ed. Fondo de Cultura Económico.
- BAJTIN, M. (1990): *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid, Ed. Alianza.
- BALANDIER, G. (1989): *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- BECKER, G. S. (1983): *El capital humano*, Madrid, Ed. Alianza.
- BELL, D. (1987): *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Ed. Alianza.
- BERGÈRE, J. (1989): «Las actitudes ideológico políticas de los jóvenes madrileños en situación de desempleo: un análisis cualitativo», en TORREGROSA; JOSÉ RAMÓN; BERGERE; JOELLE y ALVARO; JOSÉ LUIS (eds): *Juventud, Trabajo y Desempleo: un análisis psicosociológico*, Madrid, Ed. Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social.
- BILBAO, A. (1989): «La utilización ideológica de los jóvenes», en TORREGROSA, José Ramón; BERGERE, Joelle y ALVARO, José Luis (eds): *Juventud, Trabajo y Desempleo: un análisis psicosociológico*. Madrid, Ed. Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social.
- BOURDIEU, P. (1991): *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Ed. Taurus.
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J.-C. (1970): *La reproducción. Eléments pour un theorie du système d'enseignement*, Parfs, Minuit.
- BROWN, N. O. (1986): *El cuerpo del amor*, Barcelona, Ed. Planeta-Agostini.
- CLASTRES, P. (1974): *La société contre l'État*, París, Ed. Minuit.
- (1981): *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- COLEMAN, J.; HUSEN, T. (1989): *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio*, Madrid, Ed. Narcea.
- DELEUZE, G., y GUATTARI, F. (1988): *Mil Mesetas. Esquizofrenia y capitalismo*, Valencia, Ed. Pretextos.
- DUMAZIDIER, J. (1988): *Révolution culturelle du temps libre (1969-1988)*, París, Ed. Meridiens Klincksieck.
- ESPÍN MARTÍN, M. (1986): «La falsa imagen de los jóvenes en los medios de comunicación», en *Revista de estudios de juventud*, (Marzo), Madrid, Ed. Instituto de la juventud.
- FERNÁNDEZ MÉNDEZ DE ANDÉS, F. (1993): «El proceso de formación ocupacional de hombres y mujeres», en GARRIDO MEDINA, Luis, y GIL CALVO, Enrique (eds.): *Estrategias familiares*, Madrid, Ed. Alianza.
- FOERSTER, H. Von (1991): *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- GARCÍA CALVO, A. (1989): *Hablando de lo que habla*, Zamora, Ed. Lucina.
- (1991): *Noticias de abajo*, Zamora, Ed. Lucina.
- GARONNA, P., y RYAN, P. (1988): «Empleo juvenil, situaciones industriales y desregulación en las economías avanzadas», en *Política y sociedad*, n.º 1, Madrid, Ed. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM.
- GARRIDO, L. (1980): «Notas sobre adolescencia y sociedad», en *Revista de estudios de juventud*, n.º 4, Madrid, Ed. Instituto de la juventud.

- GIL CALVO, E. (1984): «La tendencia futura del paro y la fecundidad», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 27, Madrid, Ed. CIS.
- (1985): *Los depredadores audiovisuales*. Madrid, Ed. Tecnos.
- (1986): «La estructura de edades y el ocio de los jóvenes: cifras españolas», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 35, Madrid, Ed. CIS.
- GIL CALVO, E., y MELÉNDEZ VERGARA, E. (1985): *Ocio y prácticas culturales de los jóvenes*, Madrid, Ed. Instituto de la juventud.
- GREIMAS, A. J. (1989): *Del sentido II*, Madrid, Ed. Gredos.
- GREIMAS, A. J., y COURTES, J. (1982): *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Ed. Gredos.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. C. (1992): *Lo culto y lo popular*, Madrid, Ed. Ediciones La piqueta.
- GUATTARI, F. (1976): *Psicoanálisis y transversalidad*, Madrid, Ed. Siglo XXI.
- HEDEGGER, M. (1988): *Carta sobre el humanismo*, Buenos Aires, Ed. Ediciones de los 80.
- HEINZE, R. G.; HINRICHS, K.; OFFE, C., y OLK, T. (1992): «Diferenciación de intereses y unidad sindical», en OFFE, Claus: *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Ed. Alianza.
- IBÁÑEZ, J. (1990): *Nuevos avances de la investigación social, Suplementos*, n.º 22, Barcelona, Ed. Anthropos.
- IRIGARAY, L. (1992): *Yo, tú, nosotras*, Madrid, Ed. Cátedra.
- JÜNGER, E. (1988): *La Emboscadura*, Barcelona, Ed. Tusquets.
- LEVI-STRAUSS, C. (1985): *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Ed. Planeta-Agostini.
- LOZANO, J.; PEÑA MARÍN, C., y ABRIL, G. (1989): *Análisis del discurso*, Madrid, Ed. Cátedra.
- LOZANO I SOLER, J. (1994): «¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?», en *Los jóvenes*, Documentación social, n.º 95, Madrid, Ed. Cáritas.
- MAFFESOLI, M. (1985): *L'ombre de Dionysos. Contribution a une sociologie de l'orgie*, París, Ed. Librairie des meridiens.
- (1990): *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Ed. Icaria.
- NIETZSCHE, F. (1982): *El Anticristo*, Madrid, Ed. Alianza.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1993): *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Ed. Alianza.
- PETRAS, J. (1996): *Padres-hijos. Dos generaciones de trabajadores españoles, Ajoblanco Especial*, n.º 3, Barcelona.
- PIÑUEL RAIGADA, J. L. (1992): «La moda o el aprendizaje de la integración por el cambio», en *REIS*, n.º 57, Madrid, Ed. CIS.
- REGUILLO, R. (1991): *En la calle otra vez*, México, Ed. Iteso.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, J. M. (1993): «Inversión en capital humano de hombres y mujeres», en GARRIDO MEDINA, Luis, y GIL CALVO, Enrique (eds.): *Estrategias familiares*, Madrid, Ed. Alianza.
- SANCHÍS, E. (1988): «Valores y actitudes de los jóvenes ante el trabajo», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 41, Madrid, Ed. CIS.
- (1992): «Mercado de trabajo juvenil y políticas de empleo», en *Papers*, n.º 39, Barcelona, Ed. Universidad Autónoma de Barcelona.
- SANTA MARÍA, F. (1984): *Informe sociológico sobre la juventud española (1960-82)*, Madrid, Ed. Ediciones S.M.
- THUROW, L. C. (1983): «Educación e igualdad económica», en *Educación y Sociedad*, n.º 2, Madrid, Ed. Akal.
- UNDIKS, A. (Coord) (1990): *Juventud urbana y exclusión social*, Buenos Aires, Ed. Humanitas-Folico.

- VARELA, J. (1989): «Elementos para una genealogía de la escuela primaria en España», en ORTEGA, Félix (y otros): *Manual de sociología de la educación*, Madrid, Ed. Visor.
- VARELA, J., y ALVAREZ URÍA, F. (1986): *Las redes de la psicología*, Madrid, Ed. Ediciones libertarias.
- VERNANT, J. P. (1986): *La muerte en los ojos. Figuras del otro en la antigua Grecia*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- VIOLI, P. (1991): *El infinito singular*, Madrid, Ed. Cátedra.
- WATZLAWICK, P.; HELMICK BEAVEN, J., y JACKSON, D. (1985): *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Ed. Herder.
- WEEKS, J. R. (1990): *Sociología de la Población*, Madrid, Ed. Alianza.
- YONNET, P. (1988): *Juegos, Modas y Masas*. Barcelona, Ed. Gedisa.
- ZÁRRAGA, J. L. De (Dir. y red.) (1985): *Informe juventud en España*, Madrid, Ed. Instituto de la Juventud.

Una radiografía de la juventud europea

FELIPE RUIZ ALONSO y CAROLINA MESA TEJADA*

INTRODUCCIÓN

En la sociedad europea plural y diversa de los quince Estados que conforman la Unión Europea con 375 millones de habitantes y una juventud expectante, hija de la generación de los sesenta, vive de forma pasiva un proceso de integración que hasta estos momentos no va más allá de los contenidos económicos. Nos estamos refiriendo a esos jóvenes entre 15 a 24 ó 30 años que viven en una comunidad amplia de quince Estados y once lenguas y constituyen el futuro de la Europa de los próximos 30 años porque tendrán que dirigir el gobierno de los Estados y llevar a cabo el impulso decisivo de la integración política. Cada vez constituyen un grupo de edad menor porque desde el año 1973 ha bajado en todos los Estados miembros el porcentaje de población de jóvenes menores de 25 años.¹

Son estos jóvenes los que están viviendo un proceso espectacular de cambio en la Unión Europea lleno de oportunidades para consolidar nuevas mentalidades que son necesarias en esta convergencia económica, política, social y cultural que se viene realizando con mucho esfuerzo por parte de generaciones que tienen muchas concesiones que hacer en favor de un mejor entendimiento. Los jóvenes de hoy tienen más medios económicos y técnicos para enfrentarse a la vida, aunque no puedan participar muy activamente. Los jóvenes tienen mejores perspectivas y van viviendo el proceso con mayor normalidad. Pero es necesario constatar la gran diversidad de ambientes y culturas en las que se desenvuelve el proceso de la Unión y el gran esfuerzo que se realiza también para que la juventud pueda sintonizar más profundamente en los objetivos finales que pretendieron los iniciadores de este largo proceso.

El descubrimiento de las peculiaridades de esta juventud constituye la finalidad de este estudio teniendo en cuenta algunas de las actitudes y los valores que se reparten de una manera muy desigual en la compleja geografía que constituye la Unión Europea y que arrastra sobre sí una historia de pueblos con tradiciones muy enriquecidas por las vivencias de tantos años e incluso muchas luchas fratricidas. Europa, como continente antiguo, vierte sobre sus jóvenes generaciones la diversidad cultural más rica con peculiaridades y tradiciones que hay que conocer, aceptar, respetar e integrar. Quizás los jóve-

* Facultad de CC. Políticas y Sociología «León XIII». Madrid.

1 «Enseñar y Aprender. Hacia la sociedad cognitiva», *Libro Blanco*, Comisión de las Comunidades Europeas, Bruselas, 1995.

nes son los que tienen mejor preparación para conseguirlo un poco más. La nueva identidad de Europa significa multiplicidad y suma de configuraciones. El reto para todos los europeos consiste en la adquisición de un sentimiento de pertenencia. Por eso Edgar Morin decía que Europa se presenta como una unidad múltiple y compleja que se ha hecho a lo largo de los siglos y en permanente contradicción consigo misma y sus tradiciones de libertad, tolerancia y democracia. Este escenario con el que se encuentran los jóvenes es más aceptable para ellos, y sus valores y actitudes pueden propiciar el avance más significativo en las décadas futuras en las que el protagonismo de la integración está en sus manos. «Que los jóvenes, decía Jacques Delors, consideren a Europa como un proyecto colectivo y una referencia de su propio porvenir».

No se han realizado muchos estudios generales comparativos sobre la juventud de la Unión Europea, y menos aún desde 1995, fecha de la última ampliación. En este esfuerzo comparativo nos vamos a referir preferentemente a esta Europa de los quince y, por lo tanto, la Europa de los últimos años para referirnos a una juventud real de nuestros días.

Llegados a este punto es necesario vislumbrar cómo es la juventud de nuestro tiempo, cómo se manifiestan, qué actitudes y valores predominan entre ellos, dentro de la diversidad que se supone lógicamente, no sólo por su procedencia local, regional o nacional, sino por las edades, niveles de estudios, creencias y situaciones diversas. Nos ocupamos especialmente de esos 50 millones de jóvenes entre 15 y 24 años que representan el 14% de la población europea.² Esos jóvenes de los cuales uno de cada cinco está desempleado y no puede participar activamente en el desarrollo económico europeo.

ASPECTOS DEMOGRÁFICOS

A la presente situación se añade un fenómeno que en estos años está manifestándose como una novedad preocupante para los mayores. Nos referimos a los aspectos demográficos de Europa. Cada año la población envejece más porque tiene mayor esperanza de vida, el crecimiento de la población se ralentiza porque la natalidad es baja, y el número de emigrantes va en aumento. La juventud se encuentra en una fase de crecimiento empantanado equiparándose el número de mayores de 60 años con el de menores de 15 años. Hay problemas de futuro para atender las obligaciones laborales de una Unión Europea que se convierte en la mayor potencia económica del mundo, y con la presencia de una gran población emigrada compuesta por jóvenes trabajadores también, que incorpora nuevas razas, culturas, tradiciones, creencias y unas reminiscencias coloniales en su memoria histórica que convierte a Europa en un escenario caliente donde solamente una juventud asentada en valores de convivencia, solidaridad y humanismo será capaz de moderar y refrigerar tanta efervescencia en el futuro.

2 Según datos proporcionados por el *Libro Blanco* sobre la educación y la formación, publicado en 1995, en 1993 había cerca de 117 millones de personas menores de 25 años en los 15 Estados miembros de la Unión, un 32% de la población. En Irlanda era donde se encontraban en cifras relativas más jóvenes, el 43%. Desde 1973 la tendencia del porcentaje de población de jóvenes menores de 25 años ha ido hacia abajo. Este descenso ha sido más pronunciado en países como España, Finlandia, Países Bajos y Portugal donde los porcentajes eran más elevados.

TABLA 1
EMIGRANTES EN LA UE POR SU ORIGEN Y DESTINO

Turcos	2,6 Mill.	72,1 %	En Alemania	-
Marroquíes	1,1 "	50,9 %	En Francia	4,8% En España
Ex Yugoslavos	1,4 "	72,1 %	En Alemania	-
Asiáticos	1,8 "	32,1 %	En Alemania	-

FUENTE: Eurostat, 1998.

Cómo se constata en la tabla 1, la mayor emigración va hacia Alemania y se concentra especialmente en la ciudad de Frankfurt. El mayor número de los que emigran a Europa procede de Turquía aportando unas formas culturales insertas en la tradición musulmana, reforzada ésta por la emigración marroquí y grupos ex yugoslavos de Bosnia. En España esta emigración es reducida en comparación con otros países europeos y está compuesta sobre todo por marroquíes, con el mismo influjo musulmán que se extiende sobre Europa en general.

La Europa de los quince tiene actualmente unos 375 millones de habitantes y una densidad de población muy variable que va desde los 376 habitantes por kilómetro cuadrado en Holanda a los 15 en Finlandia, para una media en toda la Unión Europea de 115, muy inferior a Japón que tiene 331 y por encima de los Estados Unidos que son 28. Aquí es donde viven nuestros jóvenes que son dos veces menos que en África y compuesta por grupos de edades que en un 18% no llega a los 15 años, mientras el 15% supera los 65.³ La mayor disparidad entre estos dos grupos de edades se encuentra en Irlanda y la mayor aproximación se da en Alemania, Grecia y España. En Italia la población inferior a 15 años ya está por debajo de la población que supera los 65. Tenemos por consiguiente cada vez menos población joven en toda Europa pero también una juventud más saludable, con mayores comodidades, con mayores oportunidades que nunca. Son cada vez más altos, predominando en esto los holandeses, daneses y alemanes que superan la media de 180 centímetros en los chicos y por encima de 168 las chicas.⁴ Los que tienen la estatura más baja son los españoles, portugueses y belgas que están en torno a los 174 centímetros de estatura en los chicos y 164 las chicas.⁵

El índice de fertilidad en Europa se sitúa en el 1,6, por debajo de la media mundial que está en el 2,7, y de América que está en el 2,4. Comparados estos datos con los de África (5,4) y el Oriente Medio y Magreb (4,4) se espera un futuro próximo de inter-

3 Datos proporcionados por la Comisión Europea, «Europa de los Quince: cifras clave». Eurostat. Oficina de publicaciones de las Comunidades Europeas. Luxemburgo, 1997.

4 Según datos del Eurostat: Key Figures on Health Pocket Book, 1996. Los chicos más altos son los holandeses con una media de 182,35 cm. de estatura y las chicas más altas son también las holandesas con una media de 170,56 cm. de estatura.

5 Estaturas más bajas de los jóvenes entre 15-14 años dentro de la UE: Los chicos españoles 173,43 cm., portugueses 173,89 com., belgas 175,6 com. Las chicas españolas 164,36 cm., portuguesas 163,03 cm., belgas 166,53 com. Datos del Eurostat: Key Figures... 1996.

cambio de jóvenes entre África y Europa movido especialmente por la necesidad de ocupar puestos de trabajo en Europa y deseos de migración en los países africanos para mejorar su calidad de vida.⁶ En España los jóvenes muestran en los últimos años una ligera inclinación hacia el incremento del número de hijos. Entre los grupos de edades comprendidos entre los 15-19 y 20-24 la diferencia entre datos de 1985 y 1999 son favorables hacia el incremento de la fecundidad. Los más jóvenes manifestaban en 1985 un 1,88 y en 1999 manifiestan un 2,15. La tendencia hacia el incremento es manifiesta ya que supera al grupo de 20-24 que es de un 2,11 y los del grupo 25-30 que era de 1,99. Solamente encontramos una opinión más alta entre los grupos de edades que van de 45-49, que es de 2,38. Esta tendencia nos permite afirmar que el descenso de la fecundidad en España puede haber tocado fondo.

RELACIONES FAMILIARES: AUTONOMÍA O DEPENDENCIA

Los jóvenes europeos prolongan su permanencia en el hogar familiar más que en épocas anteriores.⁷ Las tres cuartas partes de ellos aseguran que tienen que continuar en la casa de sus padres por carecer de recursos económicos para instalarse por su cuenta. Son los suecos (95%), los franceses (86%) y los españoles (80%) los que más se declaran sin medios económicos para dejar la casa paterna.⁸ Por otra parte, los luxemburgueses y los austríacos son los que menos mencionan esta razón económica para permanecer en el hogar familiar. Los que permanecen más años en el hogar paterno son los jóvenes de los países más atrasados de la Unión Europea: España, Italia, Portugal y Grecia. La tendencia es igual entre los jóvenes de 20-24 años que entre los mayores de 25 años.

Se observa un retraso continuado de la edad de contraer matrimonio. Cada vez es más extraño que una mujer tenga un hijo antes de los 20 años y el 64% de los nacimientos son fuera del matrimonio. Los matrimonios son escasos, tardíos y poco estables. Casi uno de cada tres matrimonios termina rompiéndose. Según datos de 1994 los matrimonios más estables entre jóvenes de 16 a 29 años eran en Italia, y los más inestables eran en Bélgica, Reino Unido, Finlandia, Suecia y Dinamarca.⁹ Hay notable diferencia entre los países del Norte y el Sur de Europa. Se da más estabilidad y parejas de hecho entre los jóvenes del Norte europeo y todo o contrario entre los jóvenes europeo de países como Grecia, Italia, España y Portugal. En Dinamarca el 72% de los matrimonios de hecho correspondía en 1994 a jóvenes entre 16 y 29 años, mientras en el Sur este porcentaje no superaba el 10%. El peso de la familia tradicional y las condiciones económicas de los jóvenes contribuye a estas diferencias.

6 Datos proporcionados por la Organización Mundial de la Salud, 1998 y la Encuesta de Fecundidad 1999, del Instituto Nacional de Estadística.

7 En España en 1995 vivían en casa de sus padres el 59% de los jóvenes entre 25 y 29 años, frente al 49% que lo hacían en 1987.

8 *Eurobarómetro 47.2*, 1997.

9 Datos de Eurostat recogidos por TORREBLANCA, J.I.: *¿Cómo somos los europeos?*, Aguilar, Madrid, 1999, pág. 68. Todavía pertenecen estos datos comparativos a la Unión Europea de los doce, pero la tendencia a la estabilidad-inestabilidad se mantiene.

TABLA 2
JÓVENES QUE VIVEN CON LOS PADRES (1987 y 1995)

	20-24		25-29	
	1987	1995	1987	1995
Alemania	57	55	20	21
Francia	47	52	14	17
Reino Unido	-	-	-	-
Italia	81	87	39	56
España	84	89	49	59
Holanda	55	47	15	12
Grecia	63	72	39	49
Bélgica	63	68	19	24
Portugal	75	82	39	49
Suecia	-	-	-	-
Austria	-	65	-	30
Dinamarca	-	-	-	-
Finlandia	-	29	-	9
Irlanda	64	64	28	34
Luxemburgo	64	69	26	34

FUENTE: Eurostat-Encuesta «Fuerza de trabajo», 1996.

LOS JÓVENES Y EL SISTEMA EDUCATIVO

En la Unión Europea no hay un sistema educativo unificado de tal manera que los jóvenes realizan los estudios según los criterios de la política educativa de cada Estado, pero sí hay acciones comunes que pretenden desarrollar la dimensión europea de la enseñanza. Los objetivos que se fija la Unión Europea pretenden preparar a los jóvenes como futuros ciudadanos de la Unión e integrar la educación en todos los aspectos de la vida económica, así como reducir las diferencias regionales, fomentando la cohesión social a través de la educación.¹⁰ Se comienza a trabajar en programas comunes desde la enseñanza secundaria y se intensifican en la universitaria.

Los programas que desarrolla la Unión Europea para los jóvenes facilitan la movilidad de los estudiantes para que puedan completar sus estudios integrándose en los planes de estudios de otros países, mejorar el conocimiento de la lenguas, intercambiar experiencias y mejorar la preparación de los jóvenes para el mercado de trabajo. Hay una Di-

¹⁰ «La Unión Europea y los jóvenes», Oficina del Parlamento Europeo en España, Madrid, 1992.

rección General en la Comisión Europea¹¹ que se ocupa de la educación, la formación y la juventud desde donde se diseñan las políticas que afectan a la juventud y se proponen los programas comunitarios relacionados con los ciudadanos más jóvenes de la Unión. Pero estos programas están plagados de defectos que afectan a los programadores, que carecen de realismo, los educadores, que no están concienciados de la valía de estos programas y a los propios jóvenes que no valoran suficientemente la importancia de los intercambios y la riqueza de la convivencia.

Cada año unos 127.000 estudiantes del mundo universitario participan en el programa de movilidad. Unos 40.000 jóvenes participan en programas de intercambio entre jóvenes en el marco del programa «La juventud con Europa». Cerca de 30.000 alumnos participan en estancias de estudios de lenguas. Pero todos estos programas resultan menos eficaces que la unificación de los sistemas educativos, las titulaciones y el reconocimiento de los estudios de los países miembros de la Unión, para adquirir una educación realmente integrada.

LOS JÓVENES Y LA UNIÓN EUROPEA. LOS NUEVOS CIUDADANOS EUROPEOS

La Unión Europea es vista por los jóvenes europeos con un aliento de ilusión y esperanza. Lo que más destacan es la posibilidad de poder disfrutar de derechos, que es lo que da sentido a la condición de ciudadano: derecho al trabajo (62,4%), derecho a instalarse en cualquier país de la Unión (51,5%), derecho a poder ir a estudiar a cualquier país de la Unión (45,7%), derecho a poder acceder a los servicios de salud en cualquier parte de Europa (34,6%), derechos electorales en cualquier país de la Unión (20,3). Es la Europa de los derechos y las libertades de la que los jóvenes quieren ser partícipes pero en un ámbito más general y más moderno.

Los jóvenes encuentran en la Unión Europea mayor libertad de movimiento y un futuro más próspero apoyado en una mejor situación económica, más posibilidad de empleo, y un entorno menos belicoso y de paz duradera. Lo que no les agrada nada es la existencia de un exceso de burocracia y que se pueda perder la diversidad cultural, ante la posibilidad de una mayor concentración de poder inflexible.

En una sociedad europea moderna, encuentran en la Unión Europea la posibilidad de viajar más fácilmente, las ventajas de utilizar una sola moneda, las mayores oportunidades de empleo, menor discriminación étnica, mejor calidad de vida. También entrevén algunas dificultades, como la forma de tomar decisiones entre tantos Estados miembros. La excesiva ampliación se mantiene como una cautela.

La orientación práctica de los jóvenes se manifiesta en las prioridades que exigen de la Unión en el ámbito de las políticas sociales, según las opiniones y deseo de los jóvenes; a la cabeza de estas prioridades se encuentra el empleo (75%), seguido de la protección

¹¹ La DG XXII ofrece a través de la Representación que tiene en cada Estado un completo servicio de atención a los jóvenes para que puedan tramitar la incorporación a los programas Sócrates, Leonardo, Juventud con Europa, Youthstart, Alfa, etc. El programa Sócrates incluye el Erasmus, Lingua y Comenius.

del medio ambiente (60%), la investigación y el desarrollo en la nuevas tecnologías de la información (54,4%), la educación y la formación (45,6%), la libertad de estudiar, vivir y trabajar donde uno quiere dentro de la Unión (44,6%), y la vivienda (38,3%). En todos los Estados los jóvenes sitúan el objetivo del empleo en primer lugar, reclamando especialmente por los franceses, los españoles, los belgas, los italianos, los portugueses y los irlandeses, por este orden y superando siempre el 80% del total de la opinión juvenil.

TABLA 3
OPINIONES POSITIVAS SOBRE LA PERTENENCIA DE SU PROPIO PAÍS
A LA UE (1996)

	15-24 AÑOS	Más de 25 AÑOS
UE	55	53
Alemania	47	46
Francia	56	53
Reino Unido	40	41
Italia	70	69
España	56	54
Holanda	81	78
Grecia	59	58
Bélgica	58	54
Portugal	64	54
Suecia	29	32
Austria	35	34
Dinamarca	61	53
Finlandia	55	45
Irlanda	76	77
Luxemburgo	71	73

FUENTE: Eurobarómetro 45.0, 1996

La confianza en la Unión es bastante alta entre los jóvenes en general. Los españoles manifiestan una importante confianza en la Unión Europea: entre el 55% y 56% se muestra favorable.¹² Especialmente manifiestan que en la Unión es posible alcanzar una mejor situación económica, mejor calidad de vida, mayores posibilidades para alcanzar empleo y las ventajas de un mejor gobierno europeo.¹³ Los más optimistas con su pertenencia a la Unión, como se comprueba en la tabla 3, son los holandeses, seguidos de los irlandeses. La media europea está por encima del 55%, lo que no quiere decir que haya casi una mitad de jóvenes europeos que no se sienten contentos con pertenecer a la Unión Europea. Hay bastantes que son indiferentes y algunos no se manifiestan al respecto.

¹² *Ibidem.*

¹³ Eurobarómetro, 47.2, 1997.

FORMAS DE EMPLEO Y LUGARES DE TRABAJO

El grupo de población más débil del mercado de trabajo en la Unión Europea lo constituyen los jóvenes, juntamente con las mujeres y los individuos menos cualificados. El riesgo que corren los jóvenes de encontrarse en el paro es dos veces mayor que el cualquier persona de mayor edad. Uno de cada cinco parados de larga duración tiene menos de 25 años, como se observa en la tabla 5. La media de edad en que al menos un 50% de la gente joven tenían un trabajo o lo estaba buscando creció de 18 años en 1987 hasta 20 en 1995. En este año el 59% de los jóvenes de 18 años de la Unión Europea estaba exclusivamente estudiando o formándose, mientras que el 17% combinaba los estudios con un trabajo a tiempo parcial y el 19% se hallaba activo y sin estudiar.

Como puede verse en la tabla 6, la tasa de paro más alta entre los más jóvenes se da entre los finlandeses y los españoles pero se mantiene con mayor persistencia entre los españoles que tardan más tiempo en conseguir empleo.

TABLA 4
EL PARO EN LOS MÁS JÓVENES (1996)

	15-19 (%)	20-24 (%)
Alemania	7,6	8,8
Francia	30,8	26,5
Reino Unido	17,3	14,5
Italia	36,2	31,7
España	50,1	39,0
Holanda	17,6	11,0
Grecia	34,2	26,0
Bélgica	33,3	20,2
Portugal	15,6	16,1
Suecia	21,2	18,3
Austria	6,8	5,5
Dinamarca	8,8	10,8
Finlandia	53,0	34,9
Irlanda	27,7	16,0
Luxemburgo	-	(5,9)

FUENTE: Eurostat. Encuesta «Fuerzas de trabajo». 1996.

Es contradictoria la situación de la Unión Europea que no satisface la demanda de trabajo de sus jóvenes y, sin embargo, necesita ya incorporar inmigrantes para cubrir puestos de trabajo que no son deseados por la población autóctona. Además, Europa va perdiendo población joven y de aquí a 25 años, perderá 35 millones de habitantes, por lo que necesitará 159 millones de nuevos trabajadores para mantener la actual estructura la-

boral. La situación será insostenible cuando la población activa no pueda pagar la costosa factura de las jubilaciones.

TABLA 5

EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE PARO DE MENORES DE 25 AÑOS (1990-95).
En %. 100=90

Medias anuales.	1990	1991	1992	1993	1994	1995	Índice 95
UE	-	16,3	18,1	21,4	22,1	21,5	132
Alemania	-	5,9	6,4	7,9	8,7	8,8	149
Francia	19,3	21,5	23,3	27,3	29,0	27,3	127
Reino Unido	10,8	14,3	16,7	17,9	17,0	15,9	111
Italia	27,4	26,0	27,1	30,4	32,3	33,2	128
España	32,3	31,1	34,6	43,4	45,0	42,5	137
Holanda	8,6	8,3	8,5	11,1	11,4	11,6	140
Grecia	21,5	22,9	25,1	26,8	27,7	27,9	122
Bélgica	15,3	14,9	16,2	21,8	24,2	24,4	164
Portugal	10,0	8,8	10,1	12,9	15,1	16,6	187
Suecia	4,5	7,8	13,6	22,6	22,6	19,4	249
Austria	-	-	-	-	-	5,6	-
Dinamarca	11,4	11,6	12,7	13,8	11,0	10,0	86
Finlandia	9,4	19,5	32,6	41,8	42,2	38,2	196
Irlanda	19,4	22,4	24,4	25,2	22,8	19,5	87
Luxemburgo	3,8	3,2	4,0	5,4	7,3	7,1	221

FUENTE: *Boletín mensual de Eurostat*. «El paro en la UE». Octubre 1996

¿Cuál será la capacidad de trabajo de los europeos en 2050? Actualmente en Europa la media es de 4 a 5 personas en activo por cada jubilado y dentro de 50 años la media será de 2 por jubilado. En España la media será de 1,4 por jubilado (el peor porcentaje europeo). España necesitará 12 millones de inmigrantes de aquí al año 2050, según la ONU. La asimilación de inmigrantes en Europa se presenta políticamente arriesgada y socialmente inaceptable por problemas de racismo, identidad nacional, e integración difícil.

En 2020 el sostenimiento de los jubilados en Europa costará el 5% del PIB y habrá que tomar algunas medidas como: retrasar la edad de la jubilación, disminuir las pensiones, o aumentar las cotizaciones sociales.

La preocupación subsiste entre los jóvenes desde hace años, aunque cada vez parece menos obsesiva. Actualmente se considera como un reto al que hay que enfrentarse y hay recursos a los que se puede acudir en el ámbito del trabajo temporal, el autoempleo, etc. El 70% de los jóvenes europeos consideran que el desempleo es todavía su mayor desafío. Según datos de la OCDE de 1995 la tasa de desempleo de los menores de 25 años era

del 21,5% en la Unión Europea y en España el 42,5%.¹⁴ Coincide con los datos facilitados por la Comisión Europea y que no eran muy diferentes que en los tres años anteriores. Los jóvenes permanecen más tiempo estudiando y retrasan el paso de la formación a la vida activa, además de que esperan más tiempo para fundar una familia, como consecuencia de las dificultades económicas, como se ha dicho anteriormente. La situación ha ido cambiando en los últimos años y el empleo mejorar sus perspectivas. Los últimos datos de principios del años 2000 sitúan a la juventud española de menos de 25 años en el 28,4%, siendo la más baja de la Unión Europeo la tasa correspondiente a Austria con el 4,7%.¹⁵

TABLA 6
AÑOS A PARTIR DE LOS CUALES ENTRAN EN EL MERCADO LABORAL
(Media). 87 y 95

	1987	1995
UE	18	20
Alemania	18	19
Francia	20	22
Reino Unido	16	17
Italia	20	21
España	19	21
Holanda	18	18
Grecia	21	21
Bélgica	21	22
Portugal	17	21
Suecia	-	20
Austria	-	17
Dinamarca	16	16
Finlandia	-	19
Irlanda	18	20
Luxemburgo	19	21

FUENTE: Eurostat. Encuesta «Fuerzas de trabajo». 1996.

Siendo el problema del desempleo juvenil uno de los más preocupantes en el momento presente para los propios jóvenes, también lo es para el Consejo Europeo y para el desarrollo de la integración europea. Se suceden las reuniones de los organismos correspondientes para aplicar medidas conducentes a la resolución de este problema. Los objetivos fijados en el Consejo Europeo de Amsterdam en 1997 pretendían mejorar la ca-

14 Datos de la OCDE 1995. En esta escala de desempleo juvenil Francia tenía un 25,9% y Bélgica un 21,5%.

15 «La zona euro mantiene el índice de desempleo en el 9,5%», en *El País*, Madrid, 5-IV-2000, pág. 78.

pacidad de inserción de los jóvenes al mercado de trabajo aplicando medidas de distinto tipo para combatir el desempleo y el paro de larga duración.

La aplicación de medidas activas incluye la intensificación de la formación y favorecer la competitividad, así como mejorar la formación profesional, desarrollar las escuelas taller, el empleo de interés social y combinar el estudio con el trabajo. Se insta a los interlocutores sociales para llegar a acuerdos que favorezcan la empleabilidad, los contratos que incluyen formación teórica y práctica del aprendiz, la transformación de los contratos en indefinidos y atender la cobertura social de estos aprendices. Los jóvenes suelen incorporarse al trabajo en torno a los 20 años; como se ve en la tabla 6, se incorporan antes entre los daneses y los británicos. Cuando se incorporan más tarde es en Francia, Bélgica e Italia. Se hace necesario desarrollar las posibilidades de formación permanente con programas para formación profesional reglada en el ámbito educativo, programas de formación ocupacional en el ámbito de desempleados, y programas de formación continua en el ámbito de los jóvenes trabajadores ocupados. Paralelamente hay que mejorar la eficacia de los sistemas escolares situando la educación obligatoria hasta los 16 años, aplicando programas de adaptación y diversificación curricular, potenciando la optatividad y elaboración los currículos básicos de formación profesional previa. De la misma manera hay que dotar a los jóvenes de mayor capacidad de adaptación creando o desarrollando sistemas de aprendizaje, flexibilizando los requisitos académicos para acceder a la formación profesional y orientar profesionalmente a los jóvenes titulados de todos los niveles.

En 1997 había 12.641.940 demandantes de empleo y se produjeron 9.582.000 colocaciones, de los cuales el 41,5% tenían más de 12 meses de paro. Este tiempo de espera tiende a aumentar en todos los países de la Unión Europea lo que está generando una tendencia a aumentar los años de estudio y preparación para el trabajo incluyendo la realización de cursos de postgrado y la realización de curso de preparación para el empleo.

LA RELIGIOSIDAD EN UNA SOCIEDAD MULTICULTURAL

Las creencias religiosas en la cristiana Europa son un tanto dispares, según las diversas confesiones, pero en todas ellas hay una ruptura entre la creencia y la práctica. Especialmente se destaca esta diferencia entre los católicos, seguida por los protestantes y los ortodoxos. El 42,6% de los jóvenes manifiestan ser creyentes pero no practicantes.¹⁶ Los jóvenes que creen sin practicar son sobre todo los españoles, los griegos, los portugueses y los finlandeses, independientemente del tipo de religión a la que pertenecen. Los menos creyentes y menos practicantes son los protestantes.

Los que se declaran creyentes entre practicantes y no practicantes, entre las tres confesiones dominantes, es de un 60%, los no practicantes son el 42,6% y los practicantes el 19,4%. Es en el grupo de los practicantes donde se encuentra la verdadera representación de la creencia y el número más significativo de la religiosidad. Entre los menos creyen-

16 Esta media europea se eleva al 56,1 para los católicos, el 51,5 para los protestantes y el 50,5 para los ortodoxos. Los miembros de otras religiones muestran menos dispersión entre creencia y práctica (34,8%).

tes se encuentran los jóvenes de la antigua Alemania del Este, los suecos, los británicos, los daneses, los franceses y los belgas, por este orden. Al mismo tiempo que ha ido descendiendo la práctica ha decrecido la autodefinición como creyente. En un estudio antiguo de 1983, perteneciente a la Europa de los diez, se declaraban religiosos el 49% de los jóvenes entre los 15 y 24 años, mientras que los adultos de más de 25 años que se declaraban religiosos eran el 66%. Otro estudio anterior de 1981 el índice de creencia estaba en torno al 75%, superior al de España en aquel momento que era del 59%.¹⁷ En los datos que se ofrecen en el estudio sobre los Jóvenes Españoles 99, el porcentaje de creencia entre los jóvenes españoles se sitúa en el 66,5%.¹⁸

La religiosidad ha ido descendiendo en sus convicciones y ha pasado del sentimiento a la práctica formal de una serie de manifestaciones estarían llamados por la tradición impuesta sobre todo por la costumbre familiar. La práctica de la religión y sus convicciones ha ido descendiendo entre los jóvenes de todos los Estados europeos y en todas las religiones a la par que se han instalado en valores de tipo material relacionados con un desarrollo económico amplio y crecimiento del consumo.

Se mantienen las prácticas formales que encierran un compromiso social de cumplimiento que se insertan en las tradiciones festivas, aniversarios y celebraciones de paso ritual situadas en el ámbito cultural, pero sin fundamento religioso auténtico. La práctica religiosa espontánea y auténtica basada en la convicción ha disminuido sensiblemente entre todos los grupos juveniles.

La enseñanza religiosa también ha sufrido un retroceso en el atractivo por conocer y profundizar en los fundamentos doctrinales. La diversidad de los sistemas educativos hace que los jóvenes europeos encuentren una gran diferenciación entre la importancia que se da en los distintos estados en relación con la aproximación de la enseñanza religiosa a los jóvenes. La enseñanza religiosa en las escuelas europeas se desarrolla en la mayor parte de los países con especial dedicación confesional en Bélgica, Holanda, Alemania, Portugal, Francia, España e Italia.

La mayor influencia en relación de la congruencia entre creencia y práctica religiosa puede establecerse en la familia. También aquí hay una falta de correspondencia entre una y otra pues, se da una notable diferencia de la práctica entre padres e hijos.

Se declaran sin ninguna creencia el 20% y otros tantos no contestan. El 15.1 dicen ser ateos y un 11, 6 agnósticos. Es en Francia, Alemania y en Holanda donde los jóvenes se declaran ateos en mayor proporción. En el caso de Alemania en porcentaje sube mucho por la aportación de jóvenes ateos de la antigua Alemania del Este, donde la proporción de jóvenes declarados ateos es del 55,6%.

La religión musulmana se extiende sobre Europa con motivo del incremento de turcos y marroquíes que mantienen unos porcentajes de creencia y práctica superior a las religiones tradicionales de los europeos.

17 El término creencia guarda relación con la creencia en Dios, que en el ámbito de los jóvenes europeos significa el Dios de los cristianos, tanto para católicos, protestantes u ortodoxos.

18 ELZO, J., y GONZALEZ-ANLEO, J.: «Los Jóvenes y la religión» en *Jóvenes españoles 99*. Fundación Santa María, S.M. Madrid, 1999.

MOVILIDAD, INTERCAMBIO Y COMUNICACIÓN ENTRE LOS JÓVENES

Los viajes, el intercambio, las comunicaciones y las actividades de ocio es lo que mejor prepara a los jóvenes para una integración social europea, a través del conocimiento mutuo, y favorecen la convivencia en un espacio multicultural.

La Unión Europea de los quince países y las once lenguas plantean de entrada un problema de intercomunicación que precisa de un mayor aprendizaje de lenguas y una aceptación y respeto de esa pluralidad de idiomas que no es necesario hacer desaparecer. Lo que en principio pudiera aparecer como una dificultad para la integración y consolidación de la Unión debe considerarse como una riqueza y son los jóvenes los que tienen la oportunidad de incrementar esta actitud integradora. Además es el espíritu juvenil y la propia vitalidad física lo que permite poner de manifiesto esta relación múltiple dentro de la diversidad europea.

Los países a donde más suelen viajar los jóvenes europeos son a España, Francia, Alemania, e Italia. Son países grandes receptores de turismo, pero donde los jóvenes tienen la oportunidad de encontrarse con gran cantidad de europeos. Hay una doble influencia en esta relación donde los jóvenes que reciben a otros jóvenes de otros Estados tienen las responsabilidades de la acogida respetuosa y los jóvenes viajeros tienen la responsabilidad de la apertura de mente. Las cifras de intercambio de jóvenes viajeros son elevadas puesto que un 57% de los jóvenes europeos ha viajado a algún otro país dentro de la Unión.¹⁹ Los países de destino menos frecuentados por los jóvenes son Finlandia, Suecia, Irlanda, Luxemburgo, y Portugal.

Los países limítrofes suelen ser los más frecuentados por el intercambio juvenil. Uno de cada dos jóvenes belgas visita Francia, y siete de cada diez daneses visita Alemania. Sin embargo los jóvenes alemanes a donde más viajan es a España, por encima de cualquier otro país limítrofe suyo. Uno de los motivos más propicios que encuentran los jóvenes para viajar a otro país es la finalización de sus estudios, por medio de la organización de viajes de fin de carrera.

El motivo de los viajes de los jóvenes está relacionado con las vacaciones, y los que más toman vacaciones fuera de su país son los belgas, holandeses y suecos, y en segundo lugar están los estudios, los programas de intercambio y el perfeccionamiento del idioma. Los jóvenes viajan menos por motivo de trabajo, pero sí hay un porcentaje apreciable que lo hace por reencontrarse con amigos; es el caso de alemanes, austríacos, belgas y holandeses. En los programas de movilidad estudiantil dentro del programa Erasmus el Estado más seleccionado por los estudiantes es el Reino Unido, por el mayor atractivo del idioma inglés, pero son también los británicos los que más se incorporan a estos programas para viajar al continente, seguidos de los franceses.

Las lenguas son un elemento imprescindible para el intercambio y comunicación. En la Unión Europea se hace un gran esfuerzo a través del programa Lingua para perfeccionar el conocimiento de los idiomas y entre los jóvenes europeos. La mayor parte de los

19 Solamente un 43% de los jóvenes dice no haber visitado otro país de la Unión siendo los griegos los que menos han viajado y los que más los jóvenes luxemburgueses y daneses. Datos del *Eurobarómetro 47.2*, 1997.

jóvenes domina otro idioma y destaca en primer lugar el inglés con un 54%. Más de la mitad de los jóvenes europeos domina el inglés; Solamente hay un 28,7% que dice que no domina ningún idioma aparte del suyo para participar en una conversación. Al inglés le siguen en importancia el conocimiento del francés (19,9%)²⁰ y el alemán (11%).²¹

Resulta destacable la influencia que tiene el idioma portugués en Luxemburgo, donde hay una fuerte inmigración portuguesa y este idioma es hablado por un 15,7% de los jóvenes, aunque sea en un país poco poblado, pero que domina muchas lenguas como el alemán (90,1), el francés, el español y otros. Otro fenómeno particular es el 16% de jóvenes españoles que dice hablar este idioma como segunda lengua, lo cual es el resultado de jóvenes de Comunidades Autónomas que sitúan en primer lugar la lengua de su propia comunidad. También es destacable el escaso conocimiento de los idiomas finlandés y griego en Europa, seguidos del danés y el portugués.

Con vistas a la movilidad y el intercambio, los deseos de aprender lenguas constituye un elemento a tener en cuenta. Los jóvenes muestran deseos de realizar este aprendizaje y la mejor manera de conseguirlo es viajar al país donde se habla. En este apartado el idioma español es el que tiene mayores preferencias con un 23%, seguido del francés 22% y el inglés un 20%. Estas preferencias del aprendizaje del español se dan con mayor frecuencia entre las chicas, los más jóvenes de 15 a 19 años, los estudiantes y los de religión protestante.

La falta de conocimientos de idiomas suele ser el freno que más interviene al momento de viajar a otros países. En un 37 % de los jóvenes europeos esta es la principal dificultad, seguida de la falta de medios económicos, un 17,1%.²² Quienes más aluden a esta dificultad son los jóvenes españoles (50,6%), seguidos de los portugueses y británicos. Los jóvenes nórdicos, que generalmente dominan un segundo o tercer idioma, citan menos el problema de la lengua como dificultad para viajar. Los jóvenes europeos desearían contar con sus propios recursos económicos en cantidad suficiente para poder viajar. Una de cada dos declara recibir la mayor parte de los recursos económicos de sus padres. Cerca de cuatro sobre diez lo recibe de su trabajo. La familia, sin embargo, no suele ser problema para permitir viajar a los jóvenes, solamente lo mencionan un 7,7% y el mayor número se encuentra en Grecia y Austria.

LAS ACTIVIDADES PREFERIDAS POR LOS JÓVENES EUROPEOS

Cuando se trata de ocupar el tiempo de ocio y organizar libremente sus actividades, los jóvenes se reparten entre las actividades sociales practicadas en grupo o aque-

20 El conocimiento y dominio del francés está muy incrementado por los jóvenes luxemburgueses que lo sitúan en primer lugar con un 96,5% y los belgas de procedencia probablemente flamenca que lo consideran como su segundo idioma y lo seleccionan casi la mitad de la población juvenil, un 49,4%.

21 El idioma español es dominado por un 8,7% de jóvenes europeos siendo nuestros vecinos los franceses (24,7%) y los portugueses (13%) los que más lo hablan. Datos del *Eurobarómetro 47.2*, 1997.

22 Según el *Eurobarómetro 47.2* de 1997, los belgas son los que más manifiestan que no les interesa ir a trabajar al otro país (14,1%). Los españoles son los que menos dificultad encuentran para viajar en relación con los medios económicos. La media europea que contaba con esta dificultad era de 17,1 y para los españoles solamente el 2,2%.

llas en las que se tiene una posición más pasiva y receptiva. Lo que más quieren hacer los jóvenes es estar con los amigos y a partir de ahí se puede compartir alguna que otra actividad en grupo. La amistad es el valor más destacado por los jóvenes y en todos los países es alto. No hay diferencias significativas ni por sexo ni por edades (15-19 ó 20-24), ni por grupos religiosos, ni entre estudiantes o no estudiantes, activos o no activos.

Entre las ocupaciones a las que dedican más tiempo se encuentra el escuchar música y ver la televisión. Los que pasan más tiempo delante del televisor son los jóvenes holandeses y los belgas, pero en el caso de estos últimos incluso es superior el atractivo de la televisión al de los amigos. Es un caso único en Europa, que contrasta claramente con los griegos que son los jóvenes que menos televisión ven. La música es la otra gran afición de los jóvenes. Sorprendentemente son los italianos los que muestran comparativamente menos afición por la música, a pesar de contar con una gran producción musical en todos los géneros y buenos y famosos intérpretes.

La práctica del deporte es también una actividad preferida por la mitad de los jóvenes europeos. La tasa media para toda la Unión Europea es de 49,7%. Superan la media en casi todos los países pero desciende mucho entre los griegos (38,5%) y los británicos. Entre estos grupos juveniles se encuentran, sin embargo, los fanáticos ultras que frecuentemente ocasionan escándalos en las canchas deportivas de sus propios equipos y en competiciones internacionales por toda Europa. Son los seguidores fanáticos de las estrellas del deporte y del consumo de espectáculos en directo.

TABLA 7

ACTIVIDADES DURANTE EL OCIO Y TIEMPO LIBRE. JÓVENES
ENTRE 15 Y 24 AÑOS

	UE	MÁS ALTOS	MÁS BAJOS
Leer	40,7 %	Dinamarca 47,6 %	Grecia 32,6 %
Deportes	49,7 %	Luxemburgo 59,0 %	Grecia 38,5 %
Ir al cine, teatro, conciertos	37,6 %	Dinamarca 51,5 %	Grecia 20,6 %
Ver la televisión	62,3 %	Holanda 79,7 %	Italia 40,4 %
Informática, vídeo, Internet	21,1 %	Suecia 36,5 %	Grecia 7,6 %
Pasear a pie, en coche, bicicleta	38,5 %	Finlandia 54,6 %	Austria 30,4 %
Estar con los amigos	73,4 %	Suecia 88,1 %	Austria 62,4 %
Escuchar música	63,7 %	Suecia 73,4 %	Italia 50,9 %
Bailar	20,9 %	España 30,6 %	Finlandia 8,4 %

FUENTE: Eurobarómetro, 47.2, 1997

En el ámbito cultural hay cierta afición a la lectura, muy por debajo del interés mostrado por la televisión, que en todos los países supera el tiempo dedicado a la lectura, dominando ésta entre los daneses. La afición por el cine, teatro y conciertos, también es superior entre los daneses. Estar en contacto con la naturaleza y pasear, la hacen sobre todo

los jóvenes finlandeses y los franceses. Como se observa en la tabla 7 los jóvenes griegos son los que tienen menos afición por las actividades culturales.

En la sociedad de la información la utilización de la informática y la conexión a Internet empieza a ser más obsesivo. Sin llegar a los límites americanos, en Europa se destaca esta afición que va en aumento entre los grupos más jóvenes. Un joven de cada dos utilizan los sistemas de comunicación tales como el ordenador, los CD-ROM, Internet o el correo electrónico.²³ Se dedican más a ello los jóvenes de 15 a 19 que los de 20 a 25. Donde la dedicación es mayor es en los países del Norte europeo y la menor en los países mediterráneos, Irlanda y Portugal.

La afición por el baile se extiende principalmente entre los jóvenes españoles que superan con mucho la media europea, seguidos de los irlandeses. Donde la afición al baile está menos desarrollada es entre los finlandeses y los suecos.

LA VIDA ASOCIATIVA

La vida asociativa entre los jóvenes europeos es muy escasa. Cerca del 50% declara que no pertenece a ninguna asociación y en cuanto a las culturales y artísticas solamente hay inscritos un 5%. El asociacionismo ha sido considerado siempre como una actitud positiva para la estructuración de la sociedad civil y así la destacaba Tocqueville como un valor muy extendido en América para la potenciación de la democracia. En la sociedad moderna el asociacionismo está relacionado con el urbanismo y la cultura. Se prefieren las asociaciones de tipo deportivo y las festivo-culturales y son menos aceptadas las ideológicas y políticas. En las jóvenes generaciones europeas la pertenencia a agrupaciones políticas y sindicales (14%) está poco desarrollada entre ellos.

El mayor grado de pertenencia se manifiesta hacia los clubs y asociaciones deportivas (27,6%). Los suecos y los holandeses están inscritos en clubs deportivos en más de un 50%, mientras los españoles y los griegos representan las cifras más bajas con un 15,5% y un 11,8% respectivamente. Llaman la atención estos últimos datos en dos países donde hay tanta afición por el deporte de espectáculo y donde se mueven grandes masas de seguidores de clubs deportivos plagados de jugadores de otros países que cobran grandes cantidades de dinero y suscitan pasiones entre los jóvenes de sus respectivos países. Seguramente por esta mercantilización en los países del Sur de la Unión Europea, donde se desatan fácilmente los sentimientos de fanatismo, es por lo que la asociación para la práctica deportiva no adquiere una categoría de compromiso formal.

23 La dedicación a la utilización del correo electrónico e Internet irán en aumento entre los jóvenes a medida que la propia sociedad incorpore estos medios a la comunicación y la nueva economía. Se produce una relación entre el número de usuarios de cada país en general y el de los jóvenes. La consultora International Data Corporation (IDC) sitúa en 1999 a Suecia, Finlandia, Dinamarca y el Reino Unido a la cabeza de usuarios de Internet, siendo Francia la última y España la penúltima, con un 17% de usuarios frente a los 48% de Suecia (IDC: www.idc.com). Según datos del Estudio General de Medios en España (febrero y marzo de 2000) el mayor contingente de usuarios de Internet está entre los jóvenes de 24 y 34 años. El 13% de los internautas no ha cumplido los 20 años, según la EGM.

Las organizaciones religiosas o parroquiales tampoco mueven el espíritu de pertenencia entre los jóvenes. La media europea no supera el 9% destacándose los italianos y los holandeses por encima de todos los demás. No hay diferencias entre los pertenecientes a las diversas confesiones religiosas, destacándose en muy poca medida los católicos sobre los ortodoxos y los protestantes. También se destaca una mayor participación, dentro de la escasez general, entre las chicas en relación con los chicos. Y a medida que crece la edad de los jóvenes entre los 15 y 24 años la tendencia asociativa religiosa va decreciendo.

En el estudio reciente entre los jóvenes españoles,²⁴ se hace referencia a la escasa importancia que dan los jóvenes españoles a la religión con un 6,5% de valoración, coincidiendo exactamente con el porcentaje de los jóvenes españoles que en nuestro estudio dicen pertenecer a alguna organización religiosa, un 6,4%.

Paralelamente al descenso del espíritu asociativo han aparecido movimientos alternativos y algunos de ellos marginales. Tienen cierto protagonismo en Alemania, los países nórdicos, y en menor medida en los países bajos. Son movimientos con implantación poco persistente, que fluctúan por temporadas o que aparecen en momentos de crisis o de bonanza. Grupos de «squatters», ya sean caóticos o alternativos, se han constituido por toda Europa ocupando casas y practicando un estilo de vida según ellos «menos idiota que la fórmula —cada uno en su casa—». Desligado del asociacionismo tradicional están todos los grupos «punk», rockers, camorristas, juventudes desorientadas, o los que arrastrados por la fiebre futbolera se convierten en ultras por una tarde (hooligans) o se refugian en la masa de espectáculo comercializado.

Que estamos viviendo en una sociedad dominada por el consumo es difícilmente discutible ya que en Europa la propensión al consumo va en aumento y el desarrollo económico requiere unos niveles elevados de consumo. Las campañas para proteger al consumidor están muy integradas en la sociedad civil con el fin de mejorar la calidad de vida y el cuidado de la salud. Por eso llama la atención que entre los jóvenes europeos sea éste el aspecto que suscite el interés asociativo. La pertenencia a asociaciones de consumidores no es estimulante para los jóvenes. En toda la Unión se da una tasa de asociación del 0,9 %, no siendo posible destacar a la juventud de ningún país pues en ninguno se alcanza ni el 3%.²⁵ Si este asociacionismo de carácter cívico es reducido, también lo es, y más preocupante si cabe, la baja tasa de asociación a favor de organizaciones y movimientos para la defensa de los derechos del hombre. En una época en la que se conculcan tan fácilmente estos derechos en el mundo, no precisamente en Europa, la media de asociacionismo de este tipo se encuentra en el 1,5%. Ni siquiera la concordancia con el esfuerzo cooperativo que realiza la Unión Europea, convirtiéndose en la mayor potencia en cooperación internacional,²⁶ hace que la juventud se organice en favor de los derechos del hombre en otros continentes donde es necesario una mayor solidaridad o en los propios Estados europeos en defensa de las minorías excluidas o marginadas.

24 *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid, 1999.

25 *Eurobarómetro 47.2*, Comisión Europea, 1997

26 La Unión Europea se destaca sobre USA y Japón en ayuda al desarrollo siendo con mucho el primer donante. Con datos de 1992, la UE dedica 33.776 millones de dólares por 11.709 de USA y 11.151 de Japón. Muy por detrás estaba Canadá con 2.515 millones de dólares.

Tampoco es notable la inclinación por las nuevas preocupaciones surgidas en el mundo en torno a la protección de la naturaleza, los animales y el medio ambiente. La media de la Unión es de un 5,5%, y quizás merezcan destacarse los jóvenes de Austria y Holanda por alcanzar una modesta inclinación a la integración en asociaciones de este tipo. Si bien estas asociaciones existen en la Unión Europea, se observa que las generaciones más jóvenes no muestran una inclinación manifiesta hacia ellas.

Recientemente están apareciendo algunos grupos o asociaciones en torno a los clubs de informática, en sintonía con el desarrollo de la sociedad de la información y el conocimiento, y sobre todo los contactos que permite establecer Internet es el disfrute y satisfacción de nuevos servicios o informaciones que fomentan la curiosidad y el intercambio de conocimientos. Los jóvenes más integrados en esta nueva experiencia son los de los países nórdicos, destacándose los finlandeses, los suecos y los daneses. Son los jóvenes de estos países los que más utilizan las tecnologías de la información, los que más conectan con Internet, los que más utilizan el correo electrónico.²⁷ Los países del Sur de Europa más pobres son los menos integrados en la sociedad de la información.

LAS RELACIONES DE LA JUVENTUD EUROPEA CON PERSONAS DE OTRAS RAZAS Y CULTURAS

El régimen de convivencia europeo viene determinado por el grado de aceptación entre sus miembros y la satisfacción o incomodidad en la que se encuentran con respecto a sus semejanzas o diferencias, sus comportamientos, sus opiniones y sus formas de vivir. Es significativa la buena posición que ocupan los jóvenes españoles, por encima de la media europea, en cuanto a su grado de aceptación de otras personas independientemente de su forma de ser o vivir. Los jóvenes europeos no encuentran incomodidades de ningún tipo con otras formas de vivir de otras personas (48,0 %), y se manifiestan menos incómodos los jóvenes españoles, el 72%, como se observa en la tabla 8, mostrándose más tolerantes que el resto de la juventud europea.

Las personas que resultan más incómodas para los jóvenes europeos son los drogadictos y alcohólicos, en un 28,1% y un 20,1% respectivamente. Siendo los daneses los que más rechazan a estas personas. Los españoles son los que se muestran menos incómodos con ellos.

Sorprende especialmente la incomodidad que sienten los belgas con personas de otra raza, otra cultura u otra nacionalidad. Esta incomodidad se encuentra muy por encima de la media europea en una relación de 4,5 a 17,4 en el caso de la raza, 3,2 a 14,7 en el caso de la cultura, y de 3,2 a 17,5 en el caso de la nacionalidad. Es sorprendente esta diferencia en el caso de la religión pues los belgas se sienten incómodos con gente de otras religiones en un 14,3 %, frente a la media europea que es un 3,0 %. Estas diferencias tan notables nos hacen pensar en actitudes internas y manifestaciones externas cercanas al racismo y la intolerancia. A los jóvenes no se les preguntaba directamente si eran racistas, pero sentían cierta incomodidad con las personas de otra raza.

27 Según los datos proporcionados por el *Eurobarómetro 47.2*, de 1997, el 53,7 % de los jóvenes europeos no utiliza habitualmente ni el ordenador, ni conecta con Internet, ni usa el correo electrónico.

En un estudio realizado en la primavera de 1997 para toda la población de la Unión se manifestaban actitudes bastante inquietantes de racismo y xenofobia que sintonizan bastante con la media de los jóvenes. El 33% de las personas interrogadas se declaraban abiertamente bastante racistas o muy racistas.²⁸ La expresión más alta de racismo corresponde a Bélgica, Francia y Austria, países en los que hay alta tasa de emigración, pero no se manifiesta tanto en Alemania y el Reino Unido donde también la emigración es alta, o en Luxemburgo.

TABLA 8
INCÓMODIDAD CON CIERTOS TIPOS DE PERSONAS.
(Jóvenes de 14 a 25 años) Porcentajes

	UE	MÁS BAJO		MÁS ALTO			
Ninguna	48,0	Dinamarca	32,7	España	71,9	Portugal	61,6
Homosexuales	13,3	España	6,7	Grecia	20,0	Irlanda	17,2
Drogadictos	28,1	España	19,5	Dinamarca	50,3	Suecia	48,1
Alcohólicos	20,1	España	9,9	Dinamarca	35,7	Alemania	33,2
Disminuidos psíquicos	10,0	España	0,5	Alemania	17,3	Francia	14,5
Gente de otra raza	4,5	Luxemburgo	1,1	Bélgica	17,4	Austria	6,3
Gente de otra cultura	3,2	Luxemburgo	0,0	Bélgica	14,7	Irlanda	5,5
Gente de otra religión	3,0	Holanda	1,3	Bélgica	14,3	Dinamarca	4,6
Gente de otra nacionalidad	3,2	España	0,5	Bélgica	17,5	Austria	5
Personas sin hogar o sin techo	12,8	España	1,0	Alemania	25,4	Holanda	17,4

FUENTE: *Eurobarómetro*, 47.2, 1997

A los jóvenes de Dinamarca es a los que más les molesta que haya drogadictos y alcohólicos, mientras que a los jóvenes españoles es a los que menos les preocupan estos comportamientos, así como se sienten menos molestos con personas de otra nacionalidad o los que no tienen un domicilio fijo, mostrando una actitud bastante más tolerante que la mayor parte de los jóvenes del resto de Europa.

ACTITUDES DE LOS JÓVENES EUROPEOS SOBRE LAS PERSONAS EMIGRANTES

La cuestión de la emigración se muestra como un fenómeno absolutamente importante desde el punto de vista demográfico y laboral para los próximos años de la Unión Europea. Los estudios facilitados recientemente por la ONU y la Comisión Europea sostienen que la UE habrá que desarrollar políticas migratorias más abiertas para conservar

28 *Eurobarómetro* 47.1, Primavera de 1997. En este estudio se manifestaba el nivel de racismo expresado.

el actual Estado de Bienestar. El ritmo decreciente de la demografía hace peligrar las pensiones de jubilación para el año 2005 y en Alemania e Italia en el 2003. España tiene un crecimiento natural de 0,0 y gracias a un saldo migratorio de 0,9 el crecimiento total de la población en 1999 fue de 0,9. Alemania, Italia y Suecia tuvieron un crecimiento natural negativo y un saldo migratorio de 2, 3, 2,3 y 1,4 respectivamente lo que también ha permitido que haya habido un crecimiento de la población total. Datos de este tipo nos permiten asegurar que la Unión Europea tiene que vivir en los próximos años en una estrecha relación con la migración y ha de resolver problemas tan difíciles como el racismo, la identidad nacional, la integración y la multiculturalidad.

TABLA 9
PORCENTAJE DE POBLACIÓN EMIGRANTE ENTRE EUROPEOS
Y NO EUROPEOS

	TOTAL	OTROS EUROPEOS	NO EUROPEOS
UE	4,8 %	1,5 %	3,3 %
Alemania	8,0 %	2,1 %	5,9 %
Francia	6,2 %	2,3 %	3,9 %
Reino Unido	3,5 %	1,3 %	2,2 %
Italia	1,6 %	0,3 %	1,3 %
España	1,0 %	0,5 %	0,5 %
Holanda	4,9 %	1,2 %	3,7 %
Grecia	1,9 %	0,6 %	1,3 %
Bélgica	9,1 %	5,4 %	3,7 %
Portugal	1,2 %	0,3 %	0,9 %
Suecia	5,8 %	2,2 %	3,6 %
Austria	6,6 %	1,0 %	5,6 %
Dinamarca	3,5 %	0,8 %	2,7 %
Finlandia	0,9 %	0,2 %	0,7 %
Irlanda	2,5 %	1,9 %	0,6 %
Luxemburgo	31,0 %	28,1 %	3,0 %

FUENTE: Eurostat, 1998.

Europa está recibiendo ya emigrantes y de aquí a 25 años necesitará 159 millones de nuevos trabajadores para mantener la estructura laboral actual. Los jóvenes europeos ya han tomado contacto con los emigrantes que, por una parte son competidores por el empleo y por otra son nuevos ciudadanos que se incorporan a la vida nacional en todas sus facetas. La convivencia ha de manifestarse de alguna manera y la actitudes actuales muestran una complicada resolución. Algunos aseguran que la asimilación de inmigrantes en Europa es políticamente arriesgada y socialmente inaceptable. Con la inmigración se crece en población, aunque no rejuvenece puesto que incorpora población adulta. También es cierto que incorpora madres extranjeras con una fecundidad mayor.

TABLA 10
OPINIÓN DE LOS JÓVENES ESPAÑOLES Y EUROPEOS SOBRE
LOS EXTRANJEROS. (%)

	UE	ESPAÑA	PAÍS MÁS ALTO	
No hay muchos en mi país	7,9	17,4	Finlandia	36,9
Podríamos aceptar más	4,2	3,8	Finlandia	37,1
Son muchos, pero no demasiados	23,8	25,9	Holanda	43,8
Son demasiados	27,5	13,9	Bélgica	41,0
Deberían tener los mismos derechos	23,2	27,8	Suecia	58,3
Deberían ser devueltos a su país	8,9	2,6	Grecia	19,0
Estoy contento de que vivan en mi país	14,7	16,3	Finlandia	44,8

FUENTE: Eurobarómetro, abril-junio 1997

Los jóvenes europeos tienen su forma de ver las cosas. Los más reacios a aceptar la inmigración son los belgas, así como los griegos y los austríacos, pero los finlandeses y los suecos aceptan de mejor grado la presencia de los inmigrantes, como se observa en las tablas 8 y 10, y que tiene porcentajes de población variable, según la tabla 9, y que no guarda relación entre el mayor porcentaje de emigrantes con el mayor rechazo de ellos. Incluso aceptan que deberían tener los mismos derechos que los nacionales puesto que los consideran como miembros integrantes de su propia sociedad.

Por religiones son los que se declaran protestantes los que se muestran más opuestos a personas procedentes de la emigración, seguidos por los católicos, mientras que los ortodoxos son los menos opuestos. Los menores de 19 años en general son menos opuestos a los extranjeros que los de 20 a 25 años. Los jóvenes con mayores estudios se muestran también más favorables a los extranjeros en su país.

OPINIONES LOS JÓVENES EUROPEOS SOBRE DIVERSAS CUESTIONES SOCIALES PROPIAS O DE OTROS ESTADOS

En relación con cuestiones sociales muy debatidas como la eutanasia, la pena de muerte, la homosexualidad, el control de la natalidad, el servicio militar obligatorio, los jóvenes tienen una opinión bastante moderada sobre todas ellas. Muestran una mayor unanimidad cuando opinan sobre permisividad de relaciones sexuales antes del matrimonio. Son muy favorables los suecos y los españoles. Un asunto como el de la clonación, al que se dedica mucho esfuerzo investigador, no tiene mucho apoyo entre los jóvenes. Dos temas con gran repercusión en los medios de comunicación y de gran sensibilidad social como la pedofilia y el sida son objeto también de gran preocupación para los jóvenes. En el caso de los abusos sexuales con niños se manifiesta mayoritariamente por un fuerte castigo para los culpables. Especialmente son sensibles a este problema los británicos. En relación con el sida creen, en un alto porcentaje, que deberían hacerse pruebas obligatorias, como se ve en la tabla 11.

A los jóvenes les atraen los viajes con el fin de conocer, compartir y relacionarse. Más de la mitad de los jóvenes europeos han viajado alguna vez ya fuera de sus propios países. El 57% de los jóvenes europeos ha viajado por la UE entre los años 1996 y 1998. Solamente un 43% no ha viajado por ningún país europeo en esos años. La movilidad de los jóvenes es una de las medidas que se fija la Unión Europea en sus programas educativos con el fin de mejorar el conocimiento, la comprensión y la convivencia entre las jóvenes generaciones y prepara la integridad plena en los años futuros. El propio Tratado de la Unión ya establece la creación de programas educativos que permitan la movilidad de estudiantes y el intercambio de jóvenes y animadores. Se calcula que en el período de 1995 a 1999 unos 400.000 han podido conocer a muchachos y muchachas de otros Estados europeos.²⁹

TABLA 11
OPINIÓN DE LOS JÓVENES EUROPEOS Y ESPAÑOLES SOBRE ALGUNAS CUESTIONES

	UE	ESPAÑA	PAÍS MÁS ALTO	
Eutanasia	49,3 %	63,9 %	Holanda	81,2 %
Pena de muerte	35,8 %	26,9 %	Bélgica	54,7 %
Adopción por homosexuales	35,9 %	52,5 %	Holanda	64,4 %
Castigo de abusos sexuales a niños	68,6 %	51,3 %	Reino Unido	83,5 %
Control de natalidad	34,8 %	47,7 %	Portugal	64,9 %
Matrimonios de homosexuales	51,7 %	76,3 %	Holanda	80,2 %
Servicio militar obligatorio	23,1 %	13,4 %	Finlandia	51,5 %
Pruebas de sida obligatorias	60,9 %	56,2 %	Grecia	93,4 %
Sexo premarital	86,5 %	90,1 %	Suecia	92,6 %
Sexo fuera de la pareja	24,9 %	29,1 %	Luxemburgo	32,2 %
Clonaje	8,7 %	14,8 %	Portugal	15,2 %

FUENTE: Eurobarómetro, abril-junio, 1997

Muchos de los jóvenes europeos no tienen confianza en el futuro, ante el trabajo y la vivienda. Según un estudio de la revista Newsweek, muchos se rebelan contra la obsesión de la sociedad adulta por el orden y la riqueza y desean libertad para vivir como ellos elijan, pero los jóvenes se identifican sólo con la protesta.³⁰ Piensan que vienen tiempos malos e inseguros. Rompen con las tradiciones familiares y sus valores pero no encuentran sustitutos. Quizás es una juventud más resignada, porque no hay grandes manifestaciones de respuesta violenta, como se produjeron en décadas anteriores. Organizan su protesta reivindicativa de forma pacífica y esperan insistentemente los resultados del cambio

²⁹ Tratado de la Unión, Título II, 3.ª Parte.

³⁰ Estudio realizado entre jóvenes de Londres, Zurich, Berlín y Amsterdam.

reclamado. Solamente algunos grupos caóticos rompen la regla de insistir ante las instituciones, porque no creen en ellas, y recurren a las práctica de ruptura social.

El grupo mayoritario de los jóvenes europeos, de acuerdo con sus valores y actitudes, coincide básicamente con el que Javier Elzo denomina «institucional ilustrado» dentro de un estudio de la juventud española, y que corresponde aproximadamente al 30%.³¹ Son esos jóvenes que todavía mantienen una confianza en el Estado y sus principales instituciones, aunque son los jóvenes españoles los que se manifiestan menos confiados que los franceses, alemanes o británicos.³²

En cuanto a los medios de información por medio de los cuales los jóvenes adquieren la información en relación con sus derechos y las responsabilidades que derivan de su condición de ciudadanos de la Unión, el medio más utilizado es la televisión. Especialmente los suecos y los finlandeses destacan sobre la media europea, seguidos de los portugueses. Los que mejor utilizan la televisión para esta información son los griegos, que por otra parte parecen los menos informados. La escuela y la universidad son medios de información bastante frecuentes para los jóvenes, instituciones que han mostrado en general bastante responsabilidad en la causa europea. Destacan en este particular Suecia y Dinamarca que orientan ampliamente a sus jóvenes sobre sus derechos y obligaciones dentro del ámbito de la Unión. En España la escuela y la universidad aparecen como los peores medios de información para los jóvenes, una muestra de que nuestras instituciones educativas no han captado o no han podido modelar esta misión informativa sobre el proceso de la Unión.

La prensa se menciona también como un buen medio de información para los asuntos europeos. Lo mismo que la televisión, parece ser que es en Suecia y Finlandia donde este medio de comunicación adquiere los mayores niveles de europeísmo. De la misma manera es en Grecia donde se equipara este carencia con la televisión. ¿Cómo se informan los griegos? A través de los centro docentes y de los padres que transmiten su visión de Europa a los jóvenes.

La visión que los jóvenes europeos tienen de las personas mayores es muy diversa en los distintos Estados. Lo que más habitualmente destacan los jóvenes es la discrepancia con las personas mayores en relación del cambio social. Consideran los jóvenes que se encuentran en dos sociedades diferentes mediante una importante ruptura intergeneracional. Los jóvenes que discrepan más con la mentalidad de sus mayores son los españoles, griegos, portugueses y franceses, por encima de 40%. Pero los jóvenes aceptan las responsabilidades que les concierne en relación con las personas mayores, y no aceptan de buen grado que sus padres tuvieran que ir a vivir a una residencia de ancianos. Es reducido el porcentaje (5,3%) que muestra reacción a la idea de tener que ocuparse de las personas mayores de su familia. Solamente un 6% cree que no debería pagar por el sostenimiento de los ancianos.

31 Elzo, J. L.: «Ensayo de una tipología de los jóvenes españoles basado en su sistema de valores», en *Jóvenes españoles 99*. Ediciones S. M. 1999.

32 Un estudio realizado por SOFEMASA en 1981 sobre la confianza en las instituciones demostraba que los jóvenes españoles confían menos que otros jóvenes europeos en la Iglesia, el ejército, la policía, el tribunal constitucional, la justicia, los sindicatos, las asociaciones empresariales y el Parlamento.

Frente a la jubilación irremediable de las personas mayores para dejar paso a las generaciones más jóvenes, son los alemanes, los daneses y los irlandeses los que opinan que había que dejar a los mayores que ejercieran su actividad el tiempo que fuera posible. Los que antes jubilan a los mayores son los jóvenes griegos y los españoles. Una de las tareas que ha tratado de satisfacer el estado de bienestar ha sido a las personas mayores y jubiladas, siendo Suecia un modelo ejemplar a este respecto dentro de las experiencias europeas, por eso llama la atención que sean los jóvenes suecos los que menos aceptan que sea el Estado el que atienda a los mayores con una tasa del 6%, siendo la media europea el 21,3% y en algunos países como Francia, los jóvenes se manifiestan a favor en un 36,2%.

Desde el punto de vista religioso, son los que se confiesan ortodoxos los que no aceptan que sus padres vayan a una residencia (49%). Aquí se recoge sobre todo la opinión de los jóvenes griegos, que, por otra parte, también se muestran favorables a que el Estado se ocupe de la atención a los mayores. Los protestantes defienden en mayor porcentaje que los mayores se ocupen de actividades prolongando la vida activa todo el tiempo que puedan.

LOS JÓVENES Y EL PROBLEMA DE LAS DROGAS

El tráfico y consumo de drogas es uno de los problemas que tiene preocupados a los Estados de la Unión Europea de tal manera que desde 1987 viene participando en conferencias y foros internacionales que luchan contra este tráfico y consumo de droga entre los jóvenes que se ha extendido rápidamente y requería contar con disposiciones generales en los Tratados y con instrumentos legislativos para una estrategia global de lucha generalizada contra la droga.³³

La droga afecta especialmente a los jóvenes y produce efectos devastadores para la salud. En la franja de edades entre 15 y 24 años es donde se encuentran los jóvenes más afectados. Según encuestas realizadas a jóvenes estudiantes entre 15 y 16 años más del 4% ya han consumido al menos una droga ilegal a esa edad y la proporción alcanza el 20 ó 30% en algunos países de la Unión.³⁴ En estas edades es donde se produce el mayor consumo y además cada vez se inicia en edades más jóvenes.³⁵

La circulación de la droga por los países europeos establece un tráfico muy intenso entre los jóvenes de 14 a 17 años, convirtiendo estas edades entre las de mayor riesgo para iniciarse en el mundo de la droga y prolongar por mayor tiempo los años de consumo. Un 60% de los jóvenes de la Unión entre esas edades manifiesta que ha recibido la primera oferta de droga. Entre los mayores de 19 años esta primera oferta es del 12%, pero es preocupante que los menores de 14 años que han recibido esta primera oferta sean el 22%.

33 En 1994 se incautaron más de 200 toneladas de cannabis en España y otro tanto en los Países Bajos; más de tonelada y media de heroína en Alemania; 6,6 toneladas de cocaína en Italia y más de 1,3 toneladas de anfetaminas en el Reino Unido. En 1995 se incautaron más de 6 toneladas de heroína en la Unión.

34 Los europeos y la droga. Eurobarómetro 43.0 y 43.1. INRA, 1995.

35 Los flujos financieros creados por el tráfico ilícito de drogas se estiman en unos 500.000 millones de euros anuales.

TABLA 12
AÑOS EN QUE ES OFRECIDA LA DROGA A LOS JÓVENES - 1995

	MENOS DE 14 AÑOS	ENTRE 14 Y 17 AÑOS	MAS DE 19 AÑOS
Bélgica	47	57	14
Dinamarca	29	64	10
Alemania	19	51	22
Grecia	8	33	41
España	22	57	5
Francia	16	66	8
Irlanda	25	60	10
Italia	13	57	19
Luxemburgo	29	53	13
Holanda	27	64	10
Austria	24	68	3
Portugal	-	-	-
Finlandia	22	62	11
Suecia	21	55	20
Reino Unido	32	67	9
UE-15	22	60	12

FUENTE: Eurobarómetro 43.0 y 43.1. 1995

La mayor oferta de droga se produce entre los jóvenes de Austria, Reino Unido y Francia, bastante por encima de la media europea. Pero las edades más jóvenes que tienen mayor acceso a la droga se encuentran en Bélgica, que experimenta en general un acoso bastante alto en todas las edades juveniles, especialmente de 14 a 19 años. (Tabla 12).

En estas edades juveniles es donde se centra el gran negocio que representa este problema grave y complejo que, según cifras estimada por la Comisión Europea, mueve unos 500.000 millones de euros anuales. Esto obliga a la Unión Europea a dedicar grandes cantidades de dinero de su presupuesto pasando de 5,5 millones de euros en 1987 a 54 millones en 1996. Las acciones realizadas en la lucha contra la droga en el interior de la Unión en 1995 representaba el 45% del presupuesto, y en el exterior el 53% de dicho presupuesto.³⁶

Un informe institucional sobre la juventud publicado en el Reino Unido achaca a la permisividad de los padres los altos índices de drogadicción en los últimos 45 años. Se

36 *Annual Report on the State of the Drugs Problem in The European Unión, 1995, OEDT, 1996.*

atribuye a la educación deficiente, más que al desempleo y la pobreza, el proceso de degradación juvenil. El mismo estudio hace referencia a las consecuencias de las consignas transmitidas en los alocados años sesenta.³⁷

Es preocupante el vínculo que se establece entre la droga y la delincuencia juvenil. Las redes de la droga se unen a las de la delincuencia organizada. La necesidad de droga transforma al toxicómano con frecuencia en ladrón o en «camello».

Ya se vio anteriormente, según la tabla 8, el índice de preocupación que hay entre los jóvenes por la drogadicción de tal manera que sitúan en el tercer lugar a los drogadictos como las personas que les molestan. En general en la Unión Europea hay una tercera parte de los jóvenes que se muestra preocupado por este problema, pero no resulta ser un número muy alto, en relación con la magnitud del problema y los graves problemas que ocasiona en una población tan joven sometida a un serio deterioro de su salud y su futuro humano y profesional en el seno de la Unión.

CONCLUSIONES

La brevedad de un trabajo de esta naturaleza no permite un estudio más detallado y solamente puede hacerse alusión a una visión muy general en torno a una juventud amplia y compleja, como es la europea, condicionada por factores económicos, sociales y culturales muy acrecentados en una larga y rica historia.

Se da una relación bastante paralela entre las condiciones de desarrollo económico de los Estados europeos y sus características juveniles. Cuanto menor desarrollo, mayor dependencia tienen los hijos de sus padres y mayor retraso en la organización de vida autónoma de los jóvenes. También se dan actitudes más conservadoras.

No disfrutan los jóvenes europeos de un sistema educativo que pudiera desarrollar conocimientos generales propios de la Unión para adquirir mayor conciencia europeísta y una mentalidad de ciudadanía común. Es la política educativa de la Unión la que carece de voluntad para superar los intereses nacionales y pensar en una juventud que adquiriera más valores integrados en un esfuerzo común y más global, sin perder identidades locales.

Se constata una división diferenciadora entre la Europa nórdica y la mediterránea. Paralelamente a la existencia de Estados ricos y pobres hay notables contrastes entre los jóvenes de una y otra parte de Europa. En los Estados donde los medios materiales son mayores hay una tendencia a los valores económicos y en los mediterráneos predominan los de carácter social y cultural. La excepción se da entre los griegos, donde las características culturales no se destacan como parecería derivarse de su historia antigua.

Los jóvenes europeos coinciden en algunas preocupaciones y aficiones, pero son bastante diferentes en cuanto a actitudes y valores. Seguramente lo que más identifica a la mayoría de los jóvenes de toda la Unión es la preocupación por el empleo, pero también

37 Investigación realizada por MICHAEL RUTTER, y DAVID SMITH para el Instituto de Psiquiatría de Londres y financiado por la Fundación Joham Jacobs de Zurich. Publicada en Londres en mayo de 1995.

reclaman que se defienda y proteja el medio ambiente, así como una mayor dedicación a la investigación y desarrollo en el ámbito de las nuevas tecnología. Objeto de preocupación es también la situación en la que se encuentran al no poder contar con mayores recursos económicos para viajar más o para conseguir una independencia y poder vivir en un hogar propio.

Forman parte del capítulo de preocupaciones de los jóvenes algunos comportamientos sociales sobre los que se pronuncian de manera bastante contundente. Un 86,5% de la juventud europea se manifiesta claramente a favor de las relaciones sexuales antes del matrimonio. Solamente un 6,6% responde claramente en contra. El 51,7% apoyan el matrimonio entre homosexuales. Señalan bastante mayoritariamente también que se debería hacer obligatoriamente pruebas sobre el SIDA, estando a favor de ello el 60,9 % de los jóvenes europeos.

Hay bastante disparidad de criterios entre los diversos países y cohortes de jóvenes al momento de definirse en torno al racismo y la xenofobia. Aquí los jóvenes europeos no son homogéneos ni mayoritariamente claros en ninguna de las diversas tendencias que se puedan examinar. No se puede afirmar que los jóvenes europeos, en general, sean o no racistas. La situación depende mucho de cada país. Lo mismo ocurre en relación a la acogida de emigrantes. La media favorable en toda la UE es de 23,3%.

En alguna tendencia examinadas para valorar la responsabilidad antes los mayores, el asociacionismo, la solidaridad y la creencia y práctica religiosa, los índices favorables no llegan nunca al 50%. La religiosidad ha ido decreciendo en la Unión Europea y la práctica religiosa ha descendido a un 19%, incluyendo un análisis de las diversas religiones que se practican en la Unión.

Los jóvenes son relativamente europeístas. En términos generales, y con los datos de 1997, no se puede decir que haya una preponderancia general clara a favor de la causa europea. Destaca más en Italia e Irlanda, mientras en los demás países hay mal altibajos según la perspectiva desde la que se contemple el proceso de integración.

La aficiones propias de la edad juvenil suelen tener bastante coincidencia cuando van unidas a la posibilidad de estar con los amigos y realizar actividades en grupo. La amistad aparece como un valor fuertemente considerado por los jóvenes europeos en todos los Estados. Desde el punto de vista instrumental la televisión suele ser el medio de ocupa bastante tiempo para la dedicación al ocio y el entretenimiento. Pero va ganando muchos adeptos, y rápidamente, la utilización de Internet con todos el complejo mundo de posibilidades que permite la red.

En los procesos de integración europea las sucesiva etapas no permiten identificar claramente un tipo de juventud homogénea. Como recalca A. Giddens es importante el proceso en sí. La gran variación que se encuentra en el propio seno de los países más extensos, así como la compleja historia de Europa y las sucesiva oleadas de juventud que se incorporan a la Unión en cada ampliación, hace que esta fisonomía juvenil sea no solamente distinta sino variable. No es fácil encontrar elementos identificadores para toda la juventud europea, como tampoco los encontraremos en la norteamericana o japonesa. Encontramos tendencias que cada vez varían según el relevo generacional y de acuerdo con los condicionantes familiares, culturales y económicos. Estos factores económicos, diferenciadores, pesan mucho en la forma de ser y comportarse los jóvenes europeos de la Unión.

BIBLIOGRAFÍA

- DOCUMENTATION FRANÇAISE: *Jeunes d'aujourd'hui. Regards sur les 13-25 ans en France*, París, 1987.
- CAMPICHE, R. J.: *Cultures jeunes et religions en Europe*, CERF, París, 1997.
- INGLEHART, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Siglo XXI, Madrid, 1991.
- COMMISSION EUROPÉENNE: *Les chiffres clés de l'éducation dans l'Union européenne*, Bruxelles, 1995.
- MAFFESOLI, M.: *El tiempo de las tribus*, Icaria, Madrid, 1990.
- MORIN, E.: «Adolescents en transition», *Revue Française de Sociologie*, VII, 1966.
- TORREBLANCA, J. I.: *¿Cómo somos los europeos?*, Aguilar, Madrid, 1999.
- COMMISSION EUROPÉENNE: *Eurobaromètre 31.0*, Bruxelles, 1995.
- *Eurobaromètre 31.1*, Bruxelles, 1995.
- *Eurobaromètre 45.0*, Bruxelles, 1996.
- *Eurobaromètre 47.2*, Bruxelles, 1997.
- *Eurostat*, «El paro en la UE», Bruxelles, 1996.
- *Eurostat*, Encuesta «Fuerza de trabajo», Bruxelles, 1996.
- *Eurostat*, Bruxelles, 1998.
- FUNDACIÓN SANTA MARÍA: *Jóvenes Españoles 99*, SM, Madrid, 1999.
- Libro Blanco*, Comisión Europea, Bruselas, 1995.

La juventud española ¿colonia americana?

VIDAL DÍAZ DE RADA*
JOSÉ I. RUIZ OLABUÉNAGA**

El cambio sociocultural acaecido en la sociedad española a lo largo de los últimos cuarenta, ha dejado de constituir un foco de interés para el análisis académico del presente social y se ha transformado más bien en un depósito de datos para su interpretación histórica. Lo que, sin embargo, no está todavía suficientemente claro si esta transformación estructural lo mismo que cultural española implica un «alejamiento por vaciamiento de sí misma» o es resultado de un «acercamiento a otras sociedades por almacenamiento de valores importados» de otras a las que ahora se asemeja más que antes. La incertidumbre respecto a cuál de estos procesos es más verosímil encuentra una respuesta más fácilmente asumible en términos de un proceso de inmigración cultural acaecido en España por el contagio de los modos de vida cotidianos que se han ido introduciendo por las triple vía del turismo internacional, de los flujos migratorios (no sólo económicos) y del comercio mediático. Esta interpretación del contagio, si bien es cierto que se antoja más verosímil que la del vaciamiento interno por agotamiento, esterilidad o hastío, presenta a su vez una nueva incertidumbre aún muy lejos de haber sido resuelta. Dicha incertidumbre se pregunta de qué y de quien se contagia la sociedad española, si de la sociedad europea o de la sociedad americana, es decir, si España ha entrado en la órbita cultural americana directamente o si su dinámica de cambio sigue el ritmo europeo, y a través de él, absorbe mediatizadamente, los impulsos del mega pathfinder contemporáneo.

Las tendencias hacia la globalización (no sólo económica), expuestas por numerosos expertos y difundidas ampliamente por los medios de comunicación de masas parecen estar eliminando los elementos diferenciadores de cada cultura, proporcionando una estandarización de gustos y hábitos, lo que llevaría a suponer que la interpretación del contagio directo, en este caso, sería más correcta que la de la mediación europea. Como resultado de su dinamismo, globalizante al mismo tiempo que líder, los valores, actitudes y comportamientos predominantes en la sociedad norteamericana están suplantando los rasgos autóctonos propios de todas las culturas, no sólo los de la española (Ritzer, 1996) Estos «nuevos» valores, muy presentes en otros países europeos, no alcanzan todavía un gran predominio en la sociedad española, pero ello no es óbice para que el impacto cultural sea más incisivo, aunque mediatizado, en el cambio español.

* Universidad Pública de Navarra.

** Universidad Pública de Navarra.

Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta que los colectivos más jóvenes son los que tienen más capacidad para adoptar los cambios de comportamientos y valores, se viene formulando la siguiente hipótesis: «*El imperio cultural norteamericano impone un modo de vida, de valores, actitudes y comportamientos que imita y repite el estilo de vida americano, el llamado "American Way of Life"*». En otras palabras, la juventud española está siendo colonizada por el modo de vida americano.

Son muchos los elementos, y el enumerarlos en su conjunto resulta tan inasequible como su reducción a los más fundamentales. Aun así, destacan algunos rasgos latentes de la vida social cultural y pueden ser elegidos como criterios de contexto para comprobar la verdad de esta hipótesis que defiende la progresiva colonización de la vida juvenil española por la ola invasora del modo de vida americano. El primero de ellos, hace referencia al «self-made-man» (hombre hecho a sí mismo) característico de la sociedad norteamericana, con una importancia predominante concedida al trabajo como medio de ascensión social, y la adopción de ciertas prácticas sociales como la competitividad, el individualismo, etc., como valores universales y normas de conducta válidas y requeridas. Los «comportamientos de consumo» conforman un segundo bloque, en el cual se hace referencia tanto a comportamientos generales de compra como a la preferencia por ciertos productos típicamente americanos.

En tercer lugar destaca la preferencia de los jóvenes por «la ciudad en perjuicio del campo», la preferencia por un esparcimiento privado o por las fiestas públicas, y el gusto por cierto tipo de lectura y de cine. Posteriormente aparece hasta qué punto en estos jóvenes están presentes algunos de los rasgos característicos de esta «nueva mentalidad», en concreto, «el gusto por lo objetivo, lo estandarizado y lo predecible» (Ritzer, 1996).

Un último apartado hace referencia a la «importancia del cuerpo» en la sociedad actual, en función de la cual éste es considerado como un capital tan importante como el dinero, las propiedades, o el nivel cultural. Esta concepción del cuerpo como capital implica una preocupación por el mismo que se traduce en la necesidad de cuidar del cuerpo, acudir al gimnasio, y realizar una serie de actividades dirigidas a aumentar, o por lo menos mantener, el «valor» del cuerpo. Desde otra óptica paralela pero complementaria a la anterior, la primacía de la ética de la hedonía sobre la ética del ascetismo, transforma al cuerpo fisiológico en objeto de placer, que invita al fomento de una gran cantidad de actividades cuyo fin primordial es la búsqueda del placer, aún en perjuicio de «descuidar» o perjudicar el propio cuerpo.

La autopromoción, la estandarización del consumo, el individualismo urbanista, y la hedonía ética e instrumental del cuerpo biológico conforman el modo de vida macdonalizado de la estandarización, el autoservicio, y del capitalismo fisiológico.

¿Es cierta esta hipótesis? ¿Hasta qué punto la juventud española se está macdonalizando, transformándose en planeta del sistema helio cultural americano y aceptando lo que Bellah denomina «hábitos del corazón americanos»?

El primero de los procesos americanizantes hace referencia al ensalzamiento de la competitividad y a la denominada «motivación por el logro», aspecto que adopta un lugar central en la mentalidad norteamericana. Llama la atención en la juventud española, la más promocionada escolarmente y al mismo tiempo la más contradictoriamente blo-

queada por el paro, la alta valoración del futuro, sobre todo tras la exposición de sus «condiciones objetivas» de vida.¹

Ahora bien, ¿cómo interpretar este elevado optimismo de los jóvenes en un contexto como el actual? Siguiendo la conocida hipótesis de R. Inglehart sobre la socialización, podríamos plantear como hipótesis que los jóvenes españoles, socializados en un entorno social de abundancia económica, contemplan el futuro con optimismo, fundamentalmente porque consideran que la situación actual es más bien coyuntural, y no se imaginan su hogar futuro muy distinto al de sus padres. La hora del escarmiento y de la frustración no les ha llegado todavía. Es en este contexto de expectativas no frustradas de futuro en donde adquiere un lugar central el alto porcentaje (18%) que se atribuye su éxito social negándose a su familia y amigos. No deja de ser un porcentaje muy elevado, si tenemos en cuenta la importancia de la institución familiar en la sociedad española.

En un sentido amplio, este indicador sirve para medir la aceptación de algunas de las labores del Estado de Bienestar, es decir, hasta qué punto las causas de la pobreza dependen de uno mismo o son impuestas por la situación social en la que han vivido y, por tanto, hasta qué punto sería legítimo o debería recibir una ayuda del Estado o de cualquier organismo público. La sociedad norteamericana, con su ensalzamiento del liberalismo y su énfasis en la libertad personal, el enorme valor atribuido al éxito personal y al logro de beneficios en cortos períodos de tiempo, considera mayormente que los pobres son pobres porque ellos quieren y cree que las causas de la pobreza, crimen, y otros factores de marginalidad social son fruto del propio individuo (como recuerdan Verdú y Estefanía). En Norteamérica prevalece la creencia de que el Estado debe intervenir en la sociedad civil lo menos posible, puesto que esta intervención es concebida como un obstáculo a la libre competencia entre los individuos, perjudicando seriamente la capacidad individual al restringir los incentivos individuales, y amenazando así la propia concepción de la empresa capitalista.

Analizando la preferencia de ideal de vida manifestado por los jóvenes actuales de «trabajar-consumir-disfrutar» (48%) más bien que «trabajar-ahorrar-subir» (33%) la recompensa postergada deja de tener importancia y aparece un pragmatismo que se traduce en una búsqueda del goce inmediato. Esta gran importancia del PRESENTE introduce otra línea interpretativa que ya ha sido señalada por un gran número de investigaciones: el incremento de los valores hedonistas en la juventud española. Estos valores hedonistas adquieren gran importancia en una sociedad que ha olvidado todas las llamadas al sacrificio tan repetidas en otras épocas. Así, ideas quijotescas como «más vale ser pobre y honrado» (Pérez Henares, 1996: 110) —tan presente en la sociedad española de otras épocas— están en claro retroceso, desplazándose hacia otros grupos de edad y dejando de pertenecer a la moral de los jóvenes españoles.

El gran desarrollo de la economía española en el segundo quinquenio de la década de los 80 y el ensalzamiento de determinados líderes sociales más ligados a la ostentación que al trabajo duro, parece haber generado toda una generación de ávidos consumidores.

1 Informe Petras completo. Padres-hijos. Dos generaciones de trabajadores españoles. Una información intensa y extensa del mismo se haya en «rasgos psicoculturales y teorías interpretativas sobre los jóvenes» de Félix Clavo, en el libro *Valores y estilos de vida* de ANDONÍ KAERRO.

De ello se desprende que los jóvenes consideren el consumo como una vía de expresión y autorrealización, un nuevo mundo para explorar y para poner en marcha iniciativas y decisiones propias. Esta gran importancia del consumo trae como consecuencia la pérdida de la rebeldía propia (o más bien definitiva) de los jóvenes de otras épocas, dando paso a una mayor importancia de la privacidad («cocooning») en la cual los símbolos y los rasgos característicos de las «tribus urbanas» son, como afirma Ruiz Olabuénaga, diseñados, creados y vendidos por los grandes almacenes (1994: 194-196). El joven pierde protagonismo al adoptar gustosamente los roles y las funciones que diseñan «para ellos» otros actores sociales.

Volviendo a la idea central, ¿cuál es el criterio que utilizan para discernir entre el bien y el mal? La definición de la moral en la sociedad actual es sumamente compleja, una sociedad en la que muchos valores sociales están transformándose constantemente y en la que se aprecia la carencia de una distinción clara entre el bien y el mal. Nuestros datos indican que un 28% está en total desacuerdo con la idea «algo es moral cuando después de hacerlo te sientes bien» y un porcentaje similar —aunque algo menor— está totalmente de acuerdo con ella (26,3%). El ideal americano del «hombre hecho a sí mismo» y «autolegitimado éticamente» no parece, en definitiva, estar todavía muy arraigado entre los valores de los jóvenes españoles, aunque sí hay un interés por los efectos de este fenómeno.

Pueden distinguirse dos conjuntos de jóvenes españoles con concepciones opuestas. La mentalidad norteamericana del «hombre hecho a sí mismo» predomina —a grandes rasgos— en los jóvenes que trabajan, con altos niveles de estudios y pertenecientes a clases altas, mientras que los estudiantes, con bajos niveles de estudios y pertenecientes a familias de clases pobres y obreras presentan los menores índices de tal mentalidad. No queremos decir que haya una relación determinista o causal entre ambos elementos sino que sino despunta una «tendencia» de inmigración valorativa.

De ahí se deduce implícitamente la importancia del consumo en la cosmovisión actual de los jóvenes. En los últimos años, la proliferación de los nuevos Centros Comerciales se está simultaneando con la orientación de su actividad hacia una mayor presencia de tiendas especializadas en la venta de bienes y servicios de ocio (cines, peluquerías, restaurantes, boleras, etc.), de modo que el centro comercial adquiere una función superior al propio hecho de comprar, al hacer de estos espacios comerciales centros de reunión y ocio. De las tres formas comerciales principales, casi la mitad de los jóvenes españoles (49,1%) prefiere realizar sus compras en tiendas pequeñas, mientras que un 27% elige los Grandes Almacenes como sus lugares preferidos. Tan sólo el 22,1% muestra su inclinación por los Centros Comerciales. De lo que se desprende que la juventud española está todavía lejos de esa costumbre norteamericana de realizar todas sus compras —o la mayoría de ellas— en un centro comercial fuera de la ciudad.

Al margen del tipo de establecimiento preferido puede ser considerada la preferencia de los jóvenes españoles entre comprar muchos productos de poca calidad o pocos con elevada calidad. La sociedad norteamericana, como señala Bellah, muestra una preferencia por la cantidad («una gran hamburguesa se considera apetecible simplemente porque es grande») ya que en muchas ocasiones la cantidad se asocia a la calidad. Un aspecto concreto de este hecho son las numerosas campañas publicitarias que señalan la cantidad de ventas como un criterio para reducir el riesgo en la compra: «Tres millones de compradores no pueden estar equivocados», «celebramos la venta del coche 3.000».

Al valor cantidad se enfrenta el valor calidad del que uno de sus atributos extrínsecos más relevantes es el del prestigio de su marca, marca que es considerada en numerosas ocasiones como un elemento decisivo en la elección de los artículos. En referencia a la juventud española actual, únicamente el 38% nunca tiene en cuenta la marca de los productos, considerando más otros atributo de forma que sólo un 23,0% eligen los productos «siempre o casi siempre por la marca».

Aunque se ha sostenido que el capitalismo moderno ha asignado a cada sexo un lugar distinto en la relación entre producción y consumo (la producción es un elemento «activo» —que proporciona poder— que debe ser realizada por los hombres, mientras que el consumo es más «pasivo» y es realizado frecuentemente por las mujeres), la realidad de las sociedades capitalistas occidentales de la segunda mitad del siglo XX cambia esta tendencia al convertirse los hombres en consumidores, y adoptar las mujeres un papel más importante en el mercado de trabajo. La tardanza con la que la sociedad española ha llegado a la etapa de «consumo masivo» trae como consecuencia que este hecho se haya producido en nuestro país más tarde que en el contexto europeo y norteamericano.

Así, y pese a que numerosas investigaciones han señalado que la progresiva homogeneización de la sociedad española está destruyendo el poder explicativo del sexo como factor diferenciador de determinados valores y conductas, algunos autores consideran que en las prácticas de consumo esta tendencia a la homogeneización se está produciendo más lentamente que en otras áreas.

Del mismo modo que anteriormente se ha expuesto que la «americanización» conlleva una preferencia por la cantidad en perjuicio por la calidad, esta americanización se manifestará también en una preferencia por comprar productos («tangibles») en vez de servicios: El análisis de nuestros datos desvela que un 31% de los jóvenes españoles prefiere gastar su dinero en cosas «tangibles» y duraderas (casa, coche, ordenador,...) y un 22% en cosas más «intangibles» y perecederas (viajar, salir por ahí a cenar...).

Si de las «conductas generales de compra» pasamos al análisis de hábitos de consumo más específicos, un indicador concreto, el que hace referencia al consumo de «fast-foods», señala Verdú que mientras que la comida mediterránea (española) ensalza los sabores puros, uno de los elementos definitorios de la cocina norteamericana es la gran variedad de sabores que aparecen entremezclados. Según se desprende esta afirmación podrá analizarse la «norteamericanización» de los hábitos alimenticios españoles atendiendo al «gusto» por mezclar alimentos: este análisis desvela que sólo uno de cada cuatro (23,0%) tiene unos hábitos alimenticios en los cuales la mezcla de sabores es bastante habitual.

Otro de los elementos que permiten medir la importancia de la «americanización» de los gustos alimenticios es la frecuencia con la cual se asiste a restaurantes tipo «fast-food», restaurantes característicos de la cultura norteamericana. Utilizando esta definición los niveles de «americanización» disminuyen puesto que, algo más de la mitad de los jóvenes (52,2%) dicen acudir sólo a veces y tan sólo uno de cada 10 acude siempre que puede. Más aún, únicamente un 15% de la juventud española no hace mezclas de comidas y, además, nunca come en restaurantes de comida rápida. El resto de los jóvenes realiza alguno de estos dos actos con más o menos frecuencia, pudiendo diferenciar entre un 50,3% que ejecuta ambas cosas, y el resto (un 34%) que practica alguna de ellas.

El último de estos hábitos específicos de compra hace referencia al tipo de automóvil que cada uno prefiere conducir. Las opciones planteadas permiten elegir entre un automóvil rápido y pequeño, un automóvil más bien seguro y mediano o un todoterreno, más bien familiar y grande. La moda de los todoterrenos tiene su origen en la sociedad norteamericana y simboliza una vuelta a las raíces y a los rasgos autóctonos, según Verdú. Aunque en Europa la venta de este tipo de vehículos se ha doblado desde 1989 a 1996 en la sociedad española aún no ha alcanzado las dimensiones de los países vecinos. El todoterreno es preferido únicamente por dos de cada diez jóvenes, mientras que las preferencias hacia el coche seguro y mediano llegan al 41,6%, siendo el mayoritario de todas las opciones planteadas. Pese a la incidencia de los accidentes de tráfico, la alta siniestrabilidad de estos vehículos y la dificultad de asegurarlos, el éxito social de este tipo de vehículos continúa siendo notable.

Se aprecia, en definitiva, la presencia sólo limitada de unos hábitos de consumo adoptados de la tradición americana, si bien el retraso en la adopción del «consumo masivo» en la sociedad española hace suponer que esta similitud entre los hábitos de consumo de la sociedad americana y los jóvenes españoles aumentará en el futuro. Esta sintonía entre el consumidor norteamericano y el español está más cercana en los hábitos alimenticios —la tradición alimenticia americana es adoptada con más o menos frecuencia por dos de cada tres jóvenes españoles—, en el modo de vestir informal y en la preferencia por la compra de bienes en vez de servicios.

Este recorrido por los diferentes aspectos de la «americanización de los jóvenes españoles» puede extenderse al análisis de otros elementos como la preferencia por el campo o la ciudad, el gusto por salir de casa (apertura al exterior) o a estar en casa siempre que se puede (interiorismo), la lectura de los llamados «Best-sellers» y la preferencia cinematográfica centrada en la dicotomía cine europeo/cine americano.

El análisis del lugar donde los jóvenes desean vivir desvela que únicamente uno de cada cuatro (26,2%) muestra su preferencia por vivir en el campo, mientras que un 34,1% prefiere la ciudad y el 39,6% un área residencial. Pese a que la preferencia entre las tres opciones analizadas aparece muy repartida, hay un porcentaje superior que manifiesta su elección por vivir en un área residencial cercana a una ciudad. Estas áreas residenciales ofrecen a sus residentes un entorno semi-rural, a la vez que cuentan con los servicios y prestaciones que ofrece la ciudad, a la cual pueden acceder en un corto período de tiempo. Para Amando de Miguel este proceso de desurbanización es una copia a la cultura anglosajona, aunque poco tiene que ver con las «*edge cities*» características de la sociedad norteamericana que define Verdú en su *Planeta Americano*. La gran cantidad de gente que vive en viviendas unifamiliares rodeadas de jardín genera que las ciudades norteamericanas tengan una gran extensión y que la ciudad pierda muchas de sus funciones de modo que los lugares de ocio y compras han sido trasladados fuera de las ciudades. La pérdida de importancia de estos lugares, unido a los costes de desplazamiento contribuyen a dar una mayor importancia al hogar, de modo que el hogar es el centro de la vida americana: la vida exterior queda reducida al mínimo, y el hogar adquiere funciones familiares, sociales (fiestas privadas, etc.) e incluso profesionales (teletrabajo).

Esta realidad tiene poca relación con el modo de vida español, ya que uno de cada tres jóvenes manifiesta que le gusta estar fuera de casa siempre que puede, frente al 22%

que afirma ser más bien casero. Si bien estos resultados parecen indicarnos la existencia de un «ciclo vital» en la preferencia por salir o estar en casa, es indudable que la «buena vida» de los españoles transcurre predominantemente fuera de casa (de Miguel). La importancia concedida a la amistad, al «salir con los amigos como práctica de ocio» (Ruiz Olabuénaga), y a la consideración de los distintos establecimientos hosteleros (bares, cafeterías, restaurantes, etc.) como los mejores lugares de reunión con las amistades son uno de los criterios definitorios de la cultura mediterránea y su persistencia demostraría la escasa penetración social del modo de vida americano.

Otro de los rasgos característicos de la sociedad norteamericana es la importancia que tienen las fiestas («parties») en residencias privadas, fiestas que normalmente tienen un comienzo y un final decidido de antemano (Verdú.). Estas fiestas «altamente programadas» en las que cada invitado sabe perfectamente con quién se va a encontrar (dejando poco lugar para las «sorpresas»), unido a la falta de «lugares sociales-centrales de esparcimiento global» dentro de las ciudades y al enorme tamaño de las mismas, generan un ámbito social de referencia centrado en el hogar y en el trabajo. El análisis de la frecuencia con la que se acude en España a las fiestas de pueblo muestra que el 40% lo hace siempre que puede.

No menos característico de la cultura americana es el fenómeno masivo del best-seller, caracterizado porque el criterio de elección del libro es —no tanto la temática ni el libro en sí— sino la moda, los «otros», y los patrones sociales expuestos por los medios de comunicación de masas. En determinados ambientes, el haber leído algunos de estos libros, es un requisito social de pertenencia.

El éxito del best-seller recuerda la importancia que adquiere la cuantificación en la sociedad actual. Al igual que algo «grande» tiene que ser bueno (Bellah), la gran cifra de ventas conseguida por este tipo de libros asegura haber efectuado una «buena elección» (300.000 personas no pueden estar equivocadas). El éxito social del best-seller, no obstante, admite una gran diferencia entre la compra y la lectura de este tipo de libros como lo ponen de manifiesto fenómenos no muy lejanos como el gran éxito de ventas de «*El nombre de la rosa*» y su enorme complejidad que provocaron que una gran parte de los compradores de éste nunca llegó a terminar el libro (Rojas).

Únicamente el 14,2% de la juventud española suele leer «best-sellers» con mucha frecuencia, mientras que algo menos de la mitad (45%) dice no leerlos nunca o casi nunca. No es extraño el bajo porcentaje de jóvenes que suelen leer este tipo de libros si tenemos en cuenta, según se desprende de otras investigaciones, que un 30% de los menores de 25 años no lee nunca un libro, mientras que la mitad lee uno o dos libros al año, y tan sólo un 20% lee anualmente más de tres libros.

El gusto por «lo americano» se incrementa notablemente al analizar la preferencia cinematográfica. Existe claramente una preferencia mayor por las películas americanas ya que uno de cada tres manifiesta su gusto por éstas, frente al 17,6% cuyo gusto se inclina más por el cine europeo al margen de la mitad de los jóvenes que prefieren ambos tipos de películas.

Al margen de los criterios técnicos propios de la cinematografía americana o europea, criterios que muchas veces no son apreciados por los espectadores, lo que estas elecciones parecen indicar es una preferencia por la sociedad en la que se desarrollan las acciones de estas películas, una elección entre dos tipos ideales de sociedades.

Exceptuando el gusto por estar fuera de casa y el atractivo de las fiestas de los pueblos que imprimen al carácter de la juventud española unos rasgos propios, otras opiniones como la preferencia por el cine americano, la lectura de Best-sellers y el deseo de vivir en Barrios residenciales muestran una cierta homogeneidad con la realidad norteamericana y dibujan una progresiva «americanización» del joven español, según se desprende de los aspectos analizados.

El gusto por la *estandarización* de los jóvenes españoles puede calibrarse por el grado de acuerdo con dos aspectos. El primero manifiesta hasta qué punto los jóvenes prefieren un trabajo flexible o un trabajo con horarios y reglas fijas más bien rígidas. Casi la mitad de los jóvenes (46,7%) prefiere un trabajo con normas flexibles que implique una mayor libertad de movimientos. El segundo aspecto plantea la dicotomía entre un sistema de enseñanza que imparte conocimientos de muchas materias con una escasa profundización (conocimientos globales) o, la alternativa de una especialización con la que se enseñe mucho de unas pocas materias (conocimientos especializados). A grandes rasgos, podríamos asociar la primera concepción con el sistema educativo español y la segunda con el sistema americano (Ritzer). Pues bien, uno de cada cuatro jóvenes (25%) se inclina hacia el sistema americano —enseñanza especializada—, frente al 38,2% que aboga por una enseñanza que no profundice demasiado en las materias a tratar.

En determinados aspectos, el análisis de lo *predecible* se superpone a prácticas sociales estandarizadas. Preferir un viaje organizado sobre uno de montaje personal es un indicativo de predecibilidad, al mismo tiempo que muestra la preferencia por un viaje estandarizado.

La mayoría de los jóvenes españoles (61,7%) prefiere disfrutar sus vacaciones viajando por su cuenta, y únicamente el 14,1% muestra un gusto mayor por los viajes organizados. El elemento más importante, desde nuestro punto de vista, es la distinta concepción de la «libertad» que tiene el elector de cada viaje. Al viajar por cuenta propia uno puede dedicar más tiempo a una determinada ciudad, detenerse a contemplar un paisaje, al igual que «convivir» o conocer mejor la cultura de destino, elementos que el viaje organizado, por su propia concepción, intenta reducir al mínimo. La concepción de «americanización» de la sociedad española adquiere más fortaleza y puede llegar a cuantificarse que, al menos, una cuarta parte de los jóvenes españoles muestra una preferencia por lo estandarizado, lo predecible y lo objetivo.

Finalmente uno de los elementos característicos de la sociedad española respecto a la de otras épocas es la gran importancia que se concede a las apariencias, y dentro de éstas, el gran valor que adquiere el cuidado de la imagen personal de cada uno en la vida cotidiana. En la sociedad actual, con más intensidad de lo que acaecía anteriormente, cada uno se «presenta» ante los otros mediante su cuerpo, de modo que el cuerpo es un fuerte transmisor de significados culturales. La flexibilidad de la indumentaria —aspecto muy importante en las generaciones jóvenes, trae como consecuencia una mayor influencia de las «normas del cuerpo estético» (Lipovetsky): La sociedad del consumo masivo ha desplazado los símbolos de status, unidos al linaje o la riqueza, ensalzando el valor del cuerpo y adoptando así el papel de «instrumento de goce y exponente de prestigio». «El cuerpo es objeto de un trabajo de inversión», recalcan tanto Baudrillard como Bourdieu). Como consecuencia de este proceso, el cuidado del cuerpo se ha generalizado y ya no es algo únicamente femenino, sino que los tónicos, cremas y otros comple-

mentos para el cuidado del cuerpo masculino han aumentado notablemente sus cifras de venta. Nuestra época, caracterizada por la generalización de las dietas de adelgazamiento y la concepción de la anorexia como un gran problema de salud en los adolescentes, ha democratizado la cirugía estética a todos los sectores sociales.

Consecuencia de este proceso es el gran desarrollo de los empleos relacionados con el cuidado del cuerpo, y la creciente relevancia de la apariencia física para obtener un empleo. Una de las manifestaciones más visibles de este moderno culto del cuerpo es la de su consideración como «capital social», como un «valor a cuidar» que implica una preocupación por el mismo, y como «objeto de placer». El 60% de los jóvenes españoles muestra su total acuerdo con la proposición «hay quien practica el deporte porque ayuda a la “salud mental”, pero yo prefiero practicarlo porque con él se disfruta y es emocionante».

La relación del «disfrute en el deporte» con la frecuencia con la que se hace deporte aporta una visión de los motivos elegidos para hacer deporte. Cuanto mayor es la intensidad en la práctica deportiva más intensa es también la búsqueda de emociones. De los jóvenes que hacen deporte muy frecuentemente el 79% lo practica por la emoción y disfrute que experimenta con él, mientras que un 10% expresa su desacuerdo con tal idea. La imagen que los jóvenes españoles tienen de los gimnasios y de los clientes que acuden a ellos puede servir como indicador complementario para «medir» con mayor precisión el culto al cuerpo —el cuerpo como elemento que puede «construirse» y moldearse. Al margen de las personas que tienen una gran vida social dentro del gimnasio, y que acuden a él para potenciarla, el gimnasio es una especie de «factoría» a la cual se acude para hacer deporte con gran intensidad.

La imagen principal asociada al gimnasio es la de cuidar la salud: únicamente el 13,6% de los jóvenes asocia el gimnasio con una pérdida de tiempo y dinero, mientras que un 45% considera que los que acuden a él lo hacen para cuidar su salud, y un 41% que el gimnasio es utilizado para cuidar la imagen. Un 69% de los jóvenes entiende que «el cuerpo es como un capital, hay que saber cuidarlo, explotarlo y enriquecerlo», y tan sólo el 14% muestra su desacuerdo.

La búsqueda de placer que puede ser obtenida a través del cuerpo, el culto al cuerpo y la gran influencia de los valores hedonistas en las sociedades actuales se manifiesta en la frecuencia con la que se realizan ciertas actividades, desde las más aceptadas hasta las más recriminadas socialmente.

¿Se puede definir la juventud española como una juventud culturalmente colonizada por el empuje global de la americana? Ciertamente no, hablando en términos globales. Ni siquiera puede presentarse a la juventud española como un conjunto espeso y homogéneo cultural en línea con muchas de las dimensiones fundamentales de la sociedad post-moderna, americana o mundial. La conclusión final de esta larga disertación debe tener en cuenta la complejidad de la medición de la hipótesis planteada en torno a la aparente americanización de la juventud española.

Los resultados obtenidos nos inducen a estar de acuerdo —de forma parcial y a grandes rasgos— con dicha hipótesis, si bien es preciso hacer algunas puntualizaciones. La primera de ellas tendría relación con la selección de indicadores realizada, ya que no todos miden con la misma precisión y acierto las características del «imperio cultural norteamericano», del mismo modo que no todos ellos son aceptados de igual modo por los

jóvenes españoles. Entre los elementos que más rutinaria (al mismo tiempo que estereotípidamente) suelen presentarse como específicamente americanos, destacan por su mayor nivel de aceptación juvenil española los relativos a la esperanza de vivir mejor en un futuro (75%), los hábitos alimenticios —la tradición alimenticia americana es rechazada únicamente por uno de cada tres jóvenes— el modo de vestir informal (53%), la preferencia por el cine americano (33%), la lectura de Best-sellers (14%) y el deseo por vivir en barrios residenciales (40%). A grandes rasgos, esta mentalidad predomina en los jóvenes menores de 24 años, con niveles de estudios medios, y cuya actividad principal es el estudio.

Por otro lado, el lectura de otros resultados nos llevan a rechazar parcialmente esta hipótesis, tras analizar el bajo desarrollo personal de los jóvenes españoles en el trabajo (25%), la mayor preferencia por trabajar-consumir-disfrutar (48%) en vez de trabajar-ahorrar-subir, una creencia en que el éxito personal depende en gran medida por la ayuda de la familia y amigos (42%) y una concepción favorable a que la pobreza es causada por causas estructurales independientes de la persona (52%). Otras actitudes como la preferencia por la calidad (50%) en perjuicio de la cantidad, la elección del lugar de compra (el 30% prefieren las tiendas pequeñas), la escasa importancia concedida a lo estandarizado y lo predecible, el gusto por estar fuera de casa (78%) y el atractivo que para el joven español tienen las fiestas de los pueblos nos configuran las características de los jóvenes menos «americanizados». Entre los elementos característicos de estas opciones destaca fundamentalmente la presencia de jóvenes mayores de 24 años.

La lógica redmediática del consumo de los jóvenes

JAVIER CALLEJO*

INTRODUCCIÓN

Los ejemplos de himnos generacionales que suenan a través de la frecuencia modulada en noviembre de 1996 no son especialmente prometedores; más bien hablan de una juventud demasiado poco joven, demasiado madura, demasiado lejos de lo que se tiene acostumbrado a entender por joven. Los jóvenes de hoy hablan en claves como: «Corre-caminos, estate al loro» (Extremoduro) o «Eres un canijo, pero ya sabes que a la vida da asco verla» (Deef con Dos). Canciones que consumen los jóvenes y hablan del contexto simbólico de experiencias vitales para las prácticas del consumo juvenil. Lo que se propone en las siguientes páginas es un acercamiento al contexto que conforma el consumo de los jóvenes en la actualidad. Un acercamiento que dará prioridad a las propias palabras de los jóvenes y su imaginario más actual, como prevención para evitar imponerles algún esquema que no les sirva, pues un principio a tener en cuenta a la hora de hablar de los jóvenes es, como dice uno de los pinchadiscos más interesantes del momento: «Los que escriben sobre la juventud de hoy lo hacen desde esquemas de ayer»¹.

La palabra de los propios jóvenes aparecerá a través de los fragmentos discursivos recogidos en el análisis de dos grupos de discusión, con el siguiente diseño:

- Jóvenes de ambos sexos, entre 25 y 32 años, pertenecientes a clases populares, residentes en municipios del cinturón industrial de Madrid (Getafe, Parla, Móstoles, Leganés, San Sebastián de los Reyes). Reunión celebrada en Madrid el 21 de octubre de 1996.
- Jóvenes de ambos sexos, entre 18 y 24 años, de familias de clase media, residentes en el núcleo urbano de Barcelona. Reunión celebrada en Barcelona el 16 de octubre de 1996.

LOS JÓVENES PARA LA SOCIOLOGÍA

Para la sociología, hablar de los jóvenes es siempre un reto, pues los jóvenes cuestionan la sociología:

* Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

¹ Carlos PINA: *Rompiehielos*, Radio 3.

- 1) Cuestionan el orden que la investigación social impone, escapando del mismo: los jóvenes son los más difíciles de preguntar y de, además, valorar sus respuestas, pues se resisten, con sus acciones y sus discursos, a dejar de ser sujetos y subordinarse como objetos a los dispositivos normativos de la investigación social, no estando todavía tan completamente disciplinados como para adaptarse al papel de sujetos.
- 2) Cuestionan el estatus científico de la sociología, pues si una parte del encargo que la sociedad da a la sociología es el de estudiar los jóvenes para dar pistas sobre la sociedad del futuro, el propio carácter procesual de la juventud impide la predicción: ¿serán los jóvenes de hoy, con sus características actuales, los que conformen el futuro? o ¿es la juventud una categoría por la que se pasa, de manera que el adulto del mañana será adulto y no el joven que fue? A través de los jóvenes no se ve la sociedad del futuro, como dice el tópico, se ve la sociedad actual. En primer lugar, desde los jóvenes se ve la sociedad actual porque son una concreción de la misma, tal vez una de las concreciones más sensibles. En segundo lugar, porque desde las posiciones más subordinadas de la sociedad se tiende a tener una perspectiva más de conjunto de la sociedad, pues los subordinados suelen hablar de ellos mismos y de lo que es la causa de su subordinación.
- 3) Las condiciones con las que se encuentran los actuales jóvenes cuestionan los esquemas de explicación sociológica, fundamentados la mayor parte de ellos en una sociedad estable, caracterizada por expectativas de consumo y un relativo horizonte de seguridad. La sociología moderna, la de este siglo XX, se ha construido sobre la creencia del progreso estable y, por lo tanto, del futuro predecible, lo que choca con la lógica de los jóvenes actuales, bastante escépticos con respecto al futuro.

Según Bourdieu, la sociología es una ciencia imposible. Ahora bien, si es que cabe establecer graduación en la imposibilidad, la sociología de los jóvenes es aún más imposible. Sin embargo, no hay sociología posible si no se tiene en cuenta a los jóvenes, puesto que son los *sujetos de la transformación*. Precisamente lo que les hace elementos difíciles para la observación —el ser sujetos— es lo que les hace imprescindibles para la observación de la sociedad.

Los intentos de manipulación —tanto desde la economía o la política, como desde la observación— han sido muchos; pero se han encontrado con subversiones reales o latentes. Al menos, con la subversión al hecho de ser considerados objetos con un esquema predecible. Los jóvenes son el proceso, algo siempre reacio al orden, incluyendo el orden del saber, el orden del orden. Por lo tanto, hablar de los jóvenes es un reto que ha de asumirse con las debidas precauciones, como subrayar que se trata de una interpretación del momento actual de los jóvenes. En este caso, hablar de los jóvenes en relación al consumo.

Antes de entrar en la descripción de algunas de las características de la relación de los jóvenes con el consumo, conviene destacar uno de los rasgos fundamentales de los mismos, que sirve de matriz para interpretar y dar sentido a tales características en el consumo: los jóvenes son redmediáticos:

- Operan en su red, con sus iguales, sus pares, su grupo.
- Referencia a los medios de comunicación: son multimediáticos. Salvo en el caso de la televisión, es el sector de la sociedad que más tiempo dedica al consumo de medios: radio, cine e incluso revistas y diarios, alrededor de los treinta años. En el caso de la televisión, no son los que más tiempo dedican a la misma, pero seguramente son los que más activa e intensamente practican la relación con este medio.
- La síntesis multimediática y reticular, en sociedades urbanas crecientemente individualizadas, puede estar en condensaciones como internet.

El consumo de objetos, de cosas, su sistema de objetos está condicionado por tal característica redmediática: el consumo de red y el consumo de medios condiciona el consumo de cosas. Ahora bien, el consumo de red y de medios no es más que el epifenómeno instrumental de la voluntad de construcción de identidad en la sociedad de consumo. Por lo tanto, hay un proceso profundo que es el que parece definir la juventud, al menos en las sociedades modernas: la juventud como construcción de identidad. A partir de aquí, las formas de este proceso en su articulación con el proceso histórico concreto: la sociedad de consumo y mediática.

SOBRE EL CONSUMO JUVENIL

El consumo juvenil tiene dos líneas de connotaciones: a) como *consumo* de lo joven; b) como consumo *de los jóvenes*. El consumo de lo joven ha dominado la sociedad de consumo de masas de los últimos cuarenta años en el mundo occidental. Lo joven ha sido la referencia del consumo, el aliado de la otra gran fuente de consumo y modernidad: la novedad. No ha faltado quienes han justificado el éxito de la sociedad de consumo por su apoyo en la regresiva tendencia fáustica hacia una eterna juventud² de una sociedad que tenía planificada la vejez. Durante un tiempo, todo consumo ha sido consumo juvenil.

Como consumo de los jóvenes, el consumo juvenil parece reclamar la especial atención de las autoridades para su protección, desde la concepción previa de que los jóvenes son un sector social especialmente débil frente a las tácticas manipuladoras de productores, distribuidores y publicistas. Percepción del consumo juvenil que reproduce la dominante concepción adulta por la que los jóvenes son los que «no saben»³, si los niños (*in-fans*) son los que «no hablan», los jóvenes son los que «hablan sin saber», lo cual se introduce en las estrategias de los conflictos generacionales en cada campo: los padres desautorizan las demandas de consumo de los hijos porque «no saben», están manipulados, obsesionados por las marcas, etc.; los hijos desautorizan al padre que no puede atender sus demandas de consumo.

La percepción del consumo juvenil como algo a ser protegido de manera diferencial al consumo en general entra en contradicción con el punto a), pues si desde el consumo

2 Véase Jean BAUDRILLARD, *La sociedad de consumo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1974.

3 Véase Pierre BOURDIEU: *Questions de Sociologie*, París, Minuit, 1984, pág. 144.

de lo joven se sitúa la juventud como *sujeto y modelo*, desde el consumo de los jóvenes, se sitúa la juventud como *objeto y víctima* de modelos extraños.

Como casi toda contradicción, se trata de una contra contradicción aparente, resoluble desde, al menos, dos operaciones que conllevan la imposición de un plano sobre el otro:

- La reducción de lo juvenil a un *cuerpo*. Desde tal perspectiva lo joven es sólo un cuerpo (frente a la muerte) que se utiliza como gancho para extender el consumo a otros tramos de edad y es un cuerpo devorador de objetos de consumo. Por lo tanto, el joven es sólo un modelo formal para la manipulación.
- La aceptación del joven como sujeto activo, capaz de articular nuevamente el mundo del consumo desde sus experiencias vitales y resistencias y frente a los otros adultos, tendentes a la adaptación de una experiencia ya conocida. Precisamente porque es sujeto es constante fuente de creatividad en el campo del consumo, casi todas las modas parten de los jóvenes, siendo los más sensibles a adaptarse creativamente al mundo que les rodea.

Ahora bien, la aceptación de su papel de sujetos choca con las concepciones manipulistas, con lo que se cree su «debilidad ante el consumo». En definitiva, choca con las «ansias de protección» de los adultos. ¿Significa esto aceptar que el joven es una especie de consumidor soberano que decide independiente y autónomamente? De ninguna manera, se trata de afirmar que el joven consume desde sus condiciones vitales, desde su cultura, desde sus debilidades y resistencias, y, en definitiva, desde su ya naturalización en el consumo, desde su posición histórica en el proceso de la sociedad de consumo⁴.

LA NATURALIZACIÓN DEL CONSUMO EN LOS JÓVENES

Los jóvenes de los años noventa han nacido y crecido en la sociedad de consumo. Incluso buena parte de los jóvenes españoles, han crecido en esa especie de segunda edad de oro de la sociedad de consumo en nuestro país que recorre el final del decenio de los ochenta. La primera edad de oro —años sesenta— surge del final de la autarquía y está relacionada con la disciplinada estandarización de la sociedad española en la pseudo-ética protestante de los ejecutivos, con ya un marcado individualismo competitivo. Esta segunda edad de oro nace de la incorporación de España a la Comunidad Europea y, de paso, al mercado global. Una segunda edad de oro definida por la ostentación, lo que volverá a situar al consumo en el centro de los dispositivos de estructuración social y, por lo tanto, de configuración ideológica de la sociedad, acentuando el individualismo posesivo. Ahora bien, también el final de esta edad de oro arrastra parcialmente al consumo. En cualquier caso, sean más adolescentes o con mayor edad, quienes hoy tienen

4 La actitud en el consumo en general y del consumo del consumo de medios de comunicación, se constituye en paradigma a partir de los años ochenta; véase David MORLEY, *The «Nationwide» audience*, Londres, British Film Institute, 1980; Javier CALLEJO, *La audiencia activa*, Madrid, CIS, 1995.

entre 14 y 30 años, tienen en el consumo su ámbito natural, una referencia en la que se apoyan, contra la que rebelarse también.

Mientras que el envejecimiento de las sociedades occidentales está desplazando la centralidad del joven, el consumo sigue siendo el paisaje de esta sociedad, conformándose como un paisaje en el que parece que puede integrarse todo: el individualismo, la competencia, la ecología, los valores, la solidaridad, etc. Este ha sido el proceso de maduración del consumo de los jóvenes. ¿Cuál es su situación actual?

En el consumo se cruzan, al menos, dos lógicas sociales de la identidad distintas:

- a) La lógica de la distinción (vertical), por la que se consume para distinguirse de los más próximos en la estructura social. La lógica de la distinción pertenece al conflicto de clases sociales de la modernidad tardía.
- b) La lógica de la diferencia (horizontal), por la que se consume para diferenciarse de «los otros», buscando la construcción de una individualidad en el conjunto de la sociedad. La lógica de la diferencia pertenece al conflicto intergeneracional⁵.

Abordar el consumo juvenil conlleva primero acercarse a lo diferencial del joven, habiéndose mencionado ya su matriz redmediática, para, después, acercarse a los procesos de distinción para hacer ver que más que de juventud hay que hablar de jóvenes.

La especialización de la producción y los mensajes publicitarios en los jóvenes parte de la hipótesis del carácter diferencial de la lógica del consumo de los mismos. Para ser más exactos, cabría decir que la lógica del consumo de los jóvenes es diferente de la de los adultos. ¿Cuáles son las características de esta lógica?

- a) El consumo de los jóvenes es un consumo de *identidad*. En bastante mayor medida que en los adultos, lo cual es lógico si se entiende lo adulto como la certificación de la identidad ya construida y la juventud como el proceso de construcción de la identidad. Es un consumo de identidad que dejan en un lugar marginal los razonamientos utilitaristas que impregnan otros grupos de edad. No es que estos otros grupos consuman conducidos por una razón utilitarista. Manifestar tal cosa sería un ejercicio de enorme ingenuidad. Pero ocultan y se ocultan su deseo, sobre todo en las situaciones discursivas producidas en el espacio público. Los jóvenes tienen menos reparos para vincularse con el consumo a partir de la apropiación con su identidad: «*Yo me había grabado El día después, me lo grabé*» (RG. Madrid), identificación y reivindicación de algo que a los adultos les puede parecer banal.

El mayor acento de los jóvenes en el consumo de identidad parte de la articulación de una etapa vital en la que se construye la identidad y de la tardomoderna⁶ tendencia social que hace de la identidad algo más susceptible de elección que una condición escasamente modificable. El mundo que filósofos y sociólogos definen como postmodernidad tiene en las identidades débiles uno de sus factores

5 Para un estudio de las lógicas de la distinción y la diferencia, véase Vladimir VOLKOFF: *Elogio de la diferencia*, Barcelona, Tusquets, 1984.

6 Véase Anthony GIDDENS: *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península, 1995.

centrales. En la medida que la identidad que se hace más susceptible de elección es más ligera, más intercambiable, menos sustancial, menos vacía. Tan vacía que apenas caben los modelos, salvo los modelos del vacío. Rechazo de los modelos y los contramodelos y, sobre todo, de la imposición de modelos. Entre los jóvenes, tienen éxito los modelos de identidad débil, incluso los grupales y vacíos, sin apenas más contenido que las formas. Un simple vistazo a los recientes ídolos —por seguir llamándolos así— juveniles, recoge una nómina de héroes del vacío existencial, que hacen de la supervivencia más inmediata su horizonte más distante. Desde Kurt Cobain o Extremoduro a los hombres de traje negro de Tarantino, son modelos que no se presentan como ejemplo a seguir. Apenas tienen cara o, más exactamente, su cara podría ser la de cualquiera. De hecho, como ocurre en el director de cine norteamericano, los hombres de traje y gafas negras cambian de una película a otra. Sin embargo, dejan su impronta en las expresiones y formas de vestirse de los jóvenes, sin que éstos, además, los reconozcan como héroes.

- b) En relación con la búsqueda de identidad, el consumo de los jóvenes es principalmente de *imaginario*. Más que un sistema de objetos, apegado a la idea de propiedad y hogar, los jóvenes construyen un sistema de imágenes al que se adscriben desde la identificación. Un consumo imaginario que tiene en los medios de comunicación su insustituible soporte: radio, cine, revistas, compactos, vídeo, etc. Incluso parece difícil el éxito de propuestas de consumo no mediáticas, que no vayan acompañadas de un contexto mediático reconocido. En el caso de los jóvenes, la estrategia mediática de las grandes multinacionales del consumo se intensifica. Una estrategia que se hace más transparente en el caso de las sociedades que se incorporan tardíamente al consumo: en primer lugar, la extensión de las posibilidades de los medios de comunicación, con la multiplicación de su oferta; casi de manera simultánea, desembarco de las grandes agencias de publicidad y centrales de compra⁷; para que, en segundo lugar, las multinacionales de productos de consumo de masas encuentren el campo abonado de propuestas de imágenes de consumo⁸. Pues bien, conscientes de que el arraigo de las «nuevas imágenes» es más fácil en el caso de los jóvenes, son éstos uno de sus objetivos centrales.
- c) Es un consumo *relacional*. En este aspecto, no es un consumo patrimonial individual. Se consume para estar con otros, lo que va desde el cine a las acampadas o los conciertos de música en grandes superficies. Consumo relacional que no es exactamente sinónimo de consumo grupal. No es lo mismo consumir para estar con otros, que consumir porque lo consumen otros con los que se quiere estar, con los que se forma una especie de comunidad simbólica en el consumo. Un consumo relacional que puede tener dos versiones, cada vez más diferenciadas:

7 Empresas cuyo principal negocio es la compra de importantes cantidades de espacios publicitarios en los medios de comunicación, que, después, a su vez, ofrecen a los anunciantes y agencias.

8 Véase algunos de los análisis contenidos en G. RICHERI (ed.): *La televisión: entre servicio público y negocio*, Barcelona, Gustavo Gili, 1983; Graham Murdock, «Large corporations and the control of communications industries», en M. GUREVITCH, T. BENNETT, J. CURRAN y J. WOOLLACOTT (eds.): *Culture, Society and the Media*, Londres-Nueva York, Routledge, 1990.

- c.1) Consumo relacional en capital social⁹: los jóvenes que consumen discotecas con carnet, terrazas de altos precios, máster educativos, cursos restringidos¹⁰, seminarios especializados, clubs, etc., para formar su red de relaciones (capital social) con el que facilitarse la integración en posiciones privilegiadas en la sociedad. Como ocurre en casi toda capitalización, se rige por la lógica de la inversión. Dominio de la concepción estratégica donde unos se preguntan a otros de quiénes son y dónde están para preparar los pasos —de acercamiento o alejamiento— siguientes. En este comportamiento, las marcas realizan una importante labor de distinción.
- c.2) Consumo relacional en clave de intercambio simbólico, con la conciencia de estar creando una comunidad diferenciada por el mero hecho de compartir un espacio y/o una música. Es el consumo festivo intenso e inmediato de los fines de semana, lo que incluye desde la música bakalao a la carretera, desde el alcohol a la droga, siendo que el intercambio simbólico está siempre cerca de la orgía y la muerte¹¹.
- d) Consumo *extradoméstico*. Las prácticas preferentes de consumo de los jóvenes se dirigen fuera del hogar, lo cual no es de extrañar, pues lo que crecientemente parece definirles es la *falta de vivienda*. Con los consumos que se identifican, copas y coche, están fuera del hogar: automóvil, con un 10%, y bebidas y comidas fuera de casa, con un 9,8% y un 6,9%, son los gastos que ocupan los tres primeros lugares en la estructura del consumo juvenil anual¹². Con los consumos del hogar, no se identifican: comida para el hogar, productos de limpieza, mobiliario, etc., incluso aunque puedan llegar a contribuir con sus ingresos a estos gastos del hogar. En el caso, cada vez más común, de que sigan viviendo en el hogar familiar, la mayor parte de los jóvenes intenta deslindar su habitación, su mundo, del de la familia.
- e) Es un consumo *incorporado*. Los jóvenes han nacido en la sociedad de consumo. Desde este punto de vista, son unos *expertos* en consumo, dominadores del mismo en cuanto dominados por él. Su experiencia destaca sobremanera en los mensajes del consumo, en el discurso publicitario. De aquí que la mayor parte de los anuncios para jóvenes sean crecientemente confeccionados en clave metalingüística¹³: son anuncios que hablan de cómo son los anuncios, que intentan establecer la complicidad con el producto a partir de la complicidad con el mensaje. La ma-

9 Bourdieu distingue cuatro tipos de capital: económico, simbólico, relacional o social y formativo o cultural. Para los dos primeros, véase Pierre BOURDIEU: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991; para el capital social, P. BOURDIEU: *Questions de sociologie*, París, Minuit, 1984; y para el capital cultural, P. BOURDIEU: *La distinción*, Madrid, Taurus, 1990.

10 Restricción económica pura y dura en la mayor parte de los casos.

11 Véase Jean BAUDRILLARD: *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1980.

12 Véase, Fernando CONDE y Javier CALLEJO: *Juventud y consumo*, Madrid, Instituto de la Juventud, 1994, pág. 81.

13 Jakobson define seis funciones en el lenguaje: expresiva, referencial, poética, conativa, fática y metalingüística. Véase Roman JAKOBSON: *Estilo del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1974.

por parte de los anuncios específicos para jóvenes ni siquiera intentan convencer mostrando el producto o la relación con el mismo. Frecuentemente ambos aspectos no aparecen en el mensaje publicitario destinado al joven, basándose principalmente en «guiños», en señas que buscan la complicidad del receptor.

Incorporación del consumo que, en el caso del consumo de medios de comunicación, tiene un claro exponente: los jóvenes son capaces de seguir simultáneamente dos o tres canales, pues manejan con experta precisión las claves de las narraciones, y de elegir con base argumental sus consumos: «*Esa serie cambia a las demás que están echando, porque si yo cojo ahora la de Fary y la de José Sacristán son parecidas, porque son todos los dos viudos, más o menos el concepto es lo mismo, sin embargo lo de los ladrones es más divertido*» (RG. Madrid).

El experto es aquel que es capaz de predecir situaciones. Desde tal punto de vista, los jóvenes conforman uno de los sectores sociales más experto en medios de comunicación, capaces de predecir el desarrollo de las narraciones televisivas y publicitarias.

- f) Frente a la extendida opinión de que los jóvenes son pasivos receptores de ofertas, su propia experiencia les delata como consumidores *activos*, en el sentido de que buscan aquello que quieren, no resignándose, en principio, con consumos sustitutorios. Además, se apropian de los consumos de una manera activa, lo que va desde las películas y los telefilms a los jeans¹⁴, siendo el grupo social de pertenencia y, sobre todo, de tentativa adscripción el que en mayor medida produce los resortes para tal actividad. Son el prototipo del consumidor activo cuando el paradigma del consumidor pasivo está en declive. Así, en cuanto a las prácticas específicas y en mayor proporción que la población general, los jóvenes comprueban el etiquetado de lo que compran, leen las instrucciones de uso, aprovechan ofertas y rebajas, y comparan precios en distintos establecimientos¹⁵. Pero, además, esta actividad en el consumo y el fuerte contenido simbólico que se proyecta en el mismo, hace de los jóvenes el sector más abierto a prácticas de consumo que incorporan valores: ecológicos, solidarios, etc., en las que el valor ideológico añadido puede marcar la diferencia en sus búsquedas activas.
- g) Es un consumo *desradicado*. Sin raíces locales, los consumidores jóvenes asumen la globalidad como su ámbito natural, lo que, por otro lado, les hace objetivo aún más interesante para las multinacionales y difícil presa para los fabricantes nacionales. El carácter imaginario del consumo juvenil, con su palanca mediática,

14 Véase, como principal antecedente, Richard HOGGART: *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with Special Reference to Publications and Entertainments*, Marmonsworth, Penguin, 1976. Los seguidores de esta concepción ocupan hoy un lugar preponderante en el análisis de los comportamientos de consumo y de la vida cotidiana. Por nombrar seguidores con personalidad propia: John FISKE: *Understanding popular culture*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991; Douglas KELLNER: *Media culture*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995, y, sobre el consumo activo de los medios de comunicación por parte de los jóvenes, Paul WILLIS: *Common culture: symbolic work at play in the everyday culture of the young*, Milton Keynes/Open University Press, 1990.

15 Véase, para la población general (18 y más años): *Actitudes y comportamiento de los jóvenes ante el consumo*, Centro de Investigaciones Sociológicas: marzo de 1988; para los jóvenes (15/29 años), CONDE y CALLEJO, *Op. cit.*

empuja a los jóvenes hacia la adscripción a un gran grupo global donde la propia juventud se venera a sí misma. De nuevo, el caso de los medios de comunicación, ofrece un campo más que ilustrativo, donde se señala la preferencia de los jóvenes por lo extranjero, por las series extranjeras: «*Yo normalmente soy defensor de las series extranjeras ¿no? porque las americanas me parecen mil veces mejores, mira, a mí me encantaba Urgencias y ahora...*» (RG. Madrid). Así, surge la paradójica situación de que la fragmentación en tribus¹⁶ de los jóvenes de cada sociedad se reproduce en la mayor parte de las sociedades en semejantes condiciones de desarrollo económico. Enfrentados en lo local y con lo local, se aúnan en la estandarización global.

Por su desradicación abierta a otras propuestas de consumo: consumo ecológico, consumo solidario, consumo nacional, etc., los jóvenes son los artífices de lo nuevo en el consumo. Una desradicación que abre las puertas a la actividad a partir del consumo, a hacer cosas con el mismo consumo: «*Pero es que yo no creo que sea malo el saber las cosas malas. A mí personalmente no me deprimen, me hacen más consciente que o estamos siendo mediatizados, o realmente la realidad es cruda; yo no valoro si lo que me dicen es verdad o es mentira, no tengo poder para saberlo, pero, evidentemente, no me disgustaría dejar de saber que en la China se están muriendo unos niños... Y no significa que no me apene, me apena e intento tomar las medidas pertinentes...*» (RG. Barcelona).

LOS CAMBIOS RECIENTES

Desde 1992, momento de plena euforia del consumo, ha cambiado la relación con el mismo en España y no sólo en aquí¹⁷. Se origina una situación objetiva y subjetiva que quiebra la fuerza del consumo:

1. Crisis económica o, al menos, freno al crecimiento, con aumento del paro y, sobre todo, grandes dificultades para la integración en el mercado laboral de una forma plena.
2. Amenazas sobre las instituciones de ahorro colectivo público —seguridad social, pensiones, etc.— lo que presiona hacia el ahorro privado.
3. Creciente dualización entre un mercado primario (seguridad en el empleo, buenas remuneraciones, condiciones satisfactorias de seguridad e higiene, posibilidad de promoción, etc.) y un mercado secundario (contratos temporales, bajas remuneraciones, nula posibilidad de promoción, etc.) en acelerado crecimiento y sin horizonte de salir de él, lo que agudiza la dificultad de los jóvenes para salir de casa.

16 Véase Michel MAFFESOLI: *Le temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse*, París, Meridiens Klincksieck, 1988.

17 Situación que se inicia generalmente tras la Guerra del Golfo y que parece caracterizarse por el inquietante paso del sobreconsumo a lo que los autores franceses llaman *déconsommation*. Véase Robert ROCHEFORT: «Montée des inquiétudes et changement de la consommation», en *Futuribles*, núm. 178, julio-agosto de 1993.

Ha de tenerse en cuenta que casi todas las relaciones sociales, desde créditos hipotecarios hasta el coche, se establece sobre el mercado primario de trabajo.

4. Desconfianza con respecto al futuro, que, en el caso de los jóvenes, se divide en dos posiciones: no hay futuro —luego, «quememos el presente»— y el futuro está muy difícil, hay que hacer un gran esfuerzo, lo que inclina a los jóvenes hacia una especie de general ascetismo formacional, en la extensa construcción curricular desde muy temprana edad.

Aun cuando sea a título de hipótesis por contrastar empíricamente en estos momentos, los cuatro aspectos señalados han afectado al consumo de los jóvenes en varios niveles:

- La escasa percepción de futuro, a partir de la dilatación de estancia en el mercado secundario, hace disminuir los consumos «racionales» o estratégicos de objetos, que pudieran iniciar la construcción de un patrimonio: vivienda, equipos electrónicos, incluso automóviles nuevos, yéndose al mercado de segunda mano.
- Aumento en consumo formativo, en tiempo y dinero, para el sector de jóvenes más privilegiado. Ha de tenerse en cuenta que, hasta no hace tanto tiempo, el fin de los estudios superiores se situaba mayoritariamente en el logro de la licenciatura. Un superficial repaso de las páginas de cursos de postgrado muestra como tal logro de la licenciatura tiene más característica de paso previo o requisito hacia la continuación de la formación, que un punto y final de los estudios.
- Gracias a los trabajos «microtemporales», los jóvenes disponen de dinero, pero, al no haber un futuro medianamente transparente, se lo gastan en la inmediatez del fin de semana. Es un consumo combustible que queman en los largos fines de semana, que pueden abarcar una continua fiesta nómada desde la noche del viernes a las madrugadas de los lunes. Un consumo combustible que, a la más mínima chispa, amenaza con quemar la ciudad, ya sean los sábados de Cáceres o los viernes de las localidades cercanas a Bilbao o San Sebastián.
- Relacionado con lo anterior, ha de tenerse en cuenta que con tales trabajos «microtemporales» y la ausencia de ahorro, el dinero disponible por los jóvenes para el fin de semana puede ser muy superior a períodos anteriores. Bastante superior a la media de 10.531 pesetas que, en el año 1992, disponían los jóvenes españoles entre 25 y 29 años¹⁸.

DE LA JUVENTUD, A LOS JÓVENES

Hasta ahora, la referencia a los procesos recientes sobre el consumo y situación de los jóvenes han pecado de cierta generalidad, tratando a todos ellos de igual manera. Se ha hecho más hincapié en la diferencia que en la distinción. Apenas se han marcado las

diferencias. No obstante y sirviéndonos de denominaciones que hacen referencia a los jóvenes actuales en medios de comunicación de relativamente amplia circulación, cabe establecer la siguiente e indicativa tipología de las prácticas de consumo de los jóvenes. Una tipología fruto de la propia experiencia de investigación en distintos ámbitos de consumo (medios de comunicación, automóvil y otros medios de transporte) y la interesada observación del entorno:

- *Los adaptativos competitivos o bajo el poder de la red*: muestran una práctica del consumo tan controlada como normativa, pues tienden a consumir lo que un joven debe consumir, especialmente para no destacar del conjunto de jóvenes. Aun cuando en el nivel simbólico no suponen un modelo a seguir por el conjunto de jóvenes, sus intensas dosis de realismo adaptativo, convierten sus prácticas de consumo y sus estrategias vitales en el tipo mayormente seguido. Se trata de un consumo guiado por la acumulación de capital relacional, pues el concepto de integración cobra especial sentido con respecto al grupo de adscripción, que, entre los jóvenes de clases altas tiende a coincidir con el grupo de pertenencia. Con la crisis, la red social acentúa su importancia en el consumo, hasta constituir uno de sus objetivos. Vinculación entre restricción del consumo y construcción de la red social que hace que algunos esfuerzos e inversiones puedan entenderse como un nuevo tipo de consumo, como es el caso de los «máster», ya que no importa tanto el contenido de los mismos, en una acelerada lógica de especialización que hace de tales contenidos objetivos minúsculos de un campo del saber, como el tipo de redes que puede garantizar: con otros alumnos, con profesores, con empresas e instituciones. Por lo tanto, un consumo que pertenece más a las características de la inversión, que a las del gasto. Lejos de un comportamiento crítico con la sociedad, la asumen en su realidad competitiva, donde el plus diferencial de información desempeña un papel importante: las redes se crean con los que comparten semejantes gustos e informaciones —«el estar al día» en un determinado campo del consumo de masas— excluyendo al resto, de la misma manera que una información preferente sobre el mercado laboral puede marcar las diferencias. De esta manera, los jóvenes adaptativos consumen instrumentalmente red social y parten de una relación centralidad con los medios de comunicación. Son los jóvenes del «puesta al día en Internet» y los 40 principales, con escaso potencial de transformación colectivo.
- *Los críticos confusos o los massmedia multiculturales*: reacios a la aceptación de las normas, distantes de las mismas, son conscientes de la escasa validez de modelos. De aquí, su enorme capacidad para mezclar en su imaginario procedencias culturales de cualquier origen. Utilizando el título de la novela de Coupland y significando la propia incompreensión de lo que es la juventud actual, puede dárseles la denominación de *Generación X*. Se señala un sector de jóvenes universitarios, de clases medias, con importantes problemas para integrarse en el mercado laboral en puestos para los que han estudiado; pero menos propensos a admitir y adaptarse ideológicamente a la realidad. Situación que les envuelve en una especie de indolencia y desencanto continuo con un horizonte de nubes, como se refiere repetidamente en la novela de Coupland. Con respecto al consu-

mo, no son críticos con él, como seguramente lo fueron sus padres, adaptándose a las condiciones de sus ingresos y conformándose con poco. Ni consumistas ni anticonsumistas. A pesar de su nula militancia en algo, se les puede considerar difusamente herederos de los valores que impregnaron las sociedades avanzadas durante los años sesenta. Ahora bien, los defienden más con prácticas —voluntarios en ONG, solidarios con los enfermos del SIDA, etc.— que con declaración de principios.

- *Los adaptativos consumistas*: a diferencia de las anteriores, procedentes de clases populares, aun cuando una buena parte de sus componentes también ha accedido a los estudios universitarios gracias a la extensión de éstos. Ahora bien, tal acceso se ha producido cuando los estudios en la Universidad pública reciben un constante ataque ideológico, lo que contribuye a su devaluación en favor de la enseñanza privada. Así, junto con otros aspectos, se origina en ellos la sensación de «llegar tarde donde nunca pasa nada», como dice una canción de Serrat.

Bastante consumistas, en la medida que gastan casi todo lo que tienen o ganan, sobre todo con su presencia en el mercado secundario de trabajo¹⁹ como mensajeros, camareros, dependientes de las cadenas de comida rápida, etc. Encuentran en el consumo intenso y extenso de los fines de semana una válvula de escape en la que sobreviven. El cuadrado formado por coche, bebida, drogas de diseño y música a un elevado volumen es el panorama de estos fines de semana de tres días sin parar. La integración precaria de la semana laboral se compensa con la precaria desintegración de los fines de semana.

- Los «descontratados» o la búsqueda del refugio neocomunitario conformados por los jóvenes que construyen los *stree styles*, los estilos de la calle, más duros. Tal vez más violentos. También podría denominárselos Trainspotting, término recientemente acuñado, con un importante eco como para dejarlo a un lado y que agrupa a un sector de la juventud cuya distancia con el resto de la sociedad se acentúa a cada instante, poniendo en jaque el contrato social. Las densas redes de excluidos jóvenes han encontrado su extensión simbólica. Una extensión a la contra. Una identidad a la contra frente a la difuminada identidad de las generaciones X. Procedentes de la periferia de las antiguas urbes fabriles en proceso de desindustrialización, de familias con importantes dificultades económicas debido a las duraderas temporadas de desempleo, apenas pueden plantearse el futuro. Con respecto al consumo, tal concepto se disuelve en ellos condensándose en la apropiación del presente inmediato a través del consumo de bebida y droga, lo que termina acentuando una especie de individualismo del superviviente destinado a estar lo suficientemente vivo como para seguir consumiendo tan escaso sistema de productos. Todo el dinero que consiguen, no siempre de manera penalmente lícita, se lo gastan de inmediato, sin tan siquiera esperar al fin de semana, pues no saben si llegará.

19 Para la diferencia entre mercado primario y secundario de trabajo, véase M. J. PIRE: «Notas para una estratificación del mercado de trabajo», en L. TOHARIA (comp.): *El mercado de trabajo: Teorías y aplicaciones*, Madrid, Alianza, 1983.

Cuatro tipos imaginarios —extraídos de novelas y películas— de los que cabe encontrar algún rasgo en cada joven. Traídos aquí para establecer distintos modelos de lógicas de consumo juvenil, hacen referencia a un contexto de prácticas más amplio: a la propia sociedad. Pero antes de dar este último paso, señalar nuevamente cómo esta tipología muestra una fuerte dualización social entre dos duros realismos, el de los integrados y *trainspotting* en posiciones opuestas, en el que las posiciones intermedias son crecientemente más débiles: los que se han incluido en la generación X tienden a inclinarse al realismo de los subordinados; los de las otras generaciones X tienden a concebir como insostenible más allá de cierta edad la permanencia en el mercado secundario.

Cuatro tipos de jóvenes que se articulan con la matriz redmediática de la siguiente manera:

Matriz Redmediática	Tipos de jóvenes
Red social instrumental	Adaptativos competitivos
Medios de comunicación especializados	Críticos confusos
Medios de comunicación consumistas	Adaptativos consumistas
Red afectiva regresiva	Descontratados

DEL CONSUMO A LA SOCIEDAD

Como toda tipología, la anterior no deja de ser un instrumento para permitir el acercamiento a una realidad siempre más compleja, de manera que la gran mayoría de los jóvenes encuentren reflejados sólo rasgos parciales en cada uno de los tipos. Por supuesto, pues si bien es cierto que la práctica del consumo de masas ocupa un lugar clave en la constitución de la identidad de la juventud, ésta también es resultado de la situación general de los jóvenes en la que, como parcialmente se ha podido ver en este trabajo, están implicadas las deficitarias relaciones con el mercado laboral y la mayor parte de los aspectos derivados de tales relaciones: intensa y competitiva demanda técnico-profesional al sistema educativo condenada casi siempre a la insatisfacción; el que puede considerarse nuevo pacto intergeneracional, por el que, tras la revuelta contra el padre de los años sesenta, se experimenta la cohabitación individualista, viviendo dos generaciones bajo el mismo techo, con espacios simbólicos diferenciados, lo que también ha sido posible gracias al menor número de hijos por familia y el desarrollo económico de los últimos años; el alejamiento de la política institucional como canal de referencias; etc.

Ahora bien, aún reconociendo su carácter abstracto e hipotético, la tipología anterior ofrece la imagen de una juventud bloqueada, sin apenas energías sociales:

- Los integrados queman sus energías en el estricto seguimiento de las reglas, con lo que alimentan su esclerosis, su rigidez más absoluta, haciendo más difícil el

posible cambio. Preparados para reconocer que «los hechos son como son», toleran mal el cambio.

- Las generaciones X invierten sus energías en focos tan locales que los hacen explotar, quedando en festivos fuegos artificiales: energías en la afición más inmediata, en los partidos del equipo de fútbol, en la reconversión del nacionalismo, etc.
- Los «descontratados» están lejos de aportar la más pequeña energía —creativa, social— pues aun cuando la posean en grandes dosis, no sale de un claustro narcisista que está más cerca de la destrucción que de la construcción social. La energía del cuerpo y el grupo es para el cuerpo y el grupo, con el que forman un intenso y quebrado cuerpo grupal, como el suyo²⁰.

Tal vez sea ésta su principal venganza contra la sociedad, el no inyectar energía para su reproducción ampliada. La proyectan de manera exclusiva sobre mínimos pozos negros o sobre sí mismos. Ni la fuerte domesticación de los integrados ni la desarticulación de los otros tipos de jóvenes aporta la energía suficiente y, como dice Carlos Moya: «No deberíamos olvidar que el máximo excedente energético de toda sociedad humana es el que se acumula o despilfarra, estimula o deprime, con su particular articulación y domesticación colectiva de su propia *juventus*»²¹.

CONSUMO JUVENIL Y ASOCIACIONISMO

Retirar la energía de la sociedad, como gran código global, como código de códigos, y reducir la inversión de la misma a códigos específicos, como el del consumo de medios, redes o de objetos se convierte en un grave problema para el asociacionismo y, especialmente, para el asociacionismo juvenil en el campo del consumo. Ha de tenerse en cuenta que el asociacionismo es la proyección de la sociedad, del gran código, en un campo específico de prácticos, en este caso, en el consumo. En buena parte, se trata de promover la conducta de ciudadano —como agente perteneciente en una sociedad— en un campo donde se suele excluir, el del consumo, donde el sujeto tiende a actuar sólo como consumidor. Dos son los procesos que obstaculizan el asociacionismo juvenil en el consumo:

- La fragmentación de la sociedad sitúa entre mayor distancias unas clases sociales de otras, unos grupos sociales y otros, unas estrategias de supervivencia de otras²². Fragmentación que agudiza la relación entre generaciones hasta convertirla en una conversación entre sordos. Fragmentación de la sociedad que separa

20 En una reunión de grupo entre jóvenes con edades comprendidas entre los 18 y 22 años, trabajadores con empleos temporales, en el área de El Corredor del Henares, pude comprobar como construían una imagen de su cuerpo como algo agotado y roto para cuando tuvieran 30 años. Se basaban principalmente en la observación de sus compañeros de más edad, que, además, disfrutaban de condiciones más ventajosas.

21 Carlos MOYA: *Señas de Leviatán*, Madrid, Alianza, 1984, pág. 352.

22 Véase ENZO MINGIONE: *Las sociedades fragmentadas*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1993.

- códigos y campos hasta hacer perder el código global. Códigos minimales en los que se inscriben las identidades sociales, como si no tuvieran que ver unas situaciones e identidades unas con otras. Así, la mujer lucha por sus particulares demandas, el enfermo de SIDA por las suyas, el homosexual por las propias y, así, hasta el infinito y sin relación alguna, como si las identidades y reivindicaciones de unos y otros no tuvieran puntos comunes. Así, se constituyen asociaciones de padres de familia, de consumidores de televisión, de usuarios de la Seguridad Social o de consumidores, como si no tuviesen puntos comunes. Así, se erigen organizaciones no gubernamentales para la lucha contra la miseria en Centroamérica, de médicos, de ingenieros o de sociólogos, todos en competencia en busca de la subvención para la subsistencia. La sociedad se fragmenta y particulariza.
- Toda organización con objetivos movilizados alrededor del consumo se encuentra con el obstáculo de que nadie es sólo un consumidor y, lo que tal vez agrave la cuestión, casi nadie reconoce la importancia de su identidad social a partir del consumo. Como señala Offe: «Debido al hecho antes mencionado de que prácticamente nadie es sólo un consumidor, las asociaciones de consumidores hacen frente al problema organizativo de movilización; es, a la real dificultad de estimular y preservar la motivación entre sus miembros potenciales y por eso mismo generar los recursos materiales y personales necesarios para el funcionamiento de sus organizaciones»²³.
 - El individualismo de los jóvenes y su resistencia a todo aquello que tenga aspecto normativo o jerárquico. La juventud se define por su resistencia a la norma del padre. Pero he aquí que la imagen que se suele tener de las organizaciones y asociaciones es la de órdenes rígidos.
 - La lógica de la práctica redmediática del consumo de los jóvenes se opone a la lógica del asociacionismo:

Lógica redmediática	Lógica asociacionista
Horizontal	Vertical
Integra el medio en la red	Propone plan y orden
Simbólica	Utilitarista
Elección (de estilo de vida)	Normativa
Presente	Futuro
Identificación	Inscripción
Capital simbólico	Capital económico
Regresiva	Progresista

Lógicas opuestas que hace difícil su articulación en el campo del consumo. Lo que no deja cerrada la puerta a las prácticas derivadas de la legítima preocupación por el con-

23 Claus OFFE: *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza, 1990, pág. 226.

sumo de los jóvenes. Ahora bien, parece que el escaso camino que queda es no tanto el de integrar el asociacionismo en el consumo como, al contrario, el de integrar la preocupación por el consumo en las asociaciones de jóvenes. Una integración que no ha de olvidar la matriz redmediática de las prácticas de los jóvenes.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El consumo de los jóvenes ha sido caracterizado por una serie de rasgos generales y su particular concreción en un momento histórico determinado y entre distintos tipos de jóvenes. Un consumo juvenil mediado en su práctica por la propia red inmediata o posible red social de referencia y la relación con los medios de comunicación. Una condición redmediática tan naturalizada en las prácticas de consumo de los jóvenes que hace difícil las reformistas propuestas de cambio, más si se tiene en cuenta el recelo de los jóvenes hacia el asociacionismo que no parta de ellos mismos. Sin embargo, la apertura hacia valores solidarios, globales y de transformación permiten observar a algunos jóvenes dispuestos al asociacionismo más colaborador y voluntario. Sólo con la articulación de las prácticas del consumo en estas sensibilidades puede entrar este aspecto de la vida cotidiana en la preocupación de los jóvenes.

La problemática laboral de la juventud: entre la esperanza y la necesidad

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ GONZÁLEZ*
Y ANTONIO ROMERO RAMÍREZ**

Resumen

La juventud es uno de los períodos evolutivos más importantes en la vida de las personas, ya que en esa etapa se realizan un conjunto de actividades y se toman una serie de decisiones que van a condicionar, en gran medida, la posterior trayectoria vital del individuo. Uno de los temas más trascendentales a los que se enfrenta la persona en esta época de su vida es a la inserción laboral. La importancia que tiene este hecho es tal porque actualmente vivimos en una sociedad donde el trabajo es un elemento muy valorado, que llega a actuar como eje vertebrador y regulador de la vida de los individuos y de la totalidad del sistema social. En este artículo, vamos a analizar desde una perspectiva psicosociológica la compleja situación en la que se encuentran multitud de jóvenes enfrentados diariamente al reto de encontrar trabajo, teniendo en cuenta que este proceso es el principal medio de inserción social en la cultura capitalista occidental.

Abstract

The youth is one of the most important evolutionary periods in the life of people, since in that stage they are carried out a group of activities and they take a series of decisions that they will condition, in great measure, the individual's later vital trajectory. One of the most momentous topics to those that the person faces in this time of her life is to the labor insert. The importance that has this fact is such because at the moment we live in a society where the work is a very valued element that ends up acting as axis regulator of the life of the individuals and of the entirety of the social system. In this article, we will analyze from a perspective social the complex situation in which are youths' multitude faced daily to the challenge of finding work, keeping in mind that this process is the main means of social insert in the western capitalist culture.

INTRODUCCIÓN

Si se realizase una revisión bibliográfica de los estudios relacionados con los jóvenes, se podría concluir que no existe un concepto claro y compartido por todos los autores so-

* Universidad de Jaén.

** Universidad de Granada.

bre el significado del término «juventud». Así, dependiendo del contexto semántico en el que se inserte, éste puede hacer referencia a una etapa de socialización práctica o, por el contrario, a una etapa de revolución y cambio social, a un estado de marginación o a un estado de adaptación y transición, a un problema o a un valor, a un futuro esperanzador o a una amenaza social para el mañana, a un colectivo determinado o a un conjunto indeterminado, etc. A nosotros nos interesa, sin embargo, considerar la juventud como una etapa socio-evolutiva, en la que se produce la transición hacia la edad adulta a través de la incorporación al mundo del trabajo. La actitud mostrada hacia esta temática durante esta etapa es especialmente importante, ya que las consecuencias derivadas de este proceso pueden influir sobre su posterior desarrollo profesional y vital.

Por ello, a lo largo de este trabajo, vamos a exponer, en primer lugar, las principales aproximaciones psicológicas y sociológicas desde las que se ha abordado el estudio de la formación y mantenimiento de las actitudes hacia el trabajo y la socialización laboral de los jóvenes. En segundo lugar, describiremos la influencia ejercida por determinados factores socio-culturales sobre la situación laboral de la juventud actual. Por último, realizaremos una breve descripción sobre el problemático contexto socio-laboral en el que se ven inmersos los jóvenes que intentan trabajar hoy día.

1. PROCESOS DE FORMACIÓN Y DESARROLLO DE LAS ACTITUDES HACIA EL TRABAJO EN LOS JÓVENES

La comprensión de los procesos de formación y desarrollo de las actitudes laborales de los jóvenes ha sido desarrollada, fundamentalmente, desde tres aproximaciones teóricas distintas: la psico-evolutiva, la socio-cultural y la psico-sociológica. Esta última supera, desde nuestro punto de vista, el planteamiento parcial del problema adoptado por las dos anteriores.

Aproximación psico-evolutiva

Desde esta perspectiva, la juventud es una etapa del proceso evolutivo de la personalidad diferenciada tanto de la niñez y adolescencia como de la edad adulta (González, 1994). Durante esta etapa se alcanza el pleno desarrollo fisiológico y psicológico-intelectual, se adquiere plena conciencia de la propia identidad personal diferenciada de la de otros individuos, empiezan a establecerse relaciones afectivas más estables con personas del otro sexo y se inicia la inserción en el mundo del trabajo.

Los estudios e investigaciones realizados desde este enfoque se han centrado en el análisis de los procesos de tipo psicológico, tales como las percepciones personales, las vivencias y los valores de los jóvenes; prestando menos atención al estudio del contexto socio-cultural. La actitud hacia el trabajo es concebida como un atributo psicológico de cada joven, madurado a través de los agentes de socialización tradicionales: familia, escuela y grupo de iguales (Allerbeck y Rosenmayer, 1979). Asimismo, se considera que la incorporación del joven al mercado laboral conlleva una serie de repercusiones básicas sobre su actitud laboral. En primer lugar, los jóvenes han de hacer

frente a la percepción psicológica de pérdida de libertad y cambio en las actividades que desarrollaban de forma habitual —especialmente las extralaborales—, al verse obligados a cumplir una serie de horarios y responsabilidades que, en la mayoría de los casos, les eran desconocidos hasta entonces. En segundo lugar, la inserción laboral conlleva una forma de autoperibirse y de situarse ante la realidad social, ya que es en esta etapa cuando se produce la interiorización de gran parte de las normas, valores y representaciones sociales vigentes y aceptadas en el contexto laboral. En tercer lugar, y muy relacionada con la anterior, el individuo alcanza su máxima realización laboral a través de la búsqueda de la identidad personal en el empleo. Finalmente, los jóvenes adquieren a través de la actividad laboral conciencia de su utilidad social y de auto-control.

En definitiva, a pesar de la enorme contribución realizada desde esta aproximación psicológica-evolutiva, hay que señalar, sin embargo, que una de sus limitaciones más importante consiste en caracterizar a la juventud sin considerar factores tan influyentes como los sociales, económicos o culturales.

Aproximación socio-cultural

Desde este otro enfoque la juventud es concebida como un grupo especial, es decir, en toda sociedad los jóvenes son conformados como agentes sociales, de tal modo que se garantice la continuidad de las estructuras vigentes. Este paso es necesario para que los individuos, dotados de capacidad biológica y psicológica, puedan conseguir un nivel de adaptación psicosociológica eficaz y logren convertirse en agentes sociales con plenas competencias.

Dicha transición determinará la existencia de una condición social específica, la juventud, caracterizada por el desequilibrio producido por el paso de la situación previa de dependencia a la de autonomía, ya que se parte de una posición deudora en lo material respecto a la familia, y otra acreedora, fruto de las connotaciones sociales favorables asignadas a la condición juvenil (Zárraga, 1985).

La actitud hacia el trabajo mostrada por los jóvenes vendría determinada por una serie de circunstancias a las que tienen que hacer frente en esta etapa de su vida. Así, en primer lugar, los jóvenes han de alcanzar la independencia económica, es decir, han de adquirir la responsabilidad de obtener los recursos necesarios para el mantenimiento propio. En segundo lugar, han de ser capaces de autoadministrar, controlar y regular esos recursos para así poder vivir. En tercer lugar, los jóvenes han de adquirir el suficiente grado de autonomía personal como para poder decidir por sí mismos, sin necesitar la ayuda o la tutela de sus padres o tutores. Finalmente, han de establecer un hogar propio, independiente de la familia de origen.

En definitiva, desde la orientación socio-cultural la juventud es concebida como un proceso de tránsito desde la dependencia familiar, una vez finalizada la adolescencia y el período educativo y formativo, hasta la emancipación e inserción plena del joven en la sociedad. Este proceso implica considerar la incorporación y socialización del individuo en el mundo del trabajo como el principal medio para formar agentes sociales plenamente competentes e insertados.

Aun cuando desde esta aproximación se describe bien la influencia de los aspectos sociales que intervienen en la formación y desarrollo de la actitud hacia el trabajo de los jóvenes, echamos de menos la visión individual y psicológica que nos ofrecía la orientación anterior. Por ello, presentamos a continuación el enfoque interaccionista, ya que éste describe más adecuadamente el proceso que estamos analizando en este artículo.

Aproximación psico-sociológica

Como hemos dicho anteriormente, ninguno de los dos enfoques previos explican en su totalidad los procesos de formación y desarrollo de la actitud hacia el trabajo en los jóvenes, ya que, desde nuestro punto de vista, la juventud es tanto una etapa psico-evolutiva caracterizada por la consolidación y maduración de una serie de procesos psicológicos (identidad personal y laboral, formación de una escala de valores propia, instauración de comportamientos aceptados social y laboralmente, etc.), como también es, sin duda, un proceso a través del cual los individuos pasan a ser agentes de desarrollo, reproducción y cambio social que necesitan de la actividad laboral para conseguir la plena inserción en la sociedad.

Para la orientación psicosociológica, la actitud hacia el trabajo desarrollada por cada joven depende de múltiples factores de tipo individual, de la clase social a la que pertenece, del contexto laboral específico que le rodea, etc. No obstante, sobre todos ellos han actuado agentes de socialización laboral como la familia, la escuela, los compañeros y los principales modelos sociales.

Dichos agentes de socialización proporcionan a los jóvenes las principales claves de aprendizaje, búsqueda, afrontamiento y adaptación laboral, aunque tenemos que dejar claro que este proceso de socialización hay que entenderlo de una manera continua, ya que se desarrolla durante toda la vida, de una forma dinámica, dado que los propios individuos son unos elementos activos del mismo, y de manera interactiva, ya que está condicionado por el contexto sociohistórico y cultural específico en el que tiene lugar.

Así, pues, las actitudes hacia el trabajo se van formando en los jóvenes, primero durante el proceso de socialización temprana, tanto en la familia como en la escuela, y, posteriormente, acabarán consolidándose y transformándose en función de las experiencias e interacciones sociales que se producen en los distintos contextos laborales. De esta forma, los contactos que se realizan con el mundo laboral pueden afectar al constructo actitudinal laboral, ya que pueden mantenerlo, modificarlo o reforzarlo, en función de que las expectativas generadas por los jóvenes sobre el trabajo coincidan con la realidad.

De especial importancia para los jóvenes son las primeras experiencias profesionales, ya que se trata de un momento de confrontación con la realidad laboral en el que se producen unos procesos de aprendizaje y cambio a nivel cognitivo, emocional y conductual de gran transcendencia para la construcción actitudinal laboral del individuo y, en el que tienen lugar, además, intensas interacciones entre el joven y el ambiente de trabajo pudiendo, así, adecuar sus objetivos y expectativas personales con la experiencia laboral real (Claes, 1985, 1987; Salanova, Hontangas y Zornoza, 1992; Salanova, Prieto y Peiró, 1993).

En definitiva, la socialización laboral experimentada por los jóvenes que actualmente se están enfrentando al proceso de inserción laboral se ha realizado bajo la influencia de una serie de factores sociales, culturales, tecnológicos, económicos y antropológicos muy distintos de los que imperan en la sociedad actual, provocando, de este modo, una situación bastante problemática que vamos a exponer en los apartados siguientes.

2. FACTORES SOCIO-CULTURALES Y SITUACIÓN LABORAL DE LA JUVENTUD

En la sociedad actual, toda una serie de factores de tipo económico, laboral y cultural hacen que la etapa de transición a la vida adulta sea especialmente compleja y problemática. A continuación, vamos a exponer, del modo más sintético y resumido posible, aquellas cuestiones que están condicionando la etapa de la juventud.

Reevaluación del trabajo

Nos encontramos inmersos en los albores de la llamada sociedad «postmoderna» o «postindustrial» caracterizada, precisamente, por un fuerte hedonismo, un exacerbado culto al consumo y un creciente individualismo (Blanch, 1988, 1990; Rodríguez, 1987; Bell, 1976). La sociedad moderna e industrial del pasado caracterizada por la producción, el trabajo, el ahorro y el esfuerzo, se está transformando en una sociedad de servicios, placer y consumo (González, 1995a; Ovejero y cols., 1995).

A pesar de ello, numerosos estudios demuestran que en la sociedad postmoderna el trabajo aún sigue siendo un concepto muy valorado por los jóvenes, si bien está perdiendo su carácter de centralidad y de valor final para adquirir un nuevo valor más instrumental y expresivo, dado que sería el medio más útil socialmente para acceder al consumo (Rodríguez, 1998; González, 1995b.; Valencia, 1994; Ayestarán, 1994), además de ser un vehículo de expresión superficial y externa de nuestras señas de identidad y actitudes fundamentales ante la vida (Orizo, 1984; Harding, Phillips y Focarty, 1986).

La juventud como símbolo del consumo

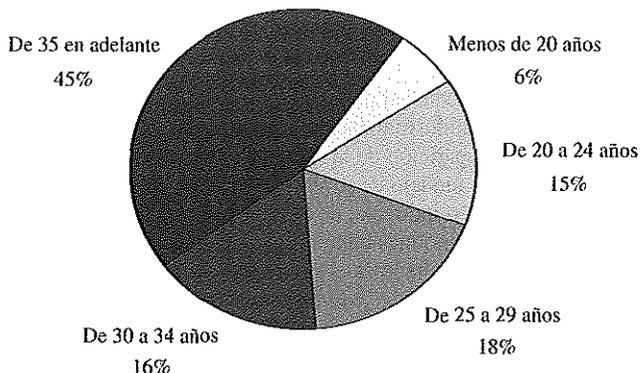
Aún sigue vigente en esta sociedad postindustrial la imagen de la juventud institucionalizada a través del desarrollo, industrialización y modernización de la cultura occidental en la década de los años 60. La aparición de la sociedad consumista de masas sacralizó el término juventud, al asociarlo al modelo de joven que aparece en la publicidad, apropiándose el consumo, de manera directa o indirecta, de la imagen física del joven. El físico del joven ya no pertenece a la juventud, sino más bien a la propaganda y a las estrategias comerciales (Ayerdi y Taberna, 1991). El resultado es el estereotipo de joven asociado a valores positivos de consumo. «*Términos como ropa juvenil, muebles juveniles, ideas jóvenes, empresas jóvenes..., intentan positivizar sus productos mediante el adjetivo juvenil. De este modo, el joven se convierte en objeto de consumo. Pero, a su vez, el joven es sujeto de consumo*», (Ayerdi y Taberna, pág. 44, *op. cit.*). Hay que tener en cuenta, además, que debido al todavía alto nivel demográfico de los jóvenes, junto al poder adquisitivo que tienen los padres,

el consumo en esta etapa es muy importante. Es evidente que la sociedad de consumo les reserva, en exclusiva, una parte importante del sector comercial (música de jóvenes, discotecas, pub y bares de jóvenes, centros de moda juvenil, consumos educativos y formativos para jóvenes, turismo para jóvenes, teléfonos móviles de jóvenes, etc.).

Paro juvenil

Durante la década pasada, hemos sufrido un nivel de desempleo juvenil que no ha tenido precedentes a lo largo de nuestra historia reciente, ya que afecta, en algunas regiones españolas, a más de dos tercios de la población con edades comprendidas entre los 16 y 29 años; esta proporción es incluso mayor en algunos colectivos sociales de jóvenes que no tienen un alto nivel de estudios, que viven en zonas deprimidas económica o socialmente o que pertenecen al género femenino. Asociada a la situación de paro se está dando una importante precarización de las condiciones laborales juveniles, así como un incremento del trabajo desarrollado en la economía informal, debido, sobre todo, a que los empresarios se aprovechan de la enorme demanda de trabajo que realizan los jóvenes, quienes buscan, de manera desesperada, poder insertarse laboral y socialmente. El paro y la precariedad tienen, además, más importancia entre los jóvenes que entre las personas adultas (obsérvese el gráfico de paro que ofrecemos sobre uno de los peores meses de los últimos años). Concretamente, en España por cada desempleado adulto con estudios hay tres jóvenes recién titulados en paro (Ovejero y cols., 1995). Sospechamos que desde la esfera política y desde la sociedad en general se cree menos perjudicial que se encuentre un joven en paro que una persona adulta con la responsabilidad y el deber de sustentar una familia. Paradójicamente, la mayoría de los jóvenes intentan acceder al mundo laboral para empezar a consolidar una familia y un proyecto de vida propio.

GRÁFICO I
DISTRIBUCIÓN DEL DESEMPLEO POR EDADES EN FEBRERO DE 1998
SEGÚN LA DIRECCIÓN GENERAL DEL INEM



El Instituto Nacional de Empleo cuenta con algo más de dos millones de parados de los cuales, unos 794.000 son jóvenes entre 16 y 29 años.

Desigual reparto social del trabajo y de la riqueza

Estamos asistiendo a un fuerte avance tecnológico que, sin duda, está haciendo que se genere riqueza y prosperidad en nuestro entorno económico y laboral (Ovejero y cols., *op. cit.*). Sin embargo, el problema estriba, por una parte, en la necesidad imperiosa que tiene el capitalismo neoliberal de adueñarse del máximo de riqueza posible, lo que hace que no se genere el empleo suficiente y, por otra, al desigual reparto del poco trabajo generado, ya que suelen acapararlo los grupos sociales con un mayor poder político, económico y con más peso social, entre los que, como es obvio, no se encuentra la juventud.

La Administración Pública como meta laboral de los jóvenes

Desde la etapa de la transición política hasta el presente año 2000, se ha producido en España, al igual que en otros muchos países de Europa, un impresionante aumento del número de trabajadores de la Administración pública. Al amparo del «Estado del Bienestar», que se ha generalizado durante estas décadas en muchos países de nuestro entorno socioeconómico, los gobiernos incrementaron, ostensiblemente, el número de servicios y prestaciones que ofrecían a los ciudadanos. Además, en España el proceso de descentralización política ha conllevado un incremento de la demanda de empleados públicos con el fin sostener y organizar las estructuras burocráticas y administrativas propias de las distintas Comunidades Autónomas. La consecuencia principal de estos dos hechos sobre el mundo laboral ha sido que el sector público ha pasado a ser uno de los mayores empleadores y demandantes de mano de obra del mercado de trabajo. La condición de «funcionario» se ha convertido en una de las metas laborales más perseguidas, codiciadas y buscadas por los jóvenes que han crecido y se han socializado en estos años de plena expansión de las distintas Administraciones públicas. Por desgracia, el grifo del dinero público parece que se está cerrando y los aires políticos que gobiernan en la actualidad se muestran reticentes a seguir incrementando el tamaño de nuestro sector público, con lo cual disminuye de manera progresiva una de las salidas profesionales más importantes que han tenido los jóvenes durante las tres últimas décadas.

Alto nivel de competencia

La competencia existente en el mercado laboral juvenil es muy alta. Así, existe un notable número de jóvenes (más de 1.300.000 entre 16 y 29 años sólo en Andalucía), fruto de la explosión demográfica propiciada por el «el baby boom» en los años 60 y 70. Son estos jóvenes quienes quieren acceder, actualmente, al mercado de trabajo y no pueden hacerlo debido, entre otras razones, a la enorme oferta de mano de obra. Otro factor influyente es el aumento de la población laboral activa, ya que no cesan de incorporarse nuevos colectivos sociales que hasta hace poco se encontraban marginados del mercado de trabajo, tales como las mujeres, los minusválidos físicos y psíquicos o los inmigrantes procedentes de otros países y culturas que se ven «favorecidos» (si no tenemos en cuenta los desagradables incidentes racistas y xenófobos acaecidos recientemente en la

comarca almeriense de El Ejido y con anterioridad en Cataluña) por la apertura de fronteras. Es de preveer, sin embargo, que en las próximas décadas, aunque persista la dificultad de acceso al empleo, el impacto será menor, ya que habrá menos jóvenes a quienes afecte, dado el progresivo descenso de la natalidad que se ha venido produciendo a partir de los años ochenta y que sitúa a España como uno de los países del mundo donde nacen menos niños, alcanzando un índice de crecimiento demográfico cero.

Las causas que provocan esta situación de paro y precariedad laboral, así como las repercusiones específicas que en el mercado de trabajo juvenil está teniendo todo esto son, sin duda, bastante complejas y extensas y creemos que su análisis en profundidad escapa a las pretensiones de este artículo. No obstante, sí consideramos pertinente discutir a continuación la problemática situación laboral en la que se encuentra hoy la juventud española, así como las principales repercusiones que esto está teniendo.

3. LOS PROBLEMAS DE LOS JÓVENES ANTE EL TRABAJO

Paradoja social

La sociedad demanda de los jóvenes la responsabilidad de trabajar para poder auto-realizarse, independizarse y comenzar una vida adulta de forma individual o a través de la formación de una familia. Además, el éxito social se mide en la actualidad, principalmente, a través de las posibilidades de acceso a los bienes de consumo de que dispone un individuo. De ahí que sean los propios jóvenes quienes han desarrollado una actitud positiva hacia el trabajo como medio para obtener dinero, tener éxito y, sobre todo, para poder consumir. Paradójicamente, esa misma sociedad les niega, a una gran parte de ellos, el acceso a un trabajo digno, estable y enriquecedor, que les permita alcanzar todo aquello para lo que han sido socializados, educados y formados.

Pasividad de los jóvenes

Las consecuencias de todo ello para las actuales generaciones de adolescentes y jóvenes pueden ser bastante complejas y problemáticas, ya que estas contradicciones y paradojas podrían traducirse en un sentimiento de apatía, desmotivación social y carencia de ideales y valores propios. La siguiente cita, tomada de la sección de opinión de un diario español puede ser ilustrativa de la realidad social y laboral en la que se puede ver inmersa la juventud:

«Unos (refiriéndose a los jóvenes) se trituran a pinchazos, otros elegían la moto o el automóvil para dejarse los sesos en el muro, la mayoría se emborrachaba habitualmente buscando la cirrosis, buena parte de ellos moría de hastío frente al televisor, casi todos se volvían locos metiéndose por las orejas el ruido de una barrenadora, cientos de miles se embrutecían en los estadios y ayudaban a masacrar a sus coetáneos, varios centenares se rajaban a navajazos. Su número, en efecto, se reducía los fines de semana, pero no lograban extinguirse. Eran tan condenadamente inútiles que no les salía bien ni eso.» (De Azúa, 1988, cit. en Ayerdi y Taberna, 1991).

Otras consecuencias, menos alarmantes que las que acabamos de exponer son las siguientes.

Aumento del nivel educativo-formativo de los jóvenes

Se está produciendo en los jóvenes un exagerado consumo de productos educativos y formativos, ya que la mayoría de ellos piensan que un alto nivel de estudios y de formación puede hacerlos más competitivos dentro del mercado laboral. Ello conlleva, lógicamente, una prolongación de las edades en las que los jóvenes abandonan el sistema educativo, así como un engrosamiento espectacular del mismo. Esta situación también prolonga la dependencia del joven de su unidad familiar, ya que, al no disponer de trabajo o al ser éste precario, ha de obtener los recursos económicos necesarios para poder vivir y consumir del cabeza de familia. La institución familiar se ve obligada, así, a hacer frente a las grandes demandas de consumo desarrolladas por los jóvenes (Iglesias, 1998).

Retraso en el establecimiento de relaciones afectivas estables

Los jóvenes cada vez retrasan más su edad para entablar una relación sentimental estable y duradera, así como también se prolonga el momento en el que deciden tener descendencia, ya que, al no disponer de trabajo, carecen de independencia económica y no podrían tomar ese tipo de decisiones con la suficiente garantía y seguridad (Iglesias, 1996).

Precariedad de las condiciones laborales de los jóvenes

Las condiciones laborales bajo las cuales los jóvenes están dispuestos a trabajar son cada vez más precarias, ya que el mundo profesional es cada día más competitivo y es más difícil la entrada en él (IOE, 1989).

Procesos de transición al mundo del trabajo más complejos y prolongados

Los itinerarios de inserción de los jóvenes en el mundo del trabajo son cada día más largos, complejos y variados, ya que también son muchas y muy diversas las normativas legales que lo regulan, la oferta educativa y formativa y las fluctuaciones del mercado de trabajo. Por ello, el flujo de jóvenes del sistema educativo a la situación de paro, al entramado de formación ocupacional profesional o, simplemente, a otro nivel educativo sin pasar por el mercado de trabajo, se realiza de manera constante y habitual entre los jóvenes de nuestros días (Serrano, 1995). La contratación temporal a lo largo del ciclo productivo de los individuos está haciendo que los jóvenes se encuentren en un proceso permanente de transición, en el sentido más amplio del término, ya que difícilmente podemos considerar esta situación como estable.

«Se necesita experiencia para trabajar y trabajar para tener experiencia»

El famoso círculo vicioso representa la clásica pescadilla que se muerde la cola y que afecta de forma importante a un buen porcentaje de la juventud española que pretende insertarse en el mundo del trabajo.

Confusión en la actitud de los jóvenes hacia el trabajo

Por último, la actitud mostrada por los jóvenes hacia el trabajo parece ser bastante confusa y contradictoria ya que, por una parte, tienen una concepción ociosa, consumista y hedonista de la vida, y por otra, necesitan del trabajo para autorrealizarse, emanciparse y poder acceder a ese ideal de vida al que aspiran.

CONCLUSIONES

La juventud es una de las fases evolutivas más trascendentales en la vida de las personas, ya que durante estos años se realizan un conjunto de actividades y se toman una serie de decisiones que van a condicionar, en gran medida, la posterior trayectoria vital del individuo. Uno de los temas más importantes a los que se enfrenta la persona en esta época de su vida es a la inserción laboral.

Este hecho es de gran importancia ya que actualmente vivimos en una sociedad donde el trabajo es un elemento muy valorado, siendo, además, un eje vertebrador y regulador de la vida de los individuos y de la totalidad del sistema social. El trabajo se puede considerar un constructo psicosocial en permanente evolución, debido a la influencia que recibe tanto de factores sociales, económicos y culturales que lo condicionan, como de las percepciones y valoraciones subjetivas que realizan las personas que desarrollan la actividad laboral.

En este sentido, a lo largo de los últimos años se han producido una serie de cambios de tipo social, político, económico, e incluso individual o personal tanto en el panorama internacional como en el nacional que, sin duda, han afectado a la situación laboral de los jóvenes de hoy.

Las consecuencias de estos acontecimientos son múltiples, destacando, sobre todo, el filtro que la competitividad impone a todas las acciones y comportamientos que realizan tanto los jóvenes como las organizaciones laborales a las que quieren pertenecer y la permanente adaptación al cambio que exige a la juventud esta forma de concebir la actividad laboral, social y económica.

La actitud hacia el trabajo mostrada por los jóvenes en la actualidad se ha formado en el pasado bajo claves socioeconómicas y laborales muy distintas a las vigentes en la actualidad y este hecho puede tener repercusiones sobre los procesos de transición hacia el mundo del trabajo.

Igualmente, creemos que es importante reflexionar sobre la problemática situación social en la que se encuentran multitud de jóvenes que, en muchos casos, llevan toda su vida preparándose para conseguir trabajo y entrar, de esta manera, a formar parte activa

de nuestra sociedad y están viendo como se les niega o se les dificulta el acceso al empleo. Las consecuencias de esta situación son preocupantes para los jóvenes en particular y para la sociedad en general, ya que, entre otras muchas cosas, retrasan la emancipación del seno familiar y postergan la formación de una familia independiente, con lo que se pone en peligro los mecanismos tradicionales de reproducción social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLERBECK, K., y ROSENMYER, L. (1979): *Introducción a la Sociología de la Juventud*, Buenos Aires, Kapelusz.
- AYERDI, P. M.^a, y TABERNA, F. (1991): *Juventud y Empleo. Una Aproximación Descriptiva*, Madrid, Editorial Popular.
- AYESTARÁN, S., y Cols. (1994): Conclusiones. En S. AYESTARÁN y cols. (Eds.): *El Proceso de Socialización en los/las Jóvenes de Euskadi: Jóvenes Vascos 1994*, Vitoria: Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- BELL, D. (1976): *El advenimiento de la Sociedad Postindustrial*, Madrid, Alianza.
- BLANCH, J. M. (1988): El paro como circunstancia y como representación, en T. IBÁÑEZ (Ed.): *Ideologías de la Vida Cotidiana*, págs. 147-181, Barcelona, Sendai.
- (1990): *Del Viejo al Nuevo Paro*, Barcelona, PPU.
- CLAES, R. (1985): «Work Entry Problems of Specialized Young Male Adults», *Paper presented in Workshop Work Entry Problems Adults of the West European Conference on the Psychology of Work and Organization*, Aachen (FRG), April, 1-3.
- (1987): «La centralidad del trabajo en la vida de los jóvenes», en PEIRÓ, J. M. y MORET, D. (Dir): *Socialización laboral y desempleo juvenil: La transición de la escuela al trabajo*, Nau llibres, 81-100.
- COLECTIVO IOE (1989): *Condiciones de Trabajo de los Jóvenes: Informe Sociológico*, Madrid, Consejo de la Juventud de España.
- DE AZÚA, F.: «¿Divino Tesoro?» *El País*, 12 de noviembre de 1988.
- GONZÁLEZ, J. M.^a (1995): «Reconceptualización del significado del trabajo en el marco emergente de la cultura postindustrial», en XXVIII Congreso Univ'95, *Trabajo: Inventar el futuro*, Granada, Cooperación y Desarrollo Universitario.
- (1995b): «Aproximación social al sistema actual de gestión de los recursos humanos», en V Congreso Español de Sociología, *Horizontes desde la Incertidumbre*, Granada, Federación Española de Sociología.
- GONZÁLEZ, P. (1994): «¿Qué dicen las investigaciones de los jóvenes?» *Documentación Social*, 95, 107-117.
- HARDING, S; PHILLIPS, D., y FOCARTY, M. (1986): *Contrasting values in Western Europe*, London, McMillan.
- IGLESIAS, J. (1996): *Avance del Estudio sobre la Juventud de la Provincia de Granada*, Granada, Diputación Provincial de Granada.
- (1998): *La Familia y el Cambio Político en España*, Madrid, Tecnos.
- ORIZO, F. A. (1984): *España entre la Apatía y el Cambio Social*, Madrid, Mapfre.
- OVEJERO, A.; GARCÍA, A.; FERNÁNDEZ, J.; GROSSI, J.; AGULLÓ, E., y MORAL, M. (1995): «Situación laboral y actitudes de los jóvenes hacia el trabajo: Diferencias entre dos concejos asturianos», en L. GONZÁLEZ, A. DE LA TORRE y J. DE ELENA: *Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, Gestión de Recursos Humanos y Nuevas Tecnologías*, Salamanca, Eudema.
- RODRÍGUEZ, A. (1987): «Trabajo humano: una reevaluación de su significado», *Actas del IV Congreso de Evaluación Psicológica*, Santiago de Compostela, septiembre de 1994.

- (1998): «Psicología, Trabajo y Organización», en A. RODRÍGUEZ (Coord.): *Introducción a la Psicología del Trabajo y de las Organizaciones*, Madrid, Pirámide.
- SALANOVA, M.; HONTANGAS, P. M., y ZORNOZA, A. (1992): *La Personalidad Laboral en el Contexto de la Incorporación al Primer Empleo, I Simposium sobre Socialización para el Trabajo: Desarrollo y Transiciones del Rol Laboral*, Peñíscola (Castellón), 13, 14 y 15 de febrero de 1992.
- SALANOVA, M.; PRIETO, F., y PEIRÓ, J. M.^a (1993): «El significado del trabajo: una revisión de la literatura», en J. M.^a PEIRÓ y cols. (Dir.): *Los Jóvenes ante el Primer Empleo. El Significado del Trabajo y su Medida*, Valencia, Nau llibres.
- SÁNCHEZ SANTA-BÁRBARA, E. (1995): «Análisis cualitativo y cuantitativo del estilo de dirección», en L. GONZÁLEZ, A. DE LA TORRE y J. DE ELENA (Comp.): *Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, Gestión de Recursos Humanos y Nuevas Tecnologías*, Salamanca, Eudema.
- SERRANO, A. (1995): «La diversificación de las trayectorias de inserción sociolaboral», en L. GONZÁLEZ, A. DE LA TORRE y J. DE ELENA: *Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, Gestión de Recursos Humanos y Nuevas Tecnologías*, Salamanca, Eudema.
- VALENCIA, J. (1994): «Actitudes de los jóvenes frente a la violencia política», en S. AYESTARÁN y cols. (Eds.): *El proceso de Socialización en los/as Jóvenes de Euskadi: Jóvenes Vascos 1994*, Vitoria, Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- ZÁRRAGA, J. L. (1985): *La Inserción de los Jóvenes en la Sociedad*, Madrid, Instituto de la Juventud.

Sentido y dirección de los «cambios-sociorreligiosos» en los adolescentes y jóvenes españoles, desde la «transición-democrática»: —décadas 70-90—, en clave de «desarrollo integral humano/cristiano»

FERNANDO F. FERNÁNDEZ*

1. ACLARACIONES OPERATIVAS

Por *sentido*, entiendo aquí cuanto se refiere a la esencialidad del cambio social, en general; y, específicamente, del «cambio socio-religioso». Esto es, su naturaleza, causalidad, formas de expresión, ritmo y medida, funcionalidad/disfuncionalidad sociales, etc.

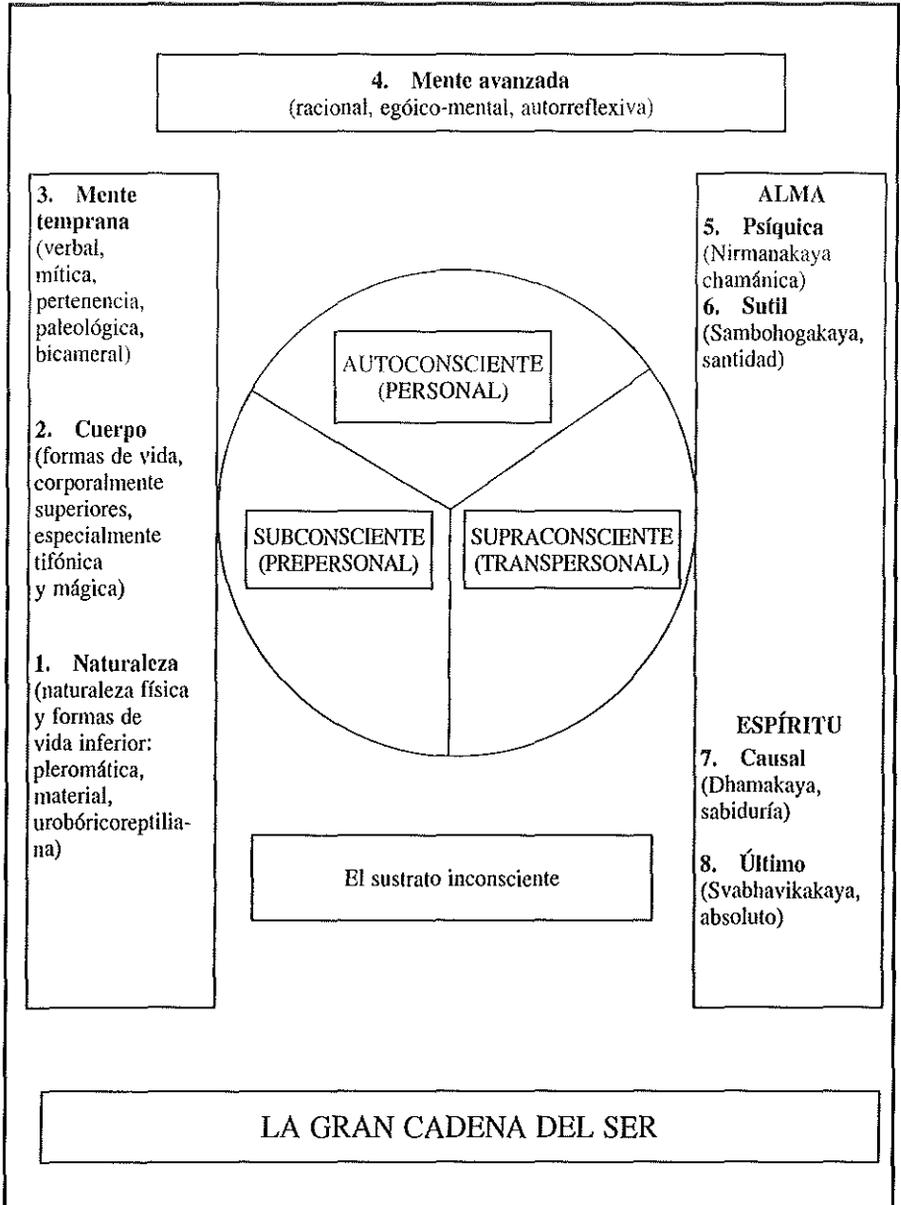
Dirección (orientación, prospectiva, etc.), las distintas «tendencias socio-religiosas que van configurando las nuevas formas de religiosidad; tipología predominante, etc.

Adolescentes y jóvenes (Adolescencia y Juventud) son dos etapas distintas por las que necesariamente debe pasar el desarrollo integral humano, configurando, en sentido global y ascendente, la llamada, comúnmente, GRAN CADENA DEL SER HUMANO. Si el proceso evolutivo se realiza de acuerdo con las exigencias naturales del propio dinamismo humano, se han de ir configurando tres grandes «Estructuras básicas» con distintos niveles de desarrollo en cada una de ellas, como puede apreciarse en el *gráfico* que figura en pág. 220, y cuya perspectiva global es imprescindible tener muy presente en todo este trabajo. Pues como podremos comprobar, posteriormente, existe una gran interdependencia y correlación entre lo que caracteriza a cada una de las grandes estructuras y niveles del desarrollo integral humano y las «formas de religiosidad» inherentes, asimismo, a los cambios en cuanto a la percepción y expresión de «lo sagrado».

Adolescentes y jóvenes españoles en la «España-democrática» —décadas 70-90—, hace referencia no sólo a la «edad-cronológica» (para los adolescentes 13/14-16/17 años y para los jóvenes 18-25/29, en términos generales), sino, y principalmente, al «contexto social». En este caso, a un contexto social de modernización/secularización y de post-modernización, cargado de ambigüedades y de confusiones. De todas formas, los adolescentes y jóvenes españoles, correspondientes a dicho período sociohistórico, se corresponden con la *segunda* de las tres estructuras básicas diferenciadas en el proceso del

* Facultad de CC. Políticas y Sociología «León XIII». Madrid.

GRÁFICO 1
El desarrollo integral humano



desarrollo integral humano, ontogenéticamente considerado. Y, desde el punto de vista social o sociohistórico (filogénesis), con las llamadas *sociedades modernas y postmodernas*, al menos en cuanto diferenciación, pluralismo, desconfesionalismo, complejidad, etc.

En clave de desarrollo integral humano/cristiano, quiere decir aquí, en sentido operativo sin más, que, al corresponderse la adolescencia/juventud con el paso de la Primera a la Segunda Estructura (de la Infancia a la Adolescencia y Juventud, *en el contexto social español*, anteriormente indicado), ésta debe ser la «perspectiva situacional», entendida como marco referencial teórico, en la que necesariamente tenemos que situar cualquier tipo de interpretación y valoración sociológicas de los cambios producidos, en nuestro caso, de las «nuevas formas religiosas», inherentes a dichos cambios. Como la religión de la que proceden los adolescentes y jóvenes españoles es, prácticamente en su totalidad, el *Catolicismo*, tal como se venía entendiendo y expresando en la «España Tradicional» (Confesionalismo-Católico o «Nacionalcatolicismo», como suele llamarse), de aquí, la conveniencia, al menos, de preguntarnos, como de hecho así es, por el sentido y dirección de los cambios socioreligiosos en «clave de cristianismo». Esto es, sin pasar a la Segunda Estructura del desarrollo integral humano (correspondiente a la que vengo identificando como «modernidad/secularidad»), presupone o no entrar en una etapa de «descristianización»: ¿Es compatible el proceso de desarrollo integral humano, tal como aparece reflejado en el Gráfico anterior, con el Nacionalcatolicismo Español?; ¿se descristianizan y descristianizan realmente las Nuevas Generaciones Españolas correspondientes a las décadas 70-90? Sin duda, se trata de cuestiones que revasan cualquier tipo de análisis realizado desde las Ciencias Sociales, por supuesto. Algunas aportaciones, sugerencias y observaciones, por vía indirecta, sí creo que pueden formularse, al menos tendencialmente. Me propongo hacerlo así, en las reflexiones finales del presente trabajo.

Finalmente, añadir que el tema en cuestión responde a una de mis grandes preocupaciones y dedicaciones en el campo de la docencia e investigación, desde las Ciencias Sociales; y, asimismo, en el campo de la llamada «Pastoral-cristiana» en un contexto social cada día más plural, más complejo y cambiante, como es la sociedad española al finalizar el segundo milenio. Pero, al mismo tiempo, es apasionante y urgente.

2. RECONSTRUCCIÓN DE «LO RELIGIOSO» DESDE LA EXPERIENCIA DE «LO SAGRADO»: PERSISTENCIA Y METAMORFOSIS DEL «HOMO RELIGIOSUS»

Si queremos llegar a comprender, por una parte, la *persistencia de la religiosidad* y, al mismo tiempo, la *enorme y compleja pluralidad* de sus «formas de expresión social», a lo largo y ancho de toda la historia de la Humanidad, no podemos quedarnos en un simple análisis de las *formas socioreligiosas*, en sí mismas. Es imprescindible conocer y comprender también su razón de ser, su sentido y su causalidad, sus funciones y disfunciones sociales.

En esta línea de búsqueda, conviene recordar aquí que las diversas formas de religiosidad surgen a partir de la llamada «experiencia de lo sagrado», entendida como una de las características fundamentales de los seres humanos. De aquí, el «homo-religiosus».

Como también podríamos referirnos al «homo-economicus», al «homo-politicus», etc.; pues se trata, en definitiva, de reconocer las principales características y dimensiones del dinamismo humano.

La ciencia de las religiones, dice Mircea Eliade, no se pregunta por revelaciones, sino que interroga al «homo-religiosus», y analiza las modalidades de lo sagrado vivido. Es, pues, la propia naturaleza humana quien se encuentra en su propio sentimiento confuso al preguntarse o encontrarse ante realidades mistericas, desconocidas y extrañas; pero, al mismo tiempo, percibidas como beneficiosas o perjudiciales para su propia realización y felicidad, desencadenando comportamientos de aceptación o rechazo.

Originariamente, la experiencia de «lo sagrado» comprende dos elementos básicos: La experiencia del *respeto* ante lo desconocido y misterico, generando, al mismo tiempo, *actitudes absolutas* (absolutización de lo percibido como sagrado). Sin saber demasiado cómo ni por qué, se constata permanentemente que los hombres y mujeres sienten y expresan este tipo de *respeto absoluto* e incondicional ante ciertas cosas que, sin duda, terminan «sacralizando». Y a partir de aquí es cuando comienzan a surgir y configurarse los distintos elementos constitutivos básicos de la «religión». Esto es, el sistema de creencias, de comportamientos religiosos, liturgias y algún tipo de organización social.

La *percepción, identificación y expresión*, personal y social, de «lo sagrado» es enormemente cambiante de acuerdo con las características, circunstancias y capacidades cognitivas, principalmente, del sujeto perceptor. Asimismo, las características y niveles del desarrollo humano se encuentran profundamente interrelacionadas y correlacionadas con el medio o «contexto social» en el que nacen y viven los distintos «perceptores». Aún más, coincidiendo en la misma percepción e identificación de «lo sagrado», pueden y existen, de hecho, *diversas formas de expresión*. Esto ocurre, normalmente, en los grupos e instituciones sociorreligiosas, cuyos miembros comparten un cierto denominador común, pero mantienen diferencias entre sí por razones de edad, sexo, mentalidad, cultura, motivaciones personales, etc.

Partiendo, pues, de LO SAGRADO como «categoría antropológica» que origina y fundamenta la *persistencia* del «homo-religiosus» (de la religión, en general), pero asumiendo que su percepción, identificación y expresión, personal y social, es *dinámica* (cambiante, histórica) y que, en términos generales, *las diversas formas religiosas* (religión y religiones) se corresponden, normalmente, con las estructuras y niveles básicos del «desarrollo integral humano» (ontogénesis) y con los distintos contextos sociales (modelos de sociedad) en los que se realiza (desarrolla) el «homo-religiosus», dando lugar (originando y configurando), a los llamados «cambios sociorreligiosos», *de aquí que, tomando como referencia (paradigma) un modelo global de desarrollo humano, integral e integrado* (sin reduccionismos de ningún tipo), podamos llegar a conocer y comprender la que vengo llamando «persistencia y metamorfosis de lo religioso».

Este tipo de «modelo antropológico global», referido al desarrollo de la Conciencia y aplicado también en el análisis de la persistencia y metamorfosis de la religiosidad, es el que utiliza y desarrolla constantemente Ken Wilber en sus ya numerosas publicaciones y al que yo mismo me he referido en trabajos publicados en esta misma Revista SOCIEDAD Y UTOPIA. El modelo en cuestión se viene aplicando a las «formas de religión», *en general*; pero entiendo que es aplicable también a cada religión, particularmente; por ejemplo, a las formas de percibir y expresar el «Catolicismo» en cada una de

las distintas etapas del desarrollo integral humano. Pues, de hecho, los cambios que se vienen produciendo en los adolescentes y jóvenes españoles, son, en mi opinión, coincidentes con los que tienen lugar al pasar de la Primera Estructura a la Segunda, en dicho «modelo global».

Sobre los cambios producidos en los *jóvenes españoles*, me remito a los ya numerosos Estudios realizados, particularmente por la Fundación Santa María, S. M., sobre todo el último de ellos, titulado: *Jóvenes españoles '99*. Y, en relación con los *adolescentes*, al Estudio realizado por Ángel Hermoso. Un amplio resumen del mismo aparece publicado en este mismo núm. 15 de SOCIEDAD Y UTOPIA.

Por mi parte, me limito, después de una detenida lectura de todos los Estudios correspondientes a las décadas 70-90 desde la perspectiva que vengo exponiendo, a ofrecer una posible *interpretación y valoración sociológicas* de los «cambios-religiosos»; insistiendo, una vez más, en su correspondencia, en términos generales, con los cambios en las «formas religiosas» correspondientes a la Primera y Segunda de las Estructuras básicas del «Modelo-global», al que me vengo refiriendo; aplicado, en este caso, a los cambios producidos en el «catolicismo tradicional» (mítico-sacral e immanente) correspondiente a la Primera Estructura (Infancia y Pubertad/sociedades primitivas y tradicionales) *al pasar a la Segunda*, en cuya religiosidad tienden a situarse los *jóvenes*, propiamente dichos (18 y más años); e incluso los *adolescentes*, acelerados hoy por el miedo socio-cultural en el que viven, dado el enorme desarrollo de los llamados «Mass-Media».

Primero me voy a referir al tipo de religiosidad correspondiente al *último nivel* de la Primera Estructura, por ser el que corresponde, normalmente, a los adolescentes o etapa de transición a la juventud. Seguidamente, a las «transformaciones» producidas al pasar a la Segunda Estructura; y, finalmente, a su «valoración-sociológica, en clave de desarrollo humano integral».

3. PERSISTENCIA Y METAMORFOSIS DE LA RELIGIOSIDAD EN LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES, EN GENERAL: CARACTERÍSTICAS Y VALORACIÓN, EN CLAVE DE DESARROLLO INTEGRAL HUMANO

3.1. En los adolescentes: percepción e identificación de «lo sagrado-immanente» y predominio de formas religiosas «mítico-sacrales»

En este último nivel de la Primera Estructura básica, en el modelo global del desarrollo integral humano, tiende a situarse el llamado «hombre-mítico»; su capacidad de conocimiento es todavía «pre-razional» —(pre-científica)—; se apoya y fundamenta exclusivamente en las tradiciones recibidas de sus mayores y transmitidas, normalmente, por vía oral. El «hombre mítico» se simboliza y representa por la «boca». La forma lingüística de las tradiciones recibidas es el *mito* (narración, relato, fábula, cuento, parábola, etc.), mediante el «mito» se transmite un determinado contenido ideológico o religioso; se emplea más frecuentemente en lo religioso. En este tercer nivel del desarrollo humano, personal y social, se descubre ya la «temporalidad», peor no se tiene todavía clara la consciencia del «espacio». Por eso los mitos comienzan siempre utilizando la expresión «en aquel

tiempo» ...sin titularlo ni situarlo concretamente. No hay todavía «historia» como ciencia; se trata sólo de mitos con un núcleo de verdad, que es el contenido o mensaje simbolizado o figurado en el «lenguaje mítico». Aún no ha emergido el llamado «sujeto personal» y se actúa, normalmente, por *imitación*, predominando la dependencia del grupo y la necesidad de buscar apoyo en las «instituciones»: Familia, Escuela, Iglesia, etc. Además, la «modalidad», en esta etapa, es de tipo *convencional* (heterónoma), apoyándose y remitiéndose constantemente a lo establecido por el grupo de pertenencia, por la institución o similares. De aquí, la «necesidad de pertenencia» como característica predominante de este nivel. Es coincidente, asimismo, con la Teoría de Maslow.

Filogenéticamente, este nivel se corresponde con las llamadas «sociedades agrícolas» y, en general, con las «sociedades tradicionales» (patriarcalismo), indiferenciadas, simples, precientíficas, etc. Predomina la «bidimensionalidad» y suele representarse por medio de un «círculo». Es una etapa fuertemente imaginativa. Por eso, como suele decirse, los mitos son los sueños colectivos de los pueblos; acertadamente leídos e interpretados, nos aportan multitud de datos significativos y representativos de unos hombres que todavía no escribían su propia historia.

La *religiosidad mítica* se corresponde, normalmente, con la llamada «religiosidad popular» y la «popularizada». Es toda ella de tipo «sacral» e «inmanente». El sujeto de este tipo de religiosidad es *colectivo* (el pueblo, lo popular o popularizado) no «personalizado», todavía, en general. Son las «instituciones sociorreligiosas» las que *totalizan*, de hecho, la vida de los pueblos. En una religiosidad fuertemente «institucionalizada», sobre este tipo de religiosidad existen numerosas publicaciones, a las que me remito, por motivos de brevedad, advirtiendo, únicamente aquí, que este tipo de religiosidad lo encontramos también reproducida en las llamadas hoy «religiones de suplencia» (religiosidad civil, laica, etc.), las cuales se originan siempre que se *absolutiza* (mitifica e idolatra), indebidamente, algo o alguien —objetos, personas, ideologías, valores, etc.— que, en y por sí mismo no son absolutizables «razonablemente» (científicamente), dada su intrascendencia, limitación temporal o espacial, finitud, caducidad, etc. En definitiva, por tratarse, como suele decirse, de un «ser creado»; esto es, que no existe por sí mismo, sino que depende y necesita de otro para existir. Toda «mitificación» conlleva y reproduce este tipo o modalidad sociorreligiosa, la *religiosidad idolátrica*. Los grados y las formas de este tipo de religiosidad son múltiples y persistentes. Pues, como intuyó e interpretó el mismo Durkheim, 1968, 434-35, todo grupo humano tiene a absolutizar y «sacralizar» los valores a los que, en definitiva, confía la *legitimación* de su existencia. Pero, en todo este tipo de religiones existe una fuerte tendencia a fundir en una misma actitud elementos irracionales y racionales, mito y dogma, fe y creencias, etc., originándose, asimismo, gran confusión y dando paso al, llamado comúnmente, «sincretismo religioso».

3.2. En los jóvenes: posibilidad de percepción e identificación de «lo sagrado-transcendente» y predominio de formas religiosas «científico-racionalizadas y personalizadas»

El llamado «nivel racional» pertenece y configura la Segunda Estructura (autoconsciente, personal, racional); corresponde y caracteriza al «hombre mente». En este nivel lo

mitos van sustituyéndose poco a poco por «conceptos abstractos». Comienza a emerger, progresivamente, el «hombre sujeto», la persona humana, propiamente dicha, y se acentúan las tendencias naturales de independencia y emancipación. Se desarrolló el llamado razonamiento «hipotético-deductivo», que capacita para percibir relaciones y correlaciones, dando paso al «conocimiento científico». Es la hora de la «personalización», sometiendo a revisión crítica todo lo concerniente a los niveles anteriores. Por eso, es en esta etapa cuando tiene lugar al proceso de «desacralización» y de «desmitificación», mediante la correspondiente *explicación y comprobación* de las sacralizaciones y mitificaciones propias de la Primera Estructura. La «moralidad» pasa a ser postconvencional, autónoma, crítica, personalizada. Esta segunda etapa, o nivel racional, en la Teoría de Maslow, equivale a las necesidades de «autoestima y realización personal. Como consecuencia de todas estas transformaciones, se producen otras muchas en todos los ámbitos de la vida personal y social, afectando, sobre todo, a las relaciones y prácticas institucionalizadas. El «self» (yo personal) es ya un *yo mental*, diferenciado claramente del cuerpo. El tiempo y el espacio pasan a ser percibidos como «conceptos abstractos», y su representación simbólica es el «triángulo».

Filogenéticamente, esta segunda etapa se corresponde con la «modernidad» entendida, sobre todo, como proceso de diferenciación (pluralismo), de emancipación, de desarrollo del pensamiento científico, apertura a la solidaridad y cuantas transformaciones conlleva en las relaciones del hombre con el mundo, con los demás hombres y también con los «dioses» de los niveles anteriores originando, en consecuencia, cambios profundos en la percepción y expresión de «lo sagrado-mítico».

La *religiosidad*, en esta Segunda Estructura (la religiosidad moderna, del hombre moderno, si se prefiere) es ciertamente distinta, pero «religiosidad». En general, se caracteriza por la «racionalidad» (explicativa), en todos sus elementos constitutivos básicos: en cuanto a las creencias, moralidad, prácticas culturales, institucionalización, pertenencia al grupo religioso, etc. La religiosidad de los niveles anteriores necesita, en esta etapa, *personalizarse*, mediante los llamados procesos de «desacralización» y «desmitificación». Se producen cambios profundos, afectando, sobre todo, a las prácticas culturales tradicionales y a las relaciones con las «instituciones religiosas», que pasan a un segundo plano; dejan de ser «totalizantes», al menos. Comienza a surgir un gran «pluralismo religioso». Se multiplican, asimismo, las formas y modos de percibir y expresar «lo religioso»... En este sentido, recomiendo encarecidamente la lectura del libro editado por Díaz-Salazar, Salvador Giner y Fernando Velasco, *Formas modernas de religión*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

Con el ascenso al «nivel racional» (Segunda Estructura), se pasa a una posición más marcada por la reflexión sobre sí mismo y los demás, o perspectivista. Por primera vez, la persona puede distanciarse críticamente de las normas sociales y adjudicárselas a sí misma. Comienza a emerger y a irse consolidando progresivamente la llamada «conciencia transitiva-autónoma» «trans-mítica», y se trata de una verdadera religiosidad, superior a las formas «míticosacrales» de la Estructura Primera.

Sin embargo, a las instituciones tradicionales (Iglesias) les suele costar mucho reconocer, al menos como legítima, este tipo de «religiosidad-racional» y, en consecuencia, no suelen ayudar a dar este paso. Se quedan, normalmente, en la «religiosidad-mística» (la popular y popularizada), con lo cual frenan y desvirtúan el proceso del desarrollo integral

humano. Pues, como afirma el mismo Wilber en su libro, *Un Dios sociable*, pág. 119, «...los estudiosos de la religión han visto a menudo la tendencia hacia la racionalización y han concluido que es una tendencia antirreligiosa, mientras que, a mí, es una tendencia *pro-religiosa* o post-mítica y está *en camino* hacia niveles superiores de adaptación estructural»... (No se puede pasar a la Tercera Estructura sin desarrollarse la Segunda.)

3.3. Valoración de las distintas formas de religiosidad, en clave de desarrollo integral humano

En este sentido, es enormemente interesante la distinción que se hace, en este Modelo, entre «religión legítima» y «religión auténtica». Cada una de ellas tiene su propia valoración en función del cometido asignado en el «proceso de desarrollo integral humano», como vamos a ver seguidamente:

A) *Religión legítima*

Religión legítima es la que corresponde y es propia de cada una de las Estructuras y niveles. Se refiere al grado de integración, equilibrio, facilidad de funcionamiento, de bienestar en el nivel correspondiente. Esta religiosidad pertenece, pues, a la escala que llama «horizontal». *Más legítimo* significa más y mejor realizado el «desarrollo» dentro del nivel correspondiente. Es una religiosidad de tipo «funcionalista», como reconoce el mismo Wilber en *Un Dios sociable*, págs. 92-93. Así, mientras el niño, por ejemplo, es niño, su religiosidad legítima es la que contribuya a realizar (desarrollar) su totalidad como niño. Y, una vez concluido su «proceso como niño», entrará en acción la que llama «religión auténtica», empujándole y exigiéndole la continuidad en el proceso ascendente de su propio desarrollo humano hacia la totalidad última (los niveles superiores). La «religiosidad infantil» corresponde «legítimamente» al niño, pero no al que ya haya realizado dicha etapa o nivel. Y así sucesivamente, tanto a nivel personal como social (de grupos, regiones, países, etc.). Al terminar de realizarse cada nivel, su religiosidad legítima debe entrar en «crisis», exigiendo su propia transformación ayudando a pasar al nivel siguiente. Aquí es donde actúa la «autenticidad religiosa».

B) *Religión auténtica*

La *religión auténtica* es la que valida, dice Wilber, la «transformación». Esto es, el paso o cambio de un nivel a otro, y, sobre todo, de una estructura a otra, en sentido vertical ascendente. Más auténtica significa más capacidad de superación para llegar al nivel superior y así sucesivamente. Diríamos que es todo lo contrario de la «religiosidad burguesa», o cualquier otra que actuara únicamente como mantenedora del «status quo», deslegitimando o impidiendo el cambio o los cambios necesarios para llevar hacia adelante el proceso del desarrollo humano social, tal como ha quedado expuesto en los apartados anteriores.

Esta distinción entre legitimidad y autenticidad sociorreligiosas es, ciertamente, interesante y esclarecedora. Pues, nos ayuda a discernir *cuándo y por qué* un determinado tipo o forma de religiosidad puede ser considerado aceptable o rechazable, funcional o disfuncional, positivo o negativo, verdadero o falso, incluso. El criterio último que deberá aplicarse es si contribuye o no al desarrollo integral humano y social. Como dice Küng, H., 1991, págs. 115-119, lo humano, lo verdaderamente humano, lo digno del hombre, en su doble dimensión personal y social, como criterio de verdad. Y lo inhumano, lo que impida su realización, legítima y auténtica, como criterio de falsedad y, por consiguiente, rechazable.

4. REFLEXIÓN FINAL

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, *¿hasta qué punto los «cambios-sociorreligiosos» que se vienen produciendo en los adolescentes y jóvenes españoles pueden ser interpretados y valorados como «proceso de descristianización»?...*

Sin duda, al menos desde mi apreciación personal, esta pregunta, así formulada, admite *dos tipos de respuesta*, según se tome un punto u otro de referencia en relación con el término mismo de «descristianización».

A) Descristianización de la «Cristiandad-Española»...

Si tomamos como «marco teórico de referencia» (perspectiva sociohistórica de comparación) *la España nacional católica*, anterior a los cambios (décadas-60/70-90), caracterizada por entender y expresar el *Cristianismo* como «Cristiandad» (o Catolicidad para ser más precisos), entonces es evidente que no sólo los adolescentes y jóvenes, sino también la gran mayoría de los españoles, nos encontramos, actualmente, en un profundo «proceso de descristianización». Los Estudios sociorreligiosos que se vienen realizando en estas últimas décadas españolas serían una confirmación definitiva de esta primera respuesta a la pregunta formulada. Pues: Entre los adolescentes y jóvenes (siguiendo con el tema propuesto) son una gran mayoría los que piensan (y actúan) que se puede ser «buen cristiano» sin ir a misa todos los domingos, sin la práctica tradicional de los sacramentos, sin estar integrados en algún grupo religioso, sin estar de acuerdo con lo que dice la «Iglesia» (Jerarquía oficial), etc... Las mismas creencias básicas (Dios, Cristo, Resurrección, pecado, Iglesia, moralidad, etc.) se encuentran en una profunda «crisis»... ¿Se trata de una «crisis de pubertad», coincidente y comparable con las transformaciones necesarias para pasar de la Primera Estructura a la Segunda, siguiendo la dinámica del «Modelo-global» del desarrollo humano, anteriormente expuesto, como referencia interpretativa y valorativa? Si esto, fuera así, pasaríamos a una segunda respuesta, que podría formularse en los términos siguientes:

B) En proceso de ¿«reconversión-cristiana»?...

Si, por el contrario, nos situáramos en la perspectiva del, llamado, «Cristianismo Primitivo» —(tres primeros siglo)—, teniendo presente, además los planteamientos y orien-

taciones del C. Vaticano II^o, particularmente recogidos en la *Gaudium et spes*, relativos a la modernidad (hombre moderno), mi impresión personal y respuesta a la pregunta formulada sería que, en el actual contexto español, se dan, al menos, condiciones objetivas para que pueda surgir y desarrollarse un nuevo tipo y modo de entender y ser realmente «cristianos».

Entre los adolescentes y jóvenes, como dice, en mi opinión, muy acertadamente Javier Cortés, gran conocedor del tema, *el nuevo individuo* (tipo de joven actual), centrado en sí mismo y desconfiado ante las instituciones, no es irreligioso. Al contrario, parece buscar, bajo nuevas formas de *lo sagrado*, un suplemento de sentido para una vida con frecuencia problemática. Y, en la pág. 40, añade Cortés, ...que este «nuevo individuo», con una educación general —pese a todas sus deficiencias— muy superior a la de sus antecesores, no acepta *en bloque* la doctrina recibida («corpus» de la doctrina católica elaborada a lo largo de los siglos por especialistas). Su mentalidad de consumidor le lleva a seleccionar aquellos contenidos que, en su situación cultural, le parecen más plausibles. En lo religioso, el individuo también quiere apoyarse sobre sí mismo... Una religión global, «holista», se le presenta como poco apetecible...

En los anteriores apartados puede comprobarse el tipo de preferencias y de valores a los que son hoy más sensibles los jóvenes. Sobresalen, en primer lugar, los valores humanos correlativos con la auténtica modernidad: Los que se refieren a la *dimensión personalista* —(opciones libres, recelo y rechazo de las instituciones, democratización de las relaciones humanas, etc.)—, ocupan, sin duda, el primer lugar. Existe también una tendencia clara a valorar muy positivamente la *dimensión comunitaria*; de hecho, han ido surgiendo multitud de grupos pequeños de todo tipo y niveles, siendo éste uno de los grandes signos de la sociedad actual, particularmente en el campo religioso. La recuperación de la idea de Dios como «Padre» y la de Jesucristo como «Amigo» (solidaridad, fraternidad, compañerismo...) tiene hoy mucha aceptación entre los hombres abiertos a la modernidad, al futuro (hombre nuevo más humano, sociedad nueva más humanizada)... Existe, asimismo, una gran sensibilidad en relación con la «dignidad personal», superación de las «discriminaciones», derechos humanos, paz social, etc. *El tema del «amor» (en su dimensión cristiana) es muy complejo entre los jóvenes; les faltan referencias claras en este sentido. No perciben fácilmente su «dimensión trascendente» (tienen muy deformada su fe y con enormes vacíos de contenido. No han pasado ni por una adecuada «evangelización» ni, menos aún, por un proceso «catequético»)*...

No obstante éstas y otras «deformaciones y carencias» religioso-cristianas, pienso que están *mucho menos* alejados de las características básicas, relativas al «cristianismo primitivo», que de la «Iglesia-Institución», tal como ellos la perciben y valoran.

Javier Cortés termina su lectura sociológica sobre la religiosidad de la juventud actual, diciendo que «la esperanza de reconstruir una sociedad globalmente católica, «holista» —como lo ensayó el nacional-catolicismo—, está fuera de las perspectivas históricas viables. Hoy, en lo religioso, nuestra situación quizá pudiera homologarse con la de la introducción del cristianismo en el Imperio romano. Se da una religiosidad flotante, una pluriformidad religiosa y un escepticismo respecto de las antiguas seguridades... El tema, pues, sería el de la identidad cristiana en una sociedad secular, diferenciada, donde lo sagrado no ha desaparecido, sino que se está transformando (no por declaraciones oficiales, sino en lo intersticios de la vida cotidiana). Esta es la tierra del nuevo indivi-

duo, que se apoya sobre sí mismo, *pero que está necesitado de pertenencia...* La crisis del individuo arrastra, lógicamente, la crisis del cristianismo *tal como lo habíamos vivido*.

En este proceso de «reconversión cristiana», la vertiente eclesial de la fe es ciertamente la más controvertida. Los jóvenes, como puede comprobarse por las Tablas estadísticas de los Estadios socioreligiosos, rechazan muchos más a la «Iglesia-Institución» que a Jesucristo y su evangelio; los que rechazan a Dios son todavía una minoría. En esta situación así, es evidente que la recuperación de la necesaria «pertenencia e integración eclesial» no comienza por la aceptación institucional actual, como punto de partida, sino por otro tipo de encuentro y comunicación. La mayoría (la inmensa mayoría) de los jóvenes de la modernidad sólo llegarán a la Iglesia, previo encuentro y aceptación consciente y libre de Jesucristo, en su doble dimensión humano-divina. Pero, seguramente, descubriendo y aceptando preferencialmente la figura del «Cristo histórico» —Jesús de Nazaret—. Para, desde él y las pequeñas «comunidades de base cristianas», integradas realmente en el mundo moderno, descubran, asimismo, *la entraña humanista del cristianismo*, tal como aparece descrita por Gómez-Caffarena, J., en el libro que lleva este mismo título: *La entraña humanista del cristianismo*. Ed. Desclée, Bilbao, 1984. Cfr., sobre todo, el cap. 2.º y 3.º (págs. 43-81), en los cuales describe Caffarena la «identidad cristiana en clave humanista» (cap. 2.º) y en el 3.º; «El hecho cristiano en la historia de las religiones»; a los cuales me remito.

Insisto, pues, en que *la situación es compleja*; y que la juventud no es ciertamente homogénea. De acuerdo con las tendencias a las que me he referido anteriormente existe un sector juvenil que vive todavía la «religión institucional» en grupos parroquiales, catecumenados de confirmación, movimientos apostólicos, grupos de formación religiosa, Pascuas juveniles (que continúan después reuniéndose), asistentes tradicionales a la misa dominical, asociaciones de diversos tipos y grados, etc.

La gran mayoría de los jóvenes están alejados de la «religión institucional», (digamos *Iglesia Católica*, pero añadiendo que en las demás «Iglesias» ocurre lo mismo o muy parecido). Sin embargo, entre éstos existen diversas actitudes y motivaciones. En mi opinión y, de acuerdo con los resultados expuestos en anteriores apartados, *creo que la mayoría de los que integran hoy el «macro-grupo de alejados «son creyentes cristianos, a su modo»*; pero ellos mismos se autocalifican y se tienen por «creyentes», básicamente. Y, como he dicho, su *sentido* de la vida, su sistema de *valores básicos* y sus comportamientos «juveniles» pueden ser integrables en el «reino de Jesús», *del cual, seguramente, no están tan alejados*.

Concluyo mi reflexión, insistiendo en que la superación de la «crisis» no consiste en volver hacia atrás sino en desarrollar bien (legítimamente) cuanto se refiere a la Segunda Estructura para continuar, después de la Estructura Tercera (más auténtica que la anterior) y continuar el proceso del desarrollo integral humano hasta su plenitud.

Jóvenes y Contracultura*

MARTÍN GÓMEZ-ULLATE**

El término contracultura, que ve la luz en 1968 en la obra clásica de Theodore Roszak *El Nacimiento de una Contracultura*, ha estado desde un principio asociado al de juventud. En su definición encuentra Roszak serios problemas. Tras reconocer la dificultad de vincular el signifiante a un grupo social de nítidas fronteras, el autor proponía una definición negativista del mismo, comenzando por elucidar qué o quienes no debían incluirse bajo la rúbrica «contracultura»:

«(...) la contracultura de la que yo hablo solamente atañe a una estricta minoría de jóvenes y a un puñado de sus mentores adultos. Evidentemente, excluye a nuestra juventud más conservadora, para la cual un poco menos de Seguridad Social y un poco más de religiosidad tradicional (amén de más y mejor represión policíaca en las calles) sería suficiente para hacer de la Gran Sociedad una cosa hermosa. Excluye también la diáspora de grupos jóvenes marxistas de la vieja escuela cuyos miembros, al igual que sus padres antes que ellos, siguen atizando las ascuas de la revolución proletaria a la espera de una ocasión propicia para echarse a la calle. Excluye asimismo a nuestra juventud más liberal, para la que el alfa y omega de la política es sin duda, todavía, el «estilo Kennedy». Y excluye en gran medida a los militantes jóvenes negros (...).» (Roszak, 1973 (1968):10)

El término se sustantiva en un fenómeno sociocultural concreto, abanderado por un sector de la juventud de la Norteamérica de los sesenta, ése que «se interesa por la psicología de la alienación, el misticismo oriental, las drogas psicodélicas y las experiencias comunitarias» (Roszak, 1973 (1968):10) enfrentándose a, o apartándose del, «monstruo de la Tecnocracia».

De esta forma, el término contracultura nace ligado al de *juventud*, y también al de *generación*. En esta línea, es común entender la contracultura como un movimiento de reacción y protesta de los jóvenes de clase media contra sus mayores, los acomodados padres que buscan y encuentran su ideal de vida en la realización del «American dream», en hedonísticos complejos residenciales y en la espiral producción-consumo, en «Suburbia» (Melville, 1980).

El concepto contracultura ha cuajado en el acervo común de las ciencias sociales ampliando su campo semántico. Son muchos los autores que han comparado la contracultu-

* Este artículo es un avance de algunas de las ideas vertidas en mi tesis doctoral, que lleva por título «Contracultura y Asentamientos Alternativos en la España de los 90. Un estudio de antropología social», dirigida por el Prof. Ricardo Sanmartín Arce y que será prontamente presentada en el Departamento de Antropología Social de la Fac. de CC. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.

** Universidad Complutense de Madrid.

ra-USA de los sesenta con una multitud de antecedentes: Jesucristo y los primeros cristianos, los monjes ascetas del desierto, la propuesta espiritual franciscana, los goliardos, los movimientos utópicos comunitarios que surgieron en EE.UU. durante el siglo XIX (owenistas, shakers, furieristas, etc.), el romanticismo, etc., etc. Todos ellos comparten el hecho de ser intentos de creación de una cultura, una nueva realidad regida por sistemas de valores normalmente contrapuestos, a veces radicalmente antagónicos a los de la cultura establecida. Difieren unos de otros en el grado de intervención activa y participación en el cambio social que han tenido; mientras unos han significado verdaderas revoluciones, otros han pasado apenas percibidos.

Al nombrar tal variedad de manifestaciones históricas, se emplea el término contracultura de una forma generalizante, universal y atemporal. Siguiendo esta línea, un sociólogo norteamericano, Yinger, recomendaba «el empleo del término siempre que el sistema normativo de un grupo contenga, como elemento primordial, una situación de conflicto con los valores de la sociedad total»¹. Esta definición, más amplia, que no encuadra el fenómeno en una sociedad ni en un tiempo concretos, ni lo define en términos de clase o generación, acerca la concepción de contracultura a la de *heterodoxia*. En este sentido, Savater, ha analizado la heterodoxia, como forma grupal pero también como estado existencial del individuo. Este autor habla de dos modos fundamentales de conciencia: el de aceptación y el de rechazo. El primero está relacionado con un carácter de búsqueda de *identidad*, y tiene como manifestación social la ortodoxia, el segundo con el *egoísmo* y se manifiesta en las heterodoxias (en plural porque «hay una sola forma de estar de acuerdo pero muchas de discrepar»). Ambos modos se hallan presentes en todos los individuos en distinto grado según la personalidad y el momento de la vida. (Savater, 1982:11)

La anterior concepción de contracultura como heterodoxia, immanente a la sociedad y al individuo y de perenne manifestación en la historia del hombre guarda cierto paralelismo con la clásica exposición de Víctor Turner sobre la *communitas*. En *El Proceso Ritual*, Turner analiza los ritos de paso de los ndembu en cuyo estadio liminal se genera esa forma de asociación inter-pares. En la *communitas*, los neófitos se despojan de toda cualidad social de su «estado» anterior (nombre, posesiones, status, sexo), y conviven por un tiempo en el limen de la sociedad, al margen de la estructura, para regresar luego a un nuevo estado, ocupando una nueva posición en la estructura, un nuevo conjunto de derechos y obligaciones. Para Turner, toda sociedad es una *gestalt* en la que estructura y *communitas* se contraponen retroalimentándose, no es posible la existencia de la una sin la otra. De esta manera, Turner, extrapola las características de la *communitas* de los ritos de paso ndembu para aplicarlas de una forma generalizante, encontrando en los *hippies* un claro ejemplo de *communitas* propio de las sociedades occidentales contemporáneas.

«En la sociedad occidental contemporánea los valores de la *communitas* se hallan sorprendentemente presentes en la literatura y las formas de conducta de aquello que llegó a conocerse como la beat generation, a la que sucedió el movimiento hippy (...), los cuales

1 Está citado por GARMENDIA, J. A., que elabora el término «contracultura» en el *Diccionario de Ciencias Sociales*, Salustiano del Campo (Ed.), Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975.

“se marginan” del orden social basado en el status y hacen suyos los estigmas de los inferiores, se visten cual si fuesen “vagabundos”, son itinerantes en sus hábitos, folk en sus gustos musicales y desempeñan empleos ocasionalmente humildes. Dan más importancia a las relaciones personales que a las obligaciones sociales, y consideran la sexualidad más como un instrumento polimórfico de la *communitas* que como el fundamento de un vínculo social permanente y estructurado (...) La formulación Zen “todo es uno, uno es ninguno, ninguno es todo” expresa bien el carácter global y sin estructurar que hemos atribuido anteriormente a la *communitas*. El hincapié que hacen los hippies en la espontaneidad, la inmediatez y la “existencia”, pone de relieve uno de los sentidos en que la *communitas* contrasta con la estructura: la *communitas* pertenece al ahora, mientras que la estructura se halla enraizada en el pasado y se proyecta al futuro a través del lenguaje, la ley y la costumbre». (Turner, 1988 (1969):118)

Los beats y los hippies —sigue Turner— mediante la utilización ecléctica y sincrética de símbolos y acciones litúrgicas extraídas del repertorio de diversas religiones y de drogas que «expanden la mente», música «rock» y luces relampagueantes, tratan de establecer una comunión «total» entre ellos. Ello les permitirá o por lo menos, así lo esperan y creen, comunicarse mediante el «*derèglement ordonné de tous les sens*», en tierna, silenciosa, consciente reciprocidad y con la máxima concreción posible. La clase de *communitas* que buscan alcanzar los miembros de la tribu con sus ritos y los hippies con sus happenings no es la camaradería agradable y natural que puede darse entre amigos, compañeros de trabajo o colegas profesionales en cualquier momento: lo que ellos buscan es una experiencia transformadora que vaya hasta la raíz misma del ser de cada persona y encuentre en ella algo profundamente comunal y compartido. (Turner, *ibíd.*, 143)²

Turner desarrolla su teoría sobre la *communitas* para establecer una tipología. Así, distingue entre tres tipos: la *communitas* existencial o espontánea, la *communitas* normativa y la *communitas* ideológica. Los dos últimos tipos se definen en función del primero, que es el tipo ideal de *communitas*; así una *communitas* existencial, si no desaparece, se convierte a la fuerza en normativa, «bajo la influencia del tiempo, la necesidad de movilizar y organizar los recursos y el imperativo de ejercer un control social entre los miembros del grupo para asegurar la consecución de los fines propuestos». La *communitas* ideológica, por otro lado, es «un intento de describir los efectos externos y visibles de una vivienda externa de la *communitas* existencial y de presentar las condiciones sociales óptimas bajo las que cabría esperar que tales experiencias florecieran y se multiplicaran». (*ibíd.*, 138)

Communitas y estructura pasan a ser cualidades que permean toda formación cultural en distinta forma y grado, pero que comparte también todo individuo. Si la postura de Roszak ante los grupos contestatarios de la época depositaba en aquellos la esperanza de vencer al Goliat tecnocrático, la postura de Turner es más relativista; el antropólogo parece estar aconsejando tanto a grupos como a individuos cuando afirma que «(1) *o más sabio es encontrar en todo momento la relación apropiada entre estructura y communitas bajo las circunstancias dadas de tiempo y lugar, aceptar cada modalidad cuando sea*

2 De lo que huyen, sobre todo, es de las relaciones asépticas. La profundidad en el trato con los individuos, tanto como con la naturaleza, es un imperativo contracultural.

superior sin que ello signifique rechazar la otra, y no aferrarse a ninguna una vez que haya perdido el impulso momentáneo.» (ibíd., 145)

En estas concepciones amplias de la contracultura, su caracterización como movimiento de juventud no tiene mayor sentido que el de admitir que «más que en ningún otro estadio del ciclo vital, la búsqueda de la identidad es una actividad juvenil» (Laraña, 1994:ix), y que por tanto, la condición liminal de ese estadio vital implica siempre una mayor propensión a la huida, a volverse contra todo lo establecido. De otro lado, si nos constreñimos a la visión concreta de la contracultura como ese fenómeno de contestación cultural, de gran repercusión mediática que en EE.UU tuvo su máximo exponente en el hippismo —considerados a su vez herederos de la generación beat— y que en Europa se politizó localmente según la coyuntura de cada país pero se pudo enmarcar en el hito del «sesentayochismo». Preguntarse hoy por su continuidad significa plantearse su consistencia como propuesta vital —individual y colectiva—, significa cuestionarse si existe algo de esa contracultura después de la juventud.

Una conocida encuesta, descubría a los asistentes de Woodstock, años más tarde como sofisticados y adinerados *yuppies* metropolitanos. Algo que, por supuesto, no tiene nada de raro, si miramos a nuestro alrededor, o ¿por qué no? a nosotros mismos para descubrir que, con los años, es tan normal que cambie nuestro horizonte ideológico como los gustos de nuestro paladar. Esto no obsta para que algunos —los que, en aquel sesenta y ocho, más identificaban la rebelión con revolución— sientan que fueron parte de un movimiento que se ha extinguido sin resultados y hablen del «fracaso de la contracultura» o de «nuestra incapacidad para acercar la realidad a la utopía contracultural» (Green, 1985:18).

Desde luego, el mundo no parece haber cambiado a mejor en los últimos treinta años y los que ayer gritaban «no a la guerra» o «la imaginación al poder» tendrían hoy motivos de sobra para gritarlo con más fuerza. Sin embargo, esto no significa que aquellos jóvenes fueran sólo portadores de una rebelión efímera, de una protesta mecida por las olas de su amplificación mediática y absorbida luego por un Sistema que deglutió sus aspectos más peligrosos para jugar con los más superfluos. Sin entrar en la influencia y la responsabilidad del fenómeno y los movimientos contraculturales en la configuración cultural de nuestras sociedades occidentales actuales, sí podemos constatar que existe una continuidad de los mismos, que la *communitas* existencial se ha normativizado en cierto grado para fraguar en espacios sociales, y actitudes y estilos vitales que conforman hoy los modelos en los que miran los que discrepan. Pero, ¿siguen siendo estos estilos de vida, estas subculturas una cosa de juventud? Para responder a esta pregunta, es el momento de introducirnos en un trabajo de campo que empezó hace seis años en el Sacramento granadino y que me ha llevado por el sur y el norte, el este y el oeste de la península para conocer una serie de lugares que he llamado asentamientos alternativos, propios de una identidad colectiva de difícil denominación y demarcación pero no carente de fronteras identitarias definibles.

La diversidad de autodenominaciones desgranadas por mis informantes en nuestras conversaciones para referirse a esa forma de comunidad emocional redundan en una serie de marcadores identitarios más o menos explícitos: «peñita», «peña», «gente de la movida», «gente que viva... así de una forma alternativa» o «gente alternativa», «gente que viva en tipis», «gente que se mueva con caballos», «gente Rainbow», «rulantes», «gente de la calle», «comuneros», «gente consciente», etc.

El hecho de vivir en tipis³, el constante moverse, el continuo viaje, pero de forma especial —atravesando, por ejemplo, España entera a lomos de un caballo—, el compartir y socializarse en ese «mundo de la calle», la experiencia alucinógena, el vivir en comunidad y el asistir a encuentros *rainbow*⁴, son todos ellos modos que componen este particular estilo de vida. Los actores que habitan en aquellos asentamientos alternativos se han socializado en algunos o todos estos modos. Lo que comparten todas estas experiencias es su negación del modo de vida establecido, de la ortodoxia, que encuentra su paradigma en la vida urbana (burguesa o proletaria), en *Babilonia*, donde todos somos cómplices y partícipes de la locura imperante. De la misma forma que «uno no es un *tramp*⁵ si no ha estado en el *talego*» (Spradley, 1975:), «Es muy difícil ser *rainbow* (aquí podríamos poner alternativo o consciente) viviendo en la ciudad».

Estamos, empero, ante un grupo en el que impera la heterogeneidad, donde los ejes de exclusión y diferenciación se levantan a la par que los ejes de solidaridad. De esta forma, hay alternativos más laicos frente a otros más espirituales, unos con ingresos exógenos y asegurados («hippies⁶ de tarjeta») frente a otros más precarios y autodependientes, *guiris* vs. españoles, visitantes («hippies de fin de semana») vs. habitantes, etc., etc. No es casualidad que los dos asentamientos más conocidos del circuito, Beneficio en las Alpujarras granadinas y Mataveneros en León sean lugares con diferencias considerables. El primero con un énfasis mucho más marcado en lo espiritual, un lugar sin aparentes pretensiones de continuidad —aunque lleva más de diez años subsistiendo nadie sabe de qué manera—, de clima suave en el que la vivienda predominante es el tipi (un «tee-pee valley» o «tee-pee village») con una mayoría anglosajona, sin relación legal alguna con el entorno convencional y poco intercambio de cualquier otro tipo; un lugar donde «el que llega, viene a pararse, a no hacer nada». El segundo, un pueblo de mayoría alemana, de clima árido e inviernos incomunicados, con una escuela, una tien-

3 El tipi (en inglés tee-pee) es la vivienda por excelencia de algunos pueblos indios norteamericanos como los sioux. Se trata, como los mismos encuentros *rainbow*, de una importación de la contracultura norteamericana. Vivir en tipi durante algunos meses es una experiencia transformadora. Le lleva a uno a preocuparse en el día a día por tener leña siempre seca en un lado, ir a por agua a un arroyo o manantial varias veces al día, aprender a mover las «orejas», mejorando la salida del aire para no ahumarse con el fuego de su interior, y en definitiva, significa vivir en una casa sin esquinas, dormir en un colchón de hierba y tener un aseo con las mejores vistas a la montaña. El tipi no es desde luego una vivienda cómoda si un individuo quiere asentarse en algún lugar por más de un año, pero he conocido a personas que habían vivido en tipi los últimos cinco, diez y hasta quince años.

4 El *Rainbow* es otra importación contracultural norteamericana. Surgió en EE.UU en 1970, cuando unas veinte mil personas se reunieron para «celebrar y rezar por la Madre Tierra en la sagrada catedral de la Naturaleza», en una montaña sagrada para los indios del estado de Colorado. Tras aquel primer encuentro, que había sido organizado por la recién fundada «Rainbow Family of Living Light» que tenía pretensiones de ser un evento aislado y único, empezaron a celebrarse espontáneamente encuentros anuales y luego de menor periodicidad. En 1982, se celebró en Europa el primer encuentro *Rainbow*, y en 1987 en España, en los montes de León. Para los interesados en profundizar sobre este movimiento, existe una página de internet que recoge información más que exhaustiva sobre el mismo en los EE.UU: <http://www.WelcomeHome.org/rainbow.html>.

5 El *tramp* o *hobo* es el habitante «de la calle» en el mundo anglosajón.

6 La palabra *hippie* tiene connotaciones despectivas tanto en el mundo anglosajón como en España, y suele ser usada en proposiciones despectivas. En nuestro país ha ido acompañada normalmente del adjetivo «guarro».

da y un «bar» (en el que, por supuesto, no se sirve alcohol!), donde se celebran consejos para decidir sobre los asuntos de interés colectivo tales como aceptar o no a un nuevo habitante.

Tras esta breve introducción sobre los que yo entiendo como máximos representantes, hoy día, de la tradición contracultural en nuestro país, volvamos a nuestra pregunta principal: ¿Son o no son jóvenes estos alternativos? o ¿son exclusivamente jóvenes?

Recurro, en primer lugar, a un censo de antropólogo para intentar responder a la pregunta. Se trata de un censo realizado al hilo del trabajo de campo, fruto de la observación participante y no producto de encuesta alguna y, por tanto, antes que estadísticamente significativo, pretende ser tan sólo ilustrativo. El censo se compone de unas doscientas entradas, entre las cuales los hombres con un 65% están sobrerrepresentados y los niños (de 0-15 años) están subrepresentados alcanzando apenas un 10%⁷. Los datos fueron recogidos mayoritariamente entre los años 1995 y 96, y por aquel entonces la distribución por edad arrojaba una tabla como la que sigue:

TABLA I

Intervalo de edad	nº individuos	% sobre total
0-5	7	4,09%
5-10	2	1,17%
10-15	4	2,34%
15-20	5	2,92%
20-25	29	16,96%
25-30	51	29,82%
30-35	30	17,54%
35-40	23	13,45%
40-45	12	7,02%
45-50	3	1,75%
50-55	3	1,75%
55-60	0	0,00%
60-65	2	1,17%
más de 65	0	0,00%
TOTAL	171	100,00%

Podemos comparar mis datos con los de otro estudio sobre comunidades contraculturales urbanas y rurales realizado en el Reino Unido en 1990.

7 El índice de natalidad en los asentamientos alternativos es altísimo. En Mataveneros se jactan de hecho de tener el índice de natalidad más alto de España. Lo cual no es extraño si tenemos en cuenta que estos lugares ofrecen el atractivo para mujeres embarazadas que quieren hacer parto natural de contar con un buen número de comadronas y mujeres experimentadas en esas lides.

TABLA 2

Menores de 20 años	1,5 %
20-29	15 %
30-39	47 %
40-49	32 %
50-59	3 %
mayores de 60 años	1,5%

FUENTE: Pepper, D. «Communes and the Green Vision»

La encuesta de Pepper aún mucho más que mi censo arroja unas cifras de comuneros o alternativos maduros, adultos, la mayoría situados entre los 30 y los 50. En su encuesta, la subrepresentación de la infancia y el pequeño peso del intervalo propiamente juvenil, arroja unas cifras demasiado parecidas a la pirámide de edad de la sociedad total como para sospechar del carácter alternativo o contracultural de las comunidades donde se ha realizado la encuesta. En todo caso estos datos poco dicen por sí solos. Más hablarían si los cruzáramos con otra variable fundamental: el número de años que el individuo lleva «fuera», o viviendo una vida alternativa⁸. De esta forma —aunque mi censo no llegue tan lejos— podríamos comprobar que entre los adultos la veteranía contracultural es mucho mayor que entre los jóvenes, o lo que es lo mismo, que la edad de «ingreso» en estos estilos de vida es ciertamente la juventud, y que se confirma la continuidad de aquellos que ingresaron hace una o dos décadas. Un informante lo exponía de forma rotunda: «Después de cinco años en una vida como esta ya no hay vuelta atrás». Otra cosa es que esa veteranía, ese crecer como contraculturales no comporte cambios. Los primeros años en estos circuitos contraculturales son la continua fiesta. He conocido a jóvenes con una actitud compulsiva, depredadora, desarraigada y despreocupada más allá de toda duda, haciendo suya la famosa sentencia de Sid Vicious «Vive deprisa y deja un cadáver bonito». Una actitud similar a la de los jóvenes convencionales en esos fines de semana de «marcha continua», pero con la diferencia que en este caso el fin de semana dura siete días.

Tras tan largos fines de semana, es, sobre todo, el hecho de tener hijos tempranamente, lo que pone un alto en ese camino, lo que impone unas condiciones —aunque mínimas— de estabilidad. Una vez que el viaje hace una parada larga, que la lona de los tipis se cambia por muros más sólidos, la relación con el entorno social también cambia. Danielle Rozenberg, en una monografía sobre la contracultura en Ibiza señala,

Los «inmigrantes utópicos», para los que el antiguo y autosuficiente mundo agrario encarnaba la esperanza de «otra vida», se vieron forzados a reconsiderar su modalidad de inserción social en la isla. Confrontados con la imposibilidad de subsistir al margen de los circuitos económicos locales, optan por una integración relativa y reservan la esfera extra-laboral para promover lo esencial de sus elecciones alternativas». (Rozenberg, 1990:40).

8 Dentro/fuera es, desde luego, un eje relativo, pero que, al igual que la autopercepción identitaria, es fundamental desde la perspectiva *emic* para hallar sentido en los proyectos vitales de los actores.

Más allá de censos y de factores biocronológicos se pueden sacar ciertas conclusiones sobre la especificidad de la juventud contracultural comparándola con la juventud convencional. Para ello me voy a valer de un reciente estudio sobre la juventud española realizado por un equipo dirigido por Ruiz de Olabuénaga donde se extraen una serie de características de los jóvenes españoles de nuestros días. Nos valdremos de algunas de las mismas para obtener en contraste un perfil de esa otra juventud.

- a) la «reclusión escolar» —«De los cuatro a los veinticuatro la juventud española es una sociedad escolarmente recluida en la que el colegio, y el instituto, la escuela técnica y la universidad ocupan el puesto central por antonomasia»—,
- b) la conocida prolongación de la estancia en la casa de los padres y de la dependencia económica,
- c) la fragmentación ética y el individualismo ideológico «por el que cada uno rompe en solitario o en pequeños usos, con el resto del mundo y de la sociedad creyéndose legitimado para ello». Tras esta fragmentación —afirman los autores del estudio— «no encontraríamos ningún grupo sustancial, aún minoritario, que abarcase en su conjunto (los cánones fundamentales de un hipotético Decálogo ético)».

Vayamos por partes en nuestras comparaciones. El punto a) es desde luego una de las principales diferencias del género de vida juvenil convencional con el contracultural. En Beneficio, había un verdadero rechazo por escolarizar a los niños, lo cual se convierte en el primer motivo de posicionamiento «fuera de la ley» y de la moral establecida. Más de un padre me preguntó por la existencia y la posibilidad legal de la figura del tutor, otros (unos padres alemanes) no querían ni registrar a su primer hijo recién nacido, mientras eran persuadidos por un español de las ventajas económicas derivadas de hacerlo. En todo caso, son minoritarios, entre jóvenes y adultos, aquellos que han acabado una carrera o que han continuado los estudios más allá de los dieciocho años.

En cuanto al trabajo, se procura en estas *communitas* el aprendizaje temprano de estrategias para «buscarse la vida». La artesanía, la música o los malabares son claves en esa estrategia. «Ir a la fruta», durante unos meses al año, suele ser también un trabajo aceptado. En general, cualquier tipo de «trapicheo» es válido en un entorno de precariedad asumida. No obstante, el Estado por medio de pensiones, sobre todo en el caso de los británicos, los alemanes o los nórdicos, y los padres —en última instancia— están detrás para asegurar un colchón mínimo de seguridad a sus hijos y nietos.

La gran diferencia entre los jóvenes contraculturales y los convencionales es su actitud frente al trabajo. Lo último que un joven contracultural quiere en la vida es un trabajo estable y duradero, porque su primera renuncia se dirige a las metas que un trabajo estable y duradero persigue: seguridad y confort. Estos que son los pilares de la vida burguesa, son criticados por los contraculturales en un discurso parecido al proclamado por uno de los fundadores de la doctrina del personalismo, Emmanuel Mounier.

«El hombre que ha perdido el sentido del Ser, que no se mueve más que entre cosas utilizables, despojadas de su misterio. El hombre que ha perdido el amor; cristiano sin inquietud, incrédulo sin pasión, hace tambalear el universo de las virtudes, en su loca carrera hacia el infinito, alrededor de un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social: dicha, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, confort. El confort es, en el

mundo burgués, lo que el heroísmo era en el Renacimiento y la santidad en la Cristianidad medieval: el valor último, móvil de la acción» (Mounier, 1991 (1961): 22.)

He aquí el segundo factor fundamental de diferenciación b). La ruptura con la familia suele ser temprana y no poco conflictiva. Tan temprana como la experiencia de la maternidad/paternidad. Ambos «rites de passage» son determinantes en la trayectoria vital de los individuos, precipitadores en una prematura adultez.

La juventud convencional o contracultural puede ser vista como fragmentada en una multiplicidad de estilos de vida, pero existen momentos o experiencias que atraviesan toda vida sea cual sea el molde en que esta es proyectada y vivida. El abandono de la casa paterna, la experiencia de la maternidad (mucho más importante en mujeres que en hombres), y lo que podríamos llamar el advenimiento de la conciencia de la muerte y de la escasez de nuestro tiempo (que puede llegar más tarde o más temprano, pero siempre llega) son todos ellos parteaguas determinantes en la autopercepción y la heteropercepción de la juventud.

En cuanto a la fragmentación ética c), se trata de algo que en nuestras sociedades trasciende la población juvenil para convertirse en un fenómeno trasgeneracional. Se trata de algo relacionado con lo que Giddens ha llamado la muerte de la tradición y de la naturaleza.

«Vivir tras el fin de la naturaleza, tras el fin de la tradición nos brinda muchas oportunidades pero también genera muchos dilemas, angustias y dificultades; probablemente las angustias clave de nuestra época» (Giddens)⁹.

Lo mismo que el desencanto, el desconcierto tampoco es ya patrimonio exclusivo de la juventud. Banalidad, laxitud moral, nihilismo, son las notas características de una sociedad que sufre una crisis de sentido y de identidad generalizadas. Existen, no obstante, paralelos a los caminos sin rumbo, sendas de sentido en esta sociedad, caminos de coherencia y compromiso. Mi experiencia entre las filas de la contracultura, como la de la generalidad de los actores con los que he convivido, es la de la forja de una conciencia. Como vimos anteriormente, conciencia es una palabra clave en el vocabulario contracultural, central incluso como marcador identitario. El «ser consciente» separa el noso-

9 Citado en una conferencia que lleva por título «Un Mundo Desbocado». CLIFORD GEERTZ hace referencia a la muerte de la tradición, como muerte de la religión. «Si nuestro aparato de explicación (el complejo de estructuras culturales recibidas, como nuestro sentido común, la ciencia, la especulación filosófica, el mito, de que uno dispone para orientarse en el mundo empírico) no logra explicar cosas que claman por una explicación, tiende a crear en nosotros un profundo desasosiego; trátase de una tendencia más difundida y de un desasosiego más profundo de lo que a veces suponemos desde que fue destronada por la razón la visión pseudocientífica de la creencia religiosa.» (1988:97). Otros autores inciden en el mismo problema y sus diferentes variantes: HUXLEY y WHITMAN coinciden en que «el gran problema de la humanidad es la búsqueda del estado de Gracia». La conducta y comunicación del ser humano están corrompidas por el engaño y el autoengaño intencionados y por la autoconsciencia, lo que ha llevado a la pérdida de armonía y la creciente incapacidad de comunicación con la naturaleza.» (Fericglá, 1989:15). Y VICTOR TURNER es aún más explícito: «La crisis de nuestra cultura se debe a una enfermedad de estas vías de comunicación (simbólicas y mitopoyéticas): a una pérdida progresiva del contacto con el inconsciente, hecho que se refleja en la pérdida de la función profunda o de «condensación» del símbolo (Citado en Fericglá, 1989:17).

tros del ellos. Frente a la consciencia, en las vidas y los asentamientos alternativos, se levanta la confusión en *Babilonia*, que se desgrana en el culto a la apariencia, a la hipocresía, a la autodestrucción, a la apatía inerte. No obstante, antes que una visión milenarista, existe un optimismo generalizado propio del pensamiento utópico, materializado en la esperanza de un «despertar general de las consciencias». La forja de la consciencia, el crecimiento interior o la búsqueda del espíritu —«seekers» o buscadores es otra etiqueta habitual con que se ha bautizado a estos estilos de vida— son caminos espinosos, itinerarios con entradas y salidas, en los que el desencanto y la duda tienen constante carta de aparición. Se lucha contra una socialización concebida como enfermiza, productora de mil baches y bloqueos¹⁰. En esta lucha, la percepción de la «locura del mundo», de lo errado de las vidas convencionales, se convierte en su gasolina fundamental.

* * *

Los jóvenes contraculturales, a pesar de aquellos apelativos de «niños de las flores», que enfatizaban la condición de eterno presente de la infancia, sin más horizonte que el «aquí y el ahora», son por el contrario adultos prematuros. Enfrentados, mucho antes que los otros, al exilio de la casa familiar (que no a la ruptura económica con los padres), al abandono del mundo de la educación formal, a la velocidad depredadora del mundo de la calle, a viajes transformadores, a la experiencia de la maternidad/paternidad temprana, maduran a golpe de timón. A pesar de esa prematura madurez, tienen por otro lado, asegurada una especie de eterna juventud. Lejos de los riesgos de la vida sedentaria y urbana y de los encasillamientos sociales y mentales, florecen cuerpos y mentes mucho menos castigados. La preocupación por la salud, por una alimentación sana, por un entorno de sencillez y alegría, las terapias y gimnasias corporales, la vida al aire libre, el viaje frecuente, la curiosidad insaciable, el arte, la música, el compromiso, características predominantes de estos estilos de vida, ralentizan ciertamente el envejecimiento. Niños que son como padres y padres que son como niños. ¿Podría ser de otra forma en el «mundo del revés»?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FERICGLÁ: 1989, *El Sistema dinámico de la cultura y los diversos estados de la mente humana: bases para un irracionalismo sistémico*, Anthropos, Barcelona.
- GEERTZ, C.: 1988, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- GREEN, R.: (Ed.), 1985, *El canto del cisne: autocrítica de la cultura*, Zaragoza: Secretariado de Publicaciones de la Universidad.
- JOHNSTON, H.; LARAÑA, E., y GUSFIELD, J.: 1994, «Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales» en LARAÑA, E., y GUSFIELD, J. (Coord.): *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid. Academia. CIS.

10 Beneficio es concebido como un «Healing Place», no sólo para los que allí llegan, muchos de los cuales expresan su condición de enfermos que vienen a curarse, sino como un lugar que irradia energía en un radio indefinido para sanar a la Tierra y a los seres que en ella habitan. Esta no es una visión lejana a la de los monasterios, donde monjes y monjas se curan en la gracia de Dios, pero además rezan por la salvación del mundo.

- MELVILLE, Keith: 1980, *Las comunas en la contracultura. Origen, teorías y estilos de vida*, Kairos, Barcelona.
- MOUNIER, E.: 1986 (1961), *Manifiesto al servicio del personalismo*, Taurus, Madrid
- ROSZAK, T.: 1973 (1968), *El nacimiento de una contracultura: reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*, Kairós, Barcelona.
- ROZENBERG, D.: *Ibiza, una Isla para otra Vida*, Madrid. CIS.
- RUIZ DE OLABUÉNAGA, J.: (Dir.), 1998, *La Juventud Liberta. Género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao.
- TURNER, V.: 1988 (1969), *El proceso ritual*. Taurus, Madrid.

Teorías y delincuencia juvenil

LUIS BUCETA FACORRO*

Así es como el problema de rastrear las motivaciones psíquicas del hecho delictuoso del menor ha de conectarse con la indagación exhaustiva de su emplazamiento vital en su circunstancia social y familiar.

Dr. PEDRO DAVID
Sociología Criminal Juvenil

Indudablemente y tal como ya se afirma y acepta en Ciencias Sociales, no hay «nada tan práctico como una buena teoría». Sin embargo, también es verdad que los planteamientos teóricos pueden conducir a entelequias y disquisiciones sin credibilidad y sin relación con los fenómenos que pretenden explicar.

No creemos que exista una separación radical entre teoría y realidad ya que la teoría tiene que estar basada en una realidad empírica y asimismo, en la observación y estudio de la práctica, por lo cual, teoría y práctica deben encontrarse en una constante interrelación. Esto nos lleva a pensar que hablar de teorías en criminología y tener en cuenta estas teorías para analizar el fenómeno de la delincuencia juvenil no es una cuestión banal, sino que por el contrario, la teoría o las distintas teorías permite que nos acerquemos a la predicción y explicación de los hechos y, con ello, apoye el campo de la práctica como estímulo inspirador para acciones concretas de intervención.

Tradicionalmente, han existido tres grandes teorías: De una parte, la teoría de la anomía, que se fundamenta en la creencia, dentro de la sociedad occidental de que el individuo se ve presionado a buscar ciertas aspiraciones y, sin embargo, no puede acceder a los medios convencionales para lograr esas metas. Se fundamenta, pues, en un proceso motivacional de nivel de aspiración alto para alcanzar un buen puesto de trabajo, un estatus destacado, poder, una situación económica amplia, éxito, prestigio, etc., y, sin embargo, carece de una igualdad de oportunidades para alcanzarlo, por lo cual al no tener medios legítimos para alcanzar esas metas sociales, utilizaría medios ilegítimos que se consideran, en esta sociedad, delictivos. De otra, la teoría de la asociación diferencia y aprendizaje social que se basa más en la importancia del concepto de interacción bien entre personas y, muy especialmente, dentro de los grupos pequeños. La conducta delictiva se aprendería a través de la interacción con personas o grupos que tienen actitudes y tendencias delictivas. Por último, la teoría del control social, según la cual la delincuencia

* Universidad Complutense de Madrid y Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid.

sería consecuencia del fracaso de la socialización en los individuos, es decir, la sociedad a través del proceso de socialización busca la adaptación a lo que se considera normal en la estructura social vigente, aceptando y respetando las normas a través de las cuales funciona. Sin embargo, en algunas situaciones se produce una socialización deficitaria, por lo que el individuo no se siente vinculado con el mundo convencional y sus motivaciones y tendencias se manifestarán, sin ataduras sociales, en la consecución de objetivos deseados, sin respetar las normas establecidas.

Desde nuestro punto de vista, creemos que estas clásicas teorías son incompletas y, por consiguiente, dan explicaciones parciales aunque pueden ser verdaderas, pero constituyen solamente, cada una de ellas, distintas variables que realmente pueden confluir y, normalmente, confluyen conjuntamente en la explicación de la delincuencia juvenil.

Por ello es interesante analizar las nuevas tendencias explicativas que se han desarrollado en la década de los 90 y que la profesora de la Universidad española de Santiago de Compostela, Estrella Romero plasma en un magnífico estudio sobre «Las Teorías de la Delincuencia en los 90».

Las más destacadas aportaciones teóricas en esta última década del siglo, se encuadrarán en dos grandes grupos: uno, minoritario, en que prevalece la explicación mediante características innatas o neuropsicológicas de los sujetos y otro grupo, mayoritario, donde prevalecen los factores psicosociales con una concepción evolutiva y dinámica de la personalidad.

Entre las primeras está la teoría general del crimen, desarrollada por Hirschi Y Gottfredson (1986, 1994) que consideran que hay una propensión individual hacia la delincuencia y, por lo tanto, el delito es una manifestación de la naturaleza humana basada en nuestras tendencias hedonistas y egocéntricas que se consideran innatas en el individuo. Esta tendencia natural solamente se puede superar si somos capaces de contener nuestro hedonismo y egocentrismo a través de lo que ellos denominan el autocontrol, factor que se convierte en el elemento central del modelo.

El autocontrol se adquiere mediante el proceso de socialización, dando una importancia primordial a la familia como agente socializador. Un bajo autocontrol dará lugar a una personalidad con tendencia a ceder ante circunstancias que favorece el delinquir. La delincuencia juvenil se explica por ser individuos que con una socialización deficiente tienen un bajo autocontrol.

Hay que destacar que estos autores son deterministas en el sentido de considerar que el autocontrol se adquiere en los primeros años de la vida y en una vez instaurado permanece estable e influye en la conducta.

Considerar el autocontrol como característica del individuo nos parece correcto, puesto que se crea mediante la introyección de experiencias vividas, pero considerar la estabilidad permanente significa negar la posibilidad del cambio en los sujetos y psicológicamente es negar la evidencia del desarrollo de la personalidad. Precisamente por esto, este modelo no ha podido explicar la evolución de la delincuencia juvenil según la edad, ya que si bien en la adolescencia y primera juventud es el momento de las cifras más altas, posteriormente se reducen significativamente, lo cual expresa, de una forma clara que en la realidad se produce un cambio positivo en muchos jóvenes delincuentes.

Por otra parte Moffitt (1993) desarrolla una teoría en la que distingue entre delincuencia persistente y delincuencia limitada. Los delincuentes persistentes serían sujetos

antisociales desde los primeros años cuya conducta antisocial se mantiene a lo largo de su vida. Por el contrario, los delincuentes limitados sería una delincuencia propia de la adolescencia, o sea, una delincuencia juvenil limitada a la adolescencia y primera juventud que luego se integraría plenamente en la vida social.

La delincuencia persistente estaría basada en una continuación de características de personalidad producidas por déficits neuropsicológicos e inadecuados tratamientos y ajustes en los distintos grupos socializadores: familia, escuela, amigos, etc. Desde esta perspectiva se habla de niños difíciles con manifestaciones tales como carácter impulsivo, hiperactividad, falta de atención, irritabilidad, etc., que hace que estos niños tengan dificultad de adaptación en sus grupos de pertenencia, produciéndose una cadena de inadaptación en la familia, la escuela, los grupos de iguales, etc. Es indudable que la falta de adaptación en un grupo dificulta, aunque no necesariamente, la adaptación en otros grupos. Las tensiones en la familia, por ejemplo, pueden afectar a la buena adaptación en la escuela y encontrarse los sujetos con dificultades en el aprendizaje que, a su vez, les condene al fracaso escolar, el cual en una relación circular va a incidir en las relaciones familiares. De esta forma hay un proceso acumulativo o de bola de nieve que aleja, cada vez más, al sujeto de un adecuado proceso de socialización, le introduce en conductas antisociales delictivas que persisten, con mayor o menor intensidad, durante toda su vida. Para Moffitt (1993) la delincuencia persistente puede ser considerada como una forma de anormalidad psicopatológica. Esta condición de anormalidad nos llevaría a puntualizar que es adquirida, aunque tenga un punto de partida en carencias neuropsicológicas, que en parte también, entendemos, que son adquiridas mediante las primeras interacciones personales del sujeto.

Frente al carácter patológico de la conducta delictiva permanente, la delincuencia limitada a la adolescencia se considera una conducta distorsionada temporal y podría encajarse dentro de desajustes temporales en el desarrollo de una personalidad normal. La explicación de este desajuste se produce por el desfase que hay entre las fases de desarrollo biológico y la adaptación social. El proceso social es más largo y así, mientras el joven se ve con plena madurez biológica, tiene que pasar por fases de preparación para incorporarse plenamente a la vida adulta. Dentro de este desfase entre edad biológica y edad social, que produce una disonancia o frustración en los sujetos, algunos individuos pueden afirmar y expresar su autonomía a través de vías antisociales que pueden llevar a las distintas manifestaciones de conducta desviada y delincuencia juvenil. En la realización de estas conductas influye como grupo de referencia aquellos otros jóvenes delincuentes que a través de sus delitos han accedido a la satisfacción de deseos o necesidades: disfrutar de dinero, nivel de consumo, independencia de su familia, nivel de diversión, experiencia sexual, etc.

Por último señalamos la formulada por Lykken (1995) sobre personalidades antisociales entendiendo que dentro de la delincuencia en general distingue dos tipos: los sociópatas y los psicópatas. Los sociópatas serían personalidades que, teniendo una base biológica normal, por una disciplina parental deficitaria no han adquirido las normas de una socialización satisfactoria. Los psicópatas, por el contrario, son personalidades que debido a su configuración psicobiológica tienen dificultad para su socialización, incluso con padres competentes y dedicados. Los unos, sociópatas, sería consecuencia de la incompetencia de los padres, los otros, psicópatas, serían consecuencia de su propia constitución biológica.

Se considera que la personalidad del niño depende, en principio, de características psicobiológicas heredadas, que facilitan o dificultan la adquisición de normas socializadoras. Desde este punto de partida, entiende que para tener un funcionamiento adaptado a las normas sociales, es necesario un proceso de socialización que nos inculque hábitos hacia el cumplimiento de las reglas establecidas y aceptadas. Ese proceso de socialización va a depender de una constitución psicobiológica inicial y de las prácticas educativas de los padres que deben vigilar la conducta de los hijos, castigando las conductas desviadas y estimulando las conductas positivas.

Hay en este planteamiento, pues, tres factores que destacar: el componente psicobiológico del sujeto, la actuación de los padres como educadores y el ejercicio del castigo como forma de «enderazar» las conductas desviadas, porque cuando una conducta es castigada, la próxima vez en que el sujeto tenga el impulso de cometerla, sentirá miedo y se abstendrá de realizarla. Esta búsqueda del miedo, sin que deje de ser un factor a tener en cuenta, no debe ser camino central para la socialización, donde pensamos que debe prevalecer la satisfacción en el sujeto de alcanzar objetivos gratificantes dentro del ámbito del sistema social.

Destacamos que al margen de ese contenido «heredado», la plena responsabilidad de una socialización positiva o negativa se la atribuye a los padres, con su habilidad y competencia o su incompetencia para una crianza adecuada. Plantea la necesidad de un aprendizaje previo a la paternidad e, incluso, la articulación de una especie de permiso para ser padres, para prevenir el desarrollo de personalidades antisociales. No quiero pensar a qué grados de control u opresión social se puede llegar con este afán de regular y ordenar los actos esenciales y personales de la vida, que por otra parte considero no sólo ineficaz, sino contraproducente al crear una tensión y preocupación obsesiva en la labor educativa.

Frente a estas teorías en las que prevalece la herencia y lo biológico en la determinación de la conducta, existe un grupo mayoritario de teorías de carácter ambientalista, en las que los factores psicosociales constituyen la base de nuestra personalidad.

En esta línea encontramos a Thornberry (1996) con su teoría de la interacción. Previamente a su explicación, me permito incidir en la importancia psicosocial de este concepto, según el cual cuando unas personas se relacionan cara a cara, de una forma directa, inevitablemente influyen y son influidos aunque no lo quieran ni lo busquen. Psicológicamente es el fenómeno más profundo de relación e influencia. Socialmente, el elemento social más simple es la interacción entre dos personas y desde esta dimensión la interacción, cualitativamente más intensa, se da en los grupos pequeños: familia, escuela, grupos de iguales. Por eso considero esta teoría como una de las más destacadas y acertadas.

Según plantea Thornberry (1987, 1996) el individuo recibe influencias de su medio familiar, escolar, de grupo de iguales, que van a constituir estímulos para la formación de sus contenidos mentales, de sus actitudes y de su conducta, pero a su vez, la conducta del sujeto influye sobre las interacciones personales dentro de esos grupos, inicialmente causales.

Presenta, una vez más, la evidencia de la fuerte interrelación que hay entre los grupos de pertenencia, más específicamente los pequeños, y la conducta de los individuos. Como quiera que un grupo es un conjunto de conductas interactuando, las conductas des-

viadas o asociales de alguno de sus miembros van a tener repercusión, normalmente negativa, en las interacciones personales dentro de los grupos, deteriorando las relaciones personales y la posible influencia positiva de esos grupos en los individuos. De esta manera se produce un proceso de socialización o aprendizaje distorsionado por la erosión de las relaciones familiares o de la integración en la escuela, que suele suponer un mayor apego y una mejor integración en el grupo de sus iguales y, consiguientemente, con una mayor influencia sobre el sujeto en cuestión. Lo que suele ocurrir es que una vez desligado del mundo convencional, con facilidad se integrará en grupos de iguales también alejados de ese mundo y más cercanos y proclives a conductas antisociales y delictivas. La implicación con amigos desviados aumenta la posibilidad de delincuencia en el individuo.

Por su parte, Sampson y Laub (1993, 1997) plantean una concepción dinámica y acumulativa, entendiéndolo que la conducta antisocial no se limita a un período vital que normalmente se atribuye a la adolescencia, por lo que puede tener su origen ya en la infancia con la posible persistencia en algunos sujetos y su desaparición en otros. El eje central de su teoría es la posible acumulación de carencias psicosociales. Está basada en un concepto de costes y temores basados en la aceptación y satisfacción que a las personas le produce la buena integración en sus grupos sociales de pertenencia. Si el niño y el adolescente tiene lazos fuertes positivos y se siente querido y protegido por la familia, la escuela, el grupo de iguales, la delincuencia acarrea un coste mayor que si nos sentimos alienados.

Según esta teoría, los lazos y sentimientos de pertenencia y de interdependencia producen que nos sintamos poseedores de cierto capital social que tenemos perder. Estos lazos y sentimientos inhiben la aparición de la delincuencia, lo que implica que la existencia de grupos de pertenencia integradores favorecen la normalidad del individuo y cuantas más carencias existan en este sentimiento de pertenencia, mayor posibilidad de conductas antisociales. Inicialmente estas conductas pueden surgir por carencias en las interacciones en algún grupo, pero si se extiende a otros y sucesivos, se irá produciendo una acumulación que facilitará la posibilidad de conductas antisociales pero, sobre todo, que puede conducir a la persistencia en el futuro. Por otra parte, si un déficit inicial puede acarrear ciertas conductas antisociales, la integración positiva en otros grupos, ejemplo el de iguales o una relación de pareja satisfactoria, puede equilibrar y provocar un cambio en la vida del joven delincuente.

Destacan también, estos autores, y es tema casi generalizado y digno de ser tenido en cuenta seriamente, que la desventaja acumulativa puede intensificarse por el contacto con los sistemas de justicia, que mediante una calificación o etiquetado pueden dificultar la formación e integración en los grupos sociales y, consecuentemente, limitan las oportunidades para cambiar y potenciar la escalada en la delincuencia juvenil.

El modelo de desarrollo social, tratado por Catalano y Hawkins (1996) se enclava dentro de los planteamientos psicosociales del control social. Son factores psicosociales los que pueden generar este tipo de conductas. En este sentido, se señala y distingue dos grupos de factores: factores de riesgo y factores de protección. Estos factores son mecanismo que van a favorecer conductas antisociales o conductas prosociales. Los comportamientos prosociales o antisociales se generan cuando el individuo se vincula a medios sociales en los que predominan esas conductas. Integrarse en una familia en la que pre-

dominen conductas prosociales generará en los jóvenes comportamientos prosociales. Por el contrario, la convivencia en una familia en la que dominen conductas antisociales perjudicará el desarrollo de este tipo de conductas.

La integración positiva en los grupos primarios de familia, escuela y amigos es fruto de las interacciones que tenga con los otros miembros del grupo. Si las interacciones son percibidas como satisfactorias y recompensables, el joven sentirá apego a su entorno y se implicará en el mismo. Hay factores extrínsecos que influyen en las características de los grupos implicados. Son factores tanto de carácter biopsicológico, como la hiperactividad que puede influir en que el sujeto sea incapaz de percibir oportunidades de interacción prosocial, como de carácter económico social, tales como la pertenencia a estratos desfavorecidos que pueden ofrecer oportunidades para la integración en grupos antisociales.

Una vez más, esta teoría considera que en las diversas fases de desarrollo prevalece la influencia y significado de cada grupo primario. En la etapa de preescolar, el vínculo fundamental es el de la familia y según sean esas figuras familiares se propiciarán unas u otras conductas. Posteriormente, la escuela va adquiriendo importancia, por lo que su integración positiva y gratificante en las diversas actividades escolares facilitará la conducta prosocial y puede ser equilibrante en relación a posibles situaciones de relación con personas de tendencia antisocial en la familia. Por último en la adolescencia, sabemos que el grupo prevalente en el proceso de socialización es el de amigos, el de sus iguales, que puede tener un signo prosocial o antisocial, dependiendo de las actitudes y conductas que en ese grupo predomine.

Hay que resaltar que estas etapas, si bien hay un devenir temporal se interrelacionan entre sí y coexisten juntas en la vida de las personas porque no son contradictorias sino concurrentes. El adolescente es miembro de una familia, de una escuela y de sus grupos de amigos, por lo que la adaptación positiva en uno de ellos, especialmente, por ser el inicial, en la familia, facilitará la adaptación en la escuela y la búsqueda de amigos de carácter prosocial. Por el contrario, si la convivencia en la familia supone relación con personas de conductas desviadas puede originar esta misma tendencia en el sujeto, que dificultará su adaptación en la escuela y puede originar que también tienda a buscar amigos de la misma condición, con lo que la posibilidad de conductas antisociales es grande. Al hilo de este planteamiento, quiero resaltar que el equilibrio y la adaptación no es un concepto de todo o nada en cada uno de los grupos, hay matizaciones y grados, pero, además, una positiva vinculación a un grupo puede compensar situaciones de riesgo de otro u otros grupos. Un sujeto que se encuentra en un grupo donde prevalecen los factores de riesgo, puede evitar caer en conductas antisociales por integrarse favorablemente en otro u otros grupos en los que prevalecen factores de protección para él gratamente satisfactorios. La influencia y los efectos son recíprocos y suponen una interrelación equilibrante.

Dentro de este modelo de desarrollo social, podemos considerar como una variante, el modelo de la coerción de Patterson, Reid y Dishion (1992), que viene a destacar la importancia que en la primera fase de la infancia tiene el estilo de vida en la familia y, específicamente, las prácticas disciplinarias del medio familiar. La experiencia de las interacciones dentro del medio familiar van a ser fundamentales para la visión del significado de las personas. En palabras de Rockeach es donde se van a adquirir las creencias primitivas hacia el mundo y las personas, que van a constituir lo que consideramos las actitudes radicales, que si bien pueden modificarse, van a ser la impronta inicial, el pun-

to de partida en la vida de los sujetos. No es de extrañar que estos autores le llamen a esta fase de entrenamiento básico.

Vuelven a incidir en el proceso dinámico a través de la escuela y los amigos y que esta progresión puede ser de un signo o de otro, según la tendencia inicial de los sujetos. Sin embargo, señalan que esta progresión a lo largo de estas etapas no es inevitable sino más bien probabilística. La interrelación y compensación entre situaciones queda, también, patente en esta variante de la coerción.

Por último, señalamos el meritorio esfuerzo que realiza Agnew (1985, 1992) con su teoría general de la anomia que realmente es una revisión de la tradicional teoría de la anomia, superando algunos de sus planteamientos, basada en un análisis psicosocial y centrada en las relaciones interpersonales como fuente de estrés o de tensión.

Si en las interacciones con los otros, el sujeto siente que no es tratado como desearía o que no alcanza las satisfacciones deseadas se producirán unas relaciones interpersonales negativas que dan lugar a efectos negativos en el sujeto y, como consecuencia, pueden aparecer conductas antisociales y delictivas. Toda frustración que dé lugar a situaciones aversivas en la familia, la escuela, con los iguales pueden ser causa de relaciones negativas. El sujeto puede enfrentarse y afrontar estas experiencias estresantes o bien quitándole importancia a la situación aversiva o bien percibiéndose a sí mismo como merecedor de dicha situación. Este sistema cognitivo de percepción de los acontecimientos o de sí mismo son mecanismos equilibradores, salvo cuando el sujeto considera que son injustas, en cuyo caso las experiencias negativas son estresantes. Estas experiencias negativas son la causa de conductas antisociales mediante mecanismos de evasión como faltar al colegio o huir de casa o mediante la alteración de su estado anímico a través, por ejemplo, de las drogas.

Como factores de estabilidad, que sirven lo mismo para explicar la permanencia y continuidad en la delincuencia como la existencia de una conducta adecuada, hay que tener en cuenta diversas características temperamentales, entre las que destacamos la resistencia a la frustración. Este concepto lo consideramos central para la delincuencia juvenil, ya que una mayor resistencia a la frustración implica una mayor capacidad para resistir situaciones aversivas y experiencias estresantes, por el contrario una menor resistencia a la frustración implica menor capacidad para resistir esas situaciones y, consiguientemente, un estrés intenso que facilita conductas antisociales, equilibradoras para el sujeto.

En este mismo sentido, encontraríamos aquí la explicación del repunte de conductas antisociales en la adolescencia y, así, también, en cierta manera lo plantea Agnew, pues la adolescencia es una edad de frustraciones, con abundantes situaciones contradictorias que, en muchas ocasiones resultan aversivas, tales como mayor capacidad para percibir la realidad, mayores exigencias, familiar y académicamente, la aparición de capacidades y deseos difíciles de satisfacer o cuya satisfacción produce una disonancia con las creencias o usos sociales que le exige la sociedad adulta. Paralelamente, la consecución de algunos de estos objetivos satisfactoriamente es también el camino para la no persistencia en conductas antisociales, produciéndose el cambio a una situación positiva.

Estas teorías que, reitero, están bien formuladas y son valiosas aportaciones, representan distintas visiones de las causas de la delincuencia, pero sólo son diferentes variables que sería inadecuado considerarlas como causa suficiente, exclusiva y excluyente de

un problema social como la delincuencia juvenil. Es preciso buscar un sentido de concurrencia que nos ofrece una perspectiva más compleja y de interrelaciones de las múltiples variables que inciden en esta cuestión.

Dentro de las limitaciones de un artículo quisiera hacer unas consideraciones finales a estos intentos de explicación teórica.

Aceptando la existencia de factores neuropsicológicos que pueden afectar a una conducta inadecuada como consecuencia de la influencia de características neurológicas que dominan, y de alguna manera determinan, lo psicológico, tenemos que entender que estamos dentro de anormalidades psicopatológicas y, consiguientemente, en un campo en el que lo fundamental es la curación en el sentido más expreso de la palabra. Las conductas desviadas o delictivas no pueden considerarse delitos, por ser personas enfermas y, desde un punto de vista psicosocial, no entrarían en el concepto de delincuencia juvenil. Las medidas de curación entran dentro de las Ciencias Médicas, entre las cuales se puede considerar la Psicología Clínica, pero fuera de las que entendemos por Ciencias Sociales.

Rechazamos de forma categórica cualquier planteamiento que considere la existencia de una fuerza innata en la naturaleza humana y que el delito es una manifestación de la propia naturaleza, que responde a motivaciones perversas. Sería tanto como señalar que lo natural es la tendencia del "mal" y que el esfuerzo que hay que realizar es llevar a las personas a conseguir un autocontrol que le apartaría de esa tendencia. Esta especie de instinto perverso entraría dentro de la explicación simplista de los instintos, hoy radicalmente superada, además de ser una triste y pesimista concepción de la naturaleza humana, que no hay razones para ser admitida. Incluso estos planteamientos al explicar cómo se consigue una tendencia positiva, afirman que el autocontrol necesario se adquiere a través de la socialización, especialmente la familiar.

La delincuencia juvenil tiene un origen social, como prácticamente todas las teorías descritas admiten. Son factores psicosociales los que llevan a conductas individuales o sociales de carácter desviado que pueden convertirse en delictivas. La delincuencia juvenil hay que buscarla, en sus causas, en factores de falta de recursos personales, de carácter económico, educativo, de afecto, de relaciones que crean una situación desfavorecida para la igualdad de oportunidades. Tanto los factores de riesgo como los de protección se producen mediante la convivencia en los grupos en general y, muy especialmente, en los pequeños o primarios: la familia, la escuela, la Iglesia, los amigos. La mayoría de los delincuentes proceden de estratos marginales con todo tipo de carencias. La proporción disminuye significativamente a medida que sube el nivel social, cultural y educativo.

Desde esta perspectiva psicosocial, quiero destacar como, prácticamente, todas las teorías señalan, en el proceso de socialización, como responsables a la familia, la escuela y el grupo de iguales o de amigos, en sentido amplio. Para todos la familia, por ser el grupo inicial, es la mayor responsable de la existencia de factores de riesgo o de protección y ahí empieza el proceso de adaptación o aversión. Es cierto que todo empieza en la familia, pero no es menos cierto que no constituye el único grupo responsable y, efectivamente, señalan un proceso en el que entran la escuela y los grupos de iguales. Quizá por la procedencia de los autores y las características socioculturales en que se mueven han ignorado la influencia que ha ejercido y ejerce, aún hoy, específicamente en los estratos socialmente más bajos, las iglesias con sus planteamientos morales y religiosos. En

nuestras sociedades iberoamericanas, la Iglesia y la religión aún tienen una influencia significativa en el proceso de socialización.

Tradicionalmente los tres grupos señalados y en los que inciden todos los autores, han representado factores centrales y determinantes de socialización sin que se pueda señalar, cualitativamente, un orden de prelación, aunque por su carácter de aparición y de intensidad de las interacciones, en principio, la familia es la más significativa. Sin embargo, a medida que surgen los grupos de iguales, llega un momento en que, normalmente, tienen más significado, en cuanto a valoraciones e inclinaciones la interacción en estos grupos. La escuela, grupo más formal, pero donde el niño y el adolescente pasaba muchas horas aporta una influencia complementaria muy destacada. La Iglesia, en estas sociedades, era fuente de reglas y exigencias que trascendía al propio grupo e impregnaba a los otros grupos. Sin embargo, pensamos que hoy, de una parte, han aparecido otras fuentes de socialización de una influencia individual y social dominante y de otra, el orden de significación de los grupos se ha trastocado. Las nuevas fuentes de socialización, como fenómeno propio de nuestro tiempo, las podemos englobar en los medios de comunicación social o de masas, que llegan a los más recónditos lugares y entran abiertamente en el seno de la familia. Las teorías estudiadas no entran en esta consideración y estimo que hoy no se puede hablar de la creación de factores de riesgo y de protección o de grupos positivos o negativos que favorecen la adaptación o la aversión, sin tener en cuenta a estos medios entre los que destacamos la televisión e Internet.

Tengamos en cuenta que un niño español, según los estudios realizados, está más horas delante del televisor que en la escuela: Entre mil y mil quinientas al año ante el televisor, mientras que en la escuela permanece de ochocientas a novecientas en un curso, a lo que hay que añadir que la escuela dura unos nueve meses con vacaciones y fines de semana y la televisión se ve todos los días del año. Como quiera que la influencia religiosa, en nuestras sociedades occidentales, ha llegado a grados ínfimos y, en los adolescentes, podemos considerarla inexistente, la influencia que afecta y abarca a familia, escuela y grupos de iguales es la de los medios de comunicación.

No es este el momento de analizar la influencia de estos medios, sencillamente manifestamos que no se puede explicar el significado en la socialización de los tres grupos citados, sin tener en cuenta a la televisión, el vídeo, la radio y, de ahora en adelante, el ordenador, con las posibilidades de navegar y vivir la realidad virtual. Desgraciadamente la familia ha disminuido en su influencia sobre los niños y los jóvenes y su autoridad está en entredicho y la acción de los padres se encuentra muy limitada, en parte por los modelos de vida que propugnan los medios de comunicación y, también por el error de confundir autoridad con autoritarismo, concepción ésta que afecta por igual a la escuela. Simplemente y sin más consideraciones, quiero dejar patente que hoy el orden de influencia se ha alterado y, si hasta bien entrado el siglo XX, el orden, a modo indicativo, de la importancia relativa de los grupos era la familia, la Iglesia, la escuela y los amigos o la calle, hoy se ha alterado y estaría, con matizaciones, en los medios de comunicación, la calle, la familia, la escuela y la Iglesia. Este cambio hay que tenerlo en cuenta a la hora de formular nuevos estudios sobre la socialización en general y la delincuencia juvenil en particular.

Hay que hacer hincapié en la interrelación que hay entre los diversos grupos, de forma que unos pueden complementar a otros y las interacciones negativas en unos pueden

ser compensadas por interacciones positivas en otros. No se puede considerar que la aversión creada en un grupo ya se traslada a los demás grupos como en una cadena irreversible. La capacidad humana permite compensar y conseguir desde interacciones negativas en un grupo, interacciones positivas en otro u otros que rompan esa continuidad de proceso necesario, para convertirla en un proceso probabilístico que ofrece muchas posibilidades para una socialización positiva con situaciones compensatorias que ayudan al logro de personalidades equilibradas.

Nuestra sociedad se preocupa más de la intervención cuando aparecen los problemas, que de la prevención para que no ocurran o queden limitados a casos excepcionales. En relación a la delincuencia juvenil, esto queda de manifiesto en la búsqueda de soluciones después de que ya tenemos delincuentes, pero no se estudian formas que favorezcan la no aparición de estos delincuentes. Los miles de millones en situación precaria, sin cubrir las mínimas necesidades primarias, constituyen un campo de cultivo para familias incorrectas, abandono de niños, abandono del hogar por parte de los jóvenes, educación inexistente, lo que conduce fácilmente a unas personas sin vínculos de pertenencia ni sentimientos de arraigo. Este desarraigo se compensa inadecuadamente con los grupos de la calle que, abandonados, por pura supervivencia, han de desarrollar conductas antisociales. Los intentos de paliar esta trágica situación son escasos y, en la mayoría de iniciativas privada, con la indiferencia de la administración y la política de los Estados.

Realmente, para la reinserción, las instituciones existentes, en su mayoría, son inadecuadas, no responden a las exigencias de estas situaciones y, por ello producen rechazo en los jóvenes delincuentes, cuando no constituyen fuente de factores de riesgo que en vez de interrumpir el proceso que conduce a la actividad antisocial, lo favorecen y acentúan. La búsqueda de conductas prosociales ha de basarse en grupos que desarrollen factores de protección y, en estos casos, que acepten al joven de los grupos negativos, familia e iguales, para insertarlos en grupos en los que encuentren afecto, comprensión y posibilidad de enriquecimiento y desarrollo personal. Las instituciones actuales, generalmente, son inadecuadas, poco efectivas y, con frecuencia, contraproducentes. Una observación directa que realicé, precisamente con mi entrañable amigo el Dr. Pedro David, me confirmó, tristemente, esta realidad.

Desgraciadamente, la delincuencia juvenil es tratada, en muchos casos y en muchos países, como si de adultos se tratara, internándolos en la cárcel. La cárcel y las penas punitivas, a esas edades, constituyen una escuela de delincuencia, peor que la calle, en la que, al menos, existe la posibilidad remota de encontrar una situación acogedora y gratificante que le abra nuevos caminos. En este sentido, pienso que los dieciocho años, mayoría de edad en gran parte de países occidentales, requeriría un tratamiento muy diferente al actual. Al menos hasta los veinticinco años se debería, para ciertas acciones, emplear sistemas de reinserción no carcelarios. Hay tímidos intentos que pueden abrir la esperanza en este sentido, aunque lo más grave es la indiferencia y la consideración de un problema marginal que los políticos dan al tema de la delincuencia juvenil, aunque quieran aparentar lo contrario, mediante grandes y elocuentes manifestaciones y la creación de comisiones u organismos con nombres rimbombantes, que no hacen más que aumentar la burocracia, pero no la eficacia. Uno de estos intentos lo presenta Raúl de Diego de la Universidad de Valladolid y Fernando Jiménez y Jesús de Diego de la Universidad de Salamanca en el Anuario de Psicología Jurídica del Colegio de Psicólogos de 1994.

La prevención exigiría, junto a la eliminación de la pobreza y la miseria, prestar atención a los jóvenes facilitando un sistema educativo adecuado, con profesores preparados y dedicados que pueden compensar deficiencias iniciales. Pero, sobre todo, y esto en todo tipo de sociedades, hay que valorar, favorecer y fomentar el asociacionismo juvenil, pues estos grupos de iguales constituyen una posibilidad de satisfacción y protagonismo que facilita el desarrollo y ejercicio de valores individuales y sociales. El asociacionismo juvenil puede paliar muchos de los déficits y carencias creadas en otros grupos. Hoy por hoy, el desamparo de los jóvenes, en mayor o menor grado, es patente en todas las sociedades, y a todos los niveles, quedando a la influencia de sus grupos de iguales, de la calle y en la soledad, cada vez mayor, del consumo de los contenidos de las modernas técnicas de la información. Hay que pasar de las palabras y los organismos a una acción amplia y generosa como reto en el siglo que se avecina.

BIBLIOGRAFÍA

- AGNEW, R. (1997): «Stability and change in crime over the lifecourse: A strain theory explanation», en T. P. THORNBERRY (Ed.): *Developmental Theories of crime delinquency*. New Brunswick.
- CATALANO, R. F., y HAWKINS, J. D. (1996): «The social development model: A theory of antisocial behavior», en J. D. HAWKINS (Ed.): *Delinquency and Crime. Current theories*, Cambridge University Press, Nueva York.
- DAVID, P. (1974): *Sociología Criminal Juvenil*, Dedalma, Buenos Aires.
- DE DIEGO, R.; JIMÉNEZ, F., y DEDIEGO, J. (1994): *Tratamiento residencial y reintegración comunitaria de delinquentes juveniles*, Anuario de Psicología Jurídica, Colegio de Psicólogos, Madrid; págs. 161-167.
- HIRSCHI, T., y GOTTFREDSON, M. (1986): «The distinction between crime and criminality», en T. F. HARTNAGEL, y R. SILVERMAN (Eds.): *Critique and Explanation: Essays in honour of Gwynne Nettler*, New Brunswick.
- (1994): *The generality of deviance*, New Brunswick.
- LUKKEN, D. T. (1995): *The antisocial personalities*, Erlbaum, Hillsdale.
- MOFFITT, T. E. (1993): «Adolescence-limited and life persistent male delinquency», *Criminology*, 32; págs. 277-300.
- PATTERSON, G. R.; REID, J. B. y DISHON, T. J. (1992): *Antisocial boys*, Castalia, Eugene.
- ROMERO, E. (1998): *Teorías sobre delincuencia en los 90*, Anuario de Psicología Jurídica, Colegio de Psicólogos, Madrid; págs. 31-59.
- SAMPSON, R. J. y LAUB, J. H. (1997): «A lifecourse theory of cumulative disadvantage and the stability of delinquency», en T. P. THORNBERRY (Ed.): *Developmental Theories of crime and delinquency*, New Brunswick.
- THORNBERRY, T. P. (1996): «Empirical support for interactional theory: A review of the literature», en J. D. HAWKINS (Ed.): *Delinquency and crime. Current theories*, Cambridge University Press, New York.

Algunas notas sobre los jóvenes y su música'

PEDRO GONZÁLEZ BLASCO*

Antes de introducirnos desde una óptica sociológica en el hecho de la música moderna en relación con los jóvenes y sus subculturas, permítasenos recordar algunas de las ocasiones en que los sociólogos se ocuparon de este tema.

A principios del siglo que ahora acaba, Max Weber, desde la perspectiva de la racionalización, analiza la música clásica europea como un caso en el que el sentimiento y la inspiración musical se racionalizan, se «escriben» en pentagramas de forma que al reproducir esa música queda muy poco a la improvisación. Weber (1921/1958) estudia así los «fundamentos racionales y sociológicos de la música», constituyendo ese pequeño ensayo uno de los más importantes trabajos sociológicos sobre el hecho musical, al que ve, como al arte en general, irse adaptando a la racionalización creciente, casi a su matematización (Weber: 1904/1905). Para Durkheim, la división del trabajo procura mayor cooperación social y facilita la integración de las personas en las sociedades, al impulsar la solidaridad orgánica. Con ese esquema durkheimiano, considerando la especialización de la música y a ésta como un elemento de integración social, se ponen las bases a la «sociología de la música». Como ha indicado Arturo Rodríguez Morat (1998: 517), «en Francia, por la misma época, bajo el influjo del paradigma durkheimiano, la musicología y la estética musical adoptaron una decidida orientación sociológica».

En una cierta perspectiva durkheimiana, pero desde su óptica marxista y de la escuela de Frankfurt, Theodor Adorno planteará la música como relacionada con la estructura social por una relación dialéctica. Esta línea de análisis será fuertemente criticada pero es coherente con las posturas marxistas y críticas frente a la razón mantenidas por Adorno, que fue personalmente un músico destacado y que ejerció como tal al comienzo de su vida. Desde el año 1949, Th. Adorno ha escrito varios trabajos sobre música y sociología (Adorno: 1949/1971/1972/1994).

Como indica Ann-Marie Green (1997), «el rol capital de la música como agente de socialización ha sido evocado en los años cincuenta y sesenta a propósito del fenómeno ye-yé en Francia y, más generalmente, de la emergencia de una subcultura de los jóvenes» (Morín, E., 1966: 435).

Pero son los anglosajones, especialmente J. Lull, los que destacan la importancia de la música y la integración social de los jóvenes. J. Lull «distingue tres aspectos de la implicación del público en la música, de menos compleja a más compleja: la *exposición* que

* Universidad Autónoma de Madrid.

1 Ver el Capítulo 4 del libro *Jóvenes españoles '99*, VV.AA., Fundación Santa María-Ediciones SM, Madrid, 1999.

designa el contacto con la música en términos cuantitativos de tiempos consagrados a la escuela; el *consumo* que designa lo que se aprende y lo que se devuelve de la exposición; y, en fin, el *uso* que se hace de la música en función de las oportunidades personales y sociales, del conjunto de las aplicaciones prácticas relacionadas con la exposición y el consumo» (Lull, J., 1988: 140). Así, el influjo de la música sobre la vida social no se circunscribe al momento de escucharla, sino que permanece más adelante. De esta forma, la música se integra en niveles más profundos del proceso socializador.

Desde la sociología norteamericana también tenemos ejemplos interesantes de sociólogos interesados por lo musical. En general, desde esa perspectiva (norteamericana) se abordan los procesos de organización, capacidad de comunicación, etc., de los fenómenos musicales. T. Parsons, formado en buena parte en el Reino Unido, analizando la aparición de subsistemas sociales más complejos, pone de manifiesto nuevas actividades sociales en esos subsistemas y su participación en el proceso de integración social. Así, estudia el subsistema juvenil, en el que se asienta una subcultura, «una civilización de los jóvenes que les permite entrar en el juego de las orientaciones contradictorias, de reducir la anomia al producirse la integración y crear espacios de desviación tolerada reemplazando las funciones de regulación del sistema. Parsons define la civilización de los jóvenes por el “romanticismo” que facilita la solución de las dificultades ligadas al cambio anónimo. Este romanticismo, basado en el hedonismo, rehusa los valores tradicionales de la gratificación diferida en nombre de los valores de la fusión del grupo, de la fraternidad y de la comunidad. El hiperconformismo de gustos y estilos está en el corazón de esta cultura y de la sociabilidad de los adolescentes. La música participa en común y ocupa una plaza central» (Green, A. M., 1997: 15).

David Riesman (1950/1961: 194), tanto en su conocida obra *La multitud solitaria* como sobre todo en su trabajo sobre la música popular norteamericana, apoya la visión de lo musical como elemento en el proceso de socialización de la persona joven en una sociedad adulta (Riesman: 1950). Las tonadas y la misma letra de las canciones afectan a los jóvenes, creándoles una imagen de su propia identidad. Estos nuevos elementos, como la música, en cierta forma sustituyen la socialización familiar, como han puesto de manifiesto algunos autores, como Leod y Brown (McLeod, J. M., y Brown, J. D.: 1976).

Podemos señalar también estudios importantes pero más concretos, tales como el estudio de Dixon sobre los seguidores de la música y movimiento punk, a quienes une sobre todo su amor a esa música moderna por encima de su clase social de origen (Dixon, 1983: 133).

De cualquier forma, aunque no faltan representantes cualificados, sin embargo la sociología no ha tenido muy en cuenta el fenómeno musical como un hecho social relevante.

Veamos ahora algunos movimientos musicales contemporáneos, y en qué medida son seguidos por los jóvenes españoles, tema sobre el que en el futuro habrá que seguir investigando.

En un trabajo sobre los jóvenes de 1994, detectábamos ya que la asistencia a algún espectáculo de música moderna al aire libre o en grandes espacios atraía a un buen número de jóvenes y, de hecho, la frecuencia de asistencia de los jóvenes a este tipo de acontecimientos era relativamente alta. En 1993, el 59% de los jóvenes había asistido a un espectáculo musical de ese tipo en los doce últimos meses, y un 12% más lo había realizado en los dos últimos años. El fenómeno continúa y la frecuencia de asistencia es hoy mayor.

El proceso de asistir a esos conciertos-espectáculo de cantantes o grupos no sólo permanece, sino que parece haber crecido en el último quinquenio. En general, asisten más los jóvenes de izquierdas o de centro izquierda, así como los no creyentes, indiferentes o católicos «nominales» no practicantes, todo lo cual parece relacionar ese fenómeno con una vivencia del proceso de secularismo que afecta a esta sociedad. La frecuencia de asistencia crece incluso desde los jóvenes con menor nivel de estudios hasta los que cursan el primer ciclo universitario; luego decae algo esa asistencia. Coherentemente, son los estudiantes más jóvenes y los que trabajan por cuenta propia los que asisten más frecuentemente. Estos conciertos-espectáculo atraen, pues, a la mayoría de los jóvenes: seis de cada diez asistieron al menos a uno de ellos el último año, y casi tres de cada cuatro lo hicieron en los dos últimos años. Parece un fenómeno que atrae, sobre todo, a los más jóvenes, y que se va moderando al acercarse la edad adulta y últimos años universitarios. La asistencia varía bastante según autonomías, marcando las frecuencias más altas en un año la Comunidad Valenciana, País Vasco, Aragón, Asturias y Castilla-La Mancha (70-75%), mientras que muestran las frecuencias más bajas Cataluña, Castilla y León y Andalucía (40-50%). No se aprecia fácilmente por qué se dan estas diferencias entre autonomías, y sería un tanto inadecuado señalar posibles causas sin realizar ulteriores investigaciones. Lo que les atrae y encuentran en esos espectáculos lo indagamos ya en un trabajo de 1994, en donde hacíamos la siguiente consideración:

Hay que considerar que, en general, los jóvenes tienden a identificarse más con emociones que con ideas; con lo que incluya relacionarse superficialmente, sin compromisos exigentes, con otras personas; con lo que se exprese con simbologías de su gusto; con lo que contenga componentes de espectáculo; con lo que se somatice polisensualmente. Si a todo ello se añade cierta «nocturnidad», mejor.

Los espectáculos de música moderna al aire libre contienen esos elementos bien dosificados. Por consiguiente, no es de extrañar el éxito que tienen y la afluencia de jóvenes. Éstos reciben en esos espectáculos lo que demandan, pues se montan teniendo en cuenta esas mismas demandas; pero a la vez esos recitales refuerzan un estilo de vida, una mentalidad que se quiere potenciar (VV.AA., 1994: 74).

Básicamente, las causas que hacen atractivo este tipo de espectáculos para los jóvenes permanecen, aunque se aprecian algunas variaciones. Los dos motivos más importantes han aumentado su peso: la música en sí y el ambiente que se da, y se une un tercer motivo: estar con «gente como yo», que se refuerza con el 30% de los que opinan que un motivo es también «ir con amigos». El aspecto de espectáculo sigue siendo atractivo. En definitiva, la música, el estar en ese ambiente con amigos disfrutando en libertad del espectáculo, es lo que motiva a asistir. Lo relacional, unido a la emoción y sentimiento que aporta la música, es lo que más atrae.

Los estudiantes universitarios destacan entre sus preferencias la música en sí y el ambiente, lo que apuntan también los jóvenes más cercanos a la izquierda política. Los aspectos de espectáculo: luces, sonido, escenario, etc., son más valorados por los jóvenes, estudiantes de BUP, FP o primer ciclo universitario. Indiferentes y no creyentes coinciden con los creyentes practicantes en destacar el valor de la música en sí misma, aunque a los dos primeros les atrae también mucho lo que hay de espectáculo y el ambiente que se crea.

Las diez características consideradas al tratar lo que más atrae a los jóvenes de los conocidos conciertos musicales juveniles modernos las hemos sometido a la técnica del

análisis factorial, para intentar descubrir otros factores que agrupen a algunas de esas características.

Las siete características que se agrupan en el factor 1 se refieren a lo musical (música en sí, contacto con el autor/a o grupo musical), así como el ambiente que rodea esos conciertos (ambiente que se forma, elementos espectaculares) y a las relaciones con quienes se comparte el espectáculo (reunirse con amigos, estar con gente, libertad expresiva). Así, podemos llamar a este factor 1 «música y contexto».

Los tres componentes restantes (distrayese, ir con los amigos y hacer lo que se desea) se recogen en el factor 2, al que podemos denominar como «otros componentes». Este segundo factor complementa en parte al primero. Los dos factores reseñados explican, aproximadamente, el 32% del total de las características de los conciertos que atraen a los jóvenes, quedando una serie de «factores únicos» no considerados aquí, pendientes de identificación y medida.

Si consideramos cada una de las variables en función de los dos factores comunes ($F1$ y $F2$) hallados y tenemos en cuenta lo que ambos factores explican de cada variable, tenemos que los factores «música y su contexto» y «otros componentes» dan cuenta casi del 22% de lo que significa la música en sí, mientras que casi el 80% vendrá dado por un factor específico o único, propio de esa música característica.

Si consideramos lo que significa la música para los jóvenes, el papel que juega en su formación, en su empleo del tiempo de ocio y, en general, en su vida cotidiana, partiendo de la experiencia común de ver, a chicos y chicas, escuchar música en cualquier momento, sobre todo la conocida como «música moderna» o juvenil, hay que tener en cuenta distintos tipos de música que a partir de los años cincuenta se han ido sucediendo para responder y a veces crear los gustos juveniles. Los diferentes tipos musicales llevan consigo formas peculiares de ver la vida, maneras de conducta, lenguajes típicos, tratos y relaciones formalizadas, e incluso algunos de esos sonidos musicales se asimilan al funcionamiento de algunas de las llamadas «tribus urbanas».

La música moderna arrastra a muchos jóvenes, levanta pasiones en conciertos masivos y sostiene una industria que, a su vez, retroalimenta ese peculiar mundo musical. Como indica Alan Blom (1987: 74): «Para encontrar un equivalente a esta explosión de entusiasmo juvenil, hace falta remontarse a la mitad del siglo y evocar la Alemania y la atmósfera que rodeaba las óperas de Wagner. En esta época y en este país había también una suerte de sentimiento religioso según el cual Wagner daba una significación a la existencia. Quienes escuchaban sus obras no recibían solamente un mensaje, sino que, escuchándolas, hacían la experiencia de esta significación. Los wagnerianos vivían para Wagner. De nuestros días también se puede decir que una gran parte de nuestros jóvenes entre 10 y 20 años viven para la música, que ella es su pasión, que ninguna otra cosa les entusiasma como ésta y que no pueden hacer nada extraño a la música. Cuando se encuentran en la escuela o en sus familias, aspiran a quedar solos para su música, nada en la vida que les rodea —escuela, familia, Iglesia— puede tener relación con su universo musical. Esta vida es neutra para ellos; incluso en la mayor parte de su tiempo esto constituye un obstáculo vacío de todo contenido vital, y lo mismo que una tiranía contra la cual ellos se rebelan. Este culto de la música comporta los elementos de un entusiasmo auténtico. Es por lo que me he referido a que se relacionaba con Wagner».

Antes de explicar los diferentes tipos de música juvenil moderna que hemos presentado ante la opinión de los jóvenes, permítasenos hacer algunas consideraciones sobre lo que siempre fue y hoy parece ser esa música para los jóvenes y aun para muchos ya menos jóvenes. En general, escuchar música respondió siempre, y hoy también, a una serie de necesidades del ser humano:

- Necesidad de detenerse, de parar el ritmo rutinario de una vida cotidiana, de relajarse en una cierta quietud gratificante, que aporta la música.
- Necesidad de evadirse, de soñar, de viajar mental, anímicamente, a mundos lejanos, diferentes, habitar experiencias queridas, aún no cumplidas, buscar la ruptura de lo conocido igual, de la monotonía.
- Necesidad de compensación, de equilibrar pequeños fraudes vitales, de llenar deseos no satisfechos, ocasiones perdidas. Incluso la vida de los cantantes, que se supone «fantástica», compensa las vidas grises de los *fans*, que quizá por eso son tales.
- Necesidad de poesía. En el mundo, y más en el mundo desencantado de hoy, hay un déficit de poesía, de ensueño, que con la música se trata de llenar. La música también nos da a conocer poemas antiguos y poesía actual.
- Necesidad de expresión. A través de la música compuesta e interpretada por otros podemos expresar zonas oscuras de la propia alma, a las que no sabemos dar forma y expresividad. A veces, en la música patentizamos estados que no lográbamos aflorar. De ahí surge el anhelo de paz, la unión con los caídos, marginados del mundo, el furor frente a la explotación, la simpatía por lo puro y la rabia por la estafa, la angustia ante la guerra y la esperanza en algunos humanos. La música, mientras descansa, D.^a dorma a lo sentido y callado.

Cierto que ese detenerse, evadirse, compensar, poetizar, expresar, que permite la música, puede tener también un mal coste en pereza, exotismos falsos, evitar esfuerzos, sumirse en subjetivismos inoperantes y muchos otros costes más. Pero los peligros y los riesgos no pueden evitar el uso de la música, pues lo que aporta puede superar lo que arriesga.

La literatura de jóvenes autores, la que se conoce ya como la «joven narrativa española», la de autores como Ray Lóriga, José Ángel Mañas, Daniel Múgica, Pedro Mestre, Benjamín Prado, Martín Casariego, Juan Manuel de Prada, Francisco J. Satué... y otros, los que algunos llamaron «jóvenes con moto», junto con mujeres como Lucía Etxebarría, la de *Amor, curiosidad, prozac y dudas* y otras también, están plagadas en sus páginas de violencia, desencanto, nostalgia y... música, y opiniones sobre lo que es y cómo funciona la música para los jóvenes confusos y desarraigados que ellos y ellas describen.² Literatura dura, de «cine, carretera y juventud a la intemperie»³, como indica el mismo Ray

2 Ver, por ejemplo, de JUAN MANUEL DE PRADA: *Coños, El silencio del patinador, Las máscaras del héroe*. De JOSÉ ÁNGEL MAÑAS: *Historias del Kronen, Mensaka, Soy un escritor frustrado*. De DANIEL MÚGICA: *La ciudad de abajo, Uno se vuelve loco*. De RAY LÓRIGA: *Lo peor de todo, Héroes, Caldos del cielo*. De FRANCISCO J. SATUÉ: *Piel de centauro*. De LUCÍA ETXEBARRÍA: *Amor, curiosidad, prozac y dudas*. De PEDRO MESTRE: *Matando dinosaurios con tirachinas...*

3 Ver *El Correo de las Letras*, septiembre 1997, pág. 6.

Lóriga, «no es tanto una huida hacia algo como de una huida desde algo». Toda esa narrativa da cuenta de unos jóvenes españoles, posiblemente no muchos en términos de porcentajes estadísticos, pero que también son jóvenes de nuestras tierras de hoy. En esa literatura se da bastante espacio y protagonismo a esta música moderna juvenil, con su enorme fuerza de aculturización anglosajona (EE.UU.) para los jóvenes españoles.

La música, en ciertos contextos juveniles, se puede considerar como paraliturgia secularizada, misterio, obsesión, ceguera, flotación, lengua anglosajona, aculturizando hispánicas culturas, dolor, desolación, belleza, placer y tormento, aniquilación de esperanza, impotencia ante las sin-respuestas, amor destrozante, profundidad, herida, tranquila escucha repetida de palabras devanadas, golpes de calor dentro, música conteniendo al mundo y a la persona. Eso representa para muchos jóvenes esa música hoy. Como indica González-Anleo (1998: 22): «La música, seña y contraseña, palabra secreta de identificación mutua, a veces ininteligible para los no jóvenes. En cuanto espectáculo total, aventura corporal y ejercicio de esotérica comunicación, la música es el símbolo del culto al cuerpo, a la salud (de ahí el creciente rechazo a la droga y el pavor al sida), a la forma física, a la belleza».

«Para unos el rock, para otros el rap, el tecno o el baile, es la música de los tiempos modernos. Al mismo tiempo, es bastante más que una música, plantea las múltiples facetas de una estrategia, más o menos consciente, de reconocimiento colectivo, como ya he señalado. Esta estrategia, que se encuentra presente en todos los aspectos del estudio, hace referencia a la emoción y al placer. Se puede entonces deducir que cualesquiera sean las razones sociales que justifican su relación con la música, es otra cosa lo que cada uno de los jóvenes trata de encontrar en ella. Enfrentándose al desencantamiento que el mundo y el contexto proponen, la música es el encantamiento que da sentido a su vida» (Green, A. M., 1997: 296).

A. M. Green, en su estudio sobre *Jóvenes y música*, trató también de identificar lo que ésta significaba para los jóvenes. «En nuestra investigación incluimos una pregunta abierta: "Di en algunas palabras lo que la música representa en tu vida...". Los términos citados mayormente son los siguientes: placer, evasión, distracción, divertimento, pasar el tiempo, alegría, identidad, identificación, independencia y comunicación. Es decir, los términos indican que a un adolescente la música le permite emanciparse de la influencia cotidiana de la familia y afirmarse con los compañeros o los padres» (Green, A. M., 1997: 109).

La música moderna se va convirtiendo en una de las marcas de identidad de los jóvenes, sobre todo de algunos de ellos. Hay también que tener en cuenta que la música, esa música, hoy no se escucha, muchas veces, sola, sino formando parte de todo un ritual en el que luz, sonido, olores, bebidas, vestimenta, nocturnidad, proximidad de masas, etc., son elementos complementarios del ceremonial juvenil, venido al espectáculo y explotado por grupos, cantantes y un avispado marketing. Lo musical se vive también somatizado, polisensualizado, sintiendo y moviendo, en una especie de sentimiento experimental, corporizado y en libre expresión. Por otra parte, siempre lo musical porta un fondo, no sólo forma, de sentimientos e ideas, pero a veces esta música moderna prescinde del mensaje explícito y se deja gozar sola.

La expansión de esa música moderna juvenil se dio rápidamente. Como indican Levices Mallo, J. J., y Serrano Pascual, A. (1993), «la música rap, el tecno y el house gustaban en 1990 a tres de cada diez jóvenes».

Por medio de la música se comunican oyentes con oyentes, y éstos con el protagonista/cantante. Se produce así un proceso de identificación de cada uno con la música, con otros, con grupos ya afines, y de esta forma surge casi un sentido de globalidad, al escuchar lo mismo, por los iguales en cualquier lugar del globo. Hay que apuntar también que:

- el deseo de comunicarse e identificarse con algo o alguien;
- la pluralidad de caminos para visionar el mundo;
- las múltiples pertenencias blandas y el policentrismo de atracciones;
- el desear no definirse fuertemente —«identidad con anonimato»— pero tener muchos conocidos;
- el gusto por lo emocional, sensible, y
- la misma debilidad de los agentes tradicionales socializadores.

Lleva a bastantes de los jóvenes a valorar las diferentes músicas y a una especie de neotribalización que conlleva una serie de reglas diferenciadas, evita el completo anonimato, facilita un marco de actuación y, en definitiva, aporta un modo fácil de entender el mundo. Por ello encontramos grupos de jóvenes que, siguiendo una determinada música, suelen tener también unas pautas comunes de conducta, unos tipos fijos de relaciones y, en conjunto, un mismo estilo de vida.

Tracemos una breve reseña de los principales movimientos musicales juveniles y sus grupos más característicos para identificar su imagen y explicitar sus características sociales. Al final de cada grupo indicaremos los porcentajes aproximados de jóvenes españoles de ambos sexos que se identifican más con ese grupo, de acuerdo con las respuestas obtenidas a través de la encuesta especial realizada a una muestra de 3.853 jóvenes españoles, a quienes se preguntó lo siguiente: *Aunque quizá oigas algo de todo, ¿qué ritmos de los siguientes te gustan o interesan más? (Puedes dar hasta tres respuestas):*

- Rock and roll, rockabilly, psychobilly.
- Ritmos bear, sonidos R&B, soul.
- Ska, reggae jamaicanos, música oil.
- Punk, hardocre, melódico, straight edge, after punk, sonidos de bandas como The Cure, Bauhaus, Alien Sex, Fiend.
- Heavy clásico, death metal, grindcore, funk metal.
- Rap hip-hop.
- Rock alternativo, grunge.
- Bakalao.
- Pop, cantautores.
- Flamenco, rumbas.
- Clásica.
- Otros.

Las respuestas las iremos constatando al final de la descripción de cada grupo o movimiento musical.

Los orígenes de toda esa música joven arrancan del conocido rechazo que la llamada «generación *beat*» planteó al modo de vida tradicional norteamericano, y del intento de

mostrar al mundo la existencia de la «otra América». Esa revuelta nace en California, en el corazón de San Francisco, el «Frisco» de los años cincuenta. Los nombres de escritores como Jack Kerouac, Allen Ginsberg y Williams S. Burroughs, ponen las bases doctrinales del movimiento *beat* que influenciará la literatura y la música posterior en Norteamérica y desde allí al resto del mundo. La «otra realidad» que quieren mostrar como también existente es la del alcohol, drogas y sexo, que apoyan y que se plasmará posteriormente en la revolución musical juvenil del rock and roll, que nacen entonces.

1. ROCK AND ROLL: LOS *ROCKERS*: TUPÉ Y CONTORSIÓN

Este movimiento toma del *gospel-blues* africano-norteamericano instrumentos, temática, armonía y ritmo, y una forma de entender lo musical y de contemplar el mundo.

Como ha comentado Alain Finkielkraut, el triunfo de la cultura rock, en la que la emoción prevalece sobre la idea y la palabra, el estar colocado y el sentirse a gusto sobre el diálogo y la conversación, y el ser joven y sentirse joven, se convierten en un imperativo social de los adultos, la juvenalización (Aranguren). A la «cultura rock corresponde una ética narcisista (Antonio Blanch), moral de juego, guiada por los deseos y por la imaginación, en busca de la libertad más que la identidad y la coherencia... corresponde el predominio de las virtudes blandas» (González-Anleo, J., 1998: 17). Con el rock se lanza un nuevo estilo de vida que hizo furor (Yonnet, 1988: 108).

Algunos nombres de autores de principios del siglo XX (Leadbelly, Robert Johnson y sus seguidores musicales Muddy Waters, Howlin' Wolf y Elmore James) se sitúan en el cénit de la nueva música.

Sería muy difícil definir exactamente la música rock (Brunstein, 1997: 113), pero sí es claro que es un movimiento musical ampliamente extendido y amplio.

El blues, base de la música popular, y el country se mezclan en Elvis Presley, que se hace el rey de lo que al principio se llamó el *rockabilly*, del que poco a poco fue derivando el rock and roll, escandalosa música entonces que salta a otros países desde Estados Unidos, exportando a la vez una nueva visión del mundo. Tupés y fijador, gafas Ray-Ban negras, cazadoras de cuero, motos cromadas, corbatas de cordón, zapatos de ante azul, blancos o botas con puntera, camisas de cuello alto y tejanos, chalecos vaqueros, bourbon y cerveza. Conciertos masivos y bailes concentran en lugares casi fijos a los nuevos rockeros. En bares y clubes, ese rock de pélvicos movimientos se impone paso a paso.

Los seguidores directos, los rockers, nacen con aquella música inicial —Elvis, etapa Memphis, Gene Vincent, Eddy Cochran— y aún hoy se conservan fieles al mito. Muestran su purismo estético musical, actitudes un tanto chulescas y desprecio por la modernidad pragmática y ejecutiva. En su versión más clásica, los rockers se mantienen fieles a aquel *rockabilly* de los años cincuenta y Memphis; luego los continuadores serán fieles también a la tradición: Stray Cats de los años ochenta.

Sus enfrentamientos a los mods, más teóricos que reales, se aceptan legendariamente.

Posteriormente, mediada la década de los ochenta, aparece el *psychobilly* de Batmobile o Meteors, como una fusión de los ritmos del *rockabilly* y su visión del mundo con la estética y actitud punk, lo que rechazaron varios grupos fundamentalistas de rockeros.

La música rock excita la sexualidad, con sus sonidos, sus gestos y sus textos. En sus comienzos coincidió también esa música con el auge de algunos autores, como H. Marcuse, que desde otra perspectiva «animaban» esa misma revolución sexual, como indica Bloom:

«Marcuse apasionó a los estudiantes de los años sesenta ofreciéndoles una combinación de Marx con Freud. En *Eros y civilización* y en *El hombre unidimensional*, él promete que al triunfar sobre el capitalismo y su falsa conciencia resultaría una sociedad donde las más grandes satisfacciones serían de orden sexual. Marcuse y la música rock dicen la misma cosa y tocan la misma cuerda para los jóvenes. Una libre expresión sexual, el anarquismo, brevedad, la exploración del inconsciente racional para darle libre curso: tales con las características que ellos tienen en común» (Bloom, 1987: 86).

De acuerdo con las respuestas obtenidas, un 23% de los jóvenes españoles se identifican con estos ritmos del rock and roll, de alguna manera son influenciados por las formas, maneras e ideas que entraña esta corriente musical y que hemos narrado. Prácticamente a uno de cada cuatro jóvenes es esto lo que más les gusta y la música de su mayor interés. Se vinculan más a esta corriente los chicos que las chicas, y los porcentajes de jóvenes a favor del rock and roll crecen al crecer la edad. Es, por tanto, algo más un fenómeno de «los mayores de los jóvenes». Los jóvenes de clase alta y media-alta están sobrerrepresentados entre los afectos al rock, aunque también se dan bastantes seguidores entre los jóvenes de clase media-baja. Crece el apoyo al rock al crecer el nivel de estudios, según se sitúan más a la izquierda del espectro político, y tienden hacia la in creencia religiosa, agnosticismo o ateísmo.

2. MODS: LOS CHICOS ELEGANTES

Nacen en la escena del *swinging*, Londres, a finales de los años cincuenta, y se consolidan a principios y mediados de los años sesenta, creando auténticas «tribus urbanas». Integran la influencia del modern jazz, del rhythm and blues (R&B), las pastillas de colores y el scooter. La ropa les distingue: americana de solapa corta y estrecha, pantalones de cintura baja sin pinzas, zapatos italianos. Dicen que se pegaron con los rockers, eran buenos clientes de Carnaby Street-London. Actualmente parecía que habían desaparecido, pero de vez en cuando se encuentran de nuevo, como en León: Purple Weekend; o en Gijón: Fin de Semana Ye-yé, Los Flechazos o Stupid Babi; siguen aún existiendo algunos Scooter Clubs. Su mayor impacto se da en grupos como Rolling Stones, The Who, Small Faces, The Kinks o The Yardbirds, y los sonidos R&B negros, o en películas como *Blow Up*, de Michelangelo Antonioni (1966).

A finales de los sesenta, varias bandas inglesas —The Jam, The Chords, Merton Parkas— y más tarde la película *Quadrophenia* (Franc Roddman, 1979), basada en un disco del grupo The Who sobre los años mods, les hacen reaparecer. Sus festivales se conocen como «fiestas allnighter», y en general optaban por las anfetaminas, en el campo de sus drogas más usadas.

Aproximadamente un 10% de jóvenes españoles se inscriben como seguidores de esta corriente de rhythm and blues, soul y bear. Aquí son más las chicas, en edades altas de esta juventud (21 a 24 años), fundamentalmente pertenecientes a las clases medias,

alta o baja, y mucho menos a la clase baja. Se dan más entre los jóvenes que trabajan por cuenta propia. Han sido más frecuentes en Madrid, Canarias y Cataluña, autoposicionados políticamente en el centro (derecha-izquierda) del espectro político, y casi por igual en todos los grupos religiosos o no creyentes. Su porcentaje sube entre los jóvenes con nivel alto de estudios.

3. HIPPIES: «NO OS COMÁIS LAS MARGARITAS». CANTAUTORES Y POP 60

Renovando en los sesenta lo beat-primitivo, nace en California el movimiento *hippy*, que quiere separarse definitivamente de la sociedad establecida. Postulan el respeto a la naturaleza frente a la agresión que ésta sufre por parte de la sociedad capitalista-industrial. Ácidos, entonces nuevos, como el LSD y la marihuana corriendo por los campus universitarios, fomentan en las reuniones juveniles un seudomisticismo psicodélico.

Reunión masiva en el famoso Woodstock (Michael Wadleigh, 1994), rechazo a la guerra en Vietnam, «haz el amor y no la guerra», paz siempre, cuidar las margaritas. La música propia acompaña e identifica al movimiento: Grateful Dead, Sly and The Family Stone, The Doors, Iron Butterfly. Algunas películas y musicales siguen siendo referentes del movimiento: *Easy Rider* (Denis Hopper, 1968) o *Hair* (Milos Forman, 1979). Huéspedes del aire, en la calle, convertidos en pequeños artesanos, algunos hippies venden pulseras, brazaletes, pendientes o tocan guitarra o flauta en la «esquina de al lado».

Sin embargo, el neohippy más actual ha dejado de vivir en la calle, incluso estudia en la universidad, se considera ecologista, o colabora con alguna ONG acorde con su mentalidad. Absorbido por un implacable sistema, no abandona alguna de sus convicciones existenciales.

De vez en cuando, aun hoy, se organizan festivales que reúnen a nostálgicos hippies del mundo en unos cuantos días de música, diversión, hierba, tiendas de campaña y amor más o menos libre. Cantautores, como lo fueron los míticos Bob Dylan y Joan Baez, han vuelto una y otra vez para recordar la filosofía limpia, simple e ingenua de las guitarras hippies, quizá porque el mundo aún necesita mucho de eso, atrapado por la velocidad, los altos edificios y la necesidad de una cuenta holgada bancaria. Hoy algunos jóvenes de espíritu hippy, conservado en alguno de sus aspectos, son seguidores del nostálgico sonido pop de los años sesenta, o de los cantautores más o menos radicales de entonces, hoy muy situados en el sistema, sean de izquierda o de derecha, disfrutando de una sociedad de consumo. Jóvenes españoles que escuchan nostálgicos ritmos del Dúo Dinámico, Karina, Julio Iglesias, y se distraen también escuchando cantautores radicales como Serrat, Ana Belén, Joan Baez, Dylan o Raimon, o menos señalados, como Perales. Lo que más parecen buscar muchos jóvenes es una melodía fácil, pegadiza, agradable. Si esto lo ofrecen unos u otros, poco más o menos da (ver Torgue, S., 1977). En muchos jóvenes actuales hay algo de neohippy, consumidor de pop.

La gran mayoría de jóvenes se identifican y buscan esto. Así, el 60% de los encuestados señalan que para ellos la música que más les interesa es «el pop o la de cantautores». En esta opción están sobrerrepresentadas las chicas, que gustan de esto más que los chicos; también es la más aceptada por los «mayores» de los jóvenes, los de clase media

y alta, universitarios, más en la derecha que en la izquierda del espectro político, y entre los católicos practicantes. Son más frecuentes en la Comunidad Valenciana, La Rioja, Canarias, Cantabria y Castilla-La Mancha.

Llegados a este punto, hemos de incluir aquí una corriente hispánica curiosa que denominamos *lolailos*.

4. LOLAILOS: «ESTOY AMANDO LOCAMENTE»

Por su utilización del *lo* y el *la*, acunados del palmeo, denominamos a esos grupos como *lolailos*. Irrumpieron con un sonido mezcla de gitano —gipsy—, rumba y rock. Popularizado por cantantes como Peret, Las Grecas, Los Chichos o Los Chunguitos, que dieron luego paso a grupos como Ketama, Azúcar Moreno, Camela o Rosario. Tachados por una parte de las audiencias como cutres y horteras, otros les siguen y consolidan su éxito.

Un 3% de los jóvenes españoles se identifican más con estas tendencias que con otras. Mayoritariamente son chicas, de los extremos del espectro juvenil: muy jóvenes (15-17 años) o «mayores» (21-24 años). En este caso se trata claramente de jóvenes de clase trabajadora, con escaso nivel de estudios, ubicados sobre todo en Extremadura y Andalucía, más bien de izquierdas y creyentes, católicos practicantes.

5. HEAVIES: «MI ROLLO ES EL ROCK»

Es el ritmo de siempre; permanece incombustible. Representa una forma de ver la vida desde acordes como mazazos, donde se alternan punteos, solos y *riffs* de guitarra eléctrica, verdadera contraseña y *made* del heavy. Comienza a principios de los setenta: Deep Purple, Led Zeppelin, Black Sabbath, y nos llega hasta hoy en un continuo proceso de actualización y permanencia. El dicho de que «los viejos rockeros nunca mueren» se va haciendo cierto. Desde aquellos heavies iniciales hasta La Pantera o Metallica actuales, se sigue oyendo el contundente sonido del heavy; aparatoso en ocasiones, delicado en otras, marca unas señas musicales claras y sin muchas variaciones, aunque sí se diversifican en múltiples matices que pasan por el espectáculo de Kiss, la otra dimensión de AC/DC, el desparpajo de Van Halen, la comercialización de Bon Jovi o el tremendismo de Metallica, o por aquí la épica de Barricada (Extremoduro). Permanece a través de ya casi tres décadas en sus diferentes variedades: heavy clásico, death metal, grindcore, rock urbano, funk metal. El heavy típico de vaqueros, elásticos, melena y zapatillas va decayendo; actualmente la estética usa una apariencia, un *look* más *typical american*. De cualquier forma, mover la melena, vestir elásticos o camisetas, deportivas y cazadora de piel negra, la *chupa* con cremalleras, beber cerveza, fumar porros y levantar el volumen hasta decibelios astronómicos, todo eso sigue existiendo. Los heavy no cambian, las modas son cosas de otros. El heavy sigue manteniendo cierto sentimiento de barrio, de gusto ignorado por el resto y despreciado por la crítica. Aun con cuarenta y con barriga, el «rockero no muere»: sigue comprando discos, a veces reliquias, y no falta en ningún concierto, le siguen enloqueciendo los muchos decibelios de sonido. A veces se les atribuyó cierta vocación de épica urbana.

Aproximadamente uno de cada diez españoles (12%) se incluyen como oyentes y, en buena medida, como seguidores *heavies*. En España se popularizaron sobre todo en la década de los años setenta; por su estilo y formas son uno de los grupos «más visibles». Generalmente antimilitaristas y antiautoritarios, no suelen ser violentos, excepto quizá si han consumido sus drogas más comunes: alcohol y cannabis. Prevalecen entre los *heavies* los chicos muy jóvenes (15-17 años), de clase alta y media-alta, más universitarios que en estudios secundarios o primarios. Residen sobre todo en Madrid y en las dos Castillas. Más autoposicionados a la izquierda que a la derecha política y en la increencia, ateísmo o agnosticismo.

6. PUNK, HARDCORE, SKATE, MELODICOS, STRAIGHT EDGE: BIENVENIDOS A NINGUNA PARTE

La crisis de mediados de los setenta proporciona el tiempo para la irrupción de una nueva forma de entender mundo, vida y música. En Estados Unidos, y especialmente en algunos ambientes londinenses (hacia 1976), aparece una nueva expresión estético-musical: el punk. Es un nuevo movimiento de repulsa ante lo que algunos jóvenes consideraron como un anquilosamiento de la música y la sociedad. Quieren también romper con el rockero de mansiones lujosas, traje de abalorios y música cuidada. La primera avalancha punk la forman grupos como The Clash, Damned, Sex Pistols o Buzzcocks. Música distorsionada, procura barrer cualquier enfoque musical anterior. Del punk más llamativo de Johnny Rotten al más activo políticamente de The Clash, o el más divertido de Ramones, todos pretenden arrinconar los sonidos anteriores. El punk «de postal» de esos días llevaba pantalones destrozados, pelos en punta teñidos de colores llamativos y botas paramilitares. Gustan de provocar, les irrita la sociedad aburguesada, establecida, que es su enemiga, y reaccionan contra cualquier imposición social; nutren en parte a los grupos de *okupas* e insumisos.

El hardcore aparece en Estados Unidos a finales de los setenta, con una actitud también contestataria, pero ahora con un *look* estético más universitario y menos dramático que la primera oleada. El hardcore es, básicamente, un punk acelerado con diferentes variantes: melódico, straight edge, etc. Grupos como Minor Threat o Black Flag representan estas corrientes.

De la unión del monopatín (*skate*) y la afición al hardcore surgen los *skaters*. Se trata, en general, de gente bastante joven, que cuidan y propugnan una vida sana, manejan el patín habitualmente por calles y plazas mientras escuchan su sonido hardcore preferido. Estéticamente resultan inconfundibles: pantalones varias tallas más grandes, hasta las rodillas más o menos, zapatillas Vans, camisetas con vistosos dibujos y sudaderas culminando la mayoría de las veces con la gorra, visera en el cogote.

Por lo general, los punkies y su música operaron fuera de los circuitos comerciales; aun hoy, los más radicales siguen lanzando discos y difundiendo sus mensajes de rechazo a lo establecido, pero el que más perdura y tiene mayor actualidad desde los noventa es un punk-hardcore más dulce y «normal», con bandas musicales en auge como Green Day, Nofx, Ofspring, versiones más suavizadas si las comparamos con las obras de la primera explosión de los años 1976-77, aunque hoy se dan también versiones crudas, Dwarves o Supersuckers.

En España existe también un punk «autóctono» que nace con el llamado rock radical vasco (La Polla Records, Kortatu...) a principios de los ochenta y que actualmente se aglutina con el heavy más callejero (Porretas, Extremoduro). No está bien visto por el punk-hardcore, y se instala en las litronas, el porro y el «buen rollo».

7. LOS «SINIESTROS GÓTICOS»: NEGRO QUE TE QUIERO NEGRO

Surgen a finales de la década de los setenta, del último punk (after punk). El lazo de unión de siniestros y punk será siouxie. Se sitúan en la estética de lo oscuro, la palidez, ojeras cadavéricas, ropa negra y holgada, pelo cardado. Actitud afectada, estudiadamente triste, pintando de negro uñas, labios y resto del maquillaje. Les da por lo gótico y se cuelgan cadenas, crucifijos y otros motivos religiosos. Su música se mimetiza con su estética: describe cementerios, el «más allá», la magia negra, todo ello bañado con «tonos gore». Grupos como Joy Division, The Cure, The Mission, Bauhaus, Alien Sex Fiend, Christian Death o Sister of Mercy representan esta opción. En cine se apuntan a todo el terror clásico y se identifican con las películas de Tim Burton o las de Alex Poryas (*El cuervo*, 1993). En cómic, Sandman, del guionista Neil Gaiman, es el que se aproxima al lado más oscuro de esta corriente no sólo en lo que al color se refiere.

De los jóvenes españoles, un 12% se sitúa en el área de influencia de esos movimientos punks, y bajo ese tipo de expresión estético-musical, en el entorno de esa subcultura «punk», literalmente «pobre hombre». Se mueven mal trajeados, desaliñados, por bares marginales, con su pesimismo, cierto aire anarquista, y más veces de las deseables un tanto violentos pese a su desideologización.

En este caso, los chicos están sobrerrepresentados, y cuentan entre los 18 y 20 años, es decir, son jóvenes-jóvenes y pertenecen a todas las clases sociales, sin predominar ninguna. Se aumenta un porcentaje superior a la media entre los universitarios cursando segundo ciclo. Murcia, Castilla-La Mancha y Cantabria cuentan con porcentajes de punks superiores a la media. Básicamente, el punk español se autoposiciona en la izquierda, extrema izquierda, y en el ateísmo o la indiferencia religiosa.

8. SKA, REGGAE, MÚSICA OIL: RASTAS Y SKINS

- *Rastas*. El reggae nace del soul estadounidense y de los ritmos caribeños, todo junto en Bob Marley. Este jamaicano trajo a escena la degradación y las brutalidades del Tercer Mundo, vía música. A la vez mostraba la fuerza, el ritmo, el exotismo, el llamado «rastafarismo» de ese mismo mundo increíble y cruel. Los *rastas* siguieron el reggae y fumaron muchas hierbas.

La religión siempre en la base de su música, sus trenzas enmarañadas, la marihuana dando olor a todo, el ritmo loco y divertido de Jamaica llenando el espacio, y los jóvenes de muchos lugares siguieron ese juego.

Al amparo de la música ska, el reggae y oil surgieron otros grupos, como los skins.

- *Skins*: «*La violencia, madre de la ciencia*». Aunque muy variados, los skin surgen, como conjunto, a finales de los años sesenta como una escisión del entonces

ya decadente movimiento mod. También vienen a ser, los skin, una versión modificada de los «duros chicos elegantes» (Hard Mods) e intentan ser una expresión interracial de clase obrera. Los primeros aparecen en Inglaterra, mezcla de *rude boys* de origen jamaicano y mods radicalizados. Musicalmente son fanáticos del ska y el reggae jamaicanos, así como del oil, mezcla del ska y el punk. Pero, más que la música, les identifica, quizá, su casi pasión por la pendencia y su fanatismo por el fútbol. Así, pendencieros y *hooligans* futboleros, actúan sobre todo en campos de fútbol y sus alrededores, aunque algunas variantes de los skins extienden su brutalidad a cualquier espacio y tiempo. Su nombre procede de la piel (*skin*) visible de sus rapadas cabezas (*heads*).

La vestimenta es fácilmente identificable: pelo cortado casi al cero o al uno, polos Fred Perry, cazadora militar *bomber*, vaqueros con los bajos muy subidos y sostenidos por tirantes, calzando botas Dr. Martens.

Pueden distinguirse diversos tipos de skins. Así, se pueden encontrar los red skin, grupos de extrema izquierda; los trojan skin, más definidos por su afición a la música de los pasados años sesenta; los sharp (Skinheads Against Racisme Prejuicie) o skin «contra los prejuicios racistas», que acentúan la componente interracial de los propios skin; y finalmente los boneheads o naziskins, que aparecen sobre todo en la década de los ochenta. De extrema derecha, racistas, muy pendencieros, amantes de la música oil, especie de punk combativo y vociferante, monopolizan casi la palabra *skin*. Estos skins nazis a veces tienen poco que ver con los primitivos skins, aunque son los que más han acaparado la imagen.

Como todos los demás skins, y aun los diferentes grupos o «tribus», utilizan mucho como medio de comunicación el conocido *Fanzine*, especie de revista-cómic, fotocopiado. Película mito para muchos skins sigue siendo *La naranja mecánica*, de Stanley Kubrick (1970), por lo que de vandálica tiene.

Partidarios de las melodías que simbolizan estos grupos se declaran un 16% de los jóvenes españoles. En mayor proporción relativa son chicos, muy interclasistas, aunque algo menos proceden, curiosamente, de la clase trabajadora. Se da una mayor proporción entre los de Formación Profesional y primer ciclo universitario. Hay una clara sobrerrepresentación de estos jóvenes en La Rioja y País Vasco, Canarias y Cataluña. Se sitúan en la izquierda del panorama político y entre los no creyentes, indiferentes y agnósticos, contando con alguna mayor proporción entre los jóvenes que trabajan por cuenta propia o están parados. Algunos grupos de skinheads nazis parecen conectados a tramas políticas ultras de distinto tipo, y sólo usan la música como mero pasatiempo, o seña general, pero su identidad es sobre todo política —racista— nazi. Relacionados también a grupos de forofos ultras futboleros, que usan cualquier manifestación masiva para ejercer la violencia. Mariano Sánchez Soler, en su libro *Descenso a los infiernos*, indaga y describe tramas y actividades de esos grupos políticos de skin-nazis, citando cifras de su extensión, organizaciones y posible poder (Sánchez Soler, M., 1998).

9. RAP HIP-HOP: «Y A TI TE ENCONTRÉ EN LA CALLE»

En Nueva York, principalmente a finales de los setenta y en los barrios negros de Chicago, aparecen los rappers como consecuencia de los comentarios o frases de los

«pinchadiscos» —*disc jockey* (DJ)— sobre la parte instrumental de los discos que ponían. «La palabra *rap* tiene bastantes significaciones cercanas: *to rap* significaría hablar; esta palabra es sin duda la abreviación de *rapid* o *repartee*. El rap designa, sobre todo, «un estilo de expresión», mitad hablada, mitad cantada, utilizando textos elaborados, rimas y ritmos; sobre una base musical producida por las mezclas de extractos de discos y otras fuentes sonoras, como el *mis*, el *sampling* y el *scratch*» (Desverite, J. R., y Green, A. M., 1997: 171). El rap es un ritmo negro, afroamericano, mezcla de soul y funk. La imaginaria de este movimiento la aportan las calles del Bronx neoyorquino, el baloncesto jugado por negros en las jaulas metálicas de ese Bronx y los graffiti de las paredes. Ahí nace el hip-hop, un modo de expresión de la cultura afronorteamericana, que se explicita en una estética callejera, vestimenta portando grandes cadenas, ropa siempre deportiva, gorras, y en unos mensajes comprometidos y en imágenes violentas. La música cuenta con letras claras, pegadizas, en general ingeniosas, y sirve para bailar el gimnástico, casi contorsionista breakdance, mientras se respira el mensaje social. Mucho mensaje y mucha crítica social.

A estos break boys o chicos B, «chicos rompedores», se les encontraba en Nueva York a mediados de los setenta practicando el breakdance. De los grupos iniciales, Public Enemy, Ice T, DJ Kool Herc, Dr. Dre, Kurtis Blow o LL Cool J., a los más actuales, como Def Con Dos. En España se identificaron y cultivan esta corriente «7 Notas 7 Colores, Los Verdaderos Kreyentes de la Religión Hip-Hop o Sábina».

Partidarios de este movimiento sociomusical se declaran un 10% de los jóvenes españoles. El perfil de estos *raperos* hispánicos es el siguiente:

- Chicos.
- De 15-17 años.
- Procedentes de la clase media-baja.
- Chicos quinceañeros de barrios periféricos.
- Con estudios primarios y bachillerato.
- Se sitúan sobre todo en Madrid, Galicia, Asturias y Canarias.
- Autoposicionados en la derecha política y, luego, en el centro izquierda.
- Religiosamente se sobrerrepresentan los indiferentes, agnósticos, ateos y, en general, no creyentes.
- Predominan los jóvenes parados y estudiantes.

10. GRUNGES: ALTERNATIVOS E INDEPENDIENTES

Los grunges saltan a la palestra a finales de los años ochenta, desde Seattle, sirviendo un rock distorsionado, como *Smells like a ten spirit*, del grupo Nirvana, al que siguieron Pearl Jam, Soundgarden, Alice in Chains o Breeders. Plantean un rock duro que va de la melancolía a la rabia, comunica y sirve de refugio para grupos de jóvenes. El movimiento recibe un firme apoyo, las ventas en discos son millonarias y su popularidad fue en aumento. Los temas existencialistas se vierten en voces desgarradoras que marcan un estilo *grunge*. En España, especialmente en Gijón, va surgiendo un panorama de grupos «independientes» adictos a los grandes festivales. Grupos como El Inquilino Comunista, Philicon Flesh, Vancouvers o Killer Barbies, son cabeceras de pósters

callejeros y protagonistas radiofónicos. Alguna película refuerza las posiciones sociales de esos grupos. Así ocurre con *Las historias del Kronen*, de Montxo Armendáriz, sobre la novela de José Ángel Mañas, película que incorpora la canción *Chup Chup*, de Australian Blonde.

Este rock alternativo integra casi toda la música de guitarras. Estos «grunges alternativos» no forman un grupo homogéneo, aunque sus seguidores sí tienen algunas cosas en común: cierto elitismo musical, consumidores «conscientes». Los iniciales de Nirvana presentaban una estética de ropa desastrada, pelo largo y camisas de leñador.

Cerca de uno de cada cinco jóvenes españoles (19%) se identifica con esta corriente. Básicamente se caracterizan por ser sobre todo chicos, los mayores (21-24 años) de los jóvenes, de cualquier clase social, aunque son menos los de la clase trabajadora. Un buen porcentaje (20,7%) de estudiantes se unen a esta corriente sociomusical, así como también se identifican muchos (28%) de los jóvenes de izquierdas, en general católicos no practicantes (17,5%) y sobre todo indiferentes/agnósticos (24,1%) y no creyentes o ateos (31,6%). Se sitúan sobre todo en Extremadura, Navarra, País Vasco, Cantabria y Castilla-La Mancha, siendo universitarios los que se unen en altos porcentajes (26-31%) a esta corriente.

11. TECNO: «BAILAD, MALDITOS, BAILAD»

En la segunda parte de la década de los años setenta salta al panorama musical y al entorno social la música electrónica, compuesta con ordenadores que mezclan sonidos muy diferentes. Una película un tanto clásica, *Fiebre del sábado noche* (John Badham, 1977), abre paso a este sonido discotequero del que nacerá el house, el tecno, el ambient, el dance y el bakalao hispánico.

Esta tecnomusic tiene su antecedente en una música basada en máquinas, como la usada en 1913 por Luigi Russolo («machina intonarrumori»). Más recientemente, lo que facilitó mucho este tipo de música tecno fue el sintetizador Moog, que permitió ensayar sonidos electrónicos a grupos como Kraftwerk o Tangerine Dream. Al mismo tiempo, en Estados Unidos, en Chicago y Nueva York, se populariza el house, mezcla de ritmos hispanos, latin-house, y negros, hip-house, con los sonidos cibernéticos. En Gran Bretaña los raves promocionan el acid-house, crujiente y duro, contraseña de la más moderna contracultura musical que entra en España por Ibiza y luego surge en Madrid, hacia 1988 (Robles, 1993: 34, y Maffessoli, 1992: 181).

En España, dentro del contexto tecno, se instala el bakalao, con gran amigo, especialmente bailado o seguido en las distintas «rutas» de jóvenes los fines de semana, como por ejemplo en la «ruta Madrid-Valencia».

Un 31% de jóvenes españoles se declaran bakaladeros. Es decir, que esa es la música que más gusta o interesa a casi uno de cada tres jóvenes. Este porcentaje coincide con los datos aportados por Lenices Mallo y Serrano Pascual (1993), según los cuales la música house, el tecno y el rap gustaban a 3 de cada 10 jóvenes. Tras el pop y cantautores, este bakalao es la música seguida por mayor porcentaje de jóvenes españoles.

La «foto» que identificaría al bakaladero-joven-español es:

- Algo más chicos que chicas.
- Con estudios primarios, secundarios o Formación Profesional.
- Prevalecen en las comunidades autónomas de Valencia, Aragón y Castilla-La Mancha.
- En la derecha del espectro político y en un catolicismo no practicante y, en general, creyentes-católicos.

12. LOS CLÁSICOS: ALGO DE SIEMPRE

Llama la atención que sólo el 1,2% de los jóvenes españoles prefiera la música clásica. Dado el sentido de la pregunta, la lista ofrecida y el no explicitar los «clásicos», todo ello puede hacer que ese resultado no sea del todo significativo. Es muy posible que muchos jóvenes, aunque prefieran alguno de sus ritmos, también aprecien y gusten la música clásica. De hecho, apreciar más una no excluye que guste también otra, pero en cualquier caso la música clásica para la mayoría de los jóvenes está en un «segundo plano», comparada a la «moderna música juvenil».

Parece, sin embargo, que este hallazgo del exiguo porcentaje de jóvenes que prefiere la música clásica a la moderna música juvenil es un hecho que también ocurre en otros países de nuestro entorno.

Alan Bloom, comentando este hecho, indica: «Actualmente, la música clásica constituye un gusto especial, como la lengua griega o la arqueología precolombina, y no una parte de una cultura común, un fondo instintivo de una comunicación recíproca y una escenografía psicológica. Hace treinta años, la mayor parte de las familias de la clase media le dejaron un lugar en su hogar a la música europea antigua, en parte porque ellas la apreciaban y en parte porque ellos pensaban que esto era «bueno para los niños». Los estudiantes habían sido dotados de una forma de sensibilidad precozmente asociada a Beethoven, a Chopin, a Brahms, que constituía una parte permanente de su personalidad» (Bloom, 1987: 75).

Incluso Bloom avanza una posible razón de por qué la música clásica o seria tiene menor aceptación: porque hace referencia a una quimera de sentimientos que hoy no se da. «La música rock es incontestable, tan indiscutible como el aire que los estudiantes respiran, y son pocos entre ellos los que tienen el menor conocimiento de la música clásica. Esto es para mí una constante sorpresa. [La música romántica que ha dominado el conjunto de la música seria después de Beethoven, hace una apelación al refinamiento de los sentimientos que puede ser excesivo, pero que es difícil de encontrar en el mundo contemporáneo]» (Bloom, A., 1987: 76).

Otra autora, A. M. Green, incide en el mismo hecho: la música clásica es poco apreciada por la mayoría de los jóvenes, y ni la enseñanza de la música en las escuelas ni la misma tradición familiar han logrado variar esto.

Puede indicarse que «la enseñanza musical dispensada por la institución escolar no tiene ninguna influencia sobre el deseo de proseguir una práctica musical fuera de la escuela; la influencia de la familia es más fuerte y favorece el acceso a una práctica activa de la música, particularmente cuando la misma familia tiene una actividad musical, esencialmente el padre; la música clásica, la más legitimada en los programas escolares, represen-

ta un género muy poco apreciado (aunque es el género al cual corresponde la mayor parte de la diferenciación relacionada con el medio social)» (Green, A. M., 1997: 107).

En general, y volviendo a considerar el conjunto de este panorama musical juvenil, vemos que la música significa un espacio aceptado por muchos jóvenes.

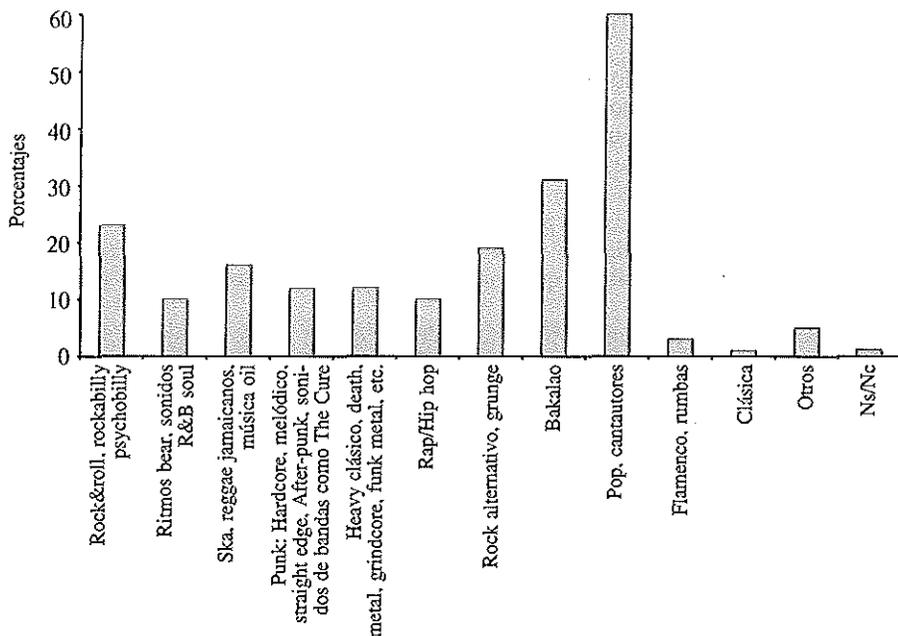
Seis de cada diez jóvenes españoles optan, sobre todo, por una música moderada, melódica, pop, de cantautores, cualquiera que sea su significación política.

De dos a tres jóvenes tienen preferencias por alguno de los movimientos sociomusicales modernos, lo que indica que no son tan minoritarias esas tendencias juveniles más radicales.

Hay, pues, una minoría significativa (20-30%) de jóvenes para los cuales las tendencias musicales y sociales asociadas a ellas representan un lugar de autosocialización. (Gráfico 1).

GRÁFICO 1

RITMOS QUE MÁS GUSTAN E INTERESAN.
(JÓVENES AÑO 1998. PORCENTAJES)



Los once tipos de ritmos musicales que hemos considerado, sometidos a un análisis factorial, nos permiten encontrar seis nuevos factores que agrupan a aquellos ritmos en nuevos conjuntos.

El factor 1 incluye tres ritmos: pop, heavy y punk. En este conjunto se agrupan ritmos más bien melódicos, seguidos por un alto porcentaje de los jóvenes encuestados; esos ritmos, de acuerdo con las respuestas obtenidas de los jóvenes, tienen algo en común que, en cierto modo, les une. Es lo que hemos llamado factor 1: «melódicos», en referencia también a los jóvenes a quienes más gustan esos ritmos musicales.

El factor 2 incluye dos ritmos: rock y soul. En este segundo conjunto se agrupa un ritmo musical extenso, muy conocido y con muchas variantes, como el rock, con un sonido más cálido, el soul, cuyo nombre en español sería «alma»; por ello, a este factor lo denominamos «alma rockera» o «alma rock».

El factor 3 agrupa el ritmo musical grunge con el tecno-bakalao, más hispánico, que suele utilizarse en las rutas nocturnas de los jóvenes por diferentes zonas, moviéndose de pub en pub. Por ello, a este factor lo hemos llamado «ruter».

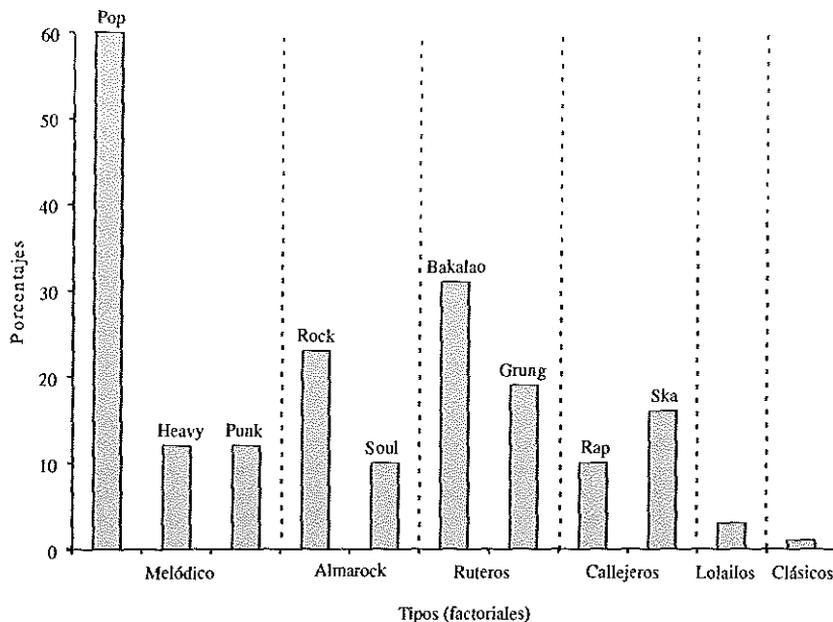
En el factor 4 se agrupa el rap, nacido en las calles, con el ska, de origen jamaicano. Lo hemos denominado, por ello, como «callejero».

El factor 5 incluye sólo un ritmo, flamenco-pop, especie de rumbas gitanas, sobre todo español, ya descrito y al que mantenemos con su denominación de «lolailos».

El factor 6 consta también de un único movimiento musical, que denominamos «clásico» y cuyo nombre mantenemos para este factor (*Gráfico 2*).

GRÁFICO 2

TIPOS DE GRUPOS DE MÚSICA MODERNA, SEGÚN JÓVENES ESPAÑOLES.
(AÑO 1998. PORCENTAJES)



El primer factor es el más importante y explica el 12,68% de los ritmos musicales modernos que atraen a los jóvenes, según el porcentaje de varianza. El segundo factor, «alma rock», le sigue en importancia, muy cercano al tercer factor, «ruterero». En estos dos casos cerca de un 11% de la varianza total es atribuible a cada uno de estos factores 2 y 3.

Los restantes factores 4, 5 y 6, «callejero», «lolailos» y «clásicos», se atribuyen un 10% y otro cercano 9% de la varianza total.

En conjunto, los seis factores hallados en el análisis factorial efectuado agrupan las preferencias por los once ritmos musicales modernos. Esos seis factores dan cuenta del 64% de las preferencias de ritmos musicales de los jóvenes españoles (ver % acumulado). Si consideramos la preferencia de cada uno de los ritmos musicales en función de los seis factores comunes hallados (factor 1 a factor 6), vemos que lo que esos factores explican la preferencia de ese ritmo es casi un 84%, en el caso de lo «clásico», y un 64% en el caso del ritmo rock. El 67% de las preferencias por el rap lo explican los seis factores; el resto depende de «factores propios» de ese tipo de música: el rap. Esos factores propios también colaboran a que guste esa música, pero no lo hemos detectado.

En general, pues, podríamos considerar que las preferencias de los jóvenes por los ritmos musicales modernos se pueden concretar en seis grupos selectivos, los definidos por los seis factores encontrados. En cierto sentido, a los jóvenes españoles, en sus preferencias musicales modernas, podríamos considerarlos como «melódicos», «almas rock», «rutereros», «callejeros», «lolailos» y «clásicos». (*Gráfico 2*).

Rituales de los ultras del fútbol

BERNARDO BAYONA AZNAR*

A menudo son noticia las actuaciones vandálicas de grupos de hinchas jóvenes y radicales, que se autodenominan «ultras» en España desde 1985 y que exhiben una actitud guerrera y provocativa en el campo de fútbol y en las calles. Las habituales explicaciones sociológicas de este fenómeno no dan cuenta de aspectos muy relevantes del mismo ni se pueden aplicar a todos los grupos ultras. Además, si fueran ciertas, habría muchas más agresiones y existirían fenómenos similares en otros ámbitos sociales.¹ En este artículo me centro en el análisis de la actuación de estos grupos ultras y los interpreto en referencia a su propio contexto normativo. De acuerdo con dicho análisis, los grupos ultras constituyen una subcultura juvenil y sus actuaciones son rituales seculares,² en los que la violencia exhibida cumple una función en gran medida simbólica.

I. EL FÚTBOL, MARCO DE ACTUACIÓN DE LOS ULTRAS

El fútbol en nuestra sociedad es mucho más que un deporte. Se dice que el Barça es «más que un club» o «tienes más moral que el Alcoyano», y muchas veces el fútbol sirve para expresar el orgullo de poblaciones pequeñas cuyo nombre se conoce gracias al equipo, catalizar la rivalidad ancestral entre localidades vecinas, compensar la frustración de ciudades grandes que no son capitales de provincia y explicitar identidades culturales o políticas reprimidas. «Ahora, toda nación y toda ciudad y todo pueblo han comprendido

* Profesor de filosofía. Fue Presidente de la Comisión Especial de investigación sobre la Violencia en los Espectáculos Deportivos del Senado (1989-90).

1 Roversi (1994) hace una síntesis de los autores —anglosajones e italianos principalmente— que han estudiado este fenómeno. Hay dos principales líneas de investigación, la de la Escuela de Leicester (E. Dunning, P. Murphy, J. Williams), que analiza el fenómeno ultra con categorías del orden social externo al mismo y la de Oxford (Marsh, Rosser, Harré), que lo hace desde dentro entendiéndola como violencia predominantemente simbólica y ritual. En España, cuando el Senado aprobó el Dictamen de la Comisión Especial de Investigación sobre la Violencia en los Espectáculos Deportivos en 1990, no había trabajos de campo, salvo el estudio de Acosta y Rodríguez (1989) sobre los grupos sevillanos y la exhaustiva documentación policial recopilada por Julio de Antón. Desde entonces destacan las publicaciones de Javier Durán y de Teresa Adán.

2 Utilizo el concepto de ritual en las sociedades modernas de Velasco (1996, págs. 104-107). En las sociedades modernas los ritos en cuanto actos tradicionales que versan sobre las cosas sagradas (Mauss) ceden el paso a rituales seculares (Moore y Myerhoff) que no se refieren a grandes ceremonias, sino a pequeños actos de la interacción cotidiana múltiplemente ejecutados (Goffman) en los que pueden ocurrir incidentes imprevistos (Handelman) que no sólo consolidan la estabilidad de la sociedad, sino que incluyen conflictos (Kertzer). Estas modalidades de rituales (como el teatro o el juego) dependen más de la «actuación» que de la «competencia».

que la máxima publicidad para su nombre no provendrá de sus mercancías o sus logros artísticos sino de la capacidad de su club. A esta altura, el fútbol no sólo es el deporte rey, sino el deporte mágico por antonomasia.» (Verdú 1998 a). Los equipos de una ciudad o de un país actúan como figuras totémicas de las comunidades respectivas y «cuando los aficionados se traban con palabras y golpes en las gradas defendiendo a un equipo ninguno pierde o gana personalmente; se gana o se pierde a nivel de tribu» (Verdú 1980 pág. 19). El fútbol es un referente universal y, en tiempos de crisis de identidades como el actual, un poderoso catalizador de identidades colectivas, que ofrece al público, y a la sociedad en general, soporte expresivo para simbolizar diferentes facetas (local, regional, nacional...) de su identidad.³ El reconocimiento de la identidad nacional supone la aceptación de la selección nacional, proceso que se vivió recientemente en los países que formaban la URSS y Yugoslavia. Por ese motivo el País Vasco y Cataluña reclaman el reconocimiento de sus selecciones y organizan partidos con otras selecciones nacionales.

El fútbol divide el mundo en amigos y enemigos. No se puede ser aficionado de verdad sin ser de un equipo y utilizar el «nosotros» en la conversación (hemos ganado, nos han pitado mal...). La pertenencia a un equipo confiere identidad. Y esa identidad hay que restablecerla constantemente y se externaliza confrontándola con otra, porque es relativa a sus contrarios sin los cuales no tendría sentido. Ser de un equipo te crea al mismo tiempo unos enemigos, hasta el punto de que los hinchas del Atlético de Madrid o del Barcelona a menudo son más que eso, odiadores del Real Madrid, lo mismo que los del Sevilla respecto del Betis (Marías 1998). Los jugadores asumen la identidad del conjunto de significados que encierra simbólicamente el equipo, la representan, la ponen en juego y la arriesgan en cada confrontación. Pero no se enfrentan sólo los jugadores, también los espectadores se instalan en el «nosotros» y hacen suyos los lances del juego, la victoria y la derrota (Velasco, págs. 114-115). Y algunos de ellos, los ultras, no tienen otra identidad y también se la juegan en su actuación.⁴

Desde el punto de vista de los efectos sociales, el fútbol proyecta imágenes del mundo, reorganizando de manera estable y periódica el significado de una parte nada despreciable de la vida de muchas personas: los jugadores conquistan el status de personajes públicos y héroes modernos que sirven de modelo para los niños y los jóvenes; los equipos se convierten en objeto de deseo sobre el que descargan sus pasiones y emociones un gran número de actores sociales. Mientras los más apasionados disponen de un mito global, la opinión pública dispone de una fuente inagotable de vivencias e imágenes para consumir y reelaborar en sus conversaciones.⁵ Con su omnipresencia en los medios de

3 Patxo Unzueta (1998) escribe un interesante artículo sobre la función del fútbol como factor de cohesión nacional citando a Hobsbawn, Gellner y Vázquez Montalbán.

4 Los hooligans descritos por Bufford (1991) y Hornby (1996), defienden a su equipo contra viento y marea, gastan mucho dinero para sus posibilidades económicas y relegan su vida familiar y laboral. Son unos adictos y sufren síntomas de abstinencia, según el doctor Mark Griffiths, de la Nottingham Trent University, que ha anunciado en mayo de 1998 que va a dedicar dos años a una investigación sobre este tipo de adicción.

5 «Pero no se trata tan sólo de fútbol. Si fuera así, a nadie interesaría de verdad esto. Rebozado de fútbol se expenden croquetas sobre la psicopatología de la vida cotidiana, canapés de sentimientos religiosos, tragos de nacionalismos, desviaciones y frustraciones de calado político o cultural» (Verdú 1998 b). «La infancia, la patria, la estética, la épica, se juntan en una fórmula que no deja de hacer crecer el número y la pasión de sus consumidores» (Verdú 1998 a).

comunicación, el fútbol constituye un marco ideal para hacer visible cualquier acción y ofrece una extraordinaria ocasión para darse a conocer y conquistar una cuota importante del poder social de las imágenes; por lo que el protagonista del espectáculo del fútbol se convierte en referente público, en soporte publicitario o incluso en candidato para saltar a la política.⁶

Además de ser una magnífica plataforma para las necesidades de exhibición, para el reconocimiento social y para la construcción de mundos simbólicos, el fútbol tiene «atributos específicos que constituyen elementos mediadores, puntos de cruce entre el campo deportivo y los campos simbólico y ritual» (Bromberger et al., pág. 16), en los que se inscribe el fenómeno ultra: unidad dramática de lugar, tiempo y acción, comunión entre jugadores y espectadores, escenificación del esfuerzo solidario del grupo, incertidumbre del resultado, importancia de la suerte y el destino, división del mundo y del lenguaje en amigos y enemigos, una justicia incuestionable y sin embargo permanentemente en entredicho, abundantes elementos de identificación y ritualización, «el fulgente estallido de la victoria» (Verdú 1998a), una competición escalonada a lo largo de un ciclo anual en la que se alternan victorias y derrotas, momentos de promoción y de postergación, en resumen, una auténtica «simbolización de los dramas de la vida» (Bromberger et al., pág. 28).

II. SITUACIÓN ESPACIO-TEMPORAL DE LA ACTUACIÓN ULTRA

Los ultras «sólo tienen existencia en un espacio y un tiempo muy concreto y reducido, el que corresponde a un partido de fútbol, y en sus momentos previos y posteriores inmediatos» (Acosta y Rodríguez, 1989). En la vida no se comportan permanentemente como ultras, no están siempre actuando. Hay unos tiempos y unos lugares para hacerlo, de acuerdo a pautas impensables fuera de ese marco situacional. Para el grupo que juega fuera de casa el tiempo del combate se enmarca entre el viaje de ida y el de regreso. Un buen ultra acude a todos los viajes que se organizan⁷ y sirven para inventar cánticos, conocerse unos a otros y demostrar qué grupo ultra es capaz de movilizar más.

Siempre se reúnen antes para entrar juntos al estadio. Si el partido es muy importante («derby», «final», etc...), el grupo marcha después de la concentración hacia el estadio, encauzado y escoltado por la policía, en forma de desfile militar, invadiendo las calzadas y caminando detrás de una pancarta que colocarán en el estadio.⁸ Desde su acceso al campo hasta el comienzo del partido toman nota de quién ha venido y quién falta, comprueban si han conseguido meter en el campo las pancartas, banderas y otros objetos, incluso prohibidos (bengalas, botes, etc.), despliegan las pancartas, calculan los efectivos del grupo rival observando sus intenciones, lanzan los primeros gritos de guerra y comienzan los

6 Jugadores famosos, como Pelé o Rivera, se han dedicado luego a la política; empresarios aventureros, como Berlusconi, Jesús Gil o Bernard Tapie, han utilizado el fútbol para hacerse famosos y saltar a la escena política.

7 Los ultras zaragozanos del Ligallo, bajo el título «En Pamplona no hay excusa», decían en su fanzine: «Invasión aldea Pamplona... El que no vaya no es digno de mirarnos a los pies... No quiero mierdas en el grupo» (Fondo Norte, núm. 33).

8 Para un análisis semiótico de eventos que se desarrollan en forma de procesión o desfile, cfr. Marín (1987).

intercambios de palmas, coreos y cantos. La intensidad de estos primeros choques sonoros depende de la importancia del equipo visitante, del número de seguidores que le han acompañado y de las relaciones precedentes entre los dos equipos (de su tradicional enemistad o de lo sucedido en la última confrontación entre ambos). En la lectura de las alineaciones de los equipos por los altavoces cada nombre de jugador es mecánicamente acogido con gritos corales por sus ultras y silbidos por los contrarios, que se prolongan con insultos y aplausos recíprocos al salir los jugadores al césped para calentar.

Desde que se pone el balón en juego y empieza a correr el reloj del árbitro los ultras intensifican la batalla coral que acompaña y «comenta» a su modo la lucha deportiva. De ellos depende el ambiente y el impulso que reciben los jugadores (que a su vez se dirigen a ellos para pedirles ánimo o para brindarles el gol), a ellos se les atribuyen remontradas de marcadores adversos que constituyen auténticas proezas, gracias a ellos el público no se limita a aplaudir o protestar esporádicamente las jugadas sino que vive el enfrentamiento. Sin los fondos los campos no tendrían el mismo atractivo. Los ultras, conscientes de esa función, se sienten intérpretes privilegiados de los intereses del club, portadores de la bandera en el sentido real y metafórico de la palabra, directores de la masa de aficionados que si no fuera por ellos haría demasiado poco por sostener al equipo en su combate contra el enemigo. De siempre un buen hincha lo es por su capacidad de entrega y de animación al equipo, independientemente de los resultados, y porque sufre cuando el equipo va mal pero no lo abandona, y si sólo merecen ser reconocidos hinchas de verdad los que aguantan en los malos tiempos. Los ultras lo son y, dando un paso más, ejercen tal hegemonía sobre el resto del público y los jugadores que fuerzan a los dirigentes de los clubes a contar con ellos. Más que espectadores que van al campo a ver el partido, son protagonistas del acontecimiento que se desarrolla en él.

La tensión aumenta después del descanso, cuando el paso de los minutos se hace más decisivo agotándose el tiempo para expresarse y para humillar definitivamente a los ultras rivales. Conforme se acerca el final, se espera que algún jugador tenga gestos de reconocimiento hacia el grupo, también es más fácil encontrar pretextos para intentar la agresión y puede surgir alguna «hazaña» individual. El final del partido trae la celebración del triunfo y la persecución de los contrarios. Durante el desalojo de las gradas, los ultras redescubren a los seguidores rivales, buscan la aproximación a ellos y les provocan de nuevo con insultos y amenazas. Ya fuera del campo, hay escaramuzas, carreras en zig-zag y robos de bufandas al rival; pero también autobuses apedreados, asaltos a coches y cabinas de teléfono, papeleras quemadas, etc. Son los momentos escogidos para actuar por los «provocadores» y los elementos «incontrolados».

Si el tiempo es un factor decisivo para el desarrollo del partido (todo lo que sucede está referido al número de minutos transcurridos), los espacios también están llenos de significado. La colocación del público en un estadio de fútbol obedece a una estricta organización, según la cual los diferentes tipos de espectadores ocupan zonas distintas (desde la tribuna presidencial al fondo norte), se visten de maneras distintas (desde el traje y la corbata hasta la camiseta del club), se comportan de modo distinto (desde los que están circunspectos sin atreverse casi a aplaudir, hasta los que no cesan de cantar, bailar e insultar) y se encuentran a mayor o menor distancia del césped según su vestimenta, formalidad, moderación y poder social. Los ultras más agresivos se ubican en los fondos de los campos, en la parte baja detrás de las porterías, cerca de los jugadores para inci-

tarles e increparles, y están más pendientes de provocar al portero del equipo rival que de seguir las jugadas que apenas pueden ver desde allí; mientras que se han desplazado hacia los ángulos o hacia arriba los que se preocupan más de crear ambiente, competir con sus coreos, contagiar al conjunto del público e influir en el partido.

La distribución de los espectadores en el estadio tiene una función en el conjunto del acontecimiento, y los individuos que se encuentran dentro de cada zona ellas deben conformarse a su cumplimiento. No se pueden mezclar espectadores de distinto tipo. En los «territorios» de los ultras⁹ rigen normas autónomas de comportamiento: se consideran normales las avalanchas, los golpes contra las vallas publicitarias (y si alguien les recrimina por ello le abuchean gritándole «si no te gusta, vete a otra parte, aquí se hace así»). Cuando no se respetan esas reglas de situación y se vulnera la «reserva del territorio» con infracciones e intrusiones descontroladas, aumenta el riesgo de incidentes.¹⁰ Desde la tragedia de Heysel el dispositivo de seguridad separa totalmente a los hinchas de los dos equipos (canalización a la entrada del estadio, diferenciación de puertas, incomunicación de zonas) y el enfrentamiento entre ellos tiene que producirse desde la distancia mediante guerra de banderas, coreos o insultos, de modo que estas medidas de prevención de la violencia contribuyen a potenciar el carácter simbólico de la violencia ultra.

En el estadio conviven dos espacios superpuestos, el rectángulo verde del juego y las gradas del público, simbólicamente separados por la línea blanca que delimita el terreno de juego y hace de frontera reglamentaria infranqueable para el público. Esta separación se ha ido reforzando con fosos y vallas metálicas para evitar las invasiones de campos (que eran prácticamente la norma desde el Mundial de 1966 en Inglaterra hasta el de 1982 en España) y proteger de agresiones a jugadores y árbitros, sacando definitivamente del terreno de juego deportivo al público, que tiene que jugar en su terreno, el graderío. La agresión y el combate cuerpo a cuerpo dentro del campo dio paso al lanzamiento de objetos utilizados como armas (piedras, botellas, etc.), cada vez más pequeños y susceptibles de pasar los filtros policiales (mecheros, monedas, pilas eléctricas, bolas de acero...), y la agresión a distancia pasó a ser el tipo de incidente más habitual por su carácter individual, aislado e imprevisible, según el estudio de Castro Moral (Senado, pág. 89). Esos objetos se han ido sustituyendo por otros que no implican riesgo físico (rollos de papel higiénico, por ejemplo) y simbolizan la manera que tiene el público de «entrar» en el terreno que le está vedado, de «invadirlo», cumpliendo el deseo, constitutivo del fútbol (primero invadiendo el campo, luego arrojando objetos, ahora intercambiando gestos), de transgredir la línea separadora actores deportivos/público, terreno de juego/graderío. Las violaciones indirectas del campo tienen el mismo sentido que tenían antes las invasiones: meterse en la batalla y contestar las injusticias cometidas por el árbitro. Los grupos radicales cumplen un papel vicario expresando la agresión y el insulto que le están prohibidos al protagonista deportivo de un juego cada vez más reglado y limpio.

9 Los ultras consideran las zonas que ocupan «sus territorios» en el sentido reivindicativo y estructurante que da a esta expresión Gofmann (pág. 41-77).

10 El «santuario» (algunos ultras se refieren a su territorio con ese término) debe mantenerse «limpio» de seguidores de otros equipos, pues «para nosotros uno que sea de fuera de Madrid es una provocación, o sólo con ser de otros colores que no sean los del Real Madrid» (un miembro Ultra Sur).

Fuera del estadio el momento más significativo, aunque menos frecuente que la concentración previa al partido y el traslado hacia el campo, es la celebración de los triunfos importantes del equipo, para la que suelen elegir plazas muy simbólicas de la ciudad,¹¹ a las que se llega haciendo un recorrido procesional. Tanto la conducción en formación escoltada hasta el estadio, como el desfile triunfal hacia el lugar de la apoteosis, tienen significado porque los ultras se mueven, marchan, hacia la meta, que es el espacio del acontecimiento principal (en el primer caso, el campo de fútbol donde se desarrolla la batalla originaria; en el segundo, la plaza donde celebra el triunfo toda la ciudad). Los espacios urbanos atravesados, casi siempre los mismos, se transforman y cobran una nueva vida simbólica (Marín pág. 223). Son lugares céntricos, también utilizados para otro tipo de fiestas y festejos populares (Velasco et al., pág. 156). En el uso cotidiano son espacios de distribución y encuentro, pero durante las celebraciones están provisionalmente vedados a quienes no integran el cortejo, porque constituyen ámbitos cerrados de significado, en los que valen reglas que no valen fuera de ellos y en los que está permitido transgredir algunas normas que rigen en el exterior, convirtiendo en lícitas conductas prohibidas en la vida ordinaria.

III. CARÁCTER RITUAL DE LA VIOLENCIA DE LOS ULTRAS

Los ultras llevan los colores y el emblema del club sobre el cuerpo y en los aditamentos a las prendas de vestir que los identifican (máscaras, gorros, bufandas, cintas, brazaletes, pegatinas). Muchos se pintan la cara con los colores del club, a veces en forma de tres rayas paralelas como los «piel roja» cuando van al combate con sus pinturas de guerra. Desde que se prohibió introducir palos en los campos de fútbol, los portadores de banderas se las enrollan al cuerpo como mástil. Al revestirse así no sólo se identifican públicamente con el club y expresan fidelidad a sus colores, sino que representan ellos mismos una provocación. Su presencia es ya una agresión. La propia forma de presentarse como la «encarnación» de algo cuya simple visión es ofensiva para los contrarios tiene valor de arma ritual para los que están dentro de ese marco simbólico.

Muchos recurren además a ornamentos que denotan radicalidad (calaveras, demonios, anagramas o dibujos nazis, heavies o punkies), a símbolos guerreros (cintas del pelo y caras pintadas) y a complementos que utilizan los comandos terroristas (gorros de lana, la cara tapada con bufandas o pañuelos), rindiendo así un cierto culto estético a la violencia. La prenda más característica es la bufanda con los colores y el escudo del equipo. Algunos llevan la bufanda de otro grupo ultra. Lo más «auténtico» y valioso es

11 «La forma más sencilla de entender la centralidad simbólica, y dónde se sitúa en cada ciudad, es observar el lugar al que los hinchas de fútbol acuden cuando su equipo celebra alguna victoria notoria o bastante excepcional (La Cibeles o Neptuno en Madrid, las Ramblas y la Plaza Sant Jaume en Barcelona, la Plaza del Pilar en Zaragoza, la Plaza del Castillo en Pamplona). No hay que interpretar la centralidad simbólica únicamente como un reflejo de las centralidad religiosa o político-administrativa. Ni la Catedral, ni el Ayuntamiento, bastan para dar un carácter simbólico de centralidad a un espacio urbano.» (Gaviria, 1996 pág. 193).

llevar una que sea fruto de un intercambio amistoso o haya sido arrebatada en alguna hazaña. Las bufandas que se venden en los tenderetes a la puerta del estadio se consideran espúreas y se les llaman «cuneras». Existen ciertas normas, según las cuales no se pueden ostentar en el campo bufandas del rival en ese partido (podría dar lugar a malentendidos), ni se permite llevar bufandas de los máximos enemigos durante cualquier otro partido, a menos que se lleve superpuesta la propia.

Vestimenta ornamental, pinturas, banderas, nos advierten que estamos ante escenificaciones que tienen mucho de teatrales. En el teatro uno representa un papel de acuerdo con un guión, interpreta un personaje, hace lo que tiene que hacer y se espera que haga. La consideración de los símbolos y acciones ultras dentro de una perspectiva dramaturgica y ritual nos sitúa ante un fenómeno cultural para el que no sirven las explicaciones biológicas o etológicas, basadas en los instintos o las emociones.¹² Los hinchas son muy conscientes de que hay unas reglas que gobiernan sus enfrentamientos, ya que pueden citarlas cuando se les pregunta por ellas, cuando inician a los novatos y cuando critican a los que lo hacen mal, porque son preceptivas y vinculantes para quienes se integran en el grupo. El carácter ritual explicaría el consenso entre los miembros del grupo y entre unos grupos y otros sobre las normas que deben regir sus encuentros.¹³

Comportamientos estereotipados

Las acciones de los ultras siguen pautas fijas y comunes en todos los estadios, según un esquema que, una vez conocido, permite anticiparlas, porque son repertorios coordinados, estables y permanentes. Son manifestaciones convencionales de hostilidad que sirven principalmente para representar la enemistad con el rival y permiten identificarse con los propios y provocar ritualmente al enemigo. Los mensajes ofensivos que profieren encierran insultos colectivos, que lo mismo valen para los ultras de un equipo que de otro, y dependen más del significante que del significado. Estando las aficiones estrictamente separadas y controladas por la policía, las amenazas se expresan sobre todo en la competición sonora entre canciones, consignas e insultos que se lanzan como comportamientos obligados que esperan invariables respuestas también obligadas. La batalla de coros comienza antes del partido y es un tipo de comunicación prefijada entre grupos ultras, en la que cada bando, desde lados opuestos del campo, replica e intenta superar al otro. La elección de los cantos y la intensidad con que se entonan logran acallar a uno de los grupos que ya no puede replicar. Esta actuación sirve para asegurar cohesión al grupo y para doblegar a los rivales y se ejecuta bajo la dirección de un cabecilla, que tiene reconocimiento y status propio en el grupo.

12 Salvini mantiene la tesis etológica y considera que los comportamientos de los ultras son expresiones simbólicas de vinculación masculina y de dominancia (1988, pág. 83), a pesar de que en sus encuestas (págs. 178-179) los mismos ultras contestan que sus comportamientos agresivos no se deben a causas ligadas a la naturaleza humana tales como pérdida del control emotivo, irracionalidad o psicosis.

13 Rom Harré habla de «reglas del desorden» (1987, pág. 76), basándose en las investigaciones de Marsh y Elisabeth Rosser (1978).

Como el coreo, se dan otros comportamientos agresivos constreñidos a pautas fijas de las que nadie atreve a desmarcarse (cantan juntos, gritan juntos, agitan las banderas al unísono, simulan riñas y golpes de puños) y escenificados de acuerdo a una distribución temporal precisa, respondiendo a un código elaborado. Incluso se toleran expresiones individuales que, aunque puedan interpretarse como residuos instintivos, son en cierto modo iniciativas esperadas como rituales de exhibición y pueden explicarse en el funcionamiento interno del grupo. Inmediatamente después de cada gol, el fondo pierde el carácter de bloque compacto y sus ocupantes se avalanzan contra la valla, descendiendo por las gradas y empujando a los de abajo que se ven arrojados contra ella y succionados luego para volver a su sitio. (Este modo de celebrar los goles será imposible cuando todos los estadios de fútbol profesional tengan sólo localidades de asiento, que es una eficaz medida de prevención ya decidida). En esos momentos surgen también acciones individuales espontáneas o previamente imaginadas para esta ocasión (incipientes escaladas a la valla metálica, bengalas guardadas para ese momento), pero en seguida se recobra la normalidad y el orden prescrito. Los ultras consideran una provocación la celebración de los goles del equipo rival, es una de las cosas que más les hierde, pues no entienden que lo hacen no como expresión de alegría, sino «para recochinearse de nosotros», confesando así viven sus gestos de celebración ante todo como «recochineo» del enemigo ridiculizado. Otra actuación típicamente ultra es meterse con el portero del equipo contrario arrojándole objetos e insultándolo cuando va a sacar, porque su cercanía y su permanencia inmóvil ante la portería lo hacen un blanco fácil, pero sobre todo porque su papel en el partido, impedir que el equipo propio meta goles, concentra en él la mayor parte de las iras y simboliza al enemigo por antonomasia: «está allí para fastidiarnos a nosotros y todo el que trata de fastidiarnos merece morir».

Ocasionalmente algunos ultras se separan del grupo grande y se deslizan subrepticamente hacia el centro de la masa enemiga sorteando a vigilantes y policías. A veces se identifican al rato e intentan abrirse paso en el territorio hostil para regresar a lugar seguro, contentándose con la fascinación que produce el mismo hecho de transgredir la separación impuesta, pues el juego consiste sobre todo en demostrar valor. Otras veces al final del partido tratan de apoderarse de alguna bandera o bufanda enemiga con el objetivo doblemente simbólico de entrar en territorio vedado y de apoderarse de los colores rivales. El trofeo, que indica la superioridad de quien lo obtiene y recuerda para el futuro la victoria, ha sido desde siempre en el fútbol la copa que se entrega al vencedor. Con los trofeos arrebatados los ultras también muestran la superioridad del que los consigue arrebatar y la humillación del que los pierde y no siempre los conservan sino que algunas veces los «trapos» (nombre dado a las banderas enemigas) se queman en el estadio cuando vuelven a enfrentarse con el mismo equipo. Este tipo de invasión resulta cada vez más difícil, al menos dentro del estadio, pero se sigue intentando (o haciendo como que se intenta) como parte del guión del combate lúdico que asumen los protagonistas; y ya sabemos con Huizinga o Bateson que el juego se realiza en la ejecución del mismo sin necesidad de alcanzar otra meta distinta.

La cita previa y el reto al duelo es otro comportamiento típico. Unas veces se insultan y quedan «a la salida», individualmente o en grupitos, otras veces los grupos se desfilan con todos los efectivos en un lugar lejos del estadio para evitar el estrecho marca-

je de la policía.¹⁴ Cuando se producen combates en campo abierto, los grupos se reúnen viéndose mutuamente a una cierta distancia. En el fragor de insultos y amenazas, es frecuente que un miembro de cada grupo se adelante algún paso y se quede en el espacio abierto que media entre las dos formaciones, sin llegar a posibilitar el contacto físico, con la cabeza erguida, haciendo gestos amenazadores y agitando los puños. Uno de los dos perderá terreno sintiendo la presión enemiga y regresará para incorporarse al grupo, sobre todo si la formación rival hace gesto de avanzar contra él o de lanzarle objetos.¹⁵ El combate se queda en ademanes agresivos y amenazas verbales hasta que un grupo pierde terreno o va perdiendo efectivos porque se van cansando, lo que demostraría su inferior consistencia y firmeza. El éxito de semejante pelea es la retirada del enemigo y el aumento de la reputación del bando que ha forzado al otro a echarse atrás. En realidad se trata de combates de exhibición siguiendo rituales de guerra.

Cuando no se ve al enemigo desciende la tensión y cesa la agresividad amenazante, aunque se sepa que está a poca distancia, y en cambio su aparición desencadena el rugido. Necesitan que el enemigo esté visible en el escenario para exacerbarlo, como si no pudieran actuar sin que el rival entre también en escena, al contrario de lo que sucede en la guerra de verdad, en la que es más fácil disparar y matar si al enemigo no se le ve la cara y es alguien abstracto e impersonal. Esta violencia teatral tiene mucho de metáfora de la guerra, de puesta en escena en la que la masacre y la destrucción del otro no es real sino ritual y la derrota consiste en contar después su humillación. No se busca el exterminio del enemigo cuya existencia es la razón de ser de la propia autorrealización ultra y el pretexto necesario para seguir semana tras semana la representación, sirviendo cada encuentro para reafirmar ritualmente la enemistad. Aunque el enemigo es uno distinto cada domingo, la fobia obsesiva por algún rival en especial debe mantenerse viva en la memoria del club y los ultras alimentan esas furias y ojerizas en sus reuniones preparatorias y en sus publicaciones, recreando las humillaciones, desplantes y agravios, para que no se apague el fuego de la hostilidad y esté bien justificado el despliegue de combate.¹⁶

Los ultras utilizan símbolos políticos radicales y totalitarios para resaltar la rivalidad propia del conflicto amigo-enemigo. La militarización organizativa necesaria para sus objetivos les lleva a imitar la estética y los modelos de comportamiento de los grupos más violentos, a copiar sus nombres y a hacer el saludo fascista; como ellos, exaltan la virilidad, exigen una entrega incondicional al grupo, son intransigentes con los débiles. Pero «la mayoría de los miembros de estos grupos se declaran pasotas y sin ideología»

14 La cita puede ser incluso por Internet. En marzo de 1997 seguidores del Ajax y del Feyernoord, sin que hubiera partido entre estos dos equipos, después de despistar con pistas falsas a la policía (que vigila sus citas en Internet para acudir a los escenarios de las peleas), se enfrentaron en una autopista causando un muerto y docenas de heridos.

15 De modo similar al guerrero maring (M. Harris, pág. 62) que sale del escudo protector para insultar más de cerca y regresa cuando empieza la lluvia de flechas.

16 Las tribus primitivas declaran la guerra para vengar actos violentos y ofensas anteriores, como robar un cerdo, violar mujeres o ser víctima de un hechizo de brujería (Harris, pág. 61), los ultras calientan el clima previo al partido recordando el robo de un partido, la entrada a un jugador lesionado o la prima a un tercero.

(De Antón et. Al. 1992) y no tienen una convicción ideológica ni una práctica política fuera del contexto futbolístico consecuente con esos símbolos. La simbología extremista actúa como elemento revulsivo y provocador y les abastece a su vez de elementos identificativos que favorecen la asimilación diferenciada del resto de la sociedad, siendo sólo un signo de inconformismo para destacarse mejor del resto de la sociedad, porque, como dice un hincha del Tottenham «resultaría difícil ser tomado en serio como hooligan si me declarase liberal o socialdemócrata» (Adán 96, pág. 61). Para facilitar su identificación y favorecer el impulso exhibicionista echan mano del lenguaje político extremista y ultranacionalista, apropiándose para su estrategia de representación, más que al servicio de fines políticos. Pero también hay conexiones entre estos grupos desde su origen¹⁷ y los movimientos extremistas y violentos se apropian de la capacidad de reclutamiento, movilización y publicidad que garantizan los grupos ultras, que están ya organizados y cuentan con una envidiable fuerza social. Además constituyen un terreno abonado para el proselitismo al integrar numerosos jóvenes que expresan una hostilidad visceral y articulan el mundo en torno al binomio amigo-enemigo.¹⁸

Conflicto entre justicias

La justicia que imparte el árbitro en el campo de fútbol es un tipo especial de justicia. Se puede estar de acuerdo o disentir de las sentencias de los jueces, de las órdenes de los guardias de tráfico, de las notas de los exámenes escolares pero, aunque se pueden recurrir, se acatan porque se reconoce la autoridad de la que emanan. En cambio, las decisiones del árbitro en los campos de fútbol no se pueden recurrir, pero son contestadas por el público que cuestiona su autoridad y su pretendida neutralidad hasta el punto de que la protesta por las decisiones arbitrales está incorporada al ritual de cualquier público. Los jugadores no pueden protestar y por eso incitan a veces a los hinchas a que lo hagan, pero la protesta de los espectadores se tolera y no conlleva sanciones de ningún tipo, porque lo que sucede en el espacio del público no está reglamentado por las reglas deportivas y sólo afecta a la labor del árbitro si el público se mete en el terreno de juego, bien directamente o bien lanzando objetos. El repudio de la autoridad arbitral por los espectadores es también simbólico pues la autoridad del árbitro no puede ser oficialmente negada y sus decisiones son finalmente las que valen, porque para eso tiene toda la autoridad legal. Pero protestan porque el árbitro no tiene la autoridad legítima a los ojos de los hinchas que participan en el partido identificados con su equipo y niegan toda posibilidad de neutralidad. Como el público está metido en el partido, pero no en el terre-

17 En Italia fueron reminiscencias de grupos violentos de los años setenta; en Inglaterra los hooligans de algunos clubes han llegado a estar dirigidos por el Frente Nacional; en España se ha generalizado el nombre a partir de los Ultra Sur madrileños de tendencia ultraderechista, y también hay nacionalistas radicales.

18 La constante e intensa carga de contenidos racistas y étnicos es el aspecto más grave (Durán 1996 a, págs. 77-90). Como hipóbole del amigo-enemigo se pasa al insulto racista y a la dialéctica identificación-exclusión. Según la encuesta policial (De Antón et. Al. 1990), son minoría los que inicialmente tienen comportamientos xenófobos y racistas, pero tales insultos repetidos se convierten en tópicos contagiando a capas más amplias del público que tiende a absorber acríticamente los nuevos slogans (Dal Lago pág. 114).

no de juego en el que reina la (in)justicia de árbitro, la pretensión de legitimidad de «su» justicia se integra en el partido como conflicto con el árbitro. En el fútbol coexisten en conflicto diferentes «esferas de justicias» (Dal Lago, pág. 60) y cada partido escenifica ese conflicto ritual entre diferentes tipos de justicia: la deportiva y oficial (supuestamente neutral) frente a la pretensión de auténtica justicia por parte de los seguidores del equipo que la exigen para que no sea una farsa de justicia. Aunque nada cambie, con su protesta ha de quedar claro de qué parte está la razón y empieza un contencioso más allá del partido, porque la injusticia merece ser reparada y su memoria perdurará en partidos posteriores, nuevas ocasiones para vindicar la afrenta padecida y exigir acciones reparadoras. Nace así un nuevo motivo para la agresividad ultra.

El árbitro es a menudo, por tanto, protagonista (más incluso que los jugadores) de la interacción entre el terreno de juego y el público. Su figura, que tiene la función de garantizar el carácter reglado y no caótico, lúdico y no violento, del juego, adquiere un papel meta-deportivo y acaba asumiendo, a los ojos de los espectadores que no son (no pueden ser) imparciales, la justificación de este otro nivel de conflicto que entra en juego; un conflicto en el que ya puede echarse mano de todo tipo de explicaciones e invocar diversos intereses económicos o políticos. El árbitro es una figura paradójica. Sin él no hay partido; es necesario que ejerza su función de árbitro deportivo para que se pueda disputar la contienda. Pero sirve a su vez de pretexto para provocar, independientemente de su voluntad y aún de su conciencia, la exigencia de otra justicia. Actúa en el marco deportivo como protagonista consciente de su tarea, pero al mismo tiempo, protagonista también en el marco simbólico de los hinchas, soporta el peso del imaginario colectivo cuyos significados le resultan ajenos. Garantiza a la vez el conflicto deportivo y el conflicto ritual del público. Por eso corre el riesgo de salirse de su papel o ejercerlo inadecuadamente provocando entonces que la violencia ritual se transforme en violencia real.

El sentido de la justicia que tienen los grupos ultras funciona en las relaciones entre ellos como una justicia propia, que no debe recurrir a los agentes externos que simbolizan la justicia del resto de la sociedad. Los ultras, imparten justicia por su cuenta y aplican la venganza del «ojo por ojo y diente por diente»: a una pintada se responde con otra pintada, a una invasión de territorio con otra invasión y a un robo de material emblemático con otro robo. Por eso cuando hay una agresión física, hay que responder atacando violentamente y los agredidos nunca denuncian el ataque a la policía, porque sería salirse de las reglas del combate. Los enemigos («falsos», «cobardes», «mentirosos», «vendidos», «traidores», etc.), son siempre merecedores de una justicia punitiva, que no es la justicia que imparte el árbitro ni la policía, sino la que debe imponer el tribunal del fondo ultra y se expresa en forma de amenazas de agresión.

Todos los miembros del grupo están obligados a participar en esas acciones de venganza y está muy mal visto que alguien se «escaquee» de un ajuste de cuentas, de una respuesta a una carga policial o de un ataque preparado contra otro grupo. El que no colabora en esas actuaciones y evita estar «cuando hay que dar la cara» es un «cobarde» y un «conejo», que puede ser expulsado por no acatar las reglas que rigen para todos. En el comportamiento agresivo de los ultras no cabe la vergüenza (no hay situaciones embarazosas para ellos), ni el sentimiento de culpa (pues sólo pretenden hacer justicia). Participar en la hinchada ultra obliga a exhibir agresividad como testimonio de fidelidad y

coraje, pero al mismo tiempo garantiza la despersonalización, la cobertura del grupo y la impunidad irresponsable. Uno debe cumplir el papel asumido y, como el actor de cine o de teatro, no es responsable personalmente de las acciones que el guión le atribuye. Dentro de estos grupos la violencia es una categoría que no encierra la idea de comportamiento sancionable o punible y la adhesión a valores como la fuerza o el desprecio a los adversarios son las reglas del juego pues, aunque se corra algún riesgo, hay que ser agresivo en el desarrollo del ritual para ganar posiciones de prestigio. Los ultras saben en todo momento lo que está pasando, lo que se puede y no se puede hacer, lo que está bien o mal de acuerdo con sus patrones de conducta.

Casi nunca los episodios de violencia son arrebatos de improviso, ni consecuencia de una reacción súbita ante algo que ocurre en el terreno de juego. La agresividad de los hinchas no nace del juego directamente, es previa, paralela, y no se agota en la respuesta a lo que hacen los jugadores. Sería erróneo explicar la violencia ultra basándose en la agresividad del juego y de hecho cada vez son más raras las escenas de brutalidad dentro del terreno de juego. Otros deportes más permisivos con los choques físicos y mucho más violentos (como el boxeo o el rugby), apenas suscitan sin embargo problemas de violencia de los espectadores. Las acciones de los futbolistas pueden aumentar la excitación de los hinchas si exacerban la tensión agravando el conflicto que desde el principio se desarrolla en las gradas; lo que ocurre en el campo se incorpora e integra en las actuaciones de los ultras, pero no son el origen ni la razón principal de su comportamiento que obedece a una lógica autónoma.¹⁹

IV. UNA SUBCULTURA JUVENIL

La reiteración de las actuaciones ultras y del conflicto entre justicias no puede explicarse por causas socioeconómicas, ni debe pensarse en ella como mero reflejo de la realidad social, sino como procesos con capacidad de intervenir en ella. La construcción de un mundo simbólico paralelo en el cruce excepcional de identificaciones que ofrece el fútbol como «teatralización de relaciones sociales» es un fenómeno interclasista y no la fiel representación especular de un conflicto social previo.²⁰ La mayoría de los miembros de estos grupos no son reclutados en sectores sociales definidos por su nivel económico o su situación social (De Antón et al. 1992), sino que, de modo similar a lo que sucede en el caso de la música rock o pop, se incorporan a pautas de conducta y referentes de sentido por franjas de edad. Su participación desaparece con la edad y así la edad media de los jóvenes integrados en estos grupos en España se mantiene estable en torno a los veinte años, siendo pocos los que superan los veinticuatro. Los grupos ultras tienen si-

19 Para denominar este tipo de violencia autónoma Marsh (1878) adoptó el término *aggro*, utilizado inicialmente por los hooligans ingleses como abreviatura familiar para designar su comportamiento provocador y ritual, diferenciándolo de la verdadera agresión violenta. El término aparece luego en Harré, (1987), Salvini (1988), Dal Lago (1990) y Adán (1996).

20 La escuela de Leicester cae en un reduccionismo exagerado cuando denomina el fenómeno del hooliganismo «violencia de la clase obrera» (Dunning, Murphy y Williams 1986, págs. 291 y 304).

militudes y conexiones con otras subculturas juveniles (tribus urbanas, universos musicales, bandas callejeras, etc.) de las que se nutren; y no son totalmente homogéneos, sino que mezclan y reelaboran modas juveniles importadas del extranjero, pudiéndose encontrar dentro de ellos subgrupos (unos dominantes y otros subordinados) definidos por referencias no futbolísticas, por ejemplo, los heavies o los skins. Más que un fenómeno nuevo, es un desplazamiento de las peleas rituales de una palestra a otra, de los mundos rockeros y callejeros al mundo del fútbol y sus aledaños, una expresión diferente dentro de un mismo modelo de comportamientos juveniles organizados.²¹ Si la función de todos estos estilos juveniles es afirmar la pertenencia a microculturas que los diferencian de la amorfa cultura unitaria de la sociedad adulta, las acciones de los ultras del fútbol responden también en parte a esa necesidad de los jóvenes en la sociedad contemporánea de construir un sociedad para sí mismos.²²

Los grupos ultras adoptan una forma de vida, comparten una jerga especializada, generan unas expectativas estables de conducta y requieren un cierto entrenamiento o reiteración de conductas que transmiten los portadores de la cultura a los novatos. Son organizaciones racionales, con una jerarquía interna, una división de roles estable, unas normas de ingreso y un núcleo de reglas de conducta. Sus características coinciden con el estereotipo de las bandas: fuerte sentimiento de pertenencia e identificación, importancia de la defensa del territorio, enfrentamiento con las otras bandas, división de los roles y estructuración jerárquica del grupo con presencia de líderes reconocidos (Roversi 1992, pág. 42 y ss.). Constituyen en definitiva una subcultura juvenil.²³ Las diferentes subculturas juveniles son universos en los que se generan procesos para satisfacer la necesidad de identificación que padecen los adolescentes.²⁴ Pueden ser enemigas una de la otra, pero coinciden en tener un enemigo principal, el mundo de los padres y de los adultos, representado para los ultras del fútbol en el mundo adulto del estadio, la policía, los «tribuneros» y en general los «viejos».²⁵

La carrera moral del ultra

Harré ha llamado «carrera moral» de la persona la historia social de una persona en cuanto historia de las relaciones con los demás y de las actitudes de respeto y aceptación

21 Según el Dictamen del Senado, «estos grupos constituyen un fenómeno bastante autónomo respecto de la estructura social general y se desarrollan en la intersección entre dos subculturas, que constituyen dos mundos sociales propios, la juvenil del rock y la futbolística» (Senado, pág. 202).

22 Según Thrasher «la pandilla representa un esfuerzo espontáneo de los muchachos por crear una sociedad para sí mismos, donde no exista una sociedad adecuada a sus necesidades» (cit. Por Adán, 1996, pág. 24).

23 Entiendo por subcultura «una forma de vida» típica de un subgrupo de individuos que se distingue, dentro de la sociedad que comparte una cultura común, por una jerga especializada y unas expectativas de conducta de sus miembros.

24 Cagigal ya se refirió a este papel de las subculturas juveniles en *Deporte y Agresión* (1976, pág. 112).

25 «Los del palco, los de la calva, esos ni animan ni hacen nada (...) esos viejos de mierda que nos insultan desde sus butacas llamándonos gamberros»; «cuando más disfrutamos es cuando los “viejos” nos rechistan por alguna de nuestras gamberradas, entonces levantamos nuestras bufandas y cantamos “Heysel, Heysel”» (Un miembro del Frente Atlético).

o de desprecio y rechazo, que se representan en formas sociales institucionalizadas y ritualizadas. Los procesos y momentos de iniciación e integración que tradicionalmente sirvieron de ritos de paso (etapas escolares, servicio militar, sacramento de la confirmación...) perduran oficialmente institucionalizados, pero tienen cada vez menos fuerza. En las actuales sociedades abiertas se construyen microsociedades diferentes que institucionalizan sus propias carreras morales alternativas.²⁶

La vivencia del fútbol como un hecho social total favorece el paso del yo al nosotros y contribuye a satisfacer la necesidad de disponer en la adolescencia de procesos de socialización propios. Los jóvenes ultras no sólo experimentan una intensa comunión emocional,²⁷ sino que el grupo les proporciona la síntesis de los mecanismos de identificación que encierra el fútbol con las necesidades de agregación típicas de la adolescencia. En el grupo encuentran ritos de paso para dejar de ser «críos» y establecen procesos de entrada mediante rituales de despersonalización y de identificación, tales como adoptar una vestimenta común, renunciar a la utilización del propio nombre por un alias o mote o pintarse la cara para encarnar mejor ese nuevo ser social.²⁸ Lo que realmente cuenta para un joven que entra en un grupo ultra es tener una identidad y hacerla visible.

El grupo, además de generar vínculos de pertenencia y tejer redes de relación social, satisface la búsqueda de prestigio por parte de los jóvenes que se integran en él, les confiere una aureola de heroicidad y valentía, y afianza la propia autoestima. El prestigio del ultra no depende de los triunfos del equipo ni de la posición que éste ocupe en la clasificación, sino de acatar unas reglas a través de las cuales el individuo gana reputación y va construyendo su carrera moral. Integrarse en el grupo ultra supone adoptar pautas de comportamiento que subrayan valores distintos de los establecidos en la sociedad y exige entrega absoluta a la tarea de representar hostilidad agresiva, ya que las reglas cuya observancia permite alcanzar status consisten en expresiones estereotipadas de agresividad. El joven supera el ansia de status social y los sentimientos de minusvaloración personal que sufre en la sociedad adulta por la hipervaloración alternativa ganada dentro del grupo. Su propia autoestima depende ahora de las relaciones que el joven establece con las personas que considera más importantes, por ejemplo, los líderes del grupo ultra. Por eso la pertenencia al grupo no se oculta a los coetáneos, aunque al principio sí a los padres.

Para ascender en esta escala social autónoma hay que respetar reglas nunca formalizadas, pero bien conocidas y reconocidas por los miembros del grupo, como participar en una invasión, enarbolar los propios emblemas y colores dentro de la masa rival, arrebatar una bufanda o una bandera enemiga, cantar determinadas letras ofensivas, etc. Las incursiones en el territorio enemigo, por ejemplo, pretenden (como los ritos de caza y los códigos de honor) el reconocimiento por los demás del grupo y el ascenso en la jerarquía interna. Los acontecimientos deportivos o parad deportivos ofrecen la ocasión de superar esas pruebas para demostrar destreza y valor o, por el contrario, delatar cobardía y falta

26 Este análisis de Thrasher sobre las pandillas juveniles de Chicago puede aplicarse a los teddy boys británicos de finales de los años 50, los punks o los skin heads (Adán, 1996, pág. 24).

27 Buford describe la experiencia de «vivir el presente con una intensidad tremenda, con una intensidad tal que, aunque muy brevemente, el individuo deja de existir en tanto que ser individualizado para desaparecer engullido por la emoción de ser uno más» (pág. 223).

28 Igual que el tatuaje confiere dignidad y un ser social en los pueblos primitivos (Lévi-Strauss pág. 234).

de sintonía con el grupo. El éxito aumenta la reputación revalidando la pertenencia al grupo, mientras que si uno falla la reputación se desvanece y se convierte en sospechoso. Por consiguiente, los enfrentamientos entre ultras no son casuales sino pautados, con símbolos cuya sola exhibición se interpreta como un desafío que legitima la agresión y con unas reglas definidas para instigar a la pelea (invadir el territorio del otro, insultar, mirar mal, etc.). Y las actuaciones agresivas no persiguen eliminar o hacer daño físico al contrario, sino que forman parte de un sistema de gestos para adquirir honor y forjar una imagen de sí mismo como fiel a los colores y temible para los rivales. Son rituales para construir la carrera moral de sus miembros.

La estructura interna de los grupos (papeles y jerarquías tácitamente aceptados por todos sus miembros) se define por los diversos grados de implicación o pertenencia al mismo. Los más jóvenes se acercan a los ultras atraídos por el aspecto alegre y bullicioso que muestran ante el resto del estadio. Primero pululan por allí, sentándose en zonas próximas a ellos, observando con cierta envidia y admiración sus gestos y acciones.²⁹ Luego van imitando sus cantos y gritos, más tarde también el uniforme (bufandas, escarapelas, calzados, etc.). Poco a poco se van metiendo dentro del fondo ultra, que los va a observar a su vez y reconocer como «críos».³⁰ La mayoría pasarán unos años en el grupo y lo abandonarán casi sin darse cuenta, biológicamente, cuando se integren en la afición normal con los «viejos». Sólo algunos llegarán al grado de «veteranos», cuya función principal es velar por el cumplimiento de las reglas, garantizar la supervivencia y el crecimiento del grupo sin que se desvirtúe. En los viajes estos veteranos dan consejos a los más jóvenes recordándoles las normas de obligado cumplimiento (no formar pequeños grupos que serían fácilmente atacables, seguir las instrucciones de la policía si les escolta, no exhibir símbolos del grupo ni del equipo si uno decide pasear solo, proteger el material propio como prioridad sobre el robar el de los otros, no atribuir al grupo las fechorías individuales que a uno se le ocurra perpetrar, etc.). A veces deben reconducir a los «críos» por medio de amonestaciones y broncas, sin excluir tomar drásticas decisiones.³¹ Los veteranos son la cumbre de la estructura interna en la que la movilidad está determinada por el comportamiento en los encuentros rituales.

29 «Yo me sacaba la entrada de tercer anfiteatro, y veía que abajo es donde estaba la movida, donde realmente se animaba, donde estaban las banderas y todo eso y empecé a colocarme en el fondo sur y a partir de ahí comenzamos a conocernos los unos a los otros». (Un miembro Ultra Sur).

Durán describe detalladamente la mezcla de admiración y miedo en los niños: «Una de las cuestiones que más impacto me produjo fue ver a un grupo de niños de Logroño de unos 10 ó 12 años aproximadamente, observando con ojos desorbitados la realmente "espectacular entrada" al estadio del grupo Ultras Sur. Espectacular no sólo por sus vestimentas, simbología y peinados, sino también por todo el dispositivo policial que generan a su alrededor. Si bien todos eran cacheados al entrar, y obligados a descubrirse la cara (algunos la ocultaban), muchos de ellos en el tramo de acceso al fondo que tenían reservado de apenas 20 metros con policías vigilándoles estrechamente, volvían a cubrirse con sus bufandas y gorros como si fueran auténticos terroristas. Me resulta imposible conocer la sensación, el efecto que aquel espectáculo producía en aquellos niños, pero yo diría, por sus rostros, que estaba entre el miedo y la admiración.» (Durán 1992 a).

30 Hornby recuerda su «día de graduación», cuando cumplió quince años y decidió que había llegado el momento, «planeado con todo esmero», de abandonar para siempre a los «escolares» para integrarse en el núcleo del grupo de hooligans (págs. 89-92). Fue para él su «único rito de paso».

31 En un «fanzine» de Brigadas Azules se dice: «Una advertencia a los dos borregos que estaban encima de la valla. Cuando decimos a alguien que se quite porque estamos colocando el "tifo", se quita y se calla. Por lo pronto, estos dos imbéciles están fuera de la peña, por idiotas, aparte del ligero intercambio de opiniones que vamos a tener con ellos cuando los veamos» (Adán, 1995, pág. 57).

Las diferencias en la manera de vestir sirven para reconocer el status de los miembros dentro del grupo. La mayoría, los que dan color e identifican al grupo como conjunto, se ponen el «uniforme» completo desde el gorro hasta las botas, pasando por las bufandas (a veces dos, una de ellas enrollada al puño), además de las escarapelas. Los duros o peleones suelen llevar cazadora. Los miembros más jóvenes llevan sólo algunos de estos elementos y van completándolos poco a poco según su grado de integración y el éxito de sus acciones. Pero los veteranos no suelen vestir atuendo diferenciado del resto de los espectadores, no necesitan ir de uniforme, porque son suficientemente conocidos; tampoco son los que más gritan (eso queda para otros que deben reforzar su status), ni los más activistas en el estadio donde controlan con altanería y prestancia; en la calle, sin embargo, son los que proponen las acciones y deciden dónde ir o qué hacer; y, como deben dirigir las actuaciones del grupo, no ingieren alcohol para mantener la cabeza lúcida y ganar en eficacia y combatividad (Senado, pág. 102). Además de la estructura vertical hay otros puestos desempeñados por miembros cualificados, que responden a tareas u «oficios» diferentes, por ejemplo, los expertos en el coreo y los que se encargan de organizar los viajes. Harré (1987, pág. 68) destaca dos muy especiales, los gamberros y los excéntricos.³²

Transformación de la realidad

Cuando cuentan lo sucedido los ultras magnifican la victoria sobre los rivales siempre arrugados, cobardes, gusanos («no les dimos tregua», «contra nosotros no hay quien pueda», «eran tres contra uno pero pude con todos») y describen el encuentro como si hubiera habido contacto físico y les hubieran infligido daños reales («les dimos una paliza descomunal», «les rompimos la cara», «fuimos a muerte», «no quedé ni uno vivo»). Se multiplican las conversaciones llenas de inverosímiles mentiras, de batallas que no se han producido, de autoengaños que acaban siendo compartidos porque todos quieren creérselos. Los relatos crecen como un caparazón sobre la verdad, la involucra y desvirtúa, incorporando a la leyenda del grupo ultra episodios poco memorables, pero revestidos con una pátina que los exagera y confunde. ¿Cómo pueden relatar semejantes proezas cuando saben que realmente sólo ha habido amenazas y gestos simbólicos? Este tipo de alardes retóricos les hace sentirse más importantes y es frecuente entre los adolescentes y en la cultura machista. La respuesta es que necesitan contar hazañas para ser reconocidos, acumular honor y aumentar su reputación.³³ Esa necesidad de ganar reputación

32 El gamberro realiza actos descarados, atrevidos e incluso graciosos de seudoviolencia (burlarse de señoras mayores sacándoles la lengua, simular asaltos a tiendas), escogiendo víctimas indefensas para ironizar sobre la violencia que fingen ejecutar. El excéntrico rompe aparentemente las reglas del desorden y aparece como capaz de atacar realmente, teniendo los demás que sujetarlo (o hacer como que le sujetan) para que no desencadene el desastre. No habiendo reglas sin excepciones, gamberros y excéntricos contribuyen a resaltar la existencia de reglas precisamente cuando dan la impresión de saltárselas.

33 Según Harré (1987, p. 65) hay una retórica similar en las peleas rituales en las Islas Tory, en las que es muy raro que alguien muera: es frecuente oír relatar supuestas acciones violentas de los cabecillas que no son ciertas y cuando se cuenta la pelea en la aldea se gana o se pierde reputación casi igual que en los pubs ingleses o en los bares madrileños al recordar las agresiones del fin de semana.

explica que, no habiendo apenas luchas reales ni heridos, los mensajes sean tan brutales y las publicaciones ultras exalten la violencia hasta el extremo.

El fenómeno social del fútbol se presta a la retórica. Todos los hinchas hablan del partido en términos cargados de épica y subjetividad, pero las crónicas deportivas no desmerecen de la retórica de los hinchas y se alejan bastante de lo que sería una descripción precisa de los hechos, los presidentes y entrenadores acuden a los medios de comunicación para caldear el ambiente antes del partido, las informaciones sobre los enfrentamientos entre ultras exageran a veces la gravedad de los mismos. Medios de comunicación e hinchas, directivos y ultras participan al unísono en la producción de textos retóricos a partir de la estructura narrativa que rige el espectáculo. Los acontecimientos deportivos y las agresiones de los ultras se cuentan según categorías previas (maniqueas y de combate), en las que se organizan los datos y se envuelve a los lectores o a los oyentes.³⁴

La notoriedad pública que proporciona estar en un grupo de ultras aumenta con las fotos y los vídeos donde se habla de ellos (Senado, pág. 203); y la popularidad que da la publicidad de sus acciones refuerza la motivación identificadora. Hay que hacer lo posible para significarse y aparecer, hay que dejarse ver y para ello hay que repetir hazañas y agresiones («unos ultras que no salgan en la tele ni son ultras ni son nada» decía un supporter bético). Así crece el orgullo de ser alguien importante en quien se fijan los periodistas y los fotógrafos, alguien que merece casi tanta atención como los futbolistas más idolatrados, alguien que tiene a la policía y a los medios de comunicación pendientes de él porque da miedo y atemoriza a las ciudades a las que se desplaza.³⁵ El status se alcanza a través de la notoriedad y ésta por la violencia. Ser ultra y actuar como tal es ante todo una lucha por ser centro de atención, una estrategia para mostrarse y ser actor de la propia vida más que espectador de la vida ajena. Estos jóvenes han elaborado en torno al fútbol un sistema de espectacularización de sí mismos que, además, invita a la emulación y favorece el proselitismo.

Por otra parte, los ultras hacen un uso intensivo de imágenes celebradoras del triunfo presentido, anuncian «profecías autocumplidas» del tipo «vamos a ganar» o atacan provocadoramente al contrario para asustarlo y debilitarlo. Como en los mítines políticos (Cruces y Díaz de Rada, 1995, pág. 172), al tiempo que se reitera la incapacidad del rival, se trata de anticipar lo que se desea y se quiere conseguir, la victoria, porque es la manera de animar, cohesionar y orientar el comportamiento de los seguidores hasta lo-

34 Patxo Unzueta (1998) afirma que «desde el gol de Zarra a Williams aquí ya se sabía que la afirmación de una tradición nacional depende menos de los goles que de los locutores que los narran» y recuerda, siguiendo a Gellner, «el papel de los medios en la difusión de la lógica inclusión-exclusión que funda todo nacionalismo.»

35 Estos jóvenes reconocen que se sienten importantes y se pavonean de ser escoltados por la policía como los personajes famosos. Un hooligan le decía a Buford (1992, pág. 48) que la policía sólo escolta cuando van a otros países al Papa, a los Presidentes de Gobierno y a los hinchas de un equipo. Otro hooligan confesaba, después de unos graves incidentes, que probablemente perdería el trabajo, pero que no le importaba pues no dudaba de que se habría convertido en una celebridad por haber estado en Italia cuando se armó la que se armó. «No recuerdo haberme topado nunca con nadie que tuviese la conciencia tan exacerbada respecto de su propio status, nadie con tal grado de interés por saber cómo le verían los demás», añade Buford (pág. 132).

grar el triunfo. La proclamación anticipada de la victoria y la humillación del contrario funcionan en el universo ultra como «profecías autocumplidas», igual que sucede en el lenguaje del fútbol en general y en el lenguaje político.

No sólo el lenguaje, también los comportamientos presentan diferentes niveles de eficacia operativa. Por ejemplo, el objetivo del coreo en los momentos iniciales del partido es superar y acallar los cantos contrarios para demostrar así la superioridad sonora y organizativa, como si dejar clara la superioridad sobre la hinchada visitante y obtener esa victoria coral fuera mérito suficiente y anticipación irrefutable de la consecuyente victoria deportiva. Pero, independientemente de que luego se vea acompañada por el éxito deportivo, esta victoria coral de unos ultras sobre otros tiene sentido por sí misma. Más allá de la influencia sobre el público y sobre el desarrollo deportivo del partido (incluido el resultado), los rituales desplegados tienen una eficacia operativa autónoma porque transforman el status de los miembros del grupo y construyen su carrera moral y su imagen pública.

La virtualidad transformadora de la personalidad del combatiente que tiene la guerra puede atribuirse también a las batallas de los ultras. Si por un lado la guerra tiende a disolver al individuo por la puesta en juego negativa del valor de su propia vida, por otro convierte en héroe glorioso al superviviente ganador de esa puesta en juego y con el ídolo introduce el orden divino.³⁶ La agresividad ultra es una vivencia alternativa a la monotonía y al aburrimiento, una experiencia excitante de autoinmolación en el grupo y de glorificación por la victoria heroica.³⁷ Como en cualquier religión, la divinidad no sólo irrumpe excepcionalmente en forma de experiencia mística o de sangre derramada, sino que lo hace habitualmente en forma de sacrificio ritual repetido en actos sacramentales que se distribuyen a lo largo de un calendario litúrgico (Bromberger et al., págs. 35-40). El calendario futbolístico marca el paso de los años y las estaciones, con momentos «pascuales» culminantes (las eliminatorias coperas, las finales, los ascensos o descensos y las promociones son auténticos momentos de muerte y resurrección). De ahí que la unidad de medida del tiempo de un hincha radical es el calendario futbolístico que, como el religioso, no coincide con el calendario civil.³⁸ El verdadero día de fiesta de la semana para un ultra es el día del partido, al que es obligatorio asistir como a la misa del domingo (que se puede adelantar al sábado) y de las festividades que caen entre semana. Hay muchas más similitudes entre la celebración religiosa del sacrificio y el

36 Después de esta observación, Bataille añade: «La guerra determina el desarrollo del individuo más allá del individuo-cosa en la individualidad gloriosa del guerrero» (pág. 61).

37 Es, según Buford, «una de esas experiencias exaltadas que por su propia intensidad, por el riesgo que entraña, por la amenaza implícita de autoinmolación (...) incineran la conciencia del yo y trascienden nuestra concepción de lo personal, de la individualidad. ¿Qué experiencias son éstas?, son poquísimas; son además intolerables. El éxtasis religioso. El exceso sexual (insistente, incesante). El dolor (ya sea causarlo o padecerlo) (...) La piromanía. Algunas drogas. La violencia, el crimen. Formar parte de una muchedumbre y —mejor aún— formar parte de una muchedumbre en pleno acto de violencia» (pág. 226)

38 «Nuestras unidades de tiempo van de agosto a mayo, ya que junio y julio no cuentan cuando no hay Mundiales ni Copa de Europa de selecciones. Si se nos pregunta cuál ha sido el mejor año de nuestra vida, casi siempre contestaremos con cuatro cifras: 66-67 para los hinchas del Manchester United, el 67-68 para los del Manchester City, 69-70 para los del Everton, etc. Ese silencio entre una cifra y otra es la única concesión al calendario que sigue el resto de la civilización occidental» (Hornby, pág. 140).

ritual del fútbol.³⁹ Sin embargo, la dimensión operativa de los rituales ultras no se da en un nivel autoconsciente como en el ritual religioso o en cualquier ceremonia curativa. Los comportamientos repetitivos y codificados de los ultras no son vividos por los autores como rituales de salvación o de sanación, a pesar de su carácter sacramental, de su espesor simbólico y de que suponen la ruptura con lo cotidiano. A diferencia de la conciencia que tienen los sacerdotes o los hechiceros de ser portadores de salvación o de salud, los ultras carecen de la dimensión exegética de sus actuaciones, no obstante las transformaciones funcionales y personales que producen. Quizá precisamente por eso tanto ellos como el resto de la sociedad las interpretan como profundamente antisociales e incíviles.

Hemos reconocido en las relaciones informales de estos grupos acciones rituales compensatorias y contestatarias (ritos de paso y ritos de rebelión) que desafían al mundo adulto y oficial. Podría decirse que son formas de identificación y pertenencia al margen del orden social, cuya principal función es «afirmar la pertenencia significativa a microculturas que los diferencian de la amorfa cultura unitaria de la sociedad» (Adán, 1996, pág. 54) y que juegan en la estructura social un papel similar a las novatadas, las manifestaciones antiautoritarias, las escapadas colectivas ocasionales, etc. Estas formas rituales de la «communitas» (Turner) producen un mundo de relaciones sociales alternativas y son un modo de operatividad social «no sólo tolerado sino alentado por quienes ostentan el poder (...) pues vienen a ser formas controladas de expresión y resolución de conflictos y a veces forman en los miembros vinculaciones más firmes y profundas (en realidad, mediatizadas) que las que se suponen generadas por la identidad investida por la institución.» (Velasco, 1996, pág. 119).

V. VIOLENCIA RITUAL Y VIOLENCIA REAL

Si la fascinación que ejerce el fútbol radica posiblemente en contener esencialmente (es decir, desde siempre) la posibilidad ritual de la violencia, los ultras han construido un sistema de símbolos específicos, capaces de promover y orientar comportamientos agresivos establecidos según códigos, que son fundamentalmente representaciones de violencia ritual. Se trata de una violencia expresada, celebrada, simbólica, no necesariamente materializada en agresión física. El número de agresiones reales resulta escaso en comparación con el número de partidos de fútbol que se juegan cada semana y los cientos de miles de espectadores que los ven. La agresividad ultra no excluye la posibilidad de la agresión física y provoca graves riesgos, como los provocan los jóvenes en otros momentos de fiesta propios de la sociedad urbana (la «ruta del bacalao» el fin de semana,

39 Hay un espacio sagrado, el césped, que pueden pisar los oficiantes pero no los comulgantes; los fieles, para estar unidos más estrechamente, no se sientan en asientos individuales sino en gradas como los bancos corridos de las iglesias; los complementos del vestuario de los hinchas tienen una función identificadora y expresan ante sí mismos y ante los demás el grado de fidelidad y compromiso del portador, del mismo modo que las mantillas, cruces, rosarios y misales; los desfiles de recorridos fijos, acompañados de cánticos y pancartas se parecen a las procesiones con sus estandartes y sus plegarias.

las «zonas» de copas de las ciudades, los conciertos de rock, etc.). Mientras los jóvenes rurales se divierten en las fiestas tradicionales, a veces crueles o peligrosas (desde los encierros de toros a los fuegos artificiales), los ultras del fútbol encarnan la excitación desenfrenada y el exceso de participación en la sociedad moderna.⁴⁰

Hoy se dan menos casos de violencia originada directamente por el desarrollo del juego que nunca. La violencia futbolística, confinada en otro tiempo en los campos de fútbol, ha desaparecido prácticamente de ellos, debido a la separación de los hinchas y a las restricciones de los movimientos en masa, principal causa de las grandes tragedias. Aunque la acumulación de factores de riesgo (Rimé, 1988) convierte al estadio y sus alrededores en un polvorín que ciertos errores o individuos interesados pueden hacer saltar en cualquier momento, las agresiones físicas directas, con heridos e incluso muertos, se producen ya fuera de los campos (salvo el lanzamiento de pequeños objetos contra los jugadores) y no las provocan espectadores apasionados por el desarrollo del partido. Casi siempre hay otro elemento añadido que permite explicarlas. Sin duda el fútbol y la presencia de grupos organizados dentro de él atrae a personalidades psicopáticas y a sujetos imbuidos de ideología nazi y racista, cuyas agresiones y violencia callejera se revisten a veces con colores futbolísticos, sin minusvalorar la apropiación, e incluso en algunos casos la dirección, de estos grupos por movimientos políticos violentos, como hemos visto más arriba. También el alcohol desinhibe y facilita saltarse las reglas de actuación colectiva, incluso las propias del grupo, desencadenando los incidentes y desórdenes públicos más graves.

No es fácil establecer la frontera donde termina la provocación ritual y empieza la violencia física. Entre los esquemas de la violencia expresada simbólicamente y las agresiones físicas hay una franja estrecha y fluctuante. Del mismo modo que en las batallas reales hay a veces muchos componentes rituales, las batallas fingidas pueden contener elementos de violencia no ritual o transformarse en violencia real. El juego implica siempre llegar hasta el límite. Saber quedarse en él o traspasarlo depende de otros factores: del contexto, de los malentendidos de interpretación, de las interferencias de terceros (la policía, por ejemplo), de la manipulación por otros intereses (ideológicos o políticos). El *aggro*, la actuación dramática de los ultras, la ejecución de la amenaza, genera una escalada simbólica de violencia que se controla por la lógica simétrica del ritual, que pretende vencer al rival y no matarlo pues si lo destruye se acaba el juego. Si alguien pierde el control de la representación y el personaje se ve desbordado cuando el dispositivo ritual está en marcha y ya no tiene vuelta atrás, se puede transgredir el propio ritual, desritualizarse el *aggro* y surgir la violencia física. La tragedia de Heysel, ocurrida antes de comenzar el partido, fue consecuencia de la puesta en escena de las carreras e invasiones del territorio contrario, típicas de la cultura ritual de los hooligans, en un lugar fuera del contexto inglés en el que no se comprendía. Aquella fatal agresión pertenecía de forma

40 Baudrillard escribió (págs. 161) a raíz de la tragedia de Heysel: «Paradójicamente, es en acontecimientos salvajes como éste en los que se encuentra materializada de manera terrible la idea de una hipersociabilidad moderna de tipo participativo. Se la deplora, y hay mucho que deplorar: doscientas sillas destruidas en un concierto de rock son una señal objetiva de éxito. ¿Dónde termina la participación y dónde empieza el exceso de participación? Incluso aquí hay una lógica, convertida quizá en locura, pero es la misma lógica.»

clara al continuum de acciones amenazantes que los hinchas británicos más radicales llevaban años realizando sin consecuencias. La cuestión no es dilucidar si la violencia ejercida por los ultras constituye una desviación o una continuación de sus rituales. Es a un tiempo desviación y continuación. No hay propiamente una disyuntiva, sino una conjunción.

La representación de la guerra tiene más riesgos fuera del campo, no sólo porque la separación física no está ya asegurada, sino porque los espacios de escenificación del enfrentamiento se mezclan entonces con los espacios de la vida real que no participan en el juego (otros ciudadanos, el tráfico, los comercios...). Ahora el territorio no pertenece propiamente a un grupo u otro de los carapintadas, sino a la sociedad en general, que no participa en la exhibición lúdica, que puede no entender el carácter simbólico de la violencia y que ha confiado en las fuerzas de orden público la protección del espacio común y serio. Entonces la violencia puede perder sus connotaciones lúdico-rituales y desencadenar una violencia real. Los ultras para demostrar su propia fuerza, para infundir temor en los rivales y en la sociedad, o para vengar un sentimiento de justicia ofendida, pueden descargar su violencia contra objetos neutros (autobuses, mamparas de paradas de autobús, papeleras públicas, vitrinas, farolas...), atacándolos en algunos casos como sustitutos de las personas causantes de la ofensa o merecedoras del castigo según ellos.

Si se quieren prevenir los riesgos que entraña esta nueva violencia juvenil y evitar los casos de violencia real y vandalismo, no se puede ignorar el carácter pautado y simbólico del comportamiento de estos grupos, que tienen todas las características generalmente reconocidas como propias de los rituales:⁴¹ formalidad, replicabilidad, intencionalidad (que implica organización secuencial) y eficacia simbólica (expresividad y conectividad), y se debe prestar la debida atención a sus actuaciones, que tienen la virtud de investir (o revestir) a los individuos de una identidad superpuesta y de construir una realidad social de normas y procesos de identificación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, Rufino, RODRÍGUEZ, Felipe (1989): *Los jóvenes ultras en el fútbol sevillano. Una aproximación al fenómeno de la violencia en los estadios*, Sevilla, Instituto Municipal de Juventud y deportes. No publicado.
- ADAN, Teresa (1995): «Rituales de agresión en subculturas juveniles urbanas», *Cuadernos de Realidades Sociales*, núm. 45-46, págs. 51-73.
- (1996): *Ultras y skinheads: la juventud visible*, Ediciones Nobel, Oviedo.
- BATAILLE, Georges (1971): *Teoría de la religión*, Taurus, Madrid, 1975.
- BAUDRILLARD, J. (1986): «Heyssel», *Autrement*, núm. 80, mayo de 1986.
- BROMBERGER, Christian; HAYOT, Alain; MARIOTTINI, Jean Marc (1987): «Allez l' O.M. ¡Forza Juve! La passion pour le football à Marseille et à Turin», *Terrain*, núm. 8, págs. 8-41.
- BUFORD, Bill (1991): *Entre los vándalos*, Anagrama, Barcelona, 1992.
- BURGUES, Anthony (1989): «¿Merece la pena?», *El País*, 19-IV-1989, págs. 13-14.
- CAGIGAL, José María (1976): *Deporte y agresión*, Alianza Deporte, Madrid, 1990.

41 Velasco (1996, pág. 117), Moore y Myerhoff (pág. 161).

- CASTRO MORAL, L. (1986): *Violencia en el deporte de competición*, Instituto de Ciencias de la Educación Física y del Deporte, Madrid.
- COMISIÓN NACIONAL CONTRA LA VIOLENCIA EN ESPECTÁCULOS DEPORTIVOS (1994): *Análisis de la violencia en el deporte*, temporada 1993-1994, Ministerio del Interior-Consejo Superior de Deportes, Madrid.
- CONSEJO SUPERIOR DE DEPORTE, DIRECCIÓN GENERAL DE LA POLICÍA Y REAL FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE FÚTBOL: *Seminario Internacional sobre prevención de la violencia en el deporte* (5 vol.), Madrid, 1989.
- CRUCES, FRANCISCO; DÍAZ DE RADA, Ángel (1995): «Representación simbólica y representación política», *Revista de Occidente*, núm. 170-171, págs. 162-171.
- DAL LAGO, Alessandro (1990): *Descrizione di una battaglia*, Il Mulino, Bologna.
- DE ANTÓN, Julio (1988): «Violencia, juventud y deporte», *Ciencia Policial*, núm. 3, págs. 32-69.
- (1992): «Los cabezas rapadas», *Policia*, núm. 79, págs. 17-22.
- DE ANTÓN, Julio; PASCUAL DEL RIQUELME, A. (eds.) (1990): *Factores que promueven la violencia en el deporte con especial referencia al fútbol*, Consejo Superior de Deportes, Madrid.
- DE ANTÓN, Julio; FRIGOLA, C.; LINARES, A. (1992): *Encuesta sobre grupos eversivos españoles y peñas*, Subdirección General Operativa de la Policía, Madrid.
- DEL PINO, F. (1992): «Ritual de agresión en el fútbol», *ABC*, 5 de abril de 1992, págs. VI-VII de Los Análisis de ABC.
- DUNNING, Eric (1986): «Lazos sociales y violencia en el deporte», en ELIAS, Norbert, y DUNNING, Eric (1992): *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- DUNNING, E.; MURPHY, P., WILLIAMS, J. (1986): «La violencia de los espectadores en los partidos de fútbol: hacia una explicación sociológica», en ELIAS, N., y DUNNING, E.: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- DURÁN, Javier (1992 a): *Análisis sociológico sobre el partido de alto riesgo Logroñés-Real Madrid*, Comisión Nacional contra la violencia en los espectáculos deportivos. Consejo Superior de Deportes, Madrid.
- (1992 b): «El vandalismo en el fútbol en España», *Sistema*, 110-111, págs. 155-174.
- (1996 a): *El vandalismo en el fútbol*, Gymnos, Madrid.
- (1996 b): «Hinchadas radicales en el fútbol», *Temas para el debate*, núm. 14, págs. 37-40.
- ELIAS, Norbert (1969): *El proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- (1986 a): «La génesis del deporte como roblema sociológico», en ELIAS, N., DUNNING, E.: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- (1986 b): «Un ensayo sobre el deporte y la violencia» en ELIAS, N.; DUNNING, E.: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- GARCÍA CANDAY, Julián (1996): *Épica y lírica del fútbol*, Alianza, Madrid.
- GARCÍA FERRANDO, Manuel (1990): *Aspectos sociales del deporte*, Alianza Editorial, Madrid.
- GAVIRIA, Mario (1996): *La Séptima potencia: España en el mundo*, Ediciones B, Barcelona.
- GIL CALVO, Enrique (1998): «Fuera de juego», en Debate «¿Es el fútbol culpable de la violencia?», *El País*, 13 de diciembre de 1998, pág. 17.
- GOFFMAN, Erving (1971): *Relaciones en público*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- HARRE, Rom (1978): «Il teppismo nel football inglese», en SALVINI, Alessandro: *Il Rito aggressivo. Dall'aggressività simbolica al comportamento violento: il caso dei tifosi ultra*, Giunti, Firenze.
- (1987): «El gamberrismo en el fútbol», *Revista de Occidente*, núm. 70, págs. 55-78.
- HARRIS, Marvin (1974): *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Alianza, Madrid, 1980.
- HARRISON, Gualtiero (1994): «L'eco clamorosa», en SALVINI, Alessandro: *Il rito aggressivo*, Giunti, Firenze, 1988, págs. 235-273.

- HORNBY, Nick (1996): *Fiebre en las gradas*, Ediciones B, Barcelona.
- INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN FÍSICA Y DEL DEPORTE (1985): *Agresión y violencia en el deporte*, Consejo Superior de Deportes, Madrid.
- LEGUINECHE, Manuel (1997): «El fútbol y la vida», *Heraldo de Aragón*, 19 de agosto de 1997.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1958): *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1973.
- MARÍAS, Javier (1998): «Faltaría más», en *El País*, 8 de junio de 1998 (Francia 98, pág. 6).
- MARÍN, Louis (1987): «Notes on a Semiotic Approach to Parade, Cortege and Procession», en A. FALASSI (ed.): *Time out the Time*, Albuquerque: University México Press, págs. 220-228.
- MARSH, P. (1978): *Aggro. The ilusion of violence*, Dent, London.
- MARSH, P.; ROSSER, Elisabeth; HARRE, Rom (1978): *The Rules of Disorder*, Routledge & Keagan, London.
- MOORE, Sally F., y MYERHOFF, Barbara G.: *Secular ritual: forms and meanings*, págs. 3-24.
- MUÑO, Juan (1996): «Razón y pasión del fútbol», *Letra Internacional*, 44, mayo-junio 1996, pág. 35-41.
- PARA, I.; VENDRELL, R. (1997): «Pop y fútbol. Rockeros de primera división», *El Periódico de Cataluña*, 9 de febrero de 1997, págs. 2-4.
- PRADERA, Javier (1998): «Fascismo en los estadios», *El País Domingo*, 13 de diciembre de 1998, pág. 4.
- PRADO, Benjamín (1998): «Memorias de hooligans», en *El País Domingo*, 14 de junio de 1998, págs. 18-19.
- RIME, Bernard *et al.* (1985): *Elements pour l'analyse des evenements du Heysel, survenus le 29 mai 1985 a Bruxelles*. Université Louvaine-La Neuve, Lovaina.
- RIME, Bernard (1988): «Violencia en los estadios: la respuesta de los psicólogos», *Mundo científico*, núm. 81, vol. 8, págs. 686-689.
- ROVERSI, Antonio (1992): *Calcio, Tifo e Violenza. Il teppismo calcistico in Italia*, Il Mulino, Bologna.
- (1994): «Il sociologo e l'ultra. Gli studi sul teppismo calcistico», en V. MARCHI (ed.): *Ultrà*, Koinè, Roma
- SALVINI, Alessandro (1994): *Il Rito aggressivo. Dall'aggressività simbolica al comportamento violento: il caso dei tifosi ultras*, Giunti, Firenze (1989).
- SÁNCHEZ SOLER, Mariano (1998): *Descenso a los fascismos*, Ediciones B, Madrid.
- SENADO (1990): *Dictamen de la Comisión Especial de Investigación de la violencia en los espectáculos deportivos*, Madrid.
- UNZUETA, Patxo (1998): «Honor y cábala», en *El País*, 8 de junio de 1998 (Francia 98, pág. 6).
- VAN CAMPENHOUDT, L. (1988): «Le hooliganisme sacrilège. Approche sociologique», *Revue interdisciplinaire d'études juridiques*, número especial sobre «La violence dans les stades».
- VAN LIMBERGEN, Kris; WALGRAVE, L. (1988): *Euro'88: fans and hooligans*, Youth Criminology Research Group report commissioned by the Belgian Minister of the Interior. Bruselas.
- VAN LIMBERGEN, Kris; COLAERS, C.; WALGRAVE, L. (1987): *Research on the societal and psychosociological background of football-hooliganism. Report 2: results of a systematic empirical research in the Belgian First Division, competition 1986-87, summary*, Universidad Católica de Lovaina.
- VARGAS LLOSA, Mario (1998): «El "hooligan" civilizado», en *El País*, 21 de junio de 1998, pág. 15.
- VELASCO, Honorio M. (1996): «La difuminación del ritual en las sociedades modernas», *Revista de Occidente*, núm. 184, págs. 103-123.
- VELASCO, Honorio; CRUCES, Francisco, y DÍAZ DE RADA, Ángel (1996): «Fiestas de todos, fiestas para todos», *Antropología*, núm. 11, marzo 1996, págs. 147-163.
- VERDÚ, Vicente (1980): *El fútbol. Mitos, ritos y símbolos*, Alianza, Madrid.

-
- (1998 a): «El milagro mundial del fútbol», en *El País*, 8 de junio de 1998 (Francia 98, pág. 31).
 - (1998 b): «Los hombres, las mujeres, el fútbol», en *El País*, pág. 15.
 - (1998 c): «La masa candente», en Debate «¿Es el fútbol culpable de la violencia?», *El País*, 13 de diciembre de 1998, pág. 17.
- WALGRAVE, L.; VAN LIMBERGEN, Kris (1988): «Le hooliganisme belge: description et essai de compréhension», *Revue interdisciplinaire d'études juridiques*, número especial sobre «La violence dans les stades».

El «conflicto intergeneracional» en los adolescentes de Alcorcón-95: tipología y características¹

ÁNGEL HERMOSO LÓPEZ*

1. INTRODUCCIÓN

El núcleo básico de este artículo se ha desarrollado, principalmente, a partir de los datos obtenidos de una encuesta de 224 preguntas realizada en la localidad de Alcorcón (Madrid), en el año 1995, sobre un universo de 12.741 individuos, que se encontraban en aquel momento realizando los estudios correspondientes a la Enseñanza Secundaria, en todos los centros públicos y privados de esta localidad. La muestra se componía de 1.170 individuos de ambos sexos, comprendidos mayoritariamente en las edades características de la adolescencia, es decir, entre 14 y 18/19 años, siendo seleccionados mediante muestreo estratificado con afijación proporcional, utilizando como estratos nivel educativo y tipo de centro. Se ha trabajado pues, con un nivel confianza sigma 2 y un error muestral ligeramente inferior al 3%. Las preguntas realizadas versaban sobre aspectos muy diversos: relaciones personales, valores, creencias religiosas, actitudes básicas, comportamientos declarados, etc. La explotación de los datos se ha realizado con ayuda del programa estadístico SPSS.

El objetivo fundamental de la investigación llevada a cabo era determinar cómo estaban incidiendo los procesos de socialización en la configuración de la personalidad sociocultural de dichos adolescentes, cómo estaban influyendo en ese proceso de socialización los agentes socializadores tradicionales (familia, escuela, iglesia, grupo de pares, medios de comunicación social, etc.), y por último detectar la existencia o no de conflicto intergeneracional y determinar, si así fuese, sus tipos y niveles, es decir, su naturaleza, características actuales y sus tendencias previsibles, con el fin de elaborar, al menos hipotéticamente, algunas previsiones de futuro y poder reorientar las posibles tendencias negativas que se pudieran manifestar y consolidar y madurar convenientemente las positivas.

Una de las hipótesis de partida era que *los adolescentes estudiados estaban siendo socializados en un contexto social mezcla de tradicionalidad/modernidad y postmoder-*

* Facultad de Informática. Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid.

¹ Este artículo es parte de la investigación sociológica realizada sobre los adolescentes de Alcorcón-95 (Madrid), y presentada como Tesis Doctoral en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «LEÓN XIII» (20-1-2000).

alidad, al mismo tiempo, como es característico de una ciudad moderna e industrializada como Alcorcón, hipótesis que a posteriori se vió materializada al obtener, utilizando técnicas de análisis cluster o conglomerados, distintos grupos de adolescentes, cinco en particular, cuya personalidad sociocultural estaba fuertemente impregnada de características típicas de estos contextos sociales.

Otra hipótesis fue que *estos adolescentes han ido creando una nueva «conciencia social» de sí mismos*, percibida y vivida ante todo por ellos, como «rechazo institucional», en términos generales. De aquí, el «recrudescimiento contracultural y subcultural» observado, junto con la *transformación y derivación del tradicional «conflicto generacional», en «conflicto social».*

Por último se ha podido constatar la diferencia cultural existente entre adolescencia y juventud, propiamente dicha, y la conveniencia de separar ambas etapas del desarrollo humano en los objetivos de las investigaciones de carácter social, y señalar que detrás de la palabra adolescencia no existe una categoría sociológicamente homogénea, con entidad real, sino que es más bien una realidad plural compleja, como se ha podido determinar a través del estudio minucioso realizado utilizando técnicas de análisis cluster o conglomerados, y obtener cinco tipos de adolescentes, con características socioculturales muy diversas.

2. TIPOS DE ADOLESCENTES

Del análisis cluster realizado sobre la muestra, utilizando para ello 40 variables que medían fundamentalmente aspectos valorativos y actitudinales, comportamientos declarados, como por ejemplo cuestiones relativas al mundo del trabajo, influencia de distintos agentes sociales sobre la vida de Alcorcón, grado de preocupación de vivir cerca de ciertos colectivos, fundamentalmente marginales o de otras procedencias y latitudes, grado de aceptación de algunos problemas sociales, niveles de satisfacción personales, grado de simpatía de las Comunidades Autónomas, influencia en la sociedad española de diversos grupos e instituciones, importancia moral-religiosa de ciertos hechos o acciones, valoración positiva o negativa de diversos tipos de programas que se ofrecen en los medios de comunicación social, especialmente televisión y radio, aprobación/desaprobación de diversas conductas sexuales, vida de pareja, etc., se obtuvieron cinco grupos de adolescentes a los que he denominado: tradicionales activos (G1), postmodernos activos (G2), antimodernos activos (G3), tradicionales pasivos (G4) y modernos activos (G5), cuyas características socioculturales se describen a continuación de manera muy sucinta.

Grupo 1: Tradicionales activos (11%)

Las dos características más significativas de este grupo son el *elevado grado de aceptación del terrorismo* (9,1 sobre una escala 0-10), mientras que la media muestral se sitúa en 1,4 y su estabilidad a la hora de establecer el número de grupos o clusters de la tipología, pues en la solución de seis grupos, este grupo tiene 122 integrantes y 124 en la solución de siete grupos, lo que nos indica que nos encontramos ante un perfil de ado-

lescente muy concreto, pues el tamaño del grupo en las distintas tipologías investigadas prácticamente se mantiene constante.

Las principales notas definitorias de la personalidad sociocultural de este grupo, con carácter general, son un fuerte predominio de patriarcalismo familiar, conservadurismo, e inadaptación social, con acusados contrastes, gran integración y adaptación familiar y un posicionamiento político en torno a la derecha y centro-derecha. Cabría calificar a los integrantes de este grupo como «radicales», si bien un radicalismo que se orienta más hacia opciones políticas que de carácter cotidiano y convivencial. Son ligeramente autoritarios e incluso se observan ciertas contradicciones entre sus comportamientos declarados y sus posicionamientos de carácter teórico, estando convencido de que este comportamiento es más bien producto de una socialización tal vez un tanto autoritaria y rígida, es decir, proveniente tal vez de su contexto familiar tradicional-conservador-autoritario, que de firmes convicciones personales. En otras palabras, este radicalismo es más bien una herencia paterna que una postura producto de una reflexión personal.

Grupo 2: Postmodernos activos (17%)

La principal nota definitoria de este grupo, ya que es lo que más le distingue y separa de los otros, es el elevado grado de apartamiento e indiferencia en el que se ubica, en todos los órdenes de la vida social. En otras palabras, se puede decir que este grupo vive fuera del ámbito de lo social en todos los órdenes en que éste se manifiesta, es decir, vive fuera de lo político, de lo religioso, del hábitat inmediato, de la familia, de las instituciones, etc., grupo pues con claro predominio de rasgos característicos de la postmodernidad, como por ejemplo, la fragmentación, el nihilismo y el vacío, la evasión, indiferencia y permisividad hedonista y valores dionisíacos y narcisistas. Se manifiesta claramente en este grupo la desintegración familiar y social, y cierta tendencia a un posicionamiento político de izquierda y ultra-izquierda. Cabría calificar a los integrantes de este grupo como pasotas, algo o bastante vividores, poco comprometidos, no institucionales y un tanto intransigentes con los demás, pero permisivos consigo mismos, sobre todo en temas referentes al sexo y a la droga. Cabría pues denominar a este grupo con el término «pasotas» o adolescentes sin sentido, que deambulan en proporciones no despreciables, en torno al mundo de las tribus urbanas, buscando tal vez, en ellas, los símbolos o signos de una identidad personal de la que carecen. Es el grupo al que más cabe atribuir la existencia de un conflicto generacional, en absoluto despreciable.

Grupo 3: Antimodernos activos (20,6%)

Su principal rasgo distintivo es posible que sea el elevado grado de preocupación que siente al vivir cerca de colectivos marginales, por lo que de este grupo pueden surgir los adolescentes y jóvenes de Alcorcón más intolerantes hacia los grupos más desfavorecidos de la sociedad, en especial si son inmigrantes, refugiados, marginados, etc. Resumiendo brevísimamente, predominan en este grupo claros signos de antimodernidad, como integrismo-reaccionario excluyente, tradicionalismo y confesionalismo nacional-

católico. Grupo integrado y adaptado familiarmente, vive en tensión y conflicto casi permanente con los valores de modernidad, situándose en la derecha y ultra derecha del espectro político. Cabría calificar a los integrantes de este grupo como conservadores-reaccionarios por su escasa valoración de determinados movimientos sociales en pro de la objeción de conciencia, insumisión, feministas, etc.; por su mitigada valoración de las instituciones, excepto aquellas de carácter autoritario; su extremado posicionamiento político y su falta de apoyo a las concepciones democráticas; por sus posicionamientos relativos a la conducta sexual, en algunos casos discriminatorios y en otros intolerantes, pero fundamentalmente por su elevado grado de rechazo hacia colectivos desfavorecidos, que es su rasgo más sobresaliente, que unido al alto grado de aceptación de la pena de muerte pueda convertirlos en adolescentes y jóvenes racistas y xenófobos, impregnados de niveles de violencia nada despreciables.

Grupo 4: Tradicionales pasivos (24,7%)

Es uno de los dos grupos mayoritariamente femeninos de la muestra. Se trata de un grupo en el que predomina «lo popular», marcadamente femenino, afín a las tradiciones familiares, culturales y religiosas, muy integrado e institucional y que se ubica políticamente en el centro derecha. Grupo que se caracteriza fundamentalmente por la existencia de unos parámetros socio-religiosos muy elevados, los más elevados de todos los grupos, no sólo en cuanto a creencias religiosas, sino también en cuanto a valoraciones positivas y comportamientos propios, pudiéndose decir, tal vez, que constituyen los genuinos representantes de lo que podría considerarse una verdadera subcultura católica dentro de nuestra sociedad. Es el grupo más joven en edad de todos, si bien dadas las características generales no cabe achacar a esta variable sociodemográfica explicación o correlación alguna con este tipo de personalidad sociocultural. Perteneciente a contextos familiares instalados en la tradicionalidad, y aun cuando sus ingresos familiares no son los más bajos, sí lo son sin embargo sus disponibilidades económicas particulares. Bastante rigoristas en lo moral, fundamentalmente en lo referente a la sexualidad, donde se muestran tal vez excesivamente conservadores, son, sin embargo, tolerantes con nuevos movimientos sociales, eso sí, siempre que no choquen o se opongan con sus creencias religiosas fundamentales. Bastante partidarios de las instituciones, constituyen el grupo más integrado de toda la muestra y el que más alejado se encuentra del conflicto entre generaciones.

Grupo 5: Modernos activos (27,1%)

Desde el punto de vista sociodemográfico es el grupo de mayor porcentaje de sexo femenino de toda la muestra, con un nivel de asimetría entre ambos géneros que alcanza el 23,6%. Está compuesto por un 38,2% de hombres y un 61,8% de mujeres, encontrándonos pues, con el grupo más marcadamente femenino de toda la muestra, aspecto que deja sentir notablemente las tendencias de este género en algunos de sus valores, ideas y comportamientos; en definitiva, en su personalidad sociocultural. En este grupo se manifiesta un claro predominio de «modernidad», como protesta y rechazo de modelos y va-

lores autoritarios y un claro «antijerarquismo». Predominan mujeres evolucionadas (liberadas) manifestando niveles de desintegración e inadaptación familiar y social, en conflicto institucional. Su posicionamiento político se sitúa en la izquierda y ultra izquierda. Es por tanto un grupo en el que predomina cierto espíritu cercano a la modernidad-secularidad. Son bastante liberales y críticos con todo lo institucional, notablemente antirreligioso, con marcado carácter *intelectual, muy tolerante* con gentes de otra raza y procedencias, así como con colectivos marginados. *Apoya claramente los nuevos movimientos sociales* como feministas, objeción de conciencia e insumisión. Asimismo, se muestra completamente *partidario de las nuevas pautas de comportamiento sexual* que han aparecido en nuestra sociedad moderna, aceptando el aborto, el divorcio, el empleo de anticonceptivos, conductas sexuales que en la sociedad de hace veinte o treinta años han aparecido siempre como proscritas, si se exceptúa la condena explícita de la infidelidad conyugal, en compañía del grupo G4, también mayoritariamente femeninos. *Totalmente a favor del estado de las autonomías y de los regímenes democráticos*, se muestra muy *favorable a las instituciones*, si no tienen carácter autoritario. En definitiva, se trata de unos adolescentes que viven su vida en contexto de libertad e intelectualidad, de izquierdas, claramente permisivos en lo sexual, profundamente antirreligiosos, aun a pesar de una alta presencia de mujeres en su composición, y sobre todo, críticos con los agentes socializadores tradicionales.

3. CARACTERÍSTICAS DEL CONFLICTO INTERGENERACIONAL

Es obvio que existe una gran interrelación e interdependencia entre la manera de realizarse la que podríamos llamar «socialización adolescente» y el llamado «conflicto intergeneracional». No, por supuesto, como causalidad única del mismo, pero sí como «marco o perspectiva referencial», desde la cual es imprescindible elaborar e interpretar el «diagnóstico sociológico» correspondiente.

Es conveniente también hacer una clara distinción entre «conflicto social» y el, tradicionalmente conocido, como «conflicto generacional» o intergeneracional, al que me voy a referir aquí, de manera particular. Este tipo de conflicto, el generacional, es el que surge normalmente entre las distintas generaciones; concretamente entre padres e hijos; y así se ha venido analizando e interpretando tradicionalmente, sobre todo desde la teoría psicoanalítica freudiana. El «conflicto generacional» es propio y característico de las sociedades patriarcales, tradicionales, y las llamadas «confesionales» —(uniformes, simples, etc.)—. Sin embargo, en las «sociedades modernas» —(plurales, complejas, etc.)—, aunque persiste el conflicto intergeneracional, su configuración y expresión sociales rebasan el ámbito de lo familiar —(padres-hijos) y tiende a plantearse y vivirse como *oposición y rechazo* entre unas y otras «generaciones socioculturales», sobre todo entre las nuevas generaciones y las generaciones de adultos, teniendo como causalidad principal la, real o aparente, incompatibilidad de mentalidad, sistema de valores, actitudes y comportamientos, con un largo etcétera. Por esta razón, el «conflicto intergeneracional», en las sociedades plurales (modernas) se configura y expresa como *conflicto social*, afectando particularmente a las relaciones entre las nuevas generaciones y sus «agentes socializadores»: familia, escuela, Iglesia, instituciones, en general, etc.

Las formas de oposición y rechazo son muy diversas en unos contextos sociales y en otros; y lo mismo ocurre en cuanto a su nivel o grado de intensidad y duración en el tiempo, como podremos comprobar, una vez más, en el colectivo de adolescentes, objeto de la investigación llevada a cabo.

Teniendo, pues, en cuenta los «marcos referenciales» de tradicionalidad, modernidad y postmodernidad y el análisis de los datos estadísticos obtenidos como consecuencia del trabajo de campo realizado, seguidamente voy a referirme al *tipo y nivel de conflicto* existente en cada uno de los ámbitos o contextos sociales en los que se desarrolla la vida de los adolescentes de Alcorcón-95: en su ámbito familiar, escolar, religioso, político, etc., finalizando el presente artículo con una «valoración global» de las características más significativas del colectivo estudiado y con las conclusiones generales relativas al tipo de conflicto detectado en cada uno de los grupos obtenidos en la muestra.

En el ámbito familiar: El grado de familismo y sus características

El «grado de familismo», en Sociología, significa el tipo de vinculación —integración/desintegración— *familiar*. Puede medirse por la intensidad de las relaciones familiares; por la unión de los miembros que integran el grupo familiar, teniendo en cuenta los distintos modelos de sociedad; por el grado de satisfacción que sienten unos y otros; por la colaboración mutua; etc. En definitiva, podemos sintetizar, *por el mutuo conocimiento y la prevalencia de esfuerzos hacia la consecución de los objetivos comunes, como «grupo familiar»*. Los «indicadores de conflicto» son también múltiples y variados: la mentalidad ideológica y el sistema de creencias básicos; el sistema de valores y sus prioridades en cada uno de sus miembros, actitudes y comportamientos grupales; sentido y niveles de sus divergencias, etc.

El *cuestionario* aplicado a los adolescentes de Alcorcón-95 contiene abundantes preguntas relativas a éste y parecidos aspectos. En general, han sido introducidos indicadores relativos a todos y cada uno de los principales «agentes socializadores», y a los distintos ámbitos o contextos sociales en los que se realiza la vida de los encuestados: familia, escuela, instituciones religiosas, grupos de compañeros, ocio y tiempo libre, etc.

En *relación con el ámbito familiar*, a juzgar por los resultados obtenidos en este sentido, podemos afirmar que, en términos generales, el grado de familismo —(adaptación e integración en el grupo familiar)— es muy elevado como puede comprobarse por los datos que figuran a continuación.

NIVEL DE SATISFACCIÓN FAMILIAR (%)

Bajo	4	4
Medio	8	8
Alto	20	
Muy alto	68	88
Totales	100	100

Por edades son los adolescentes de 14 y 15 años los que declaran mayor nivel de satisfacción. En cambio, los de 16 y 17 años manifiestan ya una ligera tendencia en sentido contrario, pues empieza a manifestarse en ellos cierta tendencia «emancipadora»...

Por sexo, no se aprecian diferencias significativas. En cambio, se manifiesta ya un descenso importante en la «calidad» del nivel de satisfacción familiar, al correlacionar éste con el tipo de «mentalidad» y «práctica religiosa»: Los que se autodeclaran «no creyentes» e «indiferentes», tienden, por ejemplo, a sentirse menos satisfechos con el contexto de su vida familiar, y también los incluidos en los grupos G2 y G5.

Parecidos resultados se obtienen cuando estudiamos cómo son las relaciones entre nuestros encuestados y sus padres y hermanos. Los resultados de la investigación se muestran a continuación, en la siguiente tabla.

NIVELES DE RELACIÓN PADRES/HIJOS, EN %.

	Padre	Madre	Hijos	Media
Ninguna relación	2	0,5	5	2,5
Poca y muy poca	4	1,5	4,5	4
Regular	16	9	19	14,5
Mucha	47	42	36	41,5
Muchísima	29	46	32	35,5
Ns/Nc	2	1	3,5	2
Total	100	100	100	100

Una vez más no encontramos con el tipo de relaciones familiares propias y características del modelo de familia que tiende a predominar en las grandes concentraciones urbanas; esto es, el paso del modelo «patriarcal» al modelo «matricéntrico», predominante en la «familia nuclear» y urbana. Las relaciones son más de tipo «afectivo» y se tienden a canalizar y centralizar más en la madre que en el padre. Las relaciones con los hermanos disminuyen o se diluyen considerablemente, normalmente.

En los adolescentes de Alcorcón-95, son, en uno y otro caso, todavía muy elevadas. Sólo aparece un «conflicto relacional» claro en, aproximadamente, un 5% con el padre; en un 2% con la madre, y en un 10% con los hermanos. En relación con los distintos «tipos» de adolescentes encontrados, el *conflicto familiar* aparece claramente expresado —(declarado)— en los grupos G2 y G5.

Otro indicador importante a tener muy presente aquí, es el «nivel de diálogo familiar» existente entre padres/hijos, y también entre los hermanos. Los resultados, en este sentido, son incluso más significativos, ya que en las sociedades modernas el conflicto intergeneracional tradicional «padres/hijos» tiende a configurarse y expresarse como «conflicto social». Es más un «conflicto sociocultural», que tiende a rechazar el modelo de sociedad heredado de la familia y de la sociedad de su pertenencia, sin tener clara todavía su sustitución. Este tipo de conflicto es, como he dicho, «cultural», y afecta, prin-

cialmente, a la mentalidad, al sistema de valores, y a las actitudes y comportamientos, en general de unos y otros; concretamente, de unas y otras «generaciones». Repercute más directamente en el llamado «diálogo intercultural», y tiende a configurar distintos grupos culturales, cuyos miembros sólo se intercomunican y dialogan con los que comparten la misma cultura.

Al ser la familia un grupo de obligada pertenencia, hoy excesivamente prolongada por diversos motivos, y al mismo tiempo «pluricultural» —(por coincidir en ella distintas generaciones)—, parece que se ha llegado a una especie de «consenso implícito» —(modus vivendi)—, o como suele decirse hoy, «vivir y dejar vivir la propia vida», sin complicaciones y discusiones innecesarias. Naturalmente no se plantean ni se dialoga sobre las cuestiones en las que unos y otros saben que no son coincidentes, aunque sean importantes para unos y otros. Se toleran y conviven «pacíficamente», pero no deja de existir de hecho, un «conflicto intercultural», al menos *latente*. De aquí que, como declaran los propios encuestados, el «diálogo familiar» sea escaso, y con frecuencia inexistente, sobre todo en las cuestiones ideológicas, religiosas y todo lo relativo a la vida privada de sus miembros.

En el ámbito escolar: tipo y niveles de conflicto

La conflictividad y la violencia en aulas, particularmente en alumnos del primer ciclo de Secundaria, parece que va en aumento. No son pocas las noticias relativas a este tipo de conflicto, la violencia escolar, en general, que aparecen en los medios de comunicación social. Los niveles de conflictividad son mayores en los centros públicos que en los privados, con carácter general, ya que, los privados, aun siendo «centros concertados», no aceptan alumnos conflictivos o se deshacen de ellos lo antes posible, aprovechándose de las cláusulas implícitas que algunos de ellos hacen firmar a los padres de sus alumnos, al hacer la matrícula en los mismos. De aquí que, no existiendo estos «compromisos» de «respetar el ideario del centro», y otras similares, en los centros públicos, éstos se ven obligados y presionados por la inspección educativa a asumir el alumnado que es rechazado por parte de los colegios privados, por lo que donde se concentran mayor número de alumnos conflictivos sea en los centros públicos, normalmente. Y lo que resulta sorprendente, y es todavía más grave, es que se trata de alumnos de 12 a 14 años, preadolescentes o iniciando la adolescencia la mayoría de ellos. En alguna de las noticias publicadas, y por poner sólo un ejemplo, se dice textualmente que «un alumno de sólo 13 años la emprendió a golpes con su profesora... simplemente porque le ordenó que bajara la radio, con la que estaba distraído a toda la clase». Si se tratara de un caso esporádico, podría ser considerado como excepción, y sin mayor trascendencia. Pero este tipo de «violencia en las aulas» con adolescentes se repite hoy con demasiada frecuencia. Los profesores de Secundaria se quejan cada día más de esta nueva situación, y digo «nueva», porque se trata de edades en las cuales no existía antaño este tipo de conflicto, mucho menos con las características actuales. Es dentro del «ámbito escolar» donde se encuentra hoy más caracterizado y agudizado este tipo de conflicto. Conflicto que pone al descubierto la existencia de una gran dosis de insatisfacciones personales, inseguridad, desconcierto y confusión de valores, muy en consonancia con las referencias socioculturales propias de los adolescentes actuales.

Se trata pues de un tipo de conflicto más de carácter «sociocultural», que afecta a una serie importante de valores; sobre todo a la ética del trabajo y del esfuerzo, tan necesaria en nuestra sociedad moderna, despiadadamente competitiva, deshumanizada y deshumanizante. El bajo rendimiento académico y el llamado «fracaso escolar» son temas de conversación y pesar en los centros escolares, a todos los niveles. Pero se muestra más palpablemente en la Enseñanza Secundaria y en las nuevas generaciones. Los «nuevos adolescentes» — («teenagers», en los países anglosajones) — no se parecen a aquellos de los años «hippies», y menos aún a los que inmediatamente les preceden como «generación X». En Canadá y Estados Unidos les llaman «generación Y». Éstos son más activos que sus hermanos mayores. Su socialización está influida poderosamente por los llamados hoy «mass-media» o medios de comunicación social: la televisión y los vídeos, las cadenas musicales, los video-juegos, el ordenador, con sus grandes posibilidades de acceso a todo tipo de información, especialmente Internet, etc., la droga y la violencia urbana, encarnada hoy en algunas de las llamadas «tribus urbanas», se han instalado como parte de su nueva cultura. A todo ello hay que añadir la nueva experiencia de la crisis económica, el paro y la inseguridad o precariedad en el empleo, la excesiva permanencia en el hogar, la creciente carestía de la vivienda, y un largo etcétera. En definitiva, su vida está impregnada, consciente o inconscientemente, por un contexto sociocultural de «postmodernidad», con mezcla de una modernidad mal digerida y peor comprendida, incluso por sus propios padres y educadores. Por todo ello es también imprescindible tener muy presente esta «perspectiva» (paradigma) a la hora de analizar e interpretar la mentalidad, las creencias, las actitudes y los comportamientos de las «nuevas generaciones» o los «nuevos teenagers», particularmente en cuanto se refiere y afecta al tipo y niveles del «conflicto intergeneracional» y su peculiar incidencia en el ámbito escolar. En los adolescentes de Alcorcón-95, el «conflicto escolar» afecta, explícitamente, sólo a una minoría, quizá en torno a un 10% de los encuestados. Pero no deja de ser altamente significativo que, al preguntarles por el nivel de satisfacción que les producían los principales aspectos de su vida, tal como aparecen expresados en la tabla que figura a continuación, «los estudios» —(todo lo relativo al ámbito escolar)— ocupen el penúltimo lugar, aunque se mantiene, como «media», en una posición todavía no preocupante.

NIVELES DE SATISFACCIÓN PERSONAL

Aspectos importantes	Nivel de satisfacción. Media (0-10)
Relaciones sexuales	4,4
Tus estudios	6,7
Situación económica	6,8
Tu trabajo	6,9
Tu tiempo libre	8,0
Tu vivienda habitual	8,2
Tu salud	8,4
Relaciones con los amigos	8,6
Tu familia	8,7

En relación con «los estudios» (vida escolar), los resultados, en porcentajes son los siguientes:

Escala (0-10)	N	%
Insatisfacción (0-4)	177	15
Poca satisfacción (5-6)	316	27
Bastante satisfacción (7-8)	364	31
Mucha o muy satisfecho (9-10)	308	26
Ns-Nc	5	1
Totales	1.170	100

Como puede observarse fácilmente, la mayoría de los encuestados —(por lo menos un 57%)— declaran encontrarse «satisfechos» con sus estudios y, asimismo, integrados en su ámbito escolar. Un 27% se encuentran sólo «regularmente satisfechos», podemos decir; un 15% declaran sentirse «insatisfechos», más o menos, *pero insatisfechos*, en términos generales. ¿Será verdad que, como afirman muchos profesores, los centros de Enseñanza Secundaria se están convirtiendo en un lugar de «aparcamiento» de las Nuevas Generaciones, con el único fin de preservarles de «la calle», donde los peligros de la droga y la delincuencia les acechan constantemente?...

Otro importante «indicador», utilizado en relación con lo que vengo diciendo, ha sido preguntarles directamente por los «valores» más importantes para triunfar en la vida. Y los resultados son también preocupantes, desde el punto de vista «escolar».

FACTOR MÁS IMPORTANTE PARA TRIUNFAR EN LA VIDA

Indicadores propuestos	N	%
La suerte	116	10
El esfuerzo personal	668	57
La familia o amigos influyentes	58	5
Los estudios realizados	80	7
Ser agradable	9	0,5
Ser inteligente	52	4,5
Saber adaptarse	175	15
Ns/Nc	12	1
Totales	1.170	100

Sólo un 7% conceden importancia a los «estudios realizados» como medio para triunfar en la vida, lo cuál no deja de ser muy significativo, en relación con los resultados de la tabla anterior a ésta. Conceden mucha más importancia a factores «irracionales» y «mágicos», como es la «suerte» o, simplemente, «saber adaptarse» —(adaptarse ¿a qué y quién?)—... Por otra parte, es sorprendente el alto porcentaje concedido al «esfuerzo personal» —(57%)—. La confusión de valores y el desconcierto ante la vida es realmente lo que más caracteriza hoy a los adolescentes o Nuevas Generaciones.

Finalmente, al preguntarles por el «valor más importante en su vida», el 31,5% lo que más valora es la «sinceridad», el 23% contestan que el «amor»; un 20% la «libertad»; un 14% afirman que la «justicia» y un 9% que la «solidaridad». La *justicia* y la *solidaridad* ocupan, pues, los últimos lugares en su «escala de valores».

Otra importante característica que se puede correlacionar con la «cultura postmoderna» en la que están siendo socializados la gran mayoría de los adolescentes encuestados. Predomina una vuelta al *individualismo*, como se viene afirmando en los distintos informes de la Fundación Santa María —(refiriéndose a las edades comprendidas entre los 15 y 24 años), sobre los jóvenes españoles de los años 89, 94 y 99—: «La juventud española actual se ha hecho más conformista, más optimista y más de derechas». Aunque el estudio se refiere a los «jóvenes», pero abarca edades claramente coincidentes con las que venimos llamando, en la presente investigación, «la condición adolescente» o Nuevas Generaciones; esto es, edades comprendidas entre los 14 y 18/19 años.

En el ámbito sociorreligioso: inadaptación y desintegración de las instituciones religiosas

En principio, dado el «carácter totalizante» de la religión, sobre todo de la «religión institucionalizada» y, al mismo tiempo, su profunda interrelación con el resto de «variables» constitutivas de la realidad social, es precisamente en el campo o ámbito sociorreligioso donde los cambios inherentes al «proceso de modernización» —(la llamada modernidad-secularidad)— producen un mayor impacto personal y social, originándose, en consecuencia, fuertes tensiones y conflictos sociorreligiosos tanto en el interior de las propias «instituciones religiosas» como también en su interrelación e interdependencia con el resto de las «instituciones sociales», razón por la que una de las hipótesis de partida de este estudio se ha sido el actual paradigma de la «modernidad/postmodernidad».

Dicho esto, me voy a referir ya, concretamente, a la naturaleza y características de este tipo de conflicto en los adolescentes de Alcorcón-95, objeto específico de la presente investigación.

En una primera aproximación, de carácter general, tampoco en relación con la «religiosidad», nos encontramos con el llamado «conflicto generacional o intergeneracional», propiamente dicho. Pues, a pesar de los fuertes cambios producidos, los adolescentes no les atribuyen una causalidad directa de conflicto: En la «familia» por su gran tolerancia y comprensión de unos y otros, en este sentido, particularmente y acentuada-

mente; y en las «instituciones religiosas» porque los que no están de acuerdo con ellas, simplemente se han apartado y «pasan de ellas», viviendo su religiosidad *por libre*, como suele decirse. Hoy se encuentran en esta situación —(desinstitucionalidades religiosamente)— la gran mayoría de los adolescentes y jóvenes españoles. Otro tanto ocurre, aunque en un menor porcentaje, con los adultos, por lo menos en las zonas urbanas españolas y, en general, en todos los países modernizados —(desarrollados, que se llaman)—.

Más que hablar de «conflicto religioso», esta nueva situación, desde el punto de vista institucional, es de «carácter cismático», al menos *de hecho*. De todas formas, y tal como vengo diciendo en los apartados anteriores, esta nueva situación se corresponde y configura claramente con el tipo de conflicto llamado «social», en cuanto afecta a todos los elementos constitutivos de «lo social» —(a los elementos socioestructurales y a los socioculturales)—. Pero afecta y repercute más directamente en los elementos que integran «lo sociocultural»; esto es, en las creencias —(mentalidad religiosa, en nuestro caso)—, en el sistema de valores, en los aspectos normativos y en los comportamientos sociorreligiosos. De las «socioestructuras religiosas» —(instituciones religiosas)— se han apartado; y en la familia conviven «pacíficamente», aceptando el «pluralismo religioso», sin planteárselo siquiera, a no ser en acontecimientos tradicionales muy especiales —(los llamados ritos de pasaje)—, que unos y otros continúan realizando, normalmente. Prueba de ello son los posicionamientos religiosos de los adolescentes y sus familias obtenidos en la encuestación realizada.

POSICIONAMIENTO RELIGIOSO EN %

Modalidades declaradas	Padre	Madre	Hijos
Católico practicante	18	35	22
Católico no practicante	56	52	46
Ateo (no creyente)	7	3	11,5
Indiferente	16	8	17
Otra religión	1	2	2,5
Ns/Nc	2	0	1
Totales	100	100	100

En relación con la «edad», a medida que aumenta la edad, disminuye la «práctica cultural», es decir, aumenta el abandono de «lo institucionalizado». Por «sexo», las mujeres son más practicantes y están más integradas «institucionalmente».

ASISTENCIA A MISA EN %

Nunca o casi nunca	43	
Sólo festividades muy importantes	10	70
Sólo por compromisos sociales	17	
Algún domingo que otro	17	17
Todos los domingos, normalmente	11,5	
Varios días por semana	0,5	12
Todos los días	0	
Ns/Nc	1	1
Totales	100	100

La «ruptura institucional» es pues, patente. Sólo un 12% de los encuestados asisten habitualmente a una «práctica cultural» que la Institución Eclesial considera y califica incluso de «obligación grave»...

 IMPORTANCIA DE CASARSE POR LA IGLESIA,
 Y DE VIVIR JUNTOS SIN ESTAR CASADOS (%)

Niveles de respuesta	Casarse por la Iglesia		Vivir juntos sin estar casados	
Mucha importancia	24		1	
Bastante importancia	32	56	2	3
Poca importancia	17	17	27	27
Ninguna importancia	10		61	
Me es indiferente	17	27	9	70
Ns/Nc	0	0	0	0
Totales	100	100	100	100

Entre las «nuevas generaciones» existe una tendencia abrumadoramente creciente a «legitimar» (no dar importancia o prácticamente ninguna al «matrimonio institucional», ni civil ni religioso): *vivir juntos sin estar casados* (70%)... Pero, si deciden casarse, todavía para un 56% es más importante «casarse por la Iglesia», que por lo civil. Para el 44% el «matrimonio católico» tiene *poca* y *ninguna* importancia, o les resulta «indiferente» (17%). Datos todos ellos que confirman la enorme *ruptura institucional* de los adolescentes y jóvenes con la Iglesia Católica, en la cual están «bautizados» la práctica totalidad de los mismos. Pues, sólo un 2,5% han declarado pertenecer a otra religión, que no sea la Católica.

También rechazan, en general, las «sectas religiosas». Sólo están, más o menos, a favor un 8% de los encuestados. Y declaran pertenecer, de hecho, a alguna de ellas, únicamente el 0,3%. El 99,3% declaran no pertenecer a ninguna de ellas; y un 0,4% no contestan o no saben.

En relación con la «percepción» —(imagen e idea)— que tienen de creencias básicas del «credo católico»: Dios, Jesucristo, Iglesia, etc., la *confusión*, el *desconocimiento* —(ignorancia religiosa)— o el «cacao mental», como dicen los adolescentes en su lenguaje coloquial, es enorme y tendencialmente creciente, como consecuencia de la escasa, mala o nula enseñanza religiosa recibida en los centros escolares, en sus familias, e incluso en los centros parroquiales, a los que, además, sólo asiste una minoría. Todos los datos aquí indicados, y otros más disponibles que no reseño para no alargarme no son sino claros indicadores de la existencia de un «conflicto sociorreligioso» generalizado que afecta a la mayoría de los adolescentes estudiados, si bien con menor acentuación en los adolescentes del grupo G4, como podremos ver en las conclusiones finales.

En el ámbito social: inadaptación y desintegración en las «instituciones civiles» y «grupos informales»

En este apartado me voy a referir al tipo y niveles de «integración-desintegración» de los encuestados en relación con las *instituciones civiles* (públicas) y la «aceptación/rechazo» de los llamados «grupos informales», particularmente, de sectas, tribus urbanas, etc. Y una vez más, desde la confrontación entre unos y otros con sus características «socioculturales»: mentalidad e ideología sociopolítica, actitudes de participación o de absentismo y rechazo, comportamientos cívicos, contraculturales, etc.

En el ámbito sociopolítico

La mayoría de los encuestados —(67%)— se pronuncian a favor de «instituciones democráticas» y, de hecho, es el sistema de gobierno que prefieren. Sin embargo, no deja de ser altamente significativo que un 6% de dichos encuestados opinen que es mejor y prefieren que un sólo hombre decida por todos, y que el 25% prefieran que lo decida «un grupo pequeño» —(sistema oligárquico)—. En este mismo sentido, preguntados por su «posicionamiento político» y pro su «intención de voto», el *absentismo político* —(paso de política)— es altamente mayoritario en ambos resultados. Por el interés que suponen, reproduzco aquí los datos concretos obtenidos, presentados en una misma tabla estadística.

POSICIONAMIENTO POLÍTICO E INTENCIÓN DE VOTO

Modalidades	Posicionamiento		Intención voto	
Extrema derecha	2		1,5	
Derecha	9	14,5	11	16,5
Centro derecha	3,5		4	
Centro	2,5	2,5	1,5	1,5
Centro izquierda	3,5		2,5	
Izquierda	13	18,5	15	19
Extrema izquierda	2		1,5	
Paso de política/a ninguno	64		63	
NS/NC	0,5	64,5	0	63
Total	100	100	100	100

ACEPTACIÓN/RECHAZO DE LAS «AUTONOMÍAS» (0-10)

Cataluña	4,3	Las menos aceptadas
País Vasco	5,3	
Ceuta	6,4	Aceptadas, sin más
Melilla	6,5	
Navarra	7,1	
Rioja	7,1	
Aragón	7,6	Notablemente aceptadas
Cantabria	7,6	
Galicia	7,7	
Murcia	7,8	
Valencia	7,8	
Extremadura	7,8	
Asturias	7,9	
Baleares	8,0	
Castilla-La Mancha	8,0	Muy aceptadas
Castilla-León	8,1	
Andalucía	8,2	
Canarias	8,3	
Madrid	9,4	La preferida

Los encuestados de Alcorcón-95 rechazan claramente los «nacionalismos» (separatistas) catalán y vasco. Cataluña no llega al «aprobado», y el País Vasco lo hace por estrecho margen, y a una distancia clara de los que le siguen en la escala ascendente: Ceuta y Melilla, que gozan de un nivel de aceptación ligeramente mayor, lo cual es significativo.

Las autonomías más estimadas son aquellas en las que han nacido sus padres, como puede comprobarse correlacionando estos resultados con los de «procedencia de sus padres»: las dos Castillas, Extremadura y Andalucía, y lógicamente, Madrid, en la que han nacido los propios encuestados, tal como se muestra en la siguiente tabla.

PROCEDENCIA COMPARADA PADRES/HIJOS

	Padre (%)	Madre(%)	Hijos(%)
Andalucía	10,0	11,3	1,1
Castilla-León	20,9	22,2	0,8
Castilla-La Mancha	20,0	20,3	0,9
Extremadura	13,1	12,9	1,4
Madrid	28,2	24,9	92,7
Resto autonomías	5,8	6,6	2,1
Extranjero	1,1	1,1	0,6
No sabe/No contesta	0,9	0,7	0,4
Total	100,0	100,0	100,0

Finalmente, también introducimos aquí, de forma somera, la valoración —(aceptación/rechazo)— que tienen para ellos los principales grupos, instituciones y colectivos de ámbito municipal. Pues, este indicador nos permite, al menos indirectamente, conocer y medir los niveles de «aceptación/rechazo», e incluso de «integración/desintegración» de los encuestados en el ámbito sociopolítico más inmediato. Los resultados pueden verse en la tabla siguiente.

NIVELES DE INFLUENCIA EN LA VIDA MUNICIPAL

Grupos-instituciones-personas	Medias (0-10)
Sectas religiosas	1,8
Las feministas	3,3
Los curas	3,5
Los sindicatos	4,7
Las tribus urbanas	4,8
Partidos políticos	4,9
Asociaciones de vecinos	5,0
Autoridad autonómica	5,3
Los comerciantes	5,7
Autoridades locales	5,8
La policía local	6,0
Educadores	6,0
Los jóvenes	7,6

Las valoraciones son, en general, bajas y muy bajas, excepto la que se dan a sí mismos. Los menos valorados y de menor estima para los encuestados son: las sectas religiosas, las feministas, los curas y los sindicatos. En términos generales, se puede decir que los encuestados se sitúan al margen de la «vida municipal». Viven su vida y se desinteresan de todo lo demás. No se aprecia una situación conflictiva a nivel municipal, al menos explícita, pero nos encontramos también aquí con un alto nivel de «absentismo social». Desconocen y pasan, en general, de las instituciones municipales. Curiosamente destacan entre ellas a la policía.

«Aceptación/rechazo» e «integración/desintegración» en el ámbito de los «grupos informales»

En términos generales, el nivel de «asociacionismo», declarado por los propios encuestados es muy bajo, a pesar de vivir en una sociedad democrática, en la cual se permite y fomenta la llamada «libertad de asociación». Los adolescentes, reclaman participación, pero pasan, incoherentemente, de ejercitarla, de hecho; e incluso, en relación con determinados «grupos-marginales», se muestran bastante excluyentes, por no aplicarles el término de «racistas», como puede apreciarse en la tabla siguiente.

GRUPOS Y NIVELES DE RECHAZO

Nivel de rechazo	Media (0-10)
Parados	1,8
Sudamericanos	2,4
Centro-africanos	2,5
Inmigrantes (en general)	2,6
Exiliados políticos	2,9
Marroquíes	3,2
Enfermos sida	3,5
Mendigos	4,0
Prostitutas	4,6
Gitanos	4,7
Drogadictos	7,2
Traficantes droga	8,3

También rechazan claramente todo tipo de «sectas», en general. Y su opinión sobre las llamadas «tribus urbanas» es, mayoritariamente —(91%)— mala o muy mala. Sin embargo, un 27% de los propios encuestados pertenecen a algunas de dichas «tribus urbanas». Las preferidas parecen ser, a juzgar por el porcentaje de pertenencia, las llamadas «Bakalaeros» (14%), «Pijos» (7,4%), «Heavys» (6%) y «Hippies» (4,3%).

4. CONCLUSIONES GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN

Antes de finalizar el presente artículo con las conclusiones generales conviene recordar e insistir aquí, una vez más que, por tratarse de un *grupo adolescente*, todos los resultados obtenidos quedan sometidos a los cambios correspondientes y característicos de una etapa en «transición». Por tanto, más que de «conclusiones generales», se trata de «tendencias sociológicas», *caracterizadoras de cómo se está desarrollando el «proceso socializador»* en los adolescentes de Alorcón-95; *cómo está siendo configurada actualmente su «personalidad sociocultural»*, correspondiente a su condición adolescente, y *hacia dónde parece orientarse*, esto es, su mentalidad predominante, sistema de valores, actitudes básicas, integración/desintegración social, tipo de conflicto generacional, etc. Desde estas aclaraciones han de ser «leídas e interpretadas» las siguientes conclusiones generales:

CONCLUSIONES DE CARÁCTER COMÚN

- 1.^a Como puede comprobarse por la Tipología de grupos, en Alorcón-95 *no existe un modelo único de «condición adolescente»*. Se confirma, una vez más, que, como ya preveíamos en el «planteamiento hipotético del estudio», la «adolescencia» no existe; como tampoco existen la «juventud», la «adultez», la «ancianidad», etc. Existen, únicamente, «adolescentes concretos»; «jóvenes concretos», con sus correspondientes circunstancias y características, también concretas y específicas, *aunque con cierto predominio de un «denominador común»*.
- 2.^a El *nivel de desarrollo*, correspondiente a la «condición adolescente», con sus características socioestructurales y socioculturales, es distinto en cada uno de los «tipos de grupos» diferenciados, cinco en total. No existe, pues, un tipo único de «personalidad sociocultural-adolescente», en el colectivo humano estudiado. Sin embargo, sí podemos concluir que se aprecia claramente un cierto «denominador común», identificable como *lo generacional*, esto es: problemas e interrogantes comunes; crisis de identidad, de creencias y valores; contraculturas y subculturas comunes; absentismo social; pasividad; etc.
- 3.^a Podemos concluir también, que existe una *clara «tendencia» a percibirse e identificarse a sí mismos como una nueva clase social, entendida y vivida como oposición y rechazo «intergeneracional», sobre todo en lo «sociocultural»: mentalidad, sistema de valores y su jerarquización, modelos normativos, comportamientos, etc. Las formas de «oposición y rechazo» son distintas en unos y otros grupos según estén más o menos influenciados por un contexto social de «tradicionalidad», de «modernidad» o de «postmodernidad». De aquí, la confirmación, también en los adolescentes de Alorcón-95, del cambio producido en relación con el tradicional «conflicto generacional», pasando a percibirse y vivirse como «conflicto social», propio y característico de los adolescentes modernos y postmodernos. En los «grupos tradicionales-pasivos», no se aprecia, lógicamente, este tipo de «conflicto social», persistiendo todavía la modalidad del llamado «conflicto intergeneracional».*

4.^a *En cuanto a la incidencia de los agentes socializadores*, en la configuración de la «personalidad sociocultural» de las llamadas «Nuevas generaciones», concretamente en los «adolescentes de Alorcón-95», se comprueba claramente que *los dos agentes más influyentes son: los «Mass-Media», y los llamados «grupos de pares», en general. En definitiva, el «contexto social» predominante*; pudiendo incluso afirmarse que la «condición adolescente» es «más bien» un *producto social*.

CONCLUSIONES DE CARÁCTER TIPOLOGICO

En los cinco grupos diferenciados en los adolescentes de Alorcón-95, las «tendencias sociológicas» más representativas y significativas, en relación con los objetivos propuestos, son las siguientes:

En cuanto al «contexto sociocultural» y su incidencia en la configuración de la «personalidad adolescente»:

- *En los grupos 1 (Tradicionales activos) y 4 (Tradicionales pasivos)*, predominan características socioestructurales y socioculturales propias e identificadoras de un modelo de *sociedad tradicional*.
- *El grupo 3 (antimodernos activos)* se caracteriza por un predominio claro de mentalidad, sistema de valores, modelos normativos y comportamientos, identificables como *antimodernidad: son reaccionarios* y partidarios del modelo «confesional-católico» vigente y configurador de la España predemocrática.
- *El grupo 5 (modernos activos)* manifiesta claramente un tipo de «personalidad sociocultural» en *transición a una modernidad, todavía más sentida que comprendida*; intuida y deseada como *exigencia de «emancipación»*... De aquí, el predominio de comportamientos de "protesta y rechazo" de los "modelos tradicionales", sobre todo los de tipo institucional.
- *El grupo 2 (postmodernos pasivos)*, en cambio, se caracteriza por un tipo de «personalidad sociocultural» *tendencialmente postmoderna*, con fuerte predominio de los aspectos negativos de la «postmodernidad»: permisividad hedonista, desintegración institucional, fragmentación del tiempo y del espacio, evasión, vacío e indiferencia, etc.

En cuanto a la naturaleza y niveles de conflicto en los grupos diferenciados

De acuerdo con la «tipología» de los grupos más representativos de los adolescentes de Alorcón-95, los grupos más conflictivos son el G2 y el G5. Uno y otro se caracterizan por encarnar y configurar su «personalidad sociocultural» de acuerdo con los valores negativos de la «postmodernidad» —(G2)— y de la modernidad —(G5)—, respectivamente.

- *En el grupo G2*, predomina significativamente el pasotismo, la fragmentación, el nihilismo y el vacío. Pasan, en general, de todo: de política, de religión, de participación social, etc.; respetan, únicamente, y se aprovechan —(*utilitarismo y pragmatismo*)— de la familia, vivida como *refugio*, mientras sea tolerante, acogedora y, además, les asegure el sustento vital. En su «contracultura», predominan valores de tipo «dionisiaco» y «narcisista»; la «noche» es su mundo preferido.
- *El grupo G5* se caracteriza por el predominio de valores relativos a la «modernidad», pero percibida más como «rechazo y protesta» de «lo tradicional». Por eso, en este grupo, predomina el «conflicto institucional»: rechazo de las instituciones, incluso de la institución familiar. Sus integrantes se manifiestan claramente, exigiendo una «libertad» marcadamente *individualista y permisiva*, entendida y valorada más como *independencia* de padres y tutores, de controles institucionales, de los modelos normativos, etc. Este tipo de conflicto se acentúa y repercute, particularmente, en todo lo relativo a la «religiosidad-tradicional», sobre todo en lo que afecta a las «prácticas culturales tradicionales» y a la llamada «moral-sexual». Aceptan mayoritariamente el divorcio, el empleo de anticonceptivos, el vivir juntos sin estar casados, etc.
- *En el resto de los grupos (G1, G3 y G4)*, existen niveles de conflicto, más bien de tipo «latente» y «pluriforme», pero son poco significativos, dadas las características socioculturales configuradoras de su «personalidad», todavía escasamente desarrollada en la mayoría, o con tendencias claramente «conservadoras», en general. Si bien, el «absentismo político» y la «desintegración e inadaptación socio-religiosa» son características compartidas por todos los grupos, incluidos también estos tres, es en éstos menor, debido más al «contexto social» predominante en sus grupos de pertenencia. *Se trata de un «conflicto sociocultural», vivido más por contagio del «medio ambiente», que sentido y digerido «personalmente».*

REPERCUSIONES DEL CONFLICTO EN LOS DISTINTOS «AMBITOS SOCIALES»

En relación con el «ámbito familiar», el conflicto sólo aparece claramente expresado en los grupos G2 y G5; esto es, en los que tienden a configurar su «personalidad socio-cultural» de acuerdo, positiva o negativamente, con la «modernidad y las postmodernidad». En el resto de los grupos, el grado de «familismo» es todavía muy elevado. Sólo en un pequeño porcentaje, —(un 5% aproximadamente)—, comienza a manifestarse una «tendencia desintegradora». Además, este 5% afecta más directamente a las relaciones con el padre; en un 2% a la madre; y en un 10% a los hermanos. La «convivencia familiar» es, seguramente, la menos afectada por los cambios generacionales; pero, conviene advertir, que no existe, de hecho, «diálogo familiar» sobre cuestiones fundamentales de unos y otros miembros. Conviven pacíficamente, en general; pues, nos encontramos ante el modelo de «familia urbana», nuclear y matricéntrica, caracterizada predominantemente por relaciones «afectivas-primarias»...

En el «ámbito escolar», el nivel de conflicto es más elevado y explícito, con una fuerte tendencia a «generalizarse», por lo menos en cuanto al deterioro creciente de las

relaciones entre profesores/as y alumnos/as. En los adolescentes de Alcorcón-95, el «conflicto escolar» declarado afecta explícitamente a un 15% aproximadamente, pero predomina, en general, un gran malestar e insatisfacción en todos los grupos diferenciados. De hecho, sólo el 7% conceden importancia a los «estudios realizados» como medio para triunfar en la vida. Atribuyen, sin embargo, mucha mayor importancia a factores «irracionales» y de carácter «mágico», como son la suerte y el saber adaptarse al medio social, etc. Donde se concentran mayor número de alumnos conflictivos es, normalmente, en los centros públicos; y, lo que es más significativo y preocupante, tienden a predominar los alumnos/as de menor edad. Las características del conflicto son, predominantemente, «contraculturales», y, tendencialmente, «postmodernas».

En el «ámbito sociorreligioso», las «rupturas-institucionales» son patentes y tienden a generalizarse. Sólo un 12% de los encuestados continúa asistiendo habitualmente a las «prácticas culturales tradicionales», consideradas de obligado cumplimiento, por la Institución Eclesial, a la que pertenecen la práctica totalidad de los mismos. En relación con la «percepción» (imagen e idea) que tienen de creencias básicas del «credo católico tradicional»: Dios, Jesucristo, Iglesia, Sacramentos, etc., la confusión y el desconocimiento, esto es, la ignorancia religiosa, es enorme y tendencialmente creciente, como puede comprobarse por los datos analizados.

En el «ámbito sociopolítico», el grado de «absentismo» —(pasar de política)— es altamente mayoritario en todos los grupos diferenciados. Una vez más, las instituciones políticas, junto con las religiosas, como consta en la conclusión anterior, son las menos valoradas por las nuevas generaciones. La gran mayoría —(en torno al 65-70 por ciento)— se encuentra, no ya sólo en situación de «conflicto sociocultural», sino también en verdadera «ruptura institucional».

En relación con la aceptación o rechazo e integración o desintegración en el ámbito de los «grupos informales», el nivel de «asociacionismo», declarado por los propios encuestados, es, asimismo, muy bajo.

El predominio de diversas «contraculturas» en Alcorcón-95 es, pues, claro, con sus consiguientes tensiones y «conflictos-socioculturales», más o menos explícitos, y con mayor o menor intensidad, por lo menos en la tercera parte de los adolescentes encuestados.

En resumen, en las sociedades «modernas» y «postmodernas», como es Alcorcón-95 —(barrio periférico de Madrid)—, el llamado «conflicto generacional» —(o intergeneracional)— tiende a configurarse y expresarse, tendencialmente al menos, como «conflicto sociocultural», e incluso, como conflicto social, afectando directamente a todos los elementos constitutivos de «lo social», pero con repercusión e incidencia más concreta y significativa en las «instituciones sociales» en general, afectando, sobre todo, a las llamadas «legitimaciones» y al «sistema de valores —(metas, objetivos, etc...)— y a su «jerarquización». Puede, pues, concluirse, que el tradicional «conflicto generacional» «tiende a generalizarse», pasando, como venimos comprobando, a configurarse y expresarse como «conflicto-social», en cuanto incluyente de todos los elementos constitutivos básicos de «lo social».



La juventud rural: situación y perspectivas

FRANCISCO ENTRENA DURÁN*

Resumen

La expresión juventud rural es polisémica y confusa, a la vez que suele estar muy ideologizada. La juventud rural es un colectivo que sólo tiene en común el ser un grupo de edad, cuyos límites, además, son imprecisos y variables en función del contexto social y temporal en el que son establecidos. Nada más erróneo que concebir la juventud rural como una clase social, pues este grupo de edad está integrado por sujetos pertenecientes a muy diversas posiciones socioeconómicas, ideológicas o culturales. Con estas premisas, en el presente artículo, tras efectuar una aproximación a los estudios sociológicos con relación a la juventud rural en España, se centra la atención en los procesos hacia el envejecimiento poblacional y la masculinización de la juventud experimentados, durante las últimas décadas del siglo xx, en el medio rural. Luego, se analizan los efectos de las presentes transformaciones socioeconómicas del agro sobre las condiciones sociales y laborales de los jóvenes, tratando de diferenciar entre, de una parte, la situación y los problemas de los jóvenes cuyas familias no tienen acceso a la propiedad de la tierra o sólo disponen de pequeñas parcelas, y, de otra, la situación y los problemas de los jóvenes que por su ascendencia familiar o posición socioeconómica tienen probabilidad u oportunidad de convertirse en agricultores. Por último, las presentes tendencias hacia la reactivación socioeconómica y el rejuvenecimiento poblacional del medio rural son interpretadas como señales de que pueden existir razonables perspectivas de futuro para dicho medio y para su población juvenil, siempre y cuando las políticas agrarias y los agentes socioeconómicos implicados sumen sus esfuerzos para trabajar a favor de la consolidación de estas tendencias.

LOS IMPRECISOS LÍMITES DE LO QUE SE ENTIENDE POR JUVENTUD RURAL

En una primera aproximación, puede afirmarse que la expresión juventud rural alude a todo aquel conjunto de jóvenes que viven en el medio rural. Sin embargo, si bien esta afirmación es correcta, la verdad es que aclara muy poco, ya que los términos juventud y rural son especialmente imprecisos y ambiguos, pues sugieren una considerable diversidad de posibles interpretaciones. Esta es la razón por la que, en este epígrafe introductorio, hago unas precisiones conceptuales acerca de dichos términos con objeto de aportar de entrada al lector alguna luz al respecto.

* Universidad de Granada.

En primer lugar, con referencia al término rural, la verdad es que la confusión que suscita se debe a que con él se alude unas veces a un concepto espacial y otras a rasgos como la calidad de vida, ciertas pautas socioeconómicas o determinados valores. Asimismo, existen diferentes maneras de definir dicho término, centradas, respectivamente, en lo sociocultural, en lo ocupacional o en lo ecológico (Ceña: 1992, 14-18). Por mi parte, creo que, sin necesidad de entrar aquí a fondo en la determinación de los indicadores o características que lo definen, podemos quedarnos con la idea de que las tres dimensiones contempladas por Ceña han de ser tenidas en cuenta en la conceptualización de lo rural, que, en líneas generales y desde el punto de vista de los actores colectivos que aquí se analizan (los jóvenes), puede ser concebido como un escenario o ámbito socioeconómico en el que tales actores se desenvuelven, en tanto que sujetos sociales contruidos/construtores de/por el mismo. Digo constructores porque, incluso en el caso de menor protagonismo de los jóvenes, éstos, al igual que el resto de los actores colectivos del agro, son susceptibles de ser considerados como potenciales artífices de su entorno social y vital; o, por lo menos, eso es lo que ha de pretenderse. Y, para contribuir a lograr esta pretensión, nada mejor que reflexionar acerca de las condiciones en las que se hallan los jóvenes rurales para, de entrada, saber en que situación nos encontramos, lo que es un requisito previo para poder vislumbrar hacia donde hay que dirigirse, ¿qué soluciones se requieren?, ¿cuáles son las perspectivas de futuro?

Nada más comenzar a reflexionar sobre el significado y las implicaciones de la expresión juventud rural, nos damos de bruces con un concepto altamente polisémico, bastante ideologizado, a la vez que muy confuso y escurridizo. En realidad, la juventud es un colectivo que lo único que tiene en común es que constituye un grupo de edad, cuyos límites, además, son imprecisos y variables en función del contexto social y temporal en el que son establecidos. Asimismo, nada más erróneo que concebir la juventud en general o la rural en particular como una clase social, pues el grupo de edad de los jóvenes está integrado por sujetos pertenecientes a muy diversas posiciones socioeconómicas, ideológicas o culturales. En muy gran medida, esto se debe a la naturaleza altamente cambiante y circunstancial de dicha expresión, que presenta sentidos y características distintas en función de las muy diversas y heterogéneas, social, temporal, espacial, económica o culturalmente, situaciones rurales en las que se desarrollan los diferentes procesos de construcción social de los jóvenes y de la actuación de éstos como actores colectivos. En otras palabras, lo que se entiende por juventud rural y las características de ésta está vinculado e influido por la realidad sociohistórica rural que constituye el contexto en el que la misma se desenvuelve, cuya naturaleza cambiante determina el carácter, también cambiante, del concepto de juventud rural y de los papeles o expectativas socialmente asignados a ella.

Al abordar el análisis de la juventud rural, nos percatamos de que ha sido una realidad reiteradamente mal entendida, incluso manipulada por diferentes instancias y desde distintos ámbitos socioeconómicos, cuando no idealizada o desprestigiada. En el caso de nuestro país, todavía en tiempos relativamente recientes, especialmente en los años del desarrollismo económico, cuando estaban en sus cotas más altas los procesos de emigración rural hacia las ciudades y el consiguiente declive demográfico del agro, pueden encontrarse manifestaciones de esa idealización o, por el contrario, desprestigio de la juventud rural. Así, para unos, ésta, era considerada (¡y todavía lo es por parte de algunos!)

despectivamente como perezosa, por no querer afrontar las exigencias de autosacrificio y de esfuerzo cotidiano que supone el trabajo de la tierra y preferir «desertar del arado» en busca de ocupaciones supuestamente más cómodas en la ciudad, en la que los jóvenes pueden realizar mejor sus deseos hedonistas de consumo y de diversión. Al decir esto no hago más que transcribir el sentido de las observaciones u opiniones que he tenido ocasión de escuchar en reiteradas ocasiones a ciertos agricultores o campesinos mayores o, incluso, a determinados profesionales (como algunos médicos, comerciantes, abogados, maestros, etc.) que, por su contacto cotidiano con el mundo rural se sienten autorizados a opinar sobre el mismo, pero que no se percatan de que su ideología, más o menos tradicionalista o conservadora, les predispone, a veces, a no comprender realmente lo que pasa, a dejarse llevar por esa «falsa conciencia de la realidad» de la que hablara Marx. Como es sabido, y sin ninguna intención de entrar aquí más a fondo en ello, Marx, en realidad, asociaba la «falsa conciencia» con la alienación que, según él, conllevaba para el proletariado su aceptación acrítica de la pertenencia a la clase dominada. Desde el etnocentrismo urbano-industrial característico de la generalidad de los intelectuales de su tiempo del que Marx también participaba, éste tendía a ver despectivamente, no sólo a un sector del mundo rural, sino a la generalidad de su población que, para él, era la encarnación del atraso y el subdesarrollo, así como el paradigma de la desmovilización social frente a la revolución por él propugnada. Con estos esquemas de pensamiento, era la mentalidad de los campesinos en general la que constituía para el autor de *El Capital* una muestra de esa «falsa conciencia».1 Sin embargo, cuando aquí hablo de «falsa conciencia» con respecto a la juventud del mundo rural, me refiero a una mistificación de este mundo de sentido contrario a la de Marx. Se trata de una tendencia a considerar a dicha juventud algo así como desarraigada con respecto a las «buenas costumbres y tradiciones» asociadas a una concepción tradicionalista de la vida rural demasiado idealizada que, a menudo, es falsa.

Afortunadamente esta concepción de lo rural cada vez tiene menos peso en la sociedad española, en comparación con lo fuertemente arraigada que estuvo en los años posteriores a la Guerra Civil, en los que se encontraba en pleno vigor lo que se conoce como la *ideología de la soberanía política del campesinado*. Ésta fue construida por agrónomos, juristas, clérigos y algunos economistas (entre ellos, cabe destacar a Severino Aznar) que no tenían una específica formación sociológica y cuyas principales referencias eran el catolicismo social y los presupuestos doctrinales falangistas. La ideología de la

1 Así, Marx veía a los campesinos como una fuerza social casi completamente quietista, vinculada a los modos de vida tradicionales, y que, por lo tanto, no podía esperarse que se decidiera a unirse a cualquier movimiento partidario de una transformación social más o menos revolucionaria. En este sentido, en una de sus más afamadas obras, este autor llegó a referirse a la situación de autosuficiencia, pasividad, aislamiento y ausencia de articulación conjunta de intereses de los campesinos parcelarios franceses de la manera que sigue: «Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas» (MARX: *El dieciocho...*: sin fecha, 99).

soberanía política del campesinado se sustentaba en unos esquemas teóricos de la realidad que tenían como elemento clave la mitificación de la población rural y la idealización bucólica de la agricultura, concebida, más que como una actividad económica, como un modo de vida superior (Sevilla-Guzmán: 1979, 141). A través de esta ideología se manifestaba una aspiración a conservar o a crear un modelo armónico e integrado del mundo rural al margen de cualquier conflicto social, que estaba muy de acuerdo con los presupuestos corporativistas y negadores de los antagonismos sociales típicos del franquismo.² Como es sabido, a pesar de sus originarios planteamientos tradicionalistas y agraristas, especialmente a partir de los cincuenta y sesenta, el régimen franquista fue dejando gradualmente de lado la *ideología de la soberanía política del campesinado*, a la vez que de *facto* se entraba en un proceso de modernización general de la sociedad española que se tradujo en una creciente industrialización de ésta, así como de mecanización y de modernización de su sector agrario. Estas transformaciones hicieron posible que, a partir de entonces, fueran arraigando, cada vez más, unos discursos políticos y unas actitudes sociales favorables a la mecanización de las tareas agrarias, a la modernización de las explotaciones y a la profesionalización de los agricultores. Es precisamente en este contexto en el que se experimentaban esas actitudes tendentes, bien a desprestigiar a la juventud (como he dicho, sobre todo, entre los conservadores y nostálgicos del viejo mundo rural), bien, por el contrario, a verla, sin ningún fundamento sólido, como la portadora de unos valores que se considera que son mejores, como la encarnación de la energía y de la renovación que se necesita para caminar hacia un futuro que se supone será inevitablemente mejor. En este sentido, si bien, como veremos, es cierto que los jóvenes por su mejor preparación y debido a la mayor receptividad inherente a su edad parecen estar mejor preparados para afrontar los cambios que requiere el mundo rural, esto no ha de llevarnos a una especie de idealización mitificadora de los mismos desprovista de toda base racional, lo que sería caer en una «falsa conciencia» con respecto a la juventud rural de signo contrario a las antes referidas actitudes desprestigiadoras de ésta.

En realidad, los jóvenes rurales son muy diversos y, de la misma manera que sus características varían en función del tiempo y del espacio socioeconómico en el que se forman como sujetos y se desenvuelven, también sus actitudes y capacidades son susceptibles de muchas valoraciones. Los científicos sociales tenemos la obligación, no sólo moral, sino también como requerimiento de rigor y autoexigencia intelectual, de no dejarnos atrapar por las ideologías de las dos visiones opuestas con respecto a la juventud antes referidas. Más allá de los mitos y de los juicios de valor de los que participan dichas ideologías, no podemos dejar de tomar en cuenta la imprecisión de los límites socioeconómicos y culturales de lo que por juventud rural se entiende. La conciencia de esta imprecisión ha de servirnos como prevención contra cualquier tentativa de generalizar y juzgar a toda juventud rural de la misma manera, a la vez que ha de incitarnos a analizar

2 Al adoptar esta visión integradora y armónica de la sociedad, la dictadura de Franco se comportaba de acuerdo con los esquemas y presupuestos de funcionamiento de lo social inherentes al fascismo. Sin embargo, conviene precisar que, a pesar de su carácter autoritario y de sus semejanzas con los regímenes fascistas, la naturaleza sociopolítica del franquismo fue globalmente diferente de la de aquellos. Sí fue claramente fascista Falange Española, encabezada por José Antonio Primo de Rivera.

con el máximo rigor y objetividad posibles las específicas condiciones en las que realmente se desenvuelve cada una de las diversas manifestaciones que pueden encontrarse de este grupo de edad.

UNA APROXIMACIÓN A LOS ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS CON RELACIÓN A LA JUVENTUD RURAL

En la década de los sesenta del siglo xx el proceso de desarrollo y de industrialización en el que entró nuestro país dio lugar a importantes transformaciones en el medio rural, a la vez que a un creciente éxodo de su población hacia las ciudades, que entonces constituían el paradigma de progreso y de modernización frente al retraso en que se encontraba la sociedad agraria. Aunque la mayor parte de ese éxodo estaba constituida por jóvenes rurales, que pretendían así solucionar sus problemas socioeconómicos y superar sus desigualdades con respecto a sus coetáneos de la ciudad mediante su emigración a ésta, el hecho es que en las investigaciones sociológicas acerca de la juventud española, que comenzaron a realizarse a partir de esa década, se le ha dedicado una atención preferente a estudiar la situación de este grupo poblacional en las zonas urbanas. Digo atención preferente porque hay que reconocer que ya la primera encuesta nacional sobre la juventud realizada en 1960 tuvo en cuenta en la elaboración de su cuestionario la definición de los distintos tipos de hábitat de residencia de los jóvenes; asimismo, la quinta encuesta, realizada en 1982, tomó en cuenta a los residentes en núcleos poblacionales con menos de 2.000 habitantes.

Sin embargo, lo cierto es que lo urbano, o por lo menos lo no rural, constituyó hasta el año 1984 el ámbito sobre el que fundamentalmente centraron su atención las investigaciones en torno a la problemática de los jóvenes españoles (Sáez Marín: 1995). En esta fecha, con motivo de la proclamación por parte de las Naciones Unidas del Año Internacional de la Juventud, se realizó en nuestro país el primer estudio sociológico específicamente encaminado a analizar las condiciones de la juventud rural. De dicho estudio, que fue promovido por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (M.A.P.A.), resultó el libro *Sociedad rural y juventud campesina*, cuyos autores fueron Juan Jesús González, Ángel de Lucas y Alfonso Ortí. Se trata de una publicación que sigue siendo en la actualidad un obligado marco de referencia para los científicos sociales interesados en analizar la juventud rural. El objetivo básico de la investigación era profundizar en el conocimiento de la juventud rural, entendiendo por ésta a todos los jóvenes entre 15 y 29 años residentes en núcleos de población de menos de 10.000 habitantes. Para ello, se fijaron una serie de objetivos específicos de investigación y una metodología que refirió a continuación con alguna extensión dada su relevancia y utilidad como referente para futuras investigaciones sociales sobre este fenómeno. Tales objetivos fueron los siguientes:

- 1) Conocer las condiciones de vida de los jóvenes rurales y las oportunidades de desarrollo personal que se les ofrecen.
- 2) Determinar más específicamente la estratificación social interna de la juventud rural, tanto desde el punto de vista de su origen familiar, como de sus propias expectativas profesionales.

- 3) Analizar las condiciones de formación y reproducción de los jóvenes agricultores pertenecientes a explotaciones familiares agrarias.
- 4) Establecer las características del proceso migratorio juvenil experimentado en las zonas rurales, prestando para ello especial atención a las formas de vinculación del joven al medio rural de origen, así como a los mecanismos, condiciones y expectativas que suscita su desvinculación mediante una eventual emigración.

La perspectiva seguida, a la vez generalizadora y de profundización concreta en la situación de la juventud rural, tanto en sus condicionamientos objetivos como en sus proyecciones y vivencias subjetivas, llevó a los autores a realizar su investigación desde una doble orientación metodológica en la que se integraba, de una parte, un enfoque cuantitativo encaminado a situar y precisar los elementos objetivos de la situación juvenil (distribución por sexos, pirámide de edades, origen familiar, nivel de estudios, tipo de trabajo, movilidad laboral, paro, distribución de su tiempo, opiniones y preferencias en torno a tópicos concretos, etc.) y, de otra parte, un enfoque cualitativo cuyo propósito era facilitar la captación y comprensión de las imágenes, vivencias básicas y orientaciones de la subjetividad colectiva de los jóvenes rurales, procurando ir más ir más allá de las simples opiniones individuales y tratando de determinar sus valores distintivos, sus prejuicios, sus dificultades de adaptación, proyecciones espontáneas o sistema moral. Para analizar esto se procedió a la constitución de pequeños grupos de discusión (integrados por unos 8 individuos) con la finalidad de producir, mediante una discusión relativamente libre, discursos espontáneos y colectivos acerca de la situación de la juventud rural. El análisis de esos discursos sirvió, asimismo, para la preparación y adecuada formulación de las preguntas realizadas en la encuesta estadística.

Después se han realizado otras investigaciones como la de Vicente Mazariegos en 1989-90 acerca de la situación socioprofesional de la mujer en la agricultura, las investigaciones promovidas por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación durante 1989 con objeto de valorar los programas de instalación de jóvenes en la agricultura de varios países de la Unión Europea o, ya durante la década de los noventa, investigaciones, como las de Bericat y Camarero (1994), con relación a Andalucía, y la de Díaz (1995), con respecto a Asturias, en las que se ha comprobado la existencia de unas trayectorias escolares y educativas notablemente más favorables para los jóvenes que para los jóvenes rurales, lo que favorece las tendencias hacia la creciente desvinculación femenina de las labores agrarias y el proceso de masculinización poblacional del agro, a cuyas consecuencias haré después referencia más en extenso.

Tampoco se pueden dejar de mencionar las investigaciones dirigidas a estudiar el asociacionismo cooperativo y sindical, dada su importancia para comprender las transformaciones experimentadas en este campo por parte de la juventud rural, así como la participación de los jóvenes agricultores en la modernización de las explotaciones (González, De Lucas y Ortí: 1985; y González: 1990). En esta misma línea, hay que hacer mención de un estudio que, promovido por el Instituto Nacional de la Juventud, se desarrolló en 1992. En dicho estudio, se analizaba la participación asociativa de los jóvenes españoles, entre 15 y 29 años, que residían en municipios claramente rurales (es decir, con menos de 2.000 habitantes) y en áreas intermedias (o sea, con menos de 10.000 habitantes. (Prieto: 1992).

Por último, también hay que señalar como en las diferentes investigaciones que ha promovido sobre la juventud el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) pueden encontrarse referencias acerca de las actitudes y comportamientos específicos de los jóvenes residentes en el medio rural.

En definitiva, se observa un interés creciente por estudiar la juventud rural y las condiciones de vida en las que ésta se desenvuelve que es paralelo a la tendencia, también creciente, a dejar de lado el desinterés y las actitudes despectivas con relación a lo rural que fueron características de los años del desarrollismo, a medida que se afianzan gradualmente propensiones a considerar lo rural de manera positiva y a verlo como ámbito y forma de vida deseable, en una situación en la que existen signos de inversión de los tradicionales procesos de éxodo rural y de declive sociodemográfico del medio rural, como veremos más adelante en este trabajo.

ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL Y MASCULINIZACIÓN DE LA JUVENTUD EN EL MEDIO RURAL

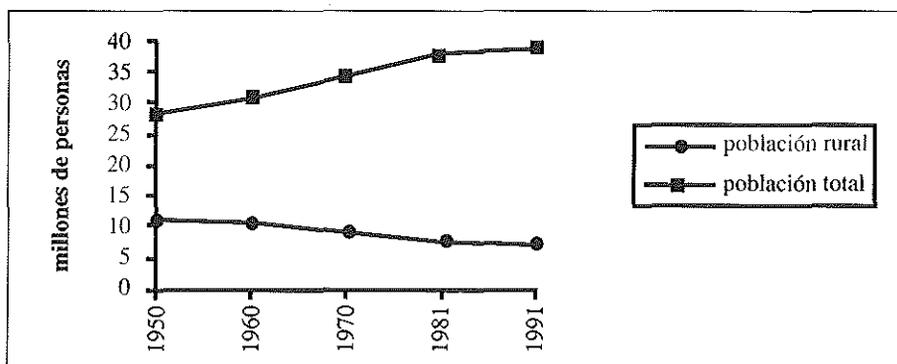
Los procesos de modernización que tuvieron lugar durante las décadas que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial conllevaron, con elevada frecuencia, una considerable reducción de la población rural. La disminución de la población activa agrícola, a raíz del descenso de las necesidades de mano de obra agraria motivado por la gradual mecanización de los cultivos, junto con la mejora de las expectativas de empleo en las ciudades como consecuencia de la industrialización, destacan entre las razones que dieron lugar al importante éxodo poblacional del campo a las ciudades experimentado por la generalidad de los países del mundo a medida que se iban modernizando. Dado que los emigrantes eran en su mayoría jóvenes, se experimentó un gradual envejecimiento de la población rural y activa agraria.

En España, las tendencias demográficas han evolucionado de manera similar a la anteriormente esbozada. El crecimiento de la población española en el transcurso de las pasadas décadas ha discurrido paralelamente a una fuerte redistribución espacial de la misma, como consecuencia de los movimientos migratorios y de las diferenciadas pautas demográficas seguidas por el entorno rural y el urbano (HYCSAE: 1995, 14). Dicha redistribución ha conllevado un incremento muy notable de la población de los centros industriales y de las áreas periféricas urbanas, al mismo tiempo que se ha ido reduciendo el número de habitantes residentes en las zonas rurales, produciéndose desequilibrios y fenómenos de despoblamiento en bastantes de estas zonas, especialmente en las ubicadas en el interior del país.

El resultado de este proceso de declive demográfico del medio agrario es que, después de cuarenta años desde su inicio, estamos en condiciones de afirmar que la crisis demográfica de la sociedad rural española ha sido muy profunda. Así, si nos atenemos a los datos del Instituto Nacional de Estadística, el hábitat rural (o sea, aquellas entidades de población de menos de 2.000 habitantes según el criterio oficial) ha pasado de tener poco más de 11 millones de habitantes en los años cincuenta a los cerca de siete millones con que cuenta en la actualidad. Esto ha supuesto una pérdida del 27,9% de su población. La mayor parte de esa pérdida (el 61,4%) tuvo lugar en la década de los sesen-

ta, mientras que en la década siguiente sólo se redujo la población en un 38,6%. (Gráfico I). La consecuencia de todo ello es que el mundo rural ha perdido algo más de cuatro millones de personas, más el crecimiento vegetativo positivo que se habría experimentado de no haberse producido esta reducción poblacional.

GRÁFICO I
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN RURAL DE DERECHO
EN RELACIÓN A LA POBLACIÓN TOTAL



FUENTE: INE, *Censos de Población y Vivienda*.

El éxodo rural ha sido selectivo en un doble sentido demográfico: por generación y por género; es decir, emigró principalmente la juventud y lo hicieron más intensamente las jóvenes, lo que tuvo como efectos procesos de envejecimiento y de masculinización de las estructuras poblacionales agrarias (Camarero: 1997, 233 y ss.). Entre las razones de esta masculinización cabe aducir la ya referida antes de la existencia de unas trayectorias escolares y educativas notablemente más favorables para las jóvenes que para los jóvenes rurales o, en otros casos, la expectativa de estas jóvenes de encontrar en el ámbito urbano un medio adecuado para satisfacer su aspiración a mejorar su posición socioeconómica y a superar la discriminación con respecto a los varones de la que, con frecuencia, son objeto en el medio rural. Una aspiración que, sin duda, ha tendido a intensificarse a medida que las pautas más igualitarias de asignación de los roles entre los sexos se difunden por efecto de la socialización derivada de la educación y de la influencia de los medios de comunicación de masas. En cualquier caso, sin pretender agotar aquí las razones de por qué las que emigran son en su mayoría las jóvenes rurales, el hecho es que esto acarrea realidades de soledad y de soltería forzada en los varones que se quedan, lo cual, aparte de los problemas personales que conlleva, no contribuye, desde luego, a asegurar la reproducción social y cultural de los entornos rurales. La extensión de este fenómeno de soltería masculina rural ha dado lugar a que algunos de estos varones lleguen a buscar a su cónyuge en países menos desarrollados como los latinoamericanos, para cuyas mujeres, dadas las difíciles condiciones socioeconómicas de las que proceden, supone evidentemente una mejora de su posición este tipo de matrimonios.

Entre las estrategias de los jóvenes rurales para buscar esposa, destaca, por el eco alcanzado en los medios de comunicación pública, la adoptada por los solteros de la localidad de Plan. Se trata de una pequeña población de la provincia de Huesca situada en la Comarca de Sobrarbe, en el valle de Gistaín. Tras ver en televisión la película «Caravana de mujeres», cuyo argumento hace referencia a los problemas que se les presentan a un grupo de mujeres que se dirigen al encuentro de unos pioneros que viven solitarios en un rincón agreste de Norteamérica, los solteros de Plan decidieron en 1985 organizar una caravana semejante para traer al valle las mujeres que no encontraban en su entorno cercano. Cuando se les ocurrió esta posibilidad no imaginaban las repercusiones que su idea iba a encontrar en la prensa de todo el mundo. Los noticieros americanos dedicaron más espacio a este tema que a cualquier otro de los relacionados con España, incluyendo —por supuesto— las noticias políticas. Hasta la prensa china, tan hermética y ajena a las noticias occidentales, dedicó abundante espacio a la caravana femenina organizada por los de Plan. Sin duda, lo pintoresco de la estrategia para buscar esposa puesta en práctica por los jóvenes solteros de Plan se prestaba a que la noticia de este hecho fuera difundida, con frecuencia, en unos tonos no exentos de comentarios jocosos. Lo cierto es que, más allá de las bromas que este tipo de actitud pueda suscitar, hay que tratar de ver la dureza de la realidad que la genera: despoblación rural, soledad de los que se quedan, falta de expectativas de continuidad de los entornos rurales al no tener lugar el necesario reemplazo poblacional, etc. Después se han tratado de organizar otras «caravanas de mujeres» en otros lugares, cuyos efectos y difusión no fueron tan intensos como los de la de Plan, la cual, quizá por ser la primera, tuvo un gran éxito. No sólo logró difundir por todo el mundo el nombre del pueblo, sino que más importante todavía consiguió compañeras para varios jóvenes del valle.

LAS PRESENTES TRANSFORMACIONES SOCIOECONÓMICAS DEL AGRO Y SUS EFECTOS SOBRE LA SITUACIÓN SOCIAL Y LABORAL DE LOS JÓVENES RURALES: ¿QUÉ SE PUEDE HACER PARA CAMBIAR?

El agro español, análogamente a como sucede en el de la generalidad de los países avanzados de nuestro entorno socioeconómico, se encuentra en la actualidad sometido a profundas transformaciones. Expongo a continuación de manera sintética tales transformaciones, con el fin de ver después sus efectos sobre la situación social y ocupacional de los jóvenes y sugerir que se puede hacer de cara a cambiar dicha situación.

De una parte, sigue intensificándose el proceso de modernización y de mecanización de las tareas agrarias, y, de otra, como consecuencia de ello, a la vez que tiene lugar un considerable incremento de la producción agraria, se está experimentando una gradual reducción de la necesidad de mano obra y de la población activa en el sector primario. Uno de los efectos más significativos de esto es que en los pueblos la ocupación no está ya tan directamente relacionada con la agricultura como en el pasado, sino que se está produciendo en ellos un proceso de diversificación ocupacional, con una tendencia a la desagrarización de la actividad productiva y económica y a la terciarización de la misma (García Sanz: 1997, 641-642; Camarero: 1997, 231). De esta forma, la reducción de población activa en la agricultura está siendo compensada por la creciente relevancia que

en los entornos rurales españoles adquieren una serie de actividades de la Administración y servicios municipales de carácter educativo, sanitario o destinados a la cobertura de determinados sectores de asesoramiento y de información, bastante desatendidos hasta hace pocos años. La terciarización se explica, también, porque la creciente mecanización de la agricultura genera una amplia red de demanda de maquinaria agrícola, de talleres mecánicos de reparación de dicha maquinaria o del automóvil, de oficinas bancarias a las que acudir en busca de financiación, así como de servicios burocrático-administrativos de apoyo a la explotación. Mayor importancia, en lo que respecta al número de empleos que proporcionan, tienen la construcción, los comercios y los supermercados destinados a satisfacer la, cada vez más elevada y exigente, demanda de alimentos de la población residente y de la flotante. Tales servicios, junto con los destinados a dar respuesta a las necesidades de ocio y de tiempo libre (bares, restaurantes, alojamientos para el turismo rural, discotecas o pubs) han aumentado de manera considerable.

Todo esto acontece en una situación en la que, similarmente a lo acaecido en otras sociedades avanzadas, en nuestro país está teniendo lugar una paulatina extensión de la pluriactividad y de la agricultura a tiempo parcial, así como del trabajo familiar para el mantenimiento y la reproducción de las explotaciones agrarias. Prueba de esto es que un 75% del total de las UTA contabilizadas en las explotaciones agrarias son procedentes del trabajo familiar.³

Por otra parte, paralelamente a los discursos y procesos encaminados a propiciar la modernización productiva del agro, están extendiéndose en nuestros días unas actuaciones y actitudes, tanto por parte de las administraciones encargadas de poner en práctica las políticas agrarias como por la población en general, tendentes a reformular las clásicas conceptualizaciones teóricas acerca de lo rural y de lo agrario, así como a plantear nuevas concepciones de los proyectos de las políticas agrarias y rurales (García Bartolomé: 1991, 87). Frente al usual énfasis en la modernización y especialmente en el mero incremento de la cantidad de bienes y de recursos, característico de la concepción fundamentalmente productivista del desarrollo rural, nuevas formas de entender éste se expanden en la actualidad. Esto tiene lugar en el contexto de los problemas de superproducción y de excedentes existentes. En este contexto se experimenta el paulatino arraigo de un planteamiento del desarrollo rural que, sin renunciar a la eficiencia, y a la vez que trata de poner límites al crecimiento y atajar los efectos degradantes de éste, pretende también ser equitativo y sostenible, al mismo tiempo que buscar la mejora de la calidad de vida de la población y del medio ambiente rural. Éste, a diferencia de lo que ocurría en las épocas en las que estaba en pleno vigor el desarrollismo modernizador de orientación urbana, ya no constituye la expresión del atraso o de lo cateto, sino la manifestación de formas alternativas deseables de cultura y de vida, ya no es concebido solamente como un espacio de producción, sino también como un ámbito que cada vez es más valorado por los urbanos como lugar de turismo y de descanso, en su búsqueda de expansión y de ocio en un medio al que consideran en contacto o armonía con la naturaleza.

Tras esta apretada síntesis acerca de las transformaciones y la situación socioeconómica en que se encuentra el agro español, procedo, como he dicho antes, a analizar sus

3 UTA: Unidad de trabajo anual. Después de 1987 equivale a 1800 horas de trabajo al año.

efectos sobre la situación social y laboral de la juventud rural. La verdad es que estos efectos son muy diferentes y varían en función de la diversidad de circunstancias específicas que plantea esa situación.

En primer lugar, en las presentes condiciones de tendencia a la terciarización en el medio rural, son los jóvenes, ya sea por su mayor predisposición a lo nuevo dada su edad, ya sea por sus escasas posibilidades de acceder a los cada vez más reducidos empleos del sector primario, o por otras razones, los que acaban mayoritariamente desempeñando estas ocupaciones no agrarias. Como es sabido, la creciente escasez de puestos de trabajo en las tareas agrícolas está estrechamente relacionada con la crisis de la agricultura tradicional que se produjo a partir de los años sesenta del siglo XX. Esta crisis supuso un proceso de modernización y de mecanización de las tareas de labranza que todavía hoy sigue intensificándose y que conlleva una creciente reducción de las necesidades de mano obra en el sector agrario, con el consiguiente incremento de las dificultades de encontrar empleo en él para la población en general y para los jóvenes en particular, muchos de los cuales, a pesar de haber nacido en ambientes netamente rurales, apenas han tenido ocasión de trabajar en el campo.

Dentro de la diversidad de situaciones socioeconómicas que integran el colectivo de los jóvenes rurales es especialmente preocupante la situación de aquellos cuyas familias no tienen tierras propias o, si las poseen, se trata sólo de pequeñas o muy poco rentables parcelas. Estos jóvenes suelen tener cada vez más dificultades para encontrar trabajo en la industria o en los servicios debido a la escasez de empleo en estos sectores derivada de la actual crisis económica y también, sobre todo, porque la mayoría de ellos carecen de unos niveles de cualificación adecuados (apenas tienen unos estudios primarios no concluidos o deficientemente realizados). Esto aboca a muchos de ellos a una prematura incorporación a la actividad laboral —en torno a los 14,4 años era cuando González, De Lucas y Ortí (1985, 93) realizaron la investigación referida más atrás—, así como a que, con frecuencia, no encuentren otra salida que deambular entre diversos empleos temporales y precarios en diferentes sectores económicos, de tal forma que podemos hallar a los mismos jóvenes, según la estación del año, en el sector agrario como jornaleros (en la vendimia francesa o, dentro de España, en la recogida de cosechas de fresa, aceituna, etc.) o en los sectores de la hostelería o la construcción. Especialmente, en Andalucía, Extremadura o Castilla-La Mancha es posible encontrar considerables manifestaciones de esta «pluriactividad» juvenil. Bastantes jóvenes de estas comunidades, bien en compañía de su familia o bien por su propia cuenta se acogen a este tipo de empleos itinerantes en el doble sentido socioeconómico y geográfico de esta última palabra; es decir, se desplazan ocasionalmente a otras zonas o transitan entre las diversas ocupaciones que se le van presentando en los escalones más bajos de los sectores económicos antes referidos. He entrecomillado antes el término pluriactividad porque la utilización del mismo, en esta ocasión, aún cuando responde a lo que literalmente acaece, actúa en realidad como un eufemismo que oculta la verdadera situación de desarraigo y las dificultades para subsistir de estos jóvenes y de sus familias.

Cuando tomamos en cuenta estas difíciles condiciones de vida, nos percatamos de lo mucho que falta todavía por hacer de cara a darle la vuelta a la presente situación. Una de las diversas líneas de actuación posibles es profundizar en las políticas que ya existen con objeto de apoyar el mantenimiento de la agricultura familiar, ya que, de esta mane-

ra, no sólo se coadyuva a mejorar la situación específica de un determinado número de familias y de los jóvenes rurales a ellas pertenecientes, sino que también se contribuye a evitar la despoblación y la desertización demográfica de determinados entornos, a asegurar la continuidad de éstos como ámbitos sociales y relacionales dentro de la gran diversidad sociocultural existente al respecto en el mundo rural. Ni que decir tiene que en el mantenimiento de esta continuidad pueden desempeñar también un papel crucial todas las políticas públicas encaminadas a generar fuentes alternativas de empleo no agrario, tales como las encaminadas a favorecer el turismo rural, a aumentar la dotación de servicios educativos, sanitarios o de otra índole para la población rural, a la reforestación y el acrecentamiento del grado de protección del medio ambiente, a la mejora o construcción de caminos rurales, a la limpieza y conservación de las conducciones de agua, etc. ... En definitiva, se trata de favorecer o crear actividades que propicien formas de desarrollo y de empleo no vinculadas exclusivamente a la agricultura. Para hacer esto satisfactoriamente, nada mejor que llevar a cabo estudios de las posibilidades específicas de desarrollo que ofrece cada zona y poner en marcha planes al respecto tendentes a la doble finalidad de crear nuevas actividades generadoras de riqueza y de ocupación y, a la vez, preparar a los recursos humanos para desempeñar esas nuevas ocupaciones o actividades.

En este sentido, es fundamental considerar el papel desempeñado por la iniciativa *Leader* (relaciones entre actividades de desarrollo de la economía rural). Ésta ha sido puesta en marcha por la Unión Europea, con el objetivo de crear una red de grupos de acción local para aplicar acciones innovadoras en favor del desarrollo del medio rural que puedan servir como modelo en la totalidad de las zonas de dicho medio, buscando para ello la participación de los agentes sociales y económicos implicados. Un objetivo básico de esta iniciativa es fomentar la diversificación económica de las zonas rurales y mejorar los niveles de bienestar, las condiciones de vida y la formación de sus habitantes. Para conseguir estos fines se ponen en marcha medidas como las siguientes: a) apoyo técnico y animación al desarrollo rural; b) formación profesional; c) fomento del turismo rural; d) apoyo a las pequeñas empresas, a la artesanía y a los servicios locales; y, e) revalorización y comercialización *in situ* de la producción agraria, forestal y pesquera local (Beltrán: 1994, 226). Por ejemplo, en Andalucía los grupos que trabajan al amparo de la iniciativa *Leader* tienen una gran incidencia en el mundo rural de la región. Desde tales grupos se atiende a una población superior a los tres millones de personas, beneficiando a un 42% de la población total de Andalucía, dispersa entre más de 600 municipios rurales. En éstos, que presentan bastantes deficiencias en infraestructuras y equipamientos, el desarrollo rural y las tareas de dinamización inherentes a la iniciativa *Leader* resultan difíciles de llevar a cabo, pero, no obstante, constituyen la única manera efectiva de implicar a la población, en general, y a la juventud, en particular, en la búsqueda de soluciones para la crisis económica y la falta de empleo en la que se encuentra la región.

Por otra parte, en lo que se refiere a los jóvenes que son empresarios agrícolos, o tienen posibilidad de serlo, tanto la creciente mecanización de la agricultura como la cada vez mayor vinculación de ésta con un mercado que se desenvuelve a escala planetaria, plantea crecientes exigencias de competitividad, lo que acrecienta las necesidades de mejora de su cualificación y capacitación. En definitiva, se trata de buscar lo que ha sido de-

nominado como profesionalización de nuestros agricultores (Arribas y López: 1989). Sin duda, para afrontar esto, dada su mejor preparación educativa y debido a la mayor receptividad a las innovaciones inherente a su edad, están mejor preparados los jóvenes. En este sentido, desde finales de los sesenta, cuando ya estaba en pleno vigor el proceso de modernización general de la sociedad española y de nuestra agricultura en particular, se han estado aplicando en nuestro país políticas tendentes a favorecer la instalación de los jóvenes en la agricultura. Primero, dichas políticas fueron puestas en marcha por el «Servicio de Extensión Agraria» adscrito al Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Para no alargar más la extensión de este artículo, no entro aquí a analizar dichas políticas,⁴ las cuales han evolucionado de unos originarios planteamientos, encaminados básicamente a favorecer el grado de profesionalización (preparación y capacitación en los conocimientos y técnicas modernas de labranza) de los jóvenes agricultores, a otra fase (especialmente, a partir de la segunda parte de la década de los noventa) en la que tiende a adoptarse un discurso neoruralista que, más que la eficiencia y el mero incremento de la producción (en gran parte, dada la crisis de superproducción existente), tiende a ver el medio agrario como un espacio natural, cuyo entorno medioambiental hay que conservar y proteger, a la vez que se trata de encaminar dicho medio hacia unos nuevos usos o funciones de carácter cinegético, turístico o artesanal.

De todas formas, todavía falta mucho por hacer para mejorar la situación y las oportunidades de muchos de los jóvenes agricultores. Son especialmente necesarias estrategias encaminadas a la dinamización de éstos de cara a comprometerlos, implicarlos y hacerlos partícipes efectivos de las transformaciones que se requieren y de los retos que ha de afrontar el agro. Una de las necesidades prioritarias es aumentar el grado de protagonismo de estos jóvenes en la toma de las decisiones que precisa la gestión y explotación de la tierra. De cara a lograr esto, resulta ineludible la resolución de los problemas generacionales que actualmente existen en el agro a raíz de la crisis del patriarcalismo tradicional. Esta crisis se ha acentuado, en muchos casos, como consecuencia de los intensos cambios experimentados por la sociedad española, los cuales, a la vez que han agrandado la distancia de las mentalidades y perspectivas de los hijos con respecto a las de sus padres, han modificado la tradicional distribución de papeles y de relaciones existentes en el seno de la familia rural, caracterizada por la hegemonía de los varones mayores dentro de ella, así como por la subordinación de los hijos e hijas con respecto a los padres y por las desigualdades y diferencias de género entre marido y mujer, que se han visto sensiblemente alteradas, en gran medida, como consecuencia de los nuevos procesos socializadores más igualitarios en los que se ha visto involucrada la institución familiar de la sociedad española en general y del ámbito agrario en particular.

Y, para contribuir a mejorar la situación de los jóvenes agricultores, nada mejor que adoptar políticas (o profundizar en las que ya existen) tendentes a aumentar su capacidad de actuación y a reforzar su grado de identificación con su profesión de agricultores, que no debiera de ser entendida como un destino que les viene impuesto a aquellos jóvenes que no han podido estudiar o dedicarse a otra cosa, sino como una opción libremente

4 El lector interesado puede encontrar un análisis sintético más detallado de ellas en GARCÍA BARTOLOMÉ (1997, 760 y ss.)

asumida que hay que desempeñar con la máxima dedicación y empeño posibles buscando la eficiencia y la competitividad, como únicas garantías, no ya de éxito, sino de supervivencia en una economía cada vez más globalizada. Para ello, nada mejor que profundizar en las medidas tendentes a incentivar las jubilaciones anticipadas de los viejos agricultores, sobre todo de aquellos que muestran una resistencia más fuerte a las innovaciones; asimismo, hay que intensificar los programas de ayudas económicas (subvenciones o créditos) encaminados a dotar a los jóvenes de los recursos que precisan para hacer frente a las dificultades financieras que se derivan de su establecimiento como agricultores o del mantenimiento de sus explotaciones, así como para desenvolverse en el marco de las modernas formas de agricultura de los países avanzados. Esto porque, como es sabido, debido a los avances tecnológicos y al incremento de la dimensión económica viable de las explotaciones, establecerse o mantenerse como agricultor conlleva la exigencia de disponer de una capacidad financiera cada vez mayor, lo que tiene lugar en una situación en la que, con demasiada frecuencia, las entidades financieras no son muy propensas a conceder préstamos a los jóvenes agricultores.

PERSPECTIVAS DE FUTURO DE LAS ACTUALES TENDENCIAS HACIA LA REACTIVACIÓN SOCIOECONÓMICA Y EL REJUVENECIMIENTO POBLACIONAL DEL MEDIO RURAL

Situados en el contexto de auge del éxodo rural hacia las ciudades, la mayoría de los científicos sociales de los años sesenta y setenta del siglo xx llegaron a creer que las tendencias que apuntaban hacia un constante crecimiento de la población urbana, paralelo al gradual descenso de la rural, continuarían indefinidamente. En nuestros días estamos comprobando que tales predicciones eran erróneas. En una serie de zonas rurales de la Unión Europea y de la mayoría de los países desarrollados (y, por lo tanto, con una alta proporción de población urbana) se aprecia una tendencia, cada vez más acentuada, cuyo sentido es contrario al de la observada en los tiempos de auge de los procesos modernizadores. Así, tales zonas, lejos de continuar perdiendo población, manifiestan hoy señales de recuperación demográfica y de reactivación socioeconómica. El creciente desencanto con referencia al medio urbano-industrial y el especial énfasis de las políticas agrarias en la mejora de la calidad de vida rural son, sin duda, razones que repercuten decisivamente en este cambio de rumbo de las tendencias demográficas.

Sin que ello implique ignorar la magnitud de los problemas existentes y lo mucho que todavía resta por hacer para cambiar la presente situación, deseo concluir este trabajo en un tono, sino optimista, por lo menos abierto a una razonable esperanza. Esta esperanza está basada en las perspectivas de futuro que suscita un análisis sereno de la presente situación y de las actuales tendencias hacia la reactivación socioeconómica y el rejuvenecimiento sociopoblacional que están teniendo lugar en el mundo rural español, siempre y cuando las políticas agrarias y los agentes socioeconómicos implicados sumen sus esfuerzos para trabajar a favor de la consolidación de estas tendencias.

Sea como sea, el hecho es que, pesar de la profunda crisis demográfica que ha experimentado en las últimas décadas, nuestro medio rural continúa teniendo un importante contingente de población en él, cuya proporción varía de unas comunidades autónomas a

otras (Cuadro I). Un 18% de la población española vive todavía en localidades de menos de 2.000 habitantes y el 35% en entidades que no superan los 10.000 residentes. Además, el fenómeno del gradual declive poblacional de las regiones rurales, que fue una de las características más sobresalientes hasta hace pocos años, es en la actualidad mucho más selectivo y localizado, de tal forma, que, en conjunto, la población rural española ya no se encuentra en disminución, como acontecía en épocas pasadas, sino que tiende al estancamiento o, incluso, está experimentando procesos de lento crecimiento en ciertas zonas.

Cuadro I
POBLACIÓN RURAL EN ESPAÑA SEGÚN
COMUNIDADES AUTÓNOMAS

	Horizontales (%)	Verticales (%)
Andalucía	11,0	11
Aragón	24,2	4
Asturias	32,6	5
Baleares	13,3	1
Canarias	25,1	5
Cantabria	33,6	3
Castilla-La Mancha	25,6	6
Castilla y León	38,3	14
Cataluña	10,2	9
Extremadura	26,2	4
Galicia	58,0	23
Madrid	2,2	2
Murcia	18,9	3
Navarra	23,2	2
Comunidad Valenciana	9,3	5
País Vasco	10,3	3
La Rioja	22,5	1
Total	18,1	100

FUENTE: INE, *Censo de 1991*.

NOTA Las columnas horizontales reflejan el % de población rural de cada comunidad autónoma con respecto a su población total; las columnas verticales indican el % de población rural de cada comunidad autónoma en relación con la población rural total del país.

En definitiva, puede afirmarse que cada vez pierde más fuerza la visión de una sociedad rural española que se despuebla poco a poco. Al igual que sucede en otros países, amplias zonas de nuestra geografía se encuentran en una fase de revitalización demográfica, económica y ocupacional, de tal forma que, en ellas, la emigración no sólo ha perdido intensidad, sino que prácticamente ha llegado a desaparecer o a ser neutralizada. Así

se pone de manifiesto en el estudio de los recientes movimientos migratorios entre las áreas rurales y las urbanas, que revela como el tradicional proceso de éxodo rural, protagonizado por la juventud, está siendo compensado con otro proceso inverso de emigración urbana hacia el ámbito rural, llevado a cabo sobre todo por la población inactiva (Camarero: 1993). La consideración de los efectos de estos dos procesos migratorios en el conjunto del territorio español manifiesta significativas diferencias regionales. Destaca el contraste entre las comunidades limítrofes del Cantábrico y Castilla-León y las comunidades ribereñas del Mediterráneo y Madrid. Mientras que las primeras siguen en profundo proceso de despoblamiento, las segundas están experimentando un considerable repoblamiento (Camarero: 1997, 244 y ss.).

Como hechos significativos con relación a las tendencias evolutivas observadas, cabe referir que durante el período 1987-1996 se ha producido una disminución generalizada de la población activa agraria, que ha sido especialmente significativa para el grupo comprendido entre los 16 y los 19 años. Sin embargo, es importante destacar que desde 1977 a 1988 se ha experimentado una ligera tendencia al rejuvenecimiento de la población activa agraria. La explicación de esto puede estar relacionada con la pérdida neta de activos en los grupos de edad avanzada, con la lógica e impulsada incorporación de jóvenes a la empresa agraria, y con el efecto del «aparcamiento» en las tareas del campo de aquellos jóvenes sin expectativas ni ocasión de encontrar empleo en otros sectores externos al agrícola. Sean cuales sean las razones de esto, lo cierto es que en la evolución de la composición por edades de la población activa agraria pueden observarse varios ciclos de rejuvenecimiento y envejecimiento, en los que se pueden diferenciar cuatro grandes fases:

- 1.^a Entre los años 1977 y 1983 se experimenta un rejuvenecimiento de la población activa agraria masculina y un envejecimiento de la femenina.
- 2.^a Entre 1983 y 1988 se desarrolla un nuevo ciclo demográfico que se caracteriza por la incorporación de las mujeres jóvenes al rejuvenecimiento de la población activa perteneciente al sector primario.
- 3.^a En el año 1989 comienza un nuevo ciclo de envejecimiento de la población activa agraria, tanto femenina como masculina.
- 4.^a A partir de 1990 empieza una nueva fase de rejuvenecimiento que, según los indicios, se mantiene en la actualidad (García Bartolomé: 1997, 748).

En el contexto de esta fase de rejuvenecimiento hay que enmarcar la noticia que aparecía en el diario «El Mundo» el día 3 de junio de 1998 con relación a la Comunidad de Madrid. Esta noticia, independientemente de la mayor o menor fiabilidad que ofrezca su carácter periodístico, se refiere aquí como ejemplo de las medidas que hay que adoptar o intensificar en aras de trabajar por la mejora del mundo rural y por ende de su juventud. Decía así Juan Carlos de la Cal, el comentarista de la noticia. «El campo ya no es lo que era. La ciudad tampoco. Si en las últimas décadas la inmigración desde las áreas rurales a las urbanas fue una constante demográfica, el nuevo milenio promete una tendencia a la inversa. Según datos de la Dirección General de Agricultura y Alimentación, desde 1995 se ha producido un incremento de un 200% en las solicitudes de ayudas para montar negocios en el ámbito rural por parte de los jóvenes de la región. La semana pasada nos enteramos de que la población madrileña está, en cuanto al número, en el mismo ni-

vel de 1968. A las razones apuntadas por los especialistas para explicar este fenómeno —bajo índice de natalidad y envejecimiento de la población, sobre todo—, habría que añadir el renovado interés de las familias por volver a sus pueblos. Primero fueron los abuelos los que emprendieron el camino de vuelta, al menos durante los meses más cálidos del año. Y ahora son los jóvenes los que parecen tener prisa por recuperar la esencia natural de sus vidas. “El aumento ha sido impresionante, desbordando cualquier tipo de previsión. Hace cuatro años apenas llegaban a 20 las peticiones de jóvenes para que les subvencionásemos explotaciones agrícolas. Y en esta campaña han superado las 70. Sobre el papel puede que no parezcan muchas, pero las perspectivas para el futuro son importantes”, asegura Enrique López, jefe de servicio de la Dirección General de Agricultura. Entre las razones de este aumento, López habla de la mayor flexibilidad en el traspaso de las fincas de padres a hijos —gracias a una ley de 1995—; la mejora de las redes de comunicaciones terrestres —los pueblos están mas cerca de la ciudad—; y la mayor formación de los aspirantes a agricultores o ganaderos».

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIBAS, J. M., y LÓPEZ, A. (1989): «El proceso de profesionalización de los agricultores cerealistas», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 51, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- BELTRÁN FERNÁNDEZ, Carlos (1994): «El desarrollo rural y la iniciativa comunitaria “Leader”, en España», en *Papeles de Economía Española*, núms. 60-61, Madrid.
- BERICAT, E., y CAMARERO, M. (1994): *Trabajadoras y trabajos en la Andalucía Rural (Situación sociolaboral de la mujer en Andalucía)*, Instituto Andaluz de la Mujer, Junta de Andalucía, Sevilla, Málaga.
- CAMARERO, Luis Alfonso (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano. (Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España)*, Ed. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios, Madrid.
- (1997): «Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: ruralidad y agricultura», en GÓMEZ BENITO, Cristóbal, y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Juan Jesús (edit.): *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Ed. CIS/Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- CEÑA DELGADO, Felisa (1992): «Transformaciones del mundo rural y políticas agrarias», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, núm. 162, octubre-diciembre.
- DE LA FUENTE BLANCO, Gloria (1987): «Las jóvenes rurales en la encrucijada del cambio (el caso castellano)», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 42, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (1995): «De mujer a mujer: estrategias femeninas de huida del hogar familiar y del medio rural», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 76, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- ELZO, Javier; ORIZO, Francisco Andrés; GONZÁLEZ-ANLEO, Juan; GONZÁLEZ BLASCO, Pedro; LAESPADA, María Teresa, y, SALAZAR, Leire (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa Marfa, Madrid.
- ETXEZARRETA, M.; CRUZ, J.; GARCÍA MORILLA, M., y VILADOMIU, L. (1995): *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

- GARCÍA BARTOLOMÉ, Juan Manuel (1991): «Sobre el concepto de ruralidad: crisis y renacimiento rural», *Política y Sociedad*, núm. 8, Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.
- (1994): «Transmisión de las explotaciones agrícolas y la instalación de agricultores en la CEE», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 70, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- (1997): «La juventud rural española: entre la inercia y el cambio», en GÓMEZ BENITO, Cristóbal, y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Juan Jesús (edit.): *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Ed. CIS/Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- GARCÍA SANZ, Benjamín (1994): «Nuevas claves para entender la recuperación de la sociedad rural», en *Papeles de Economía Española*, núm. 60-61, Madrid.
- (1997): *La sociedad rural ante el siglo XXI*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- GONZÁLEZ, J. J. (1990): «La incorporación de los jóvenes a la agricultura», en *Revista de Estudios Agrosociales*, núm. 154, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- GONZÁLEZ, J. J.; DE LUCAS, A., y ORTÍ, A. (1985): *Sociedad rural y juventud campesina*. Estudio sociológico de la juventud rural, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- (HYCSAE) (1995): *Hechos y Cifras del Sector Agroalimentario Español*, Ed. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, Madrid.
- MARTÍN CRIADO, Enrique (1998): *Producir la Juventud. Crítica de la Sociología de la Juventud*, Ediciones Istmo, S. A., Madrid.
- MARX, Karl (sin fecha de edición): *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Ed. Progreso, Moscú.
- MOYANO ESTRADA, Eduardo; y FERNÁNDEZ DURÁNTEZ, M.^a Cruz (1990): «Teoría y práctica de la instalación de jóvenes en la agricultura», en *Revista de Estudios Agrosociales*, núm. 154, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- PANIAGUA MAZORRA, Ángel (1996): «Jubilación anticipada en el medio rural ¿Política social o medida reestructuradora? El caso de Castilla y León», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 78, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- PRIETO LACACI, R. (1992): *Asociacionismo Juvenil. Espacio rural e intermedio*, Instituto de la Juventud, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- SÁEZ MARÍN, J. (1995): «Los estudios sobre la juventud en España: contextos de un proceso de investigación-acción (1960-1990)», en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 10, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- SEVILLA-GUZMÁN, Eduardo (1979): *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*, Ediciones Península, Barcelona.
- VICENTE MAZARIEGOS, J., y PORTO, F. (1993): «Situación socioprofesional de la mujer en la agricultura» (Tomo V. *Análisis sociológico*), Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

NOTAS

Quo vadis?, Iglesia de España. Reflexiones en torno a un proyecto de futuro

FRANCISCO J. CARMONA FERNÁNDEZ*

El pasado año apareció entre nosotros un libro titulado: *La Iglesia en España 1950-2000*, publicado por la editorial PPC. Según su editor, el profesor Olegario González de Cardedal, Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y Académico de Ciencias Morales y Políticas, el objetivo del libro es *hacer memoria de los últimos cincuenta años de la Iglesia en España, analizar el momento presente y pensar las primicias de su misión en el futuro próximo*.

La obra se estructura en cuatro partes. En la primera, se analiza la situación presente de la Iglesia española en el marco social, jurídico y cultural y sus autores son González-Anleo, monseñor Rouco y Romero Maura, respectivamente. En la segunda, González de Cardedal, Laboa y monseñor Sebastián Aguilar reconstruyen la memoria histórica de los últimos cincuenta años.

Las perspectivas de futuro para la Iglesia se exponen en la tercera parte, de la mano de tres obispos: Fernando Sebastián, Elías Yanes y Juan M.^a Uriarte. Se cierra la obra con una reflexión general de Olegario González de Cardedal sobre el pasado, presente y futuro de la Iglesia de España.

Estos textos, que fueron en su origen parte del curso que sobre «La Iglesia en la sociedad española» organizó la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en Madrid salen ahora a la palestra pública *con una voluntad de pensar en alto y de invitar a los demás a hacerlo* para que los creyentes y ciudadanos de España comprendamos mejor nuestra historia, la asumamos con realismo y forjemos nuestro futuro (pág. 6).

Animado por estos mismos deseos de reflexión crítica y diálogo, quiero hacer algunas acotaciones al diagnóstico y proyecto de futuro de la Iglesia de España que nos ofrece este libro.

I. EVALUACIÓN GLOBAL

Es gratificante ver en la arena pública una reflexión colectiva sobre la situación de la Iglesia española y sobre su proyecto de futuro en la que colaboran obispos, teólogos y estudiosos de las ciencias sociales. Es más gratificante aún si analizamos la talla humana, social y eclesial de sus autores y el momento en que nos llega esta reflexión colectiva.

* Universidad de Granada.

Todos ellos son figuras importantes, en sus respectivos campos, y tanto su trayectoria biográfica como la posición que ocupan les hace acreedores de una información privilegiada que cualifica positivamente sus aportaciones.

El final de la centuria y *quizás* del milenio, que invitan a la reflexión y a la conversión jubilar (Juan Pablo II) piden aportaciones de este tipo para que la reflexión plural nos ayude a salir de las rutinas del pasado y de los espejismos del presente.

Como toda obra colectiva ésta es dispar por lo acabado de sus informes, por los problemas que aborda y por los marcos y perspectivas en que se mueven los diferentes autores. La aportación episcopal brinda al lector un espectro de las urgencias pastorales de nuestra jerarquía eclesial. Monseñor Sebastián bosqueja una pista para dar testimonio sobre Dios en un contexto social marcado por el agnosticismo y el ateísmo. Monseñor Yanes y monseñor Rouco nos hablan sobre las futuras tareas de la Iglesia española y monseñor Uriarte diseña un programa sobre la pastoral de la sanidad, a tono con la sensibilidad actual por el cuidado del cuerpo y la ecología. Su lectura resulta gratificante por lo oportuno de sus metas, la coherencia interna de sus aportaciones y la novedad de sus lenguajes en el contexto de la tradicional prosa episcopal.

La pregunta que surge en la mente del lector y cuya respuesta no aparece en los textos es la relacionada con los programas concretos, con los agentes de pastoral y con la sensibilidad de las bases eclesiales para hacer efectivas esas nuevas orientaciones. Después de la lectura de la excelente aportación de monseñor Uriarte uno se pregunta por los medios posibles para actualizar a los agentes de pastoral sanitaria en esa nueva orientación teológica y antropológica. Creo que ésta es una pregunta pertinente a un obispo, que por la definición social de su quehacer, debe buscar y arbitrar caminos concretos y prácticos para hacer realidad sus propuestas pastorales; y esta misma pregunta se puede hacer extensiva a monseñor Sebastián y a monseñor Rouco.

La aportación del sector académico viene representada por Juan González-Anleo, Juan M.^a Laboa, Joaquín Romero Maura y Olegario González de Cardedal, que es el mentor de la obra.

Juan González-Anleo nos ofrece, desde el marco sociológico, un serio análisis de la religiosidad española presente y futura. Juan M.^a Laboa elabora un informe magistral sobre los hechos fundamentales ocurridos en la vida de la Iglesia española en los últimos treinta años (1966-1998). Joaquín Romero Maura, desde las coordenadas teóricas de la sociología sistémica, traza un proyecto de acción para la Iglesia española. Finalmente, Olegario González de Cardedal aporta dos extensas colaboraciones; en la primera estudia los *problemas de superficie y de fondo de la Iglesia en España*, y en la segunda, que aparece como la reflexión final de la obra, da una visión de conjunto del pasado, presente y futuro de la Iglesia y la sociedad en España en los últimos cincuenta años.

Según el editor, en las aportaciones de los diferentes autores «las perspectivas son distintas pero quieren ser complementarias» (pág. 5) en el proyecto de «hacer memoria de nuestro pasado inmediato, analizar el momento presente y pensar las primacías de la misión de la Iglesia en el futuro próximo» (pág. 5).

Mi intento es entrar en ese diálogo crítico, no con el proyecto sino con su realización, teniendo como interlocutores a los colegas del marco académico, y más en concreto, el editor y principal mentor de la obra, el profesor Olegario González de Cardedal.

II. PERCEPCIÓN DE LA IGLESIA ESPAÑOLA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

En este apartado intento resumir la visión de la Iglesia española que nos ofrece el libro, de la mano de Laboa, Anleo y González de Cardedal.

1. Los últimos treinta años de la Iglesia en España

Juan María Laboa, Profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Comillas y director de la revista: *XX siglos*, analiza algunos de los hechos fundamentales ocurridos en la vida de la Iglesia española en los últimos treinta años. Lo hace con solidez de contenidos y con una metodología que permite vincular las ideas con los grupos portadores de ellas.

Arranca Laboa del Concilio Vaticano II como punto de inflexión decisivo en la historia del catolicismo hispano. Según él, *éste fue un cambio revolucionario pero lento y todavía hoy, a los 33 años del final del concilio, nos encontramos en trance de renacer*. Y la razón fue que a los difíciles cambios internos de la Iglesia se unieron los cambios económicos y sociales de la modernización y la transformación política de la sociedad.

El Concilio Vaticano II y su adaptación en España, a través de la Asamblea Conjunta y otros eventos posteriores, supusieron un cambio radical en la forma de autointerpretarse la Iglesia a sí misma y de ubicarse en la sociedad española. Este giro radical purificó a la Iglesia, la actualizó en teología y la transformó en su diálogo con el mundo; pero todo ello motivó un altísimo coste en personas, convivencia y clima religioso. Entre las causas señala Laboa la situación nacional-católica del punto de partida, la cambiante política vaticana, las intrigas de los grupos de presión y los fallos humanos de todo el Pueblo de Dios, desde el obispo hasta el más humilde fiel.

La década de los ochenta, que se abrió con la clamorosa visita del Papa a España, fue testigo de cierto distanciamiento entre la Iglesia y la sociedad. Los años de la «movida», el acoso del gobierno socialista y la emergencia del anticlericalismo intelectual por parte civil, junto a la política vaticana (Inocenti, Tagliaferri), la pretendida apropiación en exclusiva de la identidad católica por ciertos sectores de la Iglesia y el desorden y desconcierto de los movimientos progresistas dieron la impresión ante la opinión pública de que España, que se había dormido cristiana practicante, parecía haberse despertado indiferente.

En la década de los noventa han ido aflorando una serie de signos positivos en el renacer de nuestra Iglesia; pero es urgente, según Laboa, que el liderazgo episcopal entre a la tarea de reorganizar con seriedad y realismo nuestras Iglesias locales.

2. Presente y futuro de la religiosidad española

El autor de este informe es Juan González-Anleo, Catedrático de Sociología y Decano de la Facultad de Sociología «León XIII» de la Universidad Pontificia de Salamanca. Superado en España, según Anleo, «el engañoso paréntesis de la inflación religiosa de

los años 40 y 50» hoy se perfilan en el mapa religioso español tres espacios diferentes: Una minoría activa de católicos practicantes (15%); una gran masa de católicos, interesada por la religión festiva y los ritos de bautismo, primera comunión, matrimonio y entierro, pero alejada en lo normativo y doctrinal y pasiva ante las otras demandas de la institución eclesial (65%), y un sustantivo grupo de personas no religiosas, por razones de indiferencia, agnosticismo o ateísmo (20%).

La transformación económica, social y cultural de España ha trastocado el papel tradicional de la religión como institución rectora de la sociedad. La Iglesia Católica, que hasta ayer ostentaba de hecho el monopolio de lo sagrado, no sólo ha visto erosionada su presencia en la vida pública: política, educación, servicios sociales, etc., y obsoletas sus mediaciones para llegar a la vida privada de los individuos: escasa socialización cristiana de niños y jóvenes por las familias, descenso de la práctica religiosa, autonomía moral de los individuos, falta de audiencia, etc., sino que ella misma se ve sacudida por una serie de cambios internos: envejecimiento de sus cuadros, falta de vocaciones y distanciamiento creciente entre laicos y jerarquía.

Las perspectivas futuras que ve Anleo junto con Requena y Díaz Salazar son que *estos hechos irán empeorando, al menos por algún tiempo*.

Las pistas que se perfilan en el horizonte del siglo XXI, según Anleo, son el florecimiento del catolicismo popular, que podría vincular a las masas con la Iglesia, la consolidación de un nuevo tipo de católico, más celoso de su autonomía en creencias, normas éticas, responsabilidad social y eclesial, etc., y la posibilidad de que se consolide una minoría activa católica, que actúe como *sociedad de contraste* en el seno de la sociedad española secularizada. Esta minoría sería portadora de una fuerte religiosidad personal y estaría comprometida con el resto de las fuerzas sociales en la solución de los problemas del siglo XXI.

Como el propio Anleo apunta, éstos son solo atisbos que, a su vez, suscitan nuevas preguntas: ¿De dónde va a surgir esa minoría?, ¿quién la va educar?, ¿se aceptará la autonomía laical?, etc.

3. La Iglesia en España: Problemas de superficie y problemas de fondo

Su autor es González de Cardedal y su objetivo es mostrar que los problemas fundamentales que afronta la Iglesia española son ya los mismos que los de la Iglesia universal y no los autóctonos de la Iglesia española (pág. 180). Divide el artículo en tres apartados: I) *Religión y cristianismo en la conciencia contemporánea*, II) *La Iglesia vista en la sociedad e historia española reciente*, y III) *La Iglesia vista por sí misma y desde sí misma*.

Comienza el primer apartado con unas puntualizaciones metodológicas sobre el estudio empírico de los fenómenos religiosos y justifica el contenido de este apartado, porque sería un error querer entender lo que pasa en la Iglesia de España al margen de lo que acontece a la religión y al cristianismo en Europa y el mundo (pág. 182).

Parte de la universalidad de la religión en la historia, tanto a nivel sociológico como antropológico, y a partir de aquí, interpreta el devenir religioso hasta el momento presente, que él considera complejo de diagnosticar (pág. 187). Recuerda las posturas del siglo XIX frente al fenómeno religioso: La postura crítica de Feuerbach, que pretendía mos-

trar la invalidez teórica del cristianismo, y la positiva, hecha desde la *fidelidad a las exigencias religiosas y a las imperativos históricos* (págs. 189-190). Analiza la historia del catolicismo romano. Comienza con Pío IX y la declaración de la Infallibilidad Pontificia y, sin solución de continuidad, da un salto al Vaticano II, para hablar de la plena aceptación actual, por parte de la Iglesia Católica, de la libertad religiosa y del diálogo con la conciencia europea y con los diferentes mundos religiosos (págs. 191-192). Y pasa a estudiar «los factores históricos inmediatos determinantes del cristianismo en España».

Habla del drama espiritual de España, desde el siglo XVIII hasta mediados del XX; pero silencia que esta situación estuvo fuertemente condicionada por el pensamiento y acción de los portadores de la conciencia católica. Pone en «*el haber*» de los cristianos el giro político de España en el decenio (1970-1980) (pág. 196) y revisa los últimos veinte años. Según el autor percibe, la cultura dominante de la democracia es una cultura laica que reclama la superación del cristianismo. Sus portadores sociales son los dirigentes del Partido Socialista, en el que coinciden políticos progresistas y cristianos progresistas. Critica el marxismo de Bloch y el pensamiento de Tierno Galván. Después vendrá el pragmatismo puro y duro, a nivel político, y una cultura intelectual «mezcla de liberalismo laico, secularismo estético y pragmatismo estoico que no podía ocultar el inmenso vacío espiritual en que se había quedado» (pág. 199). Según él, este itinerario ha llevado a muchos católicos a una *situación de agnesia, afasia, apraxia y aeclesia* (pág. 202).

Termina con una tipología de cinco actitudes ante el Vaticano II: (1) De rechazo y *atenimiento* al catolicismo preconiliar; (2) de adhesión fiducial y asentimiento teórico pero no práctico; (3) de aceptación confiada y serena de su doctrina, de su espíritu y de las actitudes que implicaban; (4) de entusiasmo inicial pero resistencia de fondo al considerar que el Concilio se había quedado a medio camino y, finalmente, (5) los que se apropiaron del Concilio para ponerlo al servicio de determinados intereses de naturaleza no religiosa (pág. 205-206).

En el apartado: *La Iglesia vista en la sociedad e historia española reciente*, arranca de Recaredo para hablar de la convergencia de ciudadanía y fe en la historia de España. Pasa de puntillas sobre el drama espiritual del siglo XIX y gran parte del XX hasta llegar a la separación entre Iglesia y Sociedad en España.

Alaba la gesta de esta separación, realizada en la Constitución, y resalta en exclusiva el papel desempeñado en este proceso por los obispos, los grupos cristianos y la conciencia católica en general, gracias al Concilio Vaticano II. Pero no ahorra críticas a la nueva situación creada, hablando de que «la ética y la religión se quedan sin soporte social» (pág. 208), de que la Iglesia ha quedado «desvalida y a merced de la valoración que cada poder político haga de ella» (pág. 211) y del comportamiento del PSOE desde 1982 (pág. 222).

Hay otras críticas, de más hondo calado, cuando contraponen dos criterios de actuación: «Antes la concordia que la guerra», que estuvo presente en la transición democrática, con «Antes la verdad que la paz», que él defiende como norma para los cristianos en la vida pública (pág. 218).

Finalmente en el último epígrafe: «*La Iglesia vista por sí misma y desde sí misma*» comienza diciendo que la Iglesia española ha abandonado una encarnadura social, fruto de siglos y aún no tiene otra nueva (pág. 231). La razón es que han ocurrido una serie de mutaciones generales en España y mutaciones particulares en la Iglesia.

Distingue tres actitudes diferentes ante este fenómeno: «La mayoría católica que no ha hecho todavía el tránsito a la nueva situación cultural de la fe aun cuando la ha aceptado por fidelidad a la autoridad... Los grupos que han madurado en dirección contraria a la línea normativa de la Iglesia... y los grupos que han hecho en el silencio reflexivo ese trasvase recreando expresiones nuevas para la fe y su determinación eclesial» (pág. 236).

La Iglesia española debe superar una configuración rural en lo social y un universo anclado en la teología de la contrarreforma, y construir una corporidad social acorde con la nueva conciencia eclesial y cultural. El primer problema es encontrar su lugar propio y la forma de cumplir su misión sin sucumbir a un desvanecimiento de su identidad, a una transvaloración de su misión o a una utilización por poderes históricos para fines no religiosos (págs. 237-238). A su vez hay también dificultades internas en esta tarea: Ser comunidad real, la ortodoxia sin fundamentalismos, ser sociedad de contraste en concordia y desde el reconocimiento de la modernidad democrática (pág. 240).

Este proyecto que aquí apunta lo desarrolla más ampliamente en la reflexión final de la obra: *Cristianismo, Iglesia y Sociedad en España 1950-2000* (341-422). El tema nuevo en esta reflexión final es el de los *movimientos eclesiales y nuevas comunidades* (392-400).

Comienza con una introducción histórica a la matriz intelectual y eclesial donde se generaron. Éstas, según él, nacen de una teología *teológica y pneumatológica* y *no sólo antropológica y transcendental*, y cita a Hans Urs von Balthasar como figura emblemática de esta corriente.

Habla de las Comunidades Neocatecumenales, Comunión y Liberación, Focolares, etc., y muestra su manifiesta simpatía hacia ellas. Según él, «el futuro de la Iglesia en España, su vitalidad interior, su fecundidad misionera y su disponibilidad para el servicio apostólico al ministerio, pasan hoy por la atención a estas iniciativas del Espíritu» (pág. 400). Después de compararlas con las reformas de Santa Teresa y San Ignacio de Loyola en el siglo XVI español, acaba proclamando que éstas son fruto del Espíritu Santo (pág. 395-396).

III. ACOTACIONES CRÍTICAS

1. El período estudiado: 1950-2000

González de Cardedal propone acotar el período de estudio entre 1950-2000, porque «la Iglesia y la sociedad española han vivido durante los últimos cincuenta determinadas y condicionadas por los acontecimientos que les habían precedido inmediatamente: posguerra, posconcilio, posfranquismo, postransición política... Hoy ya hemos salido de esa etapa y podemos considerar fundamentalmente pacificado, clarificado y resituado nuestro pasado, pudiendo mirar con paz y libertad tanto al presente como al futuro» (pág. 343).

No piensa así Laboa cuando inicia su trabajo a partir de 1898, recuerda la victoria del 1939 y afirma que «todavía hoy a 33 años del final del Concilio nos encontramos con una Iglesia en trance de renacer» (pág. 118).

En el análisis que hace de la Asamblea Conjunta, muestra que la entrada oficial en España del espíritu del Concilio fue abortada por los representantes de «una tradición

integrista que había caracterizado el último siglo de nuestra Iglesia, por los años de exaltación católica, de unidad y de repliegue» (pág. 124). Más aún, según Laboa: «El documento de Roma y el aliento concedido a los grupos más integristas desanimó a muchos sacerdotes que habfan entregado lo mejor de sí mismos a la tarea de purificación y renovación eclesial... Por parte de Roma había que explicar la desconfianza mostrada con los obispos que fueron nombrados en aquellos años y con los sacerdotes ordenados en ese tiempo. No se puede explicar la historia de estos últimos treinta años sin tener en cuenta este objetivo de cambiar un talante y un espíritu que, aunque nunca ha sido explicitado, considero que debe coincidir con el manifestado en la Asamblea Conjunta» (pág. 124).

Según Laboa, el *viejo proyecto pastoral católico de la Restauración Borbónica* sigue vivo y pujante en nuestra Iglesia. Los intentos de renovación conciliar fueron abortados por los representantes del integrismo y Roma los sigue apoyando. Por lo tanto, no me parece plausible comenzar en 1950.

Tampoco parece muy científico iniciar un análisis histórico, que promete hablar de profundidades y superficie, desde un momento que coincide con un engañoso paréntesis de inflación religiosa en la tendencia de secularización de largo alcance. La idea es de González-Anleo cuando afirma que: «en estos años finales del siglo XX el mapa religioso del catolicismo español ha superado ya el engañoso paréntesis de inflación religiosa de los años cuarenta» (pág. 11).

El propio González de Cardedal, cuando habla de la aceptación o rechazo del Concilio, alude a dos generaciones reticentes ante la innovación conciliar; pero no se pregunta por las matrices eclesiales y sociales en que estas personas nacieron a la fe y maduraron su vocación: Seminarios donde se formaron, proyectos pastorales que guiaban la acción de esta Iglesia, etc. Esto le habría llevado a preguntarse por lo que ocurrió entre el siglo XVIII y mediados del XX en la Iglesia española.

Los primeros intentos de reforma de la Iglesia española surgen en el seno de la propia Iglesia en el siglo XVIII, cuando comienza a ser cuestionado el Antiguo Régimen. Las Cortes de Cádiz recogen esta herencia de reforma y proyectan situar a la Iglesia en el orden social emergente, como una institución social centrada en su misión religiosa. Así, se mantenía la confesionalidad del Estado pero se exigía a la Iglesia una organización racional de sus recursos materiales y humanos, en función de su misión religiosa.

Por desgracia, la mayoría eclesiástica no aceptó este proyecto de reforma sino que se aferró al Antiguo Régimen, legitimó el absolutismo real y sacralizó el modelo de *sociedad de cristiandad*. Esta ideología sociorreligiosa, vigente a la sazón como modelo ideal en toda la Iglesia Católica, va a estar presente en España durante todo el siglo XIX y gran parte del XX.

Desde esta percepción de la realidad social, la Iglesia no pudo aceptar la revolución liberal ni comprender los posteriores proyectos políticos del anarquismo y socialismo. La Iglesia española va a estar siempre aliada con los elementos más reaccionarios de la sociedad y su presencia y existencia van a ser causa de conflicto en todas las luchas políticas de este tiempo.

Estas luchas tendrán como resultado, entre otros tristes sucesos, las Guerras Carlistas, la *exclaustración* de miles de religiosos, la *desamortización* de los bienes raíces de la Iglesia y la intermitente persecución cruenta de personas consagradas a lo largo de este

tiempo. La cadena se inicia en 1820, al comienzo del Trienio Liberal, y se reproduce en 1834, 1868, 1873, 1909 y 1931; para culminar en 1936, con la matanza de más de 6.000 sacerdotes y religiosos.

Los directivos e ideólogos de la Iglesia española, por desgracia, no incluían estos hechos en sus preguntas del examen de conciencia; apresados por los grilletes del conservadurismo, procuraban silenciar las voces disonantes y legitimar su posición.

Como D. Olegario dice muy bien: «toda la historia de nuestra familia precedente tiene que ser conocida y asumida, discernida y purificada» (pág. 347). Pero si esa historia pasada sigue viva y presente en nuestra Iglesia (Lobao), silenciarla sólo sería contribuir a volver a caer en los errores del pasado.

2. El género literario del texto del profesor González de Cardedal

No es fácil seguir el hilo conductor del texto del profesor González de Cardedal. En la declaración de intenciones se nos promete un análisis de los problemas de fondo que vive el catolicismo en España, resaltando que las graves cuestiones de la Iglesia española son ya las mismas que las de la Iglesia universal y por eso titula el epígrafe: *Religión y cristianismo en la conciencia contemporánea*. Uno espera que hablara de la religión en el mundo, del cristianismo en sus diferentes ramas y de los problemas de la Iglesia católica a nivel universal, para después entrar en el análisis de la Iglesia Católica en España. Las esperanzas quedan defraudadas.

El autor parte de una definición del hombre como ser religioso y, sin más matizaciones, ni en el texto ni en las notas, pasa a operar con un concepto *unívoco* de religión que él llama cristianismo, aunque, de hecho, es la versión católica romana, para desembocar sin más en los problemas del catolicismo hispano.

El lector queda en la inopia de lo que pasa con la religión en el mundo, con el cristianismo en Europa y América, con los avatares pasados y presentes de sus diversas denominaciones, con el laicismo imperante no sólo en las estructuras económicas, políticas y culturales sino en la conciencia y vida de los hombres y mujeres de nuestro mundo contemporáneo. Para mayor confusión, dedica gran parte de este primer epígrafe a los problemas específicos del catolicismo hispano posconciliar, que deberían entrar en el epígrafe siguiente «*La Iglesia vista en la sociedad e historia española reciente*».

En el análisis de los problemas del catolicismo hispano tampoco profundiza mucho. Describe a grandes rasgos el atraso secular de España durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, pero sin preguntarse por los portadores sociales de la versión católica que legitima esos atrasos. No aparece ninguna insinuación a la responsabilidad intelectual y política de los obispos, teólogos y grupos católicos durante el siglo XIX, Restauración Borbónica, Dictadura de Primo de Rivera, etc. Sólo dos frases, muy matizadas para distanciarse del Franquismo (pág. 195), que contrastan con los párrafos que en diversas partes del texto dedica a socialistas y progresistas, católicos o laicos.

Cuando trata de la recepción del Concilio en España y de la etapa democrática del país, la historia es descrita en un tono un tanto maniqueo. Los malos son los socialistas y los católicos progresistas. Los buenos son los de derechas: unos, porque vivieron estos

problemas sin gran preparación pero con una aceptación fiducial, y otros, porque los vivieron y los aceptaron confiada y serenamente.

Más aún, en la forma de describir las posiciones que él considera contrarias, uno echa de menos un intento de comprensión hermenéutica, porque a veces más que descripciones, parecen caricaturas. En contraste, cuando son sus posiciones o las de los afines, el lenguaje se vuelve tan expresivo que más que realidad parece utopía. Véanse a título de ejemplo, las páginas 196-198; 203-206; 383-392.

Quien reclama para su posición, como hace el profesor González de Cardedal, «la limpieza de la mirada, la gratuidad en el acogimiento, la memoria en la continuidad con la historia anterior, la apertura al horizonte absoluto al que ella atiende, etc.» (pág. 182), no puede tratar *otras actitudes vitales y búsquedas de sentidos seculares*, desde fuera y al estilo que los viejos manuales de la neocolástica informaban del pensamiento de los *adversarios*.

3. Sugerencias críticas a la antropología, ecclesiología y sociología que laten en la obra

El fantasma de Ticio, aquel personaje entrañable de los viejos manuales de Teología Moral campea por las páginas del texto. Berta no aparece. Si Ticio y Berta, en los manuales de moral, eran tipos humanos tan unívocos y estables que servían de comodines para todas las jugadas, aquí al menos tenemos las tres generaciones: Ticio abuelo, Ticio hijo y Ticio nieto.

No obstante, los tres pertenecen a la misma clase social, se han educado en los mismos colegios y por supuesto hablan el buen castellano de los campos de Castilla. Parecen ser rurales y no saben mucho de las grandes aglomeraciones metropolitanas, de los nuevos estilos de vida en familia, trabajo, política, ocio y, por supuesto, en religión.

El espacio social de la Península no es unívoco aunque así aparezca en el texto. Las generaciones vienen marcadas no sólo por los acontecimientos históricos sino por las condiciones económicas, sociales y culturales que median las vivencias de esos acontecimientos históricos. No sólo han cambiado las gentes y pueblos de España sino las gentes y pueblos que se identifican como católicos, como muestran Laboa y Anleo en sus trabajos. Y este pluralismo debe estar más presente en el marco teórico del profesor González de Cardedal.

D. Olegario habla de dos antropologías presentes en la sociedad e Iglesia de España (pág. 199). Yo creo que hay muchas más. A título de ejemplo le sugiero que piense en los modelos antropológicos que subyacen en las Comunidades cristianas populares, en el Movimiento carismático, en las Comunidades Neocatecumenales, etc., y compare. Y en la sociedad civil, el espectro creo que es más rico y plural.

El modelo de Iglesia con el que opera adolece de la misma endeblez. Él está operando con el *modelo institucional*, como si fuera el único válido en la Iglesia. Con este planteamiento, deja fuera del análisis a un alto porcentaje de los que se identifican como católicos practicantes y, no digamos, con los no practicantes. Pero además, este punto de partida tiene otras consecuencias, que él mismo lamenta al hablar de los laicos en la Iglesia española (págs. 410-412). Desde ese esquema, la tarea del laico es ser «sacristán» y/o

correa de transmisión de los «intereses» del Episcopado. Estos caminos que quizás fueran válidos en otro tiempo, hoy repugnan al tipo de hombre que emerge en nuestra sociedad, el *tercer hombre religioso* del que habla Anleo (pág. 13) y a muchos de ese 15% de españoles, plenamente identificados con la Iglesia, que leyeron y asumieron como adultos el Concilio.

El autor se queja de la situación del mundo intelectual respecto a la Iglesia y Anleo habla de la educación superior como vehículo secularizador. El hecho es preocupante, dadas las perspectivas de incremento de los niveles educativos de la población española. Pero yo creo que no se puede tratar como «doctrino» al que por exigencia de su forma de vida y trabajo se mueve en el terreno de lo probable. Ya E. Troeltsch, que conocía el tema desde dentro construyó el tipo ideal de misticismo en contraste con *Iglesia y Secta* y lo describió históricamente como el refugio religioso de las clases educadas.

Quizás la figura de López-Aranguren, que el autor critica, de Laín y de tantos otros que no suenan, sean ejemplos contemporáneos de esa falta histórica de la Iglesia española para sintonizar con el mundo de la cultura, que el propio González de Cardedal ha lamentado en otras ocasiones.

El proyecto de sociedad que late a lo largo de la obra es el de *cristiandad*. Aunque en las páginas dedicadas a la Constitución se expone la tesis correcta, desde la doctrina conciliar, en otros contextos se lamentan las ausencias. Se habla de una Iglesia española, mayoritaria por su peso real, pero se silencia que ésta es incapaz de pagar a sus ministros y que está obligando a un Estado laico a financiar la catequesis católica en los centros públicos. Se insinúa la necesidad de volver sobre el tema del puesto de la religión en la Constitución, por aquello de «Antes la verdad que la paz», y, a veces, se hacen afirmaciones que crean dudas y perplejidad en el lector. Por ejemplo: «Un pueblo que no ha sido educado para hablar y rezar, para contemplar y esperar, terminará convirtiendo esos impulsos profundos de su ser en gritos violentos en vez de habla viva, en fanatismo profundo en vez de plegaria serena, teniendo que sorber léngamos y cienos en vez de abrevarse en fuentes de aguas cristalinas» (pág. 215). ¿En qué quedamos? ¿Es que sólo los creyentes religiosos tenemos el monopolio de los valores para fundamentar una convivencia social?

Yo también creo que los grupos creyentes tenemos derecho a *manifestar públicamente* nuestra fe en pie de igualdad con los agnósticos o los «creyentes laicos». Pero en mi opinión esto no exige suprimir la laicidad del Estado. Para esa manifestación pública y no meramente privada está el ámbito de la sociedad civil. Pero la conducta privada y pública, en coherencia con este principio, *exige grandes esfuerzos para tirtos y troyanos*. Unos y otros hemos de revisar nuestras formas de pensar, sentir y actuar que hemos heredado del pasado y proceder en consecuencia. Hay mucho rescoldo de ese pasado conflictivo (1812-1978), que nos empuja de nuevo al fanatismo. Revisemos los programas de acción eclesial sobre la sociedad española que subyacen en nuestra teología, espiritualidad y pastoral y estaremos en condiciones de exigir lo mismo a los demás.

Este mismo «prejuicio» heredado del pasado está presente en el marco analítico del profesor Anleo. Al estudiar la *secularización* de la sociedad española, lo que hace es un análisis del proceso de *descatolización* o *descristianización*. En mi opinión para entender lo que pasa en la sociedad española hay que trascender la concreción de *Sagrado=Religión=Catolicismo*. El Marxismo, el Laicismo, el Agnosticismo, etc., también son siste-

mas simbólicos que pretenden dar una explicación última de sentido y tienen su *núcleo sagrado* que, en mi opinión, ha de ser estudiado si queremos ser respetuosos con los padres fundadores de la Sociología. También el Marxismo, el Laicismo, el Agnosticismo, etc., tienen fervientes seguidores entre nosotros que deben ser estudiados desde la sociología de la religión.

La misma imagen de sociedad con la que trabaja D. Olegario es muy simple. Sólo aparece el mundo rural, las personas mayores, algunas alusiones a los jóvenes, tres pincladas sobre las generaciones históricas y la masa. ¿Dónde está la clase dirigente en lo económico, lo político y lo cultural? ¿Dónde están los análisis sobre las diferentes ideologías de esos grupos dirigentes? ¿Dónde la reflexión crítica sobre los proyectos pastorales de educación y control de esas clases dirigentes y sus resultados? ¿Dónde están las clases medias, que hoy son mayoritarias en el país? ¿Dónde está la reflexión pastoral sobre la diversidad existente en sus formas de vivir la familia, la educación, la política, la religión? ¿Dónde está el mundo obrero y los estudios pastorales para afrontar los cambios ocurridos en sus condiciones de existencia y en su conciencia? Etc., etc., etc.

4. Apostilla sobre las críticas a la metodología y teoría sociológica presentes en los estudios del fenómeno religioso

Tanto González de Cardedal como monseñor Rouco aluden en sus artículos al estudio sociológico del fenómeno religioso (págs.78-79; 183-190). Ambos aceptan su validez académica y su conveniencia, pero hacen ciertas alusiones críticas tanto a la metodología utilizada como a la base teórica de estos estudios, que quisiera comentar brevemente.

En el campo metodológico se critica a los cuestionarios, en general por ser unilineales, totalmente cerrados en la respuesta que reclaman y superficiales por quedarse en lo externo y lo estereotipado (pág. 183); en particular, por partir de un esquema mental, válido quizás en otros tiempos, pero poco ajustado a la conciencia cristiana actual (pág. 185).

En el campo teórico se hace una distinción entre: *clave (funcional) social* y *clave (real) personal* (pág. 179),¹ que conviene aclarar más por lo que insinúa que por lo que afirma. Si por *clave (funcional) social* se quiere decir que el análisis estructural se centra sólo en las consecuencias de la religión y *olvida lo que es la religión en sí y cómo es vivida por los sujetos*, me parece una acusación falsa, ya que vendría a decir que el análisis estructural de la religión olvida la harina (lo sustancial) y se queda con el salvado (lo accidental). Este reduccionismo, como dice monseñor Rouco, está más que superado en las ciencias sociales. Mas aún, en las últimas décadas, la categoría analítica *cultura* esta emergiendo como una clave más fértil y fecunda que otras categorías del pasado a la hora de interpretar la vida social. Y al hablar de *cultura*, el sociólogo ha de hablar de religión, como reino y área de los valores últimos que estructuran e impregnan la realidad social.

Por lo tanto, la sociología, al estudiar la religión, no pretende otra cosa sino hacer efectiva en su campo y con su utillaje teórico y metodológico la descripción de religión

¹ El paréntesis lo he añadido yo.

que el propio D. Olegario apunta en el texto: «La religión no es sólo ni ante todo función social hacia afuera sino relación sagrada hacia dentro, gratuita en un sentido y absolutamente necesaria en otro; es inseparable de la comprensión del propio sujeto, de la comunidad, de la realidad histórica y del futuro» (pág. 183).

Hace muchos años que la fenomenología y la hermenéutica fecundaron la teoría sociológica e hicieron, teóricamente válida y metodológicamente posible, la comprensión del mundo de sentido del actor social como *meta clave* de la tarea sociológica. Y en este camino la norma de «dejar ser a la realidad, verla con ojos ingenuos, sin imponerle medida y queriendo entenderla» (pág. 182) debe constituir el *primer paso* de toda investigación.

Es cierto que este talante, que hoy penetra toda la disciplina, es más importante en unos paradigmas que en otros, se hace más patente en los estudios *micro* que en los *macro*, se cree más necesario en el estudio de ciertas parcelas de la realidad, como la religión, que en otras, como los estudios de la ecología, y dicho talante, por supuesto, tiene sus repercusiones en la selección y diseño de los instrumentos de recogida de la información.

Pero esta pluralidad de actitudes y enfoques, normal en una disciplina multiparadigmática como la sociología, no le incapacita para entender e interpretar la actitud religiosa de la conciencia humana. Más aún, su carácter de ciencia no normativa le empuja a *entender* y a *no valorar*; y la conciencia del carácter parcial y probable de sus resultados le aleja de las certezas y seguridades de otras disciplinas.

Es cierto que entre los profesionales de la sociología hay jinetes amantes de irrumpir en las cristalerías, mandarines que defienden los cotos de la verdad y sabios consejeros de los príncipes; pero, a diferencia de otras disciplinas académicas, cuenta con el gran ariete crítico de la sociología del conocimiento, que permite cuestionar e incluso invalidar los contenidos de la *DOXA* desde el análisis de la posición y práctica social del investigador.

Por eso, por exigencia epistemológica, toda crítica al trabajo sociológico debe ser aceptada e integrada en el proceso y mucho más si ésta viene de colegas que comparten oficio y objeto de estudio, como es el caso de teólogos. Un mayor diálogo e intercambio entre los profesionales de la teología y la sociología en España podría mejorar el conocimiento del fenómeno religioso entre nosotros, acabaría con los fantasmas del pasado y evitaría que unos y otros simplificáramos lo que, a Dios gracias, es rico, plural y variado.

IV. APUNTE PARA EL FUTURO

Comparto las metas para el futuro que González de Cardedal propone cuando habla de que la Iglesia española debe superar una configuración rural, en lo social, y un universo mental anclado en la teología de la contrarreforma, y construir una corporeidad social acorde con la nueva conciencia eclesial y cultural, y suscribo sus advertencias sobre los riesgos externos de desvanecimiento de su identidad y transvaloración de su misión y las dificultades internas para ser comunidad real y ser sociedad de contraste en concordia y desde el reconocimiento de la modernidad democrática. Y lo mismo puedo decir de las propuestas de Romero Maura, González-Anleo y Laboa.

Pero desde una posición realista no puedo olvidar que todos ellos han coincidido en señalar en la Iglesia española la alarmante disminución de católicos practicantes, el envejecimiento de las personas dedicadas al servicio de la Iglesia, la anárquica desorientación que reina en la vida interna de la Iglesia y su progresiva marginación en la sociedad civil. Por todo ello, tanto las propuestas episcopales como las metas de los académicos me traen a la memoria las cartas infantiles a los Reyes Magos o las promesas de los políticos en campaña electoral. Por eso la pregunta pertinente para casar ambas informaciones sería responder a las siguientes cuestiones: ¿Quiénes van hacer esos cambios?, ¿cómo se van hacer? y ¿cuándo vamos a empezar? Con la mirada puesta en la búsqueda de respuesta a estas preguntas van las siguientes pistas de actuación.

Lo primero es saber *quienes* forman ese 15% de españoles vinculados con la Iglesia católica: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, hombres y mujeres de nuestra Iglesia. Cómo son: sus características demográficas, sociales, culturales y eclesiales y, principalmente, cómo piensan y qué tareas ven posibles en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad.

Y para no recaer en la criticada sociología-estadística y poder hacer real esa *aproximación interpretativa propuesta*, habrá que revisar los procesos de formación de estas personas, sus trayectorias biográficas y los modelos de hombre, de Iglesia y sociedad que subyacen en los planes pastorales de diócesis, presbiterios, órdenes religiosas, organizaciones apostólicas, parroquias, comunidades, etc.

A la par, deberíamos entrar en el cómo hacer esos cambios. Y para no caer en el voluntarismo habría que analizar la Iglesia y sus organismos como organizaciones sociales que son y aprender de las organizaciones seculares a despersonalizar la gestión, respetar los derechos de miembros y empleados, potenciar un liderazgo creativo y, sobre todo, evaluar los resultados, sopesando no las fidelidades sino la adecuación entre fines propuestos y medios empleados.

Quizás esto suene tan utópico como lo que se criticaba al principio. Es posible. Pero no porque no sea factible sino porque, entre otras múltiples causas, este proyecto choca con los intereses creados de los grupos de presión que, sin luz y taquígrafos, manejan las Congregaciones romanas y la Nunciatura española, seleccionan obispos, programan la acción pastoral de la Iglesia española y, quizás, estén poniendo la Institución eclesial al servicio de unos fines de otra naturaleza (Laboa).

Cuando se lee y relee las diferentes guías informativas sobre el personal e instituciones de la Iglesia: *Iglesia en España, CONFER, Apostolado asociado, Prensa católica, Misiones, CÁRITAS, etc.*, se descubre el inmenso potencial humano con que aún cuenta la Iglesia en España. Potencial humano de gran calidad si se contrasta con el personal que trabaja en organizaciones civiles, públicas y privadas, de similares características, por su dedicación a la tarea, lealtad a la institución y sobriedad en medios y exigencias.

Si esta grata impresión se contrapone con la que se desprende de los informes antes analizados o con la imagen pública que tiene la Iglesia en España, la lógica lleva a preguntarse por las causas de esta situación. Por supuesto que muchas son históricas, otras son estructurales, y entre las personales no todas son fruto de un malhacer. Pero por más esfuerzos de racionalización que se empleen, no se puede evitar que venga a la memoria el lamento de los burgaleses: *¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!*

En nuestro contexto cultural democrático, el término SEÑOR apunta a todo aquel que tenga algo de responsabilidad en este Pueblo de Dios. También los que nos afanamos en las tareas del pensamiento y de las letras estamos emplazados. Por eso, como le agrada a D. Olegario, repetir: *Hic Rodhus, hic saltus*.

De los Estados del bienestar a las sociedades neoliberales: efectos sociales regresivos

JESÚS CAMARERO SANTAMARÍA*

En los países desarrollados europeos, a los que nos referimos fundamentalmente en este artículo, se ha agudizado la batalla entre los defensores del *neoliberalismo*, esto es de la reactualización del crecimiento económico basado en reducir la importancia del Estado en la dirección de la economía en beneficio de la iniciativa privada, y los que abogan por la necesidad de que el Estado mantenga suficiente poder para controlar un marco general de las políticas macroeconómicas y paliar los efectos nocivos que para un número significativo de ciudadanos supone siempre el libre mercado sin correcciones. La reactivación de este viejo debate se ha potenciado por la globalización actual de la economía que favorece la expansión por todo el mundo del modelo neoliberal liderado por EE.UU., por encima no ya de los rígidos esquemas del socialismo real ya caduco sino, incluso, de los modelos europeos que mantienen criterios socialdemócratas en la organización de los *Estados del bienestar*. La razón del predominio neoliberal en el mundo actual es sencilla, en una economía globalizada se atiende más a los intereses mercatoriales de las empresas transnacionales y del capital financiero mundial que a los intereses de cada Estado nacional. Ahora bien, la implantación de estos reimplantados modelos de sociedad de mercado trae consecuencias bastante desastrosas tanto para muchos ciudadanos de nuestros países ya desarrollados, que quedan excluidos del mercado laboral (hablando de Europa), cuanto, más aún, para los ciudadanos de muchos países emergentes en todo el mundo que quedan excluidos en su totalidad de un desarrollo armónico, sostenido y sustentable, porque no han recibido el beneplácito de los que deciden las inversiones financieras externas que lo posibilitan. En este artículo explicaremos, muy generalmente, algunas características de uno y otro modelo, sin pretensiones de profundización, para lo que les remito a un trabajo más amplio,¹ pero aportaremos algunas ideas básicas sobre las razones que se esgrimen a favor de uno y otro para una primera reflexión de los lectores ante estos problemas.

LA HERENCIA RECIBIDA EN EUROPA: LOS ESTADOS DEL BIENESTAR

Durante casi treinta años, 1945-1973, «los treinta gloriosos» como los ha llamado Jean Fourastié, desde el final de la «Segunda Guerra Mundial» hasta la primera crisis del petró-

* Director de Documentación y Apoyo a los Órganos del Consejo Económico y Social de España.

1 Cfr. CAMARERO SANTAMARÍA, Jesús: «El déficit social neoliberal», *Del Estado del bienestar a la sociedad de la exclusión*, Sal Terrae, Madrid, 1998.

leo, los niveles más altos de bienestar social alcanzados en los países modernos han tenido lugar en los denominados *Estados del bienestar* europeos que, con Inglaterra a la cabeza, comenzaron a organizarse al finalizar la segunda guerra mundial (1945) basándose, principalmente, en las ideas y objetivos sociales propugnados por el Informe de William Beveridge (1942) sobre el pleno empleo en una sociedad libre, la seguridad social y los servicios sociales, y en las teorías económicas de Keynes (*The General Theory of Employment, Interest and Money*, 1936), aunque en Suecia ya había comenzado a implantarse tal modelo de Estado tras el nombramiento de Gustav Möller como Ministro de Asuntos Sociales (1924)² y en España, sin embargo, no lo hizo hasta bien entrada la década de los ochenta.

En aquellos años, la lucha contra el fascismo y el nazismo en la que se implicaron la mayoría de naciones determinó que los *Estados del bienestar* europeos se estructuraran siguiendo dos direcciones características: una, *política*, que les ha ido conformando como Estados democráticos y antifascistas en contra de los vencidos Estados totalitarios (valores que no conviene olvidar y que, por ejemplo, se reiteran en los días que escribo este artículo con las masivas protestas en diferentes países de la Unión Europea ante el temor de que puedan renacer brotes neofascistas por efecto de las últimas elecciones en Austria); otra, *socioeconómica* que, habida cuenta de las necesidades de reconstrucción de los países destruidos por la guerra, les caracteriza por la decidida intervención de los Gobiernos en la dirección de la macroeconomía, de la política laboral en busca del pleno empleo y de las políticas de servicios sociales amplios y protección social generalizada para todos los ciudadanos, sin distinción de razas o ideas, en virtud de derechos reconocidos, vinculados a la ciudadanía.

Imbuido de esta cultura fue un Arzobispo, William Temple, quien eligió y divulgó en Inglaterra (1941) la expresión *Welfare State* (*Estado del bienestar*) como bandera de un nuevo Estado naciente, que cambiase el concepto colectivista y bélico del *Warfare State* (*Estado de la guerra*) de la Alemania nazi por otro que denotara la vida en paz, la democracia y el bienestar de los ciudadanos en el nuevo Estado emergente. En la misma línea, un año más tarde, el Informe Beveridge propugnaba que el Estado debía ser responsable del bienestar de los ciudadanos, a través de la organización de servicios sociales, que deben cuidar del bienestar individual de cada uno durante todo su ciclo vital, «desde la cuna hasta la tumba» —*from the cradle to the grave*—.³

Lo primero que hay que destacar es que los *Estados del bienestar* europeos, edificados sobre estas bases, han conseguido llegar al nuevo milenio con alto nivel de desarrollo económico y social de sus ciudadanos, respetando una idea del Estado y unos valores que se pueden condensar en los siguientes fundamentos:

- *organización sociopolítica contraria a cualquier tipo de fascismo, autoritarismo o excesivo liberalismo, esto es, estructura democrática del Estado.*
- *relaciones económicas de mercado libre pero con intervenciones del Estado en algunas áreas y sectores estratégicos, especialmente en la determinación de las*

2 Cfr. KORPIL, W.: *The development of the Swedish Welfare State in a Comparative Perspective*, The Swedish Institute, Stockholm, 1990.

3 Cfr. GOUGH, Ian: «Welfare State», artículo en: *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*, volume 4, The Macmillan Press Limited, London, 1991.

condiciones macroeconómicas y en el ámbito de las relaciones laborales y políticas de empleo.

- *intervención del Gobierno en la producción de bienes y servicios sociales (incluidos educativos y culturales) no necesariamente rentables y en la cobertura de riesgos y situaciones precarias de los ciudadanos, previsibles o imprevisibles, respecto de su subsistencia, salud, seguridad social, inactividad o retiro... en base al reconocimiento de necesidades y derechos de todos los ciudadanos, sin excepción, a una vida digna.*
- *participación de los ciudadanos y las organizaciones sociales en el desarrollo de este Estado, mediante consenso mutuo, que se expresa no sólo en la planificación sino en la gestión de sus políticas y programas.*

Pero, aún más, los *Estados del bienestar* que han conseguido los niveles más altos de desarrollo social existentes hoy en el mundo, como ocurre con el modelo sueco de corte socialdemócrata, han establecido unos objetivos en relación a la pobreza y a la desigualdad de los ciudadanos que deberían servir de ejemplo a otros países, incluidos algunos que se consideran más avanzados(aunque sólo sea económicamente) como los EE.UU. Así, resumiendo el Informe sobre el desarrollo del Estado del Bienestar en Suecia que para el Instituto Sueco ha redactado Korpi (1990)⁴ los objetivos del *Estado del bienestar* sueco son los siguientes:

- *la abolición de la pobreza*
- *la consecución de una calidad general de vida basada en un desarrollo económico y en políticas de empleo para todos*
- *la reducción de las desigualdades sociales*

Es bueno reflexionar en que para conseguir esos fines han sido necesarias políticas económicas, fiscales, laborales y, propiamente, sociales que si nos referimos, paradigmáticamente, al ejemplo sueco se han venido implantando durante más de una cincuentena de años en base al consenso entre todas las fuerzas sociales, gobierno, empresarios y sindicatos y al reconocimiento del *Estado del bienestar* como una comunidad de derechos y deberes de los ciudadanos, lo que debe pesar antes de quererlo dismantelar por intereses de parte, como pretenden los neoliberales. La abolición de la pobreza fue objetivo principal durante el largo período en el que estuvo al cargo del Ministerio de Asuntos Sociales, Gustav Möller (1924-1951), quien formuló la tesis (1930) de que, dado el poder de producción de Suecia, no podía justificarse que ningún ciudadano sueco padeciera necesidades por pobreza personal. Según Möller la única explicación posible a la continuidad de la pobreza en Suecia sería la falta de voluntad en combatirla.⁵ En virtud de este principio se abolió la *Ley de Pobres* que databa de 1763 y se propagó la convicción general de que las prestaciones sociales debían recibirse como derecho universal y no como caridad. A partir de entonces se iniciaron las políticas sociales y laborales, conveniente-

4 *The development of the Swedish Welfare State in a Comparative Perspective*, The Swedish Institute, Stockholm, 1990.

5 KORPI o.c. (1990) pág. 3.

mente estructuradas, el sistema de seguridad social universal fundado en el principio de *seguridad para todos*, que actualmente se rige por la Ley General de la seguridad Social (*Lag om allmän försäkring*) y la Ley de Servicios Sociales (*Socialtjänstlag, de 1982*). En esta última se explicitan bien los principales objetivos del *Estado del bienestar* sueco: «los servicios sociales públicos se establecen sobre las bases de la democracia y la solidaridad, con vistas a promover la seguridad social y económica, igualdad de condiciones de vida y una activa participación en la vida comunitaria... Los servicios sociales deben basarse en el respeto a la autodeterminación personal y a la privacidad de lo individual».⁶

También, siguiendo con el ejemplo socialdemócrata de ese país, se han desarrollado a lo largo de los años políticas de empleo ejecutadas con el continuo consenso y labor conjunta del *Consejo del Mercado Laboral* (*Arbetsmarknadsstyrelsen, AMS*) creado en 1948, de la Federación Patronal Sueca (SAF) y de la Unión General de Trabajadores de Suecia (LO) que ya habían iniciado una andadura de diálogo fructífero a partir del famoso *Acuerdo de Saltsjöbaden* (1938). Tal consenso entre empresarios, sindicatos y gobiernos y la conciencia de la población en la planificación de la actividad y problemática laboral, como lo demuestra su índice de afiliación a las centrales sindicales (la afiliación llegó a un punto máximo, en 1986, del 86% de todos los empleados), ha hecho que el número de conflictos laborales haya sido escaso durante décadas, lo que contribuyó a dar a Suecia la fortaleza económica que le caracterizó en los años 50 y sesenta.⁷

Hay que destacar, pues, que, frente a las meras exigencias aseguradoras de los ciudadanos de otros Estados desarrollados, la interacción y responsabilidad de cada individuo para con su comunidad es importante en el modelo sueco de *Welfare State* y se resalta por los expertos como principio y valor fundamental. Así, el Informe del grupo de expertos en Finanzas Públicas (ESO) «*A social Insurance*», presentado al Ministerio de Finanzas en Junio de 1994, recomienda como uno de los valores de la sociedad sueca, a salvaguardar ante cualquier reforma de la seguridad social, el principio de la responsabilidad común de los problemas de los ciudadanos (*common responsibility for every individual in society*), que se corresponde con la responsabilidad de los ciudadanos en proveer a sí mismos y a sus familias de medios de vida suficientes y contribuir a mantener las arcas del Estado.⁸ Se exige, aquí, responsabilidad del ciudadano para con su comunidad, para con su Estado. A pesar de ello, la provisión de medios de vida personal y, no digamos, familiar, no siempre es posible sino se está bien inserto en el mundo del trabajo o se tienen otro tipo de rentas lo que muchas veces trasciende a la voluntad personal, asunto que debe ser tenido en cuenta por la crítica neoliberal cuando se empeña en atribuir a la falta de iniciativa personal y responsabilidad individual la mayor parte de situaciones de necesidad que hacen a las personas depender del Estado, identificando, con frecuencia, responsabilidad individual con el éxito en el mercado, lo que no es necesariamente correlativo.

6 *Ibidem*.

7 Cfr. CONSEJERÍA LABORAL Y DE ASUNTOS SOCIALES DE LAS EMBAJADAS DE ESPAÑA EN DINAMARCA, FINLANDIA, NORUEGA Y SUECIA: *Suecia. Los interlocutores sociales y su financiación*, Boletín Sociolaboral, n.º 1 (1995), págs. 5 y ss.

8 MINISTRY OF FINANCE: *Social security in Sweden. How to Reform the System, Report to ESO*, The Expert Group on Public Finance, Stockholm, 1995, pág. 9.

En resumen, profundizando en la esencia del *Estado de bienestar*, debe entenderse que el modelo postbélico heredado en Europa, y en concreto el paradigma socialdemócrata representado por el modelo sueco, significa bastante más que una especie de agencia general de la seguridad social encargada de la gestión de prestaciones sociales programadas para asegurar a los ciudadanos —aunque sea a todos— ante riesgos previsibles (a lo que lo reducen muchas de las críticas neoliberales o cualquiera efectuada desde los exclusivos intereses del mercado). Es, en cambio, un modo de concebir y estructurar el Estado en todo el ámbito sociopolítico y económico, no sólo en el área de la protección social ni en el de las políticas económicas, al que se ha llegado a través de conquistas o pactos entre las fuerzas sociales en base a derechos sociales de los ciudadanos, de la imposición de una lógica de la solidaridad entre todos sus miembros y del rechazo al Estado bélico y fascista del nazismo. Ha de entenderse, en esta lógica, que su desarrollo no es, por definición, un asunto exclusivo de política económica (a no ser que se reduzca toda la vida humana personal y social al ámbito económico) ni que se pueda dejar en manos de la iniciativa privada, guiada por intereses lucrativos de mercado, que no representaría ni se preocupa por los intereses de todos los ciudadanos.

EL NUEVO MODELO NEOLIBERAL: LA VUELTA AL ESTADO MÍNIMO

Ahora bien, algunos fenómenos *económicos* ocurridos en las tres últimas décadas que produjeron gran cantidad de paro, aumento del gasto público para paliar las situaciones de desempleo de los ciudadanos y aumento de la inflación, han originado una particular cruzada de economistas y políticos contra la *viabilidad* de los *Estados del bienestar*, consiguiendo que se empiece a debilitar en algunos la cohesión social que venían mostrando desde su creación. Así, las crisis del petróleo y guerra del Yon Kippur en oriente medio (1973, 1979) encarecieron el precio del crudo y de las materias primas concentrando un gran flujo de riqueza en los países árabes (petrodólares) y causando, más en Europa que en EE.UU., una crisis financiera y de crecimiento provocadora de gran desempleo, aumento de la inflación y descenso de la demanda agregada de productos y consumo. Las Instituciones de Breton Woods (Fondo Monetario Internacional y Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento) nacidas en 1944 para promover la cooperación monetaria internacional, el comercio, la estabilidad de los intercambios, contribuir a un sistema multilateral de pagos y poner recursos a disposición de los países que lo necesiten, se vieron obligadas por las anteriores circunstancias y por el incremento del comercio y operaciones monetarias con países emergentes en el comercio mundial a no obligar a los sistemas de cambio fijo con relación al dólar en la política monetaria y a fomentar la lucha contra la inflación (por la subida del petróleo) más que la lucha contra el paro. Finalmente, los cambios tecnológicos y la globalización actual de la economía, posibilitada por la nueva *sociedad red* que se relaciona a través de redes telemáticas, han cambiado los sistemas de producción, ahora decididamente orientada a la diversificación de la oferta, y han debilitado la posición de los Estados nacionales para dirigir la economía y el control de los flujos financieros. Se ha tocado, por ello, la línea de flotación del Pacto keynesiano, orientado a la estimulación de la demanda, y la base principal del mantenimiento de los *Estados del bienestar*: *el papel e intervención de los Gobiernos en el de-*

sarrollo de la economía. Los Gobiernos, ahora, se ven compelidos a favorecer los intereses de las grandes empresas transnacionales, la expansión empresarial y los beneficios de los inversores privados, mientras éstos se ocupan de invertir no ya en sus propios Estados y para un previsible beneficio de su comunidad nacional, sino, movidos exclusivamente por intereses particulares, colocan su dinero allá donde se retribuya mejor a lo largo y ancho del mundo global.

Todos estos fenómenos a los que hay que añadir algunos defectos observados en el funcionamiento del *Estado del bienestar* a lo largo de los años (aunque con diferencias cuantitativas y cualitativas según países) como la excesiva burocratización de algunos procedimientos y decisiones tomadas por sus Gobiernos y Administraciones, la atención no infrecuente a intereses de colectivos instalados en las cercanías del poder, la desmotivación que ha causado en algunos ciudadanos hacia el trabajo por la facilidad de obtener prestaciones sustitutorias a sus rentas personales, el clientelismo respecto del Estado fomentado en algunas personas y los incrementos presupuestarios no muy justificados para atender algunas demandas, han servido para fundamentar las críticas contra el *Estado del bienestar*. Aprovechando estas circunstancias los padres del *neoliberalismo* (Hayek, Nozick y Friedman), más los representantes de algunas teorías económicas como la denominada de las *expectativas racionales* (Lucas, Sargent y Wallace), la de la *elección pública* que critica la ineficiente utilización del gasto público (Black, Tullock) y, sobre todo, la de la *oferta radical* (Gilder, el ideólogo del gobierno de Reagan, con su libro *Wealth and poverty*, 1981) han impuesto una especie de principio económico universal, «único», de general cumplimiento en todos los países, siguiendo el modelo y directrices de los EE.UU.: *hay que buscar reducir el tamaño del Estado, del gasto público y dejar lo más posible a la iniciativa privada que organice las relaciones de los hombres en un mercado (ideal) libre, sin controles nacionales ni internacionales que no sean a su favor*.

El *neoliberalismo*, «pensamiento único» como lo ha llamado Ramonet, achaca al Estado en general y al Estado del bienestar, en particular, el haber cometido una especie de pecados estructurales que no son de su agrado. En concreto:

- *el aumento del gasto público y de la inflación*, que con la provisión pública de muchos servicios, especialmente sociales, de una parte no favorece el hacerlo a la iniciativa privada y lucrarse con ello, y, de otra, endeuda al Estado con riesgo de que tenga que acudir continuamente a la subida de impuestos para el mantenimiento de sus gastos.
- *el mantenimiento artificial del mercado laboral con rigideces*, léase regulación y control de contratos y despidos, que dificulta a los empresarios en su libertad para la toma de decisiones y en su preparación para la competitividad ante los nuevos retos económicos.

El neoliberalismo compele, así, a los gobiernos a que disminuyan el tamaño del Estado, del gasto público y de su intervención en la economía; a que adopten políticas monetaristas de control de la inflación y de las tasas de interés; a privatizar las empresas públicas; a flexibilizar el mercado laboral; a imponer restricciones a las prestaciones del «Estado del bienestar»...

ALGUNOS EFECTOS SOCIALES, NEGATIVOS, DE ESTAS NUEVAS POLÍTICAS

Pero, a pesar de aciertos innegables en la gestión más eficiente de algunos recursos y en la creación general de riqueza, el primer problema de este *modelo* de crecimiento neoliberal es que se presenta como una doctrina irrefutable, casi como una religión moderna (Jung Mo SUNG, 1999)⁹ que promete un paraíso a sus seguidores (acumulación infinita de riqueza), se basa en una fe (en el mercado y en sus leyes inescrutables), proclama un pecado original-fundamental (no someterse a las leyes del mercado) y exige sacrificios y ascetismo en sus fieles (políticas de restricciones presupuestarias hasta llegar al fin). Por último, condena al infierno a los que no siguen sus instrucciones. Y, de hecho, sufren este infierno en sus carnes (falta de inversión externa y ayuda al desarrollo) los países fuertemente endeudados que no pueden seguir las recetas del Fondo Monetario internacional o del Banco Mundial, guardianes, con harta frecuencia, de ese movimiento neoliberal. Por otra parte, el modelo neoliberal causa fallas importantes en la organización socioeconómica de los países, ya que atiende al *crecimiento* de la riqueza pero no a su más justa distribución entre los ciudadanos por lo que no contribuye al *desarrollo* armónico de los pueblos. Mejora la vida de unos a costa de la de otros, no mejora la de unos y la de otros. Sin pretender, desde luego, ser exhaustivos, destaquemos dos de estas fallas:

- provoca mayores *desigualdades* entre los ciudadanos (aumentan las diferencias entre los sueldos más altos y más bajos; también entre los que pueden vivir de rentas del capital y los que se mantienen justos con las rentas de trabajo; en resumidas cuentas divide a la sociedad entre triunfadores y perdedores) y *excluye socialmente* a los que no logran insertarse en el mercado laboral o lo logran de forma poco digna para su vida personal (con contratos a tiempo parcial, sin desarrollo, o contratos *basura*, por ejemplo).
- por efecto de la crítica al gasto social y a la intervención del Estado en la provisión de servicios efectivos, se reducen parte de los servicios sociales ya implantados así como la cuantía o duración de algunas prestaciones y se privatizan las empresas públicas y algunos servicios sociales y comunitarios que se entregan a la gestión del mercado.

Todo ello, en conjunto, origina una menor cohesión social y política entre los ciudadanos, organizaciones y fuerzas sociales, lo que se ha venido en llamar el «tejido social», que puede advertirse, entre múltiples datos, en fenómenos tan fáciles de observar en la actualidad de nuestro país como el *aumento de la mendicidad callejera y las personas sin techo o en el aumento reconocido de personas solas que recurren al salario social*.¹⁰ Fuera de España, quiero destacar un dato revelador del país europeo que adoptó más enérgicamente el modelo neoliberal con el mandato de la Sra. Thatcher. En el

9 Cfr. *Deseo, mercado y religión*, Sal Terrae, Santander, 1999

10 Ver AGUIRRE, Begoña: El número de personas solas que recurren al salario social se duplica, *El País*, 28-2-2000.

Reino Unido, en 1979, había un 9% de niños británicos viviendo en la pobreza, hoy día Tony Blair ha recibido la herencia de un 33% de niños en esas condiciones.¹¹ Por supuesto, EE.UU., el país paradigma del neoliberalismo, no es un ejemplo de Estado social en el que todos los ciudadanos se vean suficientemente protegidos por el Estado ante contingencias previsibles. En ese país hay 44 millones de americanos que no tienen ninguna cobertura de protección social, como lo reconoce el propio Robert Reich, antiguo Ministro de Trabajo de Clinton.¹² El número de encarcelados que hay en EE.UU. aumenta constantemente, constituyendo, por ejemplo, en 1993 un 1,9% de la fuerza de trabajo total masculina y un 8,8% de la masculina negra.¹³ El presupuesto destinado en EE.UU. para atender al sistema federal de prisiones ascendió en 1996 a 2.465 millones de dólares cuando el sistema de administración de la seguridad social dispuso de un presupuesto, en el mismo año, de 6,148 millones de dólares.¹⁴ Es decir, se gasta el Estado en prisiones un 40% de lo que se gasta en seguridad social...

¿Cuáles son las causas de este déficit social neoliberal? En mi opinión, el individualismo exacerbado que propugna, abstrayendo de la dimensión social de la persona humana. Todo se organiza para el triunfo individual de las personas y el beneficio de accionistas y empresarios en el mercado. ¿Dónde está la comunidad? Como aprecia bien Sánchez Bayle,¹⁵ el neoliberalismo irrumpe en la vida moderna como continuador de un «darwinismo social» en el que sólo triunfan los que están preparados para ello, a nivel internacional, nacional, regional y personal. Podríamos resumir sus características, diciendo con Bayle que:

- *Fomenta el individualismo y abstrae de la dimensión comunitaria de las personas.*
- *Penaliza los defectos individuales y acrecienta la beneficencia a través de ONGs.*
- *Va parejo con un férreo conservadurismo moral sin apertura a la libertad.*
- *Exige el Estado mínimo pero que vigile las condiciones necesarias para la competitividad y la seguridad personal. Un Estado policial vacío de contenidos sociales, pero que entregue lo que da beneficio: la privatización de las empresas públicas en los sectores de banca, transportes, comunicaciones, electricidad...*

Pues bien, ante estos modelos que se imponen conviene estar preparados para defender, política y socialmente, los valores fundamentales de nuestros Estados del bienestar que, como ya hemos visto, son mucho más que meras Agencias de seguros. Europa puede distinguirse por saber organizar su espacio común en torno a valores de convivencia, de protección social, de sentido comunitario de la existencia. No en vano, ante el deterioro observado de nuestros Estados, la ampliación prevista de países de la Unión Europea y las necesidades de los inmigrantes que acuden en masa a nuestros países, An-

11 Ver ALBERT, Michel: *Quel avenir pour le social-libéralisme?*, Societal 23 (1999)14-19, pág.18

12 *Ibidem.*

13 Cfr. FREEMAN, R. B.: *Crime and the Job Market*, National Bureau of Economic Research, Working Paper 4910, Washington D. C., 1994

14 Cfr. HOLMES, Stephen and SUNSTEIN R. Cass: *The Cost of Rigs.Qhy Liberty Depends on Taxes*, WW Norton and Company, New York, London, 1999

15 Cfr.. SÁNCHEZ BAYLE, Marciano: *Hacia el estado del malestar: neoliberalismo y política sanitaria en España*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1998.

tonio Vitorino, Comisario Europeo de Justicia e Interior, asegura que hay que volver por el camino ya andado y rediseñar un espacio político y social europeo: «si hay voluntad política, en cinco años se puede alcanzar un espacio común de libertad, justicia y seguridad en Europa».16

16 Ver *El País*, 26-1-2000.

El desafío ecológico en el momento presente (aportación del cristianismo a la construcción de una apuesta ecológica positiva)

JULIO LOIS FERNÁNDEZ*

El año 2000 que acabamos de estrenar está siendo ya considerado por no pocos como un momento propicio para situarse lúcidamente ante los más decisivos desafíos que se le plantean a la humanidad en el momento presente. Es preciso recordarlos y renovar los compromisos que nos permitan responder a ellos con mayor honradez y fidelidad, al tomar conciencia renovada de su gravedad.

Parece innegable que uno de los más graves e inquietantes desafíos que tiene hoy la humanidad es el que plantea la «cuestión ecológica». No estimo exagerado afirmar que el deterioro ecológico que estamos causando puede poner seriamente en peligro la supervivencia de la humanidad en el siglo XXI, a no ser que se quiebre la lógica propia del «desarrollo» actual, informada obsesivamente por seguir creciendo de forma poco controlada.

Ya en el año 1972 sonó con fuerza la voz de alarma. Un grupo de investigadores de prestigio, por encargo del Club de Roma, llegaba a estas conclusiones:

- «Si las actuales tendencias de creciente en la población mundial, industrialización, contaminación, producción de alimentos y explotación de recursos continúan sin modificaciones, los límites del crecimiento en nuestro planeta se alcanzarán en algún momento dentro de los próximos cien años. El resultado más probable será una declinación súbita e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial.»
- «Es posible alterar estas tendencias de crecimiento y establecer unas condiciones de estabilidad económica y ecológica capaces de ser sostenidas en el futuro. El estado del equilibrio global puede ser diseñado de tal forma que las necesidades materiales básicas de cada persona sobre la tierra sean satisfechas y que cada persona, mujer u hombre, tenga igualdad de oportunidades para realizar su potencial humano individual.»
- «Si la población del mundo decidiera encaminarse en este segundo sentido y no en el primero, cuanto antes inicie esfuerzos para lograrlo, mayores serán sus posibilidades de éxito»¹.

* Instituto Superior de Pastoral. Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid.

¹ El estudio —dirigido por DONELLA H. MEADOWS; DENNIS L. MEADOWS, y JORGEN RANDERS— fue publicado en el título *Los límites del crecimiento* por el «Fondo de Cultura Económica», México. 1.972.

El estudio originó una fuerte polémica. Se alzaron no pocas voces tachando a los autores de alarmistas infundados y hasta de catastrofistas. Pero es significativo saber que los mismos autores, al volver veinte años después a analizar la situación de nuestro mundo, llegaron a estas otras conclusiones, no menos inquietantes:

- «La utilización humana de muchos recursos esenciales y la generación de muchos tipos de contaminantes han sobrepasado ya las tasas que son físicamente sostenibles. Sin reducciones significativas en los flujos de materiales y energía, habrá en las décadas venideras una incontrolada disminución *per cápita* de la producción de alimentos, el uso energético y la producción industrial.»
- «Esta disminución no es inevitable. Para evitarla son necesarios dos cambios. El primero es una revisión global de las políticas y prácticas que perpetúan el crecimiento del consumo material y de la población. El segundo es un incremento rápido y drástico de la eficiencia con la cual se utilizan los materiales y las energías.»
- «Una sociedad sostenible es aún técnica y económicamente posible. Podría ser mucho más deseable que una sociedad que intenta resolver sus problemas por la constante expansión. La transición hacia una sociedad sostenible requiere un cuidadoso equilibrio entre objetivos a largo y corto plazo, y un énfasis mayor en la suficiencia, equidad y calidad de vida, que en la cantidad de la producción. Exige más que la productividad y más que la tecnología; requiere también madurez, compasión y sabiduría»².

He querido reproducir las conclusiones de los dos estudios mencionados, a pesar de su extensión, porque nos sitúan con claridad inequívoca ante la gravedad de la «crisis ecológica mundial» que padecemos. A pesar de las críticas recibidas los autores no incurren en catastrofismo alguno. Ni siquiera pueden ser considerados pesimistas que carecen de esperanza. Como ellos mismos indican, «estas conclusiones (se refieren a las de su último estudio) constituyen una advertencia condicional, no una mera predicción. Ofrecen una elección de vida, no una sentencia de muerte. La elección no es necesariamente tenebrosa»³.

El mundo y la historia hacen frente a un futuro que no está fatalmente predeterminado a terminar en la catástrofe. Está, por el contrario, abierto a nuestra libre elección. Cabe, ciertamente, continuar despeñándose hacia el abismo, manifestando así una profunda insolidaridad hacia nuestros nietos, como diría W. Benjamin. Pero cabe, igualmente, reaccionar modificando, con la profundidad requerida, nuestras lógicas económicas y políticas, informándolas con otros valores más solidarios y caminar así hacia un mundo más justo y más habitable para todos.

Uno recuerda aquí la famosa disyuntiva del Deuteronomio: «Mira: hoy te pongo delante de la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios... vivirás y crecerás; el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra donde vas a entrar... Pero si tu corazón se aparta y no obedeces... yo te anuncio hoy que morirás sin remedio...

2 Cf. D. H. MEADOWS; D. L. MEADOWS, y J. RANDERS: *Más allá de los límites del crecimiento*, Ed. El País-Aguilar, Madrid, 1992, pág. 23.

3 Cf. *Ibíd.*, *op. cit.*, pág. 23.

Hoy cito como testigos contra vosotros al cielo y a la tierra; te pongo delante bendición y maldición. Elige la vida, y viviréis tú y tu descendencia...» (cf. 30, 15-20).

En nuestro caso se trata de elegir el camino que conduce a la vida, es decir, el que puede evitar la catástrofe ecológica.

Parece posible confiar, sin incurrir por ello en falsos optimismos, en que finalmente optaremos por el camino que conduce a la superación de la crisis ecológica en que estamos sumidos. Posible y hasta más fecundo. Y tal vez por eso mismo más razonable. Para ello será necesario realizar, por parte de todos, un ingente esfuerzo capaz de quebrar las tendencias viciadas que pueden conducirnos al abismo y de ir dando forma a una nueva lógica económica y política, informada por una cultura verdaderamente solidaria.

Ni convicción personal es que el cristianismo puede contribuir de forma significativa, aunque sea modesta, a quebrar esas tendencias negativas que conducen a «la muerte y el mal» y a mostrar un camino que lleve a «la vida y el bien», por utilizar el lenguaje del último de los libros del Pentateuco, antes citado.

1. ALGUNOS DATOS SIGNIFICATIVOS QUE MUESTRAN LA GRAVEDAD DEL DETERIORO ECOLÓGICO ACTUAL

No podemos pretender presentar aquí una información completa de los hechos que con razón se consideran síntomas inquietantes del deterioro ecológico de nuestro planeta⁴. Nos limitamos a recordar algunos de los más significativos:

- Parece cierto que se está dando una destrucción progresiva de la capa de ozono. Algunos consideran incluso que la destrucción alcanzada es ya, al menos en alguna medida, irreversible⁵.
- Se observa un aumento en la atmósfera de la concentración de gases especialmente del dióxido de carbono, que producen un inquietante recalentamiento del planeta (el llamado «efecto invernadero» o «efecto estufa»).
- Se puede hablar de una contaminación ambiental global progresiva, que alcanza a los mares y a las aguas dulces.
- Se observa igualmente una reducción progresiva de la superficie terrestre cubierta por bosques, por efecto de las llamadas «lluvias ácidas». Se habla de que el ritmo de deforestación llega a superar el 3 % en algunos países y de que el 50 % de la superficie de los bosques tropicales ha desaparecido en los últimos cincuenta años. Al desaparecer los bosques se produce una creciente desertización del planeta y también modificaciones climáticas preocupantes.
- La contaminación sonora es también creciente.

4 Puede encontrarse una información completa y actualizada de esos hechos en J. MENACHO; *El reto de la tierra. Ecología y justicia en el siglo XXI*, Ed. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1999, págs. 4-21. Seguiremos muy de cerca este estudio en la presentación de datos que hacemos seguidamente.

5 Como se sabe la desaparición del ozono de las altas capas de la atmósfera nos hace perder la protección contra los rayos ultravioleta y esto puede traducirse, por ejemplo, en aumento de los cánceres de piel y de cataratas o en disfunciones del sistema inmunológico del organismo humano.

- Se está produciendo una pérdida sistemática y considerable de la biodiversidad⁶.
- Estamos abocados, de mantener el actual ritmo de producción y consumo, al agotamiento de ciertos recursos naturales. Las actuales reservas de gas natural podrían desaparecer en sólo 35 años, las de petróleo en 70 y las de carbón en 500⁷.

Si a los datos referidos añadimos el elevado índice de crecimiento demográfico que se ha producido en el último siglo o el intenso grado de concentración de población que se sigue dando en las grandes ciudades, con las repercusiones que esto tiene para el deterioro ecológico, fácilmente comprendemos que hay serios motivos para sentirse preocupados. Estamos asistiendo, seguro que con mucha más pasividad que la debida, al uso destructivo, verdaderamente suicida, de nuestro sistema ecológico.

2. EL ANÁLISIS CAUSAL DE LOS DATOS PONE DE MANIFIESTO LA DIMENSIÓN ESTRUCTURAL DEL PROBLEMA Y SU COMPLEJIDAD

La explicación de cualquier hecho exige remontarse a múltiples causas. Todo intento de explicación monocausal cae inevitablemente en la superficialidad y fácilmente induce al engaño. Esta afirmación, que es una obviedad en el estado actual de las ciencias sociales de análisis, es indispensable tenerla en cuenta si se quiere explicar adecuadamente el deterioro ecológico, dada su envergadura y complejidad. Pero así como hemos renunciado a presentar una información detallada de los síntomas también hemos de renunciar a ofrecer una explicación causal completa, dada la brevedad obligada de este trabajo. Nos contentamos con hacer referencia a algunas de las causas que nos parecen más decisivas.

Conviene tener en cuenta que no hay intento alguno de explicación causal puramente neutral. Tiene una influencia decisiva, por ejemplo, el «lugar» desde donde se analizan los hechos. No se llegará a la misma explicación si se analizan desde la horizonte de comprensión que proporciona la solidaridad con los intereses de los países del Primer Mundo o si el análisis se hace desde la solidaridad con los del Tercer Mundo. Nos interesa advertir aquí que queremos situarnos de forma clara en la perspectiva propia de los países del Tercer Mundo o, más concretamente, en la perspectiva que otorga la solidaridad con los intereses de las mayorías empobrecidas de esos países que son, a la postre, las principales víctimas del deterioro ecológico, sin ser, desde luego, sus principales causantes.

Cuando los datos del deterioro ecológico son causalmente analizados desde el «lugar» indicado, surge la convicción de que en tal deterioro están implicadas la lógica económica y política que orientan el «desarrollo» actual y, en último término, la ideología

6 «En toda la tierra desaparecerán irrevocablemente, en las dos próximas décadas del 15 al 20 % de todas las especies animales y vegetales; una pérdida de por lo menos 500.000 especies. La humanidad las tiene sobre su conciencia» (afirmación contenida en el «Manifiesto para la reconciliación con la naturaleza» elaborado por un colectivo de científicos y teólogos europeos y citada por J. L. RUIZ DE LA PEÑA en *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1995, p. 239).

7 Cf. AA VV, *Manifiesto para la supervivencia*, Ed. Alianza, Madrid, 1972, págs. 166-167.

que informa lo que solemos llamar civilización occidental, con todos sus supuestos valores culturales, incluidos los éticos e incluso los religiosos.

Tal vez la explicación última de la crisis ecológica en que estamos inmersos se encuentra «en la inadecuada relación establecida históricamente entre el binomio “economía-política”, por una parte, y los “recursos naturales”, por otra. Así, los sectores sociales minoritarios y privilegiados, bajo el pretexto ideológico de lograr el “bienestar social para la población mundial”, mediante este eje de relaciones terminó por sacralizar la ciencia y la tecnología. Idolatró además las teorías desarrollistas, en detrimento de la naturaleza»⁸.

La ecología ha estado en realidad prácticamente ausente de la economía y de la política. Puede, decirse que la acción política más influyente en la actualidad es, en buena medida, rehén de la lógica económica propia del sistema capitalista neoliberal. Ésta, orientada por la mentalidad científico-técnica dominada por la «razón instrumental», con su lógica de desarrollo o progreso vinculada al crecimiento incesante de la producción y el consumo, no toma suficientemente en serio las limitaciones que exige el desafío ecológico, favorece los intereses de los países «más desarrollados» y conduce al progresivo empobrecimiento de las mayorías de los países del Tercer Mundo.

¿Será exagerado afirmar que la crisis ecológica es, en buena medida, el resultado de esa especie de encantamiento que ha producido en la llamada civilización moderna occidental el «mito del progreso»? Esta civilización técnico-científica, informada por la llamada «razón instrumental», postula el paso del poder al hacer —lo que puede ser hecho debe hacerse—, sin tener demasiado en cuenta los efectos perversos que pueda producir en cualquier campo, incluido el ecológico.

Parece, pues, que la causa profunda del callejón sin salida en el que estamos desde el punto de vista ecológico es ese modelo de desarrollo imperante que deriva de una racionalidad económica de corte neoliberal que apenas permite la utilización racional de los recursos naturales. Es necesario entonces lograr que la economía se subordine a las urgencias ecológicas desde el ámbito de una acción política informada por valores muy distintos a los que postula esa mentalidad científico-técnica regida por una razón meramente instrumental.

Con sólo lo hasta aquí apuntado se percibe con claridad la complejidad de la «cuestión ecológica». «Lo que está en juego —como bien señala A. García Rubio— no es éste o aquel punto concreto de la relación hombre-naturaleza, sino todo el conjunto de relaciones desarrolladas por el mundo moderno occidental. Es la visión fundamental que orienta tales relaciones la que está puesta en cuestión. Elementos culturales, filosóficos, científicos y religiosos están implicados aquí»⁹. Esta visión tan global y totalizante, holística e integral, que abarca no sólo los aspectos relacionados con el medio ambiente y la biología, sino también los cosmológicos, económicos, políticos, filosóficos, éticos y hasta teológicos y espirituales, es la sostenida hoy por muchos. L. Boff, por ejemplo, in-

8 Cf. S. BRAN MOLINA, y R. M. GRACIO DAS NEVES; «Retos eco-teológicos», en AA VV, *Ecología: una respuesta alternativa*, Ed. Lascasiana, Guatemala, 1995, pág. 146.

9 Cf. «¿Dominad la tierra? Aportaciones teológicas al problema ecológico», Ed. *Cristianisme i Justícia*, núm. 54 (septiembre 1993), pág. 3.

siste en que «la ecología implica una actitud básica: pensar siempre holísticamente, ver continuamente la totalidad... La ecología o es holística o no es ecología»¹⁰. G. Bateson no duda en abogar por una «ecología del espíritu», capaz de denunciar y corregir los falsos valores y las falsas ideas desarrolladas por la civilización industrial, ya que el deterioro ecológico actual apunta hacia un mal radicado en lo más profundo del ser humano¹¹.

Se trata, en suma, como indican los autores de «Más allá de los límites del crecimiento» de propugnar una nueva «revolución» —tras la agraria y la industrial—, la «revolución de la sostenibilidad»¹² que, si quiere ser equitativa, ha de realizarse asumiendo prioritariamente los legítimos intereses de las víctimas de la injusticia, que son las que padecen con mayor intensidad las consecuencias del deterioro ecológico.

Aportación de la visión cristiana a una respuesta positiva al desafío ecológico actual.

El desafío ecológico que tenemos que afrontar es, pues, sumamente complejo. Será preciso, para darle una respuesta responsable, que converjan numerosos esfuerzos procedentes de los distintos campos del saber y del actuar.

La tarea de precisar cuál puede ser la aportación propia de la teología cristiana es de especial interés si tenemos en cuenta que dicha teología ha sido acusada de haber contribuido de forma importante al deterioro ecológico que hoy padecemos.

El centro de la acusación radica en la visión tan fuertemente antropocéntrica que se vincula esencialmente a la visión bíblica y cristiana del ser humano como «imagen de Dios», llamado a someter y dominar el mundo. L. White considera que de tal visión se deriva de forma inevitable la «arrogancia cristiana» que ha desencadenado la crisis ecológica. De tal arrogancia brotan además, como vástagos consecuentes, la concepción lineal de la historia, la confianza ilimitada en el progreso creciente y, en su momento, la mentalidad científico-técnica, responsable del uso y abuso del mundo al servicio del ser humano.

Por su parte, el gran teólogo cristiano alemán J. Moltmann, vincula la crisis ecológica más que a la religión judeo-cristiana, en sí misma considerada, a «la imagen que el

10 Cf. *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Ed. Trotta, Madrid, 1996, pág. 60.

11 Cf. *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires, 1981. En reciente artículo periodístico, J. M^a MENDILUCC, actual presidente de «Greenpeace», afirma en la misma dirección: «Pensar globamente y actuar localmente ya no es suficiente. Un nuevo internacionalismo se abre paso entre las nieblas. Pensaremos y actuaremos localmente. Pero también pensaremos y actuaremos globalmente» (cf. *El País*, viernes, 17 de diciembre de 1999).

Esta visión holística o integral vincula la «cuestión ecológica» con la «cuestión de la pobreza y la exclusión injusta». «Defender la naturaleza, luchar por la explotación racional de los recursos, atacar las causas que degradan y contaminan por el espíritu depredador de unos pocos, tiene que estar indefectiblemente unido a la causa de los pobres, que son los que más sufren la degradación ecológica» (cf. V. PÉREZ PRIETO, *Do teu verdor cinguido. Ecoloxismo e cristianismo*, Ed. Espiral Maior, A Coruña, pág. 76; cf. también el núm. 261 (octubre 1995) de la revista *Concillium*, dedicado monográficamente a la relación entre ecología y pobreza).

12 Cf. *Más allá*, op. cit., págs. 260-265.

hombre moderno tiene de Dios». Para él «desde el renacimiento, en Europa Occidental Dios se entendía de manera cada vez más dogmática como el *Todopoderoso*. La omnipotencia se consideraba el atributo de su divinidad por antonomasia. Dios es el Señor, el mundo es su propiedad, y Dios puede hacer con él lo que quiera. Es el sujeto absoluto y el mundo, el objeto pasivo de su dominio. En la tradición occidental, Dios se fue acercando cada vez más a la esfera de lo trascendente y el mundo se entendía como algo meramente immanente y terrenal. Dios se concebía sin mundo y por tanto el mundo se podía imaginar sin Dios. El mundo fue despojado de su misterio de creación divina y pudo «desencantarse» de manera científica, como describió tan acertadamente este proceso Max Weber. Como imagen y semejanza de Dios en la Tierra, el hombre debía entenderse, de manera correspondiente, como soberano, a saber, como sujeto de conocimiento y voluntad, contraponiéndose y sometiendo al mundo como su objeto pasivo. Porque sólo a través de su dominio sobre esta tierra puede corresponder a Dios, el Señor del mundo... No por bondad y la verdad, no por la paciencia y el amor, sino por el poder y dominio se asemeja el hombre a su Dios¹³.

Se podrían resumir, siguiendo a Ruiz de la Peña¹⁴, todas las críticas planteadas por la ecología a la teología cristiana en estas cuatro ideas:

- la idea de un Dios en el que se destaca de forma prominente el atributo de la omnipotencia, entendida como dominio sobre toda la creación;
- la idea del ser humano como «imagen de Dios» de la que deriva un fuerte antropocentrismo con el correspondiente dominio, delegado y apropiado, del hombre y la mujer sobre el resto de la creación;
- la idea de una naturaleza desacralizada, objeto pasivo de dominio, especialmente presente en la mentalidad científico-técnica;
- la idea de una historia entendida linealmente, vinculada a un progreso indefinidamente creciente.

La consecuencia de todo esto es clara: el cristianismo es acusado sin paliativos de haber alimentado las ideas que están en el origen causal de la crisis ecológica en que estamos sumidos.

Sería una imprudencia arrogante no escuchar estas críticas u otras de contenido similar. En primer término, porque, al menos en parte, no están exentas de verdad. Y en segundo lugar, porque es al filo de ellas, respondiéndolas convenientemente, como podemos precisar en qué puede consistir la aportación del cristianismo a la solución de la crisis ecológica.

Mal haríamos con ignorar la parte de culpa que la teología cristiana, y los cristianos por ella informados, han podido tener en el deterioro ecológico hoy existente. Ruiz de la Peña habla al respecto de «elementos contaminantes de la teología cristiana»¹⁵. Se refiere primeramente, coincidiendo con Moltmann, al cambio del pensamiento teológico so-

13 Cf. «Sobre la teología ecológica», en AA VV, *Ecología: una respuesta...* op. cit., págs 102-103.

14 Cf. *Crisis y apología...* op. cit., pág. 249.

15 Cf. *Crisis y apología...* op. cit., págs. 252-256.

bre Dios, que se produjo a partir del renacimiento, que destacó de forma muy unilateral el atributo de la omnipotencia, entendida como poder ilimitado y discrecional. A partir de ahí se deforma la concepción del ser humano que, como «imagen de Dios», se concibe a sí mismo como dotado de una «omnipotencia vicaria» a la hora de relacionarse con el resto de la creación.

De esta forma el Dios cristiano que se nos ha revelado en Jesús —Dios Padre-Madre, informado por el amor y la benevolencia en su relación con la creación— se convierte en el dios del deísmo filosófico. El mundo queda abandonado a su suerte y, desprotegido y desalmado, se convierte en puro objeto manipulable.

Por otra parte, la teología cristiana, a partir sobre todo del siglo XVIII, acosada por la crítica de las ciencias, entregó a estas últimas la naturaleza y se quedó con el ser humano. Se justificó esta operación distributiva recalcando que el Dios bíblico y cristiano es el Dios presente en la historia, espacio en el que se realiza su proyecto de salvación, y sólo muy secundariamente el Dios de la naturaleza. La naturaleza, desacralizada y remitida a la consideración científico-técnica, quedaba convertida en objeto a dominar.

No parece exagerado afirmar que ha sido precisamente el deterioro ecológico el que ha obligado al pensamiento teológico cristiano a reconsiderar todas esas posiciones. Lo cierto es que hoy estamos asistiendo a tal reinterpretación, realizada con la preocupación de encontrar, al corregir los «elementos contaminantes» mencionados, otros «elementos» capaces de contribuir a la superación de dicho deterioro.

La exégesis bíblica y la teología cristiana han desplegado un gran esfuerzo que no podemos aquí más que intentar resumir de forma casi telegráfica.

Desde el punto de vista bíblico se va llegando a estas conclusiones fundamentales:

- la visión bíblica no parece conducir a un antropocentrismo de corte prometeico, como tampoco a un cosmocentrismo panvitalista, sino más bien a un teocentrismo, capaz de fundamentar un verdadero humanismo respetuoso de toda la creación;
- el Dios bíblico no es el dios del deísmo: Dios está presente en el mundo, aunque no se reduce a él;
- la visión dualista que representa la oposición materia-espíritu procede más bien del pensamiento helénico; la Biblia ofrece una visión más unitaria;
- el ser humano no recibió del Dios bíblico la misión de dominar y expoliar la tierra, sino de cuidarla y de transformarla para mejorarla y nunca deteriorarla;
- la creación entera es un reflejo de la bondad y de la belleza de Dios; la Biblia entera es una invitación apremiante a contemplarla de forma agradecida;
- la obra salvífica de Cristo incluye la recreación consumativa de toda creatura; la salvación tiene, pues, una dimensión cósmica y obtendrá su culminación cuando Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15, 28)¹⁶.

16 Para un desarrollo de estas afirmaciones tan brevemente expuestas, cf., por ejemplo, V. PÉREZ PRIETO, *Do teu verdor... op. cit.*, págs. 111-148.

Desde el punto de vista de la reflexión teológica, podríamos resumir con parecida brevedad sus aportaciones fundamentales, que giran en torno a la concepción de Dios, del ser humano y de la naturaleza.

J. Moltmann, entre tantos otros, ha puesto bien de manifiesto como la noción trinitaria de Dios está dotada de fecundidad ecológica. «Lo que necesitamos —afirma— es el redescubrimiento del Dios uno y trino. Sé que eso suena dogmático, ortodoxo y arcaico, pero no por eso deja de ser cierto... El Dios trino y uno no es un soberano del cielo, solitario y no amado, que somete todo como los déspotas terrenales, sino un Dios comunitario, rico en relaciones: "Dios es amor". Padre, Hijo y Espíritu Santo viven juntos para sí y en sí en la suprema y más perfecta comunión del amor que podamos imaginar... Si eso es verdad, entonces no correspondemos a Dios mediante el dominio y el sometimiento, sino a través de la comunión y la reciprocidad que fomenta la vida. No el sujeto humano solitario, sino la verdadera comunidad humana es la imagen de Dios en la tierra. No partes aisladas, sino la comunidad de la creación en su totalidad refleja la sabiduría y la vitalidad de Dios»¹⁷.

Para la teología cristiana el ser humano, en cuanto imagen de Dios, no es en forma alguna el dominador autócrata que dispone del mundo a su antojo, sino más bien el cuidador de la creación para bien de todos. Una cosa es clara: Jesús con su palabra y su vida nos mostró que la única forma legítima de ejercer cualquier grado de autoridad es servir. Desde la perspectiva cristiana el hombre no está urgido a apropiarse de la naturaleza creada, sino más bien a participar comunicativamente de ella y a esforzarse por conducirla a su destino salvífico final.

En cuanto a la naturaleza, la reflexión teológico cristiana tiene que insistir en la lectura de la misma como creación de Dios. Como bien dice Ruiz de la Peña «las ciencias han destilado un *saber* analítico y parcelador acerca de la naturaleza, ordenado al *poder* sobre ella. La fe debería promover un saber sintético e integrador acerca de la creación, ordenado a su comprensión, su custodia y su consumación»¹⁸. En realidad hablar de la naturaleza como creación es hablar de su dimensión sacramental, en tanto que habitada por la presencia amorosa de Dios que se ejerce a través de la mediación de los seres humanos, imágenes creadas por Él mismo.

Tal vez con estas consideraciones, tan apretadamente expuestas, hemos resumido las que pueden considerarse aportaciones más específicas y fundamentales de la fe cristiana a la superación de la crisis ecológica.

Personalmente, y para terminar, añadiría algo que me parece también aportación fundamental de la misma fe en orden a la realización de la justicia y, por lo mismo, significativa para la superación de la crisis ecológica, que sin duda encierra una profunda injusticia, como ya hemos indicado. Me refiero a la aportación que consiste en ofrecer «memoria» y «esperanza».

Fiel al recuerdo del crucificado la fe tiene que aportar a este mundo de forma incansable la *memoria* de la vertiente oscura de la realidad, es decir lo que en nuestro mundo hay de sufrimiento y de desigualdad injusta, de crucifixión, en suma. Es la memoria de esa

17 Cf. *Sobre la teología...*, art.º cit., págs. 104-105.

18 Cf. *Crisis y apología...*, op. cit., pág. 266.

realidad que la lógica de nuestro sistema quiere ignorar y olvidar. En nuestro caso, el cristianismo tiene que recordar a esta humanidad, que parece deslumbrada por un crecimiento cuantitativo indefinido, el deterioro o expolio ecológico que se está produciendo. La fe tiene que ejercer el oficio de un despertador incómodo que advierte del riesgo de precipitarnos al abismo si seguimos siendo insolidarios.

Y esperanza siempre. Esperanza, en nuestro caso, para no caer en resignaciones cargadas de fatalismo y, positivamente, para mantener tenso nuestro compromiso para hacer real lo que es posible y necesario: frenar la depredación ecológica.

Si los cristianos somos capaces de aportar todo lo indicado seguro que prestaremos una contribución significativa a la superación de la crisis ecológica. Modesta, desde luego, que tendrá que converger con muchas otras para ser eficaz. Pero significativa, al fin.

CRÓNICA

Convenio entre la Universidad Pontificia de Salamanca y la Fundación Pablo VI, del cardenal Herrera Oria

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ, director de SOCIEDAD Y UTOPIA

A punto de cumplirse los cincuenta años de la creación en Madrid del *Instituto Social León XIII*, que había iniciado su andadura como *Escuela Social Sacerdotal* en Málaga en los comienzos de 1948 tras la toma de posesión como obispo de la diócesis del Siervo de Dios, cardenal Ángel Herrera Oria, se acaba de firmar, en febrero del 2000 y en presencia del Presidente de la Conferencia Episcopal, el cardenal Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, el *Convenio entre la Universidad Pontificia de Salamanca y la Fundación Pablo VI, del cardenal Herrera Oria*, que explícita y testimonia —dentro del propósito de la Conferencia Episcopal de ampliar progresivamente el proyecto universitario de la U. Pontificia salmantina, tal como recoge su exposición introductoria— (*la coincidencia*) de la *Fundación Pablo VI en las mismas preocupaciones y objetivos de la Conferencia Episcopal Española, en cuanto a presencia en el mundo universitario, tras más de 35 años de colaboración con la Universidad Pontificia de Salamanca en el desarrollo de las Ciencias Sociales*.

La gestación, preparación y maduración del *Convenio* han sido largas; y la motivación que desde el principio aligeraba este interés —casi veinte años antes de que fuese erigido el Instituto como *Sección de Ciencias Sociales* de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia— respondía al mismo deseo y a objetivos idénticos a los que ahora solemnemente rubrican, en presencia, como acaba de indicarse, del cardenal arzobispo de Madrid, el Presidente de la Fundación Pablo VI, monseñor Guix Ferreres, y el Dr. D. Julio Llamazares, Rector Magnífico de la Universidad Pontificia.

* * *

La base primera del *Convenio* lo ratifica así y de forma precisa. Las iniciativas promovidas por la Fundación, dentro de este marco, quedarán académicamente integradas en la Universidad Pontificia dentro del Campus de Madrid; y la orientación y los objetivos específicos de las mismas deberán acomodarse, en general, a los fines propios de la Fundación, a partir de los supuestos que de forma explícita se señalan: *autonomía académica y didáctica*, por tanto, de sus Facultades y demás Centros, conforme a los Estatutos universitarios; *contribución por parte de la Fundación a los gastos generales de la Universidad*; *autonomía económica de la Fundación*, titular de los bienes patrimoniales que se empleen en los servicios universitarios actuales o futuros, y *gestión y administra-*

ción económica de las Facultades, Escuelas y Centros Universitarios; con la responsabilidad de proporcionarles los medios necesarios para la consecución de los correspondientes fines académicos.

Quedan, por consiguiente, obviamente aseguradas la autonomía académica y didáctica, labores y exigencias administrativas en coordinación funcional con la Secretaría General de la UPSA, según los Estatutos Universitarios vigentes, como las acomodaciones que se establecen en el Convenio.

Resultan por todo ello esenciales, a la hora de definir, de comprender y explicar la esencia de este *Convenio* los puntos que componen las *bases* 2 y 9, cuyo texto recoge con exactitud, desde uno y otro prisma, la oportuna y autónoma realización de funciones para el cumplimiento de fines:

BASE 2. 1. La Fundación podrá solicitar la erección en la UPSA de nuevos Centros y la incorporación de nuevas titulaciones. La solicitud de erección irá acompañada de una Memoria explicativa del Proyecto.

2. Por su parte, la UPSA, una vez cumplidos los requisitos estatutarios, se compromete a solicitar de la Santa Sede la erección de las Facultades, Escuelas y Centros necesarios para ello, así como a tramitar ante las autoridades competentes del Estado Español el reconocimiento de plenos efectos civiles para los estudios impartidos en las mismas. La UPSA conserva su derecho a crear ella misma en Madrid y bajo su exclusiva responsabilidad las titulaciones que considere oportunas, buscando siempre la coordinación con las existentes o proyectadas en colaboración con la Fundación de forma que no sean coincidentes con las mismas. En las mismas condiciones la Fundación se reserva el derecho a concertar Convenios con otras Instituciones o crear ella misma otros Centros.

BASE 9. 1. Los Planes de Estudios de las titulaciones promovidas por la Fundación a tenor de este Convenio deberán cumplir los requisitos exigidos por los Estatutos de la UPSA (art. 81) y, en su caso, por la legislación civil para su homologación como títulos de la UPSA con reconocimiento civil a tenor de la legislación acordada. En todos ellos habrá de figurar la Doctrina Social de la Iglesia como disciplina específica y obligatoria. Serán elaborados de acuerdo con los Estatutos de la UPSA y, además, deberán contar con las orientaciones y con la conformidad de la Fundación.

2. El régimen académico de las Facultades y Escuelas y Centros promovidos por la Fundación en todo lo referente a Departamentos, metodología, coordinación didáctica, seminarios, tutorías, evaluaciones, exámenes y calificaciones, se establece en los Estatutos de la Universidad, así como en las cláusulas de este Convenio y en las normas internas de los Centros. El calendario se fijará de acuerdo con el régimen de fiestas local.

La *responsabilidad de gestión* y la *autonomía académica* quedan patentes, suficientemente diferenciadas y explícitas como para que, finalmente, puedan desarrollarse, sin interrogantes ni dilaciones, una actividad complementaria, conjunta, provechosa, amplia, progresiva y eficaz si se pretende, en consonancia además con los supuestos recientemente refrendados en la *Declaración de identidad de la Universidad Pontificia de Salamanca*, aprobada por la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en el pasado mes de abril, *contribuir a la tutela y desarrollo de la dignidad humana desde una concepción cristiana del hombre*; en el entorno de la *Carta Magna de las Universidades Europeas*, citada en la misma Declaración, que define a la Universidad como «una comunidad académica que de modo riguroso y crítico contribuye a la tutela

y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales».

LA HERENCIA HISTÓRICA Y CULTURAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA «LEÓN XIII» Y DE LA FUNDACIÓN PABLO VI, DEL CARDENAL HERRERA ORIA

Conviene, una vez más, y como manifestación de la preocupación permanente del fundador del Instituto, insistir o al menos referirse a esta peculiar necesidad de una adscripción plena a la UPSA. Porque el pensamiento y la actuación del cardenal Ángel Herrera en la gestación y desarrollo de las instituciones que acaban conformando la *Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «León XIII»* tienen una carga, real y utópica, trascendental si se atiende, o se parte, de su propio «programa episcopal», presentado en el momento de acceder a su diócesis el día 12 de octubre de 1947. Había él desembocado desde su Santander natal en la realidad social malagueña, para él desconocida hasta el momento, que provoca en el obispo Herrera un auténtico «shock»: escasez y carestía generalizadas, racionamiento, mercado negro y corrupción, carencia total de industrias como alternativa, el terror en la serranía que se había visto convertida en refugio de los huidos por miedo o por delito en la posguerra, chabolismo urbano y rural, analfabetismo e incultura, insolidaridad social junto a «amiguismos» injustos e intolerantes, etc.

A lo largo del verano de 1947, ya consagrado obispo y antes de tomar posesión de la diócesis de Málaga, tenía decidido continuar y ampliar su proyecto de *Escuela Social Sacerdotal* iniciado en la parroquia santanderina a la que se encontraba adscrito. Comenta, una vez más, con el cardenal de Toledo, Pla i Deniel, y con el obispo de Salamanca, monseñor Barbado, la conveniencia y aún necesidad de crear una *Escuela de Altos Estudios Sociales* integrada en la Universidad Pontificia; y este mismo proyecto vuelve a ponerle en contacto con juristas y economistas de reconocido prestigio, unos ya viejos colaboradores, como J. Larraz o M. Sebastián; y otros, como Gómez Arboleya, Andrés Álvarez, M. de Torres o París Eguílaz, de más reciente encuentro.

No es, por tanto, tan reciente el intento de colaboración y la positiva y real integración en la Universidad Pontificia salmantina, a la que el sacerdote Ángel Herrera venía acudiendo desde los iniciales cuarenta para hablar y enseñar la *Doctrina Social y Política Pontificia*; y a la que devotamente veneraba por su historia y su prestigio académicos y, por encima de todo, porque era la Universidad de la Iglesia, la del Episcopado Español.

El obispo de Málaga se había sentido, una vez más, impelido por el discurso de Pío XII, de 7 de septiembre de 1947, ante más de 100.000 hombres de Acción Católica, reunidos en la Plaza de S. Pedro, a los que había repetido —porque no era la primera vez que lo hacía— con especial énfasis en los momentos cruciales del final de una guerra que tardaba en articular los oportunos Tratados de Paz en plena explosión de la Guerra Fría: «El momento de la reflexión y de los proyectos ha pasado. Ha llegado el momento de la acción».

Y la influencia de este doble argumento, el de la *técnica*, manifiesta, según él, en los primeros análisis socio-económicos tras la guerra civil española, y el de *caridad*, siempre presente, pero ahora aún más gracias al acicate de su condición episcopal y a la autoridad procedente de la recomendación pontificia, logrará su efecto sólo unos meses más tarde, cuando en el primer trimestre de 1948 inicie su andadura en Málaga la *Escuela Social Sacerdotal*, germen del igualmente inmediato *Instituto Social León XIII*.

El traslado a Madrid de la Escuela malagueña y la creación del *Instituto Social León XIII* como proyección nacional e internacional de la misma, se gestan a lo largo de 1949; y se precipitan cuando monseñor Herrera, a la muerte del obispo Yurramendi, recibe del cardenal Primado, E. Pla i Deniel, su valedor y también su consuelo en muchas ocasiones, el nombramiento de «Consiliario de la Acción Católica Nacional de Propagandistas».

La disponibilidad de profesorado con que Madrid cuenta, desde sus facultades de Ciencias Económicas y de Derecho primordialmente, y la colaboración del grupo de Padres jesuitas que actúan junto a P. Azpiazu y en el entorno de las revistas *Razón y Fe* y *Fomento Social*, serán de hecho, junto con la mejor proyección hacia América, también recomendada desde el Vaticano, argumento definitivo para su traslado y ampliación, pensando en primer lugar en la juventud universitaria, en seglares abiertos al compromiso social y en la más fácil relación y apertura a las naciones hispanoamericanas.

Por todo ello, en mayo de 1950 —el «Cincuentenario» está, pues, en escena—, condicionado ya por la urgencia, monseñor Ángel Herrera viaja a Roma, en nombre del cardenal Primado y de la Comisión Episcopal de Doctrina y Orientación Social a la que pertenece, y aligera personalmente los trámites para la transformación de la Escuela y ampliación jurisdiccional del Instituto con vistas a la concesión futura de grados académicos.

El 24 de agosto del mismo año, 1950, y en carta del cardenal Pizzardo al cardenal de Toledo y Presidente de la C. de Metropolitanos, se respondía positivamente a la petición de erigir en Madrid, «un sólido Instituto de estudios y de actividades sociales con carácter nacional», capaz y dispuesto, bajo los auspicios de la Comisión Episcopal, a la «realización de un vasto programa de acción social». Reconocía, además, en la misma carta, el cardenal Pizzardo el interés con que la Santa Sede seguía las múltiples iniciativas culturales y sociales de la Iglesia en España, y hacía especial hincapié en las *Escuelas Sociales Sacerdotales* (Málaga, Vitoria, Valencia...), en la restauración de la sociología (entiéndase Doctrina Social Católica) en algunos seminarios, en la reanudación de las Semanas Sociales y en la fundación, dentro de la Acción Católica, de las H. O. A. C.; para continuar finalmente destacando —tal como el *Convenio* señala en la BASE 9, antes recogida— la fuerza de la *Doctrina Social Católica* como freno «a la propagación de falsas y dañosas teorías en materia social en medios eclesiásticos, patronales, estudiantiles y obreros».

Se va a continuar, por consiguiente, insistiendo de forma eminente en el análisis y desarrollo de los postulados de la Doctrina Social y Política Pontificia, se perfecciona y amplía el análisis y profundización en la teoría y política económicas, mediante cátedras ahora regentadas por prestigiosos profesores de la Facultad de Ciencias Económicas; y se va a partir, en un intento de acercamiento a la Sociología científica, y no sólo a la tradi-

cional Filosofía Social, de una «Historia de las Estructuras Sociales», de la ampliación de los estudios de «Derecho laboral» y de «Derecho fiscal», de «Instituciones del Estado Español», de una «Introducción a las Relaciones Internacionales» y, por último, de una «Introducción a la Política Social», en el preciso instante en que desde las Semanas Sociales, de Pastorales de los obispos diocesanos, de afirmación de la predicación homilética, progresivamente se van diferenciando la justificación jurídica del Régimen y la crítica a la alicorta «acción social» ya fuera privada o pública. El propio obispo Herrera seguía muy de cerca toda la actividad académica, que se complementaba con seminarios específicos. Él mismo impartió en este primer curso, a partir de enero de 1951, el de «Exposición y glosa de documentos pontificios».

Madrid permitía —como se ha dicho— el mejor acceso a medios materiales y humanos; y la posibilidad de enriquecimiento mutuo entre la Universidad y el naciente Instituto fue sugerida y hasta positivamente programada por eminentes profesores de la primera, que colaboran y actúan en el segundo. Los nombres de J. Larraz, C. Ruiz del Castillo, M. de Torres, T. de Carranza, R. Millaruelo, E. Pérez Botija, J. Luna, A. Truyol, E. Gómez Arboleya, M. Sebastián, F. Rodríguez, A. Ullastres, M. Fraga, J. Ruiz Giménez, etc., eran habituales no sólo a nivel académico sino también en las continuas reuniones con el director para la realización de los más diversos balances y proyectos.

La primera *proyección internacional del Instituto* surgía de la preocupación social del obispo sobre América Central y del Sur; preocupación comentada directamente con Pío XII en la visita «ad limina», y refrendada por el propio Pontífice, por la Conferencia de Metropolitanos, por el Jefe del Estado, con el que tiene una larga audiencia en los inicios de 1950 para plantearle el proyecto del Instituto, y por los ministros de Asuntos Exteriores, Educación Nacional y Justicia. Fueron asuntos y comentarios habitualmente referidos en sus conferencias públicas y homilias dominicales.

Con este motivo Ángel Herrera realiza finalmente un viaje a México, y lo completa con una visita a Cuba, en el otoño de 1951, invitado por los arzobispos de México y Yucatán y por el cardenal Arteaga, arzobispo de La Habana, movido en todo momento por la ilusión de colaborar con aquellos países mediante conferencias, entrevistas a los más altos niveles, difusión de la doctrina papal, etc. La visita a México respondía también, y más en este momento de lanzamiento del Instituto, al objetivo de conseguir la aportación económica de la colonia española en aquel país, a la consecución del gran número de becas que hiciera posible el envío del mayor número de sacerdotes y seglares desde Hispanoamérica a Madrid con objeto de prepararse y retornar a sus países respectivos dispuestos a un trabajo social eficaz y apostólico. Hasta se llegó a pensar a lo largo de los años cincuenta en la creación de Institutos Sociales similares, en su federación, lo mismo que en la difusión de una gran *Revista Social*, que habrían de servir de conexión entre la actividad científico-social de todos estos países; y que pudiera colaborar, además, desde esta preocupación por la justicia social, a la más eficaz acción contra o frente al comunismo creciente.

El resultado primero de esta visita por Centroamérica se plasmaba en un proyecto de *Instituto Social Superior*, análogo al «León XIII», dependiente del arzobispado de México, con objetivos, instrumentos y dedicación similares. Se esperaba así que México viniera a ser la primera sucursal del «León XIII» en América, que había de surtir de pro-

feorado idóneo tanto al Instituto mexicano como a los posteriores centros de Colombia, Venezuela, Cuba y algunas otras Repúblicas del Caribe, cuya disposición era favorable, aunque difícil y costosa por la escasez generalizada de clero.

El proyecto pretendió llegar igualmente a Norteamérica. El cardenal Spellman, arzobispo de New York, invitaba en la primavera de 1952 a monseñor Herrera para que visitara los Estados Unidos y estudiara y sugiriera la fórmula más oportuna para difundir en diversas diócesis del país, especialmente predispuestas, el estudio, la divulgación y la aplicación de la *Doctrina Social Católica* por parte de la Jerarquía norteamericana.

En el verano de 1952, y con los mismos objetivos, Ángel Herrera visita Dublín en busca de experiencias y con la oferta de una formación y acción social para los católicos irlandeses. Profesores y alumnos del Instituto viajan a Inglaterra, Francia, Italia y Alemania para ampliación de estudios, perfeccionamiento de idiomas y captación de ensayos y orientaciones nuevas en instituciones similares o paralelas: *Instituto para Rusia*, en Londres; *Economía y Humanismo*, en París; *Gregoriana y Angelicum*, en Roma; más las experiencias de la *reforma agraria* en el Sur de Italia, propuestas de *cogestión empresarial* en la República Federal Alemana, etc.

Mediados los años cincuenta y a lo largo de los sesenta, este impulso del Instituto, su capacidad y disposición para la divulgación de la *Doctrina Social Católica* y la actividad febril de su fundador y director facilitaron la introducción de la misma como asignatura en el Curso Preuniversitario, la presencia de sus primeros diplomados en Secretariados Sociales Diocesanos y en algunas empresas que también estructuraban en estos momentos sus Secretariados Sociales. Y se conecta con mayor intensidad, en Madrid primordialmente, con instituciones oficiales y privadas: Instituto Nacional de la Vivienda, Delegaciones de Sindicatos, Universidades Laborales, Escuelas de Asistentes Sociales, iniciadas en España por la propia Iglesia, Acción Social Patronal, barrios suburbanos de Madrid, movimientos especializados de la Acción Católica.

El Instituto continúa ganando, pues, amplitud e importancia; y en el año 1956 se puede finalmente comunicar a la Santa Sede, tras el oportuno consentimiento de la Conferencia de Metropolitanos, la «buena noticia» de su localización, en terrenos anejos a la Ciudad Universitaria madrileña, en un lugar mismo que hoy acoge a la Facultad, al Instituto Superior de Pastoral y a diversas enseñanzas de la Facultad y de la Escuela de Informática. Como consecuencia de este progreso, un nuevo relanzamiento y auge de las actividades de monseñor Herrera y de sus colaboradores hacen viable la reforma del plan académico y la concreción de las materias estrictamente sociológicas, la ampliación de las Escuelas Sociales de Verano, el desarrollo de las publicaciones propias y un aumento de las salidas de postgraduados a Europa para ampliar estudios.

La erección canónica del Instituto por parte de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, las primeras conversaciones con vistas al reconocimiento civil del mismo desde el ministerio de Educación, el desarrollo de las formas de acción y colaboración en América no estorban, más bien al contrario, la prisa en una construcción que termina haciendo factible la inauguración del nuevo edificio casi al mismo tiempo que se inicia el curso académico 1957-58.

La nueva sede del Instituto fue el inicio de una etapa mucho más compleja, de imposible análisis en este momento por puras razones de espacio. Enseguida monseñor He-

rera va a acometer, con el mismo método y similares resultados la fundación del *Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos*, la refundación de la *Escuela de Periodismo de la Iglesia* (1960), la fundación de la *Escuela de Ciudadanía Cristiana* y la construcción del *Colegio Mayor Pío XII* para su desarrollo y realizaciones, las bases para un *Instituto Social Obrero*, dotándolo igualmente de su correspondiente edificio dedicado a *Pío XI*, y, por último, el *Centro Juan XXIII*, como aglutinante de las actividades múltiples, conjuntas y complementarias de todas las instituciones aludidas.

Sin embargo, de hecho, la preocupación dominante del fundador y director del Instituto a partir de su consolidación universitaria era la de su *integración en la Universidad Pontificia de Salamanca*; la vieja idea que desde los primeros cuarenta trataba de convertir en realidad. Desde 1957 había vuelto Ángel Herrera a insistir en ella, tratando ahora además de prolongar en Madrid la actividad y el futuro de la Universidad Pontificia. No obstante, la aceptación de su propuesta de integración no llega hasta diciembre de 1960; y aun entonces habrá que volver de nuevo a obviar dificultades, sobre todo en Roma, más personales y rutinarias que de contenidos u objetivos.

El impulso final debió venir finalmente del propio monseñor Herrera, que el día 30 de noviembre de 1963, y tras una audiencia personal con Pablo VI, aligera un proceso y rompe unas reticencias cuya fuerza y objetividad resultan hoy casi increíbles. Se evita, sin embargo, desde la propia Congregación, el reconocimiento de una «Facultad de Sociología»; se prefiere hablar de «Ciencias Sociales», y se estatuye finalmente su vinculación e integración como *Sección de Ciencias Sociales* en la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Parecía obrar en Roma cierto recelo hacia la «Sociología»; y ello debió incidir en el retraso del Decreto de la Sagrada Congregación, que no llega hasta el día 15 de agosto de 1964. Para monseñor Herrera lo que había decidido la incorporación a Salamanca, por encima de reticencias, esperas, dudas e interrogantes, había sido la personal intención del Papa Pablo VI de responder positivamente a su proyecto e ilusión.

Sin posibilidad material de continuar analizando el proceso, no cabe sino una some-
ra referencia a la transformación de la Sección en *Facultad de Ciencias Sociales*, en julio de 1971; la inmediata erección, en diciembre del mismo año, de la *Sección de Periodismo*, dentro de la misma Facultad; y a la posterior tarea de conseguir, tal como sucede en 1976, *efectos civiles* a los estudios de la *Facultad de Ciencias Políticas y Sociología* de la Universidad Pontificia de Salamanca. Desaparecía momentáneamente un nombre, *Instituto Social León XIII*, que había sido germen y base de los primeros estudios de Sociología, anteriores incluso a los de la Facultad civil, que entonces valoraba principalmente la vertiente política dentro de una Facultad que se definía en primer lugar como de Ciencias Económicas.

En julio de 1968 moría el cardenal Herrera cuando se dedicaba, también a sugerencia de Pablo VI, a las que fueron preocupaciones directas desde su renuncia a la diócesis en septiembre de 1966: la preparación de los *Estatutos de la Fundación Pablo VI*, la atención más directa y completa a la futura *Previsión del Clero*, y la formación de sendas Comisiones, Económica, Académica, e incluso Urbanística con vistas a dotar, a la Universidad del Episcopado, la *Universidad Pontificia de Salamanca*, de los mejores y más eficaces medios para proponer proyectar los más eficaces objetivos conforme a las esperanzas y planes del Concilio Vaticano II.

LAS EXPECTATIVAS DEL CONVENIO Y EL PROYECTO DE FUTURO CONJUNTO EN EL «CAMPUS DE MADRID»

Quedan así en el *Convenio*, perfectamente imbricadas —conforme a la voluntad del Fundador que siempre quiso, por encima de todo, lo que más conviniera a la Iglesia, directamente presente en su Conferencia Episcopal— los principios, los proyectos y las expectativas que, día a día, será obligado seguir concretando, completando y haciendo realidad sin descanso. Precisamente ahora, y así lo recogen las bases, resultan especialmente vinculantes por su interés, por su proyección y como forma de disponer de la mayor y mejor maleabilidad en los objetivos propuestos las disposiciones recogidas en las *BASES 11* y *10*; y que se refieren, una vez más, tanto a la sintonía esencial entre la Fundación y las Facultades, Escuelas y Centros Universitarios promovidos por ella, como a la obligada presencia de la Universidad Pontificia en cuantos Centros y actividades exijan la erección o el respaldo académico y de cualquier tipo por parte de la misma.

El *Convenio* ya en su preámbulo señala la erección de la Facultad de Sociología, la aprobación de los Estatutos del Instituto, la erección de la Sección de Periodismo, o las más recientes erecciones, en 1985 y 1990 respectivamente, de la Facultad y de la Escuela de Informática. Pendientes quedan, a partir de ahora, y así quedan las puertas no sólo abiertas sino en expectativa, de otras Facultades en el campo de las Ciencias Sociales, que necesariamente han de servir, pese a las reticentes demandas de sus servicios, a la formación y servicios a unas sociedades que están necesitando y van a necesitar todavía más las recomendaciones de la Constitución Apostólica «*Ex Corde Ecclesiae*», que la Conferencia Episcopal Española cifraba en el pasado mes de abril en «contribuir a la tutela y desarrollo de la dignidad humana desde una concepción cristiana del hombre», en la convicción de «la capacidad humana para alcanzar la verdad y para hacer el bien», en «la grandeza de la conciencia y la dignidad de la libertad» y en la promoción de «la solidaridad y la fraternidad humana, que tienen su fundamento en la filiación respecto del único Dios Padre, quien nos constituye responsables de nuestros prójimos, especialmente de los débiles y pobres».

Las Bases 11 y *10* vienen a concretar de forma específica y nítida esta proclamación y este compromiso. La primera, la *BASE 11*, detalla minuciosamente los compromisos de la Fundación al determinar y señalar sus funciones: velar por la realización y cumplimiento de los fines de la Fundación en el desarrollo de las actividades académicas; proveerlas de dotación económica suficiente; dotar a las Facultades, Escuelas y Centros de un Presupuesto anual adecuado; garantizar todas las vicisitudes económicas y laborales que ocurran en los Centros; intervenir en el nombramiento de las Autoridades académicas y Profesores en la forma establecida en este Convenio; proponer nuevas iniciativas, dentro de las finalidades propias de la Universidad.

La BASE 10, entretanto, refiere y especifica uno de los proyectos más sugestivos de cara a las nuevas realidades, demandas y expectativas de una sociedad abierta tanto a las *Nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones*, como a la obligada función de resituar proyectos y propuestas en sintonía con una «fecunda tradición cultural» que lleva por necesidad a «transmitir y actualizar tan valiosa herencia» (Declaración de Identidad de la UPSA). Fundación y Universidad —señala esta BASE— crean un «CEN-

TRO (con carácter de Instituto Universitario o similar) que suceda dándole continuidad al CESIES, aprobado en su día por la UPSA, cuyas actividades permitieron incorporar a la Universidad enseñanzas nuevas de Informática que hasta entonces no se impartían».

En este *CENTRO*, cuya finalidad ha de ser «un mejor y más flexible cumplimiento de los objetivos de la Fundación», deberán desarrollarse actividades complementarias de los ciclos impartidos por Facultades y Escuelas; se conformará como *Centro Superior de Estudios e Investigaciones*, suprauniversitarios, en materias avanzadas, para perfeccionamiento profesional y formación permanente, adelantado de investigaciones y proyectos técnicos, programación de iniciativas, y enseñanzas de postgrado del más amplio espectro.

Vivimos en unas sociedades cuyos *ritmos de cambio* obligan a la permanente y progresiva «puesta al día», ante los nuevos desarrollos tecnológicos, científicos y culturales que precipitan de forma imparable la inexcusable necesidad de recurrir a los mejores instrumentos de captación y aplicación, y la consiguiente apuesta por la renovación de conocimientos y por las aplicaciones de los mismos a actividades sociales crecientes, complejas y enriquecedoras. Entre estos *ritmos de cambio* los que más directamente afectan a la actividad social son todos los relacionados de una u otra manera con las nuevas *Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones*, que, desde nuestra perspectiva, obligan a la *colaboración conjunta* de la Facultad de Sociología y la Facultad y Escuela de Informática. Será sin duda la única forma, y la más idónea y eficaz, de facilitar el estudio de las consecuencias de estos cambios vertiginosos y la oportuna creación y desarrollo de «modelos de prospectiva», desde los que resulte más viable el poder disponer de los datos completos y el poder elaborar respuestas, alternativas, a los *nuevos retos* que depare el futuro inmediato.

Se tratará, por lo tanto, de conjugar en el mismo la *Actividad Docente Superior o Postgraduada*, la *Actividad Investigadora*, tanto en el terreno «teórico» como «aplicado», a partir de la *demanda*, manifiesta o larvada, de aquellos centros e instituciones que buscan profesionales que conozcan y estén familiarizados con las nuevas *Tecnologías*, y los «media» que mejor y más rápidamente sirvan al interés que se persigue. Simultáneamente, y conforme avance la realización de trabajos y la experiencia acumulada, se haría factible el paso a la oportuna *oferta* de resultados, iniciativas, sugerencias, etc. Y serán su mejor complemento *Cursos de formación profesional y «reciclaje»*, para profesionales e investigadores de las Ciencias Sociales, que requieren y demandan la «puesta al día» en los «sistemas de información» hacia el siglo XXI; *Cursos, Conferencias, Seminarios y Congresos; Formatos «hiper-media» para la investigación en Sociología del Conocimiento; un «Foro de Pensamiento» como apoyo de la «Universidad Virtual»*, etc.

Las expectativas están, por suerte, cada vez más abiertas; y la ratificación del *Convenio* viene a asegurar una relación que por necesidad debe ser fructífera. Ya hay constancia de la complementariedad entre los estudios de Sociología e Informática; tanto los Cursos de Licenciatura como los programas de Doctorado hacen viable al alumnado de ambas Facultades la más positiva y enriquecedora realidad, que deberá ir abriéndose a especialidades nuevas conforme nuevas alternativas, a la sombra de este Acuerdo, vaya cobrando fuerza. Se necesitan sugerencias, ideas, atención constante a las demandas sociales en germen y, por encima de todo «ganas de hacer», que, por supuesto, no faltan; pero que deberán ser enriquecidas con las nuevas generaciones a partir de las cuales será

obligado crear tradición y —permítase la expresión— «cantera» o «solera». Hoy por hoy, una Facultad, la de Sociología, con más de treinta años de andadura, se abre a otra más reciente, pero no por ello menos experimentada y magníficamente dispuesta tanto para dar como para recibir. ¡Bienvenidas sean, pues, las ideas, las sugerencias, las expectativas de complementariedad que se avizoran!

Precisamente en estos días, la Fundación, mediante Carta de su Presidente a todos los obispos y superiores religiosos de España —y como forma de conmemorar el Cincuentenario señalado—, oferta a sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares, mujeres y hombres, becas y otros tipos de ayuda a cuantos estén dispuestos a proyectar el futuro conforme «la mundialización, la economía nueva y las tecnologías de la información vienen reclamando».

La pretensión recogida en esta invitación es lo suficientemente enriquecedora como para no dejarla pasar, sobre todo hoy en que las expectativas laborales acordes con la preparación universitaria se hallan necesitadas del oportuno prisma que haga reconocible al mismo tiempo la eficacia del Centro del que parte y su aplicabilidad en la sociedad a que se orienta.

El sello distintivo de la Facultad de Sociología «León XIII» viene desde sus inicios nítidamente definido; y el objetivo ahora de nuevo propuesto por el Presidente de la Fundación, tras la firma del Convenio, vuelve a estar volcado en «la actualización de la D. S. I. y de sus aportaciones al servicio de la dignidad humana en el mundo social nuevo que está emergiendo»:

«Hacer la carrera de Sociología —recoge en su invitación— con titulación oficial completándola con un estudio intenso y profundo de la Doctrina Social de la Iglesia más un conocimiento serio y amplio de las nuevas tecnologías y sus efectos sociales».

Recensiones

ROCCO PEZZIMENTI: *Storia e politica nella riflessione di Jaime Balmes Collana «Il pensiero politico»*, Aracne... editrice, Roma, 1999.

Ningún regalo podría ser más grato a un viejo balmesiano que el libro «Storia e politica nella riflessione di Jaime Balmes», que el profesor Rocco Pezzimenti dedica al dominico Carlos Soria, profesor durante muchos años en Roma y ahora en la Universidad Pontificia de Salamanca. No es un libro de gran extensión (poco menos de las 200 páginas), pero sí de calidad excepcional, de cuya lectura resulta que los principios que el modesto sacerdote español proclamó y procuró aplicar, podríamos decir que en el desierto, hace siglo y medio (murió en 1848), han adquirido plena vigencia hoy.

Seguramente, el mayor acierto de un libro que contiene muchos sea arrancar «desde dentro», es decir, desde los fundamentos filosóficos y religiosos del pensamiento de Balmes, e incluso de su misma personalidad, para exponer después sus principios políticos. Con análoga novedad, llegado a esos principios, empieza por situarlos en nuestro presente, cuando la fórmula liberal es comúnmente aceptada (también por la doctrina católica; véase, por ejemplo, la referencia de Juan Pablo II en la «Centesimus annus» a la democracia política y la economía de mercado), para retroceder después hasta la época de Balmes, con lo cual destaca el auténtico heroísmo de los católicos que, como él, profesaron esos principios en la primera mitad del siglo XIX. Aunque Balmes lo hizo en el país —España— que mayores resistencias podía ofrecer. No puede extrañar que

sus denodados esfuerzos para implantarlos fracasaran.

Lo mismo sucedió cuando nada menos que Pío IX, que tanto respetó el magisterio de Balmes, lo intentó en Roma. No sólo fracasó, sino que dio a su política un giro que es conocido y del que fue expresión el «Syllabus». La muerte, piadosa, ahorró a Balmes el dolor de contemplar ese fracaso, aunque es poco probable (y a pensar así se inclina el autor, creo que con fundamento) que hubiese rectificado su manera de pensar. De haber vivido habría llegado a presenciar la aceptación de sus principios por el gran León XIII, a quien Balmes había conocido cuando el futuro Papa era nuncio en Bruselas; pues fue León XIII el que abrió los brazos de la Iglesia al mundo moderno y empujó a los católicos para que actuasen dentro de él, iniciando la evolución de la Iglesia que culminó en el segundo Concilio Vaticano, del que Balmes puede ser considerado lejano, aunque desconocido, precursor.

Verdad es que ya en su tiempo los católicos norteamericanos habían demostrado que la Iglesia podía y debía prosperar con la libertad, pero estaban demasiado separados por el Atlántico y por un océano aún mayor de prejuicios para que su mensaje fuese recibido en el Viejo Mundo, salvo algún caso excepcional como el de los católicos belgas. Y cuando en nuestra patria el gran político católico que era Cánovas del Castillo realizó lo que realmente era el programa balmesiano de Gobierno, Balmes era sólo un recuerdo.

E incluso aquella experiencia sucumbió, como otras similares, al aluvión totalitario del

siglo xx, que Balmes, una vez más, había anticipado en su condena de lo que llamaba «autoritarismo» y «estatalatría».

Con el fin del totalitarismo la implantación de las modernas sociedades democráticas, pudo parecer asegurado el triunfo de la libertad; pero también aquí impresiona la actualidad de los textos en los que Balmes prevenía contra la disolución de los valores morales y presentaba como factor más propicio al ateísmo que el marxismo, la sociedad opulenta. ¿Se puede aportar prueba más convincente de la actualidad de Balmes y del libro en prueba más convincente de la actualidad de Balmes y del libro en que el profesor Pezzimenti le estudia con rigor y penetración excepcionales? Porque todo aquello que en los escritos de Balmes aparece como futuro, es nuestro presente.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO

JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO y ANTÓN M. MAZOS:
La Iglesia en la España contemporánea. 1, 1800-1936, y 2, 1936-1999, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999; 426 y 372 págs.

Dos historiadores, de peso y de trayectoria claros en la más reciente historiografía del catolicismo español, han preparado esta curiosa, e interesante, obra en la que se da a siglo y medio de vida de la Iglesia en España (1808-1936) la misma extensión que al siguiente largo medio siglo (1936-1999) en el que se comprenden los años de guerra y posguerra, la recreación de la España católica, la reconstrucción del Estado católico y la crisis, renovación y asentamiento, en la Iglesia posconciliar, de «mayor presencia católica» en una sociedad en la que, como indican en su epílogo, entre otros muchos objetivos «quedaba aún por hacer» la oportuna «renovación de la jerarquía», que los autores comentan y asumen a partir del testimonio aún reciente del cardenal arzobispo de Madrid.

El libro, tras una lectura reposada, para este lector más atenta y entretenida en este segundo tomo, es una obra que atrae a la vez que

inquieta. La impresión que da, en primera instancia, es que la síntesis excesiva con que se recogen y relatan los hechos, eventos y procesos que conforman el primer tomo no se compadecen del todo, aunque probablemente sí en la intención, con la descripción más minuciosa y cargada de sentido que dan factura al segundo.

Domina en ambos, sin embargo, un lenguaje similar; se acusa como respaldo una eclesiología claramente similar, aun cuando a lo largo de dos siglos los cambios en la misma han sido más que evidentes; dominan caracteres ensayísticos a la hora de justificar el desarrollo de una revolución, la de los primeros cuarenta años del siglo XIX, en el marco de una sociedad católica que parece no haber encontrado sosiego hasta que el Concordato de 1851 aparece en escena; y contrastan sobremanera, pese al repetido énfasis con que se plantean los fallos jerárquicos como responsables del «drama liberal», la imposible explicación del contraefecto sociológico que aboca a la lucha por la «reecristianización», a la imparable «descristianización» y al permanente dilema entre el «fervor» religioso, la práctica sacramental y la difícil y rala apuesta por la acción social, por la reforma, por una «justicia» apenas desprovista de intentos u objetivos proselitistas.

El segundo tomo, desde la guerra civil a la época más reciente —el libro se cierra en 1999—, resulta mucho más curioso y sugestivo. Reduce en exceso —a un solo capítulo, de veintidós páginas, en la práctica— la explicación de la guerra, «la tragedia» que supuso la «destrucción de la Iglesia católica», y que iba a exigir de inmediato plantear y justificar «la recreación de la España católica», de nuevo la restauración del «Estado católico», y, bajo el no del todo claro título de «las disidencias», una atención digna de una mayor y más compleja referencia a *temas-clave*, como la reorganización de la acción social católica, su complicada definición como «apostolado» o como «sindicato», las anomías universitarias e incluso culturales y la vuelta, repetida, a que en un «catolicismo tecnócrata» hay que diferenciar, por encima de todo, la identidad de una insti-

tución —el Opus Dei, en concreto— que «no era un grupo político», y el compromiso político de algunos de sus miembros. ¿Acaso no podía suceder lo mismo con la Acción Católica de Propagandistas, o, incluso, con determinadas actuaciones, procesos y épocas de los movimientos especializados?

Conviene meditar sobre ello, precisamente porque la segunda parte de este segundo tomo, la centrada en la presentación de la «crisis y renovación de la Iglesia posconciliar», deriva en este sentido por derroteros no siempre exactos —¿acaso justos?— con otros movimientos apostólicos, con variadas y plurales expectativas, y con una explicación, tampoco en esta ocasión plenamente convincente, del distanciamiento entre clero y fieles; sin atender oportunamente a un *proceso de secularización imparable*, que apenas queda atendido y que es diagnosticado con demasiada ligereza y no menor simplicidad. La abundante literatura sociológica, desde los mediados años sesenta, que es cuando la sociología científica comienza a tener vigencia entre nosotros, serviría para comprender mejor y explicar más oportunamente por qué el fiel —el que tiene y manifiesta su fe— deja de serlo o, por lo menos, reduce su explicitación o la abre a otros derroteros; hasta qué punto las resistencias jerárquicas al cambio son responsables del proceso; cómo es que no acabaron antes, e incluso dieron apoyo, real o permisivo, a posturas en exceso reaccionarias; por qué se mantuvieron como preferentes situaciones y estrategias apologeticas y administrativas por encima de las «proféticas»; hasta qué punto la Conferencia Episcopal actuaba tan unitariamente como sus portavoces defendían ante los medios de comunicación; y si era verdad que la Conferencia Episcopal pudo acabar con los «reinos de taifas» —dicho sea con el mayor respeto— de las diócesis y su jurisdicción aún respaldada en el Código de Derecho Canónico a todas luces inaplicable e inservible.

Los dos últimos capítulos los referidos a la «disolución del Estado católico» y, sobre todo, el atento a la nueva presencia eclesial en la España plural de fines del siglo xx son, posiblemente, los más conflictivos de todo el volu-

men. Téngase, no obstante, en cuenta que decir «conflictivos» no supone menoscabo ni desdoro para lo que se escribe. Al contrario; sirven de acicate, de impulso, de necesidad para marchar hacia adelante admitiendo, negando, contradiciendo, recreando de formas igualmente plurales cuanto aquí se plantea y sobre todo, encauza. Posiblemente se puedan mantener más acuerdos a la hora de diagnosticar los problemas, los interrogantes y sus explicaciones. Desde luego, que son muchos y más complejos los posibles cauces, sugerencias, alternativas, etc., frente a la «seguridad» y a la anulación de cualquier duda que la fe, la práctica religiosa, la concepción de la vida puedan plantear y exigir.

Hay, en fin, «verdades» sociales que aquí se olvidan o se anulan. ¿Sólo es real la «presencia católica» de que aquí se habla? ¿Es la única demandada por los obispos? ¿Responden éstos, y su entorno, a lo que la nueva sociedad igualmente demanda?

A este «conflicto» se refiere este lector, que espera de la difusión de esta obra cuya lectura —es bueno repetirlo— no deja indiferente, una mayor y mejor profundización y una disponibilidad de apertura, de aceptación y de aprovechamiento de otras conclusiones, sean o no diagnósticos, de la situación presente. En ella y desde ella se analiza, juzga, reconstruye y explica un pasado lo suficientemente rico y generoso como para que no sea desaprovechado por nadie; incluso por muchos que continúan creyendo, más que concluyendo, que la «variable religiosa» sólo tiene interés como rémora o como desajuste en una visión global e integral de la historia y de la vida.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

M. SUÁREZ CORTINA (ed.): *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, 623 págs.

Reseñar las ponencias de un Congreso como éste, celebrado Santander, en diciembre

de 1999, organizado conjuntamente por la Biblioteca Menéndez Pelayo, la Caja de Ahorros de Cantabria y la Universidad de Cantabria, y además referido a algo tan «multivalente» como lo que se encierra bajo el término «cultura», es menos gratificante de lo que ha supuesto la lectura detenida, reposada de las 21 ponencias que componen tomo, organizadas, para su mejor comprensión y uso, en cinco partes que fluyen, con fuerza desigual en sus contenidos: educación y cultura; cultura y sociedad de masas; ciencia, arte y literatura; filosofía y cultura; y cultura y política.

La mejor y más inmediata síntesis de este jugoso conjunto, según el editor comenta, parte del «dualismo siempre presente»: el atraso del sistema educativo y la mediocridad general en que se mueve la cultura nacional no niegan «logros culturales» en algunos sectores que deberán seguir optando, luchando y decidiendo entre una cultura «castiza» y una opción «cosmopolita» que persiste en su empeño de incorporarse a los logros anglosajones, franceses o alemanes.

La obra se abre con dos ponencias, la primera más descriptiva a la hora de centrar los inconvenientes de una enseñanza que no acaba con el analfabetismo (Germán Rueda), y la otra más académica, atenta al papel de las instituciones académicas en la formación de la cultura liberal hispana (Ignacio Peiró). A este lector —y sin que ello vaya en menoscabo de los demás trabajos—, le resultan peculiarmente logradas y de interés preferente, entre las ponencias referidas a «Cultura y Sociedad de masas», las atentas a la «cultura popular» en el preciso momento del tránsito a una «sociedad de masas» (Jorge Uría), el jugoso análisis, tan sociológico como social, de la «cultura obrera» (Ángeles Barrio), el paso de la «resistencia» a la «movilización» en el «movimiento católico» (Julio de la Cueva), el papel de la «imagen» como creadora de «opinión pública» (Bernardo Riego).

Son igualmente novedosas, en la tercera parte, las que atienden a la «cultura científica» (Alfredo Baratas), la «cultura económica» (Andrés Hoyo) y la que J. Patricio Sáiz ofrece sobre «invención, patentes y tecnología»; en tanto que abundan y adelantan en los crecien-

tes avances de los últimos años los ensayos que dedican al pensamiento filosófico, al protagonismo «menéndezpelayista» y al desarrollo del krausismo y el neotomismo C. Nieto, A. Santoveña y G. Capellán.

La última parte, la titulada «cultura y política», parte de los sugestivos trabajos generales con que María Jesús González, Fidel Gómez, Manuel Suárez Cortina se refieren a la cultura política en general, a la del conservadurismo canovista y la cultura republicana. «Entre la barricada y el parlamento», título que M. Suárez da a su ponencia, es la más lograda forma de designar esta compleja relación, en muchas ocasiones dialéctica, entre individuo y sociedad, entre anticlericalismo y laicismo, entre tradición y modernidad. Después, se aportan ensayos específicos de José Luis de la Granja y Justo Beramendi, referidos respectivamente a las relaciones e incidencias entre «nacionalismo y cultura» en el País Vasco y en Galicia; en tanto que Borja de Riquer aventura en su explicación de las relaciones entre Ortega y Cambó, el «diletantismo» del primero y el inmovilismo político de Cambó a lo largo de los años treinta y treinta y uno.

A pesar de las divergencias que cualquier obra de este tipo plantea, aquí se ha conseguido, posiblemente porque se plantó de forma detenida y lógica, la mejor adecuación entre autor y asunto a tratar. Resulta, con ello, una aproximación a la cultura española de la Restauración más arriba del Duero y el Ebro; aun cuando las referencias, las opciones y los apoyos refieran una trayectoria nacional mucho más unitaria y unificadora de lo que se viene habitualmente manteniendo.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

M. RODRÍGUEZ CARRAJO: *Sociología de los mayores*, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1999, 242 págs.

El profesor Rodríguez Carrajo, que fue estudiante de nuestra Facultad de Sociología, en

la que se doctoró con una excelente tesis sobre la vida y la obra de Vázquez de Mella, catedrático luego de la Facultad de Ciencias de la Educación en la Universidad Pontificia de Salamanca, continúa hoy su docencia como profesor de la «Universidad de la Experiencia», donde imparte —tal como señala en la presentación de la obra la directora de esta Universidad— y, fruto de los «apuntes» elaborados para la atención y servicio de sus estudiantes «mayores», surge este excelente manual cuyo título indica suficientemente, aunque no por completo, sus magníficos contenidos, su amena y jugosa presentación, la ordenación lógica y explicativa de sus contenidos y una práctica ordenación de temas y asuntos del mayor interés para una sociedades que ven cómo su pirámide de edades engorda en altura y sufre endémicas reducciones en su base.

La obra se divide en cuatro partes que sucesivamente van ganado en interés: la situación y los rôles de la población mayor cuya ampliación en el tiempo obliga a la «resocialización»; la descripción de las cuestiones básicas en la comprensión y explicación de los «mayores»; la importancia del ocio y del tiempo libre organizado; y, por último, el estudio de las instituciones y las posibles alternativas a las formas de convivencia hoy dominantes. Son en total —tras la presentación e introducción oportunas— dieciséis capítulos a lo largo de los cuales y desde contenidos prácticamente monográficos, la realidad demográfica en escena, los agentes de socialización y resocialización, consideraciones e torno a la familia, a los ciclos vitales de sus componentes, a las relaciones inter e intrageneracionales, a la sexualidad y afectividad entre mayores, a los problemas en torno a la jubilación, a las posibilidades de aprendizaje y experiencia, a su encuentro con la muerte, a su capacidad de empleo del tiempo libre, a su presencia en el voluntariado social, al papel de las residencias, de la familia y de las múltiples sugerencias en torno a nuevos «modelos» de convivencia.

Si en un entorno familiar cualquier estos problemas y estas realidades son presentes, este libro acaba sobrepasando sus excelencias

como «manual», para convertirse en uno de los más oportunos ensayos que puedan ayudar a conocer, comprender y explicar de la forma más productiva y rentable, el papel y la función de los «mayores» y la necesidad que tienen las sociedades de la mejor y más eficaz valoración de este formidable patrimonio.

Una oportuna y práctica bibliografía de apoyo completa esta obra.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

ROQUE MORENO FONSERET y FRANCISCO SEVILLANO CALERO (eds.): *El franquismo. Visiones y balances*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 1999, 368 págs.

También aquí se recoge las ponencias correspondientes al curso celebrado a lo largo de la primavera de 1999 en la Universidad de Alicante, cuyo Departamento de Humanidades Contemporáneas se viene haciendo de manera progresiva testigo de una presencia que, en esta ocasión, ha tenido a bien gratificarnos con el ofrecimiento y la articulación de diez inestimables focos de atención, de mano de jóvenes, y menos jóvenes, historiadores, todos especialistas y, por encima de ello, capaces de profesar cuanto se recoge en esta excelente presentación.

Se suceden así una interesante introducción de Francisco Sevillano que reflexiona y comenta «el pasado y el fin de las certidumbres» que, tras la caída del comunismo, han relacionado y a veces cooptado «totalitarismo, fascismo y franquismo». Siguen las prometedoras reflexiones que el profesor Glicerio Sánchez plantea sobre la capacidad adaptativa del régimen, la «ficción» plebiscitaria de las consultas populares franquistas (Roque Moreno), la trayectoria de la política exterior (Rosa Pardo), las consideraciones teóricas y el estado de la cuestión en torno a la violencia y represión franquistas planteadas por E. González Calleja, la visión ofertada desde el exilio y la clandestinidad (A. Mateos), y las funciones educa-

tiva y cultural desde los más amplios supuestos, académicos, literarios, propagandísticos, de comunicación (F. Moreno Sáez).

Las dos últimas ponencias —por delante de un práctico epílogo, referido a las posibilidades y factura de programación de la oportuna unidad didáctica (M. García Andreu)— recogen la política agraria del régimen (C. Barciela), y las relaciones entre la transformación económica y la evolución de la sociedad, debida a C. Molinero y P. Ysàs. En apéndice, finalmente, M. Ors Montenegro presenta un «modelo» de estudio y una consideración docente de la represión posbélica en Alicante a partir de los ricos y plurales testimonios orales que analiza.

Tras una lectura, entre entretenida y preocupante de estos trabajos, que incitan en este lector más preguntas y sugerencias que respuestas capaces de convencer, queda un interrogante al que también alude Glicerio Sánchez al final de su ensayo: ¿Es posible una *lealtad política* tan pronunciada y constante a partir del «entramado» que el dictador pudo construirse o, sin duda, le construyeron otros? Sería, en este caso, motivo y, ojalá que también aliento, para un nuevo curso o encuentro del que surgirá sin duda un nuevo libro con visiones y balance tan oportunos y tan ricos como el que aquí se comenta.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

ISIDRO SÁNCHEZ SÁNCHEZ, RAFAEL VILLENA ESPINOSA, GEAS: *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Colección Humanidades. Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, 326 págs.

El equipo GEAS (Grupo de Estudios de Asociacionismo y Sociabilidad), que el profesor Isidro Sánchez coordina desde 1992, nos oferta ahora con las ponencias que compusieron el segundo Encuentro, en el verano de 1998, referido al 98 desde una perspectiva novedosa que utiliza el evento más como clima y ambiente que como asunto directo a tratar.

En su momento dimos cuenta en nuestra re-

vista (SOCIEDAD Y UTOPIA, 12, 1998, págs. 338-339) del primer Encuentro, editado bajo el título *España en sociedad. Las Asociaciones a finales del siglo XIX* (Cuenca, 1997). En esta ocasión, sin salir del marco temporal, han ampliado y profundizado en su compromiso, y nos deleitan con las ponencias de J. L. Guereña, de la Universidad F. Rabelais, en Tours, referida a *La sociabilidad en la España Contemporánea*, de J. G. Cayuela, de la Universidad de Castilla-La Mancha, volcada en el análisis de la *crisis del concepto de España en el 98*, de M.ª D. Ramos, de la Universidad malagueña, que se refiere al papel de la *Mujer, asociacionismo y sociabilidad* en la misma coyuntura, de M. Esteban (Universidad de Salamanca) sobre *Grupos Sociales españoles ante las guerras coloniales*, de J. Canal, de la Universidad de Girona, en torno a la diferenciación entre *Espacio propio y espacio público* en el carlismo finisecular, de I. Sánchez, que reconstruye el desarrollo y papel de las *sociedades eléctricas* —las «Luces del 98»—, de Modesto Arias, profesor del Instituto de E. S. de Puertollano, que plantea un «modelo» de asociacionismo», el de la *Sociedad Benéfica La Esperanza*, de Puertollano, el de A. Caulín, profesor de la UNED, que reproduce e informa sobre la *masonería en el entorno de la independencia filipina*, y, finalmente, el de Rafael Villena que reconstruye el tejido y la tipología del *asociacionismo cubano ante de la independencia*.

Esta joven Universidad ha optado por el trabajo serio, reposado, oportuno, atento al desarrollo interior y abierto a iniciativas y sugerencias exteriores; la mejor forma de hacer Universidad en el sentido y en la manera con que el Rey Sabio, cuya actividad cultural tuvo desarrollo pleno en el mismo espacio toledano en que se asienta la Sección de Humanidades de la misma Universidad. Así se hace historia; y así —podemos deducir tras el corto, pero rico y creciente proceso de sus trabajos— se hacen y se amplían unos saberes humanísticos en favor de la sociedad a la que la Universidad atiende.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

J. B. VILAR y M.^a J. VILAR: *La emigración española a Europa en el siglo XX*, Arco/Libros, S. L., Madrid, 1999, 94 págs.

Dentro de la colección «Cuadernos de Historia», que dirigen para esta editorial los profesores de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, A. Alvar, A. Fernández, M. A. Ladero y J. Mangas, los profesores J. Bta. Vilar y M.^a J. Vilar, de la Universidad de Murcia han preparados dos preciosas síntesis, referidas la primera a la emigración española a Europa a lo largo del siglo XX —la que ahora se comenta— y otra, no menos interesante, sobre la emigración española al Norte de África, a lo largo del siglo XIX, y que viene a ser una contrarréplica muy oportuna en el preciso el momento en que día a día, y de forma trágica con demasiada frecuencia, se viene viviendo la llegada a España de población procedente de las mismas latitudes.

La obra parte de una introducción justificativa en la que ambos autores ofertan la motivación y justificación de su síntesis, las hipótesis de trabajo que aventuran y el marco legal que sirve de base tanto al proceso poblacional que se explica como a las fuentes que sirvieron para su reconstrucción y comprensión. Al final de esta introducción se ofrece al lector una ordenada serie de abreviaturas que facilitan las referencias, apoyos e instituciones que constatan la investigación subyacente.

En dos sendos capítulos, el primero atento a la «atracción» que Europa genera en España y el segundo entrado en los «lugares de acogida», se articulan unos jugosos contenidos que ordenan razones, condicionamientos, etapas y efectos internos de la inmigración, que hacen viables y especialmente comprensivos las siguientes atenciones a la primera emigración a Francia, desde la segunda mitad de siglo XIX, el «boom» migratorio de los años sesenta y primeros setenta, el declive inmediato en sincronía con la crisis de los setenta, las peculiaridades de la emigración a Alemania y Suiza y unas breves referencias a otros países, especialmente a Bélgica, al Reino Unido, a Suecia, Austria o Noruega.

Un apéndice de tablas y gráficos, y una elemental bibliografía completan esta síntesis, abierta, como es natural, a oportunas apuestas, procesos y desarrollos que oportunamente supieron y pudieron poner en movimiento, y con no pequeña eficacia los Servicios Sociales de Cáritas Española, la primera institución en atender al problema a instancia de la *Caritasverband* alemana, y el inmediato Instituto Español de Emigración (1956), que tanto debe a la gran preocupación y mejor «buen hacer» de Javier Martín Artajo que había fraguado y experimentado su necesidad a partir de sus primeros logros al frente del Secretariado Nacional de Caridad de la Acción Católica.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

JUAN ANTONIO LACOMBA ABELLAN: *Blas Infante y el despliegue del andalucismo*, Editorial Sarriá, Málaga, 2000, 91 págs.

No es la primera vez, y no será por supuesto la última, en que comentamos una obra de Juan Antonio Lacomba, una de los más preclaros conocedores de la trayectoria histórica del «andalucismo», más allá de pretensiones políticas recientes, de una u otra forma interesadas en proyectos y objetivos que dejan de hecho en penumbra —cuando no en injusto y fatal olvido— el esfuerzo investigador, el reconocimiento de una labor de muchos años, la preocupación por una historia y una forma de construirla más al servicio de los hombres que de realidades y pretensiones de variados y casi insondables fondos.

Es éste un libro de divulgación; un difícil y, pese a ello, claro, conciso y ameno libro de divulgación, que ha necesitado y lleva como base muchos cientos de páginas, en que se han sucedido informaciones, estados de la cuestión, sugerencias y, por encima de todo, compromiso con la verdad de un «pueblo» maltratado, olvidado, utilizado y, luego, preterido en función de estrategias y coyunturas supuestamente difusas.

Se conjugan en el mismo la biografía de Blas Infante y los espacios o medios que le in-

fluyen, los primeros proyectos andalucistas a partir de 1916, el despliegue del mismo en mitad de la crisis española de 1917, el proceso del «andalucismo nacionalista», la apuesta por el andalucismo «liberalista» durante los años de la Segunda República y el «fin de una esperanza», cuando caía al borde de una cuneta en la madrugada del 11 de agosto de 1936 por defender una «Andalucía más justa y libre».

Esa esperanza, no obstante, es salvada —y a ello se dedica el último capítulo— con la emergencia del «nuevo andalucismo» a partir, en 1973, del «Manifiesto fundacional de la Alianza Socialista de Andalucía», cuya convicción regionalista-autonomista pretendía basarse en la solidaridad, y en el reconocimiento de «la personalidad política de Andalucía», conforme Blas Infante planteara y proyectara.

El libro se lee con fluidez, con atención y con gratitud. Sus ilustraciones, sus resúmenes al final de cada capítulo y su apuesta permanente por basar la acción política en los logros de un bienestar social abierto y para todos vuelven a confirmar tanto las posibilidades de un éxito como el del 28 de febrero de 1981 como los interrogantes que siguen planteándose cuando se olvida o cuando se distorsiona una historia por desgracia, y a pesar de esfuerzos muy nobles, menos conocida que políticamente manejada.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

MIGUEL FERNÁNDEZ PÉREZ: *La profesionalización del docente. Perfeccionamiento. Investigación en el aula. Análisis de la práctica*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1999, 2.ª ed., 243 págs.

Es una nueva llamada a los docentes; y se refiere el autor a la «profesionalización» porque da al concepto su más prístino y gratificante de los sentidos, a la hora de plantear «los ejes dinamizadores» de toda innovación educativa y de la obligada y necesaria renovación pedagógica permanente: el personal desarrollo profesional, la reflexión sobre la

tarea docente y la investigación del proceso educativo que se sigue aplica a partir de las experiencias, resultados, fracasos, aciertos, dudas, etc., que el aula por necesidad genera. El autor lo dice de forma mucho más gráfica, sencilla y sugerente: «querer hacer» y «disfrutar haciendo».

Un catedrático de didáctica, que ha sido «cocinero antes que fraile» en prácticamente todos los niveles y modalidades del sistema educativo, llama la atención de los docentes, de los formadores de docentes, de expertos en investigación e innovación educativas que intentan por todos los medios en evitar rutinas, trivialidades, insatisfacciones y cansancios, etc., y contempla en los cuatro grandes capítulos que componen el libro la descripción y características de la «desprofesionalización»; las formas y cauces para la «institucionalización del perfeccionamiento permanente del profesorado», desde la «decisión estratégica» (atender a lugar, agentes, problemas, sinergias, selección temática...), ordenación de ámbitos y apuesta por la renovación pedagógica; a los «modelos de análisis de la práctica escolar», a las cuestiones que plantea, y soluciona, la investigación en el aula, y a la conexión entre la «profesionalización docente» y la «calidad de la enseñanza», ese caballo de batalla, o ese cómodo-refugio que no avizora como debe la necesidad de sustituir licenciados por profesores, formación permanente por rutina atosigante, «modelos», reales y en continuo proceso, de formación y nuevas formas de valorar y de experimentar las satisfacciones de la efectividad.

En el entorno de esta revista, la recomendación de este lector para sus colegas y amigos es muy sencilla: la lectura de esta obra ayuda a meditar; la práctica y profesionalización docentes superan la tradicional apuesta por una desangelada transmisión de conocimientos que, de no andarse con cuidado, lejos de formar, acabarían deformando; y la noble tarea de enseñar conlleva responsabilidades, esperanzas, incentivos, gratificaciones y proyectos que, por suerte para el que investiga y enseña ayudan a mantener vivencias, a ser útiles y a

contar con instrumentos y medidas mantenedores de esperanza.

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

ROA CASTELL, FRANCISCO JOSÉ (coord.): *Ética del marketing*. Col. «Monografías». Unión Editorial. Madrid, 1999. 423 págs.

Que «la ética también es rentable en economía» es una afirmación que se va abriendo paso, no sin dificultad, hasta llegar a la concesión del premio Nobel a Amartya Sen, empeñado en esta ardua tarea. Los autores José Luis Fernández Fernández, Joan Fontrodona Felip, Javier Gorosquieta Reyes y Francisco J. Roa, que han participado en esta obra, llevan mucho tiempo trabajando en el empeño, desde la cátedra y desde la práctica, en esta afirmación.

La ciencia económica y la ciencia moral han recorrido muchos siglos relacionándose. Cuando cambiaron los espacios geográficos, y con ellos el mercado, los profesores de la Escuela de Salamanca dieron respuesta ética a la nueva situación económica. Posteriormente su doctrina se secularizó y los nuevos profesores, ahora en el mundo anglosajón, terminaron distanciando la economía de la ética y dando paso a un sistema económico en el que se vivía la exasperación de la libertad para la ocupación en tareas de economía. La eficacia imponía su férrea ley con la bendición de una «mano invisible». No fue mejor el camino elegido por la línea marxista de pensamiento y de praxis. Y todavía estamos muy anclados en estas ideologías enfrentadas, aunque basadas en la misma cosmovisión materialista y economicista.

Se va logrando en el último siglo, de manera cada vez más creciente, la recuperación de la conexión entre la economía y la ética, respetando sus respectivas autonomías, y aceptando la mutua fecundación con benéficos resultados sociales.

En esta dirección se han colocado los autores de la obra que reseñamos. Aunque se refiere a un campo muy concreto de la parcela económica y ética, bajando desde el mundo de los

principios generales al de las aplicaciones concretas. Y de ello nos alegramos porque «tal planteamiento —a la vez técnico y ético— tiene difícil plasmación en entornos competitivos, ya sea por desarrollos teóricos insuficientes o por conductas interesadas de los agentes económicos» (pág. 9). Y en la alegría entra la contemplación de la globalización como «uno de los impulsos básicos del creciente despertar de la ética como elemento vital de toda actuación humana» Porque «derruye barreras políticas y culturales, acerca personas y genera una nueva dinámica de colaboración entre los individuos por encima de distancias físicas e intelectuales».

Y «en este contexto, la ética adquiere, necesariamente, un renovado protagonismo», porque suaviza la dureza de la Economía y encierra en sí misma rentabilidad, da resultados positivos y colaboraciones solidarias.

En época de racionalidades, la racionalidad de la ética mira a la persona en su vivir con sentido de felicidad/infelicidad y la racionalidad de la economía mira a la utilización de recursos escasos que se dan en un lugar y que se abren a otras situaciones. Si ésta se fija sólo en la materia y olvida al hombre o si aquella sólo mira al hombre y sus instituciones y se olvida de la racionalidad de lo verificable, el sentido de la vida personal y social se hunde, la racionalidad se malogra. Economía y ética están destinadas a entenderse para que los sistemas y las estructuras sean más abiertos a la sociedad y menos competitivos entre sí.

Esta *Ética del marketing* pretende 1) introducir a la ética y a la economía, de manera especial en empresa y marketing y dar fundamento a la relación entre ambas: «El marketing necesita de una ética propia». Para ello 2) en la «revisión ética de las subfunciones del marketing» se analizan y aclaran los puntos cruciales que el marketing (product, price, place and promotion) plantea a la ética y 3) saliendo también fuera de la consideración empresarial, especialmente en el campo de la educación política y de las causas sociales con el capítulo de la «ética del marketing no empresarial» (político y social). Finalmente, la ética

de la investigación de mercados, abriéndose a la ética en prácticas profesionales constatables en el campo del mercado, tal como se expone en la «moral profesional del investigador comercial».

No cabe duda que en el fondo de cualquier planteamiento que se haga en la disciplina económica o en la ética hay una concepción del ser del hombre. Las consecuencias de ese fundamento son inevitables a la hora de extraer conclusiones o de plantear opciones o de elegir mediaciones. En la *Ética del marketing* que nos ocupa, la antropología de base es el personalismo cristiano, tal como lo ofrece la Doctrina Social de la Iglesia. Y no se oculta ni se disimula. Desde las primeras páginas nos encontramos con las citas y definiciones literales que la guían. De eso también hemos de alegrarnos.

Especialmente cuando nos enteramos que entre nosotros hay que lamentar una ausencia de referentes bibliográficos en este campo de relaciones ética-marketing. Ni siquiera en traducciones de textos del mundo anglosajón ni en títulos de elaboración nacional. Pero nadie se sorprende, en cambio, de la explosión de tratamiento específico, en forma de libros, de artículos, de reflexiones y consideraciones, que se han dedicado a la dimensión exclusivamente técnica y científica del mercado.

Los autores tienen presentes algunos de los destinatarios de la obra. Hacen alusión a los alumnos que estudian Marketing, Ciencias empresariales o de Investigación de mercados. También tienen presentes a los que cursan Master, Doctorado, cursos superiores y asimilados. No descuidan el servicio que pueden prestar a los profesores que imparten esta materia, en sus múltiples vertientes, a través de prácticas, seminarios, trabajos ocasionales, etc. Y aciertan al abrirse a profesionales del comercio, de la economía de la empresa. Justificar teóricamente las determinaciones prácticas que tantas veces toman, o aplicar determinadas normas de conducta en el confuso mundo de la competitividad comercial precisa de apoyos autorizados.

Bienvenida sea la aparición de esta obra si con ella se empieza a ofrecer un contrapeso a la reflexión de visiones que no tienen en

cuenta la dimensión humana del proceso económico.

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

MARDONES, JOSÉ M.^a: *Síntomas de un retorno. «La religión en el pensamiento actual»*. Col. «Presencia Social», 5.^a ed. Sal Terrae. Santander, 1993. 223 págs.

De este prolífico y actualísimo seguidor de la producción intelectual, especialmente en el campo de las ciencias próximas al campo socio-religioso, ya me he ocupado en alguna ocasión. Recuerdo que me llamaron la atención especialmente sus obras *Fe y política*. «El compromiso político de los cristianos en tiempos de desencanto» y antes *Postmodernidad y cristianismo*. «El desafío del fragmento», ambas editadas en Sal Terrae. Santander, 1988, y en 1999, respectivamente. También ésta que ahora reseño.

Otros escritos suyos, dignos de enunciarse, pueden ser: *10 palabras claves sobre movimientos sociales y Postmodernidad y neoconservadurismo*. «Reflexiones sobre la fe y la cultura», editados en Estella (Navarra). O *Análisis de la sociedad y fe cristiana*. Editado en PPC, de Madrid.

Síntomas de un retorno pretende, desde la razón y con la razón, dialogar con los que creen de acuerdo con la ortodoxia y con quienes creen de otra manera, no por ellos infrecuentes en el territorio de la realidad y en el de las ideas. El libro tiene una primera parte (págs. 9-113) para analizar el espacio que los pensadores actuales dedican a la dimensión religiosa. Por ella pasan el italiano del «pensiero debole» Vattimo, nuestro E. Trías, Derrida con su deconstructivismo, el filósofo judío Levinas y el francofortiano Habermas. Cada uno de ellos, y por este orden, ocupan un capítulo de esta obra, en el que se exponen sintética y organizadamente las líneas fundamentales de cada uno de los autores indicados.

El primero lo denomina «el retorno de la religión kenótica en la modernidad tardía». El

segundo: «hay que pensar la religión porque hay que pensar la razón». Dedicada el tercero a «la insoslayable presencia de la religión». Sueña de manera más conocida el de Levinas: «Dios aparece en el rostro del otro.» Y, como final de esta primera parte, el capítulo cinco sobre «Jürgen Habermas y el potencial semántico de la religión».

A través del recorrido que hace por las obras en las que estos autores hacen presente su preocupación por la cuestión religiosa, Mardones logra sacar lo mejor del análisis para cohesionarlo con la teología católica, sin falsear ni ocultar ningunas de las dos laderas por las que anda el fluir del acontecimiento filosófico.

Creo que sus consideraciones son muy atinadas y que logran superar de forma airosa la dificultad. Destaca positivamente lo que encuentra en la trayectoria filosófica de cada uno de ellos, en lo que tiene de posibilidad para alcanzar a establecer una relación con el punto de vista del analista. Un diálogo bueno y sereno en este campo es difícil, pero nuestro autor se manifiesta ducho en la materia. Y las síntesis que nos ofrece permiten que los legos en el tema puedan hacerse con relativa facilidad una idea válida del estado de la cuestión tal como la plantean los autores seleccionados.

Nuestro autor afirma que «quien retoma realmente no es la religión, que nunca se marchó, sino que vuelve el interés de la filosofía por ella» (pág. 9). Y con paciencia digna de elogio hace una lectura de los síntomas que reafirman su convicción y demuestra que «la paciencia de la espera histórica para desvelar el verdadero alcance de los síntomas» no es ineficaz cuando consigue resaltar con tino lo que de otra manera sería ignorancia, displicencia o arrogancia.

La segunda parte de este libro, que al autor titula genéricamente «dos acentos de un retorno» abarca la págs. 115-199. Aquí la reflexión es directa y camina por los temas principales, de manera transversal, deteniéndose en los aspectos comunes que se dan entre los mencionados filósofos y a los que somete de alguna manera a la simetría del pensar filosófico sobre la religión. Con ello pretende Mardones contestar a las pre-

guntas «¿qué clase de racionalidad accede a la religión» (págs. 117-137) y «¿de qué modo hablamos de Dios?» (págs. 138-155). En la primera pregunta se coloca en la postilustración como apertura a otras dimensiones de certeza simultáneas con la dimensión racional. La segunda lo coloca en las puertas de la transcendencia mediante el rostro ajeno. Los dos capítulos siguientes los aprovecha, uno para estudiar «el potencial religioso de la religión» (págs. 156-170) planteando la dimensión ambivalente del símbolo, que es esencial en la experiencia religiosa, como factor de afirmación y de simultánea cortedad en el decir «Dios».

En el siguiente capítulo acepta la aventura de la propuesta que hacen la razón y la fe en el capítulo de «la convergencia cristiana» (págs. 171-188) donde este acercamiento filosófico a la religión es el tema para la reflexión concretamente cristiana, sin negar propiamente otras visiones creyentes.

La metodología que utiliza aquí recurre en esta segunda parte a hacer una recapitulación para desarrollar seis conclusiones, que resumen de manera afirmativa los logros alcanzados en cada uno de los trechos que hay en el desarrollo del capítulo. Eso se repite en el Epílogo (págs. 189-199), aunque ahora sin numerar. Es este epílogo un especie de pirueta al final del libro. Se escribió cuando el texto ya estaba dado a la imprenta, porque apareció entonces la encíclica *Fides et ratio*, de Juan Pablo II. Pese a los recelos que manifiesta, la considera un incentivo que le permite hacer otra vez un rápido itinerario esperando para sintetizar, una vez más, todo lo dicho.

Que Mardones alcance el objetivo propuesto es cuestión diferente. Es difícil no ser reiterativo, o evitar lenguajes y cuestiones inaccesibles para el común de los lectores. Pero es sincero. Y brota de su experiencia la noble recomendación que hace para que se realice «el esfuerzo de morder en el “hueso duro” de estos pensadores» ya que «no saldrán perdiendo» quienes lo intenten. Y a fe mía que lleva razón, puesto que «hacer teología y abrir vías de acceso a la relación personal con Dios» no está vetado a nadie y es también tarea al al-

cance de los humanos que se lo planteen en territorio académico y fuera del mismo.

Quienes de veras quieran saber por donde va la última filosofía, o los que deseen conocer rápida y científicamente qué afirman algunos destacados pensadores de la actualidad, pueden acudir a la lectura de este libro. Si se pretende vivir la esperanza y la primacía del hombre pensante sobre el «homo consumidor» encontrará motivos para afianzarse. Los que estén trabajando en la construcción de espacios de esperanza en el mundo de un pensamiento que hoy es aparentemente débil, encontrarán muchos materiales. Y si se desea dar razón de la propia esperanza, aquí hay elementos con suficiente consistencia para saciar de modo satisfactorio la voluntad e instalarse lejos de las rutinarias y triviales ofertas que con tanta facilidad suelen ser propuestas.

Y, como aviso para navegantes, no me resisto a copiar un «final feliz» con el que Mardones remata la faena de esta obra cuando escribe que «una religión que abandona la preocupación racional es una religión peligrosa, como estamos viendo hoy mismo en el desvarío de múltiples ofertas “espirituales” de cariz fundamentalista o en la nebulosa místico esotérica. Una fe presentable en público, es decir, en el ágora de la sociedad actual, no puede dejar de lado la racionalidad de su fe». Poco después continúa con otra variación sobre el mismo tema: «en la religión cuenta más la “experiencia” que la razón y las teologías. Lo más valioso es la fe. Pero la calidad de la experiencia religiosa tiene que ser vigilada por la razón. Contra la razón no se puede auténticamente creer» (pág. 199).

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

MELÉ CARNÉ, DOMENEC: *Cristianos en la sociedad. «Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia»*. Col. «Biblioteca de Iniciación Teológica», 7. Ed. Rialp. Madrid, 1999. 238 págs.

El autor es un sacerdote que se ocupa habitualmente de la formación ética de profesio-

nales del mundo de la empresa y de los negocios. Está muy acreditada su participación en foros de este ámbito. A él se deben muchas publicaciones que tratan sobre la empresa y la economía de mercado, siempre bajo la luz de la ética y de la moral católica.

En el catálogo de la Editorial EUNSA, de Pamplona, encontrará un título por año durante la década pasada. Ahí recoge los realizados bajo su responsabilidad. Este libro, que ahora aparece, forma parte de una colección que tiene la pretensión de divulgar la temática religiosa entre personas que disfrutan de un nivel cultural medio.

Los contenidos del presente libro, que pueden ser usados por los profesores como manual de ética social para impartir esa materia a los que quieran completar su formación técnica con una dimensión moral. Sobre todo si se considera esta dimensión cada vez más necesaria para vivir personal y socialmente una vida feliz.

Los temas exponen, capítulo tras capítulo, la Doctrina Social de la Iglesia, con la que se abre el texto. Sigue la dignidad de la persona en relación con los derechos humanos, en su dimensión social y con el bien común. Continúa con un capítulo dedicado a los principios fundamentales y prosigue con temas concretos de familia, empresa, política, desarrollo y paz, en el horizonte nacional e internacional. Se cierra con una adecuada bibliografía para quienes se atreven a ampliar los temas.

Considero que es un acierto de este libro las abundantes referencias que hace a pie de página para remitir directamente a los correspondientes documentos del Magisterio de la Iglesia en esta materia. Es una manera directa de hacer presente el magisterio y así se evita el mosaico de citas en el que con tanta facilidad se puede caer en este tipo de materiales. Y también me permite sugerir que, en virtud de la fuerza cada vez mayor que en nuestro mundo va adquiriendo la dimensión cultural, como parte constitutiva de la dimensión social que afecta a la persona, una mayor presencia de tales cuestiones podría completar este buen tratado.

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

SORGE, BARTOLOMEO: *La propuesta social de la Iglesia*. Col. «BAC-popular», 145. BAC. Madrid, 1999. 246 págs.

El título original de este libro difiere algo del que se le ha dado a la edición española. Allí apareció en la primera parte con el enunciado: *Per una civiltà dell'amore*. Eso fue en Italia, en 1996, y ahora lo traduce y publica para lectores de lengua española la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC para nosotros). En el fondo de dicha editorial ya contábamos con otra obra del mismo autor: *La opción política del cristiano* (Col. «BAC-popular», 3. BAC. Madrid, 1976. 212 págs.).

Del P. B. Sorge, conocido otrora como director de *La Civiltà Cattolica*, podemos encontrar todavía ahí sus frecuentes colaboraciones con temas de Doctrina Social de la Iglesia. Partió desde ese puesto hacia la capital de Sicilia; a Palermo como responsable del Instituto «P. Arrupe», que daba forma a una iniciativa de formación socio-política surgida en el «mundo católico» y en la sociedad italiana, que está funcionando desde octubre de 1986. Forma parte del «Centro de Estudios Sociales» de los jesuitas que se hace presente en esa ciudad a partir de 1958.

Dicho Instituto da un ciclo formativo bial, con *numerus clausus*, a treinta personas, seglares y licenciados, de asistencia obligatoria tres días a la semana (de octubre a mayo), para que adquieran una preparación profesional y moral en el compromiso directo y la investigación científica en la realidad social y política, prestándole especial atención a los problemas del Mezzogiorno y de Sicilia.

Entre las materias del Instituto está la Doctrina Social. En un número anterior vimos el *Breve curso de política*, de Ennio Pintacuda, (Sal Terrae. Santander, 1994. 247 págs.), que utilizan como texto en el Centro. Algunos esloganes, como: «preparar a los hombres de la síntesis» (entre coherencia moral y profesionalidad) «formar formadores» o «efecto multiplicador» (si formo cien, he formado mil), «dar un alma a la política» (una visión del hombre y un proyecto de sociedad de inspiración cristiana), que pasaron desde el aula a la calle.

La característica de «transversalidad» entre docentes y alumnos permite que se desarrolle un método docente dialógico entre la inspiración cristiana y otras corrientes políticas, dando continuidad a las líneas pastorales de la Iglesia italiana y de la Iglesia de Sicilia.

El presente libro lo divide el autor en tres partes: la primera está dedicada al discurso social de la Iglesia. Escribe aquí sobre un tema un tanto peculiar de su tratamiento a la DSI, entreteniéndose en la trasnochada cuestión de existencia, inexistencia o componenda en lo que a este «corpus» doctrinal atañe. Y hace también la exposición lineal y progresiva de los materiales que integran este corpus. El capítulo quinto, en esta primera parte, que titula «La profecía» (1978-1996) nos puede servir de pauta de todo lo que antecede: «el evangelio de la vida», «el evangelio del trabajo», «el evangelio de la caridad» y «el “discurso” ecuménico».

Como consecuencia de la posición anteriormente presentada, Sorge pasa a ofrecer en la Segunda Parte «la propuesta social de la Iglesia», donde, a modo de principios que rigen en esta materia, se admiten las cuestiones que versan sobre la fundamentación teórica, con ramificaciones hacia la persona y sus exigencias sociales, que alcanzan el campo de la economía y de la política.

En la Tercera Parte se estudia «la presencia social de la Iglesia» a través de la anterior propuesta. Aquí se explicita la cuestión política en coherencia con los valores defendidos por la Iglesia a través de sus documentos. Es interesante notar que el tratamiento de la cultura aquí es el que cierra esta parte y este libro.

La agilidad del texto, las atinadas y descostumbradas consideraciones que contiene, la vitalidad de la materia que expone, que brota de una relación directa con la realidad social, un autor experimentado en la teoría y en la praxis, y muchos más valores, son motivos más que suficientes para recomendar que lean esta obra quienes quieran aclararse en cuestiones de ética para la sociedad, quienes se nieguen a caer en la rutina docente o en la rigidez de los principios. El que viva profesionalmen-

te cualquiera de las múltiples situaciones que la vida ofrece en el aspecto socio-político, socio-económico o socio-cultural, encontrará en esta lectura motivos para creer, para actuar y para comunicar.

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

COLOMBO, ALESSANDRO (A cura): *Primo catalogo dei documenti sociali dei vescovi italiani (1991-1997)*. Università Cattolica del Sacro Cuore. Centro di ricerche per lo studio della dottrina sociale della Chiesa. Milano. Quaderno n. 7. Novembre, 1999. 279 págs.

Si reseño este libro se debe, más que al libro en sí, a la posibilidad de mostrarlo como parte de un amplio proyecto que está desarrollando el «Centro di ricerche per lo studio della dottrina sociale della Chiesa», de la Università Cattolica del Sacro Cuore, de Milán, uno de cuyos fines es el estudio de la Doctrina Social de la Iglesia. Es un proyecto que se sitúa en continuidad con la tradición de esta Universidad Católica que, desde su nacimiento, ha llamado constantemente la atención sobre cuestiones económico-sociales y su relación con el magisterio social de la Iglesia.

El proyecto se inició con las *Fonti documentarie del magistero sociale della Chiesa (1891-1991)*. Siguiéron con el *Primo elenco di manuali di dottrina sociale della Chiesa (1891-1991)* y otro, *Primo elenco di repertori bibliografici editi dal 1980 al 1995*. Después han publicado otros libros sobre el Magisterio de la Conferencia Episcopal Italiana y las Actas del Encuentro que celebró esta institución en colaboración con la Universidad Lateranense y promovido por el Pontificio Consejo «Justicia y Paz» en 1997.

De todo esto habló el responsable de esta publicación a los asistentes al Seminario de septiembre de 1998 sobre la Formación en la DSI, organizado por la CEPS y por la Fundación «Pablo VI», tal como está publicado el curso en la revista CORINTIOS XIII, 87 (julio-septiembre de 1998), 608 páginas.

Participan institucionalmente en la difusión del conocimiento de la DSI y en la formación de estudiosos y de docentes, con investigaciones directas o en colaboración con instituciones nacionales e internacionales, facilitando encuentros entre expertos, publicando y divulgando los resultados de la investigación y recogiendo documentación sobre la materia. Más datos sobre ese Centro pueden verse publicados en CORINTIOS XIII 87 (julio-septiembre de 1998), 383-396.

La edición de estos listados confirman una realidad que llevó a Pablo VI a afirmar, después del Vaticano II, que «incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la historia (...) a estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considera de urgente necesidad en cada caso» (*Octogesima Adveniens*, siguiendo a *Gaudium et Spes*, 10).

Se confirma también que «no hay peor sor-do que el que no quiere oír», cuando se oyen con frecuencia demandas de doctrina de la Iglesia sobre determinadas situaciones, que documentalmente se pueda demostrar que existen, pero que realmente se desconocen. O su contrario, el rechazo de manifestaciones de carácter doctrinal con contenido social en ocasiones concretas, porque afectan a los responsables de la política, que llegan a considerarse monopolizadores del pensamiento y de la praxis social.

Bueno sería que entre nosotros surgieran también instituciones y centros que lograran poner al alcance del público los textos que el magisterio episcopal español ha elaborado a través de los últimos cien años. No se trataría sólo de elaborar textos de la historia, ni de analizar a

posteriori la eficacia y acierto de algunos documentos concretos, sino de materializar formalmente los títulos, fechas, autores y contenidos que a través de la historia de España, del pasado siglo al menos, ha ofrecido la Iglesia a la sociedad española. Desde ahí se podría disponer de otro horizonte más para analizar mejor las vicisitudes de la sociedad y de la Iglesia.

No en vano la Congregación para la Educación Católica al publicar las *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia* afirma que el sujeto de la DSI «es toda la comunidad cristiana, en unión y bajo la guía de sus legítimos pastores, en la que también los laicos, con su experiencia cristiana, son activos colaboradores» (n. 4).

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

TOSO, MARIO: *Verso quale società? «La dottrina sociale della Chiesa per una nuova progettualità»*. Col. «Biblioteca di Scienze Religiose», 157. Ed. LAS. Roma, 2000. 491 págs.

Quien escribe esta obra es conocido entre nosotros. Concretamente en esta sección de SOCIEDAD Y UTOPIA han aparecido recensiones de algunas de sus obras. Recuerdo, por su oportunidad y gran valor, la recensión de *Famiglia, Lavoro e Società nell'insegnamento sociale della Chiesa*. LAS-Roma, 1994. 157 págs. El autor se dedica a la enseñanza de Filosofía en la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Es también docente de Doctrina Social de la Iglesia en la Pontificia Universidad Lateranense, también de Roma. Y, además, es consultor del Pontificio Consejo «Justicia y Paz». Los días 17-19 de septiembre de 1998 tuvo aquí una ponencia sobre «la formación y la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia», que sirvió para centrar múltiples intervenciones posteriores. Presentó, además, una comunicación específica sobre «La DSI en la formación del clero».

En otro curso anterior sobre «Crisis económica y Estado de bienestar» nos anticipó,

con dos ponencias, los contenidos de una gran obra suya, igualmente reseñada en esta revista. Me refiero a *Welfare Society*. «L'apporto dei pontefici da Leone XIII a Giovanni Paolo II», Ed. Libreria Ateneo Salesiano (LAS). Roma, 1995. 533 págs., que fue reseñada por el que suscribe.

Como trabajador infatigable en el campo de la DSI, publica extensos, abundantes, profundos y frecuentes artículos en diversas revistas. Es subdirector de la revista *La Società*, especializada en temas relacionados con la DSI. Algunas recopilaciones de esos artículos los ha publicado en el libro *Dottrina sociale oggi*. «Evangelizzazione, catechesi e pastorale nel più recente Magisterio sociale della Chiesa». Ed. SEI. Torino, 1996. 259 páginas. Esta obra se ha traducido al español como *Doctrina Social hoy*. «Evangelización, catequesis y pastoral en el más reciente Magisterio social de la Iglesia». Ed. Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (IMDOSOC), 1998. 382 páginas. Contiene abundante bibliografía.

Cosa parecida vuelve a hacer nuestro autor en la presente obra de referencia y reseña. Mario Toso logra decirnos el origen del libro *Verso quale società?*, cuando cita, en la pág. 461, trece lugares de publicación parcial de esta obra. Afortunadamente cinco de ellos se refieren directamente a las intervenciones que ha tenido ante nosotros, y que constan en CORINTIOS XIII. Las restantes están publicadas en italiano. Pero el mismo autor se encarga de decirnos que «todos los capítulos han sido revisados e incluso reelaborados profundamente» (pág. 8). Al comparar lo que aquí ofrece con las fuentes de referencia, dicha afirmación se confirma en todos sus extremos.

La estructura de la obra tiene dos partes. La Primera Parte, la dedica a la «DSI en su contexto», que desarrolla a través de seis capítulos. Ocupa 117 páginas, que están dedicadas a la Doctrina Social de la Iglesia en su naturaleza, en su autoría y en su vertiente de aplicabilidad. El profundo conocimiento teórico que tiene sobre el tema lo ofrece ahora sin afán de apabullar al lector. Pero la gran capacidad de Toso la encuentro en la forma que tiene de co-

nectar los contenidos teóricos con las demandas reales de los distintos tiempos y ambientes. Creo que en ello deben fijarse los lectores para eliminar la sensación de distanciamiento entre la dimensión teórica y la dimensión práctica. La ocasional o habitual postura de distanciamiento e imposibilidad de encuentro de lo teórico con lo práctico, puede volatilizarse al leer con atención esta parte del libro.

Al leer el capítulo primero, «DS y misión de la Iglesia», puede verse un gran resumen en el que pedagógicamente se dispone de material para una presentación rigurosa y para una oferta panorámica que invita a conocer la materia. Pero a mí me parece especialmente útil, porque nos puede ayudar a superar la dificultad que existe para conectar la dimensión de la DSI que concretamente trata. No debe dejarse sin hacer una referencia especial al capítulo IV sobre «La comunidad eclesial, sujeto que educa mediante la Doctrina Social de la Iglesia» (págs. 93-108).

La Segunda Parte del libro ocupa un espacio mucho más amplio que la Primera Parte. Y es más variada en los puntos que toca. Toso pretende llevarnos por unos «recorridos de la DS». Así la titula. Y lo ocupan 430 páginas de texto, que dan idea de la amplitud que es esa parte. En ella nos encontramos con un material que, aunque aparentemente disperso e inconexo, encuentra su unidad por las aplicaciones que le vienen de la parte primera, para las diversas situaciones, desde las que se le pide a la DSI que dé una respuesta. Si acudimos a los títulos de los capítulos podemos encontrar la «construcción de una nueva sociedad» (cap. I), los «derechos del hombre y de los pueblos», con la cuestión del fundamento (cap. II). La aplicación de la cuestión al «derecho a la vida» (cap. III). Abre otra línea de temas y de consideraciones al tratar «la familia, el trabajo y la sociedad» (cap. IV), «el futuro de la sociedad contemporánea» (cap. VI), o el más vidrioso, tal como se vislumbra el horizonte entre nosotros, de la cuestión «ética y finanzas» (cap. VII).

En otro orden, más específico, enumera otra dimensión, la de los más recientes problemas sociales en «el camino hacia Europa», con

las cuestiones del paro, de la reforma del estado social, de la federación solidaria y la necesidad de un nuevo consenso social. Todo esto en el cap. VIII. La cuestión agraria, que parece menos importante, y hasta inexplicablemente menos considerada, el tercer sector, y la aparentemente inacabable cuestión ambiental, son los tres últimos temas que en sí mismos ya merecen una atención especial.

La ayuda que puede prestarle al estudioso la bibliografía que aporta la obra, que no sólo es abundante en las notas a pie de página, sino la que nos presenta formalizada alfabéticamente, y que ocupa las páginas 462-482, pueden servir de gran ayuda para aquel que desee conocer con mayor amplitud cualquiera de los temas tratados en esta obra, y para quien desee asomarse al horizonte cada vez más amplio de los problemas que le interesan a la DSI en los tiempos recientes.

Debemos a felicitarlos por la aparición de trabajos como éste. Y debemos de urgir a las casas dedicadas a la publicación para que se fijen en la necesidad que tenemos en la Iglesia y en la sociedad de disponer con relativa abundancia y facilidad de materiales con esta calidad.

Asimismo, la lectura y la posibilidad de fijarnos en modelos de tratamiento es algo que se necesita cada vez más. Serán los profesores que expongan o los alumnos que aprendan sobre cuestiones, sistemáticas o no, de filosofía, de sociología, de teología dogmática, moral o práctica, los que acudirán a esta obra, que debe estar en cualquier biblioteca a la que tengan acceso los profesores y lectores que se interesan por la ética y por la moral social.

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

MANTOVANI, Mauro; THURUTHIYL, SCARIA (A cura di): *Quale globalizzazione? «L'«uomo planetario» alle soglie della mondialità»*. Col. «Ieri oggi domani», 32. Ed. LAS. Roma, 2000. 253 págs.

Este no tan pequeño volumen recoge básicamente los trabajos que los autores han ex-

puesto en el Instituto de Ciencias Religiosas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, que convocó un Encuentro Internacional bajo el título «A las puertas de la mundialización, ¿qué tipo de hombre para el tiempo de la globalización?», durante el pasado mes de octubre.

Bajo la responsabilidad del profesor Scaria Thuruthiyil y con la participación de diversas organizaciones ocupadas en temas de desarrollo nacional e internacional, profesores universitarios, estudiantes, empresarios y expertos en medios de comunicación social, y también personas de otros ámbitos, se han encontrado para tomar parte en las distintas secciones que han formado parte de dicho Encuentro.

El tema, que se ha examinado y discutido, ha contado con la aportación de diversos expertos, que desde una pluralidad de horizontes han abordado, desde diversos puntos de vista, la nada fácil cuestión de la globalización y las relaciones y reacciones que conlleva: económicas, científicas, tecnológicas, culturales y educativas. También se han analizado los fundamentos epistemológicos y antropológicos con la pretensión de dar algunas respuestas de carácter existencial que este proyecto demanda.

La simple enumeración de los temas sirve para mostrarnos y confirmar lo que hasta ahora he dicho.

1. Mauro Mantovani, el otro responsable de la publicación, abre el libro con el tema «¿Qué tipo de hombre para el tiempo de la globalización?». Ofrece una amplia introducción general al tema para situarlo de manera sintética en su contexto y para que se puedan aprovechar al máximo las aportaciones que los ponentes han ofrecido al auditorio. Destaca de manera especial la atención que presta a las cuestiones antropológicas fundamentales.

2. Ferruccio Marzano, es profesor de Economía del Desarrollo en la Universidad «La Sapienza» de Roma. Con su tema «La globalización de la economía. Problemas y horizontes», se enfrenta abiertamente con la cuestión de la globalización en el terreno de la economía y en el más duro aún de las finanzas.

3. El Dr. Vito Basile, responsable de la sección de Relaciones Institucionales y Económicas de la Mercedes-Benz en Italia, habla sobre «Sociedades multinacionales y globalización». Me permito destacar la tarea de «gestionar la globalización» que este responsable de la multinacional ofrece.

4. El Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, del que hablamos en otra parte de esta sección, ofrece sus conocimientos de filosofía social y política y de DSI en la aportación sobre «Ética y finanzas».

5. Gaspare Mura, que enseña Historia de la Filosofía y Filosofía de la Religión en la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma y Hermenéutica en la Lateranense, diserta sobre el «Proceso de mundialización y el pluralismo cultural». Su preocupación va por el camino de la prioridad cultural y la tarea de las religiones.

6. Prosigue el análisis que se viene haciendo, pero ahora aplicado al terreno de la ciencia y al de la tecnología. Se ocupa de ello un Ingeniero, D. Sergio Rondinara, que trabaja como redactor de temas científicos y epistemológicos en la revista «Nuova Umanità». Se preocupa por mostrar las implicaciones científicas y tecnológicas que acarrea la globalización con una intervención que titula «Ciencia y tecnología en la época de la globalización. Problemas y horizontes».

7. Encontramos a continuación una comunicación, tomada en otra ocasión, del profesor Gianfranco Basti, que enseña en las Pontificias Lateranense y Gregoriana, además de ser miembro de la International Research Area of Foundations of the Sciences. Bajo el título de «In principio... Tiempo y creación». Manifestar la importancia capital de la epistemología de las ciencias, en una dimensión multidisciplinar, delinear los fundamentos teóricos previos, le sirve para aplicarlos a las relaciones del tiempo con la creación.

8. La profesora doña María Luisa de Natale, profesora de Pedagogía General en la Universidad Católica del Sacro Cuore, de Milán, habla sobre el tema «Educar para la mundialidad», teniendo delante la construcción de una nueva persona social.

9. El texto «Voluntariado internacional. Experiencias y horizontes», que ofreció en su intervención el Presidente de la Asociación «Voluntariado Internacional Para el Desarrollo (VIS)» mira la situación actual de Italia. Considera al voluntariado internacional como una realidad que crece cada día e indica la sensibilidad planetaria y las hermosas experiencias que tiene el «tercer sector».

10. El libro acaba con el texto del Profesor Sabino Palumbieri, que enseña Antropología en la Pontificia Salesiana. Su ponencia sobre el «"Homo planetarius": hombre nuevo para tiempos nuevos», es básica en esta obra, porque, además de dar una síntesis valiosa de muchas cuestiones que han ido apareciendo a medida que se desarrolla en encuentro, se atreve a proponer un humanismo de nueva factura, capaz de aguantar la teoría y las derivaciones del «tiempo de la globalización» que se aproxima.

La poliédrica palabra «globalización», difícil de captar, porque detrás del emitente subyace una ideología y un afán de presentarse como «puesto al día», puede clarificarse de manera relativamente fácil si se tiene acceso a este libro o a secciones del mismo.

La competencia de los autores, la conveniencia del tratamiento pluridisciplinar que enfoca el tema, nos garantiza que se aprovecha el tiempo si le dedicamos un espacio a su lectura, o si, por premura, seleccionamos alguna cuestión concreta para completar conocimientos o abundar en determinadas cuestiones dándonos una dimensión más abierta.

La posibilidad de ofrecer esta obra a lectores de habla española, mediante una traducción rigurosa, debería convertirse en realidad para evitarnos divagar y perder tiempo caminando por terrenos muy pisados y de carácter generalista. Dispondríamos de varios elementos teóricos y de dimensiones prácticas para enrolarnos en una reflexión que cada día se hace más ineludible y a la que no debemos escapar si somos responsables y conscientes de las consecuencias a las que está abocado el tiempo y el mundo que se ha iniciado con el dos mil.

JUAN MANUEL DÍAZ SÁNCHEZ

FÉLIX BAEZ, JORGE: *La parentela de María, Cultos marianos, sincretismo e identidades nacionales en Latinoamérica*. Xalapa (México). 1999. Edit. Biblioteca Universidad Veracruzana.

Félix Báez-Jorge, en su estudio introductorio a los *Confines del hombre* (Siglo XXI, 1994) de Alejo Carpentier, visualiza uno de los aspectos de la antropología como un área de imágenes y motivaciones múltiples en torno a lo «real imaginario humano». Pues bien, la presente obra sobre *la Parentela de María: Cultos marianos, sincretismo e identidades nacionales en Latinoamérica*, es una bella y lograda plasmación de su magistral quehacer antropológico en la búsqueda continua de los complejos e ilimitados «confines del hombre».

El presente estudio se enmarca dentro de una trilogía que debe considerarse, en mi opinión, pionera y clásica en la literatura antropológica mexicana y latinoamericana: *Los oficios de las diosas* (1988), *Las voces del agua* (1992) y *La parentela de María* (1994, reedición 1999). En estos tres excelentes estudios de Báez-Jorge, se habla de algo más que de diosas, sirenas y vírgenes. A partir de lo femenino icónico se trasciende el umbral de lo anecdótico etnográfico y se asciende en profunda espiral y por lo tanto más antropológicos en el más rico sentido de nuestro quehacer profesional.

La labor de buen maestro que hace Félix Báez-Jorge, es conducirnos desde el atrio contorneado de mujeres icónicas (diosas, sirenas, vírgenes-madres) al submundo selvático y complejísimo de lo *simbólico*, al campo multiforme y policromo de los rituales, de lo mítico, de lo dramático humano, tanto en vivencia personal, como en gestas y gestos colectivos de carácter étnico y nacional.

Y aquí radica, en mi opinión, el mérito más significativo de la trayectoria antropológica del profesor Félix Báez-Jorge: el resaltar el simbolismo y el ritualismo, en su manifestación religiosa popular, como un campo relevante en los estudios de las ciencias sociales en general, y de la antropología en particular. Y la anterior opinión tiene su contexto aplica-

ción con referencia especial a la antropología mexicana y latinoamericana.

No existe un área del vivir social humano que sea el campo exclusivo y único de estudio antropológico: las relaciones económicas y sociales, la ecología, la política, las costumbres, el folclor y otras interminables áreas pueden y deben ser investigadas. De hecho todo este repertorio de temas han sido estudiados por los antropólogos latinoamericanos, con un énfasis explicable y plausible en las estructuras económicas, sociales y étnicas. En mi opinión se ha descuidado por parte de los antropólogos latinoamericanos, el estudio de la religión, del sistema ritual y mítico, de la religiosidad popular de las masas latinoamericanas. Comprendo que esa área no era la prioritaria en las necesidades sociales, ni la temática con mayores posibilidades de financiación; pero a pesar de todo ello, no deja de ser una limitante en las ciencias antropológicas mexicanas.

Por otra parte, esa alergia a investigar los temas religiosos populares autóctonos ha sido también una tónica en general en la antropología europea: se gastaban años y recursos en investigar y escribir los rituales y mitos de una microcomunidad africana o indoamericana, resaltando su importancia antropológica y humana, y se guardaba amnesia, cuando no menos aprecio o desprecio por la catarata de rituales y mitos que multitudes de su pueblo y nación europeas repetían cotidianamente.

En la explicación de este fenómeno, de este particular comportamiento profesional antropológico, existen múltiples y complejas causas, dándose además notables excepciones. Pero tal vez alguna raíz habría que buscarla en la misma génesis de las ciencias sociales, nacidas bajo el paradigma omnipotente y omnipresente del *Mito del Progreso Ilimitado*. Tanto desde la versión conservadora de Augusto Comte, como de la materialista de Marx, la religiosidad popular era un epifenómeno irrelevante: o era una etapa de conocimiento tradicional a superar por la ciencia o un reflejo automático y superestructural de las relaciones de producción; en definitiva, para unos y otros, se trataba de sociedades modernas complejas

de un survival del pasado. En definitiva, la religiosidad popular era desvalorizada para el futuro histórico, tenía sabor a contraprogreso, a antihistoria, a superstición del pasado, a cosa de pobres ignorantes o fanáticos interesados. Esa obsesión maniquea y cruel que tenían los modernos y cultos inquisidores del siglo XVI en «extirpar idolatrías» en las comunidades indias del Nuevo Mundo, se reproduce *sui generis* en la posición mental y cientifista de los Ilustrados y Reformadores del siglo XIX, que menospreciaban la religiosidad popular, como una sobrevivencia de un oscuro y bárbaro pasado, que había que procurar que se extinguiera.

El siglo XX ha sido una expresión notable del proceso de secularización, sabiamente vislumbrado por Max Weber. Ahora bien, los fenómenos de separación Iglesia/Estado, ocupación de áreas tradicionalmente en manos del poder religioso (escuela/sanidad/medios de comunicación, etc.) por el poder estatal civil, y otras múltiples manifestaciones secularizantes, no quiere decir que lo religioso —lo ritual y mítico popular— haya dejado de tener vigencia y poder.

De aquí la importancia que supone, para la modernidad o posmodernidad, el estudio de Félix Báez-Jorge sobre los símbolos religiosos marianos. Podemos describirlo con la metáfora de la *ley de la entropía religiosa*: la energía nunca se pierde, sino que siempre se transforma.

Lo significativo en la investigación es descubrir cómo los sistemas rituales y religiosos de un pueblo tienden a transformarse en nuevas formas y dimensiones múltiples, según los procesos de las sociedades en las que se han enraizado profundamente. Por consiguiente, la tendencia —la ley sociológica *in sensu lato*— no es la desaparición, la muerte, el *religicidio*, incluso aunque se intente y se arrasen las formas y manifestaciones formales; la tendencia histórica de los sistemas religiosos —rito, mito y creencia con su *ethos*, *phatos* y *eidós*— es transformarse, mutarse, mestizarse, sincretizarse. De aquí la actual relevancia del sincretismo para el estudio de los símbolos religiosos en las socie-

dades contemporáneas, incluidas formaciones superdesarrolladas, sean USA, Europa, Este europeo, Japón o China. Si las religiones meso-americanas, andinas y africanas, a pesar de la dominación imperial y de la extirpación de idolatrías, se transformaron, y permanecen algunos de sus símbolos y significados sincretizados hasta hoy día, también podemos prever —*mutatis mutandis*— que las actuales manifestaciones religiosas y simbólicas de finales del siglo XX traspasarán el siglo y gozarán de buena salud en el próximo milenio. Pero eso sí, la ley de sobrevivencia de lo simbólico religioso es su capacidad para transformarse, transmutarse y sincretizarse. No se trata de una adaptación pasiva a los tiempos y gustos de cada época, sino de algo más profundo y más activo: recrear, a partir de lo antiguo, significados y funciones nuevas, conservando ciertos contenidos tradicionales. El caso de la Virgen María es un buen ejemplo: es la misma referencia histórico-religiosa, pero con miles de máscaras, nombres, vestidos, gestos, funciones, lugares, colores, edades, estatuas y pesos, nichos ecológicos, naciones y razas, tiempos y espacios. El excepcional análisis del autor nos ilustra ampliamente esta complejidad de las hierofanías religiosas.

Lo anterior nos apunta a una de las «reglas» de la *lógica sincrética*, que actúa con una mecánica distinta a la lógica racionalista religiosa. Es algo así como el *pensamiento salvaje*, en el decir de Levi-Strauss, que opera también lógicamente, pero con otra mecánica distinta a la del pensamiento racional. Una *forma operandi* de la *lógica sincrética* es la ambigüedad, la ambivalencia, al concordancia de opuestos, su capacidad de flexibilidad adaptativa, la reticencia a todo encajonamiento y definición dogmática o ideológica única, en fin, su capacidad de transformación creadora. Precisamente los símbolos más eficaces y universales en el tiempo y en el espacio en tanto son más capaces de significar la mayor multiplicidad de aspectos humanos, ecológicos, fauna, plantas, astros y aspectos transmundanos. El símbolo de *Dios-Ser Supremo* es la máxima expresión polifacética de la universalidad significativa y de la concordancia de opuestos.

La Virgen María es también una excepcional ejemplaridad de lo que queremos decir: no solo es un símbolo capaz de transformarse en Madre-Tierra (México), Madre-Montaña (Bolivia), Madre-Mar (Cuba), sino que además puede vivenciarse y plasmarse en formas culturales diferentes (aztecas/incas/africanas), y retransformarse a través de tiempos y espacios en las más variadas, ambivalentes, contradictorias, y ambiguas formas vivenciales e ideológicas, en las más polifacéticas funciones para remedios ante necesidades múltiples: individuales, familiares, étnicas, nacionalistas, etc.

La *lógica sincrética* se parece a la unión vital de forma selvática, en que se mezclan y se confunden árboles, plantas, flores y animales en una multiplicidad de planos y microsistemas unidos a una fuerza vitalizadora y transformadora compleja. Se contraponen a la lógica lineal y orden geométrico de un sembrado moderno de maíz, cuadrículado en filas y planos. El sincretismo opera más como la inspiración creadora de un pintor abstracto, que como la paciente y meticulosa pintura de un dibujante clásico.

El símbolo de la Virgen de Guadalupe es un espejo excepcional de esta *lógica sincrética* con la *Ley* de ambigüedad creadora y concordancia de opuestos: es, también, española e india, es autóctona y mestiza, es creación india y una forma de la religión impuesta por los conquistadores; es la patrona de México y su símbolo máximo de la identidad extremeña, la tierra de Hernán Cortés... Y así podríamos seguir la lista de ambivalencias y contradicciones. Pero, repetimos, en eso está su éxito vitalizador y transformador, su capacidad de sobrevivencia.

Por otra parte, estas *disquisiciones analíticas* son propias del intelectual-extraño, pertinentes en la *lógica lineal relacional*, y no del creyente-sintiente-viviente en el ritual religioso que sigue la compleja y sensible *lógica sincrética*.

Un ejemplo de mi trabajo de campo ilustrará lo que quiero decir. En una de mis visitas a los huicholes, un hombre, que había visitado la ciudad de México y el santuario de Guada-

lupe, me enseñaba un templo *tuki*, donde había un altar con ofrendas votivas y otros símbolos, entre otros dos cuadros de la Virgen de Guadalupe. Yo preguntaré intencionadamente a mi informante huichol, si esa «Virgen» no era «mexicana», ya que era igual a la vista por él en México. Él contestaba invariablemente a mis insistentes preguntas con una frase lacónica: «No la Virgen de Guadalupe no es mexicana, es huichol». Yo intentaba hacerle ver que era un «símbolo tomado de México», aunque ellos la identifiquen también con la diosa *Tonana*. Finalmente contestó: «Ya le he dicho que la Virgen de Guadalupe es nuestra, es huichol; los vecinos [mexicanos] nos la robaron hace tiempo, como ahora nos están robando nuestra tierras». ¡Sabía respuesta de lógica sincrética a una pregunta en clave de lógica lineal analítica! Los que sienten y viven la religión, el ritual o la fiesta, operan con un orden y racionalidad distintos al que mira, piensa y deseciona analíticamente desde fuera.

Tal vez por eso —entre muchas otras razones— la religiosidad popular goza, de buena salud en todas las latitudes, y así traspasará el siglo XXI. De ahí la importancia crucial de su estudio por parte de los antropólogos, debiéndose agradecer por parte a la comunidad científica el esfuerzo del doctor Félix Báez-Jorge por investigaciones magistrales como la presente, donde podemos apreciar la función excepcional que ha tenido el simbolismo mariano en las identidades nacionales de México, Cuba y Bolivia.

TOMÁS CALVO BUEZAS

LOMAS, Carlos: *Cómo enseñar a hacer cosas con las palabras*. 2 vols. *Teoría y práctica de la educación lingüística*, Barcelona, Paidós, 1999.

El presente manual, aparecido dentro de la colección «Papeles de Pedagogía» de la editorial Paidós, plantea una serie de interesantísimas cuestiones críticas en torno a un problema candente de nuestro sistema educativo: la ense-

ñanza lingüística y literaria en el marco de la educación secundaria obligatoria y el bachillerato. El objetivo de esta obra es servir de orientación pedagógica para los profesores de lengua castellana y literatura, a partir de la presentación de una serie de problemas teóricos que preocupan actualmente a lingüistas y enseñantes.

Cómo enseñar a hacer cosas con las palabras es un ejemplo relevante de la moderna ampliación del objeto de estudio de la lingüística, más inclinada en las últimas décadas por un enfoque pragmático relacionado con el aprendizaje y el conocimiento del lenguaje. De ahí que los objetivos educativos que se desarrollan en esta obra giren en torno a lo que ha dado en llamarse la *competencia comunicativa*. Articulados decorosamente, entre los más sugerentes capítulos de esta obra destacaríamos los siguientes: «Teoría de la educación lingüística», «Los objetivos de la educación lingüística», «Hablar y escuchar», «Lengua, cultura y sociedad», y «Lengua y medios de comunicación».

Aunque, en este sentido, el autor no hace sino ser fiel al espíritu didáctico y pedagógico que alienta el actual currículo oficial de la LOGSE para la materia de Lengua castellana y Literatura, el interés de su trabajo radica, principalmente, en la clara presentación que se lleva a cabo de las nuevas perspectivas lingüísticas que, por lo que se refiere a la didáctica de la lengua, conceden más importancia a la descripción y al análisis de los fenómenos propios de *uso* que a los aspectos formalistas y estructurales de la lengua.

Incide, pues, esta obra en la necesidad de privilegiar en la programación didáctica de las enseñanzas medias un enfoque comunicativo de la lengua y la literatura. Dicho enfoque se encaminaría, como objetivo prioritario de la educación lingüística, a desarrollar y mejorar la competencia comunicativa de los alumnos/hablaantes previa adquisición, por parte de estos, de un conjunto de saberes, estrategias y habilidades. Si la enseñanza tradicional ponía el énfasis exclusivamente en la competencia lingüística del alumno (conjunto de saberes normativos y gramaticales sobre fonética, fonología, morfología, sintaxis y léxico), se tra-

taría ahora, como propone este libro, de encauzar este saber formal y teórico hacia el plano de la comunicación. Es esta dimensión social del lenguaje la que determina el uso adecuado de la lengua en las diversas ocasiones y contextos propios del intercambio comunicativo entre las personas.

Esta nueva orientación crítica ha renovado el interés por disciplinas como la sociolingüística, la antropología lingüística y cultural, la etnometodología, o la etnografía de la comunicación. Estas disciplinas examinan los usos de la lengua como síntomas de determinados contextos socioculturales, al tiempo que se ocupan de los factores sociológicos que determinan la práctica comunicativa de los hablantes: edad, sexo, clase social, pertenencia a una sociedad o comunidad lingüística, etc.

En los dos volúmenes de este trabajo, con rigor y una claridad expositiva digna de mención, se defiende un criterio pedagógico que dé cara a la enseñanza y aprendizaje de la lengua conjugue teoría y práctica. Y *práctica* se entiende aquí como *uso* y *acto de habla*, es decir, como situación social y comunicativa a partir de la cual no es factible analizar correctamente nuestros discursos y enunciados lingüísticos, saber cómo los construimos y los organizamos, qué actitud adoptamos respecto a lo dicho y a lo que estamos diciendo, y, en suma, comprender el complejo proceso por el que somos capaces de codificar y descodificar pertenentemente la información que nos transmiten nuestros interlocutores.

En definitiva, la vocación pedagógica de *Cómo enseñar a hacer...*, no resta calado a sus postulados teóricos. En efecto, este manual se sitúa frente a las teorías tradicionales del lenguaje que tienden a presentar las tareas de aprender y hablar una lengua como un acto estrictamente individual. Por contra, al enfatizar la dimensión pragmática del enfoque comunicativo, este trabajo nos recuerda, una vez más, que tanto la predisposición biológica del ser humano para aprender una lengua, como los distintos elementos lingüísticos que paulatinamente adquieren los niños y adolescentes durante sus etapas de aprendizaje, dependen por

su propia naturaleza de la activación social, de la relación estimulante con personas que hablen un lenguaje concreto, el lenguaje de una comunidad específica.

RAÚL FERNÁNDEZ SÁNCHEZ-ALARCOS

DÍAZ BARRADO, C. M.: *La protección de las minorías nacionales por el consejo de Europa*, Edisofer, Madrid, 1999, 199 págs.

Esta monografía forma parte de un proyecto de investigación entre el Instituto «Francisco de Vitoria» de la Universidad Carlos III de Madrid y el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Su autor, C. M. Díaz Barrado, es catedrático de Derecho Internacional Público y acumula en su haber profesional un genuino interés por cuestiones jurídicas relacionadas con problemáticas sociales de vigente actualidad.

El libro se organiza en torno a dos núcleos: El primero, de carácter expositivo y argumentativo, lleva el encabezamiento de *Consideraciones introductorias*, y se subdivide en tres capítulos. El segundo, denominado *Consideraciones finales*, es una recapitulación de lo analizado en la sección anterior. Se añade un Anexo en el que se incluyen los documentos fundamentales que son objeto de estudio y que, dada su relevancia, se mencionan a continuación: 1) Declaración de los Jefes de Estado y de Gobierno de los Estados miembros del Consejo de Europa (Viena, 1993). 2) Convenio-Marco para la protección de las minorías nacionales (Estrasburgo, 1995). 3) Carta europea de las Lenguas regionales o minoritarias (Estrasburgo, 1992). Y, 4) Recomendación 1201 (1993) de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, sobre un Protocolo adicional al Convenio Europeo de Derechos Humanos (CEDH/LF), relativo a los derechos de las minorías.

A través de un pormenorizado examen, el autor va desgranando los planteamientos y esfuerzos del Consejo de Europa en la búsqueda de un sistema normativo que haga efectivas la defensa, la promoción y la garantía de los derechos de las minorías, condición indispensable

ble para el mantenimiento de la paz y la seguridad europeas. Para ello parte de la consideración de los factores generales más influyentes en esta toma de postura. Entre ellos se encuentran: La trayectoria histórica y las características de este continente; la concordancia con las propias metas de defensa de la democracia, de respeto a las diversidades culturales y regionales y de reconocimiento del estado de derecho; y, por último, la misma importancia social que han ido adquiriendo las minorías, lo que ha provocado en el seno de este Organismo internacional un proceso continuo de adaptación a las nuevas circunstancias.

Se profundiza, a continuación, en las propuestas reguladoras y medidas adoptadas por el Consejo de Europa, a la luz de la documentación señalada más arriba y siempre desde el marco de la protección de los derechos humanos. Si bien, se niega «el reconocimiento a estos grupos humanos del *derecho a la autodeterminación de los pueblos*; por lo menos, (...) en la principal manifestación de este derecho, es decir, *el establecimiento o la creación de un nuevo Estado soberano e independiente* por parte de las minorías que habitan en el territorio de un determinado Estado ya constituido y miembro del Consejo de Europa» (pág. 53). Ésta y otras limitaciones, como la indefinición de una minoría nacional o la ausencia de reconocimiento de derechos de carácter colectivo, no impiden que el balance final respecto al camino recorrido y lo logrado sea positivo y esperanzador, a juicio del autor. Cabe esperar que este tipo de organismos establezcan entre sí firmes y eficaces relaciones de consenso y coordinación.

Por todo ello y como valoración final, el contenido del libro, pese a estar formulado en estricta aproximación al Derecho, ofrece una lectura provechosa para quienes necesitan conocer la situación europea relacionada con estos colectivos, o trabajan con minorías nacionales que tienen una identidad étnica, cultural, lingüística y religiosa necesitada de aceptación y libre expresión.

IRENE MORÁN MORÁN

DOCUMENTACIÓN SOCIAL: *Las Empresas de Inserción a debate*, núm. 117/118, octubre-diciembre, 1999/enero-marzo, 2000, 418 págs.

Los autores de este monográfico son investigadores, profesores universitarios, representantes de las administraciones, miembros de organizaciones sociales y económicas, partidos políticos, sindicatos, etc.; en definitiva conocedores y expertos en la exclusión e inserción socio laboral. Esta recopilación de artículos es fruto de largos años de experiencia y compromiso con los pobres y excluidos sociales, no solamente de Cáritas sino también de organizaciones sociales agrupadas en FEEDEI y otras asociaciones.

El contenido de la publicación gira en torno a la relación que existe entre el desempleo como una de las causas fundamentales de la exclusión social y el empleo (el trabajo) como uno de los elementos esenciales de la inserción socioeconómica; entre la existencia de políticas activas de empleo para colectivos en exclusión social y la inserción por lo económico a través de procesos e itinerarios tanto personales como colectivos y de estructuras de inserción (Cáritas, López-Aranguren, Salinas); entre la necesidad de un marco jurídico, a la vez que la carencia de apoyos y medidas de impulso y la realidad de la existencia de alrededor de 400 empresas de inserción; entre el papel fundamental y esencial de las organizaciones sociales y la autoorganización de las propias empresas de inserción en asociaciones (AMEI, AERESS), redes (REAS) o Federaciones (FEEDEI). También se recoge la opinión y la experiencia de las tres administraciones, de los sindicatos, de los partidos políticos y de las organizaciones de la economía social. Destacamos cinco aspectos:

1. Desempleo y exclusión social, lacras de final de milenio

En este final de siglo la pobreza, la exclusión social y el desempleo son las mayores lacras socioeconómicas de España, Europa y de

los países de la OCDE. La exclusión social se caracteriza por ser dinámica, estructural y multidimensional y su concepto engloba las causas y los efectos de la pobreza, siendo la persistencia del desempleo una de las causas fundamentales que generan exclusión.

El nivel de desempleo entre los excluidos es realmente preocupante: alrededor de cuatro de cada diez (42%) cabezas de familia pobres son población activa, es decir, son jubilados, amas de casa, niños. Mientras que cerca del 58% están en edad y disposición de trabajar, lo que es lo mismo que seis de cada diez cabezas de familia pobres son potencialmente activa. Pero no todos ellos trabajan, además mientras más pobre se es más dificultades tiene para trabajar. Los cabezas de familia que están en el paro o realizan chapuzas o actividades de economía sumergida son el 52,2% de la población potencialmente activa, aunque también habría que destacar que cerca de la mitad (44,8%) están trabajando como fijos o eventuales.

Si el análisis lo hacemos desde la situación ocupacional de la población pobre, hay algunas diferencias, cerca de dos tercios (62,3%, ancianos, niños, amas de casa) de esta población es «población inactiva» y algo más de un tercio (37,7%) son población potencialmente activa. De estos últimos sólo el 15,2% tienen trabajos esporádicos, más de la mitad están en el paro (57,8%) y sólo el 27% de los pobres potencialmente activos trabajan. (Salinas, DS, págs. 80-81).

2. Del empleo de exclusión al empleo de inserción

La carencia de un marco normativo de *empleo de inserción* está creando un enorme equívoco respecto a las empresas de inserción, confundiendo su finalidad como estructura de aprendizaje temporal y de inserción laboral con su actividad empresarial de inserción. Para una mayor comprensión es necesario que conozcamos que la inserción socio laboral no es posible sino es mediante «procesos» de intervención, donde hay *itinerarios y estructuras de inserción*.

El *Itinerario de inserción* o Proyecto Personal de Empleo, se elabora entre la persona y la Organización social de apoyo; se puede llevar a cabo si existe un deseo y voluntad por parte de la persona de llevarlo a cabo, se trata de un proyecto personalizado, por lo que varía de una persona a otra según su situación y realidad. La organización social en ningún momento debe suplantar a la persona. El itinerario debe concretarse en la elaboración de un *Proyecto Personal de Empleo* donde se recojan las acciones que realizará la persona para acceder al mercado de trabajo y mejorar su condición de empleabilidad. Decir también que el itinerario es un procedimiento riguroso que encauza los esfuerzos y el apoyo social, no es una receta mágica, ni garantiza el éxito de los procesos de inserción laborales.

Las *estructuras de inserción laborales*, son instrumentos que pretenden mejorar la empleabilidad de la persona, a través de una metodología de aprendizaje, progresiva y acumulativa, donde rige el principio de «aprender haciendo». Se suelen distinguir las siguientes estructuras, que por cuestión de tiempo me voy a limitar a mencionarlas, si queréis profundizar en ellas podéis leer el primer artículo de la publicación:

- 1.ª estructura, son los *servicios de acogida y asesoramiento para el empleo*,
- 2.ª estructura, son los *talleres de habilidades sociales y los pretalleres laborales*,
- 3.ª estructura, son los *talleres de especialización laborales*,
- 4.ª estructura, son las *empresas de inserciones laborales*,
- 5.ª estructura, es el *empleo de inserción*.

3. Un nuevo modelo de intervención socio laboral: Las Empresas de Inserción

En la década de los noventa se ha venido gestando un «nuevo modelo» de intervención social con el objetivo de lograr la «inserción socio laboral» de personas excluidas o en si-

tuación de riesgo, es decir, aquellas personas que padecen situaciones personales y familiares que tienen graves dificultades de acceder al mercado de trabajo normalizado. Esta «nueva forma de intervención» está en torno a las denominadas *Empresas de Inserción*, que participan en el mercado como cualquier otra empresa, pero con distinta finalidad, que es contribuir a la inserción socio laboral de personas y colectivos socialmente desfavorecidos.

Las *Empresas de Inserción* son «empresas creadas para la inserción socio laboral de personas con grandes dificultades de empleabilidad». Las personas pasan por procesos de aprendizaje en un trabajo real, pues estas venden en el mercado sus servicios o productos; acogen a personas que por sus características difícilmente accederían a un puesto de trabajo; funcionan dentro de los mecanismos del mercado, siendo la viabilidad económica un prerrequisito para su supervivencia a la vez que busca maximizar la eficiencia; son intensivas en mano de obra y de escasa inversión de capital; trabajan preferentemente en sectores de servicios, residuos, reciclaje, en la construcción, etc; están promovidas y tuteladas por una entidad pública o privada sin ánimo de lucro; son parte de la economía social y por el hecho de estar promovidas y fuertemente interrelacionadas con las entidades ciudadanas, son parte del tercer sector. De esta forma son parte del modelo de intervención social de dichas entidades y se constituyen en *estructuras permanentes de inserción socio laboral*.

Las empresas de inserción *no son* los proyectos formativos, sociales, las agencias de colocación, etc., que no tienen como actividad principal la producción de bienes o servicios para su venta en el mercado; las empresas mercantiles que prestan servicios de asesoramiento, orientación, formación, etc., por cuenta de la administración, aunque los beneficiarios de tales acciones estén en procesos o en otras empresas; no son aquellas empresas normales que tienen un porcentaje muy bajo de puestos de inserción. (Laparra y otros, DS, p. 213 ss)

¿Cuántas empresas de inserción existen en España?, al no existir un registro ni una de-

finición común aceptada, aspectos que podrían estar contemplados en la esperada Ley de inserción socio laboral, es difícil conocer el número exacto, por eso tenemos que hablar de aproximaciones, según las últimas investigaciones y con un criterio extenso, se habla de un arco amplio en el territorio español, entre 350 y 450 empresas de inserción. Se concentran en Madrid, Barcelona, País Vasco y País Valenciano. Las formas jurídicas que asumen son diversas. Algo más de un tercio (36%) son fundaciones y asociaciones, una de cada cinco (18%) son cooperativas, el 15% son sociedades laborales; el 28% están en la economía sumergida y el 3% no la especifican. En Madrid concretamente los datos cambian: el 75% de las empresas de inserción son sociedades laborales y el resto fundaciones y asociaciones.

¿Quiénes la componen?, ¿en qué actividades trabajan? Hay una fuerte presencia de jóvenes con serias dificultades para acceder a un empleo (64% menores de 30 años), seguidos de mujeres con cargas familiares no compartidas; hay también ex-toxicómanos, personas sin techo, etc. Como se ha indicado son empresas intensivas en mano de obra no cualificada y escasa inversión de capital, sus principales actividades son: la recogida, el reciclaje, limpieza, jardinería, comercialización, construcción, etc. El 85% de los que forman las Empresas de inserción tiene estudios primarios, el 6% es analfabeto y sólo el 1,5% tiene estudios superiores.

4. Las Organizaciones Sociales

Resulta obvio decir que tanto los itinerarios de inserción como las estructuras de inserción laborales y en concreto las empresas de inserción, deben su existencia a las Organizaciones Sociales: sin ellas no existirían. Estas organizaciones sin ánimo de lucro están cubriendo el vacío dejado por las políticas de empleo en relación con los colectivos de personas en situaciones de exclusión social.

Las Organizaciones sociales promotoras son las promotoras y el soporte de las estructu-

ras de inserción laborales: garantizan los servicios que se requieren y se responsabilizan del desarrollo y seguimiento de los proyectos personales de intervención social. La experiencia de estos años indica que para el futuro las políticas de inserción socio laborales deben tener como objetivo prioritario fomentar y fortalecer la capacidad organizativa y financiera de las Organizaciones sociales intermedias, ya que la calidad y éxito de los proyectos de inserción dependen de ello. Las Administraciones deben reconocer el carácter subsidiario del trabajo que desarrollan estas organizaciones.

5. Necesidad de un marco legislativo

El dotar a las empresas de inserción de un marco normativo ha quedado manifiesto no sólo por las organizaciones sociales sino también por el Gobierno de la nación que lo ha contemplado en el Plan de Empleo del Reino de España de 1998 y de 1999, presentado a la Unión Europea; diversos grupos parlamentarios han presentado Proposiciones No de Ley (Izquierda Unida/Iniciativa per Catalunya, grupo Socialista, grupo parlamentario Catalán) e incluso el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social convocó a un grupo de expertos para elaborar una propuesta legal. Sin embargo en la actualidad, por falta de decisión política, nos encontramos sin una Ley que regule a nivel de todo el territorio nacional esta realidad socio económica. En este sentido FEDEI dejó de forma clara y manifiesta su opinión al respecto, en las Jornadas de noviembre de 1999, «nos sentimos rotundamente decepcionados y frustrados con las negociaciones mantenidas con el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pero más unidos y convencidos que nunca de que hoy, con más razón, es necesaria una ley que regule los derechos de aquellos ciudadanos que están excluidos del mercado de trabajo».

Confiamos que el nuevo Parlamento y Gobierno que en estos días se forme retomen la iniciativa para que las empresas de inserción cuenten con el marco legal que les permita a

las personas excluidas lograr su inserción socio laboral.

FRANCISCO SALINAS RAMOS

ALGUACIL GÓMEZ, Julio; CAMACHO GUTIÉRREZ, Javier; FERNÁNDEZ SUCH, Fernando, et al.: *Las condiciones de vida de la población pobre desde la perspectiva territorial. Pobreza y territorio*, Madrid, Cáritas y Fundación FOESSA, 2000, 378 págs.

Nos encontramos ante una nueva publicación de la iniciada hace seis años aproximadamente sobre las «condiciones de vida de la población pobre». se trataba de conocer en profundidad cómo vive y en qué condiciones lo hace la población que está bajo el «umbral de la pobreza». Se inicia en 1994 los estudios de diócesis, provincias o de Comunidades Autónomas, entre este año y 1996 el Equipo de Investigación Sociológica —EDIS— aplica la misma encuesta a 29.587 hogares pobres residentes en España, el análisis de las mismas se recogen en el *Informe General de las condiciones de vida de la población pobre en España* (Cáritas y Fundación FOESSA, 1998). Teniendo en cuenta esta base de datos se realizó una explotación específica de los mismos con la finalidad de analizar las condiciones de vida de los jóvenes pobres en España, de los mayores de 60 años (ambos sin publicar), de los hogares pobres encabezados por una mujer (publicado y que se reseña en estas páginas) y en fin, conocer las peculiaridades de las condiciones de vida de la población pobre en el territorio rural y urbano, los resultados de este último análisis son los que presentamos bajo el título de *Las condiciones de vida de la población pobre desde la perspectiva territorial. Pobreza y territorio*.

En los últimos cuarenta años se han producido cambios profundos y muchos de ellos muy acelerados, produciendo no sólo movimientos migratorios del campo a la ciudad, de las zonas agrícolas a las industriales sino también transformaciones en los comportamientos

y pautas sociales de producción y consumo, modificación en a estructura de las ciudades con un crecimiento galopante de urbanizaciones, dejando de ser la ciudad el espacio de intercambio, de convivencia y solidaridad. A todo esto hay que sumar las consecuencias de los cambios tecnológicos, el desempleo de un alto porcentaje de la población, los escasos empleos y su alta precarización. Todos ellos son factores que han contribuido a la extensión del fenómeno de la pobreza. Sin duda alguna que la pobreza es una realidad multicausal y multidimensional, es decir, «es un fenómeno complejo en el que intervienen múltiples factores y dimensiones socioeconómicas, las cuales se encuentran interrelacionadas entre sí».

El territorio, en su distinción más amplia de rural y urbano, no es uno sino que en él se distinguen diversos «hábitat», en la investigación realizada han diferenciado cuatro tipos de hábitat según el tamaño del núcleo de población en el que residen los hogares pobres: *rural*: que no superan los 5.000 habitantes; *semiurbano*: de 5.001 a 50.000 habitantes; *urbano*: ciudades de 50.001 a 500.000 habitantes y *megaurbano*: ciudades de más de 500.000 habitantes. En el estudio se combina tanto el hábitat según el tamaño que sea, los tipos de barrios definidos desde sus características urbanísticas como las Comunidades Autónomas en cuanto organizaciones políticas y territoriales, ofrecen diversos grados de intensidad, cualificación y caracterización de la pobreza sociológica. Teniendo en cuenta la variedad territorial del medio rural y con el fin de realizar un análisis más profundo de su realidad y en concreto de conocer más en detalle las condiciones de vida de la población pobre en los núcleos rurales, se realizó una explotación complementaria de la encuesta antes mencionada distinguiendo los siguientes cuatro hábitat o núcleos rurales: *muy pequeños*: menos de 500 habitantes; *pequeños*: entre 500 y 1.000 habitantes; *medianos*: entre 1.000 y 5.000 habitantes y *grandes*: entre 5.000 y 10.000 habitantes.

La obra que presentamos se estructura en tres partes. La primera de ellas sigue la línea de los informes de las condiciones de vida de

la población pobre y analiza las características de la pobreza desde la perspectiva territorial. Esta parte consta de ocho capítulos: el primero estudia la pobreza sociológica según el tipo de hábitat y barrio; después analiza las características socio-demográficas: tamaño de los hogares, edad, sexo, nivel de estudios, estado de salud, etc.; los capítulos siguientes se centran en cuestiones económicas, de vivienda y servicios sociales así como la percepción subjetiva de su situación de pobreza y del entorno residencial que manifiestan los entrevistados, que suelen ser los cabezas de familia de los hogares pobres. Los autores en el capítulo séptimo presentan las principales conclusiones de los capítulos precedentes, dando una visión de conjunto de los rasgos más dominantes de la pobreza desde la perspectiva territorial. Como novedad significativa a partir de una batería de indicadores construyen una *escala de desfavorecimiento* según los cuatro tipos de hábitat analizados. Finalmente el capítulo octavo analiza la realidad de la pobreza rural a partir de la clasificación de los cuatro agregados o núcleos rurales, siguiendo los puntos centrales de los seis capítulos precedentes.

La investigación revela que el 17,8 por ciento de personas pobres residen en territorio rurales, un 13,8 por ciento lo hacen en territorio semiurbano, un 33,5 por ciento en zonas urbanas y el 34,9 por ciento en zonas megaurbanas, que traducido en hogares, uno de cada cinco hogares pobres se encuentran en zonas rurales, uno de cada tres tanto en zonas semiurbanas como urbanas y el 14,4 por ciento en ciudades megaurbanas.

Sobre el perfil socio demográfico de los hogares pobres, se establecen una relación directa entre niveles de paro y los índices de analfabetismo con las situaciones de pobreza, así como el creciente número de jóvenes sujetos a situaciones de exclusión, sobre todo en las grandes ciudades. Se constata también cómo el estado de las unidades residenciales influye de manera decisiva en el grado de pobreza de los hogares. Lo mismo sucede con los hábitat, ya que éste determina el nivel de acceso a diferentes niveles de calidad de vida y de

servicios sociales. Según los autores de la investigación «a mayor tamaño de población de residencia, más elevada resulta la probabilidad de sobrevivir en unas peores condiciones de vida».

La segunda y tercera parte se dedican a estudiar la pobreza urbana y rural respectivamente y los procesos sociales. Los tres capítulos de la segunda parte se dedican a la construcción social del territorio y la relación entre el mismo y la estructura espacial; al estudio de la ciudad dual y de la dimensión territorial de la pobreza urbana; y, a los desafíos de la pobreza urbana: el desarrollo social y hacia una nueva cultura de la intervención social. La tercera parte también consta de tres capítulos, de ellos los dos primeros se refieren a la construcción social del concepto de medio rural y de los procesos de exclusión; el tercero lo dedica al autor a conclusiones y propuestas hacia una intervención en el medio rural, tanto en la acción social que se desarrolla con situaciones y colectivos en exclusión como en la acción global a desarrollar en el territorio.

Estamos sin duda ante un nuevo horizonte, nuevos desafíos que exigen nuevas respuestas y el fomento de una nueva cultura de la intervención social basada en, resume A. Arrivi: efectuar las intervenciones necesarias sin destruir las relaciones sociales existentes, articular respuestas a los diferentes aspectos de la pobreza y promover el potencial humano para encontrar soluciones mediante procesos participativos. Junto a estos elementos, se propone la superación de determinadas culturas, como la de la subvención, frente a fórmulas basadas en planes de desarrollo social en el ámbito local; la cultura de los usuarios, frente a la cultura de los ciudadanos y de los vecinos; y la cultura de la cuota, frente a la cultura dirigida a potenciar las intervenciones, los recursos locales y las iniciativas globales. Estos objetivos sólo podrán alcanzarse en la medida en que la cultura de la asociación se imponga a la de la intervención vertical.

FRANCISCO SALINAS RAMOS

ISABEL MADRUGA TORREMOCHA y ROSALÍA MOTA LÓPEZ: *Las condiciones de vida de los hogares pobres encabezados por una mujer, pobreza y género*, Madrid, ed. Cáritas Española y Fundación Foessa, 1999, 200 pág.

Isabel Madruga y Rosalía Mota son las encargadas de llevar a cabo esta interesante investigación social, que resulta ser un riguroso análisis de la problemática a la que se enfrentan los hogares pobres en los que la principal sustentadora es una mujer.

Las autoras, basándose en los datos sobre población situada bajo el umbral de la pobreza de la Encuesta de Edis (1994-1996), «caracterizar el perfil sociodemográfico de los hogares pobres encabezados por una mujer, y conocer cuáles son sus condiciones de vida, y las problemáticas sociales y personales a las que se enfrentan», logran dar una visión amplia y completa del objeto de estudio, en la que muy poco se queda en el tintero. La clave de este logro, nada fácil cuando se trata de una investigación social, es la concepción «multidimensional de la pobreza» que hilta los diferentes aspectos tratados, y que se señala en la introducción como punto de partida: la pobreza entendida como algo no sólo referido a unos insuficientes recursos económicos.

En los dos primeros capítulos se sitúa el objeto de la investigación en su contexto: el aumento de los hogares unipersonales y monoparentales que se ha producido en las últimas décadas, y el hecho de que éstos estén encabezados principalmente por mujeres, unido el mayor riesgo de la mujer de sufrir exclusión social y pobreza (lo que se ha denominado «feminización de la pobreza»), enmarcan y justifican la necesidad de una investigación de este tipo.

Los tres siguientes capítulos describen y analizan el perfil sociodemográfico y laboral de las mujeres que son sustentadoras principales en un hogar, y las características sociales y materiales que las rodean (vivienda y su entorno, fuentes de ingresos...). Dentro de los hogares pobres encabezados por una mujer, el co-

lectivo mayoritario está representado por mujeres mayores (más de 65 años) y con escasa formación, viudas, que viven solas o en hogares pequeños (2 personas), y que han dedicado su vida al trabajo doméstico, por lo que tienen como única fuente de ingresos la pensión de viudedad. La escasa cuantía de estas pensiones explica la incidencia de la pobreza en estas mujeres; a esto hay que añadir un grado de vulnerabilidad alto debido al deterioro del entorno que las rodea, y al peor equipamiento de su vivienda. Además, los problemas que se derivan de la edad (mala salud, limitada movilidad física...) agravan su situación. Hay que señalar que estas mujeres, en general poseen una vivienda propia, lo que unido a la pensión que reciben amortigua su situación, y las hace situarse por encima del umbral de la pobreza severa.

Pero el estudio alerta sobre la precaria situación de otro colectivo importante de hogares encabezados por una mujer, que sufren los niveles de pobreza más severa: son hogares de tamaño medio o grande a cuyo frente están mujeres jóvenes que han sufrido una ruptura matrimonial (separadas o divorciadas), en edad activa, y con cargas familiares importantes, ya que se hayan en un ciclo familiar caracterizado por la existencia de niños pequeños. Estas mujeres son las que se encuentran en mayor riesgo de sufrir la pobreza económica y social más severa: su escasa formación, el hecho de tener que soportar importantes cargas familiares, y sus condiciones de integración laboral hace que se inserten en el mercado laboral en condiciones precarias, y en muchos casos en el sector informal, por lo que se encuentran completamente desprotegidas cuando se encuentran paradas a la hora de recibir el subsidio. Su situación se agrava porque normalmente tiene que hacer frente al pago de un alquiler. Normalmente las prestaciones sociales que reciben estas mujeres dependen del programa de rentas mínimas, de escasa cuantía, que no resuelve el problema de pobreza severa.

He aquí unos datos para comprender mejor esta realidad: en España existen 442.784 hogares pobres cuyo cabeza de familia es una mu-

jer, lo que representa la quinta parte de todos los hogares españoles pobres; el 13 por ciento de los hogares pobres encabezados por mujeres (56.981 hogares) viven bajo el umbral de la pobreza severa, es decir ingresan mensualmente por persona menos del 25 por ciento de la renta Disponible Neta); el 74 por ciento de estos hogares se concentran en ámbitos no rurales (núcleos de población mayores de 10.000 habitantes) y tienen un tamaño medio de 2,91 miembros; el 96 por ciento de las mujeres pobres sustentadoras viven sin compañero (son viudas o están solteras, separadas o divorciadas); se trata de mujeres con escasa formación, ya que el 78 por ciento son analfabetas funcionales; el 76 por ciento de las mujeres pobres sustentadoras son inactivas, con lo que sus principales fuentes de ingresos dependen del sistema de protección social (el 82 por ciento de estos hogares encabezados por mujeres reciben algún tipo de prestación social); de los hogares que reciben una prestación el 55 por ciento perciben una pensión de viudedad, el 14 por ciento de jubilación y el 9 por ciento una no contributiva.

Los capítulos 6 y 7 analizan cómo perciben subjetivamente estas mujeres su situación, y su relación con el sistema de servicios sociales. En este punto la investigación pone de manifiesto algo muy significativo: y es cómo, a medida que el grado de pobreza es más severa, las mujeres acuden, conocen y valoran más la asistencia de instituciones privadas de carácter voluntario, como Cáritas y Cruz Roja.

El capítulo 8 completa este acertado análisis estudiando la pobreza sociológica que padecen los hogares encabezados por una mujer. Esta dimensión de la pobreza hace referencia a las condiciones personales y sociales que hacen a una persona vulnerable a los procesos de exclusión social. Lo más relevante es que se señala el desempleo como el principal elemento que explica el agravamiento de la pobreza.

El capítulo 9 viene a ser una sistematización de lo anterior. Las autoras llegan a dos conclusiones fundamentales: la primera que las prestaciones sociales constituyen un factor que discrimina a las mujeres activas que encabezan

un hogar pobre: no existen servicios de apoyo a mujeres con cargas familiares que trabajan, y a la vez éstas se ven desprotegidas de cara a obtener prestaciones económicas por desempleo, debido a sus precarias condiciones de trabajo; a su vez, el carácter contributivo del sistema de pensiones hace que mujeres mayores que no han cotizado al dedicarse al trabajo doméstico dependan de una escasa pensión de viudedad, que no les permite salir de la pobreza relativa en la que viven; la segunda conclusión es que la inserción en el mercado laboral, lejos de ser una válvula de escape ante el riesgo de pobreza, es un elemento que incide directamente en que estas mujeres caigan en la pobreza.

El último capítulo resalta el mayor riesgo que tiene la mujer frente al hombre de sufrir la pobreza, cuya principal causa es su posición en el mercado laboral, y apunta una serie de medidas integrales encaminadas a mejorar la situación social y económica de las mujeres sustentadoras principales y sus familias. Estas acciones propuestas inciden fundamentalmente en el mercado laboral se refiere a la puesta en marcha de políticas que fomenten la integración laboral de las mujeres en edad activa, no sólo facilitando su acceso al mercado laboral,

sino mejorando sus condiciones de trabajo; y el sistema de prestación social, en este sentido se recomienda la extensión y mejora de los servicios públicos de cuidado de los miembros dependientes del hogar, la mejora de las prestaciones familiares que permitan conciliar la vida laboral con la familia, el desarrollo de ayudas que permitan a las mujeres separadas o divorciadas el no tener que soportar ellas solas el impago de las pensiones alimenticias para sus hijos, y la mejora de las cuantías de los programas de rentas mínimas y la supresión de su carácter diferencial mientras se mantengan sus bajas cuantías.

En definitiva estamos ante una rigurosa investigación de marcado carácter social, dejando en evidencia el fenómeno de la *feminización de la pobreza* en España, muy útil para entender los nuevos procesos sociales que inciden en la existencia y la perpetuación de la pobreza, y que analiza la realidad de un colectivo creciente, pero poco estudiado y atendido: el de las mujeres que sufren doble riesgo de exclusión y pobreza social: por el hecho de ser mujeres, y por ser las únicas sustentadoras del hogar.

ISABEL MADRUGA

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES EN LA REVISTA

Por dificultades de Secretaría resulta imposible la devolución de aquellos trabajos que el Consejo de Redacción decida no publicar. De aquellos trabajos que el Consejo de Redacción decida publicar se comunicará a los autores correspondientes el número de la Revista en el que saldrán publicados.

SOCIEDAD Y UTOPIA no se identifica necesariamente con los contenidos de los artículos que aparecen y se recogen en sus páginas. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los artículos sin la previa autorización de la Revista.

Para la mejor configuración y ordenación de materiales a publicar en esta Revista, agradeceríamos a los autores se atuvieran con la mayor precisión a las siguientes normas:

1. Se enviarán dos copias de cada texto a la Secretaría de la Revista: Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «León XIII», P.º Juan XXIII, 3, 28040 Madrid.
2. Los textos remitidos deberán estar mecanografiados en procesador de texto (Word o equivalente), con tamaño de letra 12, a espacio y medio, y la extensión máxima será de 20 páginas (en torno a 8.000 palabras), incluidos gráficos, cuadros y notas. El texto irá precedido de una página que contenga el título del trabajo, el nombre del autor, un breve «currículum» de ocho a diez líneas, dirección completa, teléfono de contacto, DNI. En una línea se concretarán las *palabras-clave* del texto, en español y en inglés, y un resumen o *abstract*, también en español y en inglés, con un máximo de cien palabras. Todo ello deberá ser aportado en un diskette de 3 1/2, en WP o en Word.
3. Las referencias bibliográficas irán al final del trabajo bajo el epígrafe *Bibliografía*, ordenadas alfabéticamente por autores y de acuerdo con el siguiente orden: apellido (mayúsculas), nombre (en minúsculas), año de publicación (entre paréntesis y distinguiendo a, b, c, en caso de que el autor tenga más de una obra citada en el mismo año), título del libro (cursiva) o del artículo (cursiva), lugar de publicación y editorial (en caso de libro), número de la revista y páginas de ésta.
4. Las *notas* se enumerarán correlativamente y se incluirán a pie de página. Las referencias bibliográficas se harán citando el apellido del autor (en minúsculas), el año (entre paréntesis) y, en su caso, las páginas de referencia.
5. Los *cuadros* y *figuras* se enumerarán correlativamente y de forma independiente, tendrán un breve título e indicarán sus fuentes. Las figuras se presentarán en forma apta para su reproducción directa, preferentemente en papel vegetal.
6. La Secretaría Ejecutiva de SOCIEDAD Y UTOPIA acusará recibo de los originales remitidos, y el Consejo de Redacción resolverá su publicación, en dependencia del número de originales que se acumulen en la Secretaría de la Revista.

BOLETÍN DE INTERCAMBIO

Deseamos iniciar y mantener INTERCAMBIO con la Revista SOCIEDAD Y UTOPIA (publicación semestral), de la que recibiremos ejemplar(es) anual(es), y que, salvo aviso en contrario, renueven automáticamente el intercambio para cada nuevo ejemplar.

Nombre de la publicación:

Número con el que se inicia el intercambio:

Universidad/Institución que la publica:

D.N.I./N.I.F. Teléfono (.....)

Dirección

C.P. Localidad

Provincia País

Carácter de la publicación (anual, semestral...):

Les enviamos junto a este boletín un ejemplar de muestra gratuito.

Firma y sello

(Esta solicitud de Intercambio está sujeta a la aprobación del Consejo de Redacción de la Revista SOCIEDAD Y UTOPIA.)

Enviar a: REVISTA SOCIEDAD Y UTOPIA.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «León XIII».
P.º Juan XXIII, 3.
28040 MADRID.
Teléf. 91 553 40 07, ext. 240.

Este Boletín de Intercambio puede ser fotocopiado para pedidos adicionales.



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a la Revista SOCIEDAD Y UTOPIA, de la que recibiré
..... ejemplares anuales, y que, salvo aviso en contrario, renueven auto-
máticamente mi suscripción para cada período.

Nombre/Universidad/Institución:

D.N.I./N.I.F. Teléfono (.....)

Dirección

C.P. Localidad

Provincia País

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN (Año 1999)

(IVA incluido)

Suscripción anual (2 ejemplares)	2.500 pesetas
Ejemplar suelto	1.500 pesetas
Gastos de envío	500 pesetas

Precio total de la suscripción	3.000 pesetas
Precio total ejemplar suelto	2.000 pesetas

FORMA DE PAGO

Marque con una X la forma de pago elegida por usted:

- Mediante talón nominativo (SOCIEDAD Y UTOPIA-Fundación PABLO VI).
- Mediante giro postal (SOCIEDAD Y UTOPIA-Fundación PABLO VI).
- Transferencia bancaria: Titular: Fundación PABLO VI.
Núm c.c.: 0030 1035 30000 8719 271 BANESTO.
Cea Bermúdez, 50 - 28003 MADRID.
(Adjuntar copia del resguardo.)

Enviar a: REVISTA SOCIEDAD Y UTOPIA.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología «León XIII».
P.º Juan XXIII, 3.
28040 MADRID.
Teléf. 91 553 40 07, ext. 240.

